

HELENE  
DEUTSCH



LA  
PSICOLOGÍA  
DE LA  
MUJER  
I

HELENE DEUTSCH

LA PSICOLOGÍA  
DE  
LA MUJER

PARTE I

TRADUCCIÓN DE  
FELIPE JIMÉNEZ DE ASÚA  
SEXTA EDICIÓN



EDITORIAL LOSADA, S. A.  
BUENOS AIRES

Título del original inglés

*Psychology of Women*

Queda hecho el depósito que  
previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada, S. A.

Alma 1131,

Buenos Aires, 1952

## PRÓLOGO

EL estudio de la psicología tiene muchas formas. Esto es legítimo y necesario dado que la psicología humana es el estudio de la conducta del hombre, de los motivos y sentimientos, es decir, el estudio de su mecanismo neurofisiológico más complejo. Algunos investigadores han hecho experimentos en animales y han aplicado las conclusiones generales, de un modo más o menos razonable, a fenómenos similares del hombre (Cannon, Pavlov, Lasbley); otros han ideado tests para ser usados en el hombre con objeto de medir toscamente ciertas formas de la conducta humana, y mediante gran número de observaciones han llegado a conocer lo que es la respuesta "normal" y lo que es la respuesta "anormal" (Binet, Rorschach, Murray, Mackinley). Análisis recientes de las capacidades mentales mediante numerosos tests de rendimiento, analizados matemáticamente, han dado al "factor análisis" un lugar importante en la psicología humana (Spearman, Thurstone). Podrían ser mencionados otros muchos métodos de que la mayor parte obedece a concepciones generales. El estudio clínico se halla en el otro extremo de la escala, pues primariamente se refiere al individuo. De estas observaciones pueden obtenerse algunas veces generalizaciones, pero es necesario largo tiempo para acumular datos válidos. De todos modos, el gran valor de este método clínico en el psicoanálisis radica en que ataca directamente la cuestión que tanto se desea resolver: ¿Por qué la gente actúa de ese modo? La necesidad imperiosa de nuestra generación es penetrar en la naturaleza humana, en la conducta del hombre.

Lo que French llama "abordar desde el punto de vista clínico la dinámica de la conducta" es tan viejo como el arte de escribir, pero Freud hizo de ese método una disciplina médica. En tanto que está disciplinado, en tanto que practica cuidadosas observaciones y somete a la prueba sus teorías, constituye ya una ciencia. No necesitamos preocuparnos por el snobismo intelectual que pretende mantener el término "ciencia" para las chucherías de laboratorio. Los primeros tanteos, si son sinceros, son tan "científicos" como la determinación final. Pero, por otra parte, el psiquiatra clínico no tiene derecho a decir, como algunas veces dice, que nada puede aprenderse acerca de

la mente mediante los métodos anatómico, químico y fisiológico. Mucho se ha aprendido con estos métodos y mucho más se aprenderá. El estudio clínico, sin embargo, sigue siendo para el médico el método más directo y provechoso.

Todo el que lea este libro se dará cuenta de que Helene Deutsch tiene un gran conocimiento de lo que las mujeres hacen y una gran visión de por qué lo hacen. Sus datos se refieren a centenares de casos que ella ha visto; su modo de abordar los problemas es intuitivo; para mí esto significa que la autora, por poseer tan grandes conocimientos, es capaz de reconocer las situaciones siguiendo caminos mentales abreviados. Sus postulados son los de Freud, algunos de los cuales ha modificado.

He aquí un libro basado sobre la experiencia, la experiencia de "sentir como propios" los sentimientos de gran número de muchachas y mujeres. En su papel de consejera de muchas muchachas, como psicoanalista que ha estudiado numerosas neuróticas, y como psiquiatra en las salas del hospital, la doctora Deutsch ha tenido extraordinarias oportunidades clínicas para observar la conducta de mujeres de todas edades y clases. Adiestrada por Freud y trabajando con él durante años, la autora habla el lenguaje psicoanalítico; pero en ella la comprensión ocupa siempre el primer lugar, desempeñando papeles secundarios la interpretación y la teoría subsiguiente.

La autora comprende y expone la forma en que las muchachas adolescentes actúan, y esto arroja una luz acerca de algunas de las perturbaciones provocadas por ciertas muchachas extravagantes, que dan lugar a la intervención de la policía. Al desarrollar el tema la autora subraya el hecho de que los atributos adultos de la feminidad pueden ser consecuencias lógicas de las primeras reacciones. El papel del sentimiento es más importante; las mujeres parecen poner en sus vidas más sentimiento que ponen los hombres; de aquí que su capacidad para observar y recordar pequeños detalles sea mayor. De esto puede surgir la intuición, "la más notable característica de las mujeres". Tales son algunas de las principales ideas que encuentro en este libro. Existen, como es natural, puntos de filosofía y metodología incompatibles con mi modo de pensar, pero trátase de detalles. El libro es una real contribución, un tesoro de información acerca de la psicología femenina. Es importante para todos nosotros, trátese de padres, maestros, escritores o psiquiatras.

STANLEY COBS.

## P R E F A C I O

DESDE el comienzo de mi obra psicoanalítica, mis investigaciones se han centrado sobre los problemas de la psicología femenina. Los primeros resultados de estos estudios fueron publicados en un libro titulado *Psicoanálisis de las funciones sexuales de la mujer*<sup>1</sup>. El propósito de este libro era hacer una exposición sistemática del desarrollo instintivo femenino y su relación con la función reproductora. Me doy perfecta cuenta de que los datos empíricos de esta publicación eran insuficientes y necesitaban ser completados con nuevo material en una ulterior publicación. Desde entonces he continuado haciendo observaciones y reuniendo material, presentando de tiempo en tiempo los resultados de estas observaciones en diversas publicaciones. Me doy cuenta de que ahora es necesario revisar mis anteriores conceptos a la luz de esta larga experiencia, aceptando aquellos que han resistido la prueba de ulteriores investigaciones y corrigiendo o descartando aquellos que han resultado falsos.

Muchas ideas expresadas en mi libro anterior han sido aceptadas por otros autores y completadas y enriquecidas por nuevas observaciones. La obra que yo presento ahora complementa la anterior no sólo con mis experiencias, sino también con contribuciones hechas por otros autores, sobre todo por Freud en sus últimas publicaciones referentes a la psicología de las mujeres.

Algunos de los problemas de la feminidad aquí expuestos han dado lugar a vivos debates. Esta diferencia de opinión se ha debido muchas veces a una mala comprensión y a una vaguedad de las definiciones, por ejemplo en relación con los conceptos psicológicos de "masculino-activo" y "femenino-pasivo". Tales conceptos eran directamente aplicados a la energía de los instintos sexuales, y esto condujo a una confusión de los fenómenos psicológicos y biológicos. Está, pues, justificada la insistencia de que estas dos esferas no deben ser confundidas.

En cambio existe una tendencia cada vez mayor a explicar la

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*. Internat. Psychoanal. Verlag, 1925.

conducta psicológica diferenciada de los sexos basándose en factores educativos y culturales y a reducir a un mínimo el papel desempeñado por los factores biológicos y anatómicos. El psicoanálisis jamás ha negado que el medio social es de máxima importancia, que crea problemas y determina cómo han de ser resueltos. El capítulo final de este libro se ocupa de esta cuestión y expone el concepto psicoanalítico de la psicología femenina a la luz de las condiciones sociales.

Aunque la psicología psicoanalítica fue construida originalmente sobre la teoría de los instintos, sus fundamentos se han ampliado notablemente. El instinto de autoconservación, el instinto de agresión y el instinto de muerte se han diferenciado de los instintos sexuales, y la investigación psicoanalítica presta cada vez mayor interés a la psicología del yo. En este libro se hace uso de la teoría psicoanalítica de los instintos para iluminar el fundamento biológico del cual surge la personalidad psicológica de las mujeres. Aunque el medio social por una parte, y los factores biológicos por otra, tienen notable importancia en relación con las manifestaciones psicológicas, deben subrayarse en este lugar las experiencias afectivas individuales y los conflictos relacionados con ellas. Éstos no pueden ser reducidos a la influencia biológica o a la sociológica, aunque existe un constante intercambio entre estos factores. El propósito de este libro es explicar la vida psíquica normal de las mujeres y sus conflictos normales. Conocemos que el grado de salud psíquica no está determinado por la ausencia de conflictos, sino por la conveniencia de los métodos utilizados para resolverlos y dominarlos. La patología revela los conflictos normales y nos ayuda a comprender los procesos normales a la luz que nos prestan los procesos patológicos. La mayor parte de las contribuciones psicoanalíticas a la psicología normal ha sido hecha a través de la patología. Para el estudio de la psicología femenina la conducta neurótica es particularmente rica en deducciones. Por esta razón citaremos con frecuencia historias clínicas de neurosis que nos servirán de prueba; los fenómenos que reflejan, aunque no sean "normales", representan muchas veces tan sólo una modificación o intensificación cuantitativa de los "normales", y así pueden proporcionar una especie de imagen macroscópica de aquellas cosas que el psicoanálisis estudia microscópicamente.

Se ha reprochado muchas veces al psicoanálisis el hecho de que tan sólo usa un número relativamente pequeño de términos para describir la extrema complejidad de la vida psíquica, y que reduce

siempre las más variadas manifestaciones a un único proceso dinámico. Los tipos de pruebas con que sus teorías son mantenidas han sido tachadas de faltas de objetividad.

El primer reproche se origina del erróneo concepto que se tiene de la tarea que los analistas se plantean en el comienzo. Esta tarea es seguir la pista a las manifestaciones psicológicas hasta llegar a sus orígenes, para descubrir las conexiones de todos los fenómenos psíquicos y para revelar su origen común en tendencias instintivas definidas. Pero tal esfuerzo en la simplificación y generalización no es peculiar del psicoanálisis. Es el objeto fundamental de toda la investigación científica, y en el psicoanálisis representa la suma de conocimientos obtenida empíricamente.

El segundo reproche —el de que el psicoanálisis no puede mantener sus teorías con datos objetivos directos como pueden hacerlo las ciencias experimentales— está justificado. Sin embargo, a pesar de este defecto, el psicoanálisis ha sido capaz de explorar una oscura región del alma que había sido siempre —y probablemente permanecerá siéndolo— inaccesible a los estudios más objetivos. De todos modos, en la actualidad le es posible al psicoanálisis vencer en cierto grado este defecto. Debido al carácter biológico de la teoría psicoanalítica de los instintos, su aplicación al proceso somático es cada vez más fructífero, y los descubrimientos referentes a la interdependencia de los factores orgánicos y psíquicos han modificado nuestro concepto de ambos, señalando la presencia de un denominador común. Los procedimientos relativamente objetivos empleados en el estudio de los problemas somáticos aumenta también la posibilidad de obtener mayor objetividad en el análisis de los factores psicológicos.

El material utilizado en este libro no se limita a mis observaciones personales en el curso de tratamientos psicoanalíticos. Proceden de casos e historias clínicas recogidos por otros observadores —médicos y sociólogos— sin prejuicios a favor de alguna teoría psicológica. Las historias rutinarias de las salas de hospital proporcionan una fuente de información particularmente importante. No hay ni que decir que tan sólo he hecho uso de aquellas que me parecían irreprochables o de aquellas otras que pude comprobar en el contacto personal con los pacientes respectivos. Otra parte del material procede de los archivos de diferentes organizaciones de asistencia social.

Este ensayo para obtener una mayor objetividad no convencerá

a quienes tengan prejuicios. Freud<sup>1</sup> solía decir algunas veces humorísticamente: "A través de todas las edades el problema de las mujeres ha sido un enigma para la gente de todos los tipos; ustedes, los hombres, ya han reflexionado suficientemente sobre esa cuestión, en tanto que son hombres. De las mujeres no puede esperarse esto, pues ustedes, las mujeres, son el enigma para ustedes mismas." Sin embargo, el deseo de las mujeres para poder resolver el enigma de su propio yo, su contemplación introspectiva de su propia psique, su capacidad para la identificación con otras mujeres, son factores positivos que pueden compensar abundantemente el menor grado de objetividad de un observador femenino.

Datos muy instructivos para este libro han sido encontrados en la literatura, que, aunque es menos objetiva que la observación clínica, encierra mayor verdad por ser debida a la inspiración. En definitiva el objeto de toda investigación no es la objetividad, sino la verdad.

Debido a las diversas fuentes en que se ha recogido el material, y la continua necesidad de desviarse del orden cronológico en la exposición, cada uno de los capítulos de este libro está quizás menos integrado de lo que sería de desechar. Mientras el tema principal y la seriación de los capítulos fueron establecidos desde el comienzo, cada capítulo adquiere vida por sí mismo en el curso de la obra. Ha sido, pues, necesario introducir algunas consideraciones de naturaleza general para explicar y completar cada tema especial. Espero que el material en su conjunto y la concepción de los diferentes problemas aludidos queden así unificados a pesar de la repetición y la superposición inevitable en tal método.

No hemos dedicado un capítulo especial a la infancia de la mujer. Para aclarar las relaciones entre la psicología de la mujer adulta y la de la niña pequeña parece preferible remontarse a la fase infantil en una relación contextual con los problemas especiales de los adultos.

Quizás sea necesario añadir algunas palabras para explicar la organización de mi material. Me ocupo de tres temas diferentes, aunque relacionados. El primero se refiere a la exposición de la vida psicológica de las mujeres partiendo del desarrollo psicológico de la muchacha hasta que llega a ser mujer, proceso que se completa fisiológicamente con el comienzo de la menstruación. En el curso

de este proceso se establecen los fundamentos de la personalidad femenina y se forma definitivamente lo que yo denomino "el alma femenina". El análisis de esta alma femenina constituye mi segundo tema. He dedicado un capítulo especial a cada uno de los tres rasgos esenciales de la femineidad: narcisismo, pasividad y masoquismo, y la exposición del narcisismo se combina con una descripción de los principales tipos femeninos. Pero la observación revela la existencia de tipos de mujeres y modos de conducta femenina que parecen desviarse de nuestro concepto de femineidad. Mi tercer tema es el análisis de este aspecto no femenino de la femineidad. Aquí intenté localizar el alma femenina por debajo de la superficie, incluso cuando la conducta psicológica o sexual parece contradecirla o cuando la presión social obliga a las mujeres a asumir funciones "máculinas". Los tres últimos capítulos se ocupan de este problema.

Debido a la abundancia de material resulta imposible ocuparse del problema central de la femineidad —la maternidad— dentro de los límites de un volumen. Por tanto, la dualidad fundamental de la mujer queda formalmente dividida: el desarrollo individual y la personalidad de la mujer constituirá el tema del primer volumen, y su papel como sierva de la especie será el tema del segundo volumen.

Como la exposición de la vida psicológica de las mujeres en su función reproductora exige la constante referencia a los rasgos fundamentales de la femineidad y al desarrollo psicológico de la muchacha, según se definen en este estudio, las dos partes se continúan. Sin embargo, cada uno de los volúmenes, dentro del objeto de su tema, es completo por sí mismo.

Deseo demostrar mi gratitud a Mr. Norbert Guterman por su ayuda en la preparación editorial del libro.

Mi agradecimiento, también, a los editores de la revista *Psychoanalytic Quarterly* por permitirme mencionar dos casos de mi trabajo "Sobre la homosexualidad femenina" (vol. I, 1932).

HELENE DEUTSCH.

<sup>1</sup> FREUD, S.: *Introductory lectures on psychoanalysis*. Traduc. por Joan Rivière. Allen & Unwin, 1929, pag. 114.

## PREPUBERTAD

Los principios básicos del psicoanálisis fueron expuestos por Sigmund Freud en sus *Tres contribuciones a la teoría del sexo*<sup>1</sup>. De las observaciones comprensivas y de gran importancia clínica hechas en los adultos neuróticos durante un largo período de tiempo, Freud dedujo las leyes del desarrollo sexual en el niño. Más tarde, analistas de niños, trabajando en diversos países, han confirmado ampliamente sus hallazgos mediante observaciones directas y nos han dado una visión de la psicología infantil que va mucho más allá de los conceptos originales de Freud.

La teoría de Freud de que las primeras fases del desarrollo del niño, las llamadas pregenitales, es decir, las fases "oral" y "anal", son las mismas en los varones y en las hembras, debe ser modificada como resultado de las investigaciones ulteriores. Aunque estas fases dan a ambos sexos el mismo tipo de satisfacción instintiva, y las fuentes orgánicas de los instintos así como la persona que ocupa el centro del ambiente de la satisfacción instintiva, la madre, son las mismas para niños y niñas, el observador objetivo puede distinguir claramente diferencias sexuales a pesar de estas identidades aparentes<sup>2</sup>. El climax de esa diferenciación se alcanza en la llamada fase "fálica". Durante esta fase la diferencia anatómica entre los sexos, aunque observada previamente por el niño, adquiere una significación especial. El orgullo del muchachito por su órgano masculino, sus temores referentes a dicho órgano, las comparaciones que establece entre él mismo y otros muchachos y muchachas, constituyen su interés principal. Procesos paralelos tienen lugar en la niña, pero en su vida psíquica el orgullo es reemplazado por envidia; y el temor de perder su órgano es sustituido por complicadas reacciones sentimentales relacionadas con la no posesión. En ambos sexos las reaccio-

<sup>1</sup> FREUD, S. *Three contributions to the theory of sex*. New York: Nerv. Ment. Dis. Pub. Co., 1910.

<sup>2</sup> Me doy cuenta de la controversia y confusión a que dan lugar los términos "instintiva" y "sexual", pero los conservo hasta que llegue a establecerse una terminología mejor. Aquí los términos, son utilizados para denotar las funciones placenteras extra-genitales del infante, que se funden e interactúan con las funciones alimenticias, extractoras, etc. Entiendo de la palabra "instintivo" no debe ser interpretado como la negación de la existencia e importancia de otros instintos.

nes emotivas relacionadas con los genitales se reúnen de ordinario bajo el término "complejo de castración".

El interés del campo antes inexplicado de la sexualidad infantil descubierto por Freud va dando ahora lugar a un interés cada vez mayor por el desarrollo del yo infantil, y de aquí que exista una tendencia justificada a recalcar la diferencia entre los sexos. En la actualidad el interés científico por la psicología infantil se concentra en los métodos para ajustarse a la realidad y en el desarrollo de los sentimientos y de la inteligencia. Se debe al psicoanálisis haber hecho una significativa contribución en este campo mediante su descubrimiento de que elementos importantes del desarrollo psicológico que no parecen tener relación alguna con los impulsos sexuales, pueden, en último término, ser referidos a ellos. Así, la curiosidad sexual infantil, que, como sabemos, alcanza su máximo interés durante la fase "fálica", manifestándose en primer término por su preocupación por la diferencia anatómica entre los sexos, contribuye al desarrollo de una curiosidad cada vez más general. Este interés, sexual en su comienzo, se continúa en la sublimación del llamado periodo de latencia. Muchas fuerzas sociales e intelectuales del ser humano en maduración se derivan de los instintos de la infancia; el proceso de ajuste a la realidad se hace cada vez más activo y alcanza su máximo al final del periodo de latencia, en la prepubertad.

Sabemos que la liberación infantil con respecto a los impulsos sexuales durante el periodo de latencia es tan sólo relativa; en cambio, no hay duda de que, inversamente, la fase infantil que precede no está exclusivamente constituida por el desarrollo sexual, y que el activo ajuste al medio, el impulso a conquistarla, y muchas otras fuerzas que no son la sexual, están presentes en el niño desde los primeros comienzos. Durante el periodo de latencia, el interés del niño por los problemas sexuales disminuye notablemente, pero no llega a desaparecer. Toda la dinámica interna, todos los impulsos en este periodo de incitaciones sexuales debilitadas, pueden ser utilizados para el desarrollo del yo. El ejercicio y la educación fortifican el yo en su lucha por liberarse de las fuerzas instintivas infantiles, y ulteriormente facilitan la adaptación a la realidad y su socialización. Dentro de la trama familiar, los lazos infantiles se liberan ahora de las escorias de la sexualidad. La ternura toma el lugar de las necesidades eróticas, la actividad el de la agresión infantil, etc.

El psicoanálisis es por excelencia una teoría evolutiva, y hasta cuando habla de "brotes" en el proceso del desarrollo se refiere a intensificaciones más o menos revolucionarias de los procesos evolu-

tivos. Así, cuando consideramos la pubertad como una revolución psicológica, nos damos perfecta cuenta de que es únicamente un brote hacia adelante desde fases evolutivas previas. Es corriente en la jerga psicoanalítica definir la pubertad como "una nueva edición del periodo infantil". Pero no hemos prestado suficiente atención a la actividad preparatoria de la que depende completamente la pubertad, la forma prerrevolucionaria, por así decir, que domina en la psique durante el periodo que precede inmediatamente a la pubertad, es decir, en la prepubertad.

Debo confesar que mi información acerca de estos procesos no siempre tiene la indiscutible autoridad de la observación personal directa. Mis fuentes son, en primer término, mujeres que he observado en el curso del tratamiento psicoanalítico y cuya conducta sólo podía ser comprendida como una continuación directa de la prepubertad, y, en segundo término, muchas muchachas en la edad escolar que han consultado al psicoanalista acerca de las dificultades experimentadas para adaptarse a su medio, que les obliga a ser "libres" y "modernas". De ordinario es un conflicto consciente, un sentimiento de desamparo, el que les induce a consultar a un psiquiatra; pero muchas veces buscan ayuda debido a su estado de angustia y a su incapacidad para realizar cualquier labor. En la breve psicoterapia que yo aplico en tales casos intento sobre todo obtener una información detallada acerca de la pubertad y de la prepubertad de la enferma. La tercera fuente ha sido la observación clínica directa y gran número de historias clínicas de muchachas que se han enfermado psíquicamente o que han presentado dificultades en su educación durante la prepubertad. Muchas manifestaciones patológicas me han permitido penetrar en los procesos normales. En cuarto lugar, y no es una fuente despreciable, nos hemos valido de las obras literarias en las que la intuición artística ha confirmado muchas veces con notable claridad lo que nosotros hemos reconstruido penosamente mediante las observaciones objetivas.

Defino la prepubertad como esa última fase del periodo de latencia en la que, aunque pueden descubrirse ciertos precursores de los futuros impulsos sexuales, su característica es la de estar desligada, en su grado máximo, de la sexualidad infantil. Es una fase en la que los instintos sexuales están en su grado más débil, mientras el desarrollo del yo es más intenso. Esta definición no está de acuerdo con las emitidas por otros autores, quienes piensan que la prepubertad se caracteriza por las necesidades sexuales intensificadas que marcan el comienzo de la pubertad. Para los fines de mi exposición

parece preferible considerar este ascenso de la sexualidad como perteneciente a la siguiente fase de la pubertad. La llamo prepubertad prerrevolucionaria, debido a que, como más tarde demostraré, las fuerzas que se reúnen para combatir los impulsos sexuales en la pubertad se preparan en la prepubertad, el período de máxima libertad por lo que se refiere a las incitaciones sexuales. En esta fase la psique humana es un gobernante sabio que forja sus armas antes de que el agresor aparezca.

Es difícil establecer la edad exacta en que la prepubertad, según yo la concibo, aparece. Los períodos de transición entre las diferentes fases no ofrecen discontinuidad, y el intento de construir y definir de modo preciso un período de desarrollo conduce al error de trazar líneas demasiado netas. Sin embargo, hasta ahora no se ha encontrado la forma de eliminar este defecto. Creo que podemos limitar la prepubertad entre los años 10 y 13, no olvidando el hecho de que sus manifestaciones se continúan en la pubertad, y, de igual modo como ocurre con la pubertad misma, pueden incluso persistir hasta la edad del climaterio. Todos nosotros llevamos hasta avanzada edad nuestro infantilismo, nuestra prepubertad y nuestra pubertad, aunque en variados grados.

El camino más fácil consiste en tomar como punto de partida el desarrollo fisiológico que en esta fase de la vida es particularmente importante para la determinación del desarrollo psicológico, y la aparición de la menstruación puede constituir la línea límite entre la prepubertad y la pubertad. Pero nuestra observación parece demostrar que, aunque la menstruación es la clave para la pugna de la pubertad y tiene gran significación en la psicología de la muchacha, no podemos trazar un paralelo absoluto entre acontecimientos físicos y psicológicos. Se encuentran muchachas que menstrúan antes de alcanzar la pubertad psicológica y otras que penetran en la pubertad psicológica antes de que aparezcan los signos físicos correspondientes. Otro tanto ocurre en el climaterio: existen ancianas agotadas que aun menstrúan y mujeres que permanecen vigorosas y juveniles después que se ha presentado el climaterio físico.

Teniendo en cuenta nuestro concepto de la prepubertad, ¿qué podemos considerar como típico de las muchachas en esta fase? Todos aceptamos, siguiendo a Freud, que el desarrollo de las muchachas para llegar a ser mujeres se inaugura por un aumento repentino de la pasividad. En 1925<sup>1</sup> expuse el concepto de que un "brote

de actividad" precede a este aumento de pasividad. En mi opinión, este brote de actividad es la característica principal de la prepubertad. A este respecto muchachas y muchachos son lo mismo, dado que en el muchacho la última fase del período de latencia se caracteriza también por una intensificación de la actividad. Pero la forma y contenido de esta actividad son claramente diferentes en muchachas y muchachos y dan a la prepubertad de las muchachas un carácter muy específico. Creo que el brote de actividad representa no un aumento de la agresión sino más bien un proceso intensivo de *adaptación a la realidad* y de dominio del medio, que se hace posible por el desarrollo del yo. No puede negarse que esa actividad implica ciertos peligros para el futuro desarrollo sexual de la muchacha, es decir, para su pasividad futura.

La actividad intensificada característica de la prepubertad sirve para movilizar los talentos intelectuales y artísticos del niño así como sus aspiraciones, esperanzas afectivas, nuevas tendencias a la identificación, etc. Sus fuentes radican en el impulso inherente del yo hacia el crecimiento y la independencia. Desde la primera infancia existe en todos los individuos normales una incitación al desarrollo y a la adquisición de alguna cosa. Este impulso es particularmente fuerte en la prepubertad cuando la muchacha de 11 años vive en un mundo situado entre el pasado y el futuro, entre la infancia y el estado adulto. En este período se observa también un aflojamiento de los lazos afectivos de la infancia y un aumento del sentido de la responsabilidad y de la independencia. La renuncia a la vida fantástica infantil es de máxima importancia para la muchacha en su desarrollo. Esto se cumple principalmente por la busca de nuevos objetos con que relacionarse, es decir, nuevos objetos que amar, que odiar y con que identificarse. La necesidad de ser considerado como adulto es grande en esta época, y la batalla para obtener esa consideración es muy aguda y dolorosa, debido a que el joven, en su inseguridad y necesidad de ser protegido, tiene un deseo inconsciente de seguir siendo niño.

Así, la muchacha joven lanza una ofensiva contra el medio, y su arma principal es el esfuerzo por ajustarse a él. Esto implica una "vuelta hacia la realidad", es decir, otra característica de la pubertad, intimamente relacionada con el brote de actividad.

Antes de que pueda comenzar la ofensiva debe adquirirse un cierto grado de vigor del yo, pero también es cierto que la actividad y el esfuerzo para dominar el medio sirven para construir un yo fuerte que lleva al niño hacia el estado adulto. Existe una analogía

<sup>1</sup> Obj. cit.

física a esta reciproca relación psicológica: la actividad muscular implica la posesión de cierto grado de vigor y desarrollo muscular, pero al mismo tiempo aumenta el vigor y el desarrollo ulteriores.

Esta ofensiva de la prepubertad se aprovecha de diversos modos que varían según el medio, la educación y sobre todo la historia psicológica del niño. Las expresiones de esta vuelta hacia la realidad tienen naturalmente un carácter individual. Los acontecimientos de la primera infancia, las influencias del medio, los talentos particulares —en otras palabras, todos los elementos de la predisposición y constitución de la muchacha— dan a este desarrollo su contenido individual. Su forma es determinada por el medio cultural y social.

Al exponer la formación de la personalidad en la prepubertad hemos dirigido repentinamente nuestra atención al problema de la identificación. Cuanto más débil es el yo del niño tanto más recurre a la identificación con los adultos en su ajuste al mundo exterior. Este proceso es ahora más complicado que antes. Muchas veces cometemos el error de suponer que la identificación con la madre da lugar a la "femeineidad" en la personalidad del niño, mientras la identificación con el padre produciría la "masculinidad". Tendemos a olvidar que en el amplio campo de la relación padre-hijo desarrollada en el curso de la infancia no existe ni una sola idea consolidada de la madre o del padre. Existe una madre amada y una madre odiada; una madre ideal sublime y otra sexual despreciable; una madre que ha castrado al padre y otra que ha sido castrada por él; una que cuida a los niños y otra que los mata; una que los nutre y otra que los envenena; existe, pues, la rival y la personificación de la seguridad y de la protección. De modo análogo existen muchos diferentes padres que crean una serie de posibilidades para la identificación. La elección de los objetos para la identificación en la pubertad depende ampliamente de estos primeros fenómenos. La forma en que el niño resuelve, en los primeros períodos, sus sentimientos de ambivalencia en conflicto es también importante. Mucho depende de si es posible la identificación con los objetos amados, o si la intensidad de los sentimientos de culpa, agresivos y violentos, propios del niño le impulsa, cualquiera sea el sexo, a la identificación con un objeto maligno, punitivo, doliente o incluso muerto.

Cada una de estas posibilidades se hace más fuerte en este período de búsqueda activa de métodos para fortalecer el yo, e influye sobre el carácter de la prepubertad del niño. Simultáneamente se puede observar la tendencia a abandonar las primeras identificacio-

nes. La muchacha joven comienza a criticar extraordinariamente a sus padres y particularmente a su madre; desenvuelve una forma realista de abordar el mundo exterior, disminuyendo su hiperestimación infantil por sus padres y haciendo frecuentemente enérgicos ensayos para ser diferente de la madre. Esta crítica despectiva no está establecida de un modo lógico. Por el contrario, la muchacha que en su hogar critica todo, muchas veces intenta hacer creer en la escuela que sus padres son extraordinariamente importantes y aristócratas. Con frecuencia narra historias completamente falsas que glorifican, historias que nadie cree y que no despiertan interés.

Ésta es la forma que adquiere en la pubertad la llamada "novela familiar"<sup>1</sup>. En su necesidad para independizarse, la muchacha tiende a romper todos los antiguos vestigios de identificación, y como no está preparada para la independencia se establecen compromisos. Por ejemplo, la muchacha puede colocar la familia de una amiga en el lugar de la suya propia, y narra en su hogar lo maravillosas que son todas las cosas en la casa de su amiga, a pesar de que el *standard* de vida sea muy inferior al de su propia casa. La muchacha puede también sentir un amor apasionado por una maestra a quien atribuye un yo ideal con todas las cualidades de que ella cree carece su madre. Tal relación indica claramente la dependencia inconsciente con respecto a la madre, y muchas veces nos maravilla que la madre sea una persona mucho más fina y educada que la maestra adorada que la ha desplazado. La evidente explicación de este fenómeno se basa en que la relación con la madre es extraordinariamente ambivalente, y parece efectivamente más económico resolver este conflicto de ambivalencia creando una separación entre la madre y la maestra. El amor por la maestra es también un compromiso que hace posible evitar el peligro de la dependencia infantil respecto a la madre. Pero la adhesión a la madre es expresada en el mundo exterior en relación con este nuevo objeto.

En la prepubertad de las muchachas la adhesión a la madre representa un mayor peligro que la adhesión al padre. La madre es un gran obstáculo para el deseo de la muchacha de desarrollarse, y sabemos que el estado de "infantilismo psíquico" que se encuentra en muchas mujeres adultas es el resultado de una adhesión no resuelta a la madre durante la prepubertad. De todos modos, el des-

<sup>1</sup> El término "novela familiar" se aplica a una fantasía infantil comúnmente descubierta en el psicoanálisis: el niño fantasía afirmando que sus padres no son sus verdaderos progenitores; sus verdaderos padres son fármacos y su nacimiento está envuelto en el mito.

plazamiento de los antiguos objetos de identificación es por sí mismo un cierto paso hacia adelante y algunas veces crea nuevos valores sociales e ideológicos. El nuevo objeto de identificación puede ser realmente el representante de un mundo más progresivo y más ideal. En otros ejemplos es muy interesante que el objeto elegido sea una persona despreciable sexualmente. Cuando se examina detenidamente, esta elección dirigida hacia lo opuesto de la madre o hacia una imagen inconsciente de la madre concebida como predominantemente sexual, revela la dependencia de la muchacha.

Como es natural, las relaciones con hermanos y hermanas desempeñan un papel importante en la lucha para adquirir el estado adulto. Durante el período de aumentada actividad, una muchacha, que durante su desarrollo ha estado al lado de un hermano, puede esforzarse por parecer no sólo ya desarrollada sino también varonil. La hermana de la muchacha, especialmente si es algo mayor que ella y por tanto va a la cabeza en la carrera para llegar al estado adulto, es objeto de envidia y de odio, o más raramente es considerada como una figura ideal. Con mucha más frecuencia son elegidos como objetos ideales un amigo de la hermana, la hermana de un amigo o un antiguo compañero de la escuela. Debido a que tal identificación puede ser realizada rápidamente por la muchacha, esta elección expresa el sentido de lo real, que es característico de las muchachas en la prepubertad.

Tal relación con una muchacha de mayor edad suele ser peligrosa, pues ésta puede informar a la más pequeña de actos para los cuales aún no está madura. Volveremos sobre esta cuestión más adelante.

A parte de estos objetos más importantes de identificación existen otras muchas figuras temporales, como los personajes que se encuentran en libros, películas cinematográficas, etc. Estas diversas identificaciones, que más tarde, en la pubertad, pueden ser explicadas como un mecanismo de defensa<sup>1</sup> y que se presentan en personalidades equizoides como expresiones de un estado afectivo patológico<sup>2</sup>, demuestran, cuando se examinan detenidamente, que tienen un carácter completamente específico en la prepubertad. Nos traen vivamente a la memoria ciertos juegos de los niños pequeños, y parecen ser una "representación" de esos deseos transitorios y cons-

cientes que expresan la idea "esto es lo que yo quiero ser". Es digno de notar que esta representación tiene un carácter concreto y real completamente diferente de las fantasías.

Un deseo interno fuerza a la muchacha en la prepubertad a actuar. Debe dirigirse hacia la realidad y fácilmente puede observarse en este período la tendencia a considerar todas las cosas más realísticamente. Frases, símbolos, etc., están dotados de un valor de completa realidad, y esto, combinado con la tendencia a experimentar directamente las cosas, da lugar a que sus acciones sean extraordinariamente extrañas. Consideremos, por ejemplo, la conducta de cierta muchacha de 12 años que se estaba preparando para su primera presentación social. Estaba atormentada por angustias y sentimientos de inferioridad, y sobre todo temía no ser considerada como suficientemente "grande". Había peinado su cabello de un modo complicado para parecer mayor, y el peluquero le profetizó que seguramente los ojos de todos los muchachos se volverían hacia ella. Durante horas practicó ante el espejo los gestos de una *femme fatale*, pero cuando llegó la noche se negó a asistir a la fiesta. Se encontraba dominada por un terror pánico de que "los ojos de todos los muchachos se volvieran hacia ella" y no quería cargar sobre su conciencia las terribles consecuencias que aquello produciría. "Yo no puedo casarme con todos los muchachos que se enamoren de mí. ¿Y qué harían entonces estos pobres muchachos?", exclamaba presa de desesperación.

La fantasía que ella tomó de un mundo exterior fue inmediatamente dotada de realidad y aplicada prácticamente en la forma negativa de un rechazo a actuar.

Debido a las limitaciones de su propia delicada personalidad, la muchacha joven recurre a todos los métodos para dar contenido y propósito a sus actividades. Por ejemplo, desarrolla un plan detallado de vida que sigue estrictamente un breve tiempo y luego lo reemplaza por otro. Intenta modelar su existencia según los caracteres encontrados en los libros o en la vida real. Algunas veces hasta llega a utilizar anuncios de los diarios. Después de emplear un cosmético muy anunciado, experimenta ingenuamente todas las satisfacciones de una bella y encantadora mujer.

Ejemplos interesantes de tales identificaciones en una muchacha de 12 años se encuentran en *Junior Miss* de Sally Benson<sup>1</sup>. Ningún estudio clínico ni estadístico nos informa tan bien de la psicología

<sup>1</sup> FREUD, A.: *The ego and the mechanisms of defense*. London: Hogarth, 1937.

<sup>2</sup> DEUTSCH, H.: *Some forms of emotional disturbance and their relationship to schizophrenia*. Psychoanalyst. Quart., vol. II, 1942.

<sup>1</sup> BENSON, S.: *Junior miss*. New York: Random House, 1941.

de la pubertad como lo hacen los pequeños episodios de la vida de Judith descritos por este sensible e inteligente autor. La joven Judith incluso hizo de su propia persona un objeto de identificación, siempre que al obrar así desempeñara un papel atractivo dramático. Por ejemplo, después de haber visto una obra en la que la heroína era una hija que se sacrificaba, desempeñó el papel de una muchacha joven que amaba tiernamente a su padre, a quien cuidaba más que a otra cosa en el mundo, y quedó completamente desilusionada por la prosaica respuesta de su padre. Un niño pequeño hubiera hecho intervenir al padre en la trama; una muchacha en la pubertad hubiera llenado su vida interna con fantasías referentes a su situación. Pero Judith, que estaba en la pubertad, "desempeñaba un papel". Un poco más tarde, al acercarse a la pubertad, esta manera de desempeñar un papel fue reemplazada por el deseo de llegar a ser actriz.

Otra actividad que desempeñan las muchachas jóvenes es la continua intervención en los asuntos de los adultos. Llenas de intensa curiosidad, averiguan todas las cosas, hacen su propia interpretación, elaboran lo que ven con su imaginación, de ordinario no excesivamente rica, y toman sobre sí un papel activo auxiliar o perturbador. En su mayor parte se identifican con personas que aman apasionadamente o con individuos de algún drama, que sufren al ser sometidos a una persecución, es decir, no los buscan en un mundo fantástico sino en la pesada realidad. Muchas veces sus actividades son de carácter hipomaniaco y constituyen un desasosiego para todos los que rodean a estas muchachas, particularmente cuando existen además tendencias agresivas.

Un papel importante es desempeñado también por el *secreto*, la contrapartida de la curiosidad en la pubertad. La muchacha de 12 años siempre cree que todos tienen secretos; necesitan conocer lo que ocurre en la vida de cualquier otra persona, pero al mismo tiempo se rodean de secretos. Por esto necesitan una compañera y muchas veces la encuentran en una muchacha de su propia edad o en un grupo de amigas. La necesidad de tener secretos se dirige de ordinario contra los adultos y sobre todo contra la madre o su sustituta. Como revancha contra la madre que mantuvo secretos desde la infancia —ese viejo reproche— ahora, a la edad de la actividad aumentada, toma la forma de tener secretos propios. El reproche "¿por qué ella no me contó eso?" primeramente se refiere no a la ocultación del suceso sino al suceso misterioso en sí. En la pubertad la relación afectiva es transferida desde el suceso al secreto respec-

to a él. Un ejemplo típico es la situación relacionada con el nacimiento de un hermanito o hermanita: no es el nacimiento la razón del reproche consciente a la madre, sino la ocultación del embarazo. El hecho de que la madre, como muchas veces ocurre, hable con frecuencia del nacimiento que se va a producir, es ignorado o reprimido. Lo mismo ocurre más tarde con respecto a la menstruación.

La necesidad de tener secretos se expresa muchas veces de un modo paradójico. La muchacha joven se confía a cualquiera bajo la promesa de secreto: "Usted es la única persona a quien yo cuento esto. Juro que no se lo referirá a nadie." Y luego procede a contar su secreto a la primera persona que encuentra.

La necesidad de tener secretos y de revelarlos conduce a la invención de mentiras cuando faltan sucesos verdaderos. Así surge un tipo no peligroso de seudología, menos rico en fantasías, sin embargo, y menos desarrollado que la seudología del adolescente. Un número bastante considerable de mujeres adultas conserva esta necesidad de confiar secretos a toda la gente.

Ocupémonos ahora de lo que ocurre en la vida afectiva de la muchacha joven durante este periodo. El salto desde la infancia está marcado por un enérgico intento de limitar los antiguos lazos afectivos, especialmente para escapar de la protección tierna o crítica de la madre. Conocemos las dificultades que la madre encuentra cuando intenta explicar a su hija que está dispuesta a ayudarla a adquirir el estado adulto que se avocina (incluso cuando este ensayo es sincero). El estado adulto adquirido con la ayuda de la madre no es atractivo. No existen dudas de que, a pesar de los agotadores esfuerzos para aflojar los lazos de la dependencia infantil, persisten muchos de los lazos sentimentales de la muchacha joven que le unen a la familia. Tales sentimientos son muchas veces transferidos a personas que son directamente sucesoras o sustitutas de los miembros de la familia (por ejemplo: maestros). La muchacha siente conscientemente que su afecto se dirige a otra muchacha, bien a una muchacha mayor que representa su yo ideal, o a una muchacha igual a ella con la que ríe y juega, a la que confía sus secretos y con la que experimenta la satisfacción sexual inocua típica de esa edad.

La elección de este objeto es de máxima importancia, pues es un *alter ego*, una extensión del yo propio de la muchacha, idéntica a ella en lo que se refiere a la edad, intereses y deseos. En este periodo, cuando el yo ya no es capaz de crear una nueva relación afectiva con el mundo circundante y es demasiado débil para sentirse independiente, la muchacha joven corre el peligro de difun-

dirse en numerosas identificaciones. Durante la pubertad estas identificaciones tienen por algún tiempo un carácter imitativo y juguetón. A medida que la muchacha se desarrolla, su importancia en la formación de su personalidad aumenta. De ordinario, la identificación adquiere gradualmente una forma más fija que liga a la muchacha a objetos definidos. Las variables identificaciones pueden continuar existiendo y en algunos casos conducen a un empobrecimiento importante de la personalidad de la muchacha.

Existen diversos modos de evitar la autodifusión en identificaciones. El recurso más fácil de la muchacha joven en la pubertad es identificarse directamente con otra muchacha para sentirse más segura. A pesar de la ruidosa seguridad de que blasóna, se da cuenta de su incapacidad y necesita de alguien tan insignificante como ella para sentirse más fuerte, para duplicar su vigor. Necesita de alguien que no sólo participe de los placeres y cargas que impone el secreto y la curiosidad, sino que también se asemeje a ella y que como ella esté sometida al sufrimiento de sentirse insignificante. La muchacha puede tolerar el peso del secreto, el sentimiento de que el mundo circundante es hostil y los tormentos de la culpabilidad más fácilmente debido a que los tolera con otra persona.

Esta relación es "monógama". Fidelidad y exclusividad son exigidas de la amiga, y sobre todo necesita que sea su completa compañera de los secretos comunes. Las compañeras pueden contarse reciprocamente todas las cosas, excluyendo a las otras personas de sus confidencias, particularmente si se trata de adultos. Los descubrimientos más importantes que sirven de tema a las compañeras se refieren principalmente a la esfera sexual. De igual modo como la fase fálica de la niñez está constituida por el interés en las diferencias anatómicas, así en la pubertad el interés se concentra sobre los procesos fisiológicos. Ya no es el problema de la diferencia genital el que fascina a las muchachas en esta fase, pues ya saben lo suficiente de esta diferencia y la aceptan más o menos. La absorción en las funciones de los órganos sexuales y su tamaño, en el interior de sus propios cuerpos, el interés por el desarrollo de sus senos, reemplaza ahora su antigua curiosidad por la diferencia entre muchachas y muchachos. En este reino ellas se cuentan verdades y falsedades, y juntas examinan el mundo desde el punto de vista de los acontecimientos sexuales. Una de ellas puede incluso intentar experimentar algo nuevo para tener un secreto que contar. Cuando están separadas se escriben reciprocamente todos los problemas importantes o llevan un diario destinado a la compañera. En este secreto

especial todas las cosas adquieren un carácter sexual. Palabras sin importancia como "aquel", "esto", "hacer", etc., adquieren una doble significación.

La autodescripción de Hug-Hellmuth en *Un diario de una muchacha joven*<sup>1</sup> parece ofrecer un ejemplo perfecto de tal conducta en la pubertad. Después de la muerte de su autora los psicólogos académicos consideraron el *Diario* como una falsificación, ofreciendo como prueba el hecho de que no estaba de acuerdo con el carácter de las muchachas jóvenes observadas por ellos. En un aspecto tenían razón: la vida de las muchachas jóvenes abarca no sólo lo que era expresado en el *Diario*, sino también acontecimientos escolares, deportivos, musicales, familiares, etc. Sin embargo, un diario es la expresión de esa parte de la vida interna de la mujer que tan sólo ella participa con su mejor amiga o con un grupo elegido de amigas. El valor de la publicación de Hug-Hellmuth radica en que nos proporciona una visión de zonas de la vida de la muchacha joven que de ordinario están ocultas a los psicólogos. El secreto es un elemento esencial del placer de las muchachas jóvenes en las investigaciones y discusiones sexuales. Los profesionales, que por razones terapéuticas se hallan muy cerca de tales muchachas, encuentran que tan sólo con gran dificultad pueden obtener una verdadera imagen de la vida secreta de la niña. Estas niñas presentan una resistencia particularmente tenaz a las mujeres maternales. Sólo se puede adquirir una relación íntima con ellas cuando se asume el papel de una "muchacha amiga".

Por mi parte admito completamente la autenticidad del diario de Hug-Hellmuth. Es tan absolutamente cierto que yo creo que tan sólo una muchacha joven puede haber tenido las experiencias descriptas en él y exponerlas de tal manera.

Volvamos ahora a las relaciones entre dos muchachas. Hemos dado a las investigaciones sexuales y al mantenimiento de secretos comunes la significación de satisfacción sexual. En realidad es la única forma de tal satisfacción en esta edad. La expresión de intensa ternura entre las compañeras no se encuentra en esta época y la masturbación mutua casi nunca se produce en circunstancias normales. De todos modos, es raro encontrar cualquier actividad masturbadora consciente y directa. Hemos visto que la vida fantástica de la muchacha en la pubertad, en contraste a la de la adolescencia, tiene su carácter más extravertido y tiende hacia la dirección de

<sup>1</sup> HUG-HELLMUTH, H.: *Tagebuch einer halbwüchsigen Mädchen* (ed. 2). Viena: 1921. A young girl's diary. New York: Schirer, 1921.

desempeñar un papel. El problema del embarazo, por ejemplo, desempeña un importante papel en los dos períodos. La muchacha joven en la pubertad reprime sus fantasías referente al embarazo y sufre de angustia y síntomas relacionados con él. Pero en la prepubertad la muchacha se encierra en una habitación con su amiga, y ambas se introducen bajo los vestidos pequeñas almohadillas para simular el embarazo. Otro tanto ocurre con respecto a las fantasías de la prostitución: las muchachas jóvenes están muy interesadas por este problema, se hacen narraciones acerca de él, utilizan los polvos, el colorante y el lápiz de los labios de sus madres, y juntas se entregan a estas fantasías de prostitución, mientras las muchachas en la pubertad con las mismas fantasías se hacen extraordinariamente ascéticas o presentan síntomas de agorafobia.

Como es natural, sus investigaciones filosóficas se centran en torno al acto sexual, al embarazo y al parto. Construyen muchas teorías de "cómo" y el "qué" de estos fenómenos y para ello utilizan material tomado de la realidad. Están particularmente dispuestas a admitir cualquier sugerencia de que todo el problema es consecuencia de un acto brutal por parte del hombre y que la infeliz mujer sufre grandes dolores y desazones. Es interesante observar que en todas las fases de la vida femenina el masoquismo encuentra alguna forma de expresión.

La amistad entre dos muchachas tiene siempre una forma complementaria más o menos reciproca, es decir, una muchacha es la más activa y la otra la más pasiva. Esta relación puede ser de diversa intensidad: la pasividad de una compañera puede estar tan sólo levemente indicada o puede tomar la forma de sometimiento absoluto a la compañera.

Al acercarse a la pubertad esas relaciones adquieren un carácter más sádico-masoquista. Pueden tener un efecto muy grande e incluso nocivo, particularmente para la compañera masoquista. Algunas veces las muchachas jóvenes sufren inhibiciones en sus estudios o labores, debido a que repentina o gradualmente se hacen incapaces de realizar todas las cosas que requieren el ejercicio de la voluntad y tolerancia para cualquier incomodidad. La explicación de estas dificultades se encuentra en que la muchacha está absorta en sus fantasías. Recientemente he tenido la oportunidad de observar a una muchacha joven que se negaba obstinadamente a realizar cualquier labor. Abandonaba toda actividad cuando encontraba que esa actividad implicaba alguna molestia. Descubrí que estaba masoquis-

ticamente sometida a una muchacha sadista de su misma edad y que se había hecho incapaz de tolerar cualquier molestia a no ser que fuera acompañada por un premio en la forma de placer masoquista. Tal relación sádico-masoquista puede continuar en la pubertad y ejercer una influencia importante sobre la heterosexualidad subsiguiente.

La relación entre las dos muchachas se desenvuelve de diferentes modos. Unas veces desaparece, otras cambian los objetos o con mucha menos frecuencia conduce a una amistad sublimada que puede continuar toda la vida. Algunas veces una de las dos muchachas se desarrolla sexualmente más rápidamente que la otra. Por celos o identificación, la más inmadura intenta también seguir el camino heterosexual que la otra ha seguido, aunque carezca de la necesaria preparación psicológica o tenga sólo una fingida preparación. La muchacha cae fácilmente en la confusión, y esto puede tener infortunados resultados cuya naturaleza dependerá del medio social de la muchacha. Muchos actos de *gangsterismo*, prostitución o criminalidad en muchachas muy jóvenes son consecuencia de una interrupción violenta de la prepubertad, con sus innocuas tendencias homosexuales, en favor de una heterosexualidad para lo cual no están aún realmente maduras. En mi opinión los verdaderos peligros de este periodo de la vida yacen en una conducta anacrónica. O bien la muchacha joven está retardada en su crecimiento psicológico por la excesiva solicitud de las personas que le rodean o por sus propios lazos afectivos excesivamente infantiles, sentido de la culpabilidad y temores; o, inversamente, las experiencias prematuras producen trastornos en el desarrollo de toda su personalidad pudiendo dar lugar incluso a trastornos neuróticos.

La relación con el otro sexo en este periodo es normalmente no sexual tanto en los muchachos como en las muchachas. A los ojos del muchacho, que está extraordinariamente orgulloso de su sexo, la amistad con mujeres significaría una desvalorización de su masculinidad (en oposición a lo que ocurre más tarde en la pubertad). La muchacha adopta una actitud de "no necesito cuidados", pero en el fondo ella cree en la superioridad del varón. Esto es especialmente cierto entre los individuos que se dedican a los deportes. Una muchacha muy activa se dedica a esas competiciones transformándose en una joven varonil retozona, especialmente si sus amigas tienen ambiciones en la misma dirección. Lo que muchas veces lleva a los muchachos y muchachas de esta edad a reunirse en rincones apartados es más bien una curiosidad que una atracción sexual. Hasta

cuando existen actividades sexuales concretas en las relaciones entre muchachas y muchachos, la curiosidad desempeña el principal papel.

El carácter varonil retozón, que tan frecuentemente se manifiesta durante la fase activa, no sólo es normal sino también más deseable desde el punto de vista de la salud psicológica que la posición pasiva de las muchachas que prefieren someterse a una domesticidad. Se observa ahora, más que en otro período de la infancia, las diversas disposiciones individuales. Algunas muchachas tienen encanto femenino, mostrando un creciente interés por los quehaceres de su sexo, y algunas veces incluso simulan torpeza para ser tratadas más tiernamente. Otras desarrollan desde el principio rasgos masculinos más activos. Las influencias del medio y la posición de los padres, hermanos y hermanas desempeñan probablemente un gran papel en la determinación del carácter de la muchacha; pero todas las manifestaciones de una actitud masculina en la prepubertad representan indudablemente un fortalecimiento del deseo previamente existente de ser varón. Si este deseo no se acompaña de reacciones consistentes en sentimiento de inferioridad, depresión, etc., no tiene ninguna influencia.

Cuando la pubertad se aproxima y la muchacha joven experimenta los primeros síntomas de ansiedad sexual o algún desengaño amoroso, este carácter varonil retozón es usado muchas veces como un arma, como una protección contra la femineidad, particularmente si sus fantasías tienen un carácter masoquista. Ese anhelo puede impulsar a la muchacha hacia la pasividad y domesticidad o a la masculinidad y homosexualidad. Pero estos procesos tienen lugar con mayor frecuencia durante la pubertad.

En mi descripción del desarrollo característico de la prepubertad me he referido varias veces a su carácter "ofensivo". Es evidente que el motivo que interviene en esta fase es la necesidad inherente del yo de desarrollarse y de adquirir nuevas cosas.

En el camino de esta meta la muchacha en maduración debe libertarse por sí misma de sus primeras dependencias. La primera tormenta prerrevolucionaria tiene lugar dentro de la modesta trama de su medio familiar. Para la mayor parte, la adaptación al medio escolar se desarrolla favorablemente durante largo tiempo. La diferencia de conducta en la escuela y en el hogar es muchas veces muy notable: todos conocemos el tipo de niña que es intratable en el hogar, mientras que en la escuela es un modelo de buena conducta. Lo inverso, la buena conducta en el hogar y las travesuras en la escuela, es menos frecuente. La transferencia del conflicto desde el

hogar a la escuela está en su mayor parte ligada con procesos afectivos complicados.

La tendencia de estar ensimismada durante las horas escolares y el temor a la escuela, por una parte, y el deseo de permanecer en el hogar, por otra, son de ordinario preludio de síntomas neuróticos más graves. Aquí nos ocuparemos de la forma "normal" simple del desarrollo del yo de las muchachas jóvenes hacia una mayor independencia. Pero hasta las preadolescentes más normales tienen sus dificultades. Las expresiones más simples de ellas son la desobediencia, la rebelión contra las medidas educativas y la repulsión contra la disciplina anteriormente aceptada. Todo eso se acompaña algunas veces de actos extraordinariamente agresivos. En ocasiones, las adquisiciones debidas a la educación en la primera infancia, que desde largo tiempo se han transformado en hábitos, comienzan a retrogradar, y la limpieza del cuerpo o la regularidad de las funciones excretoras, brevemente "el orden somático" representado por la madre o su sustituta, son lanzados por la borda en un acto de rebeldía. Esto expresa principalmente una protesta contra la dependencia existente hasta entonces, una agresión contra las influencias de la educación, y, paradójicamente, incluso una más intensa ansia por parte del niño hacia su propia infancia. De un lado el niño rechaza energicamente su infancia; del otro intenta volver a ella siguiendo un rodeo. Movida por esta ansia la muchacha se inclina una vez más a dejar abandonado a la madre el cuidado de su cuerpo. La intensificación de muchas tendencias orales, sobre todo la glotonería, sirve como una satisfacción agresiva del apetito, que está aumentando por el proceso del crecimiento. En todas estas funciones la muchacha lucha contra la "interferencia" de la madre; ella siente en cada uno de los gestos de la última un ataque a su estado adulto; la madre es la representación del lazo más fuerte con el pasado.

La lucha por la independencia en este período nos recuerda notablemente el proceso que tiene lugar aproximadamente entre los dieciocho meses y los tres años de edad, en el curso de lo que llamamos la fase preedipica de la infancia. Para dar sus primeros pasos en el mundo exterior, el niño pequeño, después de estar en una total dependencia, debe también desprendérse de su madre que le transporta y le alimenta. Ya no necesita la mano de la madre, y, sin embargo, exige ansiosamente, cuando ella retira su mano durante los intentos del niño para andar, que al menos le dé un dedo. Se irrita cuando no se le da su cuchara para que la maneje independientemente. Muy semejante es la conducta de la mucha-

cha en la prepubertad; llena de odio y de rabia desea alejarse de la influencia de la madre, aunque al mismo tiempo refleja frecuentemente una necesidad angustiosa e intensificada de permanecer bajo la protección maternal.

En la madre tiene lugar el proceso correspondiente. En ambas las fases son comparables: la madre necesita mantener a la niña bajo su protección, y, sin embargo, sabe que esta protección debe disminuir y finalmente desaparecer. ¡Cuán frecuentes son los temores de las muchachas jóvenes a los peligros que les amenazan en el mundo exterior intensificados por temores análogos por parte de la madre! En muchas muchachas ese temor se transforma en una convicción de que en el momento en que se separen de la madre sucederá algo terrible a ellas, a sus madres o a ambas. En los casos patológicos son bien conocidos estos temores, pero las muchachas relativamente normales muchas veces los presentan en forma moderada. La prepubertad repite la fase preedipica no sólo en la lucha para libertarse de la madre, que es el punto central de la vida psicológica de la muchacha en esta época. También repite esta fase en otros respectos. Por su parte, el padre, amado o rechazado, permanece en un segundo plano como una figura poderosa o débil; normalmente no ejerce una influencia considerable sobre el desarrollo psicológico de la niña en este periodo de la vida.

Freud plantea el problema referente a la manera como el objeto amado de la muchacha cambia desde la madre, hasta entonces el único objeto de su adhesión, al padre. Se han realizado numerosos ensayos para explicar esto, tanto por Freud, como por numerosos autores, basándose en la suposición de que ese cambio se cumple durante la infancia, pero según mi concepto jamás tiene lugar completamente. En todas las fases del desarrollo y de la experiencia de la mujer puede observarse claramente el gran papel desempeñado en su vida psicológica por la adhesión de su madre. Muchos sucesos en esa vida son manifestaciones de intentos para desprendérse de esa adhesión, intentos realizados en forma de brotes, y el equilibrio psicológico de la mujer y su destino final muchas veces dependen del triunfo o fracaso de esos ensayos.

La prepubertad se marca por un brote particularmente vigoroso en esa dirección, y por ello esta fase del crecimiento es tan importante para determinar el carácter de la pubertad de la muchacha y su subsiguiente desarrollo. Un ensayo realizado en la prepubertad para libertarse de la madre que haya fracasado o haya sido demasiado débil puede inhibir futuros desarrollos psicológicos dejando

un sello notablemente infantil en toda la personalidad de la mujer. En tales muchachas la pubertad carece de su impetu revolucionario normal y de la intensificada necesidad de independizarse. Sus relaciones con personas de ambos sexos expresan dependencia y una necesidad de apoyo. La amistad y el amor son reemplazados por una dependencia pasiva y una quejosa demanda de amor que es difícil de satisfacer. Si después de la prepubertad tales muchachas infantiles adquieren una conducta más activa, ésta se caracteriza por la actitud de juego que según hemos visto es típica de la prepubertad. Tales muchachas renuncian a todas las aspiraciones que se proponen un fin en el momento que encuentran dificultades, empequeñecen todo lo que hacen, etc. Frecuentemente obtienen buenos resultados en los campos intelectual y artístico, pero, de ordinario, no se trata de expresiones de sus propias personalidades y dependen completamente de influencias exteriores. Tales muchachas, muchas veces aman ardientemente, pero incluso esta actividad afectiva está grandemente limitada a fantasías y mantienen un carácter artificial. Sin una considerable ternura y una notable protección maternal —una función que en algunos casos es desempeñada por el marido— encuentran que la vida es insopportable. De ordinario son inaccesibles al tratamiento psicoanalítico debido a que no pueden tolerar las renuncias implicadas en el análisis. Los sentimientos movilizados por el análisis son puestos inmediatamente en juego, y la transferencia a la madre es dotada con un carácter real y hostil. Cuando están atacadas de neurosis, sus síntomas son de ordinario manifestaciones de la relación anormalmente intensificada con la madre que se ha reactivado en la prepubertad. Así, por ejemplo, varios trastornos de la alimentación, desde las alteraciones moderadas hasta la anorexia nerviosa (rechazo del alimento hasta llegar a la total abstinencia), pueden representar una lucha patológicamente intensificada entre los lazos extraordinariamente infantiles con la madre y los fracasados intentos de liberación.

Se presentan muchos casos en que la prepubertad ha sido aparentemente normal, pero una situación provocativa durante la pubertad o en alguna fase posterior da lugar a reacciones patológicas. Por ejemplo, un intento para reducir lo que comienza con renuncias orales, puede algunas veces provocar una reacción que conduce a una alimentación obsesiva. Esta obsesión es combinada con la mayor energía y todas las ansias profundamente enraizadas hacia la madre son movilizadas en esta lucha. Este anhelo puede adquirir una forma extraordinariamente infantil, y si se acompaña por agre-

sión infantil contra la madre, el alimento ardientemente deseado se transforma en un veneno y el ansia puede desarrollarse dando lugar a una psicosis.

En todos estos casos se observa que aunque las neurosis o psicosis de alimentación se manifiestan en una fase posterior (frecuentemente hacia el final de la adolescencia), el intento normal para romper los lazos con la madre encuentra dificultades como en la pubertad. Los procesos neuróticos no se presentan en esta época, pero es evidente, dado su desarrollo ulterior, que la "ofensiva de la pubertad" ha sido demasiado pasiva o demasiado agresiva con respecto a la madre.

En nuestra exposición de la pubertad nos hemos limitado a los estados relativamente normales, pero muchas veces encontramos alteraciones neuróticas durante esta fase. Tales alteraciones o bien son continuación de neurosis que existían durante la infancia o surgen bajo la influencia de experiencias traumáticas, como el nacimiento de un nuevo hermano o hermana, la separación de los padres, la muerte de ellos, etc. Con más frecuencia estos trastornos consisten en estados de angustia y sentimientos típicos de inferioridad. Las muchachas en este caso no se sienten igual a los adultos, pero si son admitidas en un grupo favorable o adquieren nuevos amigos, sus sentimientos de inferioridad desaparecen. Detrás de tales sentimientos suelen descubrirse motivos más profundos, por ejemplo, sentimientos de culpabilidad que pueden marcar el comienzo de complicaciones neuróticas.

Deliberadamente he usado en esta exposición el término "ofensivo". Deseo hacer notar que ciertos desarrollos del yo son de valor debido a que, en caso de necesidad, pueden servir como mecanismo de defensa contra los peligros que surgen de los impulsos sexuales. No creo, sin embargo, que tales mecanismos defensivos sean creados exclusivamente bajo la presión de peligros instintivos, como arma contra ellos. En mi concepto estos mecanismos comienzan a desarrollarse antes de la pubertad como armas ofensivas para la conquista de la realidad. En efecto, cualquier elemento de la personalidad puede transformarse en un mecanismo de defensa: la inteligencia, al igual que la estupidez, combaten dentro de la realidad lo mismo que combaten desde la realidad. La agresividad puede ser una defensa contra la pasividad y viceversa, mientras la masculinidad puede ser una defensa contra el masoquismo femenino; la necesidad de ser adulto se emplea como una defensa contra los peli-

gros de la infancia, la lucha por la infancia puede significar una defensa contra el estado adulto, etc.

De igual modo, grandes invenciones de la química y de la física son muchas veces usadas como armas en la guerra, aunque su propósito primitivo no fuese militar. Pero aún conservan un valor cuando la guerra ha pasado y pueden servir entonces para mejores fines. Ocurre lo mismo con ciertas funciones importantes del yo: son productos del desarrollo normal y pueden ser usados como mecanismo de defensa en las situaciones peligrosas; pero realizan sus servicios más importantes en los "tiempos de paz", es decir, cuando se usan directamente para conquistar al medio.

## CAPÍTULO SEGUNDO

## PRIMERA PUBERTAD

DURANTE la prepubertad, el yo de la muchacha joven, con su intensificada actividad, intenta romper las ligaduras de la dependencia infantil. Esta actitud continúa muchos años después de la prepubertad, hasta la adolescencia. La lucha de la muchacha contra el medio de su hogar, aunque sea una lucha primitiva en la prepubertad, es la expresión de la necesidad cada vez mayor de oponer su propio yo, como una personalidad independiente de las personalidades que le rodean. Su conciencia de sí misma como yo se hace cada vez más fuerte y es el preludio de diversos sucesos que más tarde, en la adolescencia, serán más complicados e interesantes. Muchas veces no llegamos a darnos cuenta de que en la malicia juvenil hallamos factores negativos procedentes de fuerzas positivas del crecimiento. La muchacha, cuya autoconfianza está madurando, siente naturalmente por algún tiempo que su ambiente es obstructorio y hostil. Para el ulterior desarrollo de su propia personalidad, la joven debe recurrir a métodos que no son progresivos y maduros por sí mismos, pero que de todos modos significan un progreso y madurez. En su más profundo ser, la muchacha joven, durante la prepubertad y durante largo tiempo de la pubertad, permanece completamente infantil, se asombra de su propia autoconfianza que va en aumento y de sus nuevas responsabilidades. Entre estos dos elementos —aumentada autoconfianza por una parte y creciente percepción de su propia debilidad por otra— la muchacha intenta construir un puente. Las numerosas imitaciones, identificaciones, desvalorizaciones y revaloraciones que ya hemos hecho notar antes sirven a este fin. Todas ellas surgen de la necesidad de llenar la creciente sima entre su mayor autoconfianza y las demandas cada vez mayores que la realidad impone. El hecho es que el alma juvenil que se siente insegura fortifica su aspiración activa a dominar su inseguridad. Más tarde, durante la adolescencia, se encontrarán mejores medios para llegar a este objeto.

Siguiendo el desarrollo de las muchachas desde la prepubertad a la adolescencia podemos observar, en el período que sigue directamente a la prepubertad, ciertas peculiaridades que justifican dar

a esta fase el nombre especial de "primera pubertad". Los límites que separan esta fase de la precedente y de la siguiente —prepubertad, y adolescencia o avanzada pubertad— no existen. La transición de la prepubertad, a través de la pubertad, hasta la adolescencia tiene lugar gradualmente mediante el desarrollo orgánico y psíquico de la muchacha joven. El factor orgánico más importante de la pubertad es la maduración sexual. El factor biológico influye poderosamente sobre la relación de la muchacha con su propio cuerpo, y la tendencia a descuidar los cuidados personales, que es tan típica en la prepubertad, se invierte de notable manera; la muchacha comienza a dedicar gran cuidado a su cuerpo; usa cremas, polvos y *rouge*, no para imitar a las mujeres adultas, sino más bien para satisfacer su vanidad y la necesidad de parecer bella. Los vestidos, las joyas y todo tipo de adornos resultan tan importantes para la muchacha que muchas veces llega a cometer actos antisociales para procurarse el dinero para estas cosas.

Durante todo el período de latencia el interés de la muchacha por los órganos sexuales queda en un segundo plano. Durante la prepubertad, su intensa curiosidad acerca de los procesos sexuales en general dirige el interés hacia su propio cuerpo. El deseo de ser una mujer adulta y considerada como tal lleva su atención hacia el desarrollo y hacia otros procesos somáticos. Como resultado de este deseo las muchachas entre diez y doce años reciben jubilosamente los primeros signos del desarrollo de sus senos, ahuecan sus blusas y hacen exagerados relatos de sus progresos a sus amigas. Así, estas muchachas, muchas veces parecen más maduras y más femeninas que sus hermanas mayores que ya menstrúan, las cuales, angustiadas y pudorosas al surgir la excitación sexual, ya no están orgullosas de su madurez, de la que se avergüenzan e intentan ocultar por todos los medios, por ejemplo, el uso de apretados corpiños.

Es indudable que las muchachas que durante la prepubertad se comportaban como muchachos juguetones, reaccionan al principio negativamente al desarrollo de las características sexuales secundarias que dan a su cuerpo un aspecto femenino. La nueva distribución de los depósitos de grasa, la aumentada redondez de sus caderas, el desarrollo de sus senos, etc., son para ellas una vejación y una vergüenza. Pero algunas veces una muchacha varonil pierde rápidamente su primera posición y contempla su nueva femineidad con interés y gozo. Inversamente, existen muchachas que durante la prepubertad se comportan más bien pasiva y femeninamente, sin tendencia hacia los juegos varoniles; que, con el progreso de la pu-

bertad y la feminización de sus cuerpos, adoptan una actitud más masculina. Finalmente, no faltan muchachas cuyo desarrollo sigue una línea recta desde la infancia, a través de la pubertad, hasta el estado adulto. Las familias de estas muchachas suelen decir: "siempre ha sido una mujercita".

Es de esperar que la actividad de las fuerzas biológicas, sobre todo de los factores hormonales, ejerza en la pubertad una influencia decisiva sobre los factores psicológicos, y así ocurre. Sin embargo, esta actividad no siempre es suficientemente poderosa para dominar las complicaciones psicológicas y llevar el proceso de la maduración en una línea recta hacia la femineidad.

El interés de las muchachas por sus genitales, que había quedado en un segundo plano, se reactiva ahora por la renovada masturbación y todavía más por la menstruación. Los efectos psicológicos de conocer, a través de la experiencia, que los órganos sangran y causan molestias y alteraciones son extraordinariamente violentos y variados. (Véase Capítulo IV.) Aquí limitaremos nuestra exposición a señalar que el papel del órgano genital femenino para la muchacha es completamente diferente del papel representado por el pene para el muchacho. Para el muchacho el órgano genital significa una vieja adquisición y está familiarizado con él debido a su doble función. A diferencia de la muchacha, el muchacho puede estar interesado por el crecimiento y por el intensificado funcionamiento sexual de sus genitales ya muy precozmente, constituyendo una verdadero orgullo para él.

Pero la conducta variable de la muchacha joven durante la pubertad depende aún de otros factores. Su predisposición, las vicisitudes de su infancia, las influencias de su ambiente, el medio cultural, su inteligencia y dones naturales, sus métodos de vencer la angustia, crean variaciones individuales en la personalidad de la muchacha en este período. De todos modos, es posible distinguir ciertos rasgos generales y varios tipos de conducta que ya en este tiempo revelan la personalidad que más tarde ha de caracterizar a la mujer madura.

Hemos definido la fase de la prepubertad como homosexual, debido a que el objeto amado es del mismo sexo. La elección se expresa en dos formas: una consiste en la fuerte adhesión a la madre, en el conflicto interno y externo con ella, en el deseo de la muchacha de libertarse de su madre y en la tendencia a transferir sus sentimientos por la madre hacia otra persona, la mujer ideal que actúa como un sustituto de aquélla. La otra forma es la rela-

ción menos en conflicto con una amiga. La relación entre muchacha y muchacha, que comienza durante la prepubertad, pasa a través de varias vicisitudes en la primera pubertad, siendo poderosamente influida por el medio. Esta relación personal termina muchas veces cuando las dos muchachas abandonan el grupo al cual pertenecieron, por ejemplo cuando cambian de escuela, y en este punto el hecho de que las muchachas procedan de diferentes capas sociales puede tener gran importancia. Si la relación ha sido muy íntima puede continuar a pesar del cambio de escuelas, o la separación puede ser acompañada por reacciones de desamparo más o menos intensas, pero de ordinario el cambio del medio da lugar a nuevos intereses, y los últimos rastros de la amistad de la prepubertad desaparecen. Tal resultado es considerado como deseable; otra posibilidad, relativamente favorable, es que la relación dé lugar luego a una amistad sublimada que no interfiere en el desarrollo ulterior. Como ya hemos dicho antes, el contenido sexual de la relación con una persona del mismo sexo durante la prepubertad consiste exclusivamente en el intercambio de secretos y en la curiosidad sexual.

La amistad entre las muchachas es de máxima importancia. La identificación con un ser similar puede fortificar la conciencia de la muchacha de que ella es un yo independiente. Tales amistades son una fuente de cálidas experiencias afectivas y al aliviar los sentimientos de culpa crean una cierta libertad en las zonas de conducta que aún están fuertemente sometidas a inhibiciones. Cuando la actividad común de las dos muchachas va más allá de los límites de lo permitido, muchas veces oímos acusaciones de las familias acerca de quién ha sido la "seducida" y cuál la "seductora". Tales acusaciones son de ordinario reciprocas, de modo que nos encontramos con dos víctimas y dos seductoras, siendo de ordinario imposible descubrir el papel desempeñado por cada muchacha. Todas las acusaciones tienen un fundamento de verdad, pues cada una de las muchachas renuncia en la mayor parte de los casos a la actividad prohibida que no ha sido fomentada por la compañera.

A pesar de ciertos peligros, los aspectos positivos de tal amistad son importantísimos, y la carencia de ellos es una grave pérdida en este período de la vida. El trauma típico de la prepubertad y del período que inmediatamente le sigue es la pérdida de la amiga por la separación o por su infidelidad en favor de otra muchacha o muchacho. La muchacha que se ve abandonada se dirige normalmente a otra amiga. Algunas veces vuelve a la dependencia de su madre, cuya suspensión ha sido pasajera. Esta vuelta a la madre puede oca-

sionar muchas inhibiciones en su desarrollo; puede retardar o evitar completamente su maduración psíquica.

En la primera pubertad no son raros los graves estados de ansiedad y los trastornos neuróticos; en diversas ocasiones he observado iniciaciones de psicosis en muchachas que habían perdido sus amigas y no podían encontrar compensación en sus madres. En dos de estos casos las madres habían muerto hacia largo tiempo, y el luto, que había sido pospuesto, sólo se manifestó después de la pérdida de las amigas, que en ambos casos había sido consecuencia de la infidelidad. Esto conduce a los estados de ansiedad más grave y a síntomas que indican una notable regresión infantil. Estas muchachas tienen que ser alimentadas como si fueran niños pequeños, se orinan y defecan en sus vestidos, hablan el lenguaje de los niños, se afellan a sus nurses, etc.

Franz Werfel, en su novela *La canción de Bernadette*<sup>1</sup>, ha hecho una bella descripción, presentando una interesante solución de tal conflicto. Bernadette, joven de quince años, una pobre muchacha asmática, inhibida e introvertida, quiere ir a recoger leña con su hermana María y su amiga Juana. Su hogar es frío y miserable, los niños están hambrientos, y la enfermiza Bernadette tiene que implorar a su madre para que le permita salir. La madre acepta finalmente, pero le advierte que no haga nada que pueda causarle un enfriamiento. Las tres muchachas llegan a un riachuelo que las separa de una rica cantidad de leña. Juana, que es energética y llena de vitalidad, vadea el agua helada y María le sigue. Bernadette permanece en el lado opuesto del río sin acompañar a su hermana y a su amiga. Al ver las piernas desnudas de María, Bernadette experimenta un repentino sentimiento de repulsión, cosa muy particular, dado que duerme en el mismo lecho que su hermana. Juana, que es un tipo agresivo de muchacha, hace burla de la débil Bernadette y le grita: "El demonio te va a atrapar".

Bernadette experimenta una oleada de reacciones emocionales tan violentas que difícilmente puede dominarla. A la imprecación de Juana replica diciendo: "Ya no eres más mi amiga".

La reacción contra María es desvalorizar su amor fraternal mediante un sentimiento de aversión que no podemos analizar aquí. Bernadette no puede hacer una afirmación de su voluntad ni vencer su debilidad física, debido a que vadear el río helado sería desobedecer a la madre, y más tarde sería reprendida y quizás golpeada. Su

sentimiento de culpa, no ejecutar su deber y ayudar a recoger la leña —"ella es la mayor y no debe eludir el trabajo"— está en conflicto con su obediencia a las órdenes de la madre.

Bernadette tiene una fuerte tendencia a la autoacusación, y difícilmente puede soportar la tensión de este conflicto insoluble. Difinse que expresa su falta de ayuda simbólicamente cuando se quita una media, pero no se quita la otra. Entonces recurre a un método que probablemente ha sido muchas veces usado cuando la realidad ha llegado a ser insuportable: se aleja de la realidad y se abandona totalmente a una fantasía, que esta vez experimenta con intensidad alucinatoria. El río Gave ya no es un río, sino un camino sucio, enlodado y peligroso; todo el cuadro significa un terrible e inminente peligro en el que se cumple la imprecación de Juana: "El demonio te va a atrapar". No es nuestro propósito analizar aquí estos símbolos, pero el contenido real de imágenes como un camino amplio, sucio y peligroso nos es bien conocido, pues se presenta en los estados de ansiedad de las muchachas en la pubertad. Entonces Bernadette escapa del poder del demonio y tiene la gran experiencia que determina su futuro: en la gruta oscura de Masabielle, "la dama" aparece ante ella. Aquí se cumple la necesidad de amar a una mujer que puede reemplazar tanto a la amiga perdida como a su madre, no siendo la última un objeto de amor debido a que es una fuente de castigos y prohibiciones.

Bernadette no dirige su angustia y amor hacia la mujer de su alucinación en un éxtasis religioso como podía suponerse. En realidad la concibe de un modo completamente realista, simplemente como "la dama", un ser terrestre con el cual ella quiere tener una relación de ardiente amor. La relación de Bernadette con su dama difiere del amor usual de las muchachas jóvenes hacia una mujer idealizada tan sólo en que la dama es un producto de la fantasía. Esta diferencia va disminuyendo por el hecho, mencionado antes, de que en el caso de las otras muchachas, las mujeres amadas carecen muchas veces de valor, de realidad objetiva, pues las conocen muy poco y algunas veces tan sólo por una fotografía o por una impresión personal casual. Subjetivamente, sin embargo, el papel de tal ideal es lo más importante. Lo mismo que en el caso de Bernadette se trata de un verdadero sustituto de una amiga perdida, y muchas veces es una solución compromiso entre el ansia por la madre y la defensa contra una adhesión a esta última que no puede ser satisfecha o es peligrosa. El amor de la dama libra a Bernadette de sus sentimientos de culpa. Más tarde, la dama, por simples medios,

<sup>1</sup> WERFEL, F.: *The song of Bernadette*. Viking, 1942.

como los movimientos afirmativos de la cabeza, la sonrisa o los gestos de desagrado, señala el camino en que Bernadette puede permanecer libre de sentimientos de culpa, satisfaciendo así una necesidad que tienen muchas muchachas jóvenes. El carácter realista del amor fantástico de Bernadette, humanamente verdadero y no superhumanamente divino, es el elemento más fascinante en la heroína de Franz Werfel.

Sabemos que la amistad de niños del mismo sexo implica muchos peligros. Uno es la reciproca seducción mediante actos no permitibles, como resultado de la relajación del sentimiento de culpa; otro es la final fijación de las tendencias homosexuales y la influencia que éstas pueden ejercer más tarde sobre el curso del desarrollo psicossexual durante la adolescencia.

Hemos mencionado antes que la amistad de dos muchachas muchas veces continúa en una forma típica después de la aparición de las primeras tendencias heterosexuales en la primera pubertad. Surge una situación triangular que presta a esta fase un carácter bisexual. La muchacha joven aún oscila entre los objetos homosexuales y heterosexuales, y en este caso el giro de la heterosexualidad sólo se cumple gradualmente. Esta constelación triangular puede ser iniciada en la pubertad, como en el amor común de dos muchachas por su maestra o maestro. Las primeras incursiones en la dirección de la heterosexualidad son ensayadas en común, a modo de juego. Las muchachas experimentan un placer en las experiencias que pueden tener con otras. Cuando se desarrollan más, tienen lugar diversas complicaciones dentro del triángulo. La más madura de las dos muchachas comienza a ser más sincera acerca del compañero del otro sexo, y la más pasiva o más joven adquiere el papel de auxiliar o arregladora de matrimonios. Tal ocurre muchas veces en el triángulo en el cual un hermano de una de las muchachas ocupa un ángulo. Un buen ejemplo se encuentra en *La guerra y la paz* de Tolstoi. Natacha se esfuerza en atraer el amor de su hermano Nicolás hacia su amiga Sonia:

"Tú sabes que Sonia es mi amiga más querida. Por esa amiga me he quemado el brazo, mira." Se levantó la manga de muselina y le mostró una roja escara en su largo y delicado brazo. "Me he quemado para demostrar mi amor por ella. He calentado una regla en el fuego y la he aplicado a mi brazo... Somos tan amigas, tan amigas... Y ella me ama y tú debes hacer lo mismo con ella."

Natacha quiere mucho a su hermano y mezcla los sentimientos que siente por él y por su amiga. Como tercer compañero en la

relación amorosa ella puede retener tanto a su amiga como a su hermano, y puede resolver mejor el conflicto participando su felicidad que por una renunciación dolorosa. Aquí se observa claramente el elemento masoquista.

El ulterior desarrollo hacia la heterosexualidad en la primera pubertad depende de ir venciendo satisfactoriamente la bisexualidad en la situación triangular. El desarrollo biológico y psíquico en este período de la vida se va desenvolviendo para alcanzar el paralelismo. Pero el proceso no se desenvuelve de acuerdo con un esquema preconcebido. Las fases se van mezclando y la intensificación de las tendencias sexuales ocasionadas por el crecimiento biológico pueden manifestarse en ciertas circunstancias en una forma regresiva.

Si la fase de la prepubertad repite el período infantil preedípico, la situación triangular de la primera pubertad repite una fase que se presenta en la infancia entre los períodos preedípico y edípico. En esa época la niña se dirige gradualmente, desde su casi exclusiva adhesión a su madre, hacia su padre, oscila entre los dos, y necesita de ambos, hasta que finalmente se dirige hacia el padre con la mayor intensidad, aunque no exclusivamente. En la primera pubertad este triángulo bisexual se repite, y si las fuerzas regresivas llegan a afirmarse, la muchacha joven se encuentra en una situación similar a la del período bisexual de la primera infancia. En esa época el triángulo está formado por los padres y el niño; ahora los objetos son diferentes, pero surgen dificultades y problemas similares.

*La niña*<sup>1</sup>, una pequeña obra maestra de Karin Michaelis, es un ejemplo de la visión intuitiva del poeta en los procesos psicológicos de las muchachas jóvenes. Andrea, la "niña" amada por todos, se halla en su lecho de muerte. Tiene dieciséis años, realmente es una muchacha bien desarrollada físicamente. Pero en su desarrollo psicológico es aún una niña, con todas las luchas y conflictos de una muchacha púber. Los padres de Andrea hacia largo tiempo que estaban separados; son enemigos que viven bajo el mismo techo, y saben que "Andrea parece ver dentro de sus pensamientos". Para el bien de la niña enferma los dos padres entran alternativamente en la habitación, y Andrea sonríe, "los dos sois tan delicados", ella dice.

La muchacha tiene cortas conversaciones con ellos, y los padres aseguran que no se odian para tranquilizar a su hija enferma.

<sup>1</sup> MICHAELIS, K.: *Das Kind*. Traducción del danés por M. Mann, Berlín: Axel Jancke.

"¿Qué haréis cuando estéis solos" . . . Si yo supiera que vais a ser felices . . . Si os besáis todas las mañanas y durmieraís aquí pensando en mí . . . Si al menos supiera esto no estaría temerosa de . . ."

El último deseo de Andrea en su lecho de muerte es que sus padres se reconcilién, y piensa dar su vida para unirlos con su muerte.

La experiencia nos enseña la frecuencia e intensidad con que los niños sanos son dominados por la idea de que sus padres no se quieren suficientemente y que quizás se separarán. Esta idea puede ser un producto de la fantasía u obra de la observación directa. Las muchachas pequeñas permanecen gustosas con el padre, pero su sentimiento de pecado les induce de ordinario a decidirse en favor de la madre. Así, el sentimiento de pecado muchas veces crea una presión en la dirección de la conducta homosexual o al menos bisexual, pues la muchacha normalmente desarrollada desea naturalmente dar su amor a su padre, pero se siente obligada a demostrar fidelidad a la madre.

La enfermita Andrea está gozosa en los brazos de su padre: "Bésame, papá, mi espléndido y querido papá. Pon tu mano sobre mi frente y permaneceremos silenciosos juntos." Frente a la próxima ceguera, dice: "Papá, si yo realmente llegara a quedar ciega, poco importaría . . . ¿no podríamos ambos servirnos de un par de ojos?" Pero entonces su profunda ansia por su madre también se expresa: "Mamá, no te alejes; si yo llegara a hacerme muy pequeñita y delicada ¿podría contar contigo?"

La madre la toma en sus brazos como cuando era muy pequeña, y Andrea se aprieta contra su pecho. Aquí muere la pequeña Andrea, y los últimos momentos de su vida son dedicados a un esfuerzo para obtener una promesa de sus padres de que después de su muerte, y debido a ella, se reunirán y permanecerán juntos.

Más tarde, la madre descubre el diario de Andrea en el cual la niña confiesa su gran amor por el padre; renunciaría al cielo, ella escribiría, en favor de su padre. "Pero mi madre es religiosa e irá al cielo . . . Cuando pongo mi mano sobre la frente de mi padre siento que estamos tan juntos como lo están un par de ojos. Él tiene exactamente los mismos gustos y repugnancias, y lo mismo que a mí no le gustan los guisantes ni la sopa de carne." Confiesa que ha escuchado durante la noche y sabe que sus padres duermen aparte. "Mi padre quiere muy poco a mi madre; ella seguramente le quiere mucho a él, pero no puedo comprender por qué siempre me pre-

gusta acerca de lo que hemos hablado cuando salimos juntos a pasear . . ." Andrea sospecha que su padre tiene una amante y esto le provoca todos los tormentos de los celos, pero experimenta un goce triunfante al saber que su sospecha era injustificada. Rechaza los claveles que le ofrece el padre "a no ser que él traiga flores a la madre". En otra parte del diario escribe: "Si pudiera vivir un día con mi padre y el otro con mi madre separadamente, sería muy feliz. Sólo cuando están juntos me siento miserable y atormentada."

Cuando Andrea tiene más edad, el triángulo reaparece en forma diferente. En lugar de su padre, el objeto amado es ahora su tío: "No me es posible recordar a otro hombre (quizás al tío Steffen, pero es hermano de mi padre)." Este amor madura y promete una felicidad real cuando se cierre la sombra de su consumadora pasión por la muchacha Josse, y el triángulo Andrea-madre-padre es repetido en una nueva forma. Su diario dice:

Nadie conoce la mejor de Josse; es increíblemente fuerte y aterrador en el cuello porque yo decía que amaba al tío Steffen tanto como a ella. Josse odia al tío Steffen y desea su muerte; es una bestia que no pueda amarlo como a mí me ama . . . Todos los hombres aman a Josse, viejos y jóvenes, quieren postrarse a sus pies . . . Ahora hemos hecho una apuesta, la del corazón de Steffen. Esto es una traición por mi parte. Josse le visita y le lleva mis saludos; y yo no puedo decirle nada de nuestra apuesta. Hemos hablado mucho acerca de él; era de noche y la luna brillaba; entonces me he acercado a Josse porque estaba muy asustada. Nos hemos dicho muchas, muchas cosas acerca de él. Entonces Josse exclamó: "No es igual a los demás y necesito tenerlo". Ahora él debe realmente amarla. Josse dice que sabe que ganará la apuesta. He soñado que se mordía el corazón débil y que yo le amaba más que ella. La sangre corría. El padre, la madre, el tío Steffen y Josse: moriré.

De haber vivido se hubiera visto envuelta continuamente en situaciones triangulares. Como resultado de su profundo deseo de tener a su padre para sí, combinado con su infantil amor por su madre, separaba a sus padres en su fantasía, para más tarde reconciliarlos por sus sufrimientos y muerte.

Cuando ella repitió el triángulo en sus relaciones con Josse y Steffen, su amor por la muchacha era más violento, notablemente matizado con el deseo masoquista del sufrimiento, y esta vez, en lugar de renunciar a los claveles de su padre para bien de su madre, debía ceder el corazón del hombre que amaba a su odiada y apasionadamente amada "amiga". Esta es una poética representación de la oscilación bisexual de la pubertad en su carácter de repetición de la antigua relación con los padres. Andrea muere entre una trágica

complicación de sus problemas triangulares. Es interesante hacer notar que la intuitiva Mme. Michaelis titula su libro *La niña*. Debido a su enfermedad y proximidad a la muerte, Andrea era ciertamente más infantil que las muchachas de su edad. De aquí que la repetición de la situación triangular de su infancia tenga un carácter más sencillo, infantil y regresivo y actúe muy poderosa y directamente en su relación con sus padres. Normalmente esta repetición en la primera infancia es menos directa y menos intensa, especialmente si la muchacha ha llegado a los diecisiete años.

Muchas tareas tiene que enfrentar la muchacha joven en la pubertad. Aparte de la tarea todavía incompleta de romper sus lazos con su familia, la muchacha debe libertarse también de los lazos demasiados fuertes con otras muchachas y romper la nueva situación triangular en favor del varón. En oposición a las circunstancias de la prepubertad, cuando todas estas relaciones afectivas están presentes, aunque en una forma menos intensa, la situación en la primera pubertad es mucho más aguda y rodeada de numerosos peligros. Las incitaciones sexuales se fortalecen, pero carecen aún de un objetivo directo. En consecuencia, todas las relaciones están sometidas al peligro de la sexualización. La atmósfera del hogar está mucho más preñada de conflictos que durante la prepubertad, el periodo de las sencillas protestas en las relaciones con muchachas amigas. El amor por una mujer de más edad se hace inquietante, debido al peligro sexual, y numerosas dificultades internas y externas obstruyen el progreso hacia la heterosexualidad. Aparte de los numerosos mecanismos de defensa individuales formados previamente<sup>1</sup>, la pubertad hace actuar métodos que tienen un carácter más general y que son de máxima importancia.

La situación más opresora e insoportable en el hogar de los padres crea en el niño la necesidad de ser libre y pertenecer a un grupo que no sea la familia. Esta liberación puede tener lugar al unirse el niño a un grupo compuesto de miembros de un sexo o de ambos. En los más bajos estratos sociales, bajo la influencia de la aventurera juventud, tal grupo puede muchas veces adquirir la forma de una pandilla desordenada y hasta criminal. Sin embargo, también puede realizar importantes funciones de ajuste social y facilitar la solución de los problemas individuales de la juventud por una ideología colectivista. Existe, sin embargo, el peligro de que las características individuales y los desarrollos afectivos queden maltrechos en este proceso. Es interesante hacer notar que en tales

<sup>1</sup> BLOD, P.: *The adolescent personality*. Appleton-Century, 1941.

grupos la conducta de la muchacha es marcadamente diferente de la del muchacho. El muchacho, desde la primera pubertad, intenta formar comunidades prerrevolucionarias o revolucionarias contra el poder de las agrupaciones adultas, que en su concepto le esclavizan. Al principio las uniones agresivas están formadas contra el maestro "tírranico", y el arma de los ataques maliciosos y despreciables es usada para aburrirle y excitarle. Más tarde se forman los grupos políticos e ideológicos. La muchacha joven, a no ser que tenga una ambición de rivalizar con los muchachos, tiene menor inclinación a establecer amistades particulares y triángulos dentro del grupo. Así impide en parte el peligro de frustrar sus cualidades individuales y afectivas.

Uno de los métodos menos recomendables de romper el lazo con el hogar de los padres, y que es frecuentemente usado en la pubertad, consiste en el abandono de dicho hogar. Tales huidas terminan muchas veces en una vuelta y reconciliación, aunque algunas veces, como veremos en un caso, conducen a la tragedia. Esta huida del hogar es muchas veces empleada cuando la relación de la muchacha con sus amigas se altera o cuando su ensayo de unirse al grupo ha fracasado. Según el material de que disponemos parece que el erotismo heterosexual raramente proporciona un motivo inmediato para la huida en la primera pubertad. Algunas veces se tiene la impresión de que tal motivo está presente, especialmente si la huida se acompaña de acciones heterosexuales. En realidad tales acciones son provocadas por la inquietud sexual general de la muchacha sin la presencia de un impulso heterosexual real. *Esto es característico de la primera pubertad.*

Las alteraciones neuróticas son una solución más complicada. En los casos favorables pueden aparecer como un trastorno temporal de la pubertad, pero en los casos menos favorables pueden constituir una enfermedad que se prolonga muchos años.

Las observaciones clínicas nos revelan la labida traumática de la pubertad y nos sirven para la ilustración objetiva de las suposiciones teóricas del psicoanálisis.

Las historias siguientes fueron recogidas tan objetivamente como fue posible por médicos y sociólogos, esto es, son historias no seleccionadas que no han sido preparadas para la interpretación psicoanalítica. Salvo ciertas abreviaciones, los relatos reproducen casi literalmente las historias aludidas. También han sido hechas algunas modificaciones con objeto de ocultar la identidad de los pacientes, pero todo lo esencial ha sido conservado.

un amigo varón, Evelyn deseó una habitación separada y la madre tuvo que prepararla en el ático.

La madre describe a Ana, su hija mayor, como un temperamento rápido y nervioso; Mary es su favorita y todos quieren a esta niña. Lucy es más semejante a Evelyn; mantiene los secretos y de cuando en cuando sale de su casa para vivir con sus tíos. La madre dice que Evelyn y Lucy son muy semejantes debido a que están llenas de secretos. El padre se halla ahora muy preocupado acerca de Evelyn; su opinión ha variado completamente y ahora habla de otro modo de ella. Ya no tiene la tolerancia de antaño y cree que es necesario ser muy severo con ella. La madre tiene grandes resentimientos contra Evelyn y piensa que debe dar mayor libertad al padre para que se haga cargo de la situación, debido a que ella no sabe qué hacer con su hija. Con marcado sentimiento dice que Evelyn parece haber cambiado de una noche a otra; era una muchacha dócil y sumisa y ahora parece una persona adulta que se interesa por los muchachos y por los adornos. Evelyn no hace uso del lápiz de los labios, que le desagrada tanto como pueda desagradar a su padre. El padre dice que semeja a una vagabunda. Evelyn afirma que los padres han ensayado todas las cosas que pueden ser capaces de pensar y hacer, pero hay algo de que no saben nada.

En las conversaciones con los padres resalta evidentemente que aunque ellos desean hacer lo mejor para su hija, son vencidos por la ambivalencia de sus sentimientos hacia Evelyn. Algunas veces parecen comprenderla e intentan ser tolerantes, otras veces creen que deben ser severos. En algunos casos parece que Evelyn comienza a adaptarse al hogar, pero repentinamente huye de él justamente en el momento en que sus padres piensan, por ejemplo, llevarla a una fiesta o a un cinematógrafo.

#### ENTREVISTAS CON EL MÉDICO

Evelyn es una muchacha atractiva, pelirroja, que, a pesar de sus pendientes y collares, produce una impresión de tenacidad varonil. La muchacha, hosca, cruda y muy orgullosa, habla con facilidad y voluntariamente. Describe a la gente con vivos caracteres y hace valoraciones objetivas asombrosamente maduras y bien concebidas. Aunque recelosa y resentida, muestra gran agudeza en la apreciación de las situaciones. Dice que ha venido a la clínica debido a sus huidas y porque se le ha sugerido que viniera aquí. Su madre piensa que podría ir a una cárcel o a un reformatorio.

Evelyn es la cuarta de cinco hermanas y tiene dos hermanos, George y Bill, de siete años de edad. Ana, la mayor, tiene veinte. Lucy, de diecisés años, es la favorita de sus tíos; frequenta el hogar de éstos y no quiere volver hasta que su madre le dice que no debe permanecer allí a no ser que venga a ver a sus padres una vez por semana. "¿No le parece ridículo?", dice Evelyn. "Lucy hace bien en ir allí."

Mary, de diecisiete años de edad, es la favorita de Evelyn, y hasta hace un año, cuando Mary tuvo un amigo varón, habían sido íntimas amigas. Tom visita a Mary o pasea con ella casi todas las tardes, y Evelyn y Mary

ya no salen juntas. Luisa tiene cuatro años, está excesivamente mimada y se halla al cuidado especial de Ana. George es el gemelo que Evelyn tuvo a su cuidado en los tiempos en que era infante, y ella le tiene gran cariño. Ahora es un recio muchacho que no parece apreciarla mucho. Bill, a cuyo cargo estuvo Mary, es un muchachito muy dulce y hábil. Evelyn habla de lo considerado que es; cuando recientemente tuvo un dolor de cabeza, Bill decía que estaba apesadumbrado, y le preguntó por qué no se acostaba. Evelyn añadió: "Nunca George hubiera dicho algo semejante. No se hubiera tomado ningún cuidado aunque tuvieras diez dolores de cabeza".

Evelyn dice que su padre trabaja para Montgomery Ward and Company, que tiene 39 años y que es un hombre de porte distinguido. "Tiene los cabellos rojos como yo. Louise, George y yo nos parecemos a él. Los otros son morenos como mi madre. Siempre nos da todos los gustos. No es igual que otros padres. Jamás nos pega. Pero últimamente es más severo. Puede ser que con los años se haga más riguroso."

La madre es una mujer tranquila y alegre cuando está satisfecha. "Pero algunas veces es muy agria y discute constantemente. Nada de lo que hago le place y ahora es muy mala conmigo."

Cuando se le interroga acerca de a qué atribuye las rencillas con la madre, Evelyn dice que probablemente se deba a la pandilla. Su madre y ella han estado siempre en buena armonía hasta que hace dos años la familia se trasladó desde North Cambridge a South Boston. Evelyn perdió sus antiguos amigos, pero finalmente se reunió con un grupo de muchachos y muchachas que tenían aproximadamente dos años más que ella. Las muchachas visten descuidadamente y tienen muy buen humor: "Podemos hacer todas las cosas que hacen los muchachos. Jane es una de las principales. Se trata de una muchacha medio tullida que cree ser muy fuerte, aunque no lo es tanto. Yo puedo pelearme con ella aunque soy pequeña".

Evelyn dice que este grupo frecuenta diversos lugares y todos sus miembros asisten juntos a los cines, van a patinar, etc. Ella cree que no es divertido salir en parejas y prefiere hacer todas las cosas en la pandilla. En ocasiones han hecho sonar las alarmas de fuego—"no se lo he contado a mi madre, que nada sabe de esto"—pero no han hecho cosas peores. Uno de los muchachos, por el que Evelyn tenía especial predilección, se la embarcó la semana antes. De ordinario ella no sale sola con los muchachos, aunque su madre la dejaría, debido a que prefiere la pandilla. Dos muchachos vinieron a verla, y su madre no pudo comprender por qué Evelyn no salía con ellos. Ella explicó: "Si los conociera como yo los conozco no me dejaría ir".

Evelyn dice que se halla en el segundo año de la escuela superior, que le interesa particularmente el arte culinario, y que después de graduada asistirá a la escuela de comercio para seguir un curso de abastecimientos. Afirma espontáneamente: "Necesito ganar para vivir. Yo no quiero casarme ni tener hijos. Haré las cosas por mí misma y según me plazcan".

En otra entrevista la muchacha comienza a hablar muy rápidamente acerca de una cuestión que ha tenido con su madre aquella mañana. Dice que su madre le ha retenido en su casa todo el fin de semana, y que ella

se ha negado a trabajar aquella mañana. Añade: "Yo creo que me odia y yo la odio". Dice que en la escuela los niños piensan que es malo irritar a las madres, pero en seguida añade: "No soy la única. Todos planeamos independizarnos. No podemos esperar".

Dice que las cuatro muchachas tienen sus planes para vivir juntas en otra casa, y añade que Lucy no abandona el hogar por nada. Continúa expresando que está muy resentida con su madre. Cuenta que muchas veces ésta le pega, y añade que últimamente su padre ha sido más severo y que no puede esperar hasta que tenga 16 años para ponerse a trabajar y abandonar su casa. Dice que un día su madre le tiró un zapato. El tacón le golpeó en la sien y ella se desvaneció. Dice que su madre es muy violenta y hace las cosas sin pensar, pero algunas veces se da cuenta del error cuando tiene tiempo para reflexionar.

Vuelve a hablar de la pandilla y particularmente de Helen Green, la mujer de un marinero, que tiene 21 años, y con la cual ha salido tan sólo un par de veces.

Hacia el fin de la entrevista charla con cordialidad y parece haberse consolidado hablando libremente acerca de su madre.

Otro día Evelyn llega a la clínica con 15 minutos de retraso. Se excusa y dice francamente que se ha dormido. Cuenta que su familia le ha retenido cincuenta centésimos de la asignación que tiene por semana. Dice que lo único que le ha salvado de morir de aburrimiento ha sido la visita de tres muchachos. Añade: "Mi madre me regaña ahora. Yo necesito irme de mi casa, no puedo esperar hasta que tenga 16 años".

Dice que ha recibido una tarjeta postal de su amigo el marinero, pero que no conoce su dirección. Debe viajar continuamente y piensa que nunca volverá a verle. Luego añade: "Mi madre no confía en mí. Yo no la culpo, pero si supiera cómo confía en mí la pandilla, quedaría sorprendida. Los muchachos ganan algún dinero por hacer algunos servicios y me lo dan para que lo guarde. Pienso lo que diría mi madre si encontrara las monedas".

En la siguiente entrevista Evelyn está muy mal vestida: le faltan dos botones de la blusa, tiene una mancha en el traje y se halla despeinada. Se excusa por presentarse así, diciendo que su madre no le deja ataviarse y que le mira como si fuera un fantasma.

Cuando se practica el examen físico coopera de buen grado y se interesa por las diferentes pruebas. Es zurda, aunque escribe con la mano derecha. Cuando se le interroga acerca de sus períodos menstruales, hace notar que nada sabía de este fenómeno cuando sus períodos comenzaron, y que al interrogar sobre ello a Ana, ésta le respondió que todas las muchachas los tienen y que es la mala sangre que debe perderse de algún modo. Evelyn ríe y añade: "El doctor me ha dicho la verdad y ahora sé que Ana no tenía la menor idea".

Evelyn se somete a los *tests* psicológicos y se interesa en ellos, agradándole hacerlos bien. Los *tests* psicológicos indican que podría realizar trabajos intelectuales más difíciles que los que se requieren en el curso comercial. Afirma francamente que sabe cocinar bien, y que todos los trabajos

referentes al arte culinario son probablemente los más indicados para ella, pero no se puede pretender que sirva de repartidora. El hecho de si puede ser capaz de realizar algunos otros trabajos en que tenga aplicación su interés por la cocina, le interesa grandemente, y dice que podría seguir cursos de nutrición o dietética.

Evelyn comienza entonces a hablar espontáneamente acerca de su madre, expresando su resentimiento porque ha sabido que va a tener otro hijo. Añade: "Nada me ha dicho, en cambio se lo ha contado a Lucy y Mary".

Evelyn dice que Ana le ha dicho, hace varias semanas, que sabe que su madre va a tener un niño, pero que ella no lo cree. Evelyn comenta: "Pienso que son bastante siete. ¿No lo cree usted? Pero si va a nacer un bebe espero que sea niña". Sigue hablando de que su madre gruñe constantemente, y comenta: "Como es natural no debe sentirse ahora bien y está más nerviosa debido al niño, pero siempre gruñe. Ella y Ana se pelean terriblemente. No me lleva bien con Ana, pero me disgusta el modo como mi madre la trata. El otro día Ana llegó tarde, mi madre le reprendió, y como mi hermana respondiera de mal modo, mi madre, que tiene un genio violento, la golpeó con un cuchillo en el hombro y la hirió en tres partes. Mi madre tiene un carácter terrible".

Evelyn se queja entonces de esa supervisión que ejerce su madre, y desconfía de ella. Evelyn pregunta al médico si no cree que tiene derecho a mantener en secreto sus cosas íntimas. Sin esperar a recibir la respuesta se apresura a decir que Lucy no permite a su madre que le examine la cartera, y que la madre teme un poco a Lucy. Evelyn añade que algún día caerá la pandilla sobre la madre y que quién sabe si será asesinada. Luego afirma que jamás se casará, y pregunta al médico (que es mujer) si está casada. Cuando ella responde que no, Evelyn comenta: "Usted tiene toda la razón. ¿No lo cree así?"

Dos semanas más tarde Evelyn ha terminado sus *tests* psicológicos. Está indudablemente fatigada y algo desalentada por los esfuerzos realizados. Dice que lo único nuevo que ha sucedido en su hogar es que su padre y su madre han tenido una reyerta la noche anterior. Su padre llegó tarde a cenar y su madre le reprendió, diciéndole que se sirviera su cena. El padre perdió la paciencia y entre otras cosas dijo a su mujer que no tenía por qué regañarle, si, en cambio, dejaba salir y permanecer fuera de la casa a Evelyn. Ésta comentaba: "Es igual que un niño. ¡Decir esto! ¡Era como para pegarle! Mi madre manda en nuestra casa porque mi padre la deja".

Habla despectivamente de este incidente, pero al mismo tiempo se ve que está muy preocupada. No hace mención del nuevo niño, salvo cuando comenta la irritabilidad de la madre. A este respecto dice que la madre pide a sus hijas sean más consideradas con ella debido a su estado. Evelyn hace notar: "Jamás es considerada con nadie, ¿por qué tenemos que tener consideración con ella?"

Evelyn está preocupada por su curso de italiano. No se lleva bien con el maestro, a quien considera injusto con ella, y se inclina a abandonar el

curso. Ha hablado ya con los directores, pero no encuentra otro curso que pueda proporcionarle los cinco puntos necesarios. El médico sugiere que podría encontrar mayor satisfacción estudiando un poco más el italiano, lo que produciría una mejor impresión al maestro, pero Evelyn no hace ningún comentario.

En la siguiente entrevista, una semana más tarde, Evelyn está más tranquila y habla de un modo más reposado que antes. Sus vestidos están sucios y su rostro y cuello no muy limpios. Lleva pendientes de perlas y un gran collar. Habla espontáneamente acerca del nuevo niño, diciendo que está deseosa de que nazca. Ha estado comprando cosas para su madre y encuentra un placer en elegir ropitas de niño. Pensa que es bueno que ella se interese por el niño, pues ninguno de la familia lo está. Su madre dice las cosas más dispares acerca del niño que ha de venir. El padre piensa que es una nueva molestia, y las otras muchachas afirman también que el recién nacido será un engorro. Puede ser que su madre no esté muy contenta debido a que ha estado muy mal durante sus dos últimos embarazos, y un niño pequeño vendrá a aumentar notablemente los quehaceres del hogar. También encuentra razonable la actitud de su padre, pues en estos tiempos es difícil mantener siete hijos. Espera que se trate de un niño, pues, de no ser así, será una nueva carga para su casa.

Evelyn vuelve a ocuparse de Helen Green, la muchachita casada de veintiún años, con la cual ha ido, en varias ocasiones, a un lugar de mala reputación. Este lugar parece intrigar mucho a la gente joven por ser frecuentado por prostitutas y soldados. Evelyn dice que tenía gran curiosidad por ver ese lugar, pero que ha sufrido una desilusión, pues no lo ha encontrado muy picresco. Helen le ha dado a Evelyn su certificado de nacimiento para que la muchachita pueda evitar la restricción del toque de queda. Ella y Helen han visitado los salones donde habían soldados y marineros y toda clase de mujeres, pero el lugar no difería mucho de cualquier otro. "Como es natural —añadió Evelyn— había gran número de mujuzuelas. ¡Caramba cómo se pintan y aderezan! No es difícil descubrirlas a la distancia de un kilómetro."

Sonríe y está de acuerdo con el médico cuando éste hace notar que la resistencia que oponen las madres a que sus hijas usen tantos afeites está relacionada con este hecho. Vuelve entonces a hablar del aspecto de Helen Green, de que jamás está muy limpia, de que siempre le falta un botón o dos en sus blusas y de que utiliza polvos y perfumes en lugar de bañarse. Helen Green está casada con un marinero que está navegando, pero ella se ve con muchos hombres, y Evelyn expresa su franca desaprobación por esta conducta. Dice que Helen no ha hecho ningún negocio con casarse si tiene que proceder como lo hace. Ana tiene un nuevo amigo que es sargento en el ejército. Es un falso vaquero de Oklahoma que se encuentra alojado en el campo P. y que ha venido a Boston con licencia para gastar el tiempo con Ana. La madre de Evelyn le invitó a cenar una noche y todos se divirtieron teniéndole en la mesa. Evelyn le describe como un joven fino, alto, más bien timido, un tipo con el que se casaría si pensara en casarse. Observa que no era demasiado cortés, pero podría ser un

buen marido, y que cualquier mujer podría tener paz y tranquilidad en su hogar. Evelyn declara que está resuelta a tener un hogar tranquilo, se case o no se case. No quiere tener querellas, ni rencillas, pues ya tiene suficientes ahora. Ha decidido continuar estudiando italiano, aunque aún no está en buena armonía con su profesor.

Algunos días más tarde Evelyn sale de su hogar durante la noche y llega a la clínica muy temprano a la mañana siguiente. Habla poco; sólo dice que no volverá a su casa y que está hambrienta. Parece agotada, húmeda, nerviosa y poco comunicativa, y sigue diciendo que no volverá a su hogar. Añade que nada ha sucedido para que se marche, y que el día anterior "se hizo la rabona" con su amiga Rose. Abandonó la casa de Rose a las once y repentinamente resolvió no volver a su casa. Se sentó frente al portal de Rose toda la noche y vino a la clínica en las primeras horas de la mañana, debido a que no sabía adónde ir. Se tomaron disposiciones para que temporalmente se alojara en un hogar extraño y Evelyn dijo que le daba igual.

Cinco días más tarde volvió Evelyn aún sombría y un poco reticente. Dice que de lo único que está segura es de que no puede volver al hogar. Pregunta si no podría encontrarse para ella un hogar de adopción permanente. El médico le da cuenta de las dificultades que podría tener para adaptarse a tal hogar, pero ella repite que podría intentarlo, dado que no puede volver a la casa de su familia. Por último dice explosivamente: "No necesitan de mí. La otra noche, cuando me creían dormida, pude escuchar que mi padre y mi madre hablaban de mí. Mi madre le preguntó por qué no me devolvía mi asignación y él respondió rápidamente que no volvería a darme mi asignación ni ninguna otra cosa".

Dos días más tarde Evelyn decide no volver a faltar a sus trabajos escolares. El día antes perdió el camino y no llegó al hogar de adopción, donde había sido encocada, hasta las seis. Dice que la noche anterior, cuando Kate Smith comenzó a cantar *White Christmas*, sintió la nostalgia de su propio hogar, y corrió por las escaleras gritando. Dice muy seriamente que lamenta no poder volver a su hogar, pues se siente desgraciada estando fuera de él. Observa que debe ser culpa suya, pues sus hermanas viven en las mismas condiciones que ella y se las arreglan para estar mejor. Dice que no sabe por qué experimenta esos sentimientos acerca de su hogar y acerca de su propia madre. Parece que el hecho de que su madre hurgue en su cartera la enfurece. "Ella no tiene por qué buscar secretos —dice la muchachita—; ella es la que guarda secretos. Hasta hace dos años no supimos la edad que tiene."

Ese día ya no estaba tan adusta, y su actitud era cordial y amistosa. Habló tranquilamente con su doctora de la necesidad de saber más acerca de sí misma, para poder descubrir qué fuerzas internas le hacían reaccionar de aquel modo. Y cuando la doctora le sugirió que no podría darse cuenta de muchas cosas, ella sonrió y afirmó que ya lo sabía.

Diez días más tarde Evelyn apareció muy sumisa y grave. Dijo que ya no podía permanecer en el hogar de adopción, aunque la presencia de una nueva muchachita le producía algún alivio. Creía aún que debería perma-

necer lejos de su hogar, pero mezcló los chistes y las bromas. Habló largo y tendido de cuán difícil era estar lejos del hogar, pero siguió repitiendo que no veía el modo de hacer otra cosa.

Cinco días más tarde Evelyn estaba aún desalentada y triste, admitiendo fácilmente que se sentía sola y desgraciada en sus vacaciones; pero aún seguía manteniendo que no volvería a su hogar. Para emplear su tiempo quería escribir la historia de su vida. Pensaba contar la verdad en su mayor parte, pero con algunos retoques para hacer su vida más interesante. Podría ser que fuera capaz de venderla a alguna revista. Se rió al decir esto, y añadió que había comenzado su biografía diciendo que había nacido durante el primer año de la gran depresión aunque en realidad había nacido un año antes. "Pero —arguyó— hay que contar cosas interesantes para que la obra se venda."

La doctora le sugirió que debía atenerse a la verdad, en lo que le fuera posible, pues su historia podría ayudarla a resolver sus problemas. Evelyn dijo que se daba cuenta de esto, y que recordaba una cosa en que no había pensado en muchos años. Cuando tenía seis años, su madre había perdido su bolso. La familia estaba un día discutiendo la pérdida en presencia de su tío. Su conducta le pareció a Evelyn tan grotesca que comenzó a reír. El tío se volvió rápidamente hacia ella diciendo: "Tú eres la que has robado el bolso".

La madre se adhirió a esta acusación, sin oír las protestas de la muchacha. Amargamente Evelyn observó: "Ya entonces, como usted puede ver, estaban en contra mía".

Evelyn no asistió regularmente a la escuela desde que ingresó en el hogar de adopción. Dijo que sabía que no estaba bien, pero se excusó aduciendo que necesitaba varias cosas para sus clases que estaban en su propia casa. Su familia no le había llevado estas cosas y no se atrevía a explicar a las profesoras que no estaba ya en su hogar. Refiriéndose a su futuro, preguntó a la doctora si pensaba qué era lo que podía hacer. Fue discutida la importancia de sus trabajos escolares para sus futuros planes, y la muchacha afirmó que no sólo deseaba terminar sus estudios en la escuela, sino también dedicarse a alguna rama de la ciencia de la nutrición.

La doctora le preguntó si no le gustaría volver al hogar en Navidad, y ella contestó con un tono de sorpresa en la voz: "Oh, sí. Si ellos quieren. Son ellos quienes deben resolver".

Diez días más tarde Evelyn volvió a la clínica muy contenta. Parecía muy feliz y con mucha confianza en sí misma. Dijo que había vuelto a su hogar la víspera de Navidad, y que aún estaba allí. Permanecería quizá hasta el nuevo año. Todos habían sido tan delicados con ella que se sintió una reina, pero no sabía cuánto podría durar aquel estado. Ella y Lucy se habían peleado un poco, pero no significaba nada. Añadió que era muy agradable estar en el hogar y que jamás se había dado cuenta antes de esto. Dijo que estaba muy preocupada por Elizabeth (la muchacha de 16 años que se hallaba en el hogar de adopción), pues ésta no tenía hogar ni familia.

Evelyn piensa que el principal disgusto con ella era porque había hecho

cosas para las que todavía no tenía suficiente edad. El verano antes, estando su madre de vacaciones, comenzó a salir con muchachos y muchachas de mayor edad. Ahora cree que aquello fue un error, pero ella se aburria con los muchachos más jóvenes. Por muchos conceptos esta muchacha representa más que los catorce años que tiene. Muchas de sus recientes batallas con su madre se debían a su salida con muchachos mayores, pues la madre ignoraba que ella podría cuidarse por sí misma. Evelyn se da cuenta de que la madre tenía razón para estar preocupada, pero cuando le prohibía salir, ella no quería obedecerle. Otra causa de que Evelyn se creyera mayor de los 14 años que tenía, era que trabajaba siempre en unión con sus tres hermanas. Le gustaban los trabajos domésticos, y ya intervenía mucho en ellos cuando era una niña pequeña. George, uno de los gemelos, estuvo casi completamente a su cuidado, y siempre ha sentido mayor responsabilidad que la mayor parte de las muchachas de su edad. Evelyn no puede o no quiere decir por qué piensa que actuar de un modo superior a su edad fue un error, pero concluye diciendo: "Yo estaba equivocada en muchas cosas".

Luego comenzó a hablar de su madre diciendo que, aunque aún no se sentía bien, no era tan gruñona como antes. Las dos habían comprado más ropa para el próximo niño, y Evelyn dijo, haciendo una mueca y ondulando su cuerpo, "ya quiero que llegue ese niño".

Salvo algunos ligeros dolores Evelyn no ha tenido grandes molestias durante sus períodos menstruales. En la escuela ha recogido considerable número de datos respecto a los problemas sexuales, pero hasta que habló con el doctor T. no conocía los "hechos exactos". Haciendo guirnaldas narraba que reunió a sus hermanas y les contó lo que el doctor T. le había dicho. Luego añadió: "Fui la primera en conocer estas cosas de un modo exacto. Siempre soy la primera en todas las cosas".

Dice que su madre jamás ha hablado con ellas de cuestiones sexuales, y piensa que esto es un error. En realidad, Evelyn siempre ha sido capaz de cuidarse por sí misma, pero en caso contrario la culpa correspondería a la madre. Piensa que los padres deben informar a sus hijos acerca de los problemas sexuales, pero luego comenta: "No sé cómo lo haría yo si tuviera que hacerlo. Comprendo por qué mi madre cree que es muy difícil".

Una semana más tarde Evelyn se presentó feliz y contenta por su decisión de permanecer en el hogar. Habló muy emocionada acerca de la actitud de los padres, y dijo que sabía que la familia continuaría ahora tratiéndola bien, pues ellos no le habían comprendido, ni ella les había comprendido a ellos; pensaba que, en el futuro, las cosas irían mejor.

Había terminado la historia de su vida, pero resolvió que no era conveniente publicarla. No sabía qué haría con ella, y pensó en romperla. No acepta ni rechaza la sugerión de la doctora de que traiga su historia para leerla. Su interés principal es ahora el nuevo niño, y dice que todos suponen que será un varoncito y que se llamará Andrew. Para ella sería una felicidad que fuera una niña. No le gusta el nombre de Andrew, pero es un nombre escocés y los dos padres son escoceses. Dice que le gustaría leer algo sobre Escocia y que le placería ir allí algún día.

Le gusta mucho escribir y su maestra frecuentemente lee sus composiciones en la clase. La maestra reprende a Evelyn por su pronunciación y puntuación, pero le gustan sus ideas. Ese día Evelyn estaba preocupada por Elizabeth, y pareció consolarse al saber que se hallaba aún en el hogar de adopción y que se comportaba muy bien.

Una semana más tarde Evelyn se presentó con un aspecto más limpio que el usual. Estaba cuidadosamente vestida, con una falda y un *sweater* elegantes. Las cosas iban muy bien en su casa. Su madre estuvo enferma el jueves, y Evelyn permaneció en el hogar sin ir a la escuela para ayudarla. La madre había pedido que alguna de las muchachas permaneciera con ella, pero todas se negaron dando alguna excusa. Evelyn se halla muy satisfecha de que entre la familia se haya discutido su seriedad, y de que se haya observado que siempre ha sido la que más ha ayudado a la madre. Se excita mucho al hablar del nuevo niño. Su madre le ha prometido que todo el cuidado del niño correrá a su cargo, y ella desea que cumpla su promesa. Los gemelos y Louise son muchachuelos mimados, y ella no quiere que ocurra igual con el nuevo niño. Dijo a su madre que deseaba tener la palabra final en todo lo que se relacionara con el niño y la madre aceptó. Ha pasado revisa a todos los nombres de mujer, y espera que se trate de una niña. Le gustan más las niñas y piensa que un varón sería echado a perder por toda la familia.

Evelyn jamás ha mencionado el hecho de haberse apoderado de 10 dólares de una amiga de su madre, aunque en varias oportunidades se ha hecho alusión a esa cuestión. Al preguntársela directamente quedó muy conmovida. Se inclinó en su silla avergonzada, no gustándole hablar de ello. Finalmente dijo: "Cree que todo el mundo tiene alguna cosa que le avergüence recordar".

Afirmó que no había pensado apoderarse del dinero, pero que vio las monedas sobre la cómoda. Se apoderó de ellas y salió de la casa intentando olvidar el hecho. Fue al cinematógrafo, compró algunas chucherías y volvió a su casa en un taxímetro. Perdió algunas monedas. No sabe cómo hizo tal cosa, y ni siquiera puede comprenderlo. Devolvió el resto del dinero a la mujer. "Lo peor era —añade— que se trataba de una persona a la que yo quería mucho."

Cuando se le preguntó si la mujer se comportó luego de modo diferente respecto a ella, Evelyn replicó: "Oh no, pero yo me siento diferente".

La doctora señala que este episodio fue parte de todo su problema, y que tuvo un origen similar al de muchas de sus fugas impulsivas. Después de estas seguridades, la muchacha fue tranquilizándose gradualmente, pero quedó entristecida durante el resto de la entrevista.

Una semana después, Evelyn, que había estado llegando tarde a la clínica y discutido esta cuestión con su doctora, llegó a tiempo. También se presentó limpia y bien trajeada, pero muy sumisa. Su madre seguía delicada, aunque no tan enferma que tuviera que ver al doctor. Evelyn dijo que su madre no permanecía en cama si no estaba realmente enferma. La cuestión de los cuidados de Evelyn para el nuevo niño había sido discutida ampliamente. Evelyn aceptó que probablemente no se le permitiría tomar

a su cargo exclusivo el niño, pues no sería capaz de resolver las cuestiones realmente importantes, pero ella deseaba cuidarlo, y pensaba que prestando considerable atención lograría educarlo bien. Está muy interesada por este niño, pues en general le gustan los niños, y también porque tiene la sensación de que es algo suyo. Sabe que, aunque no lo sea totalmente, será más de ella que las otras cosas que hasta entonces ha tenido.

Evelyn pregunta por Elizabeth, y se le informa de que últimamente ha huido y ha sido enviada a Lancaster. Esto le preocupa mucho, y dice que no quiere pensar en que se encuentre en un reformatorio. Cree que si ella hubiera permanecido en el hogar de adopción, Elizabeth habría sido una buena muchacha y no habría huido, al menos durante mucho tiempo, pero ella no tiene la culpa, pues reconoce que no podía dedicar su vida a cuidar a Elizabeth. Piensa además que ésta no hubiera huido de haber estado en otro lugar donde tuviera más cosas que hacer y donde la madre adoptiva fuera más amable. Sin embargo, no cree que Elizabeth hubiera permanecido mucho más tiempo en un hogar de adopción agradable. Elizabeth había hablado de que necesitaba un hogar, y pocos años antes ella misma probablemente también lo necesitó; pero ahora le gusta el movimiento, y una vida tranquila en un hogar apacible le aburriría mortalmente. Evelyn acepta que Elizabeth es demasiado joven para poder gobernarse por sí misma, y añade: "Y no es bastante inteligente".

No cree que Elizabeth tuviera intensa inclinación por los muchachos, pero le gustaban. Los muchachos pedían llevarla a los bailes y a los cinematógrafos, proporcionándole algunas de las diversiones que deseaba. Se trataba de una muchacha que difería completamente de Evelyn en su actitud hacia los muchachos. Evelyn dijo: "Yo puedo ir con ellos o dejarlos".

Evelyn hizo algunas preguntas respecto a las leyes referentes a las muchachas jóvenes, y también respecto a los reformatorios y hogares de adopción. Deseaba saber a quién correspondía la autoridad y responsabilidad en lugares semejantes a la clínica, en casos como el de Elizabeth. Interrogó acerca de cómo se elegían las personas que tenían que actuar como padres adoptivos, y añadió que era muy difícil encontrar la persona que se interesara por una determinada muchacha o muchacho. Declaraba que cuando fuera mayor intentaría hacer alguna cosa para ayudar en los trabajos de tales clínicas.

Desde que Evelyn ingresó en el hogar de adopción trató de excusar su conducta anterior y poco a poco tuvo más confianza en la doctora. Hizo algunas preguntas indiscretas acerca de una caja de fósforos destinada a la fuerza aérea que ve sobre la mesa del médico, y aparentemente se encuentra cómoda y segura en las relaciones que ha establecido con su doctora.

En ese punto las entrevistas quedaron interrumpidas, pues Evelyn huyó y durante las siguientes semanas fue imposible descubrir su paradero.

Evelyn comenzó a menstruar a los 12 años, al parecer antes de alcanzar la madurez adecuada para la asimilación psicológica de este

suceso fisiológico. No sabemos cuáles fueron sus reacciones directas a este signo del desarrollo, pero sabemos que comenzó a comportarse anormalmente poco después. El hecho de que un suceso fisiológico ocasiona esa alteración señala la existencia de una predisposición a la conducta neurótica derivada de otras causas. ¿Cuál era la situación sentimental de Evelyn antes de comenzar la menstruación? Podemos encontrar una respuesta a esta pregunta examinando su historia.

Es la cuarta hija, y su situación doméstica era la de la adhesión típica de la pubertad a otra muchacha. Como la misma Evelyn dice, existía una especie de pequeña "pandilla" en su hogar, un pequeño grupo revolucionario unido por su odio común a la madre. Poco importa para nuestros fines determinar cuánto había de real y cuánto de fantasía en esta situación. De todos modos, las muchachas tenían secretos entre sí mismas, del típico carácter antes descrito (Cap. I); tenían curiosidad sexual, y al mismo tiempo se sentían ofendidas por los secretos de su madre. En el caso de Evelyn la situación era particularmente clara, pues su madre la envolvía realmente en una atmósfera de secreto. La madre era desde el punto de vista sexual extraordinariamente mojigata, y por tanto se fortalecía la necesidad del secreto para sus hijas menores. Evelyn es la más pequeña de las hermanas, y por esa razón tenía una necesidad particular de "ser grande". Su gozosa respuesta al médico que la ilustró acerca de los problemas sexuales es muy característica: "Mis hermanas nada saben de esto y yo soy la primera en conocerlo, como en tantas otras cosas."

El deseo de ser la primera en tener experiencias significa grandes peligros para Evelyn y para las muchachas como ella; puede conducirlas a acciones que no surgen de una verdadera necesidad sexual, sino de la necesidad de mostrar a los adultos que también ellas lo son. La tensión interna que empuja a las niñas a las aventuras fatales, deriva muchas veces del deseo de parecer adultas más que a una verdadera necesidad sexual. La relación de Evelyn con su hermana Mary era un claro ejemplo de la situación entre dos hermanas, y constituyó una parte típica en el periodo de la pubertad en la vida afectiva de Evelyn. Su hermana camarada tuvo un amigo que servía en la armada, y Evelyn se quejaba de que, en lugar de la situación triangular que ella inconscientemente esperaba, se produjo una reagrupación completamente nueva. Mary salía todas las tardes con su amigo, mientras Evelyn quedaba en la soledad, y ya no dormían, como antes, en la misma habitación. Este trauma se repitió en una forma algo menos intensa en su relación con la her-

mana mayor, que también tenía un amigo. Del grupo de las cuatro hermanas sólo Lucy, de 16 años, tenía las mismas dificultades que Evelyn, y experimentaba emociones similares. No podía soportar el hogar paterno y de cuando en cuando iba a vivir con sus tíos. Esta es una forma moderada de fuga muy por debajo del nivel emocional de Evelyn. Pero, como Evelyn decía, Lucy encuentra "todas las cosas que necesita" en casa de sus tíos; una observación que delata que Evelyn no tenía un refugio donde pudieran cumplirse sus deseos.

Se aprecia claramente que Evelyn huye del hogar para encontrar en el mundo exterior un sustituto de su destruida relación con su hermana camarada. Se ha unido a Helen, la mujer de un marinero, de 21 años, con la que tiene la importante satisfacción de ser tratada de igual a igual por una joven de siete años más que ella. Helen expresa esta actitud prescindiendo a Evelyn, que tiene 14 años, su certificado de nacimiento, que le permite salir por la noche. Además, Helen, lo mismo que las hermanas de Evelyn, tiene un amigo, también en la armada; cierto es que está casada, pero como su marido está navegando, su situación es análoga a la de la solitaria Evelyn, y así puede ofrecerle mejores condiciones de amistad que sus hermanas. Al parecer, Evelyn ha encontrado la situación triangular que no consiguió establecer con su hermana, y a su vez ha hallado un amigo en la armada. Es un personaje real, pero tan desdibujado que parece un producto de la fantasía. Evelyn realmente se ha visto con él, pero inmediatamente después el amigo se ha embarcado, como el marido de Helen, y su paradero es desconocido. En este caso la fantasía es tan pálida como la realidad, debido a que en el fondo Evelyn no tiene el menor interés por los hombres. Lo que necesita es ser adulta y tener lo que tienen sus hermanas que le han dejado sola. La guerra ha facilitado la elección de un objeto fantasía, pues todos los hombres que se encuentran en torno de ella son soldados y marineros. Helen, como una figura fraternal y objeto de identificación, es muy peligrosa; Evelyn no está aún preparada para tener un amigo independiente. De acuerdo con su desarrollo puede desempeñar el papel de tercer compañero, y su independencia prematura no puede darle una satisfacción afectiva.

Los peligros que acechan a Evelyn son muy típicos de las jóvenes que no han alcanzado aún la adolescencia. La situación aquí descrita constituye, de todos modos, un problema específico de la guerra. Los efectos combinados del trastorno emotivo característico de esta edad y el estímulo de la imaginación relacionado con la

guerra han transformado los casos esporádicos y más o menos morbosos de fuga en un problema de masa. La mayoría de las muchachas jóvenes encontradas en los parques u hoteles dudosos como queridas de los soldados, o acechando en las puertas después del toque de queda, no son, en modo alguno, "precozmente maduras"; actúan como las jóvenes de su edad han actuado siempre, aunque la realidad de la guerra ha dado a su conducta una forma más peligrosa. Las muchachas de más edad, es decir, las hermanas o amigas mayores, que ahora aceleran su casamiento con los muchachos antes platónicos, o quedan preñadas como resultado de sus relaciones con ellos, maduran en realidad precozmente, y al hacerlo así arrastran a sus compañeras más jóvenes como la hermana de Evelyn ha hecho; y la muchachita, ahora sola e insatisfecha, es acuciada por una necesidad de identificación que la mueve a acciones sexuales fingidas. Como un resultado de su débil autogobierno y de su inestabilidad psicológica, las muchachas inmaduras están expuestas a serios peligros personales, y como un fenómeno de masa crean un problema social casi insoluble.

Así, en su imitación de Helen, varias de las fantasías de Evelyn se han visto favorecidas por sus sentimientos de soledad. La fantasía de la prostitución, sobre la cual insistiremos más tarde, ha tomado en ella una forma que se encuentra en las muchachas entre los períodos de la prepubertad y pubertad. Aún es un juego sin contenido, derivado de la curiosidad y de un beso secreto, pero ya no se limita al juego con un amigo como ocurre con las muchachas pequeñas. Ahora, en realidad, ese juego se desarrolla en la calle. Se acompaña, sin duda, por elementos fantásticos más maduros, que todavía no son, sin embargo, suficientemente fuertes y peligrosos para ser reprimidos por la muchacha. Lo más interesante a este respecto es que Evelyn niega que exista algún peligro en su situación, que considera como un juego inocuo, debido a que en realidad no siente ningún deseo de experiencias sexuales.

Este sentimiento representa el mayor peligro para todas las muchachas jóvenes: no tienen necesidad sexual, no desean satisfacción sexual, y debido a esta ausencia de deseo se sienten seguras. Pero el juego en sí mismo es provocador, y aunque los afeites y cosméticos no tengan más significación para ellas que para la muchachita que se mira en el espejo, las reacciones del mundo exterior son más graves. La conducta provocativa de la muchacha joven tiene con frecuencia un efecto de seducción, y el hecho de que estas muchachas exageren muchas veces su edad (como lo hace Evelyn con el certifi-

cado de nacimiento de Helen) libra a los hombres de los escrúpulos que puedan tener respecto a la juventud de la muchacha. Gradualmente, como una consecuencia de los galanteos del varón, se moviliza la excitabilidad sexual de la muchacha. Al principio esto conduce a preludios al parecer inocuos, pero más tarde la muchacha ya no es capaz de dominar su situación, y el juego se hace demasiado serio antes de que ella se dé cuenta. Muchas veces la primera experiencia accidental da lugar a algunas otras, basándose en el sentimiento de que "ahora poco importa lo que ocurra". Frecuentemente la necesidad de la muchacha conduce a delitos sexuales contra sí misma; las experiencias sexuales toman el lugar del amor, y sus consecuencias —prostitución, sifilis, descendencia ilegítima— constituyen muchas veces desastres irremediables.

La situación anormal de Evelyn es una lente de aumento que nos puede mostrar otros fenómenos. Hemos aceptado que su desarrollo normal fue trastornado por la mortificación que sufrió en su camaradería con su hermana. Es sabido que tales experiencias sólo ejercen efecto traumático cuando tienen lugar en un terreno ya preparado. El límite de tolerancia de Evelyn había sido alcanzado por la aparición de la menstruación, pero pueden mencionarse otros factores que explican su conducta patológica. Algunos de ellos yacen en su situación presente, cuyo carácter desfavorable no se debe únicamente a la pérdida de su camarada. Hemos visto que las satisfacciones sustitutivas fuera del hogar son extraordinariamente importantes para vencer las dificultades psicológicas de los jóvenes. Una pandilla de muchachas y muchachos, en la que se habla mucho del sexo sin que nada ocurra, y que da lugar a grupos de un nivel cultural homogéneo, crea mejores oportunidades para satisfacer las necesidades psicológicas que los caminos más individuales.

Las instituciones educativas y sociales modernas han intentado crear las condiciones más favorables para la formación de tales grupos. Para un tránsfuga más normal que Evelyn —la inclinación a la fuga es en cierto grado típica en todos los jóvenes—, el grupo proporciona muchas satisfacciones. Evelyn ha encontrado para sí misma esta solución; se ha creado una posición en un grupo, y goza en él de la confianza que su madre le niega en el hogar. Ha podido cambiar la pandilla poco satisfactoria de su familia por una mejor en el mundo exterior. Aquí ha tenido la oportunidad de satisfacer el deseo de ser un miembro principal, y de "saber" cosas antes que los demás. Al parecer es muy importante para ella ser admitida en el grupo en un nivel igual al de los muchachos.

La necesidad de ser respetada y de gozar de la confianza es de extraordinaria importancia para Evelyn y para todas las muchachas de su edad. La necesidad de independencia suele acompañarse de un sentimiento de inseguridad. Para crear un sentido de autorresponsabilidad y autocritica, se necesita urgentemente la aprobación del mundo exterior. La ambición de Evelyn de "ser la primera" para dirigir el grupo, de ser importante, constituye una característica general de esta fase del desarrollo. No hay duda de que la situación de la familia de Evelyn ha intensificado en ella esta necesidad. Su deseo de ser varón es fomentado también por motivos personales, pero en esta edad es tan típico que a este respecto podemos generalizar sus motivos. Así, la prohibición de su madre de asociarse con la pandilla debido a que no está a la altura de su *standard social*, ha privado a Evelyn de una posibilidad favorable de satisfacción y ha constituido un segundo trauma.

Toda acción que impida al joven encontrar una válvula normal a sus deseos, provoca un reflejo de las fuerzas psicológicas hacia el pasado; en otras palabras, intensifica los sentimientos infantiles que son aún muy fuertes en él. Sabemos que durante la prepubertad y la pubertad, la muchacha joven tiene una necesidad intensa de libertarse del tutelaje de su madre, y que, al mismo tiempo, es aún dependiente de ella. Las fuertes tendencias al odio de estas muchachas en relación con la madre se originan no tanto en la situación de Edipo como en su cólera ante el hecho de que sus madres les impiden comportarse como adultas. El viejo sentimiento de ser manifiestamente rechazadas y desdenadas, se relaciona ahora con un fuerte sentimiento de odio y un deseo de revancha. Este odio se emplea también entonces como un medio para adquirir la libertad. Evelyn, cuyo pensamiento está fuertemente influido por novelas de crímenes, dice, sin el menor reparo, que la pandilla del hogar, es decir, ella y sus hermanas, matarán a la madre.

Poco a poco, otros elementos intervienen probablemente en este odio. Hemos visto que la furia de Evelyn llegó al máximo cuando su madre quedó preñada, y de sus manifestaciones puede inferirse que considera la sexualidad de la madre como inoportuna, que está celosa del niño que ha de venir, y, sobre todo, que este embarazo ha movilizado su propio deseo de tener un hijo. Es posible que Evelyn se fugue debido a que no se siente suficientemente querida por su madre y necesita vengarse de ella, o quizás también porque teme que la madre pueda darse cuenta de su odio por ella.

Evelyn nos ha proporcionado un importante indicio de lo que

pasa por su mente. Describe el proceso afectivo en otra muchacha con tendencia a la fuga; esta descripción es una confesión que delata sus propias emociones, que se niega a revelar directamente. Elizabeth, la otra hermana, según dice Evelyn, deja la casa debido a que se siente sola, abandonada y aburrida; este sentimiento de vacío debe ser vencido por la acción para no caer en la depresión, y es tan frecuente y tan típico entre los jóvenes que podemos aceptar que Evelyn misma sufre un estado semejante de vacío afectivo. Los procesos psicológicos en una persona joven que sufre de depresión reflejan una situación "provisional", como ocurre durante los cambios de residencia, cuando se abandona el antiguo aposento y aún no se ha tomado posesión del nuevo. Este período se caracteriza por las ricas fantasías y las fatuidades extravagantes, pero los diversos mecanismos de defensa no dan lugar necesariamente a graves síntomas morbosos. Pero no debemos olvidar que Evelyn arrastra un pasado fuertemente cargado. En el hogar ha experimentado una serie de desilusiones: favorita de su padre, éste la ha abandonado al nacer un nuevo niño; su madre jamás le ha ocultado que vino al mundo sin ser deseada y cuando esperaban un varón. Sabemos también que hace pocos años esta muchacha ha sufrido estados de angustia cada vez que era separada de su madre. Pero Evelyn venció todos estos obstáculos normalmente hasta que llegó a la sensibilidad de la pubertad, y la intervención externa comenzó a impedir las soluciones normales que ella deseaba.

Existen, pues, motivos probables —aunque sin embargo nada separamos directamente por ella— que han creado su necesidad de huir del hogar para transformarse en una Cenicienta víctima del hambre y del frío. Pasó varias noches en las escaleras de una casa extraña en este miserable estado. Basándonos en nuestro conocimiento de este período podemos conjutar ciertas cosas, aunque la historia de Evelyn no nos proporcione una prueba directa. No hay ninguna muchacha en la que la menstruación no dé lugar a una tensión genital y a una necesidad de masturbarse. La madre informó a Evelyn de que "tales cosas" no suceden en su familia, y que son "las cosas más sucias y más terribles imaginables". Lucy lo hizo una vez, pero fue tan enérgicamente reprendida que la fechoría jamás se repitió. Lucy es la hermana que no puede permanecer en su hogar, y que de cuando en cuando vive en la casa de sus tíos. Podemos suponer que el vacío y la soledad en el hogar no pueden desviar las tensiones sexuales de Evelyn, y, en consecuencia, aumentan su tentación a masturbarse. Prefiere llenar este vacío con diversiones fuera

de su hogar evitando así el acto prohibido. Parece que de este modo puede gobernarse a sí misma mejor, pues los peligros reales del mundo exterior serían menores que las fuerzas oscuras que se desarrollan en el hogar.

Como hemos dicho, esta seguridad implica el máximo peligro para Evelyn y para las muchachas como ella. La primera pubertad se caracteriza por la intensificada excitabilidad psicológica y la necesidad de descargas motoras, pero en esta época no existe aún un conocimiento consciente de los deseos sexuales. Por tanto, este período es peligroso; los mecanismos de defensa psicológicos que reprimen la necesidad sexual y pueden gobernarla, no están aún suficientemente formados, como lo estarán más tarde durante la adolescencia. Las muchachas de la edad de Evelyn experimentan situaciones sexuales que sólo son, para ellas, un juego insignificante sin peligro, pues se sienten suficientemente protegidas por su falta de interés sexual. Cuando se realizan tales acciones están principalmente motivadas, como hemos visto, por el deseo de imitar a las hermanas o amigas mayores, por la necesidad de parecer adultas, por el sentimiento de aislamiento, por el deseo de vengarse de los padres, etc. La atmósfera de la guerra intensifica particularmente estas manifestaciones de la prepubertad y de la primera pubertad y hace de ellas un foco de peligro.

En los casos como el de Evelyn hay dos soluciones posibles: el tratamiento individual por una persona diestra y adecuada (el comportamiento maternal rara vez es suficiente, pues la madre suele ser violentamente rechazada en esta época; muchas veces es posible obtener mejores resultados adoptando una actitud de camaradería), o el ingreso en un grupo bien organizado fuera de la familia. En cada caso particular el psicoanálisis puede distinguir los diferentes tipos de dificultades, e indicarnos así si es preferible el tratamiento individual o la formación de grupos favorables.

Hemos utilizado el caso de Evelyn como un ejemplo para nuestra exposición de los procesos normales, aunque esta muchacha no puede ser considerada como normal. En su deformación patológica nos ha mostrado la norma a través de una lente de aumento. La diferencia entre la conducta normal y patológica es cuantitativa. En este sentido, los procesos que en parte se encuentran en la historia referida y en parte han sido reconstruidos, pueden ser considerados como típicos de la fase de la primera pubertad de las muchachas.

## CASO DE NANCY

Nancy, una muchacha de 13 años, ingresó en el hospital debido a extraños ataques de origen probablemente psicogénico.

Se sentía perfectamente bien hasta que hace cinco meses, antes del comienzo de la menstruación, comenzó a quejarse de dolores en el abdomen. Estos sobrevinieron inmediatamente después de hacer ejercicio; más tarde, cuando comenzaba a menstruar, los dolores se presentaban inmediatamente antes de la hemorragia. No fue a ver al médico, a pesar de la insistencia de su hermana. Algunos meses antes de iniciarse esta historia, la muchacha comenzó a tener algunas veces dolores de cabeza frontales, acompañados de dolor abdominal intensificado. Fue hecho el diagnóstico de apendicitis y se aconsejó la operación inmediata.

Cuando ingresó en el hospital, Nancy no sabía si iba o no a ser operada. La muchacha dice que la operación no iba a tener lugar hasta la mañana siguiente, pero fue operada hora y media después de su ingreso. La enferma estaba aterrizada en la mesa de operaciones pues temía morir. Sobre todo estaba furiosa por haber sido traicionada, operada "por sorpresa", sin una advertencia previa. También expuso sus temores de que "pudieran extirparle alguna cosa necesaria; la enfermera quizás entregara instrumentos desayunando una hora antes. Repentinamente "se sintió muy caliente" y al pués de la operación estaba furiosa con las enfermeras. Pensó que no había sido examinada detenidamente antes de la operación. También suponía que las enfermeras podrían haber dado instrumentos equivocados al cirujano. En fin, se hallaba preocupada por si el apéndice había sido extraído en su totalidad; quizás le había sido dejado una parte, que causaría una infección, siendo también posible que le hubieran extraído algún otro órgano por error.

La paciente fue dada de alta, siendo llevada a la casa de su hermana Anna en S., para que pasara allí la convalecencia. Fue entonces cuando tuvo el primero de sus ataques. Eran las nueve y media de la mañana y se había desayunado una hora antes. Repentinamente "se sintió muy caliente" y al mismo tiempo muy enferma. Estaba un poco nauseosa e intranquila y quiso dormir algunas horas. No tuvo pérdida de conocimiento en esa ocasión. Nancy pudo recordar la época exacta de ese ataque, pues su cuñado estaba en cama desde hacía 11 días, a causa de un accidente, y todo le servía como punto de referencia. El siguiente ataque tuvo lugar estando sola, cuidando a su sobrinita de un año y medio. No recuerda lo que le sucedió, pero tuvo las mismas sensaciones que antes. Al despertar, toda la familia estaba allí, y ella estaba sentada en el borde del lecho.

Poco a poco sus ataques se hicieron más violentos y más frecuentes, y comenzó a perder el conocimiento durante ellos. A juzgar por lo que dice no se presentan aura, aunque los ataques suelen tener lugar inmediatamente después de beber agua. La familia ha notado este hecho y suele colocarse detrás de ella siempre que bebe un vaso de agua. Después de perder el conocimiento, la paciente dice que realiza "actos salvajes como si estuviera loca". Llama a su hermano Dick de un "modo muy cómico". Piensa que

se agita tanto que a veces ha golpeado a varios miembros de la familia. Siempre sufre un intenso dolor de cabeza frontal cuando se despierta. Recuerda que una noche, cuando cayó y su hermana la sujetaba, su cabeza del lecho en una ocasión estaba en el hospital.

golpeó contra el pie de la hermana. Recuerda además que también se cayó

La familia temía que pudiera lastimarse en sus forcejitos, y el padre y la madre dicen que era preciso sujetarle las manos y los pies. La madre afirma que para sujetar a la muchacha tenían que acudir el padre y el hermano. Al volver de tales ataques Nancy sólo en parte parecía consciente: no reconocía a la familia, y muchas veces actuaba de un modo disparatado, riendo y saltando sobre el lecho como un animal. Una vez se subió sobre un sofá y sacudió la luz eléctrica suspendida del cable; otra vez derramó un cubo de agua, y en varias ocasiones rompió trozos de papel pidiendo fósforos para prenderlos. La familia estaba aterrorizada por el temor de que pudiera prender fuego. Dos veces olvidó lo que había ocurrido inmediatamente antes del ataque. Por ejemplo, su hermana Anna y su marido fueron a visitarla, y Nancy había estado paseando con ellos toda la mañana. Al llegar la tarde tuvo un ataque, y al volver de él les habló como si los hubiera visto por primera vez en aquel día. Algunas veces habla muy iracunda, diciendo que la han golpeado o que alguien ha intentado castigarla, y que ha tenido que llamar a sus padres. En otras ocasiones al volver del ataque ha abrazado y besado a sus padres muy cariñosamente, lo que no es habitual en ella. En una ocasión llamó a su madre "belleza de baño" y a su padre "viejo toro".

El padre, oriundo de Italia, es la figura dominante en el hogar. Castiga a sus hijos de palabra, pero jamás físicamente. Le temen y le obedecen. Piensan que esto es debido a que nunca les ha dado confianza, como hace la madre.

La madre, también italiana, ha tenido un terrible dolor de cabeza en el cuarto o quinto mes de su embarazo de Nancy. En aquella época ingresó en el hospital, y durante 16 días tuvo que ser alimentada por vía rectal debido a sus terribles náuseas y vómitos. Desde esa fecha no ha estado enferma hasta cinco o seis meses antes de la época a que se refiere esta historia. Entonces comenzó a tener ataques de vértigo, cayendo algunas veces al suelo si no se le sujetaba. Se siente considerablemente mejor desde que usa anteojos y después que le han sido extraídos los dientes. Su hijo menor, George, murió de quemaduras hace algunos años, y por cierto tiempo la madre estuvo extraordinariamente nerviosa. Se encontraba mal y muy deprimida, tenía poco apetito aunque podía dormir muy bien. Este estado duró 6 ó 7 meses. El sacerdote pensó que sería más feliz si tuviera otro niño o lo adoptara.

Existen otros cuatro niños en la familia además de Nancy: Anna, la mayor, es once años mayor que Nancy; Tom, el más pequeño, tiene cuatro años.

Anna, la hermana favorita de Nancy, está casada y vive en una pequeña ciudad cercana. Anna dice que Nancy ha sido siempre una niña tranquila, obediente y útil, jamás ha sufrido berrinches ni ha sido descarada con sus

padres. Por tanto ha quedado muy sorprendida de la "conducta desordenada" de Nancy en el hospital.

Anna y Nancy han estado siempre muy unidas, y durante el primer año del matrimonio de Anna, Nancy la visitaba casi todos los días y vivió con ella durante las vacaciones del verano. El niño de Anna nació casi dos años antes de comenzar esta historia. A pesar de que Nancy visitaba casi todos los días a Anna, ésta no cree que la muchacha supiera que iba a tener un niño. En aquella época, Anna estaba preparando algunas ropa de niño, y como Nancy le preguntara para quién eran, Anna le respondió que pensaba comprar un niño. Nancy aceptó esto sin comentario. El niño nació prematuramente a los seis meses para sorpresa de todos. Anna había ido a otra ciudad durante unos días, y el niño nació inmediatamente después de su vuelta al hogar. Nancy no la había visitado durante varios días y quedó muy sorprendida cuando encontró el niño. La muchacha tenía gran cariño por su sobrinita y le prestaba singular atención. Cuando visitaba a su hermana en S., Nancy dormía en las habitaciones interiores con la niña, la mayor parte del tiempo. La hermana no cree que haya llegado a verla en relaciones sexuales con el marido.

Nancy ha tenido siempre afecto por J., su cuñado, y hace todo lo que él quiere que haga. Nancy sufrió mucho cuando su cuñado se quemó en la chimenea, por la época en que la muchacha visitó a la pareja después de su operación. La muchacha se dedicó a él totalmente, y durante horas jugaba con su cuñado a las cartas; también le plazca brincar y jugar con él. Fue por entonces cuando padeció el primero de sus ataques. La hermana dice que la muchacha estaba sentada en una silla en la cocina. Repentinamente se quejó de vértigos y su piel enrojeció y se llenó de sudor. Anna hizo que Nancy se acostara durante un rato. En esa época la muchacha tenía dificultades para dormir durante la noche y leía mucho. Solía dormirse a las cuatro o cuatro y media de la madrugada y no se despertaba hasta las diez. Después de volver al hogar comenzó a tener ataques más violentos, pero la hermana no presenció ninguno de ellos hasta hace algunos meses, cuando vino a visitar a su familia. Ella y su marido encontraron a Nancy en la iglesia y luego fueron a un restaurante para almorzar. La muchacha se divirtió mucho, pero al volver a la casa bebió un vaso de agua, cayó al suelo, y tuvo convulsiones generalizadas, recobrando el conocimiento 10 minutos más tarde. Entonces saludó a Anna y a su marido, preguntándoles cuándo habían llegado, y diciéndoles que les había estado esperando. Tuvo una amnesia total por lo que se refiere a todos los sucesos del día. Éste es el único ataque grave que Anna observó.

Anna es hermanasta, pues es hija del matrimonio anterior de la madre de Nancy. Nunca se llevó bien con su padrastro, que limitaba sus actividades y le prohibía salir cuando era pequeña. Se comprometió secretamente, y más tarde su matrimonio se mantuvo en secreto durante varios meses. Nancy era la única que sabía lo que ocurría. Cuando su padre lo supo se produjo una terrible escena. Durante un año Anna se negó a hablarle. Nancy continuó visitando secretamente a su hermana mayor, y Anna cree que tuvo que sufrir muchos disgustos familiares en esa época. En este período de gran tirantez dice Anna que sufrió ataques similares a los de Nancy,

padeciendo intensa irritabilidad, dolor de cabeza y vértigos. Su conducta era también semiviolenta. Después del parto ha tenido frecuentes y abundantes menstruaciones. Ha vuelto a sufrir el dolor de cabeza y vértigos.

Según los padres y Anna, Nancy era una niña muy tranquila, obediente y trabajadora; algo tímida y de ordinario muy reconcentrada. Siempre ha sido muy melindrosa para sus comidas, y nada parece gustarle, salvo los dulces, de los que come en abundancia. Aparte de esto ha sido una niña sana, sin antecedentes de berrinches, pesadillas, neurosis, ni tampoco se ha mordido las uñas antes de comenzar los actuales trastornos. Es una muchacha muy sensible y cuidadosa en la que puede confiarse más que en otros niños. Mientras los hermanos se pelean entre sí o con otros niños de la vecindad, Nancy siempre evita estas riñas. Parece llevarse muy bien con los compañeros de colegio, aunque rara vez sonríe o ríe. Ha cuidado esmeradamente a su hermano pequeño, Tom, y siempre es muy solicitosa con él. Parece una niña muy consciente.

Lo único desusado que la madre relata se refiere a los últimos cuatro años. Hace aproximadamente cuatro años, una hermana mayor, Clara, sufrió la extirpación del apéndice. El accidente en que murió el pequeño George tuvo lugar aproximadamente en la misma época.

La madre dice que a Nancy le gusta mucho la instrucción religiosa en el colegio; por ejemplo, siempre insiste en repetir una plegaria a la Virgen de los Dolores. Dice que siempre ha aconsejado a los otros niños que la imiten. La escuela en la que Nancy era una alumna modelo es un convento escuela más riguroso que la mayor parte. Los alumnos deben gastar medias gruesas y también mangas largas. Este colegio era sólo de muchachas.

La superiora describe a la niña como una señorita perfecta, pero dice que para obtener buenas notas tenía que trabajar como una esclava, pues no era muy capaz. Como la madre trabaja, la profesora tiene la impresión de que Nancy debe realizar los quehaceres de la casa, y llega a la escuela fatigada. Un mes antes de la operación, Nancy no se hallaba bien, se quejaba de dolor en un lado, y la superiora le envió a su casa, diciéndole que debía informar a su madre de que se encontraba enferma.

Los padres no han informado a la niña respecto a los problemas sexuales. Cuando comenzaron sus primeras menstruaciones, hace un año, se hallaba con su hermana Anna. Anna intentó explicarle algunas cosas acerca de este fenómeno, diciéndole que era una cosa natural en las muchachas de su edad, y que no tenía nada que temer, pero Nancy se hallaba tan avergonzada que su hermana cambió pronto la conversación. Todavía es tímida al referirse a sus períodos y no hace mención de ellos a su madre.

#### RESUMEN DE LA HISTORIA CLÍNICA RECOGIDA POR EL MÉDICO

La conducta de Nancy en el hospital fue al principio extraña. Era impertinente en sus observaciones a los médicos y decía cosas evidentemente chocantes y desconcertantes. Estaba preocupada con sus propios pensamientos, los cuales, como su comentario revela, son fantasías respecto a problemas amorosos y cuestiones de niños pequeños.

Se queja muchas veces de que aún tiene dolores abdominales. Una mañana declaró que se había tragado una moneda. Fue enviada a la sala de rayos X, pues había duda de si en efecto era verdad su afirmación. Esa noche pidió que se le dijera lo que se había encontrado (evidentemente estaba muy interesada por lo que ocurría en el interior de su cuerpo; más tarde, el tratamiento en la clínica psiquiátrica aclaró los motivos de esa preocupación). Una tarde deseó verme y llegó al consultorio a las nueve y media. Esta vez su actitud estaba en notable contraste con la observada anteriormente. Sus ademanes eran tranquilos, amistosos y muy naturales, en oposición a su actitud impertinente y descarada que anteriormente había mostrado. Habló acerca de la posibilidad de ser enviada a su casa, y quiso saber lo que yo diría a sus padres. Le aseguré que todavía no sería dada de alta mientras tuviera dolores abdominales. Esto le consoló, pues, según decía, no había nadie en el hogar que se preocupara de ella; su madre trabajaba, el padre se hallaba enfermo y no quería preocuparse, mientras el resto de la familia no solía estar en casa. Dice que como sufre dolores deseaba estar levantada toda la noche, y que le gustaría continuar hablándome. Le dejé que charlara con perfecta libertad. Me dijo que tenía gran experiencia y que sabía una serie de cosas que la mayor parte de las muchachas de su edad no saben. No dice cuál era esta experiencia, pero me cuenta que ha permanecido con su hermana casi todos los días desde su matrimonio. Al preguntarle acerca de esto, explica que solía visitar a Anna muy frecuentemente antes de que tuviera su hijo. Sin embargo, varios días antes del nacimiento no había acudido a su casa. Luego, repentinamente, tuvo la sensación de que algo le había sucedido a su hermana, y más tarde supo que había nacido el niño. También habla acerca de su cuñado.

Se refiere a varios enfermos y se muestra muy celosa al par que despectiva. Dice que "Miss F. estaba haciendo el gato y realizó gestos desagradables". De la conversación ulterior se aprecia que el grupo hablaba de niños pequeños, y que Miss F. pretendió haber tenido uno. La muchacha piensa que esto era absurdo y que Miss F. no debía haber dicho nada.

No comprende por qué la gente se casa. Se refiere a la fotografía que hay sobre mi mesa y añade: "Usted afirma que la fotografía es de hace cinco años, ¿se ha casado usted hace tanto tiempo?"

Le explico que la fotografía es antigua, y que me casé hace únicamente dos años y medio. Entonces dice: "¿Cómo explicar esto, si la mayor parte de la gente que se casa tiene un niño antes de los dos años?"

Me dice que piensa permanecer levantada toda la noche, siente una curiosidad notable por saber dónde duermo en mi noche de guardia, y añade que esto es otra razón para que no se casen los médicos, ya que están mucho tiempo fuera de su hogar. Sugiere que debo pasar la noche en el consultorio con ella y me señala la cama donde podré dormir. Le aseguro que prefiero mi cama confortable, ya que ella ha dicho que puedo pasar la noche en el consultorio, esté o no yo. Añado que cuando me vaya a dormir y salga de la habitación, debe apagar la luz.

Después de haberla dejado aquella noche en el consultorio, la conducta

Los sueños de Nancy revelan que tiene violentos sentimientos agresivos hacia mí.

Mientras ha estado en la sala del hospital ha continuado quejándose de dolor de cabeza y de dolor en el abdomen, encontrándose a veces irritable. Es extraordinariamente celosa de los otros pacientes, especialmente de las muchachas jóvenes, y es evidente que estos celos y el sentimiento de haber sido rechazada por el médico han provocado una intensa ira y nuevos ataques. Tan sólo ha declarado los datos que se consignan en su historia: el secreto referente al matrimonio de Anna y el hecho de que ella estaba en el secreto y sentía gran responsabilidad. Admite gustosamente el ingreso en un hogar de adopción, pero sólo donde no haya otros niños.

Durante su permanencia en el hospital ha manifestado un gran antagonismo frente a los otros enfermos, y ha continuado haciendo insinuaciones. Ha mejorado de sus ataques y admite que aunque se quejara de dolores, lo que en realidad necesitaba era afecto. Después de dos meses fue dada de alta y tratada por una doctora especialista en psiquiatría en el consultorio externo.

Cuando Nancy abandonó el hospital fue colocada en un hogar de adopción con el consentimiento de su madre. Allí había otra muchacha de su edad, lo que era muy deseable, pues todos pensaban en la importancia de que tuviera una compañera semejante a ella. El primer día se encontraba aturdida. La mañana siguiente se levantó tarde y quiso permanecer en cama. Tozudamente declaraba: "Nadie podrá dominarme".

Al principio era muy difícil tratar con ella, y se quejaba de que la hubieran llevado a aquel lugar. Era muy renuñada para las comidas y se quejaba de dolor en el estómago. Sentía un enorme temor por los perros, etc.

Poco a poco comenzó a adaptarse al hogar de adopción y a la asistencia a la nueva escuela, especialmente por el hecho de que había muchachos y muchachas. La nueva amiga, Louise, le presentó un muchacho, "Mr. Jones". Louise está muy interesada por el sexo opuesto. Un hombre joven viene a visitarla regularmente. Otro muchacho de 18 años viene a verla con frecuencia. Parece que existe una conversación interminable entre las dos muchachas acerca de esos muchachos, y la madre adoptiva les alienta a hablar. Nancy, que al principio se negaba a cuidar el jardín, piensa ahora que le gustaría, pues sería posible que Mr. Jones viniera a ayudarla. Se interesa por su aspecto, cuida de que sus ropas estén en orden y es muy limpia en sus trabajos escolares. Las muchachas emplean mucho tiempo en peinarse, siendo Louise muy hábil. Nancy se peina con bucles. La muchacha se encuentra más libre e interesada en los trabajos domésticos. Con raros intervalos tiene un ataque, siendo evidente que son provocados por emociones y que tienen un carácter dramático. Por entonces ha tenido un período menstrual, y la madre adoptiva le ha instruido acerca de ello. La muchacha se presta a recibir informaciones sobre los problemas sexuales.

Pasadas algunas semanas, Nancy está más satisfecha y ha experimentado un gran cambio en su aspecto. Se ha adaptado bien al nuevo hogar y come sin repugnancia. Trabaja activamente en la escuela y en el jardín.

A las pocas semanas los padres adoptivos vuelven a tener disgustos con Nancy, que se refieren a sus visitas a sus padres. Quiere volver al hogar, dice que no hay nada malo contra ella, y que se siente feliz por no estar con su familia. Louise y Nancy tienen citas con muchachos que no parecen del agrado de Nancy. La muchacha se siente celosa y se cree engañada por Louise. Continúa el tratamiento bajo la dirección de un psiquiatra, que ya lo había iniciado durante su permanencia en la sala del hospital. De su historia, que extractaremos a continuación, se pueden obtener más datos acerca de este caso.

#### INFORME DEL CONSULTORIO EXTERNO

Nancy se queja a su nueva doctora de que los médicos de la sala le han tratado mal, que no le han comprendido y que se han reido de ella. Sus sentimientos y su orgullo han sido lastimados en todas las ocasiones, incluso por cosas que a nadie podían interesar. No puede comprender ni tolerar esto. La razón de que duerma tanto debe atribuirse a que no quiere que sus sentimientos choquen con los de nadie. Se halla ahora tan deprimida que no le importaría morir: "Grité durante la noche diciendo que quería matar a alguien, a mi padre, pero yo no lo haría, no tengo valor, quiero ser periodista."

Confiesa a la doctora que está enamorada del doctor M. En la última semana ha tenido un ataque. Su madre ha tenido ataques hace dos años. Nancy fue testigo del primero: "Muy parecido a los míos... debe haber estado durmiendo, luego ha gritado, igual que a mí me ocurre. Suelo ponerte blanca en mis ataques, y puede ser que mi madre tenga sus ataques por estar preocupada de mi salud; mi madre piensa mucho en mi hermano difunto. Realmente me culpo de su muerte."

El hermano de cuatro años se encontraba en la cocina con una amiguita de Nancy. La puerta del hornillo estaba abierta, y Nancy llamó a su amiga para advertírselo. La muchacha se volvió hacia ella y dejó al niño, que cayó en las llamas. Sus vestidos comenzaron a arder y sólo quedó una masa de carne quemada. Fue llevado al hospital. Desde entonces Nancy ha soñado con este accidente y tiene el temor a morir. Habla de su operación y afirma que ha sido engañada, que las enfermeras dieron al doctor instrumentos equivocados, etc.

Dos días más tarde Nancy parece encontrarse mejor, pero cuando es interrogada por algo parece un animal furioso con los ojos salientes y la mandíbula inferior proyectada hacia adelante como si fuera a morder. No ha tenido ataques en este intervalo, pero si dolores de cabeza todos los días. Dice que ve doble, está muy deprimida y aún no quiere ver a nadie. Ésta es una de las razones por la que prefiere permanecer en cama o volver al lecho en cuanto se levanta. Sus sentimientos son heridos muchas veces, cuando la enfermera le llama "abuelita" por no levantarse (Nancy muchas veces parece en efecto una anciana). Cuando se levanta se siente peor. No ha vomitado desde hace seis días, pero la noche antes ha tirado la sopa. "El alimento no me parece bueno", dice. Antes le gustaba comer,

Cuando está en cama durante la noche siempre pasa revista a los sucesos del día. Todas las noches piensa en la cuestión de la nueva doctora, y siempre se considera amiga del doctor M. Nancy, sintiendo una gran desazón, cree que si la doctora supiera que estaba enamorada del doctor M. no sabría qué pensar: "Los niños no pueden enamorarse". Jamás ha oido tal cosa. ¿Por qué se ha enamorado ella? Nunca prestó atención a nadie.

Un mes más tarde Nancy es muy suspicaz. La nueva doctora tiene secretos. Siempre piensa en lo que ésta dice para descubrir lo que hay tras de la pregunta. Le gustaría tener fe, pero jamás puede creer sin dudar en lo que se le dice. Ha sido engañada muchas veces y por tanto es suspicaz. La gente le ha hecho promesas que no ha cumplido. Por ejemplo, alguien le dijo que viniera a cierto lugar donde estaba invitada otra persona; ella acudió llena de sospechas. Una muchacha había invitado a cuatro niños, pero sólo había espacio para tres. Entonces, según ella dice, los otros tres niños no quisieron que Nancy permaneciera. Tenían sus amigos.

Una semana más tarde Nancy es más cordial y está menos irritada; cree que ahora es más feliz. Cuenta un sueño que ha tenido la noche antes. Era de noche y se hallaba acostada. En la cama próxima había un niño pequeño. El doctor M. vino; una enfermera le llamó para que acudiera a realizar una operación con objeto de traer al mundo un niño. La muchacha quedó sorprendida de que un niño pudiera avisar en el momento en que iba a nacer; luego preguntó al doctor M. si podría verlo. En el primer momento éste se negó, pero finalmente permitió que le acompañara. El niño era una cosa larga, muy larga, plegada sobre una sábana; la piel era muy rara, como la de una tortuga, entre los pliegues había "todo eso que tenemos, toda esa sustancia terrible que revuelve el estómago." Por tanto, tuvo que salir de la habitación. El niño pequeño la siguió y Nancy volvió a verle como ha sido descrito. Tiró de la sábana y todo cayó al suelo; al abrirse aparecieron cosas terribles, todas las cosas imaginables "yo no sé lo que allí había. Recogí todo aquello y lo puse sobre la sábana del modo como me pareció. El doctor M. vino y sacó las cosas". Entonces Nancy se despertó.

Nancy se queja de que su memoria es muy mala últimamente, y de que no sabe lo que sucedió tres días antes. No le gusta pensar en su sueño que era repugnante; pregunta por qué lo tuvo; cree que muchas veces sabe de antemano lo que va a suceder tanto a ella como a otras personas. El día antes tuvo la sensación de que el mundo se hundía. Siente como si estuviera muerta. (Esto sucedió cuando vio a otra enferma salir del consultorio del doctor M. El doctor M. no habló con ella.) Luego se apoyó sobre otra enferma y pidió agua. Ambas muchachas fueron a buscar agua, y al volver Nancy se desmayó antes de llegar a su cama. No puede recordar el desmayo.

Ha tenido una explosión de odio contra los médicos del sexo femenino. Se había divertido más con el doctor M. que en cualquier otro momento de su vida. Desea estar todo el tiempo en el consultorio del doctor M. y verle con más frecuencia que las otras enfermas.

Se niega a hacer asociaciones referentes a su sueño. Cuenta espontáneamente que vio a su sobrina antes de que tuviera doce días. Nancy recuerda el aspecto repugnante del niño ("igual que una rata disecada") que no parecía humano; la piel era asquerosa, pero no se parecía a la del niño del sueño, que no poseía brazos, piernas ni cabeza. Su hermano Tom solía tener en brazos a la sobrina, lo que era muy cómico, pues el niño con sus pañales era casi tan grande como el tío. Manifiesta cierta repugnancia al hablar de los pañales.

Diez días más tarde Nancy se halla en un hogar de adopción. Llega a la clínica furiosa y dice que ha sido engañada. En primer término afirma que no se le había informado de nada, y luego añade que se le había preguntado si le gustaría intentarlo. No quiere permanecer allí. "Si estoy más de una semana, a partir del domingo, alguna cosa sucederá."

Habla del suicidio. Las personas del nuevo hogar son amables, tanto los padres adoptivos como Louise, la otra muchacha. Pero está tan solitaria que teme a los perros y a los caballos; las cabras y los pollos parecen estar bajo sus pies. Luego, repentinamente, cae en un estado sentimental y dice que siempre llora al oír en la radio la canción "O Mamma". Siente la nostalgia de su madre. Cuando estaba en el hogar no pensaba en ella, pero cuando está lejos de la madre la desea. Tenía el mismo sentimiento cuando se hallaba en casa de la hermana. Al referirse a la última época que estuvo allí dice: "Me encontraba fuera de mí y me gustaba estar sola; luego se iniciaron los ataques y creí morir." Cuando volvió al hogar, después de tres semanas, se sentía "entumecida", pero deseó asistir a la escuela; entonces "tuvo ataques y nuevamente se sintió desgraciada". Nancy siempre ha tenido la sensación de que ha extraviado alguna cosa, y acusa al medio en que vive de ser responsable de su infelicidad. Afirma que teme que su madre pueda tener otro ataque y muera.

Habla espontáneamente acerca de su cuñado y de su accidente. Dice que ambos han sido los enfermos de la casa, y que los dos han sufrido operaciones (el cuñado fue operado de verrucosis). Aún está preocupada respecto a si le fue extraído todo el apéndice: "Puede ser que hayan dejado una parte de él, lo que provocará una infección, o quizás me hayan extirpado otro órgano por error." Las enfermeras le han ridiculizado por tal idea, pero nadie le ha dicho la verdad. Nancy puede darse cuenta de que esto es un tema repetido en sus pensamientos, y de que sospecha de todas las gentes por tener secretos referentes a ella. No ha tenido ataques desde que se halla en el hogar de adopción, pero algunas veces tiene la sensación de que va a morir. Está menos irritada y es más amable.

Una semana después Nancy está furiosa porque ha tenido que esperar, pero pronto se tranquiliza. Parece más madura, más tranquila, más interesada por el mundo exterior. Cuenta que está furiosa con su hermana Emma, dos años menor que ella. Emma es una picara que le pellizca, le hace cosquillas y le quita las cosas. Nancy, desde la niñez, ha deseado destruir a Emma, arrastrarla por el suelo y aplastarla. Tiene sentimientos análogos respecto a su sobrina, aunque quiere a esta niñita más que a cualquier otra cosa en el mundo. El último verano, estando jugando con su sobrina, se sintió repentinamente tan mala que sólo pudo pensar en matarla. Por for-

tuna su hermana llegó en aquel momento. Nancy dice que no quiere que su hermana sepa nada de estos pensamientos. Poco después de este incidente penetró en la cocina y pegó al gatito, aunque éste no había hecho nada malo. Nancy se siente muchas veces llena de odio hacia los niños, a pesar de que le gustan mucho.

Cuenta espontáneamente que sabía, desde hacía mucho tiempo, que su hermana iba a tener un niño, pues había oido hablar de ello a Anna y a su madre. Entonces Nancy preguntó a su hermana si esto era cierto; Anna lo negó, aunque Nancy estaba convencida de que su hermana siempre le decía la verdad. Sin embargo, dos semanas antes del nacimiento del niño, Anna le informó acerca de su embarazo. Nancy quedó muy emocionada, enrojeció, se llevó las manos a la cara, y luego se rascó las piernas.

Pregunta si la doctora se ha dado cuenta de su peinado. Se ha cortado el cabello, y aunque no pretende que nadie lo observe en realidad le importa mucho. Dice que quiere ir a la sala para ver a los enfermos. La doctora no menciona si Nancy desea también ver al doctor M. para mostrarle su peinado. Nancy dice orgullosamente que dentro de dos semanas tendrá 14 años.

Una semana más tarde Nancy dice que ha tenido un choque con un muchacho de 14 años, que gusta a todas las muchachas; viajaba en el mismo omnibus con él y Louise.

Tiene una explosión de ira contra su maestra por no haberle dado un asiento en la clase; dice que su mesa "está cubierta por los libros de otros niños". Desea ser trasladada a la clase a que asiste el amigo. Sólo sabe su apellido, Smith. Piensa que su primer nombre es Dick; Louise ha decidido esto. Louise engaña a Nancy, diciéndole que Dick le pertenece y que se ve con él todos los días.

Una semana más tarde es el cumpleaños de Nancy. Se siente feliz y amable y habla acerca de "Mr. Smith", de quien ya sabe que su nombre es Arthur.

Las dos últimas semanas no ha tenido desmayo ni ataque. Presenta una ligera irritabilidad y algunos impulsos agresivos contra los gatitos y otros animales jóvenes, pero se halla en muy buenas relaciones con los padres adoptivos y con otros niños. Es amable, cordial y despliega cierto sentido humorístico, pudiendo reírse de cosas que antes despertaban su angustia o su rabia. Continúa viéndose aquella semana para sorprenderse a la psicoterapia.

Una semana más tarde continúa sin ataques. Ha sentido cierta angustia al principio de aquella semana, pensando que iba a desmayarse. Conserva una cordial relación con su medio y con la doctora. Nancy se da cuenta de su cambio. "Catorce años ya son muy diferentes." El doctor señala el cambio que han experimentado sus relaciones con los demás. Nancy subraya que nunca ha tenido a su lado personas de su edad. Su hermana Anna es mucho mayor y Emena mucho más pequeña; en cambio Louise, que es un año mayor, ha alegrado su vida; cree que la doctora comprende lo que quiere decir. Le gustaría permanecer en el hogar de adopción durante el invierno, y continuar sus trabajos escolares. Algunas semanas más tarde

todo parece ir bien (ha venido con Louise). Desea ser periodista cuando termine sus estudios. Duerme bien, no sueña y dice que están dispuestos a permitirle salir del hogar en septiembre si ella lo desea. No está segura. Parece que no tiene problemas que discutir. Ella y Louise han tenido "citas"; aquel día ha asistido a un cinematógrafo. Al despedirse dice de un modo amable: "He tenido mucho gusto en encontrarla." Hablamos tan sólo diez minutos (algo superficialmente) como si tuviera poco que decir, y las cosas marcharon satisfactoriamente.

Tres semanas más tarde se siente bien. Continuará durante el invierno en el hogar de adopción. Ha ido a ver a sus padres un fin de semana. Tiene buenas relaciones con todos los que le rodean. Está "furiosa" algunas veces, pero mucho menos, y dice: "Soy demasiado feliz para ser tan mala como suelo ser."

Algunas semanas más tarde Nancy ha tenido una desilusión: un grupo de muchachos acudía todas las tardes a ver a las dos muchachas. Hace pocos días dijeron que vendrían, y ambas muchachas estaban vestidas, pero los muchachos no aparecieron. Más tarde los muchachos dijeron incidentalmente que habían tenido otras cosas que hacer. Nancy cree que se han reido de ella y de Louise.

Una día la madre adoptiva de Nancy le ha llevado a bailar. Había un muchacho para Louise y un muchacho para otra joven, pero ninguno para Nancy, que ha quedado muy resentida. No ha tenido ataques, ni desmayos y físicamente se siente muy bien.

Dos semanas más tarde rebosa odio y resentimiento; ha sido reprendida en el hogar de adopción. Cree que la crítica estaba justificada, pero nadie tiene derecho a decirle nada. Piensa que su padre ha sido ofendido en el hospital y no lo consiente. Una fuente de su descontento parece ser que todos sus compañeros de clase son más jóvenes, pues ella está repitiendo el grado.

Dos semanas más tarde hace algunas insinuaciones. Hay algo que no está bien en su interior, algo falla, pero no quiere hablar de esto. Mantiene su secreto, pues siempre que los ha confiado a su madre adoptiva, al doctor o a cualquier otro, más pronto o más tarde ha sido traicionada. También existen secretos entre Louise y ella. Louise carga con toda la culpa, pero esto no es cierto. Sólo Nancy sabe que Louise es realmente buena. Nancy siente que debe ser castigada por ciertas cosas, pero es muy sensible si es reprendida por otras cosas de que no es culpable. Habla mucho acerca de las desilusiones que ha tenido siempre que ha sido amable con alguien, etc.

Es posible que Louise abandone el hogar, y Nancy piensa que quedaría muy triste sin ella.

Un mes más tarde Nancy se refiere a haber perdido la confianza de Louise: "Yo era como una madre para ella". Está pálida y melancólica, aunque intenta actuar como una persona que sabe tomar en broma la vida. Dice que ha sido castigada en la escuela por hacer ruido y molestar a la maestra. Afirma que siempre ha observado buena conducta hasta que los otros niños le llamaron orgullosa. Ahora quiere demostrarles que puede ser tan traviesa como ellos y hasta más. Como ha cambiado su actitud, los

niños están de su parte; una profesora también le acusa de coqueteos con los muchachos. Nancy, finalmente, se derrumba, se queja de que Louise está separada de ella, que ya no goza de su confianza y que ésta se cuida más de los muchachos. Es muy popular entre ellos y los muchachos piensan que es más bella que Nancy. Nancy está en buenos términos con los padres adoptivos, mientras Louise es una mala muchacha en la casa.

Tres semanas más tarde conserva su buen espíritu. Manifiesta algún resentimiento para la madre adoptiva y para Louise, y cierta desilusión, pues no hay muchachos en su clase de la escuela pública. Se ha producido cierta fricción con su familia, pero lo toma con humorismo.

En la entrevista se ve que Nancy reacciona furiosamente cada vez que se ha abusado de su confianza, particularmente si se trata de su nueva amiga Louise. Al mismo tiempo se halla extraordinariamente celosa de Louise en relación con los muchachos y con la madre adoptiva. Si consigue triunfar sobre Louise (por ejemplo en su relación con la madre adoptiva), se halla contrita y llena de sentimientos de culpa.

Nancy no ha tenido ataques desde hace mucho tiempo y está muy mejorada. Continuamos el tratamiento con buenos resultados.

Aunque Nancy tiene un año menos que Evelyn, el cuadro psicológico que presenta contiene más elementos de avanzada pubertad que el de Evelyn. De todos modos, utilizamos su caso para ilustrar el proceso de la primera pubertad, debido a que gran parte de su conducta pertenece aún a esta fase de la vida. Comparada con Evelyn, Nancy está mucho más enferma en el sentido clínico del término. Neurológicamente el elevado voltaje y las ondas lentas del electroencefalograma al final de un ataque son pruebas del trastorno cerebral. La historia clínica nos da una descripción de algunos de los ataques. Sin embargo, se tiene la impresión de que la mayor parte de ellos eran histéricos. Se encuentra también un C. I. de únicamente 94.

Se trate o no de un caso de epilepsia, el diagnóstico no tiene importancia para las consideraciones que aquí haremos. La presión dinámica de los conflictos psicológicos puede trastornar un cerebro anormal mucho más que un cerebro normal, y puede precipitar los ataques con o sin disritmia cerebral. Los conflictos psicológicos de Nancy son un producto característico de un trauma de la pubertad.

Cuando Nancy ingresó en el hospital sorprendió a todos por su aspecto. Sobre un cuerpo pequeño y no desarrollado se veía la cabeza de una mujer madura y perversa. Inmediatamente surgía la sospecha de que esta niña había pasado en su vida por muchas dificultades. Era extraordinariamente desconfiada, se negaba absolutamente a revelar algo acerca de su estado mental, y su actitud para el

tratamiento era completamente negativa. Este comportamiento pudo ser reconocido en su relación directa con su operación de apendicitis. Los ataques comenzaron después de esta operación; inmediatamente antes se había resistido violentamente a ser anestesiada; mantenía que esta intervención quirúrgica le había tomado de sorpresa, y que su ira estaba particularmente dirigida contra la enfermera encargada de la preparación física para la operación. Justifica su excitada conducta basándose en que nada se le había dicho respecto a cuándo la operación iba a ser realizada, de modo que fue el elemento de sorpresa el que dio lugar en ella a la ira y al temor.

Por lo demás, casi nada se sabe acerca de su vida personal. Parece que se siente más feliz en el hogar de su hermana casada. Allí vivió antes de la operación y allí volverá después de ella, de acuerdo con su deseo. También habla varias veces de su sobrinita que nació poco antes de la operación, y se tiene la impresión de que quiere tiernamente a esta niña.

Desde el principio se observa que no tiene ningún deseo de establecerse, ni la más leve confianza en el tratamiento con el médico que se le ha impuesto. Está enamorada de su médico, y toda su conducta en el hospital expresa su deseo de ser tratada y amada como si fuera una mujer adulta. Tiene accesos de furor y sueños que revelan fuertes tendencias agresivas en relación a este doctor. Muchas veces se puede descubrir claramente la relación entre sus frecuentes ataques y sus accesos de furia. Estas manifestaciones de su amor están en armonía con su expresión facial precoz para su edad. Es desvergonzadamente agresiva, quiere permanecer sola en la habitación con el doctor M., asegurándole que "sabe todo", e intenta seducirle con estas seguridades. Hace una escena de celos respecto a la mujer del doctor, cuya fotografía ha descubierto en su bolsillo. Le pide que pase la noche acostado con ella, está celosa de las restantes pacientes, etcétera. Sin embargo, este amor tiene un carácter tétrico, y da la impresión de que la muchacha pone en juego sus artes de seducción debido a que está segura de que no podrán vencer al doctor. Lo que es más típico es su deseo de ser considerada como una mujer adulta, su ira desilusionada cuando él rechaza su propósito y sus celos por la mujer del doctor.

La historia de Nancy muestra claramente —menos por la escasa información que ella nos da que por los datos proporcionados por su familia— que antes de comenzar su enfermedad se hallaba en una situación típica de la primera pubertad. Igual que Evelyn, se hallaba unida con su hermana mayor y se sentía en una situación

triangular, debido a que su hermana se casó (lo mismo que Evelyn hizo cuando su hermana tuvo un amigo). Pero mientras la causa de la desgracia de Evelyn fue quizás el hecho de que su hermana la rechazara pronto del triángulo, Nancy se siente enferma debido a que permanece demasiado largo tiempo en el triángulo. Con su hermana ha gozado de un común secreto erótico, que sin duda ha inflamado su imaginación. La relación amorosa de su hermana ha sido ocultada cuidadosamente al resto de la familia y Nancy fue la única que la conoció. Todo el periodo de la preparación, el matrimonio oculto, etc., proporcionó a Nancy el placer de estar "en el secreto". Más tarde, después de que el matrimonio cesó de ser un secreto, Nancy estuvo mucho tiempo en el hogar de la nueva pareja. Poco sabemos de sus relaciones con su cuñado, excepto que tenían forcejeos juguetones, durante los cuales él la vencía arrojándola muchas veces al suelo. Sus frecuentes visitas a su hermana proporcionaron a la muchacha muchas oportunidades para participar, en su fantasía, de las experiencias secretas de su hermana y cuñado, continuando así el triángulo en una forma más realista.

Parece, sin embargo, que el elemento traumático debe ser buscado en otra parte. La hermana quedó preñada, y Nancy ya no estuvo en situación de participar del secreto. Al no ser considerada como una mujer adulta, no fue iniciada en este nuevo acontecimiento de la vida de su hermana. Se dio cuenta de las preparaciones para el nacimiento del niño, y cuando interrogó a su hermana, ésta no le contó que estuviera preñada, diciéndole únicamente que pensaba comprar un niño. Fue, pues, reducida al papel de una niña para quien se tienen secretos que no son convenientes para su edad. Probablemente su primera reacción a esta desilusión fue un violento furor contra su hermana y contra el niño que esperaba.

El cuadro que se desarrolló entonces fue ya de carácter morboso, y típico de una neurosis histérica de la pubertad. Para comprender correctamente la conducta patológica debemos darnos cuenta de lo que constituye un desarrollo normal. Normalmente, el final de una situación triangular, como aquella en que Nancy se encontraba, puede ser que ella, el tercer compañero de la asociación, se enamore más o menos conscientemente del marido de su hermana y que luego se liberte de este amor para dirigirlo a un nuevo objeto. O, especialmente si el triángulo no está constituido por una hermana mayor y un cuñado, puede conducir a una rivalidad consciente o inconsciente, cuyo resultado puede variar en los diferentes casos. La muchacha renuncia al hombre, se lo deja a su amiga, y se libra

del triángulo con más o menos esfuerzo; la cicatriz de una desilusión permanecerá en su psique y puede afectar su vida siempre. O triunfa sobre su amiga, reteniendo al hombre y renunciando a aquélla; también entonces la rival victoriosa puede sufrir una cicatriz, causada, esta vez, por su sentido de culpa en relación a su amiga, y tal cicatriz puede tener dolorosos efectos en su vida posterior.

Un resultado frecuente de ese triángulo es repetir más tarde esa situación incompletamente resuelta. Existen mujeres que sólo pueden enamorarse de los maridos de las amigas, para retenerlos o renunciar a ellos. Otras deben siempre tener amigas para verse satisfechas en sus relaciones con sus maridos. Muchos matrimonios son tolerados y mantenidos debido a que todos los defectos que tengan son compensados por las relaciones de la mujer con una amiga.

Pero volvamos al caso de Nancy, cuya historia nos muestra el desarrollo de las muchachas púberes. Hemos dejado sin respuesta una cuestión, debido a que nuestra historia no nos da ninguna clave acerca de ella. ¿Se enamoró inconscientemente Nancy de su cuñado? Y si es así, ¿cuál era el carácter de este amor? La sospecha de que tales sentimientos existieron parece justificada por el hecho de que durante su permanencia en el hospital, Nancy se esforzó por dar lugar a una situación triangular o, como sospechamos, por repetirla. Para expresar su deseo de ser una mujer adulta, Nancy se enamoró del doctor, y se sintió celosa de su mujer. También mostró una viva curiosidad acerca de su posible paternidad. No hay duda que este juego amoroso expresa un típica fantasía, reforzada por sus experiencias en el hogar de su hermana.

Lo que llevó a Nancy a un máximo de furor y a un avivamiento de sus antiguas agresiones y sentimientos de culpa, fueron los celos por el hijo de su hermana. Se había visto privada en parte de su satisfacción de ser tratada como una mujer adulta al ser tratada como una niña pequeña, y más tarde el cariño de que se sentía acreedora era dirigido a otro niño, al recién nacido. Los celos fueron la fuente de su furia contra este niño, y sus accesos constituyeron una manifestación de su agresión. Al mismo tiempo esos ataques eran una forma de huir de la agresión, así como una forma de autocastigo. No carece de significación el hecho de que Nancy sufriera su primer ataque el día en que su cuñado se quemó, como se había quemado varios años antes un hermanito de ella. Prestó particular y cariñosa atención a su cuñado, y luego sufrió un ataque. Más tarde llegamos a conocer que siempre que Nancy prestaba tiernos cuidados a alguien era para enmascarar su agresividad contra es-

persona. Su cuñado, lo mismo que su sobrinita, le habían privado del amor de su hermana Anna; él estaba unido a Anna en el "secreto" del cual había sido excluida Nancy.

En el hospital pudo observarse que Nancy estaba celosa de los restantes niños de su casa. Se entregó a una intensa lucha para obtener la satisfacción que se le negaba, y descargó sus relaciones emotivas a su negativa en violentos ataques. De los datos proporcionados por su madre se deduce que era víctima de una constante lucha celosa con todos sus hermanos.

La observación psiquiátrica directa durante su tratamiento reveló que en los síntomas que constituyan su neurosis de la pubertad, Nancy repetía realmente las experiencias infantiles. Su desilusión por la negativa de su hermana a confiar en ella, combinada con la mayor vulnerabilidad característica de la pubertad tiene efectos traumáticos, de modo que Nancy, en lugar de desarrollarse normalmente, dio un paso regresivo hacia el pasado, es decir, dotó a sus experiencias corrientes con la significación sentimental de sucesos que habían sucedido largo tiempo antes. Confesó a su médico que su hermanito se había quemado accidentalmente cuando ella tenía cinco años, y que ella era culpable de su muerte. En muchas ocasiones tuvo sueños que reproduían este accidente. Igual que todas las muchachas pequeñas, Nancy estaba celosa de su hermanito y albergaba deseos de muerte contra él, aunque ciertamente no de un modo consciente y persistente. La realización inesperada de este deseo con la repentina muerte del niño, dio lugar a una grave conmoción y produjo en ella violentos sentimientos de culpa.

Podemos sospechar que Nancy estaba furiosa y desilusionada cuando su madre, después de la muerte de su hijito, empezó a cuidar a otro niño, en lugar de reservar todo su cariño para Nancy. Sin embargo su conducta, según refiere su madre, parece haber sido determinada por su sensación de pecado más que por agresión y rencor. En efecto, la muchacha cuidó amorosamente al nuevo niño. No sabemos con seguridad cómo Nancy, a la edad de cinco años, reaccionó al nuevo embarazo de la madre, pero nuestra experiencia en casos similares nos permite sospechar que tuvo un oscuro presentimiento de él, y reaccionó con sentimientos mixtos, aunque su reacción no fuera completamente consciente. Ciertamente, muchos elementos en los desmayos y ataques de Nancy nos recuerdan los síntomas que había sufrido la madre durante el embarazo que siguió a la muerte del hijito. Estos síntomas de la madre fueron imitados indirectamente por intermedio de la hermana, que, después de su

embarazo, se comportó de un modo muy parecido a su madre, mostrando así a Nancy los síntomas de la madre en una nueva edición, como podríamos decir. Nancy sabía probablemente que mientras su madre estaba preñada de ella, había sufrido de "desmayos durante los cuales caía al suelo". Poco tiempo antes de comenzar su enfermedad, Nancy fue testigo de los desmayos de su madre "algo parecidos a los míos". Nancy pensaba que su madre tenía estos vaídos porque estaba preocupada por ella; Nancy estaba preocupada por el hermano que murió y añadía: "Realmente me culpo de su muerte." Estas observaciones nos hacen sospechar que Nancy, mediante sus ataques, esperaba atraer la atención de la madre para que ésta la quisiera tanto como quería a su hermano muerto. Sus constantes autoacusaciones, y su idea de que jamás podría expulsar de la memoria el fatal accidente, muestran que, desde que tenía cinco años, esta muchacha se ha visto asaltada por sentimientos de pecado. Esto había creado en ella una determinada predisposición. Durante el periodo de latencia, tal predisposición se manifestó muchas veces en el desarrollo de una personalidad con reacciones típicas. Fue una niña religiosa, extraordinariamente dócil, como lo atestiguan sus maestras, las monjas. Puede sospecharse que si su desarrollo no se hubiera visto trastornado, la muchacha hubiera reaccionado en la pubertad con una intensificación de sus reacciones, es decir, con una religiosidad y obediencia aún más marcadas. Pero los acontecimientos de la vida de su hermana fueron tales que reabrieron sus viejas heridas, especialmente por haber tenido lugar en el periodo más vulnerable de su pubertad.

La experiencia traumática de Nancy fue un huracán contra su situación triangular, contra la participación en el secreto que le satisfacía, contra el deseo de ser tratada como una mujer adulta. Repetidamente Nancy dijo que había sido engañada, que le habían sido hechas falsas promesas, y de su desilusión había surgido su furia, de la que se daba cuenta. De todos modos, debemos considerar la relación de Nancy con su hermana, a pesar de su gran diferencia de edad, como una relación de dos hermanas, durante cierto tiempo. Debido a que la relación amorosa de Anna había estado prohibida, y era guardada como un "secreto", la hermana adulta había desempeñado el papel de muchachita joven, para quien ciertas cosas están prohibidas. En su relación con su hermana, Nancy gozó de varias satisfacciones, una de las cuales era para ella de gran importancia. Por el hecho que participaba en la vida de su hermana adulta, que tenía limitada su libertad, lo mismo que ella misma, y debido a la

confianza de Anna por ella, Nancy podía considerarse como adulta en su relación, y ello le ayudaba a fortalecer su conciencia de su yo. Tan pronto como esta posición de fortalecimiento del yo fue suspendida, la identificación de Nancy con su hermana adquirió un carácter regresivo, su ajuste a la realidad se vino abajo, y Nancy cayó enferma.

Normalmente, Nancy hubiera tenido la oportunidad de encontrar el parcial cumplimiento de sus fantasías de preñez —que son siempre un componente de la vida psicológica de las muchachas púberes— en el embarazo de su hermana. En este caso hubiera reaccionado con síntomas de embarazo en escala menor, y hubiera esperado el nacimiento del niño con la misma tensa expectativa que su hermana. Más tarde hubiera querido y cuidado al niño como la propia madre. Pero el colapso del triángulo dio lugar en Nancy al primer trauma; luego sobrevino el embarazo de su hermana, el nacimiento del niño, los celos, la agresión en relación con este niño, y la reactivación de los sentimientos de culpa. El accidente de su cuñado, por su similitud con el accidente de su hermanito, reavivó sus recuerdos del último, y añadió así una nueva carga a su tensión interna ya muy grande. La desilusión, la ira y la culpa dieron lugar a un estado en el cual, en lugar de poder desarrollarse su vida fantástica en una femineidad normal, fue causa de un paso regresivo, es decir, la muchacha se identificó inconscientemente con su hermana embarazada, y en sus subsiguientes acciones morbosas reprodujo varios elementos de sus relaciones infantiles con su madre.

Provocó una operación durante la cual tuvo la oportunidad de expresar su rabia y temores. Su rabia fue descargada especialmente sobre la enfermera que asistió a la operación, y estaba relacionada de modo característico con el elemento sorpresa. Así expresaba su protesta contra el hecho de que todo se hubiera hecho a espaldas de ella y de que se tuvieran secretos para ella. Es interesante hacer notar que su hermana quedó también sorprendida por el nacimiento algo prematuro de su hijo.

Más tarde llegamos al conocimiento de que Nancy descargó adecuadamente su agresión y temor durante la operación. Sus ataques revelan una considerable cantidad de furia aún no gastada. Dijo también que después de su operación tuvo el temor de abandonar el hospital, debido a que podrían haber dejado en su estómago alguna cosa que más tarde sería perjudicial para su salud.

Este deseo de las muchachas púberes de ser operadas es bien conocido; sabemos también que la intervención quirúrgica en esta

época crea más tarde el deseo de su repetición. Para satisfacer esta necesidad son necesarias varias operaciones, y, lo que es bastante típico, el apéndice parece ser el más indicado para el papel de *agente provocador*. Tales operaciones satisfacen las fantasías de violación, embarazo y parto, y son eficaces, pues constituyen experiencias reales en las cuales la angustia puede ser descargada. Algunas veces la operación proporciona lo que se esperaba de ella, pero en muchos casos sólo da lugar a un aumento de la tensión psicológica de la que surge el deseo de la repetición. Si Nancy no hubiera tenido los ataques que le capacitaron para descargar sus emociones, probablemente habría sido un candidato típico para nuevas operaciones.

La interpretación de la operación como un parto simbólico parece confirmada por los sueños de Nancy ("realizar una operación para traer al mundo un niño"). En el "niño roto en pedazos" reaparece la misma idea destructiva que en los temores de Nancy después de la operación. Aún está rebosando estas ideas durante su permanencia en el hospital, y el probable objeto de su afirmación de que se ha tragado una moneda es provocar el examen de su abdomen con rayos X. Siente que la destrucción amenaza su cuerpo, así como el del niño de su hermana, según confirmó más tarde directamente. Confiesa a la doctora que odia a su sobrino, y que es completamente consciente de sus impulsos asesinos. Ella misma está sorprendida por estos impulsos, pues quiere a la sobrinita "más que a cualquier otra cosa del mundo". También se acusa de crueldad para los pequeños animales y para su hermana más pequeña, y de impulsos de odio hacia los niños, que al mismo tiempo ama, etc. Dice muchas cosas demostrativas de que está tormentada por sentimientos de culpa. Sus confesiones tienen con frecuencia el carácter de autoacusaciones, en agudo contraste con sus acusaciones frecuentemente repetidas contra otras personas.

Las aparentes peculiaridades de la conducta de Nancy pueden ser fácilmente explicadas. Las contradicciones deben ser atribuidas a que sus reacciones afectivas, sin importar el tiempo, tienen lugar simultáneamente en los diferentes estratos de su vida psicológica. Al principio necesitaba participar en los sucesos como un tercer compañero, luego quería amar y cuidar a un niño, igual que pudiera hacerlo una mujer madura sexualmente. Esta muchacha desilusionada estaba extraordinariamente celosa del niño recién nacido de su hermana. Lo mató en su fantasía, con la misma crueldad que albergó, cuando tenía cinco años, contra su hermano. En su inconsciente cortó en pedazos al niño de su madre (el hermano), mientras, por otra

parte, experimentaba la satisfacción del parto, el horror de ser ella misma cortada en pedazos, y el temor de la muerte en la operación sobre su propio cuerpo. Era consciente de sus aprensiones referentes a que su madre pudiera morir y de sus temores por la vida de su hermana; pero la agresión oculta tras de esos temores permanecía inconsciente y era descargada en sus ataques.

El caso de Nancy contiene otro elemento que aparece típicamente después de una operación en la pubertad. La sensación de que el apéndice continúa en el cuerpo, de que alguna otra cosa debe ser extirpada, de que "algo no va bien" en el interior, es característica de las muchachas cuando piensan que sus cuerpos han sido lesionados. El niño que Nancy "mató" era un varón, y es natural suponer que, en aquel momento, las diferencias sexuales físicas desempeñaban un importante papel en el desarrollo de su sentimiento de celos, y que la antigua reacción volvía a manifestarse en la convicción de que "algo no va bien". Nuestra historia no confirma totalmente esta suposición, aunque nos permite interpretar varios síntomas de Nancy como repeticiones de experiencias infantiles.

Existe una fuerte sospecha de que, a pesar de sus fantasías de embarazo, la orientación de la pubertad de Nancy se hallaba en la dirección de una relación con su madre, y más tarde una relación con su hermana. Odiaba a su sobrinita como odiaba a su hermanito, debido a que necesitaba ser el hijo más querido de su madre. Desde el triángulo fracasado, el camino vuelve a conducir a la fase de la infancia que, como hemos visto, reaparece en la prepubertad, es decir, hacia la madre, con la orientación odio-amor de la muchacha, la cual, aunque ya se esfuerza por liberarse, permanece ligada a la madre por sus antiguos lazos y sentimientos de culpa.

El hecho de que Nancy caiga también en las complicaciones de la situación de Edipo, y que muchos elementos de su neurosis estén relacionados con ella, no está en contradicción con lo que hemos dicho. La situación triangular subsiste, pero al mismo tiempo nos encontramos con una nueva forma de la situación de Edipo en las relaciones que Nancy tiene, según suponemos, con su cuñado, y que, según podemos observar, ha tenido con el doctor. En la historia de su infancia, su padre constituye una figura en la penumbra.

Otro proceso típico de la pubertad está representado en el siguiente caso:

Helen es una muchacha de quince años, muy bella e inteligente. Sus padres se han separado hace dos años, y ella vive con su madre y su her-

mana Susie, que tiene dos años más que ella. Su padre y su hermano mayor han abandonado el hogar. Susie ha sido siempre la favorita del padre, mientras Helen se halla en una relación armónica y cariosa con su madre. La hermana ha sido siempre una muchacha plácida, como consecuencia de sus tendencias moderadamente obsesivas, e inclinada al perfeccionamiento. Ha sido una discípula modelo en la escuela, y en el colegio donde está estudiando música es una de las discípulas sobresalientes de la clase. Helen ha sido siempre una niña poco dócil y Susie ha constituido su modelo. La separación de los padres ha causado cierta reagrupación entre los niños, pues la madre, extraordinariamente buena y comprensiva, se da cuenta de que debe tratar más cariñosamente a Susie en la ausencia del padre. Helen no muestra directamente celos, y en los últimos años, antes del tratamiento médico, su relación con Susie realmente se ha profundizado. Respeta a su hermana, hace más caso de sus consejos que de los de su madre, y piensa que terminados sus estudios en la escuela irá al mismo colegio donde Susie se ha distinguido tanto.

Susie ha tenido un amigo en los últimos años, con el que participa su interés por la música. Se comprometen, y Helen, que estaba muy encariñada con Bill, aprueba este compromiso. Luego comienza a mostrar tales cambios en su personalidad que su madre se da cuenta de que necesita tratamiento psiquiátrico. En primer lugar, sin una aparente razón, se muestra muy hostil hacia Susie. Cada vez que Susie vuelve a su casa desde el colegio para visitar a su familia, Helen dice a su madre, con una misteriosa sonrisa, que deben estar sucediendo "cosas muy malas", pero se niega a dar más detalles. No tiene tendencia a enamorarse, y, en contraste con Susie, siempre ha sido una muchacha que le ha gustado verse rodeada de adoradores, sin mostrar preferencia por ninguno. Poco antes de la última ocasión en que Susie vuelve a su hogar, Helen cuenta a su madre que ahora tiene un amigo. Su madre tiene la impresión de que Helen no está realmente interesada por ese muchacho, y que ha elegido al primero que pasó. Después de la llegada de Helen hay dos jóvenes parejas en el hogar. La conducta de Susie continúa siendo decorosa, mientras Helen comienza a visitar los clubes nocturnos con su amigo. A todas las críticas de su madre o de su hermana, Helen replica rencorosa que sería mejor ocuparse de la conducta de Susie. Helen se deja sorprender, sin duda deliberadamente, en una situación muy íntima con Ralph, y cada vez que su madre le reprocha por esto, ella responde que debe vigilar a Susie. Pero lo que particularmente perturba a la madre es que Helen, que siempre ha sido extraordinariamente sincera, ahora comienza a mentir. Engaña a su madre sin ninguna razón aparente, asiste con mayor frecuencia a los clubes nocturnos, y compromete la reputación de una familia muy respetable.

Después de tratar a Helen durante un período de dos semanas, observo que la separación de sus padres y el mayor interés de la madre por Susie ha despertado violentas reacciones afectivas en Helen. Pero sus celos por su hermana mayor no se manifiestan inmediata-

mente mientras su cariño y admiración por ella continúan. Puede decirse que Helen combate sus "sentimientos rencorosos" prestando mayor devoción a Susie y elevándola a la posición del ideal de la muchacha más joven. El compromiso de Susie seguramente crea para Helen una situación similar a la creada para Evelyn por el afecto de su hermana hacia su amigo.

La diferencia entre estos dos casos yace, en primer término, en el hecho de que estas dos muchachas pertenecen a diferentes grupos sociales. De todos modos, la relación de Helen y Susie, que era su ideal, se hallaba en un nivel más alto de desarrollo que la de Evelyn y Mary. Helen no sólo fue, como Evelyn, abandonada por su hermana en favor de un muchacho, sino que la situación resultante produjo una resquebradura en su ideal. Si Helen veía a Susie y Bill cambiando una tierna mirada o un beso, comenzaba inmediatamente a construir fantasías sexuales por su propia cuenta, y las proyectaba sobre Susie. Al principio pasó por un período durante el cual se hallaba constantemente obsesionada por el pensamiento "¿qué estarán haciendo juntos?", e imaginaba las situaciones eróticas más ardientes; cuando más tarde les veía circunspectos y reservados, pensaba "qué gran actriz es mi hermana", y contaba a su pobre madre que en su opinión estaba siendo engañada por la supuesta virtuosa Susie. Cuando ya no se identificó más con Susie, considerándola como una figura ideal, comenzó a identificarse con la Susie que en su fantasía había hecho descender al estado de una mentirosa corrompida. Pronto pude tranquilizar a la madre diciéndole que nada grave había ocurrido realmente entre Helen y su amigo, que Helen continuaba casta y sincera como antes, y que era fácil reducir toda su conducta a un síntoma temporal. Esta promesa se cumplió, y en la actualidad Helen, que pronto comprendió su caso, es la consejera auxiliar en una colonia de muchachas, a cuyo director respeta. Helen goza ahora con ser una figura ideal en relación con las muchachas más jóvenes.

De ordinario, este tipo de identificación con un modelo ideal es una contribución favorable para el desarrollo psicológico. Helen se curó rápidamente después de haberle dado una nueva oportunidad para hacer tal identificación.

Durante la pubertad, la identificación es un proceso complicado que varía de unos casos a otros, y que constituye una necesaria e importante contribución para la elaboración y fortalecimiento del yo. Muchas veces salva una personalidad aún débil, o conduce a la renunciación de la personalidad. Hemos visto que Nancy se sintió

neuróticamente enferma debido a que sexualizó su identificación con su hermana mayor, y que el deseo de Evelyn de ser una mujer adulta y experimentar las mismas cosas que su hermana mayor, le llevó a dar un paso desafortunado. Pero hasta el tipo más favorable de identificación, una idealización que expresa el deseo "ser tan buena como tú eres" puede ser peligroso. La historia de Helen es un ejemplo excelente de este tipo de desarrollo.

Sabemos que el proceso de identificación desempeña un importante papel en la relación del niño con sus padres, y más tarde en todas sus experiencias educativas. La observación de los adultos nos enseña que raramente encontramos personalidades suficientemente fuertes e integradas que no hagan uso de identificaciones con los demás. Hacemos esto en nuestros pensamientos, acciones y creaciones, y las personas cuya vida afectiva está perturbada se identifican con los demás también en sus emociones. La originalidad absoluta probablemente es una cualidad peculiar del genio. En la pubertad y adolescencia la identificación desempeña un papel tan importante que nosotros tendremos que referirnos a este proceso en muchas ocasiones.

Igual que la identificación, el triángulo de la primera pubertad puede persistir durante largo tiempo. Como una expresión de bisexualidad constituye el campo de batalla de conflictos heterosexuales y homosexuales, da una forma definida a la distribución de sentimientos ambivalentes (amor y odio) y combina los impulsos activo-masculinos y pasivo-femeninos en un todo, que muchas veces es extraordinariamente complicado.

Hemos examinado el triángulo bisexual para mostrar la progresión en el desarrollo desde la amistad homosexual a la heterosexualidad. Pero el triángulo puede también detenerse en una fase intermedia, y los tres compañeros pueden ser del mismo sexo. Es muy frecuente el amor de dos muchachas para la misma mujer (maestra, artista, etc.), con o sin celos. La amistad en la cual dos muchachas se alian frente a una tercera, pero con papeles cambiantes, de modo que la tercera perseguida no siempre es la misma, es también típica. Más normal y más progresivo es el triángulo mixto (como el de Natasha); el vértice masculino de tal triángulo es ocupado muchas veces por el hermano de una de las muchachas.

La presencia de una fuerte tendencia bisexual poco antes de los conflictos de la adolescencia, es decir, en sus comienzos, es menos reprimida en las muchachas que en los muchachos. En este período de su vida, las muchachas no ofrecen reparo en marcar su masculi-

nidad, mientras el muchacho se avergüenza de su femineidad, y la niega. "Marimacho" es muchas veces un elogio, "afeminado" es siempre un insulto. Esta fase bisexual nos proporciona una oportunidad para observar los dos componentes —homosexualidad y heterosexualidad— antes de que la síntesis se haya cumplido en el proceso de maduración. La desintegración gradual del componente homosexual es más favorable para el ulterior desarrollo que su repentina interrupción provocada por la desilusión. De modo análogo, el desarrollo sexual de la muchacha puede tomar un curso desfavorable si un fuerte ataque heterosexual desde el exterior desvía prematuramente su tendencia homosexual hacia la heterosexualidad. Para que el resultado sea favorable el desarrollo debe ser gradual.

Si la muchacha joven, como resultado de sus propias inhibiciones o circunstancias externas, es incapaz de objetivar sus sentimientos para los dos性, sea en relaciones directas o en sublimaciones, sus tendencias bisexuales pueden permanecer encerradas en su psique sin un objeto. Su problema en este caso peligroso no es "¿debo amar a los hombres o a las mujeres?" o "¿cómo dirigiré estas dos tendencias afectivas?", sino "¿yo soy un hombre o una mujer?" Su indecisión psicológica se expresa en una fantasía típica, en la que ella desempeña alternativamente papeles femeninos y masculinos. Esta fantasía tiene un predecesor en la primera infancia, y se conserva durante años en su forma original o modificada: "yo tuve un hermano [muchas veces un hermano gemelo]; lo perdí, pero lo recuerdo muy bien". Las muchachas muchas veces enriquecen este tema. El hermano es dotado de todas las cualidades que la muchacha le gustaría tener, o es culpado de todos los impulsos reprimidos y rechazados por el yo de la muchacha. Refiriéndose a sus fechorías infantiles, ella mantiene que no era ella, sino su hermano el "malo" y "sucio". En muchos niños este doble adquiere un carácter real al que ellos dan un nombre, tienen conversaciones con él, y, en general, se comportan como si realmente existiera. Tales fantasías adquieren con frecuencia un carácter pseudológico, y se comunican a los demás como si fueran verdaderas. Es referido al oyente el destino de este hermano perdido, y muchas veces es un destino trágico. Una muchacha que conozco empleaba los acentos más amargos para describir la muerte prematura de su querido hermano que jamás existió. El sentimiento de que tal hermano existió adquiere muchas veces el carácter de un vago recuerdo, y éste es un ejemplo interesante de la "percepción interna" de su propia masculinidad por la muchacha.

Una fantasía que algunas veces expresa más conscientemente la

pérdida de la masculinidad de la muchacha se muestra en un deseo. La muchacha se imagina que es varón, o responde a la pregunta "¿soy muchacha o muchacho?" de un modo que satisface ambas tendencias. En la vigilia o durante el sueño inventa una situación más o menos fantástica en la que ella es unas veces muchacho y otras veces muchacha. O es más realista, y expresa su deseo bisexual con simples disfraces.

Un ejemplo clásico es el de Betty, descrito por Peter Blos<sup>1</sup>, que en sus sueños nocturnos aparecía algunas veces vestida como un muchacho y otras veces como una muchacha. Habrá pocas muchachas que no hayan tenido estas fantasías durante un periodo más o menos largo. No lo admiten tan voluntariamente como Betty, y no son tan conscientes de tales deseos como lo era ésta. El hecho de que Betty luchara contra estas fantasías, que ejecutara los más complicados ejercicios corporales para evitarlas y para no ser perturbada por ellas en su sueño, es también muy típico. Muchas muchachas con fantasías similares nos han enseñado que este esfuerzo realmente representa su lucha contra la masturbación. Las fantasías constituyen el contenido de sus actividades masturbadoras bisexuales; los ejercicios sirven tanto para satisfacer sus deseos como para combatirlos.

Volviendo a estas tres historias que hemos expuesto, podemos observar que dos de las muchachas, Evelyn y Nancy, sufrieron traumas en la típica situación triangular; la experiencia traumática condujo a Evelyn a prematuras acciones en lugar de fantasías. En sus fugas, Evelyn intentaba poner en juego sus fantasías de prostitución, sin en realidad tener un interés efectivo por la actividad sexual. Nancy reaccionó al trauma con una conducta neurótica más complicada. La fantasía inconsciente del embarazo, que está casi siempre presente en la pubertad, estaba robustecida en ella, y adquirió una forma patológica como consecuencia de sucesos que ocurrieron en su ambiente. Experimentó su fantasía en un modo regresivo, es decir, con una renovación de sus antiguos sentimientos de ansia, rabia, venganza y culpabilidad. Bajo la presión de éstos, mostraba los síntomas de su enfermedad, sus ataques y otras reacciones neuróticas. El trauma de Helen se debe a menosprecio del objeto que ella necesita aún urgentemente para los fines de identificación. Los tres casos nos han permitido penetrar en el proceso de la pubertad.

<sup>1</sup> Blos, P.: *Op. cit.*

La objeción de que estos casos se refieren a procesos morbosos más que a procesos normales no está justificada. Hemos intentado ver lo normal tras lo morboso, y comprender las reacciones patológicas como el resultado típico de ciertos trastornos característicos del desarrollo normal de las muchachas.

El tratamiento eficaz de las muchachas puede ser determinado más fácilmente recordando la conducta normal típica de la fase del desarrollo de la enferma. Si, por ejemplo, parece necesario colocar a la muchacha púber en otro medio, nuestra elección no debe basarse exclusivamente en consideraciones referentes al nivel cultural de la atmósfera afectiva favorable y en la presencia de influencias ventajosas aunque estos factores deban ser tenidos en cuenta. Lo principal para nuestro fin es conocer que se trata de un trastorno traumático o inhibición de tendencias definidas del desarrollo. Nuestro objetivo terapéutico o pedagógico será, al fin de cuentas, la corrección de este desarrollo perturbado. En el caso de Nancy, el tratamiento consistió en la creación de un triángulo corregido, donde ella tenía la oportunidad de actuar como una muchacha normal. Nuestra comprensión de la situación típica de la pubertad señala el camino: primero una amiga de la misma edad, luego, con ella, las mismas condiciones de rivalidad, relaciones con los muchachos, y gradual preparación para hacer avanzar el retardado desarrollo. Se observó, y nuestra experiencia así lo permitía esperar, que Nancy reaccionó muy bien a esta situación, aunque más tarde se desarrolló la tendencia a reproducir su experiencia traumática en una forma mitigada, es decir, a verse envuelta en violentas rivalidades que dieron lugar en ella a grandes odios. Estas luchas se presentaron en dos formas: celos de la amiga, como rival, por el cariño de la madre (madre adoptiva), y una forma más madura de rivalidad en la relación de ambas muchachas con los muchachos. Volvió a sentir que su amiga le traicionaba, y la situación traumática original reapareció en una forma más débil. Continuando el tratamiento psicoterapéutico fue posible curar a la muchacha de esta tendencia neurótica a repetición; quedó a salvo de nuevos ataques desde que se estableció una buena relación con la doctora, y cuando fue colocada en un medio favorable.

En el caso de Evelyn el tratamiento tropezó con dificultades externas, y no pudo ser completado. Dado nuestro conocimiento de su situación psíquica, parecía adecuado darle una oportunidad para desempeñar, en una pandilla más normal, el papel que tanto la satisfacía y que era contrariado por su madre. En el hogar hu-

biera podido tener una oportunidad para satisfacer su creciente sentido maternal en su relación con el nuevo hermano, con tal de que su psiquiatra hubiera conseguido debilitar su sentimiento de culpa. Una armónica yuxtaposición de sus actividades de marimacho en la pandilla y de sus actividades femeninas en el hogar, es muy conveniente a la edad de Evelyn, y un tratamiento correcto hubiera conseguido este efecto.

Como hemos visto, las dificultades de Helen fueron fácilmente resueltas en cuanto comprendió su situación.

El lector observará que he trazado una línea límite entre la primera pubertad y la pubertad avanzada. Acepto que las tendencias bisexuales marcadas son características de la primera, y que las fuertes tendencias heterosexuales son características de la última. Los rasgos infantiles persisten en ambas fases; do aquí que la primera pubertad pueda ser considerada como la segunda edición de la fase infantil, que se caracteriza por una falta de resolución en la elección de los objetos, y por la oscilación de la elección entre la madre y el padre (o personas sustitutas). La pubertad avanzada fue llamada por Freud<sup>1</sup> la segunda edición de la situación de Edipo, debido a que en este periodo las relaciones de una muchacha joven con los muchachos aún engloban muchos antiguos elementos, no resueltos, de los lazos con el padre. La diferenciación de estas dos fases, tal como he intentado, me parece muy importante en este caso. Como es natural, las diversas fases del desarrollo no pueden ser netamente separadas unas de otras, y el proceso de la primera pubertad se continúa durante toda la pubertad y la adolescencia, y hasta más largo tiempo. El caso de Nancy ofrece un claro ejemplo de la yuxtaposición de las dos fases del desarrollo. La nueva fase la sorprendió, por así decir, antes de que hubiera sido capaz de llevar a un relativo feliz término la fase precedente.

Algunas veces el desarrollo tiene lugar lentamente, paso por paso, con la adición gradual de nuevos elementos; en otro momento todo el cuadro de una fase del desarrollo se diferencia fuertemente del que le ha precedido, mientras al mismo tiempo se manifiestan aún elementos aislados de esa primera fase. Por ejemplo, hemos visto que la relación con la "otra muchacha" en la prepubertad desempeña un importante papel. Esta relación adquiere diferentes aspectos, según el grado de desarrollo psicológico. Las risitas y los secretos o el peligro de la imitación sexual, la persecución de un ideal o la

<sup>1</sup> FREUD, A.: *Op. cit.*

ardiente pasión homosexual, pueden presentarse en el periodo de la maduración que se extiende durante varios años desde la prepubertad al estado adulto. Exactamente lo mismo puede decirse de la heterosexualidad de la pubertad, que aunque se libra por si misma de los lazos anteriores, puede conservarlos hasta muy entrado el estado adulto.

Los procesos que tienen lugar en los tormentosos años desde la pubertad a la madurez son tan ricos en contenido, y están determinados por tantos factores, que es difícil considerarlos como homogéneos. En bien de la simplificación, expondremos las reacciones psicológicas a los procesos biológicos que alcanzan su climax en la menstruación separándolos de los procesos de la maduración del yo. En esta última exposición será difícil trazar una línea definida entre la pubertad, que está aún bajo la influencia de los ataques biológicos, y la adolescencia. En nuestra terminología, atribuimos a la adolescencia una lenta y larga elaboración del proceso de la maduración. En este periodo se establecen los fundamentos finales para la futura personalidad del adulto, y queda decidido el destino de la mujer madura.

## CAPÍTULO TERCERO

## PUBERTAD Y ADOLESCENCIA

EN este capítulo expondremos la personalidad de la muchacha correspondiente a la adolescencia. Los acontecimientos psicológicos que tienen lugar en este periodo se inician durante la prepubertad y se continúan en la primera pubertad; la adolescencia es el periodo de la última decisiva batalla librada antes de la madurez. El yo debe adquirir independencia, los antiguos lazos afectivos deben romperse y crearse los nuevos.

El desarrollo biológico da lugar a grandes cambios cualitativos y cuantitativos en las esferas psicológicas y fisiológicas, y, a consecuencia de estos cambios, el yo adolescente se enfrenta con nuevas dificultades. Las emociones, debido a su íntima relación con la vida instintiva, son más afectadas por el proceso del crecimiento que cualquier otra parte de la personalidad, y, por tanto, nos plantean los problemas más interesantes de la adolescencia.

La liberación del niño, que se está desarrollando, de la dependencia infantil tiene lugar siguiendo varios caminos, uno de los cuales, como hemos dicho antes, es la relajación de los antiguos lazos afectivos. Las emociones son la manifestación de la energía psíquica y dinámica, y hacen uso de diversos medios de expresión; constituyen la reacción más elemental del individuo frente al mundo exterior, desde los lloriqueos o alegrías que conmueven al niño pequeño hasta las relaciones directas o indirectas más complicadas del adulto maduro con los objetos exteriores y consigo mismo. Por esta razón, el aflojamiento de los lazos emotivos plantea este problema: ¿Qué sucederá a la energía psíquica en la adolescencia? ¿Qué salida tendrán las emociones para tomar el lugar de los antiguos lazos? Para responder a esta cuestión debemos anticipar algunos datos.

En el proceso de relajación de los antiguos lazos la identificación desempeña un importante papel. Igual que las emociones, las identificaciones del adolescente pasan por la fase de "acciones separadas" y deben ser estudiadas desde este punto de vista.

En ambos casos los medios de librarse son buscados en la desvalorización de los objetos anteriores, sin tener en cuenta las primeras

relaciones. La formación de la personalidad adolescente puede ser, en alto grado, el producto de esa identificación con sus padres; pero parte de ella busca nuevas posibilidades de identificación rechazando a los padres como objetos. La desvalorización hecha a este respecto es en cierto grado racionalmente justificada hasta en la prepubertad. Una actitud cada vez más típica y una mayor adaptación a la realidad da lugar gradualmente al abandono de la superestimación infantil respecto a los padres, y el péndulo comienza a oscilar en la dirección opuesta: los padres son ahora poco estimados. Hemos observado el fuerte impulso a las variadas identificaciones característico en la prepubertad. En este tiempo tales identificaciones tienen el carácter más bien primitivo de imitaciones juguetonas: más tarde, en la primera pubertad, aunque aún desdobladas por la bisexualidad, se consolidan en cierto grado en la relación con la amiga. Ahora, en la adolescencia, adquieren una nueva unificación o succumben a un destino anormal.

Las emociones también utilizan el mecanismo de la desvalorización para aflojar los lazos que les unen a los objetos amados primitivos, y así dar un motivo racional a las tendencias de odio agresivas recién surgidas en el adolescente.

Un rasgo interesante de esta tendencia a la desvalorización, que merece ser subrayado, es que en realidad no es tan grave como parecía ser, pues una vez vencidos los peligros de la pubertad, los adolescentes muchas veces vuelven a encariñarse con los objetos anteriormente rechazados, y hasta sentirse orgullosos de su semejanza con ellos. Pero si la tendencia a la desvalorización se acompaña por un nuevo y real motivo, puede constituir una grave amenaza para la vida afectiva de la muchacha y el desarrollo de su yo ideal, y ejercer una influencia desfavorable sobre su ulterior destino. Durante el intento de salvar el yo ideal, el lugar de los padres es ocupado durante cierto tiempo por otras personas que satisfacen las exigencias de los jóvenes mejor que los padres. Su yo ideal se moldea frente a sus maestros, dirigentes, etc.; una parte del cariño que hasta entonces era dedicado a los padres se transfiere durante un tiempo a esos objetos. Sin embargo, a medida que el adolescente va madurando, esos nuevos objetos son desvalorizados, y su lugar es tomado por un yo ideal abstracto, cuya realización es reservada para el futuro. Las identificaciones con héroes, dirigentes, etc., hechas por un grupo o movimiento ideológico tienen valor, pero no pueden satisfacer la necesidad de una relación personal. Únicamente

esa relación, y no un sustituto de ella, puede dar a la vida afectiva el carácter de una relación real con el objeto.

Los procesos aquí descritos se preparan en la prepubertad y se continúan en la primera pubertad. Al estudiar estas fases hemos subrayado la necesidad de las relaciones afectivas individuales. Como se comprende, el curso de la adolescencia depende de los desarrollos anteriores. Por esta razón será útil, antes de intentar responder a la cuestión de cuál será el destino de la energía afectiva, recordar el proceso de maduración que fue estudiado en el capítulo sobre la prepubertad. Mostramos que el proceso empleado para la adaptación a la realidad en este periodo constituye un proceso ofensivo, que no tiene nada que ver o tiene pocas relaciones con el proceso defensivo desarrollado para el gobierno de los instintos sexuales. La maduración en la prepubertad consiste en un brote agresivo, que gradualmente pierde su intensidad original. Parte de este brote desaparece bajo la presión de tendencias más pasivas, mientras el resto es reemplazado por otros métodos de ajuste a la realidad. Las tendencias pasivas son de extraordinaria importancia para el ulterior desarrollo de la muchacha hacia la feminidad, del que más tarde nos ocuparemos.

No hay duda de que el ascenso del impulso sexual en la adolescencia provoca temores y moviliza fuerzas defensivas, que constituyen contribuciones importantes para el cuadro psicológico de este periodo de la vida. Anna Freud<sup>1</sup> ha hecho un detenido estudio de estos mecanismos de defensa. Considera al yo adolescente el centro de defensa contra los peligros envueltos en los impulsos sexuales. Debemos añadir que en la adolescencia, lo mismo que en las fases anteriores, el yo manifiesta poderosos brotes en su desarrollo que no dependen directa y exclusivamente de los procesos sexuales.

Consideraremos ahora otro problema que tiene gran importancia en la psicología de la adolescencia. Se trata de aquellas fuerzas afectivas que son dirigidas hacia el yo de la muchacha joven, y que, hasta cuando se dirigen hacia otras personas, tienen cierto carácter específico. Al principio de nuestra exposición, al estudiar la relación de la muchacha joven con su amiga, hemos afirmado que era narcisista, y esto significa que el yo obtiene ventajas de esta amistad. Por un proceso de identificación con la amiga, el yo débil de la muchacha extiende sus límites y obtiene cierta confianza en sí mismo.

<sup>1</sup> Op. cit.

El aumento de las fuerzas narcisistas en el yo parece desempeñar un importante papel en el proceso de la maduración. La intensificación del narcisismo es generalmente considerado como un síntoma negativo. Lo encontramos en los casos patológicos y también sabemos que es un enemigo peligroso de las relaciones afectivas positivas con los objetos del mundo exterior. Nunberg, que ha llamado la atención sobre el doble papel del narcisismo y ha analizado sus aspectos negativos y positivos, señala que "dado que el narcisismo es esencial para la vida, puede aceptarse que el narcisismo fortifica el yo"<sup>1</sup>.

Durante la adolescencia, el narcisismo es muy activo en ambas formas, pero su aspecto positivo en esta época es especialmente digno de notar. En primer lugar, tiene cierta fuerza unificadora, que impide la anulación de la personalidad de la muchacha joven como un resultado de las múltiples identificaciones. En segundo lugar, el aumentar la confianza en sí mismo, contribuye considerablemente a fortificar el yo joven. Sin embargo, ejerce también, con seguridad, una influencia negativa sobre el yo, y es esta doble acción la que da lugar al movimiento oscilante, al flujo y reflujo del arrogante orgullo y de la contrición; en resumen a toda la mescolanza pintoresca que constituye la pauta psicológica de la adolescencia.

El problema de las fuentes del narcisismo nos lleva al destino de las emociones, que en la pubertad huyen normalmente de los objetos infantiles. Podemos ahora responder a nuestra pregunta acerca de esas emociones. Se dirigen hacia el yo mismo, la energía afectiva se pone a la disposición del yo en forma de "narcisismo intensificado", y le proporciona un nuevo e importante vigor. Así, el proceso de consolidación psicológica iniciado en la prepubertad en las amistades con muchachas de la misma edad, continúa. Desde la muchacha amiga, la identificación es trasladada a personas sobre cuyo modelo se forma el yo de la joven; poco a poco la identificación con el propio yo es la más fuerte. La formación de la personalidad realiza importantes progresos. El adolescente se da cuenta de que "yo soy yo".

Así, el vacío afectivo entre un mundo que desaparece y otro que aún no se ha formado se llena por las emociones que ahora se dirigen hacia el propio yo. Aunque espontáneamente la muchacha se pregunta: "¿a quién amaré ahora?" y "¿quién me amará?"

<sup>1</sup> NUNBERG, H.: *Ego strength and ego weakness*. Am. Imago, vol. 3, n° 3, 1942.

toma a su propia persona como su objeto; y este hecho determina muchas de las manifestaciones psicológicas de la pubertad. Conduce primeramente a la mayor confianza en sí mismo a la "arrogante megalomanía" de la adolescencia. Pero su exceso de narcisismo dificulta las relaciones con los demás. El yo narcisista del adolescente es extraordinariamente riguroso y extraordinariamente sensible al amor frustrado; fácilmente se desilusiona en sus esperanzas de ser amado y admirado. Así se explica la intolerancia del adolescente para cualquier crítica, especialmente de los miembros de la familia. En el dar y tomar de los afectos se produce un trastorno por el aumento del "dar" y la disminución del "tomar". El resultado de esto es el sentimiento: "Nadie me quiere". El conocimiento de la muchacha adolescente de que su capacidad para el amor es también limitada conduce a un sentimiento de soledad. Debido a la relación entre las dos corrientes —intensificada confianza en sí misma, y soledad afectiva—, la cualidad de una experiencia subjetiva puede también ser atribuida a la última. El sentimiento de soledad produce exaltación: "Desde la torre vigía de la divina soledad contemplo al vulgar rebaño".

Durante la adolescencia tal orientación puede ser considerada normal. Pero en muchos individuos continúa más allá de la adolescencia si su vida afectiva no supera esa fase.

Aunque ese sentimiento de soledad se exalta en un desarrollo normal, crea también un dolor que no puede ser vencido ni siquiera con la ayuda de la confianza narcisista en sí mismo. Una tensión insoportable surge de la necesidad no sólo de ser amada sino también de amar. Debido a esta tensión, las jóvenes se dirigen a nuevos objetos con verdadera avidez, y experimentan todas las emociones en un éxtasis exuberante. Esto es extraordinariamente característico de los jóvenes de ambos sexos.

Una consecuencia de hiperestimación del adolescente por sus propias experiencias emotivas, es su facilidad para sacrificar "todas las cosas" por el amado. En realidad, este objeto amado puede variar fácilmente, y con rapidez ser sustituido por otro. La explicación del adolescente es que el objeto anterior no era el verdadero, pero si lo es éste. La facilidad erótica para enamorarse repetidamente es más fuerte en la muchacha que en el muchacho, pero aquélla es menos consciente del carácter sexual de estos sentimientos que éste. De igual modo, el deseo de ser amada por muchos y colecciónar "corazones rotos de hombres" es característico de la joven adolescente. Sin embargo, esta caza de corazones masculinos rara vez ex-

presa una necesidad puramente narcisista. La investigación detallada suele revelar que esos trofeos sirven para mostrarlos a personas determinadas, por ejemplo a la madre, que en realidad o en la imaginación de la muchacha intenta aún negar a su hija la femineidad adulta, o al padre, cuyo respeto espera la muchacha obtener por este método indirecto. Muchas veces la relación con una amiga, cuya envidia o admiración desea excitar, la mueve a esta campaña de romper corazones.

Los sentimientos subjetivos de la muchacha de un gran amor no son siempre otorgados a un ser humano objetivamente existente y realmente accesible; muchas veces se dirigen hacia un objeto que apenas se conoce o que no se conoce en absoluto. Los éxtasis amorosos más profundos son experimentados en la fantasía, y estos sentimientos son dotados con el carácter del amor objeto. En tales casos sólo la experiencia de amar es lo importante; la persona amada no necesita tener una realidad objetiva.

Encontramos un ejemplo excelente de tal amor en el diario de la princesa rusa María Bashkirtseff<sup>1</sup>. De ordinario no podemos tener mucha fe en estos diarios, pero éste es, en su mayor parte, sincero y describe los sentimientos de María tal como ella realmente los experimenta, pues esta muchacha tenía una gran capacidad para el análisis introspectivo y era marcadamente exhibicionista. Fue una muchacha precoz, y su adolescencia comenzó antes que en otras muchachas. El narcisismo de María era sin duda extraordinariamente fuerte; pero aparte de esto las formas en que lo manifestó fueron típicas de la adolescencia.

Durante muchos meses María estuvo enamorada de cierto duque de H. a quien no conocía: "Le he visto una docena de veces en la calle, y ni siquiera sabe que yo existo". Aunque podía haber sido amada por muchos hombres importantes, el duque de H., que no tenía interés en ella, fue el centro de sus fantasías amorosas más ardientes, y todos sus ambiciosos planes femeninos para el futuro fueron construidos en torno a este hombre. Se figuraba que sería muy famosa, que todos los hombres se postrarían a sus pies, pero que ella le elegiría a él entre todos. "Ver millares de personas, cuando aparezca en el escenario, esperando con el corazón palpitante el momento en que comience a cantar; saber que una sola nota de mi voz les hará postrarse a mis pies, y contemplarlos con una mirada desdenosa: éste es mi deseo"; escribía. "Y luego, en medio de este

espectáculo, el duque de H. vendrá con los demás a postrarse a mis pies, pero no tendrá la misma recepción que los otros. Amado, tú has sido deslumbrado por mi esplendor y tú me amas".

Ésta es una de las fantasías típicas de una muchacha adolescente. Como vemos, toda su capacidad para experimentar es puramente narcisista, no sólo en lo que se refiere a los contenidos y fantasías, sino también respecto a la característica relación con el objeto imaginario. Pero hasta en este caso el narcisismo no es sólo el único factor, pues en tales fantasías encontramos siempre la formación del antiguo objeto, y en el amante platónico ardientemente deseado reconocemos muchas veces las características del padre. Probablemente ocurría esto en el caso de María Bashkirtseff, quien había estado separada de su padre desde una edad temprana, y le reconstruyó en su fantasía amorosa.

En otros tipos de muchachas adolescentes la fantasía narcisista exhibicionista no se relaciona necesariamente con un objeto amado casi irreal, como en el caso de María Bashkirtseff. Para muchas el objeto es mucho más real, y el deseo "Ámame, soy tan maravillosa que todos me admirarán", es el núcleo de todas las aspiraciones ambiciosas, mientras que muchas veces la ambición de una muchacha se derrumba como un castillo de naipes cuando el objeto de este deseo la desilusiona o desaparece. Sin embargo, en otros casos la ambición y el deseo de desempeñar un importante papel en el escenario de la vida domina la fantasía sin centrarse necesariamente sobre una persona definida.

Lo que es cierto en las fantasías eróticas, en las que el deseo erótico en sí mismo y no en la persona amada es lo importante, también lo es para el entusiasmo juvenil por una "idea". Muchas veces oímos exclamar a muchachas entusiastas: "Ah, si yo tuviera un objetivo en la vida, una gran idea por la que vivir y morir... estaría dispuesta a sacrificar todas las cosas."

El contenido de la fantasía es, sin duda, determinado por el medio cultural de la muchacha. La muchacha moderna, por ejemplo, ya no se forja la ilusión de hallarse en el escenario, danzando o cantando canciones amorosas, como su madre hacia en su adolescencia. La hija puede verse como una oradora que inflama a las masas, incitándolas a actos revolucionarios, o dirigiendo un movimiento ideológico de interés público en aquel momento. El intento de realizar tales fantasías es la expresión de una fase del desarrollo más madura. Aunque los motivos para esta aspiración idealista sean de una naturaleza egoista y ambiciosa, la actividad que expresan forma

<sup>1</sup> BASHKIRTSEFF, M.: *Journal of a young artist*. New York, Caceel, 1889.

un puente entre el yo juvenil y el mundo que le rodea. El conocimiento de tales fantasías puede ser de gran valor social, y ejercer simultáneamente una influencia educadora en el ulterior desarrollo del individuo joven.

Si las fantasías no son ideológicas o sociales, sino solamente de carácter egocéntrico, su realización, en la mayor parte de los casos, conduce a la desilusión. Algunas veces el ambiente inmediato de la muchacha influye sobre sus fantasías. Un padre ambicioso o una madre vanidosa espera que su hija cumpla sus propios deseos narcisistas, viendo a ser un instrumento de esos deseos. Tales fantasías están condenadas al fracaso cuando las personas que rodean a la muchacha hacen que ésta las lleve a la práctica. El siguiente caso constituye un interesante ejemplo.

#### CASO DE DOROTHY

Dorothy es una muchacha de 15 años cuya madre llegó al servicio social para pedir consejo respecto a la conducta despectiva de su hija para con ella. Dorothy parece muy inteligente y tiene cierto talento como cantante. Aunque es una muchacha muy joven, se ha dedicado más o menos abiertamente a la carrera teatral, y diciendo que tiene 18 años ha conseguido obtener algunos contratos durante el invierno y pequeñas ocupaciones durante el verano. Parece que tiene habilidad para popularizar algunas canciones, y cuando se presenta con un grupo es anunciada como la solista.

#### INTERROGATORIO DE LA MADRE

La madre es una mujer pequeña, delgada, con un aspecto ansioso de persona desventurada. No es atractiva y usa lentes, pero intenta vestirse con cierta elegancia. Habla fácilmente, pronunciando con claridad. Todas sus maneras hacen pensar en una persona que ha sufrido privaciones y no tiene seguridad en sí misma. Desconfía de la gente y está dedicada a su familia.

Recordando su vida infantil, describe a su padre como un borracho brutal, que durante la noche sacaba a los niños de la cama para pegarles. Su madre nada podía hacer para oponerse, y la hija cree que ella tuvo que soportar siempre las cargas y la responsabilidad de la familia. Cuando tenía 13 años tuvo que dejar su hogar para trabajar en otras casas. Luchó amargamente, sin conocer un momento de felicidad. Ha continuado luchando después de su matrimonio, pues su marido no ha conseguido ganar mucho, hasta épocas recientes.

El primer hijo, John, tiene dos años más que Dorothy. Es un muchacho tranquilo y virtuoso, que no plantea problemas. La madre habla de él con

gran orgullo y afecto. Dice que cuando están solos en la casa cantan juntos, pues son muy felices.

Dorothy fue una muchacha muy deseada. La madre quería una niña con cabello negro rizado, a la que pudiera vestir con elegancia. La actitud de la madre hacia la niña hace pensar en la actitud de los padres de una niña prodigo de Hollywood. "Me producen gran placer los cumplimientos recibidos por Dorothy. Todos la quieren. Es más bella de lo que yo fui."

Ni ella ni el padre han sido capaces de ganar para vivir cómodamente, y han conocido tiempos duros. La madre dice que la enseñanza de Dorothy ha comenzado hace muchos años y que la niña canta muy bien. Por sus palabras se advierte que la inteligencia de sus descendientes se debe a sus especiales cuidados.

Hace largo tiempo se convino entre ellos que si la niña abrazaba la carrera musical debería seguir estrictamente el código moral de su madre. Ésta fue la única condición para que la madre le permitiera seguir el canto, que le proporcionaría recursos económicos. La madre acompaña a la muchacha en sus viajes cuando puede, pero de ordinario Dorothy viaja con sus compañeros de profesión.

El padre es un compañero pasivo en este matrimonio. Se sienta silenciosamente en un rincón, y sólo dice alguna cosa cuando se le interroga. Tiene más bien aspecto de enfermo. Dorothy se parece mucho a su padre. Se olvida de sí mismo y comienza a contarme que se siente como un adolescente, y que goza fumando. Prontamente fue interrumpido por su mujer.

La madre cuenta que está terriblemente preocupada por Dorothy, que se ha hecho demasiado independiente para su edad. En los últimos tiempos ha asumido una actitud desafiante hacia su madre. Ésta se halla muy resentida contra Dorothy, diciendo que la muchacha es muy ingrata para todo lo que la madre ha hecho por ella, aunque ha sido una esclava para su hija. La madre se considera como una mártir; se ha sacrificado por Dorothy, y ahora la hija no le obedece, lo cual es "injusto". La madre se expresa en términos semejantes a "exacto" y "falso", "justo" o "injusto", y afirma su convicción de que un niño debe obedecer, sin discutir, a sus padres.

Dorothy es muy cruel para ella. La madre supone que Dorothy se alejará de ella, y que esto no está bien. Algunas veces Dorothy dice que odia a su madre, y ésta replica diciéndole que también le odia a ella. Luego la madre comienza a gritar: "Ya sé lo que quiere decir. Es muy perversa. Si yo hubiera podido la hubiera enviado al ejército en lugar de John. Mi hijo es bueno. ¿Por qué tendrían que ir los buenos y quedarse los malos? Y, sin embargo, la quiero. Pero ¿por qué tiene que hacer esto conmigo? No es justo."

Continúa quejándose de que Dorothy es "injusta" con ella. La madre no puede tolerarlo. Se lo contará a todo el mundo y castigará a su hija.

"Usted me dice que la olvide, pero yo no puedo." Está muy resentida y no quiere ser un trapo sucio para Dorothy. "Yo no digo nada, guardo mis sentimientos para mí, pero se van acumulando y ya no puedo retenerlos. Ella se pone furiosa y nuevamente volvemos a empezar... no tiene

derecho a hacer lo que hace, y me duele que no pueda consentir que yo muestre mis sentimientos."

La madre tiene grandes celos por su hija. Se encuentra muy resentida por el hecho de que todos piensan que Dorothy es una muchacha muy agradable, cuando en realidad es mala. La madre se compara con Dorothy. A ella nunca la han querido ni nadie se ha cuidado de ella. No era "justo", pues ha sido siempre muy trabajadora y muy concienzuda. La vida nunca fue tan fácil para ella como lo ha sido para Dorothy.

Menciona a varias personas que dicen que ella es culpable de todo esto, pues ha impulsado a Dorothy a seguir la carrera del canto, y la pandilla teatral que la muchacha frecuenta es la causa de este infarto.

La crisis más reciente parece centrarse sobre el hecho de que Dorothy ha comenzado a fumar. La madre no aprueba esto y ha advertido a la muchacha que no es bueno para el pecho. Pero la muchacha responde despectivamente: "Me gusta fumar". La madre, sin embargo, es muy rígida en este punto y declara vehementemente que jamás aprobará que la niña fume. Fumar constituye un hábito semejante al uso de las drogas. Es sucio y peligroso. Recientemente han tenido algunas peleas acerca de esto, y Dorothy ha acusado a su madre de ser gárgola y anticuada.

Se plantea el problema del interés que puede tener Dorothy por los muchachos, pero la madre no cree que esto sea un problema. La madre sabe que Dorothy tiene cierto interés por los muchachos, pero no muy intenso. La madre se preocupa más por las preferencias de la muchacha para algunas de sus amigas indeseables. Una de estas muchachas no tiene padre y habla continuamente de lo mala que es su madre para ella, y que desea dejar su casa. Se aprecia que la madre teme que Dorothy pueda hacer lo mismo. En efecto, la muchacha ha hablado de alquilar unas habitaciones para ella, lo que le parece imprudente.

Con un gesto de disgusto se refiere la madre al interés de Dorothy por las "gentes sospechosas". "Usted sabe que hay hombres a quienes les gustan los hombres, y mujeres a quienes les gustan las mujeres".

Luego habla de la importancia de tener confianza en las hijas, y no sabe hasta qué punto puede confiar en Dorothy.

Sigue refiriéndose a su hija, dice que no puede haber paz, y que cuando se despierta durante la noche piensa en la muchacha. Varias veces se ha quejado de que Dorothy no vuelve directamente al hogar desde los lugares donde canta, sino que, acompañada de su grupo, recorre la ciudad. La madre se pregunta dónde pasará Dorothy ese tiempo.

En todas las entrevistas se aprecia que la madre tiene temores acerca del modo de vivir de Dorothy, y que ha provocado las protestas agresivas de ésta por su actitud de condena y disgusto. Pronto se hace evidente que odia a su hija, aunque no lo diga. Dorothy la ha desilusionado y no ha respondido a sus esperanzas. Continúa relacionando dos temas: Su propia juventud desventurada, y la popularidad e ingratitud de Dorothy por todo lo que ha hecho por ella.

Se trazan planes para poner interna a Dorothy en un colegio. La madre abandona con gran dificultad la idea de que Dorothy siga su carrera de

canto. Sugiere que Dorothy puede continuar cantando durante las tardes. Pero al mismo tiempo expresa los temores de que en tales ocasiones Dorothy pueda ponerse en contacto con un hombre casado que está interesado por ella.

#### DATOS RECOGIDOS POR EL PSQUIATRA

Dorothy dice que es cantante. Trabaja durante todo el año en fiestas, banquetes y clubes nocturnos. Ha tenido algunas pequeñas dificultades, pero gana bastante. Por ejemplo, ha ganado siete dólares por cantar algunos números en un banquete, y así puede comprarse sus vestidos y otras cosas. El problema estriba en que ella y su madre no están de acuerdo en numerosas cuestiones. Su madre no se da cuenta de que ella es mayor de lo que parece ser.

La muchacha es inteligente. Ha hecho algunas observaciones muy agudas respecto a las personas que trabajan con ella y a los individuos que frecuentan los clubes nocturnos, y dice que su madre es completamente incapaz de comprender sus puntos de vista. Por ejemplo, sabe que algunos de los cantantes son homosexuales. Aprecia mucho a un hombre homosexual, por quien se compadece; es un compañero muy decente, que siempre es muy amable con ella.

Otra causa de riña se encuentra en sus salidas por la tarde con ciertos hombres. Siempre se trata de hombres algunos años mayores que ella, y justamente ahora le acompaña un hombre joven a quien ella aprecia mucho. Tiene 21 años y es detective. La madre cree que tiene demasiados años, pero la muchacha responde que algunos de los muchachos que la madre elige para ella, no son tan buenos como parecen; causan una buena impresión, pero no son juiciosos fuera de la casa.

Está especialmente resentida debido a que la madre ha comenzado repentinamente a acompañarla en sus obligaciones vespertinas. No le hubiera importado, si la madre lo hubiera hecho siempre, pero ahora se debe a que repentinamente ha comenzado a sospechar de ella e intenta vigilarla. Especialmente no soporta que después de las representaciones la madre la critique, y le diga que debe sonreír o hacer más gestos. Ella replica: "Después de todo yo sé lo que hago. Drbo hacerlo muy bien, pues si no, no me pagarian".

La madre no confía en ella para nada. La sermonea constantemente, diciendo en su interminable tetanía: "Las muchachas que fuman, más pronto o más tarde beben, y cuando beben pierden el gobierno de sí mismas, y cuando pierden el gobierno de sí mismas se hacen holgazanas. Todo comienza por fumar".

Dorothy dice que esta charla es una necesidad, pero que es imposible cambiar las ideas de la madre acerca de esta cosa. La muchacha jamás bebe, pero le gusta fumar un cigarrillo cuando está leyendo. Ahora está leyendo un libro de John Gunther, por el que está muy interesada.

Dorothy emplea largo tiempo hablando de las diferentes obras que está leyendo; una de ellas es un libro de Confucio, otro, *Moment in Peking*. No le interesa la religión cristiana. Discute con su madre acerca de esto, y la actitud rígida e inflexible de la madre empeora la cuestión. La muchacha pa-

reco tener mucha energía. Existen signos de que se siente gravemente amenazada por la comparación entre ella y su hermano. Toda su idea parece la siguiente: "Cada uno es como es, y yo no soy igual a él. Mi madre no tiene por qué abrumarme".

La muchacha expresa otras muchas quejas acerca de sus padres que la inhiben de muy diferentes formas. Ambos la critican, especialmente la madre. No les gusta que salga con hombres de más edad, o que fume, y su madre ha contado a todos que es una mala muchacha.

Es interesante oírla porque tiene una mente muy inquisitiva. Se jacta de lo que conoce acerca de los homosexuales, y dice que justamente ha leído una discusión psicológica referente a las anormalidades sexuales. Dice que las tardes en el hogar son extraordinariamente aburridas: primero gruñe un miembro de la familia, luego refunfuña otro. Ninguno dice nada interesante. La madre no hace nada, y pasa todo el día chismorreando con las vecinas, y deja las camas sin hacer para cuando vuelva Dorothy.

Dice que su madre es muy irritable, y que los dos progenitores son altamente aburridos. Se presta a cambiar en algunos aspectos, pero es inflexible por lo que se refiere a los cigarrillos.

Dorothy y una muchacha amiga han leído a Freud. Recientemente han tenido una gran conmoción al saber que Anna M., que era considerada por ella como la mujer ideal, es lesbiana. Después de decir esto Dorothy se detiene a observar mi reacción y compararla con la de la madre. Muestro gran interés y le pregunto dónde ha recogido esa información. También le pregunto si cree en todas las cosas que oye. Luego dice que siempre ha deseado ser muchacho, pues odia ser muchacha. Tengo una oportunidad para mostrarle que parte de su odio por la madre es debido a este sentimiento de frustración, de que culpa a la madre. "Esto es lo que dice en el libro de Freud", dice la muchacha. "¿Es así realmente?"

Luego desea saber si los muchachos sufren análogas perturbaciones. Le digo que también ellos tienen perturbaciones, lo que parece aliviarla.

Dorothy continúa hablando respecto a sus experiencias en "el mundo de los asistentes a los clubes nocturnos". Es una aguda observadora, y se fija constantemente en lo que ocurre a su alrededor. Ha intentado formarse un juicio propio de lo que es justo e injusto, dice que ha hablado con toda clase de individuos. Se queja de que su madre quiere dominarla, y lucha con todas sus fuerzas para zafarse de su gobierno. Deliberadamente hace cosas que no desea, simplemente para mostrar a su madre que no la obedece. Dorothy es consciente de esto, y muchas veces experimenta un sentimiento de remordimiento.

Dorothy quiere discutir detenidamente las diversas anomalías que encuentra en la vida de los clubes nocturnos, por ejemplo, las perversiones. La muchacha tiene un buen conocimiento de ese lado perverso de la vida. Ha trabajado tres noches en la semana y ha ganado bastante dinero cantando últimamente en fiestas y diversiones privadas. Dice que las gentes la tratan con decencia, y que nadie ha tenido con ella actitudes descaradas.

Le disgusta intensamente la escuela superior. Odia especialmente la historia americana, y simplemente no desea asistir a la escuela particular, ya

que ella puede bastarse a sí misma. Se siente desgraciada, y por ello se dedica a "hacerse la rabona" y frecuenta los cinematógrafos.

El último año ha encontrado un hombre que le fascina. Le ha conocido en el club nocturno, y supone que es un hombre correcto con las damas. Se ha sentido halagada de haber atraído a este hombre. Le ha visto algunas veces durante el último año, con gran alarma de la madre, pero finalmente se ha disgustado con él al sorprenderle con una muchacha que estaba borracha y ver cómo la trataba. Toma una actitud de persona adulta para todas las cosas relacionadas con los problemas sexuales, y se irrita extraordinariamente de que la madre hurgue entre sus libros.

Dice que su madre está siempre observándola y revolviendo sus libros; la muchacha "desea paz" y que su madre no haga esto. Le respondo que hablaré con su madre acerca de ello, y le comunico que su madre se sentiría muy feliz si volviera a la escuela.

En una entrevista con el doctor la madre presenta una notable mejoría. Ha sido capaz de eliminar muchos de sus temores acerca de su hija, y ha expresado las cosas que más le preocupan. Citaremos sus palabras: "Pensar que yo la he llevado a ese trabajo, y que es culpa mía haberla expuesto a todas esas tentaciones. Y pensar que casi me he matado para poder procurarle lecciones de canto".

Como la madre ha ido perdiendo gradualmente su ambición de que su hija siga la carrera de Hollywood, y como Dorothy ha vuelto a la escuela, existen mejores perspectivas de que estas dos pubertades —la de Dorothy y la pubertad retardada de su madre— lleguen a ponerse en una relativa armonía.

Dorothy era una bella muchacha con ojos negros, brillantes y cabello negro rizado. Su figura era delgada y flexible y recordaba al conocido tipo de Hollywood. Su madre ha trabajado mucho y se ha sacrificado para dar a la muchacha la oportunidad de desarrollar sus modestos talentos musicales. Dorothy se hallaba al comienzo de su carrera teatral. Estaba especializada en un tipo de arte adecuado a los teatros pequeños, y ha conseguido contratos para los lugares de verano, mientras que en el invierno ha sido contratada como cantante para las diversiones privadas. Lo que tan sólo ha sido un sueño para millares de muchachas de su edad, constituyó una realidad para Dorothy. En efecto, su experiencia era la realización del sueño de María Bashkirtseff: numerosos hombres a sus pies y entre ellos el duque de H. No hay razón para que Dorothy, una vez que parte de sus fantasías se habían cumplido, no esperara la realización del resto. Lo que sorprende en la entrevista con el psiquiatra es la exigua parte que su carrera artística desempeña en su mente. Menciona su canto tan sólo en relación con su profesión, y la satisfacción narcisista adquiere la forma trivial de su argumentación respecto a la crítica

de la madre: "Debo hacerlo muy bien, pues si no fuera así no me pagarian".

Aquí no existe en ninguna forma un duque de H. El único público que la muchacha menciona es su madre, que le ha criticado diciéndole que debe sonreír más y hacer más gestos. ¿Ha descubierto Dorothy que su talento era escaso, o la crítica de su madre le ha desalentado y ha dado origen a su odio? Este odio hacia la madre ¿deriva de otras fuentes, y se venga de ella destruyendo sus esperanzas referentes a la carrera teatral de la hija?

Hemos sabido que el papel de Dorothy como estrella del teatro era la realización de los sueños deseados de la madre, y que en realidad Dorothy sólo ha servido de instrumento. La madre ha tenido muchas desilusiones en la vida, y describe su juventud como la existencia gris de una muchacha carente de atractivos, colocada en un segundo plano. Castigada por su padre brutal, hambrienta y sufriente, la Cenicienta probablemente ha renunciado a todas sus fantasías de la pubertad y ha pospuesto su realización para un lejano futuro. Algun día, una hermosa hija de cabello negro, logrará lo que ella no ha logrado ni en sueños. Nosotros conocemos únicamente esta parte de la pubertad de la madre, pero la otra parte de ella es revelada en los planes ambiciosos que hace respecto a la carrera de la hija. Dorothy ha cumplido el primer requisito para estos planes: es una joven bella. La madre se cuida del resto, sacrificando todas sus energías en trabajos agotadores. Dorothy era una muchacha espléndida, y en su fantasía de madre la ve probablemente como una famosa estrella de cinematógrafo. La Cenicienta piensa que la fama de la hija le llevará a un mundo brillante.

Pero Dorothy comienza a descuidar sus trabajos escolares y prefiere emplear su tiempo con las gentes de teatro, que ahora son compañeros profesionales. Habla de su pandilla con amor y ternura, ve los defectos de sus miembros con extraordinaria crudeza y despliega una notable objetividad en su comprensión de las pervertidas acciones que tienen lugar en este grupo. Lee libros científicos que no sólo están muy por encima del nivel cultural de su medio, sino también más allá de su inteligencia y comprensión. Ha sabido que una amiga y compañera mayor de ella, que representa una especie del yo ideal en su concepto, era homosexual, y reacciona a esta experiencia intentando comprender la anormalidad objetivamente. Lee libros psicológicos, principalmente los de Freud, que, según ella piensa, se ocupan de tales problemas. Llega tarde al hogar durante la noche y fuma cigarrillos, despertando así la ira y el temor de la madre,

que piensa que fumar cigarrillos es la primera fase de la declinación moral de una muchacha.

En varios aspectos Dorothy nos recuerda a Evelyn y a otras muchachas jóvenes similares. Se siente feliz de pertenecer a una pandilla y exponerse a sus peligros: tiene el sentimiento de seguridad y la convicción de que nada podrá sucederle, cosa típica de la pubertad. La desconfianza da lugar, como en el caso de Evelyn, a furiosas protestas, y su confianza en sí misma la lleva, como a Evelyn, a una situación en que está jugando con fuego.

El conflicto inconsciente entre Dorothy y su madre nos parece claro. Dorothy no está cumpliendo el sueño de su madre; ha desviado su interés dominante desde su ambición al teatro a su pandilla, y se venga de su madre, pues ésta, en lugar de darle amor y caricias, tan sólo tiene para ella exigencias. El sueño deseado típico de su edad —de aparecer sobre el escenario y ser admirada y amada— ha sido desvalorizado debido a su realización y aparece privado de importancia ante sus ojos; ha quedado completamente eclipsado por sus emociones. Sus sentimientos de odio y venganza están dirigidos contra los deseos narcisistas de la madre, y Dorothy ha renunciado a su satisfacción antes de cumplir las fantasías de la madre. Desea ser adulta, pertenecer a la pandilla y sentirse libre. Para ella libertad significa todas las cosas que implican una protesta contra su madre. Su conducta es también una reacción a la de su madre, que oscila entre un fuerte sentimiento de culpa por haber expuesto a su hija a los peligros sexuales, para que cumpla sus propias fantasías maternales, y una actitud muy agresiva de reproche hacia su hija. Concentra este reproche sobre los cigarrillos de Dorothy. Se pasa todo el tiempo diciendo: "Jamás serás una famosa artista ni una princesa, serás una prostituta".

La psiquiatra que trata a Dorothy cree que ésta tiene celos de su hermano, que es el favorito de la madre. El hermano es virtuoso y pasivo, y, por su asociación con la pandilla, Dorothy desea mostrar que ella es una especie de "tipo fuerte", más masculino y más independiente que el hermano. Su deseo de fumar posiblemente está relacionado con esto.

La libertad de la vida nocturna constituye para ella una mayor fascinación que una posible realización de sus fantasías en su carrera teatral del futuro. Cuando un adolescente tiene la posibilidad de satisfacer una parte importante de sus deseos por una acción inmediata, muchas veces renuncia fácilmente a la realización futura de sus deseos más poderosos. Su vida emocional queda absorbida

en las tendencias agresivas en relación a su madre, a las cuales da rienda suelta, y sus ambiciosas fantasías acerca del futuro gradualmente se difuminan y pierden su importancia.

Vemos que Dorothy emprende ciertas acciones concretas para atormentar a su madre. Sabe que su madre teme los riesgos sexuales y se siente culpable de haber empujado a su hija en un medio tan peligroso; Dorothy, deliberadamente, llega a su hogar muy tarde, informa a su madre de todas las cuestiones sexuales de los miembros de la pandilla, y se divierte en su desesperación. No sorprende que, en una forma tan típica de la pubertad, Dorothy desprecie los peligros que le amenazan y que tenga tanta confianza en su capacidad para gobernarse. Su deseo de identificarse con su nuevo medio puede fácilmente conducirla a asimilar realmente su conducta a la de la pandilla. Su odio por la madre puede inducir y favorecer las acciones más peligrosas, y su venganza puede tomar una forma que intensifique la sensación de culpa de su madre.

Dorothy ha recurrido a un mecanismo de defensa definido frente a los peligros que le amenazan: ha intensificado su seguridad narcisista en sí misma con una especie de apartamiento, e intenta comprender intelectualmente los fenómenos sexuales, que probablemente le alarman en su nuevo medio. Sabemos que se trata más bien de una muchacha inteligente, que, sin embargo, no ha tenido antes interés por las cuestiones intelectuales, y que ahora, repentinamente, ha comenzado a leer libros serios y a sentir interés por los problemas sexuales, perversiones, etc. Cree que no tiene que participar de los temores de su madre por las anormalidades de sus amigos; supone que su actitud objetiva le protege del peligro de participar emocionalmente en estas anormalidades. Esto es lo que Anna Freud<sup>1</sup> llama proceso de "intelectualización", es decir, el interés intelectual de Dorothy sirve directamente para frenar sus instintos? ¿Quiere ser docta y científica, porque tiene el temor a sus propios instintos sexuales? Es posible que un análisis más profundo de su vida psicológica nos llevase a adoptar esta interpretación, pero las impresiones obtenidas durante nuestra entrevista no la apoyan. Creemos que la vida afectiva de Dorothy ha quedado más bien vacía como una consecuencia de la desvalorización de sus fantasías narcisistas y su desilusión de su ideal femenino y del objeto de su primera experiencia erótica. Intenta llenar su vida con algo que le asegure su superioridad en el hogar (particularmente respecto

a su hermano), obtener para ella el respeto de sus compañeros y, por último, lograr una protección contra los peligros reales inherentes a las perversiones de la pandilla.

Por sus inquisiciones científicas podrá también satisfacer su curiosidad sin correr los riesgos de la experiencia personal. Por estas razones, aunque interpretemos el caso de Dorothy como un caso de "objetivización" o de "intelectualización", y aunque el mecanismo aquí implicado sea un mecanismo de defensa, creemos que estaba dirigido no contra los peligros instintivos, sino contra la situación real.

El carácter dramático actual de los acontecimientos sociales y políticos afecta la vida fantástica de las muchachas jóvenes y no hay duda de que la guerra influyó sobre el contenido de sus fantasías y fortificó su impulso para llevarlas a la acción. Sin embargo, en este punto de nuestra discusión pasamos por alto la importancia de la guerra como factor psicológico, y dedicamos nuestra atención a la personalidad de la muchacha joven tal como se desarrolla en condiciones normales. La gran mayoría de las muchachas jóvenes pasa aún a través de una fase, de breve o larga duración, en que su necesidad de encontrar salida adecuada a sus tensiones emotivas se expresa en el deseo de ser actriz (particularmente una actriz trágica), periodista, detective o novelista.

A la edad de 16 años, Andrea, la heroína antes mencionada, sueña que será una gran poetisa. En una forma típica de la primera pubertad, forja sus futuros planes de modo muy realista. Cree que para ser escritora debe, como Balzac, trabajar de noche, bebiendo enormes cantidades de café negro. Pero como no puede obtener café, intenta sustituirlo con agua y chocolate; también piensa pasear todas las noches por los bosques. "En cuatro años, sin que nadie tenga el más leve indicio, escribiré y publicaré un libro muy grueso: *Canción fúnebre a un desconocido* ... todo el reino de Dinamarca lo leerá, todos los poetas, y también mi padre y mi madre".

Esta búsqueda de experiencias, bien porque la muchacha no haya sido capaz de tenerlas en la realidad o porque sus experiencias reales hayan sido insignificantes en su concepto, es particularmente típica de la pubertad. Debido a su sensación de su propia debilidad, que no es suficientemente compensada por la buena opinión narcisista de sí misma, debido a su deseo de ser fuerte, madura e importante, y un "ser humano libre", la muchacha joven, como el muchacho, debe constantemente luchar para obtener la nueva po-

<sup>1</sup> Op. cit.

sición, llegar a ser adulta. Debe demostrarse a sí misma que es mejor y más importante que sus padres y que sus hermanos y hermanas; debe acusar a los demás de reprimir sus acciones para poder proyectar sus propias inhibiciones psicológicas y su percepción de sus limitaciones psicológicas en el mundo exterior y culpar a los demás por aquello que a ella le falta.

Insegura en su camino, la muchacha joven cae en un conflicto entre su sentimiento individualista de que tiene deberes para sí misma, y su sentimiento de que tiene deberes para su familia, y a este conflicto se añaden los que tienen lugar entre varias sublimaciones, que se expresan en la pregunta irresoluta: "¿Qué seré?" Esto significa: "¿Con quién me identificaré? ¿Seré con mi padre, con mi madre, o con alguna otra figura ideal? ¿Seré una *femme fatale*, una mujer con carrera, artista, científica, madre de muchos hijos, una persona ascética, o una partidaria del amor libre?"

El individualismo y la rebeldía, que han aumentado notablemente en la adolescencia, se ponen en conflicto con las antiguas autoridades e influencias. El temor de la muchacha a su responsabilidad, que ella exagera, y a sus propios conflictos, su sensación de culpa en relación con su familia, a la cual está fuertemente unida, y sobre todo las dificultades que experimenta al tratar de armonizar su aspiración ideal intensificada con su sexualidad exacerbada, muchas veces ejercen ~~sobre~~ ella grandes demandas que le hacen caer fácilmente en un estado de agotamiento espiritual y físico. Su presuntuosa confianza en sí misma expresa entre otras cosas su percepción del esfuerzo ~~psíquico~~ requerido para resolver sus numerosos conflictos, especialmente el conflicto que se plantea de su renunciación a la satisfacción sexual.

Como las antiguas autoridades han sido desvalorizadas, la conciencia de la muchacha, el super yo, se fortalece notablemente. Las exigencias de la conciencia de los individuos jóvenes de ambos sexos son muchas veces mayores y más difíciles de cumplir que las que tienen lugar en la gente que le rodea. Muchas veces observamos en la muchacha joven una sensación de responsabilidad y de confianza que parece no estar en relación con las extrañas confusiones de la adolescencia: El yo juvenil de la muchacha se derrumba con frecuencia bajo el peso de las exigencias de su super yo, particularmente cuando la arremetida de las necesidades sexuales amenaza triunfar sobre aquéllas. Si estas "exigencias ideales" se acompañan de sentimientos de culpa, que surgen de antiguas y de nuevas fuentes, pueden presentarse fácilmente trastornos neuróticos que se

manifiestan con los más variados síntomas, particularmente como dificultades caracterológicas.

Gradualmente las fantasías amorosas se pueblan de autosatisfacciones narcisistas y se producen esfuerzos mentales que dan nuevos rasgos al cuadro psicológico de la adolescencia. Una joven ambiciosa, por ejemplo, repentinamente se siente perturbada en sus estudios o trabajos por sus pasiones repetidas, y escribe una mágica palabra con grandes letras sobre su cama, que sirve para recordarle todos los días que no debe volver a enamorarse. La palabra mágica no basta, y la conducta segura de la muchacha comienza a oscilar, con lo que sus planes ambiciosos quedan amenazados por su incapacidad para concentrarse en su obra. Su relación armónica con el medio que la ha aceptado como adulta (colegio, oficina o fábrica) queda perturbada.

La inquietud de la muchacha joven, su irritabilidad, sus conflictos consigo misma y con su medio, adquieren la forma: "Soy una incomprendida, mi individualidad está amenazada, mis alas han sido tronchadas, pero tengo el derecho de vivir mi propia vida..." Hasta el medio más tolerante es incapaz de satisfacer sus demandas o de comprenderlas. La muchacha misma no sabe cuáles son, y su sentimiento de que es incomprendida expresa realmente su oscuro conocimiento de que no llega a comprenderse. "La mujer incomprendida", muchas veces más ridícula que trágica, es aquella que aún no ha superado este sentimiento adolescente o que ha vuelto a caer en él. El elemento cómico de su conducta es su anacronismo. En realidad debe ser compadecida; su desarrollo afectivo ha quedado suspendido, y apenas se da cuenta de su falta de libertad de movimiento.

Cuando la actitud narcisista comienza a presentar síntomas negativos, el vacío entre los dos mundos objeto se expresa en diferentes formas. La adolescente se da cuenta de que no está a la altura de sus propias exigencias; su soledad se hace un desierto y se producen estados de ánimo depresivos. Así, María Bashkirtseff escribía en medio de su autoglorificación: "¿Podré encontrar en las calles un perro famélico acosado por los muchachos... un pobre diablo de cualquier clase suficientemente miserable, suficientemente dolorido, suficientemente humillado, suficientemente deprimido para que pueda ser comparado conmigo?" y se consuela de un modo típico en las muchachas jóvenes: "Me gusta llorar, me gusta darme a la desesperación, me gusta ser acosada por el dolor. Considero es-

tos sentimientos como mis diversiones, y cuando pido felicidad me encuentro feliz de ser miserable".

Pero tal satisfacción narcisista a través del sufrimiento produce, de ordinario, estados de ánimo depresivos, relacionados con sentimientos de inferioridad, y puede cristalizar en una depresión real que puede conducir a una grave neurosis de la adolescencia.

En muchas muchachas la depresión es vencida por una rápida aparición de sentimientos de éxtasis, que dan lugar a estados de ánimo jubilosos. En tales casos estamos muchas veces inclinados a hablar de estados maníaco-depresivos, o de fluctuaciones sentimentales histéricas. Tan solo el ulterior desarrollo podrá mostrar si en tales casos se trata de fenómenos patológicos o simplemente de dificultades intensificadas de la adolescencia.

Esta soledad afectiva puede conducir a estados mentales más o menos típicos. Muchos individuos no sólo sufren depresiones, sino también extraños estados de despersonalización, falta de realidad, etcétera.

Hemos intentado bosquejar el estado que representa la crisis afectiva del período de la vida "entre dos mundos". Además del contraste característico entre la pobreza de los objetos amados reales y la intensidad subjetiva de todas las experiencias, encontramos otros elementos que contribuyen a la morbilidad de este período: la "vulnerabilidad adolescente", sobre la cual hemos llamado la atención al discutir nuestras historias clínicas. Hemos visto cómo Evelyn huía del hogar durante la pubertad, y era obligada a volver a él impulsada por su deseo. Su liberación de los lazos con el pasado era tan solo parcial, como casi siempre ocurre. No conocemos lo bastante para comprender totalmente las fuerzas que repetidamente le impulsaban a huir. Pero sabemos que sus experiencias con sus antiguos objetos produjeron un efecto traumático desusado, pues tuvieron lugar en el período de la pubertad, con su vulnerabilidad intensificada.

La repetición, durante la adolescencia, de una situación que tuvo un efecto traumático durante la infancia, un efecto más o menos superado posteriormente, puede provocar una nueva reacción traumática, y esta vez conduce a la neurosis.

En el caso de Nancy apreciamos claramente su fuerte reacción cuando volvió a experimentar una situación infantil en su relación con su hermana. Nancy reaccionó al embarazo de su hermana con una grave neurosis; más tarde vimos que esta reacción fue prede terminada por el acontecimiento de su primera infancia. Si supié-

tamos más acerca del caso Evelyn, probablemente podríamos confirmar nuestra inducción de que no pudo tolerar el embarazo de su madre en la época en que estaba en un estado de intensificada tensión psicológica. Pudo apreciarse que necesitaba tener al niño bajo su tutela, y presumimos que lo que realmente se produjo fue la movilización de una fantasía referente a tener un niño. Quizá Evelyn, cuya conducta era tan diferente de la de Nancy, puede caer, de todos modos, dentro de la misma categoría. Por desgracia, poco sabemos de su historia infantil para resolver si ella, como Nancy, tenía una predisposición definida de acuerdo con la cual reaccionó anormalmente a los sucesos subsiguientes, o si su reacción neurótica debe ser atribuida únicamente a la vulnerabilidad característica de la fase por la que pasaba. Conocemos muchas muchachas jóvenes que bajo la presión del desarrollo biológico, y debido a las confusiones del proceso de maduración, reaccionan traumáticamente a acontecimientos reales, hasta cuando faltan tales factores predisponentes.

Por ejemplo, una desilusión referente al objeto de acuerdo con el cual el ideal de la muchacha fue originalmente moldeado, puede ir más allá de los límites normales del proceso de desvalorización y conducir a la desintegración del yo ideal (recordemos el caso de Helen que cayó en esta peligrosa situación). O la pérdida repentina de un objeto amado, del cual la muchacha no había podido aún desprendérse completamente, pueden dañar toda su vida afectiva subsiguiente. Así se aprecia claramente en el caso de Evelyn, pero sabemos que la muchacha se veía forzada a huir de sus lazos del hogar, así como de sus reacciones agresivas y de sus fuertes sentimientos de culpa. Cuando llegó la pubertad, con sus mayores exigencias, la muchacha ya no pudo tolerar su soledad, abandonó el hogar, y se vio obligada a buscar satisfacciones en el mundo exterior. En su confianza en sí misma, lo que probablemente era fatal para ella, y que hemos considerado como típico de la pubertad, estaba segura de que podría echarse sobre sus hombros la responsabilidad de su conducta en el mundo exterior mejor que en el hogar.

En el confuso cuadro de la adolescencia muchas cosas se aclaran cuando reconocemos el choque de los dos mundos en todos los acontecimientos de este período. De estos dos mundos, uno pertenece al futuro, es decir, al estado adulto, el otro al pasado, es decir, a la infancia; el presente es una época de lucha para armonizar estos dos períodos de la vida. Esta concepción nos permite apreciar mejor la intervención de las fuerzas progresivas y regresivas. Cuando

se trata de la formación del yo, el narcisismo antes descrito es un rasgo progresivo, pues significa una fase en la liberación individual de los primeros objetos y el fortalecimiento de la confianza en sí mismo; cuando se trata del desarrollo de la libido, este narcisismo es, por el contrario, obstructivo y regresivo. Las más fuertes exigencias de la conciencia del adolescente, que funcionan como un guardián interno, son un factor progresivo; la inclusión de los antiguos sentimientos de culpa, es un factor regresivo. Cada paso, cada gesto, obtiene su medula de dos factores opuestos, y el resultado favorable o desfavorable de la adolescencia depende de que venzan las fuerzas progresivas o las regresivas.

La tarea del adolescente es sobre todo pasar de la fase del narcisismo intensificado a la de las relaciones con el objeto y adquirir en ellas una unificación favorable de los afectos e impulsos instintivos. Paradójicamente, el choque de las experiencias infantiles, la tenacidad de los antiguos ideales, en suma, los rasgos regresivos del desarrollo psicológico, aparecen con particular nitidez durante este periodo de enorme progreso.

El hecho de que poco antes de que se encuentren los nuevos objetos, los impulsos instintivos nacientes se dirijan durante cierto tiempo a los antiguos objetos, crea una dificultad característica de la adolescencia. Tienen lugar luchas afectivas entre un intenso deseo de "seguir adelante" y un impulso igualmente intenso a "permanecer atrás", y este movimiento hacia atrás, que ahora es dotado de fuerza sexual, realmente surge del establecimiento de una antigua situación que existió antes de comenzar el periodo de latencia. Por esta razón, la adolescencia ha sido llamada nueva edición del complejo de Edipo, y su tarea ha sido definida como la eliminación de este complejo. En mi análisis de la prepubertad y de la primera pubertad he intentado demostrar que estas dos fases, en su impulso hacia adelante, son claramente repeticiones de desarrollos anteriores. Así, la tarea de la adolescencia no es solamente dominar el complejo de Edipo, sino también continuar la obra comenzada durante la prepubertad y primera pubertad, es decir, dar formas adultas a los lazos antiguos más profundos y mucho más primitivos con la madre, y poner término a todas las oscilaciones bisexuales en favor de una orientación heterosexual definida. No hay duda de que los procesos biológicos realizan una decisiva contribución para conseguir esto.

Es difícil encontrar el camino en estos complicados desarrollos, pues la misma manifestación puede expresar diversas y muchas ve-

ces contradictorias tendencias. Por ejemplo, la identificación de la muchacha con su madre puede significar que asume el papel de una mujer, o puede expresar todas las dificultades del complejo de Edipo, y alzarse así en el camino de la realización de sus deseos femeninos. Su perseverancia en esa identificación puede expresar también su incapacidad para desarrollar su propia personalidad. Otra posible consecuencia de este hecho es que la muchacha conserve su dependencia infantil respecto a su madre, y que evite todo conflicto con ella, ocupando así, a su lado, una existencia en la sombra. En tal caso, en lugar de alcanzar su sentimiento de emancipación y amor, la muchacha tiene un rencoroso e inútil impulso a desprenderse de su madre, lo que puede dar lugar a una personalidad afectivamente alterada. Si la muchacha no consigue resolver el problema de la adolescencia, continúa siendo, durante este periodo y también más tarde, cuando ya es mujer en maduración o madura, la niña que era durante la pubertad; se mantiene combatiendo agresiva y nerviosamente contra sus lazos con su madre, presenta diversos síntomas en relación con un conflicto, y persiste en una dependencia completamente pasiva. Como antes hemos dicho, cierto número de síntomas transformados, particularmente la falta de apetito y perturbaciones similares, todos los tipos de fobias e ideas paranoicas (temor al envenenamiento)<sup>1</sup> se relacionan con esa incapacidad para anular la antigua unión con la madre.

El narcisismo adolescente adquiere también una forma definida si tal dependencia persiste, y esto puede continuar posteriormente.

Cualquier gesto, cualquier experiencia externa o interna es sometida a la crítica favorable o desfavorable de la madre. En algunos casos esta dependencia continúa fijada sobre la madre, pero con más frecuencia se traslada a otras personas. La felicidad e infelicidad de un individuo con ese tipo de unión depende absolutamente de los juicios de los demás, y la muchacha gasta gran cantidad de energía en descubrir las reacciones de quienes le rodean a todas las cosas que hace.

Comenzaremos nuestro estudio del proceso sexual con la siguiente pregunta: ¿qué requisitos debe llenar el adolescente para reaccionar de modo adecuado a los factores biológicos? La respuesta es clara: el muchacho debe llegar a ser un hombre, y la muchacha una mujer. El camino que ha de ser seguido por el muchacho está

<sup>1</sup> BRUNSWICK, R. M.: *The analysis of a case of paranoia*. J. Nerv. & Ment. Dis. 78: 1151, 1929.

trazado previamente por la capacidad funcional de su órgano; su meta progresiva se alza clara e inequivocamente ante él, y las únicas dificultades que ha de resolver son la disolución de los antiguos lazos, el descubrimiento de los nuevos y el dominio de las tendencias pasivas. El temor que le aqueja es: "¿soy un hombre?", y la capacidad de dar una respuesta positiva a esta cuestión depende exclusivamente del vigor de sus fuerzas progresivas en su lucha contra las regresivas. El choque entre las dos se manifiesta en la masturbación, que es la actividad sexual del muchacho adolescente. Normalmente, sus tendencias progresivas se expresan en sus fantasías conscientes, y las tendencias regresivas en sus fantasías inconscientes.

Hemos visto que el órgano sexual femenino permanece durante largo tiempo excluido de la participación directa en la vida sexual de la muchacha. Es increíble que hasta muchas muchachas modernas se imaginan, durante la adolescencia, que las "aberturas" de sus cuerpos sirven tan sólo para fines "sucios" y nada tienen que ver con el amor. Sólo los psicoanalistas han podido saber que muchachas progresistas, que algunas veces participan en la lucha de la emancipación política de la mujer y dan conferencias sobre la necesidad de las explicaciones sexuales que deben darse a los niños, aún se aferran en su inconsciente a las teorías de la primera infancia, niegan las diferencias anatómicas, conservan la idea anal del parto y basan sus ideas del sexo sobre el concepto sadista del coito. La muchacha tiene una doble actitud para sus genitales. Por una parte, esto expresa la influencia educativa de su madre, que le ha aconsejado proteger su tesoro muy valioso que debe mantener puro e intacto hasta que llegue la hora de "sacrificarlo" al marido. Así, en los sueños, los genitales femeninos muchas veces aparecen simbólicamente como un tesoro oculto, una joya que debe ser guardada. Por otra parte, la concepción infantil de que los genitales son una sucia cloaca de que la niña debe estar avergonzada, aún persiste en el inconsciente. Con respecto a esta última valoración, la muchacha púber se halla en un neto contraste con el muchacho normal, para quien los genitales tienen el más alto valor, y cuyas ansias se centran en torno a mantenerlos incólumes.

Otras diferencias entre el desarrollo sexual de la muchacha y del muchacho adquieren su completa expresión durante la adolescencia. Cierto es que en algunos casos ambos son inconscientes de la sexualidad en su deseo de amar y en su hambre para que el deseo se cumpla. Hasta en el periodo de los deseos heterosexuales, la pasión

por las personas del otro sexo sigue, durante algún tiempo, en camino completamente independiente de los primeros signos orgánicos de la excitación genital. Es difícil resolver si este desdoblamiento se debe a una reciente represión o si constituye una supervivencia de estados psicológicos característicos del periodo de latencia, durante el cual el amor estaba en cierto grado libre de impulsos sexuales.

En las muchachas jóvenes el erotismo permanece separado del conocimiento de la sexualidad durante más largo tiempo que en los muchachos. Este hecho puede ser explicado, en su mayor parte, basándose en las diferencias anatómicas. Las fantasías eróticas de los muchachos pronto son acompañadas por manifiestos procesos genitales; son, por así decir, viciadas por éstos. Debido a la coincidencia temporal del deseo del amor ideal y la necesidad genital, es difícil para el muchacho negar la relación entre los dos.

Las muchachas, sin embargo, no descubren tan fácilmente que sus genitales son los agentes ejecutivos de su deseo de amar, y hasta cuando han tenido emociones orgásticas y han realizado actos de masturbación, pueden mantener aparte, más fácilmente que los muchachos, sus sentimientos psicológicos y las tensiones somáticas. Sobre todo, la masturbación puede asumir formas más indirectas y ocultas en las muchachas que en los muchachos. Las sensaciones vaginales no pueden ser comparadas con la presión del órgano viril, la tensión no puede ser siempre exactamente localizada, y la excitación y relajación pueden tener lugar sin el gobierno consciente por parte de la muchacha. La creencia de muchas muchachas jóvenes y de algunas mujeres de que jamás se han masturbado reposa sobre una verdad relativa, debido a que puede muy bien suceder que toda la descarga de la masturbación tenga lugar sin una participación consciente directa. Así, es fácil que la muchacha se entregue inconscientemente a acciones alejadas debido a que la excitación directa en la relación genital es fácilmente reprimida y se manifiesta por sensaciones en otras partes del cuerpo. Tales sensaciones, como palpitations, presión en el estómago, un sentimiento de ardor en la cabeza, ligeros mareos, y otras varias manifestaciones, son muchas veces continuaciones y sustitutos de masturbación reprimida.

La dirección de las fuerzas sexuales hacia los objetos heterosexuales, es decir, el conocimiento de la nueva tarea de la pubertad, no tiene lugar sin conflictos ni trastornos. Este progresivo objetivo debe ser obtenido en contra de las fuerzas regresivas, y como la muchacha joven no tiene una salida adecuada en la realidad externa,

puede evitar los peligros externos; pero otro peligro le amenaza, el de una sexualización regresiva de las relaciones afectivas antiguas. El tema de la prepubertad —liberación de los antiguos lazos para adquirir el estado adulto— se acompaña ahora por otro tema muy urgente, la necesidad de deshacerse del peligro de la adhesión sexual con los antiguos objetos.

La relación con la amiga, el elemento sexual que se halla en el "conocimiento" común, ya no es satisfactorio en esta forma. Si el impulso de las fuerzas sexuales es suficientemente fuerte antes que la heterosexualidad haya quedado estabilizada en una forma completamente femenina, la relación de la muchacha con personas de su propio sexo puede recibir un flujo de contenido sexual. Su relación con las amigas de la misma edad se hace ahora más complicada. En raros casos tiene un carácter genital manifiestamente sexual, pero, de ordinario, se desarrolla en una forma platónica muy afectiva. La diferenciación de los papeles activos y pasivos y sadista-masoquista suele estar fuertemente subrayada en estas relaciones amistosas: como hemos visto, tienen sus comienzos en la primera pubertad, y durante la adolescencia asume muchas veces una forma aguda en la que la muchacha pasiva-masoquista queda sometida a la otra. Algunas veces tiene lugar una ruptura repentina más o menos racionalizada, que puede acompañarse de una grave depresión al parecer inmotivada. El temor al componente homosexual en la relación amistosa lleva a la fuga, seguida de aislamiento y aflicción.

Con mucha frecuencia los deseos homosexuales se dirigen a un objeto más distante, y el amor adquiere una forma extraordinariamente apasionada. En efecto, alcanza un grado aún más alto de intensidad del que puede alcanzar el deseo heterosexual. La homosexualidad en la muchacha adolescente se desarrolla muchas veces del siguiente modo. Después de una amistad más o menos apasionada con compañeras del mismo sexo, después de una ardiente adoración hacia una muchacha mayor o hacia una maestra, surge, al aparecer los instintos sexuales, una pasión invencible por una mujer más madura que es de ordinario innaccesible, y que muchas veces ha sido conocida por casualidad. Esta pasión tiene todas las características de un amor doloroso y ardiente. Esta forma de amor de la adolescencia supone una marcada persistencia de los lazos con la madre.

Otra forma de esa dependencia con la madre consiste en el desarrollo al parecer heterosexual. La madre es sustituida por el padre, pero se repite la forma infantil de la relación. Esta transferencia

de la relación hacia el padre<sup>1</sup> rara vez lleva al estado adulto. El camino hacia las relaciones heterosexuales está ahora abierto; lo que le da carácter poco satisfactorio es, según Freud, que los sentimientos negativos primeramente formados contra la madre son transferidos a los hombres. En las relaciones establecidas con éstos se conservan los elementos infantiles, insaciables adhesivos. El odio hacia los hombres se manifiesta, entre otras cosas, en el resentimiento por el hecho de que el padre no pueda, con su fortaleza y amor, salvar a la muchacha de su dependencia respecto a la madre. En este tipo infantil de muchacha adolescente, el temor a los peligros sexuales usa un mecanismo de defensa definido —evitar los peligros, que es la forma más primitiva de defensa. Tales muchachas permanecen en el hogar con sus madres, renuncian a todas las experiencias importantes, y presentan síntomas más o menos perceptibles de agorafobia.

La siguiente carta de una muchacha de quince años a su amiga es un claro ejemplo de esa lucha en la relación infantil con la madre, bajo la presión del temor y del sentimiento de culpabilidad.

"Mi madre quiere que me vista un traje largo para la fiesta en la casa de W., mi primer traje largo. Ha quedado sorprendida de que yo no quiera. Le he pedido que me permita ponerme por última vez mi traje rosa corto; estoy tan aterrada. El traje largo me da la sensación de que mamita va a hacer un largo viaje y no sé cuándo volverá. ¿No es esto una necesidad? Algunas veces ella me mira como si pensara que aún fuera una niña pequeña. ¡Ah, si ella supiera! Querría atarme las manos a la cama y me despreciaría..."

Se comprende que la autora de esta carta teme llegar al estado adulto, y siente que su madre la abandona (según se expresa con la imagen de que la madre va a hacer un largo viaje). Suponemos que la exclamación de la muchacha ¡si ella supiera! se refiere a sus sentimientos de culpa surgidos por la masturbación. La proyección se extiende a todas las cosas sexuales, y si estar junto a la madre no confiere suficiente protección, se recurre a medidas protectoras más complicadas, y comienza la neurosis.

Como ya hemos señalado, el amor heterosexual de la muchacha joven se halla aún bajo la fuerte presión de fuerzas regresivas. Su relación con el padre, que hasta entonces ha estado relativamente libre del conflicto, es ahora de inhibición y separación. Esta actitud se intensifica muchas veces hasta llegar a la repulsión por

<sup>1</sup> FREUD, S.: *New introductory lectures on psychoanalysis*. New York: Norton, 1933

todo lo que se relaciona con el cuerpo del padre: su forma de comer es desagradable, su cigarro tiene un olor penetrante, la muchacha se resiste a utilizar el baño común; en resumen, evita la atmósfera somática del padre que le resulta repugnante. Permanece inconsciente del hecho que todo esto representa una defensa contra la tentación.

Los objetos del mundo exterior a los cuales la muchacha joven dirige su amor heterosexual se caracterizan, de ordinario, por el hecho de que no existe el peligro de que lleguen a enterarse, y muchas veces asumen la forma descrita en el diario de Maria Bashkirtseff. Podemos suponer que el amor platónico de Maria por el duque de H. era realmente la expresión de un deseo regresivo hacia su padre. Sus padres se habían separado cuando ella era pequeña. Pero hasta en las personas cuyas situaciones familiares han sido más favorables, tales amores semirreales contienen una mezcla de antiguos sentimientos y nuevos fantasmas.

La muchacha que vaga hambricinta de un objeto a otro parece presentar un tipo completamente diferente de disposición amorosa. Pero una investigación más detenida revela que los dos tipos —la muchacha que durante muchos años es constante en su amor por su objeto casi real, y la muchacha voluble que frecuentemente cambia sus objetos— no son los opuestos psicológicos, como podríamos suponer. Ambos tipos buscan satisfacer un deseo de objetos sustitutos que, aunque realmente existen, no tienen verdadera realidad emotiva. Existen también muchachas que practican una de esas formas de amor durante un tiempo, y luego lo sustituyen por la otra.

Tal confianza en un objeto, que generalmente da lugar a una complicada ilusión, puede provocar una conducta que muchas veces sorprende y hasta asombriza a los padres de esas muchachas. Una muchacha antes sincera y sumisa comienza a contar historias de un carácter más o menos fantástico, manteniendo tozudamente que esas historias son verdaderas. En los muchachos tales historias son satisfacciones de ambición; en las muchachas, su contenido es erótico.

Hemos conocido muchachas que, aunque normales y bien adaptadas en otros aspectos, se escribían cartas a sí mismas, no sólo para jactarse de estas misivas ante sus amigos, sino también para dar a sus fantasías cierto grado de realidad. Su lectura sirve al doble propósito de descargar las tensiones que surgen de las demandas excesivas que se hacen a la propia vida fantástica, y de proteger al individuo mismo de su verdadera realización. Lo que esencialmen-

te distingue a tales fantasías (pseudología) de las ilusiones es que son comunicadas a los demás como acontecimientos reales. Las satisfacciones imaginarias de deseos ambiciosos o eróticos —consumados sin tener en cuenta la realidad externa— que son el contenido principal de las ilusiones, también proporcionan el material necesario para la pseudología. Lo mismo que la ilusión está algunas veces limitada a mitigar modestamente alguna situación indesirable mientras en otros casos es una creación fantástica en manifiesta contradicción con la realidad, así también el contenido de la pseudología varía desde los vulgares asuntos amorosos o pequeñas satisfacciones de la vanidad, hasta las aventuras románticas complicadas. Igual que el individuo que forja ilusiones, el pseudólogo cumple sus deseos inventando mentiras, y siempre se coloca en el centro de sus fantasías.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre los dos. Mientras los forjadores de ilusiones se caracterizan por el secreto, que sólo se rompe rara vez para los intimos amigos, los pseudólogos importunan a los demás con sus fantasías, que refieren sobre sucesos reales. Su propósito es, de ordinario, obtener la satisfacción inherente al acto de la comunicación —uno de sus motivos es sin duda la revelación de la fantasía que el forjador de ilusiones mantiene cuidadosamente oculta.

Los que se forjan ilusiones están inclinados además a considerar sus fantasías como verdaderas, y esto es parte de su placer. Pero el anhelo de los pseudólogos por la realidad parece ser mucho más intenso, tan intenso que les lleva a presentar los productos de su imaginación como verdaderos, incluso a las demás gentes.

El siguiente caso es un buen ejemplo<sup>1</sup>: Una muchacha emprende una notable experiencia en la edad de 13 a 17 años. Es una muchacha atractiva, inteligente y de ardiente temperamento. No carece de oportunidades para tener relaciones amorosas, pero siempre las evita con la mayor reserva. Un muchacho de cerca de 17 años, más bien falso de interés, al que conoce sólo de vista, va a ser el héroe de sus fantasías eróticas. Éstas tienen un carácter extraordinariamente apasionado —besos agotadores, abrazos ardientes, éxtasis sexuales, la imaginación de la muchacha crea todo lo que la realidad puede proporcionar a una mujer madura sexual. La joven se siente tan absorbida en su fantasía que en su aislamiento lleva una vida llena de placeres y dolores; sus ojos están muchas veces hinchados y

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: *Über die pathologische Liebe (pseudologia phantastica)*, Internat. Ztschr. f. Psychosanal., Vol. 6, 1922.

agrietados, pues su amante se ha vuelto tiránico, la posee excesivas veces y hasta la golpea; rebosando de amor le ofrece flores que realmente ella compra. Se procura una fotografía del muchacho, y en ella escribe, con su propia mano, una ardiente dedicatoria redactada para este fin. Se cita con él en lugares prohibidos, se comprometen secretamente, etc. Durante tres años escribe un diario detallado acerca de todas estas experiencias imaginarias; cuando su amante se ausenta, ella continúa sus relaciones con él escribiéndole cartas, que nunca envía al correo, y a las cuales ella misma responde.

Lo que nos interesa en este caso es el hecho de que la muchacha cuenta a todo el mundo estas misteriosas relaciones, presentándolas como reales, aunque se exponga a situaciones desagradables y a castigos. Cuando es reprendida, admite siempre contritamente no que es mentira, sino que aún está envuelta en esas relaciones prohibidas. Sus descripciones son tan convincentes que nadie duda de su verdad, aunque el inocente muchacho ha negado que tenga relaciones con ella.

Como hemos dicho, esta muchacha tiene fáciles oportunidades para experimentar en la realidad lo que ella inventa pseudológicamente. Pero tiene motivos para preferir esto último. El hecho de que su vida erótica consista en fantasías que giran alrededor del objeto elegido, es, como hemos hecho ya notar, normal para una muchacha en la pubertad (vemos ejemplos similares en el diario de Maria Bashkirtseff). En su elección fue determinada por su actitud inconsciente hacia su hermano; éste es un determinante regresivo, aunque normal, de la elección erótica. La naturaleza regresiva de las fantasías del adolescente se manifiesta en el hecho de que, por regla general, los objetos reales que son elegidos semejan notablemente a los primitivos objetos, es decir, al padre o al hermano. Bajo el choque de la pubertad, nuestra muchacha pseudológica intenta centrar su deseo sobre un objeto real, pero sólo lo consigue parcialmente. Elige su objeto teniendo en cuenta el modelo de su hermano, pero es incapaz de una relación amorosa real. El tipo de relación que necesita debe ser imaginario, no real. La muchacha evita rigurosamente todas las oportunidades para conocer al héroe de sus fantasías. Prefiere la fantasía; en ella, su hermano, para quien inconscientemente es fiel, y su objeto real pueden fundirse. En su infancia ha tenido varias experiencias reales con su hermano, que fueron conservadas en su inconsciente, y que en un momento dado reviven con toda la fuerza de una experiencia reciente. La antigua

experiencia es atribuida al nuevo objeto, y la primera realidad dota a la fantasía amorosa actual de un carácter real.

Esta resurrección de retazos de sucesos reales recortados distingue la pseudología de las fantasías de la pubertad más normales. Fenichel<sup>1</sup> observa con razón que la pseudología es un método especial de negar la realidad. Durante la pubertad, toda la realidad que puede satisfacer los deseos sexuales puede ser estimada como peligrosa, y tiene lugar una regresión a la fantasía o pseudología. La pseudología es utilizada como una defensa; la muchacha adolescente toma su infancia como realidad para renunciar a la realidad que considera como quizás más peligrosa.

Otra forma de escapar de un presente que no es satisfactorio o oculta peligros es posponer su conocimiento. Las muchachas jóvenes se dedican a planes detallados para el futuro, que han de llevar a cabo solas o con colaboradores adecuados. Estos planes varían desde los más vulgares y prosaicos hasta los más fantásticos e imposibles. Muchas de estas muchachas discuten en su propia mente los más insignificantes detalles acerca de la cocina de su futuro hogar, antes de que se presente la más leve probabilidad de casarse. Otras se entregan a las fantasías más románticas y construyen espléndidos castillos en el aire para sus futuras residencias. Los planes eróticos varían entre ser deseada con ardiente pasión y el sufrir para bien del amante imaginario.

Sin embargo, la absorción en los forjadores de ilusiones no carece tampoco de peligros, y las muchachas tratan de evitar estas experiencias. Muchas veces la muchacha toma el mismo camino que sigue durante la prepubertad para libertarse de la dependencia infantil. Se dirige activamente hacia la realidad, y en condiciones normales consigue llegar a una situación de transacción. En este caso la realidad debe contener un número suficiente de elementos de placer, debe ofrecer una satisfacción suficiente y ser lo bastante interesante para competir con sus fantasías. Pero este paso hacia la realidad no siempre se consigue. En primer lugar, el mundo exterior se opone al deseo del placer sexual en la adolescencia y empuja a la muchacha nuevamente hacia sus sueños. En segundo lugar, el mundo imaginario es muchas veces tan variado y rico que comparado con él la realidad es pálida y poco satisfactoria. En tales casos la fantasía policromática es preferida a la realidad gris. Hemos visto que el temor al verdadero cumplimiento, frente al cual la fantasía

<sup>1</sup> FENICHEL, O.: Zur Ökonomie der Pseudologie phantastica. Internat. Ztschr. f. Psychoanal., Vol. 24, 1933.

parece un refugio menos peligroso, separa también a la muchacha de la realidad.

En muchas muchachas la orientación hacia la realidad toma una forma que fácilmente crea nuevos problemas. Por ejemplo, hemos conocido muchachas que, debido al temor a las experiencias sexuales pasivas, se entregan a una actividad sexual intensa. Intentan vencer el temor por el método de la "intervención activa", pero las experiencias provocadas suelen gravitar sobre ellas pesadamente, y su temor sólo cambia su contenido. El temor al cumplimiento de los deseos sexuales se reemplaza por el autorreproche, pues se encuentran culpables de haber vencido demasiado rápidamente las inhibiciones sexuales.

Muchas muchachas jóvenes modernas tienen experiencias sexuales antes de estar psicológicamente maduras para ellas, pues se esfuerzan por suprimir las fases necesarias para la verdadera preparación psicológica. Se avergüenzan de sus inhibiciones sexuales, las rechazan, y son víctimas de la angustia y de la depresión. Algunas veces esta pseudolibertad sexual adquiere un carácter directamente obsesivo. La muchacha emprende numerosas relaciones sexuales, es abandonada por sus amantes o es ella la que los abandona, considera su conducta como una "emancipación", y es incapaz de darse cuenta de que sus acciones son las de una criatura encadenada por necesidades y fantasías ampliamente inconscientes y no las de un "ser humano libre". Pero la conducta opuesta también implica peligros para la muchacha joven. La exclusión de las experiencias reales por un exagerado temor a ellas, conduce a una sobrecarga de la vida fantástica, a síntomas neuróticos, y la conducta es más bien patológica. Las diversas formas de fuga, no siempre tan primitivas y directas como en el caso de Evelyn, son consecuencia de dicha exclusión. En las muchachas algo más maduras esas fugas asumen diferente forma: elección de profesiones para las cuales no tienen verdadera inclinación o interés, unión con grupos políticos o ingresos en comunidades religiosas. El verdadero fin de estas acciones no es emanciparse de su medio, sino escapar de sus propias fantasías fuertemente sexualizadas. Tales muchachas suelen tener la tendencia de eliminar completamente el amor de sus vidas. Hasta cuando aspiran a objetivos altamente humanitarios, sociales o científicos, carecen de la riqueza espiritual que se obtiene de la experiencia emotiva. Este tipo de muchacha, que ha suprimido toda la vida afectiva, se entrega, de ordinario, a una "objetividad" narcisista y sin emoción, durante largos períodos; en este caso el peligro radica en

que esta total sublimación pueda mutilar permanentemente la vida afectiva. Tales muchachas están amenazadas en su vida ulterior por trastornos neuróticos.

La actividad y la energía social e intelectual desarrolladas por la muchacha joven que renuncia a sus fantasías, muchas veces agotan su vida afectiva y les impide adquirir la completa feminidad y más tarde el espíritu maternal. Esas mujeres permanecen frecuentemente limitadas a formas infantiles de la vida afectiva, mientras su mente y actividades están extraordinariamente desarrolladas. Éste es un hecho interesante que aún no ha encontrado explicación. Parece que el desarrollo desde la vida fantástica hasta la feminidad completamente madura es una adquisición psicológica que puede ser inhibida por intelectualización.

Más tarde discutiremos más detenidamente la relación entre el tipo de la muchacha joven ambiciosa y energética que logra sus objetivos mediante grandes esfuerzos, gracias a su capacidad para reprimir sus impulsos sexuales, pero cuya vida afectiva queda absorbida en el proceso, y el llamado complejo de masculinidad. En oposición directa a este tipo se halla el de la mujer que adquiere completa feminidad en el erotismo y la sexualidad, a expensas de subordinar completamente a este fin toda su ambición y talento. El desarrollo normal consiste en la coexistencia armónica de los dos desarrollos.

Algunas muchachas adolescentes que han estado sometidas desde la primera infancia a la influencia peligrosa de una moralidad excesivamente severa, o que han sentido el choque de sentimientos de culpabilidad fuertemente inconscientes, reaccionan de un modo definido a los procesos psicológicos de su maduración. Todas las libres incitaciones del futuro se petrifican en este caso prematuramente, y la necesidad de libertad que el adolescente siente y su hambre de amor son reemplazados por rígidos principios morales. Cada vez que surge un peligro de que se violen estos principios, la voz de la ley interna se hace oír como una "señal de peligro". Nuevas renuncias se añaden a las antiguas, y aunque pueda lograrse una eliminación de los sentimientos de culpabilidad, sólo es al precio de la renunciación. Ésta es la muchacha ascética, que de ordinario tiene una predisposición a las neurosis obsesivas; no hay duda de que esta predisposición existía antes, pero se intensifica por las luchas y temores de la pubertad. Después de las tormentas de la adolescencia, la tensión puede relajarse, y la muchacha puede desarrollarse más libremente. Si es incapaz de desarrollarse en una forma menos inhi-

bida, tales muchachas serán neuróticas obsesivas o solteronas escrupulosas.

El tipo opuesto presenta una carencia infantil de freno, hasta durante la adolescencia. Debido a la ausencia de inhibiciones, tales muchachas difícilmente se adaptan por sí mismas a las restricciones de su medio y constituyen un "problema de la adolescencia" más frecuentemente que los otros tipos. Pero, de ordinario, colocadas bajo influencias favorables del ambiente, tienen mayores posibilidades internas para el ulterior desarrollo.

Las muchachas adolescentes, aunque hayan sido educadas en las mismas condiciones culturales y aunque estén sometidas a los mismos procesos biológicos, presentan grandes diferencias en sus personalidades aún inmaduras, pero ya netamente dibujadas. Unas desafían dinámicamente al medio en que viven, otras se someten pasivamente al "destino"; otras son muy activas e incapaces para esperar pasivamente al futuro, e inventan fantasías acerca de él. Algunas no ponen límites a sus deseos y deben tener amplio espacio para sus fantasías efervescentes. Tal vida fantástica exuberante seguramente aumenta el peligro de las reacciones morbosas, pero también ofrece más oportunidades para el desarrollo de la feminidad y para que toda la personalidad sea más rica. Otro tipo define rigidamente los objetivos y sus deseos y aprensiones. Estas muchachas son ya maduras y formadas en una edad precoz; su destino sigue una dirección predeterminada que ellas no pueden cambiar. A primera vista parecen ser superiores a las muchachas independientes, desequilibradas y juvenilmente efervescentes de la misma edad, pero tienen menores posibilidades para su ulterior desarrollo.

Por mucho que difieran en sus características, todas estas muchachas jóvenes consideran su vida presente como provisional, y son víctimas de conflictos internos hasta que se abre ante ellas un camino para el cumplimiento de sus fines. Los jóvenes de ambos sexos están atormentados por un sentimiento de inseguridad y de agitación interna durante la adolescencia. La línea recta del desarrollo y el esfuerzo del yo para adaptarse y dominar la realidad son, en varias ocasiones, interrumpidos por oleadas ascendentes de la sexualidad. Durante estas fases de su vida, la diferencia anatómica entre los sexos adquiere mayor importancia que la que tenía antes. El contraste orgánico entre la actividad extravertida del aparato sexual del muchacho y la actividad velada menos conscientemente percibida y menos urgente de la muchacha, se reproduce en la vida de la psique.

Durante todo este periodo, los jóvenes muestran una tendencia

a abandonar la realidad y entregarse a fantasías. Pero parece que la sexualidad más activa del muchacho conduce a una vuelta hacia la realidad para la conquista del mundo exterior, que es menos marcada en el caso de las muchachas. De aquí surge una diferencia psicológicamente importante entre los sexos; la atención del hombre se dirige principalmente hacia afuera, la de la mujer hacia adentro. Ese rasgo típico de la adolescencia, que hemos discutido antes —observación aguda de nuestros propios procesos psicológicos—, es de ordinario más marcado en la muchacha que en el muchacho. La preocupación por su propia mente continúa en la vida posterior de las mujeres, y determina dos características femeninas muy importantes. La mayor intuición de las mujeres y la mayor subjetividad en la asimilación y apreciación de los procesos de la vida. La piedra fundamental de estas características femeninas es colocada durante la adolescencia.

Otra diferencia importante entre los sexos, en lo que se refiere a la relativa consumación de la adolescencia, yace en sus tendencias a la identificación. Esta tendencia no es peculiar tan sólo de las muchachas durante la adolescencia. Como es natural, existen diferencias entre muchachos y muchachas respecto a los objetos de su identificación, a sus fines, etc., pero el proceso en sí deriva de las mismas necesidades del débil yo y sirve al mismo fin general de ambos sexos.

El hombre joven surge menos dañado que la muchacha de la fase de identificaciones intensificadas; en la formación de su personalidad las ha asimilado más eficazmente. En verdad pocos son los muchachos que desarrollan personalidades tan poderosas e independientes que puedan renunciar completamente a las identificaciones con los demás. Pero el yo femenino parece permanecer más largo tiempo —en cierto grado permanece toda la vida— en esa fase de la adolescencia en que está fortalecida la tendencia hacia la identificación. No es difícil responder a la cuestión de si esto se explica por elementos particulares de la predisposición de las mujeres, o por una más activa dirección hacia la realidad en los muchachos. Los mismos factores propios de la predisposición femenina fortifican la tendencia de las mujeres a la identificación y dificultan aquellas que sus actividades que están dirigidas hacia el mundo exterior. Estas fuerzas también son responsables de otros rasgos femeninos característicos ya mencionados antes. Por ejemplo, la mayor intuición y la subjetividad de las mujeres. El denominador común de todas estas cualidades es la pasividad más profundamente

enraizada de las mujeres con respecto a todos los procesos de la vida que no sean la función reproductiva.

Por lo que se refiere a la tendencia de las mujeres a la identificación debe ser subrayado que esta cualidad femenina muestra grandes variaciones individuales. La identificación no debe superar ciertos límites, pues en este caso constituye un peligro para el yo. Cuanto más estable sea la autoconfianza y el sentimiento de vigor de la mujer, menos peligrosa será esta tendencia. Cuando se franquean ciertos límites, el yo corre peligro, y el proceso de identificación priva al individuo de la completa posesión de su propia personalidad. Freud<sup>1</sup> habla de la "personalidad múltiple" como consecuencia de un proceso en el que numerosas identificaciones conducen a la desorganización del yo. Lo atribuye a un proceso puramente interno de la formación del yo, en contraste con un tipo que yo he descrito, en el cual el yo constantemente se identifica con objetos del mundo exterior, en lugar de tratar relaciones emotivas con ellos<sup>2</sup>. El proceso psicológico de identificación tendrá en un caso un resultado patológico, que puede ser más o menos grave, mientras en el otro llega a una resolución más normal. Las mujeres nos dan mejores oportunidades que los hombres para observar una amplia gama de diversos tipos de identificación que tienen lugar dentro de límites normales.

La tendencia que se observa en muchas mujeres a renunciar a su propio juicio y adoptar, por identificación, las opiniones de sus objetos amados es muy típica. Las mujeres son también con frecuencia partidarias entusiastas de ideas que al parecer les han sido proporcionadas por otras personas. Pero la observación más detenida revela que tales ideas habían sido ya previamente concebidas y desarrolladas en su propia fantasía. La adopción o transferencia de estas ideas sólo es posible mediante identificaciones con otras personas. Hasta las mujeres inteligentes muchas veces están inseguras respecto al valor de sus propias ideas, hasta que las reciben de alguna otra persona a quien ellas respeten. Esta notable combinación de proyección e identificación está sin duda relacionada con la actitud pasiva general de la mujer. El sentimiento de inseguridad en la actividad creadora corresponde a la necesidad profundamente enraizada de las mujeres de ser fecundadas desde fuera para poder crear.

<sup>1</sup> FREUD, S.: *The ego and the id.* London Hogarth, 1927.

<sup>2</sup> DEUTSCH, H.: *Some forms of emotional disturbance and their relationship to schizophrenia.* Psychoanalytic Quart., vol. 11, 1942.

La tendencia a la identificación adquiere algunas veces formas muy importantes. Así, muchas mujeres ponen sus cualidades, que pueden ser excelentes, a la disposición del objeto de su identificación, y se contentan con pensar: "¡De qué hombre magnífico estoy enamorada!" Prefieren estimar sus propias cualidades y gozar de ellas en otras personas. Viceversa, las mujeres ambiciosas, que, debido a que no son activas ni suficientemente inteligentes, no han encontrado una satisfacción directa para su ambición, intentan buscar una compensación en la identificación con sus maridos. Se esfuerzan con la mayor energía en obtener el reconocimiento de sus maridos, rebosan hostilidad agresiva hacia quienes no participan de su admiración, y se comportan como si su superestimación fuera una expresión de su amor. En el fondo no suelen creer en el valor de los hombres que admirán con tal entusiasmo, como no sea para satisfacer sus propias ambiciones proyectadas en ellos.

Existen mujeres con ricos dones naturales que no pueden, sin embargo, desarrollar más allá de ciertos límites. Tales mujeres están expuestas a las influencias exteriores y cambian las identificaciones en un grado tal que jamás consiguen consolidar sus conquistas. En lugar de hacer una razonable elección entre las numerosas oportunidades de que disponen, constantemente se ven envueltas en la confusión, que ejerce una influencia destructora sobre sus propias vidas y sobre las vidas de quienes las rodean.

Puede suponerse que esta facilidad para la identificación con los demás influye favorablemente sobre la capacidad para la adaptación. Sin embargo, en las mujeres estos dos procesos no siempre coinciden; por el contrario, se han hecho interesantes observaciones que parecen demostrar que la verdad se encuentra en el extremo opuesto. Las mujeres que más bien corresponden al tipo de personalidad múltiple descrito por Freud son capaces de renunciar completamente a su propia personalidad en cuanto hacen suyos los intereses del hombre y se asimilan completamente a él. Los intereses intelectuales, las preferencias y las aptitudes especiales, hasta la escritura manual y los ademanes del hombre, son adquiridos por la mujer. Tales mujeres hacen uso de los rasgos absorbidos como si fueran propios, y muchas veces los emplean como armas contra los hombres de quienes los han tomado. Algunas cosas que comienzan como una amable imitación, pueden gradualmente adquirir un carácter hostil en la forma de "no te necesito, soy igual a ti". Una mujer que se identifica ampliamente con un hombre, puede, al mismo

tiempo, oponerse a él destrutivamente e intentar conservar sus derechos y costumbres en todas las cuestiones de la vida.

Frente a esto, observamos que cuanto más completamente conserva una mujer su propia personalidad más fácilmente se adapta a un hombre. En tales casos parece que la fachada fuera de un material plástico que se adapta perfectamente a la realidad, mientras el material que hay tras ella es duro e inflexible como el mármol. Este tipo de adaptación, que algunas veces se encuentra en las mujeres de carácter, distingue también ciertas razas y naciones. Éstas se adaptan con notable facilidad a un nuevo medio, pero parecen poseer cualidades sólidas profundamente enraizadas, casi inaccesibles a las influencias externas y se oponen, por tanto, tenazmente a la completa asimilación. Existe quizás una relación íntima entre estas dos cualidades —la capacidad para adaptarse y la conservación de un núcleo firme incapaz de moldearse.

La facilidad con que las mujeres se identifican, las expone a acusaciones (algunas veces justificadas) de falsedad (duplicidad de las mujeres). Cierta tipo de mujeres más inteligentes tiene la habilidad de mostrar a los hombres aquella de sus facetas que produce en ellos la sensación de ser muy importantes. Muchas mujeres deben sus triunfos en muy variados campos a este tipo de capacidad para la adaptación. Lo que cuentan a un hombre lo reservan a otro; con unos se muestran pequeñas e insignificantes, con otros se ponen en puntillas para mostrarles que pueden alcanzar su nivel. Realizan todas estas acciones debido a su tendencia más o menos consciente a producir en las otras personas una satisfacción narcisista, de tal forma que se sienten admirables, y al mismo tiempo admirar a su adulador admirador. Estas mujeres no suelen esforzarse en ser amadas, sino que usan la simpatía que despiertan en los demás para sus propios propósitos ambiciosos. Son particularmente peligrosas cuando rivalizan con otras mujeres, con frecuencia más inteligentes que ellas, que por perseguir abiertamente sus objetivos ambiciosos son temidas y rechazadas por los hombres. Volveremos a ocuparnos de este último tipo de mujer. Por ahora debemos subrayar el hecho de que la facilidad peculiar de las mujeres para la identificación revela una amplia gama de posibilidades. Es una cualidad femenina innata que, nacida de la debilidad y pasividad, puede servir a variados y muchas veces opuestos propósitos. Hay una gran diferencia si la identificación sirve a los fines del amor o del odio, si deriva de la fuente fría de una masculinidad (deseo de ser "igual a él") o de

la fuente cálida de la femineidad (deseo de "comprenderle" por el *sentimiento* de "ser igual a él").

Hemos hablado antes de una fase de la adolescencia durante la cual los muchachos y muchachas despliegan una comprensión particularmente aguda de sus propios estados psicológicos. Hemos explicado este fenómeno por la autoobservación intensificada sobre una base narcisista, y por el aumentado interés para los procesos de su propia vida psíquica que son característicos de este periodo. En mi práctica psicoanalítica he encontrado un tipo de paciente que por intensificación patológica de esta conducta era capaz de arrojar mucha luz sobre ella. Dotadas de una extraordinaria intuición acerca de sus procesos psicológicos y de la capacidad de observarse y comprenderse, las personas de este tipo dirigen toda su actividad hacia su propia vida psicológica, mientras son notablemente pasivas en su actitud para el mundo que las rodea. Están tan bien adaptadas a la realidad como les es posible, pero por ser tan pasivas son dominadas por las gentes y las cosas. El análisis muestra que su percepción interna llega a una autoobservación más intensa con el fin de defenderse contra peligros internos. Nos encontramos, pues, con un proceso defensivo en el que el individuo se comporta como alguna persona que escuchara ansiosamente en la oscuridad y percibiera todos los ruidos con especial agudeza. Un paciente de este tipo declaraba que prestaba una atención tan detenida a sí mismo para no caer en la locura, definiendo así claramente su percepción interna como un mecanismo de defensa. Se observa también que en estos pacientes la ansiedad reprimida aumenta su intensidad en cuanto la autoobservación defensiva fracasa. En un caso, el ansia se hizo cada vez más fuerte durante el tratamiento, hasta que finalmente el paciente comenzó a desarrollar ideas paranoicas. Por tanto, fue posible observar *stata nascendi* la transformación de la percepción interna en una proyección en la que el observador interno vino a ser el perseguidor en el mundo externo.

Nuestra experiencia con estos pacientes nos ha permitido una comprensión de esa "percepción interna" que las mujeres poseen en mayor grado que los hombres. Comprenderla es de gran importancia, pues la característica femenina más notable, la intuición, puede derivarse de ella.

Volvamos a ocuparnos de la fase final de la adolescencia durante la cual el muchacho joven se dirige vigorosa y activamente hacia la realidad, mientras la mujer persevera durante largo tiempo y en un grado mayor en su vida fantástica. La excesiva preocu-

pación por la vida fantástica implica peligros para el yo y requiere una mayor vigilancia interna, un "escuchar en la oscuridad" más agudo. La facultad de autoobservación desarrollada durante la adolescencia, es el medio de que dispone la mujer para combatir este peligro psicológico. Al principio, esta facultad funciona como un mecanismo de defensa, y si el desarrollo de la adolescente hacia el estado adulto sigue un curso favorable, cristaliza en una cualidad caracterológica positiva. Si esta autoobservación no desempeña el papel de un rígido gobierno durante la adolescencia, e impulsa a la muchacha joven a huir por el temor a su propia vida fantástica, la combinación de la rica fantasía y de la vida emotiva, de la subjetividad y de la percepción interna, da lugar a la *intuición*, un componente importante de lo que Goethe llamó el "eterno femenino". Una parte del narcisismo adolescente está incluida en esta formación y cuando no evoluciona hacia el autoamor egoista, dota a las mujeres con esa cualidad atractiva, ese encanto que parece decir: "Ámame, tengo muchas cosas que poder darte".

La comprensión por parte de las mujeres de la mente de otras personas, su intuición, es el resultado de un proceso inconsciente a través del cual la experiencia subjetiva de otro individuo es estimada como propia, debido a la asociación, y así es inmediatamente comprendida. La experiencia subjetiva de la otra persona se manifiesta en un suceso externo, que es algunas veces escasamente perceptible, pero que en una persona intuitiva evoca por rápida asociación un estado interno definido; la percepción consciente rápidamente suscita la reacción interna, incorpora la impresión recibida a una serie armónica de ideas, domina el elemento "inspiración", y lo traduce en la forma sobria del conocimiento consciente. Como todo el proceso es muy rápido, su segunda fase, la de la elaboración intelectual, es escasamente percibida —todas las cosas parecen tener lugar en el elemento inconsciente y afectivo, pues el elemento consciente no aparece en primer término.

Lo que vemos en la intuición no es una concatenación lógica de impresiones; por el contrario, en cada experiencia intuitiva el estado mental de la otra persona es "re-experimentado" emotiva e inconscientemente, es decir, se siente como propio. La capacidad para hacer esto dependerá naturalmente de nuestra simpatía y amor, y de nuestra afinidad espiritual con la otra persona. El grado de esta afinidad espiritual, para la cual el idioma alemán tiene el término *Einfühlung* (algunas veces traducido por "empatía") depende de la riqueza de nuestras propias experiencias emotivas que

yacen bajo la "percepción interna" o de la capacidad para comprender nuestros propios sentimientos y reacciones psicológicas y, por analogía, los de otras personas. Esta breve definición de la intuición describe una capacidad que es en alto grado característica de las mujeres. Por precaución permítasenos reemplazar el término "capacidad" por el de "potencialidad", para indicar que las mujeres no siempre, y quizás no con frecuencia, se hallan en situación de hacer uso de su intuición. Otros factores determinan su funcionamiento. Todos los seres humanos desarrollan prejuicios —el psicoanálisis los llama resistencias— contra sus propias inclinaciones y potencialidades<sup>1</sup>. Estos prejuicios pueden naturalmente constituir obstáculos para la intuición y para la capacidad de comprender a las otras personas. También la aplicación práctica de la intuición de las mujeres muchas veces fracasa. Cometen graves errores en sus juicios y en su trato con las demás gentes, hasta cuando están dotadas de una fuerte intuición. Después de cada error y de cada desilusión descubren que en realidad esperaban y conocían previamente lo que podía suceder, pero "alguna cosa" les impidió hacer el uso correcto de su capacidad intuitiva. No es nuestro objeto discutir aquí los posibles motivos más profundos de tal conducta. Sin duda, en estos casos están muchas veces envueltas tendencias masoquistas que crean condiciones desfavorables para el uso práctico de la intuición. No siempre la intuición es un medio suficiente para adueñarse del mundo externo; muchas veces es necesario recurrir a métodos más objetivos de crítica racional para usar de un modo efectivo esta cualidad.

Sin embargo, el tipo de mujer que estamos discutiendo aquí se halla limitado en el uso de su intuición por otros motivos. Estas mujeres han confundido y por desgracia transferido su autovaloración a otro campo. Se niegan a admitir sus cualidades femeninas que son del tipo subjetivo y emotivo, y en lugar de obtener la ventaja de estas cualidades femeninas positivas, desean mayor "objetividad" y "carencia de emotividad", es decir, cualidades menos inherentes a sus naturalezas. Una mujer joven con la que tuve la oportunidad de discutir tales dificultades en la aplicación práctica de su intuición, me decía que siempre recordaba con horror la conducta irracional puramente emotiva de su madre. ¿No son todas las mujeres igual a ella?, preguntaba.

Podemos responder a esta pregunta objetivamente: Si, muchas

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: *A discussion of certain forms of resistance*. Internat. J. Psychoanalysis, vol. 20, 1939.

mujeres son igual a ella, pues toda potencialidad humana puede ser usada de un modo abusivo o perjudicial, lo mismo que puede ser usada de un modo efectivo. Además, esta tendencia aparentemente "irracional" puede ser muy favorable, y huir de ella conduce a un empobrecimiento interno que sólo pretende ser objetividad racional. El valor de las mujeres yace en el buen manejo del componente irracional de su psique.

Atribuir mayor grado de intuición a las mujeres no significa negar su existencia en los hombres. En los hombres, las experiencias de la adolescencia pueden tener un efecto fructífero y duradero. Pero un hombre intuitivo sensible tiene probablemente un componente fuertemente femenino en toda su personalidad. Así parece suceder particularmente en los hombres con dotes artísticas, y en aquellos cuyas profesiones requieren la comprensión psicológica de otra gente. Se ha subrayado justamente que algunas obras literarias escritas por hombres revelan una profunda comprensión psicológica del alma femenina. Estos hombres seguramente usan las fuerzas sublimadas de su propia femineidad para una perfecta identificación con las mujeres. Por otra parte, la literatura mundial, incluyendo la literatura moderna, contiene gran número de obras debidas a mujeres que se distinguen por su genio psicológico. Nuestra impresión personal, para la que naturalmente no pedimos aceptación general, es que las mujeres cuyas obras literarias son brillantes se limitan a un campo en que pueden hacer uso de sus dotes psicológicas, y muchas veces muestran su incapacidad cuando, razones políticas o de otro orden les llevan a campos intelectuales en los que lo principal es abordarlos objetivamente. Cuando su talento literario procede del cuerno de la abundancia de la intuición femenina, sus obras son muchas veces importantes, pero su inteligencia no está a nivel de su intuición femenina innata.

En nuestro esfuerzo para encontrar las fuentes de las cualidades femeninas específicas parece que siempre volvemos a nuestro punto de partida. La seriación constituida por: 1º, mayor tendencia a la identificación; 2º, más vigorosa fantasía; 3º, subjetividad; 4º, percepción interna, y 5º, intuición, vuelve a llevarnos al origen común de todos estos rasgos, la pasividad femenina. En bien de la claridad será útil tener presente esta pasividad mientras analizamos sus componentes individuales.

Uno de estos componentes es la inclinación a la fantasía de las muchachas jóvenes. Hemos señalado que el muchacho, debido a sus características anatómicas y fisiológicas, está mejor preparado que la

muchacha para la tarea de adueñarse de la realidad —ha construido, podríamos decir, una mayor "realidad potencial". Se han hecho muchos ensayos para explicar la perseverancia de las muchachas jóvenes en la vida fantástica, acudiendo al doble *standard sexual*, que da al hombre joven mejores oportunidades para la satisfacción sexual, protegiéndolo así de verse sobrecargado por fantasías. La observación de los jóvenes modernos nos ha permitido corregir este concepto. En la actualidad el doble *standard sexual* está siendo eliminado por la presión de dos direcciones opuestas: la muchacha joven se comporta con mayor libertad, y el hombre joven pospone voluntariamente su satisfacción sexual hasta que adquiere mayor capacidad para amar. Estos nuevos desarrollos, sin embargo, no parecen tener mucho efecto sobre las diferencias sexuales de que nos estamos ocupando en este lugar, y nos vemos obligados a aceptar que motivos mucho más elementales, enraizados en la biología, son responsables de ellas.

La aproximación de la labor reproductiva, mientras falta la posibilidad o capacidad para cumplirla, es otro factor que intensifica la tendencia a la fantasía de las muchachas. Nuevamente nos encontramos con una situación del desarrollo donde una tendencia progresiva deja en libertad fuerzas regresivas. La hipótesis de que las fantasías de la maternidad de las muchachas jóvenes, debido a que están físicamente maduras, tienen mayor realidad que las experiencias infantiles relativas a ella, está basada sobre un tipo de ilusión óptica. Las mujeres que se aproximan a la madurez se hallan en la misma situación que se encontraban cuando eran muchachas pequeñas, y colocaban las primeras piedras fundamentales, en su vida fantástica, para su futuro estado adulto. En aquella época jugaban con muñecas en una activa identificación con su madre. Cuando la muchacha madura normalmente suspende esta identificación y se identifica consigo misma en el papel que desempeñará en el futuro. Sus posibilidades de realización están todavía distantes y se encuentra aún separada de ellas por sus ansias, sus deseos y sus preparaciones para el acto sexual. Ahora el cumplimiento está más cerca, siente un gran peligro, y los procesos psicológicos nacientes relacionados con la función reproductiva son impulsados hacia la esfera más interna de la vida fantástica, lo mismo que ocurría en la infancia de la muchacha. Esta inclinación a la fantasía nacida de la imposibilidad interna de la realización más que de la imposibilidad externa, es decir, de la pasividad, aumenta a su vez la pasividad de las mujeres en una especie de círculo vicioso. Las fantasías pueden llegar a ser un preludio

de la acción, pero su satisfacción tiene lugar en un plano psicológico y aunque intensifican y enriquecen la vida psicológica, debilitan el impulso a la realización.

Por tanto, la mujer adquiere una tendencia a la pasividad que intensifica la naturaleza pasiva inherente a su biología y anatomía. Espera pasivamente la fecundación: su vida sólo es totalmente activa y enraizada en la realidad cuando va a ser madre. Hasta entonces todas las cosas que son femeninas en la mujer, la fisiología y la psicología, son pasivas, receptivas. Esta especulación, basada sobre mi experiencia, quizás pueda ser confirmada por una observación más objetiva: ningún ser humano tiene un sentido tan grande de la realidad como una madre. Se observa muchas veces que con la conquista de la maternidad, que implica el giro más vigoroso hacia la realidad, la muchacha joven, que previamente poseía una profunda intuición, pierde este don valioso y lo reemplaza con otro, las cualidades más realistas.

La fuerte tendencia de la muchacha hacia la fantasía y hacia la experiencia subjetiva, aunque da nacimiento a las cualidades positivas de la intuición y empatía, envuelve ciertos peligros. El excesivo rechazo de la realidad fortifica las tendencias neuróticas. El desarrollo intelectual de las mujeres, su adaptación social y su actividad profesional pueden ser naturalmente perturbadas por la excesiva fantasía.

En el curso del desarrollo de las muchachas se presentan fantasías, experiencias subjetivas y fortificación de la facultad intuitiva. Son también productos de una sublimación, que permanece subjetiva y emotiva, y que es típica de las mujeres; por esta razón la realización prematura de los objetivos vitales no parece ser ventajosa, ni siquiera en circunstancias favorables. Todos los frutos de la experiencia psíquica que comienzan a madurar durante la adolescencia deben completar el proceso de maduración. Sólo una mujer que parcialmente haya sublimado sus tendencias maternales durante el período de espera, llegará a ser una verdadera madre. La observación muestra que una maternidad demasiado precoz implica el peligro de retardar este proceso de maduración. Ciento es, sin embargo, que existe un tipo de "maduración tardía" en la maternidad. Así, vemos mujeres afectivamente infantiles que prematuramente, sin estar psicológicamente preparadas para la maternidad, llegan a ser madres, y sólo alcanzan el proceso de maduración durante el embarazo o con el nacimiento del niño. Las madres de la guerra nos han proporcionado amplias oportunidades para observar esto. Otro peligro es que la ma-

ternidad precoz tiene tales exigencias sobre la personalidad incompleta de la muchacha que toda su actividad es puesta al servicio de la función reproductiva, quedando mutilada así su personalidad.

Estas tendencias pasivas en la muchacha no son opuestas a los esfuerzos, muchas veces intensamente activos, que desarrolla durante la adolescencia. Muchas muchachas son forzadas por la presión de las condiciones sociales a dedicarse a alguna ocupación, pero la consideran provisional. Incluso hoy, es muy notable que muchas mujeres dedicadas a profesiones activas esperan el momento en que serán mantenidas por sus maridos, y reprochan amargamente a los maridos que son incapaces de satisfacer esta demanda. Muchas muchachas se dedican a diferentes profesiones porque es la moda hacerlo así, o debido a sus convicciones sociales; muchas de ellas son movidas por el deseo de participar en la vida activa. Puede pensarse que esta actividad, particularmente intensificada en nuestra generación, está en oposición a lo que hemos descrito como específicamente femenino. Pero en realidad, por absurdo y paradójico que parezca, la estructura física de las mujeres no se compone exclusivamente del "eterno femenino". Ciento es que la femineidad es un núcleo esencial, pero alrededor de este núcleo existen capas y cubiertas que son igualmente elementos genuinos del alma femenina, que con frecuencia tienen mucho valor, y que son indispensables para la conservación y desarrollo del núcleo. Si seguimos el siguiente desarrollo de estos elementos, encontraremos que derivan de los componentes activos algunas veces masculinos, que, aunque siempre están más o menos presentes en las mujeres, se originan en la parte masculina de la predisposición bisexual. Son continuaciones de los elementos presentes en la fase no diferenciada de la infancia, identificaciones con prototipos masculinos, supervivencias de los brotes de actividad de la prepubertad, en suma, son sublimaciones de corrientes activas en las mujeres.

Hasta la observación superficial muestra que una muchacha que hasta entonces había sido inteligente, brillante y prometedora, deja que todos estos valores de la personalidad estallen durante la pubertad como una burbuja de jabón, cuando la muchacha se encuentra sobrecargada en la intensificación de su mundo interior por su naciente femineidad. Lo inverso también es cierto. Muchas veces vemos a una muchacha intelectual, ambiciosa, con una escrupulosidad pedante y neuróticamente respetuosa, fortificando estas cualidades en la adolescencia, y haciendo de ellas una armadura que le sirva de protección contra el desarrollo de cualidades femeninas. Estas muchachas me parecen ser el tipo femenino más miserable que existe, pues,

como su rústica hermana gemela Dulcinea, muchas veces son un hombre excelente, pero de ordinario incompleto. Estas muchachas están perturbadas por la maternidad, no por una maternidad emotiva, sino por la maternidad real. En su esfuerzo para hacer perfecta la vida llegan a la maternidad, y su devoción por sus hijos muchas veces puede ponerse en conflicto real con sus otras aspiraciones. Tales mujeres son todo inteligencia o todo vigor, y su experiencia subjetiva, desarrollo afectivo e intuición se han perdido completamente. Siempre harán su labor del modo más completo, pero jamás producirán algo original derivado del tesoro de la intuición, que es la fuente del genio de las mujeres.

Los tipos Dulcinea, intelectuales o deportistas, son extraordinariamente frecuentes en el colegio. Sus maestros están muy contentos con estas muchachas, pues les merecen gran confianza. Pero sus vidas afectivas son secas, estériles y pobres. Únicamente las muchachas de talento excepcional pueden soportar este exceso de inteligencia sin que se alteren sus vidas afectivas, pues la inteligencia de las muchachas, su capacidad para la vida objetivamente comprensiva, se desarrollan a expensas de sus cualidades afectivas subjetivas. Por desgracia la educación moderna no tiene en cuenta esta verdad, y con frecuencia sobrecarga intelectualmente a las muchachas. Los deportes no son sustituto adecuado de las experiencias profundamente afectivas, ni las diversiones ni goces artísticos responden a la necesidad de verdadero reposo y comisión de la muchacha consigo misma.

En el otro extremo se encuentra la muchacha completamente pasiva. No llega a alcanzar en sus fantasías el punto de la sublimación. Es incapaz de desarrollar su feminidad activa con su meta pasiva, debido a su temor a lo que puede encontrar o a lo que ya ha encontrado al buscarse a sí misma psicológicamente sus defectos; se abandona a su destino y constituye un objeto completamente pasivo para las influencias exteriores que actúan sobre ella. Esta orientación pasiva puede presentar diversas formas. Cuando tiene un carácter sexual conduce al abandono pasivo, sin ningún otro motivo que el de la pasividad de la debilidad mental, o puede extenderse a todas las situaciones de la vida de la muchacha y hacer de ella un objeto pasivo para todos los estímulos exteriores. Algunas veces persevera en ciertos tipos de actividad, pero sólo cuando su meta es señalada por los demás. Este tipo de muchacha no es idéntico al tipo mencionado antes (pág. 129). Mientras este último sigue pasivamente a los demás individuos como resultado de su vacuidad afectiva,

el primero tiene muchas potencialidades emotivas, pero no llega a desarrollarlas activamente por temor e inhibición. La muchacha es neurótica sin saberlo. Es femenina, pero un elemento perturbador ajeno ha deformado su pasividad femenina. No ha sublimado esa tendencia esencial de su naturaleza en la profunda experiencia subjetiva, debido a que se ha abandonado a ella completamente. Todas las emociones violentas causan en tales muchachas desmayos; son víctimas de estados narcolépticos, y el excesivo sueño, como una reacción a los sentimientos de fatiga, roba gran parte de sus vidas. Utilizan el sueño para escapar de la vida, no para restablecer su vigor.

Otra diferencia entre el desarrollo masculino y femenino consiste en que durante los años de máximo crecimiento psicológico, es decir, en la adolescencia, las mujeres muestran una tendencia más fuerte que los hombres a la espiritualización del instinto sexual. En la historia de la humanidad la espiritualización de este instinto ha tomado diversas formas. La religión primitiva elevó la sexualidad al estado de una función divina, disminuyendo así la necesidad de la espiritualización individual. Más tarde la sexualidad fue considerada como un instrumento del demonio, y se predicó el ascetismo para alcanzar la espiritualización que no podía ser conseguida directamente. En la vida individual esta espiritualización sigue diversos caminos. A través de la actividad fantástica que comienza precozmente en la infancia, el instinto sexual se relaciona desde el comienzo con contenidos psicológicos inconscientes. Durante la pubertad se repite con mayor intensidad el mismo proceso. El intervalo entre el renacimiento del impulso sexual y su directa satisfacción se llena con actividad fantástica, y así se va dotando al instinto sexual de un contenido psicológico. En el reino animal el estímulo sexual se relaciona con los órganos sensoriales, sobre todo con el sentido del olfato. (Esta relación es más marcada aún en el instinto maternal de los animales, y es la causa de la diferencia radical entre "cuidados maternales", un complejo afectivo de las mujeres, e "instinto maternal" de los animales). Seguramente, en los seres humanos los órganos sensoriales constituyen un importante intermediario entre la esfera sexual y los elementos psíquicos, pero el desarrollo de la vida fantástica establece una relación entre la sexualidad y las diversas funciones espirituales, especialmente en la vida afectiva. Veremos que el carácter de esta relación entre el instinto y la vida

afectiva constituye una de las diferencias sexuales esenciales entre los hombres y las mujeres.

Lo que hemos observado directamente en los procesos de la adolescencia nos vuelve a recordar que muchos fenómenos psicológicos pueden ejercer paródicamente tanto influencias inhibidoras como excitadoras. La intensificación del instinto sexual moviliza las fuerzas opuestas que sirven para resistirlo<sup>1</sup>. Las mismas fuerzas de resistencia dan lugar a importantes contribuciones en el desarrollo del yo, sirviendo simultáneamente para la sublimación. Ejercen una influencia duradera inhibidora del instinto que es utilizada en ventaja de la personalidad como un todo, en tanto que permanece cuantitativa y cualitativamente dentro de límites normales. Si estos mecanismos de defensa se hacen muy rígidos y continuamente se oponen a la satisfacción instintiva y a otros desarrollos, adquirirán el carácter de una resistencia interna, que se manifiesta en la forma de síntomas neuróticos y en la formación de personalidades patológicas.

Los mecanismos de defensa de las muchachas contra los ataques de la sexualidad son hasta cierto grado idénticos en carácter a los de los muchachos. La muchacha que tiene aficiones intelectuales y una predisposición a las neurosis obsesivas fortificará su intelectualidad y su tendencia a la objetivación, y así repelerá el ataque de la sexualidad ascendente. Hasta usará de esas cualidades como armas contra el mundo exterior cuando sus encantos femeninos, cada vez mayores, enciendan la lujuria de los hombres y la coloquen en peligros reales e inmediatos. Hemos visto que hasta la no intelectual Dorotea comenzó repentinamente a desarrollar una curiosidad objetiva cuando se encontró en un medio peligroso.

En relación con la mayor pasividad de las mujeres y con su más intensa vida interior y fantasía se halla la tendencia, específicamente femenina, a no tener en cuenta las exigencias sexuales groseras y a expresarlas en la forma de deseo amoroso idealizado y de erotismo sublimado. Durante las primeras fases de la adolescencia, la tendencia a idealizar el instinto sexual es común a los muchachos y muchachas. Se manifiesta sobre todo en la elección del objeto amado, cuya naturaleza y significación excluye en el joven cualquier aspecto sexual grosero de él. En los hombres, esta actitud se reduce a un mínimo en la vida posterior, y sólo persiste en los casos anormales. Los hombres que no pueden desear sexualmente al objeto que aman, y viceversa, son numerosos, pero son neuróticos. El mismo desdoblamiento

miento de los sentimientos eróticos se encuentra en las muchachas, pero, como hemos visto antes, rara vez con respecto al objeto amado. En ellas este desdoblamiento afecta a sus propias personas, es decir, se rebajan hasta el estado de un objeto puramente sexual, o se elevan hasta el nivel de ser "inalcanzable".

De cualquier modo, la muchacha reprime el conocimiento consciente de la exigencia instintiva directa durante más largo tiempo y más eficazmente que los muchachos. Esta exigencia se manifiesta directamente en sus intensificados deseos de amor y en la erótica orientación de sus fantasías; es decir, dota a su vida interna de aquellas cualidades sentimentales que reconocemos como específicamente femeninas. En la estructura psicológica de las mujeres estas cualidades representan un proceso de sublimación, y al mismo tiempo sirven como una defensa contra las demandas instintivas sexuales directas. Un gran poeta polaco llamó a la pasión la "poesía del cuerpo" y a la sensualidad su "prosa". Este esfuerzo para desplazar la riqueza poética de la emoción distingue la adolescencia de las muchachas de la de los muchachos, en los cuales la fantasía gradualmente cede el camino a la actividad masculina que está dirigida hacia la realidad. En el muchacho, en oposición a la muchacha, al final del conflicto entre el instinto y el mecanismo de defensa surge el instinto sexual, independiente en alto grado de sus sublimaciones.

Debe mencionarse en este lugar que estas diferencias entre los sexos, aunque básicas, tienen carácter cuantitativo y también cualitativo. Hemos hablado de ciertas cualidades "masculinas" como componentes normales de la psicología femenina. De estas observaciones sobre las diferencias entre los sexos no puede concluirse que el hombre normal sea un ser instintivo —bien adaptado a la realidad y muchas veces dotado con grandes cualidades espirituales— cuya sexualidad, no influida por las emociones, se esfuerce activamente y sin inhibiciones por alcanzar su meta directa. Tales hombres existen, pero no pueden ser considerados como representativos del sexo masculino. Lo que consideramos como rasgo esencial de las mujeres —el hecho de que su sexualidad y otros intereses vitales estén poderosamente cargados de emoción— es también un factor en el desarrollo del hombre, y como un componente "femenino" quizá desempeña el mismo papel en su psicología que el componente masculino desempeña en las mujeres. Pero la valoración social de estos componentes estimula la masculinidad en las mujeres y desalienta la femineidad en los hombres. Lo mismo que durante la pubertad el epíteto "afeminado" es un insulto, mientras "marimacho"

<sup>1</sup> FETTER, A.: *Op. cit.*

es muchas veces una expresión de aprecio (pág. 90), así también las cualidades masculinas en la vida posterior de las mujeres frecuentemente tienen un alto valor social, mientras la femineidad de un hombre le hace ridículo y hasta despreciable si se manifiesta demasiado claramente. El hecho de que muchos hombres deban sus dotes artísticas y algunas profesionales a este componente pasa muchas veces inadvertido.

Sin embargo, en este lugar deseamos subrayar el elemento cuantitativo sin hacer ningún juicio valorativo. Aceptamos que todas las formas de desarrollo de la sexualidad y de la personalidad son comunes en ambos sexos, que el mismo mecanismo de defensa y los mismos tipos de sublimación se hallan a su disposición, pero uno de los sexos hace mayor uso de algunos de ellos y el otro de los otros. Estas diferencias cuantitativas contribuyen mucho a la diferenciación de los sexos.

Cuando discutímos las manifestaciones de objetivo-inhibido del desarrollo sexual en las muchachas, mantenímos que se presentaban en la esfera de los sentimientos. La sexualidad femenina se sublima en valores emotivos definidos en un grado mucho mayor que la sexualidad masculina. Más tarde tendremos oportunidad para volvernos a ocupar de las manifestaciones directas de la sexualidad femenina en la adolescencia.

Examinemos ahora las relaciones entre las funciones sexual y reproductiva de las muchachas jóvenes. Rechazamos la sugerión de una "paz negociada" entre estas dos funciones, si su propósito es privar al instinto sexual femenino de una tendencia independiente que sirve sólo a los fines del placer. Tales propósitos de paz se originan en las exigencias de la Iglesia y en ciertos ideales raciales y objetivos sociales, más que en la real comprensión, basada sobre la experiencia, de las funciones femeninas. Estamos en desacuerdo, sin embargo, con el otro concepto, muchas veces expresado por los psicoanalistas, de que la reproducción es solamente una consecuencia del acto sexual y no su objetivo esencial. Precisamente en la adolescencia es donde pueden verse yuxtapuestas esas dos corrientes, influyéndose reciprocamente. El instinto maternal se manifiesta en las fantasías, temores y síntomas que aparecen más marcadamente durante la primera menstruación. En esta época su carácter es tan infantil, tan lleno de elementos regresivos, tan adherido a las antiguas ideas de la muchacha pequeña, que es difícil poder considerarlo como un impulso completamente despierto hacia la maternidad. Llamamos "complejo de la maternidad" a este grupo de ideas y emociones, y

asignamos a este periodo de la vida el papel de "avanzada" psicológica, que sirve de heraldo y prepara el siguiente desarrollo del instinto reproductivo. Es difícil resolver si debe su existencia únicamente a factores psicológicos, o si se trata de la percepción interna de un proceso hormonal.

El rasgo característico del deseo erótico de las muchachas jóvenes y su contenido inconsciente es la expectativa de la experiencia sexual distinta de la maternidad. El origen de este deseo en los impulsos instintivos no sublimados primitivos se manifiesta de varios modos. El ardiente deseo de ser deseada, la violenta aspiración a la posesión egoista exclusiva, una actitud completamente pasiva normal con respecto al primer ataque, y el ansia de ser raptada, que aparece en los sueños y temores, son atributos característicos de la sexualidad femenina. Son tan fundamentalmente diferentes de las manifestaciones afectivas de la maternidad que nos vemos obligados a aceptar la oposición entre la sexualidad y el erotismo por una parte, y el instinto reproductivo y la maternidad por otra. Por tanto, el doble papel sexual de las mujeres se expresa en el comienzo, cuando podemos ver las manifestaciones psicológicas de ambos aspectos simultáneamente. Sólo más tarde y gradualmente, aunque quizás tan sólo cuando ha tenido lugar la verdadera experiencia sexual, esas dos partes se entremezclan intimamente, se apoyan y fortifican entre sí, o se produce el conflicto. Más tarde veremos cómo la sexualidad y la maternidad están muchas veces en una contradicción sentimental absoluta, y cómo, de todos modos, se funden en la vida más profunda e inconsciente del alma.

CAPÍTULO CUARTO  
MENSTRUACIÓN

**E**l acontecimiento más importante de la pubertad es la menstruación. Un signo biológico de madurez sexual, la primera hemorragia genital, moviliza reacciones psíquicas tan numerosas y variadas que está justificado hablar de la "psicología de la menstruación", considerándola como un problema específico. La mezcla de fenómenos hormónicos, biológicos y de reacciones fisiológicas, el curso cíclico de los procesos somáticos y la repetición periódica de la menstruación constituyen uno de los problemas psicosomáticos más interesantes. Es una cuestión de tipo experimental el estudio de las influencias reciprocas que ejercen estas dos esferas de la vida —la orgánica y la psíquica<sup>1</sup>.

Lo que nos interesa en este lugar es la menstruación como una experiencia psicológica. Ya antes que comience, las muchachas jóvenes están en una definida expectativa y poseen típicas reacciones emotivas relacionadas con ese fenómeno, observándose variaciones individuales. Aunque podemos hablar de un "periodo de expectativa", no es fácil dar una exacta definición de este periodo, que puede ser concebido en dos formas diferentes —como el periodo de maduración que precede inmediatamente a la primera menstruación, o como todo el largo periodo de la preparación inconsciente de la muchacha para la feminidad. Durante ese largo periodo, la menstruación, hasta en el caso en que la muchacha no conoce el fenómeno intelectualmente, adquiere una existencia psicológica que es de gran importancia para determinar su reacción a la experiencia real y personal ulterior.

Uno de los elementos esenciales del periodo de expectativa es que durante él desempeñan un papel las impresiones infantiles de la muchacha respecto a los "secretos" de su madre relacionados con la menstruación. Un oscuro conocimiento de la indisposición mensual de la madre se manifiesta precozmente en la vida fantástica de la muchacha, y no siempre es posible saber cuándo y en qué grado ésta

MENSTRUACIÓN

se familiariza con la verdadera naturaleza del proceso. Las molestias menstruales de la madre, las ropas teñidas de sangre y las observaciones casuales pueden causar una impresión muy fuerte sobre la mente de la muchacha. Cuanto más joven es y más incapaz de asimilar estas impresiones, más dolorosas, cruentas, crueles y amenazadoras son estas manifestaciones de feminidad en relación a su vida fantástica.

Las observaciones psicoanalíticas han sido las primeras que han revelado la relación entre las reacciones psicológicas a la primera menstruación y el complejo de castración de las mujeres<sup>2</sup>. Pero la relación entre la menstruación y la función reproductiva se manifiesta también en los contenidos de la vida fantástica revelados por el psicoanálisis, en tal grado que podemos casi hablar de un conocimiento inconsciente de la significación biológica de la menstruación<sup>3</sup>. Los descubrimientos de M. Klein<sup>4</sup> y de otros autores de la escuela inglesa han demostrado que la reacción psíquica a la idea de que una parte del cuerpo sangra no se limita al órgano genital, sino que el interés de la muchacha joven por su anatomía es transferido desde los órganos genitales a los internos. En el ansia provocada por la visión o presencia imaginada de la sangre, la idea de ser desgarrada y desmembrada internamente desempeña un papel extraordinariamente importante.

Todas estas ideas están profundamente enterradas en el inconsciente de la muchacha. Los acontecimientos infantiles, los factores educativos durante el periodo de latencia y las experiencias de la prepubertad influyen sobre ellas profundamente. Forman el contenido psíquico del periodo de expectativa en el más amplio sentido de ese término. En un sentido más limitado podemos dar este nombre a la época en que la muchacha espera el acontecimiento que se aproxima con completo conocimiento de su naturaleza, o, si el medio es desfavorable, con un semiconocimiento. Pero en mi opinión la "sorpresa" completa, a que muchos autores se refieren, sólo puede ser el resultado de represiones por parte de la muchacha o de un descuido exagerado por parte de las personas que la rodean. En este último caso, los padres de la muchacha no sólo deben haber omitido

<sup>1</sup> Reemplazaremos el término "complejo de castración" de la mujer por "trauma genital", que en nuestro concepto expresa más exactamente el proceso a que nos referimos. En el Capítulo VI será discutida más detalladamente la exacta significación de este término.

<sup>2</sup> DEUTSCH, H.: *Psychanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*. Viena: Internat. Psychoanal. Verlag, 1925.

<sup>3</sup> KLEIN, M.: *Introduction to child analysis*. Londres, 1932.

<sup>4</sup> BENEDEK, T. y RUBENSTEIN, B. B.: *The sexual cycle in women*. Psychosom. Med. Monog., vol. 1, Washington, D. C.: National Research Council, 1942.

sus informaciones, sino que también deben haber hecho hasta lo imposible para evitar la información por parte de otras personas. Tal situación sólo puede producirse en circunstancias excepcionalmente desfavorables. La hija de la madre inhibida que, debido a sus propias dificultades, se ha esforzado por impedir que su hija llegue a conocer algo de los procesos sexuales, de ordinario tiene muchas oportunidades para obtener informaciones de otras personas. Tan sólo si la muchacha es excesivamente tímida y reservada en los contactos con los amigos de la misma edad, puede permanecer durante largo tiempo completamente ignorante.

Pero hasta cuando las circunstancias son más desfavorables es extraordinariamente raro que la falta de conocimiento de una muchacha se deba a algún factor que no sea su propia falta de voluntad para llegar a tal conocimiento. Tal "ignorancia" se produce, de ordinario, a consecuencia de una intensa y precoz curiosidad que ha sido reprimida. La investigación psicológica revela, en la mayor parte de los casos, que precisamente la muchacha "sorprendida" es lo que ha tenido en otro tiempo las ideas más extrañas y exóticas acerca del esperado fenómeno fisiológico. Aparte del temor y de la sensación de culpa, estas ideas irrationales son reprimidas y olvidadas, y cualquier idea racional acerca de la misma cuestión parece que sigue el mismo destino.

Por desgracia, las ideas irrationales aisladas de las influencias intelectuales producen más tarde efectos mucho más vigorosos que las racionales. Las fuentes de estos conceptos irrationales se encuentran principalmente en la primera infancia. Permanecen completamente inconscientes o se aceptan en la forma de ideas deformadas acerca de la menstruación. Pero también pueden ser el producto de una vida fantástica posterior, del error, de la falta de interpretación de las impresiones reales, de una información defectuosa, etc.

Aceptemos que la muchacha joven en el periodo premenstrual tiene una actitud no inhibida normal, es decir, que esté preparada para recibir una información racional. Los educadores se inclinan a creer que la fuente de información más apropiada es la propia madre. Sin embargo, debemos tener en cuenta la psicología de ésta. La menstruación es, con mucha frecuencia, un fenómeno que la madre oculta a sus hijas con particular discreción; es un secreto, y la idea de revelarlo tropieza por su parte con gran resistencia psicológica. A muchas madres les es más fácil hablar con sus hijas de la concepción, del embarazo y del parto que de la menstruación. Muchas veces se encuentran obstáculos profundos en la madre antes de hallarlos

en la hija. Los trabajos de Daly<sup>1</sup> y Chadwick<sup>2</sup> aclaran los motivos para este ocultamiento de la menstruación por la madre. Los estudios antropológicos, de los que estos autores han tomado sus datos, muestran que en muchas regiones y culturas, tanto del mundo moderno como del antiguo, tanto entre los pueblos primitivos como entre los civilizados, la menstruación era y es aún relacionada con ideas de horror, peligro, vergüenza y pecado. Entre los tabúes estrictos de los pueblos primitivos y los muchos prejuicios y temores de la gente civilizada se halla una semejanza muy marcada y profundamente enraizada. Las supersticiones de los individuos semi-educados, los temores de los inmaduros y los neuróticos, y las fantasías y sueños de muchos de nosotros, tienen una total semejanza con las reglas y prohibiciones de los pueblos primitivos respecto a la menstruación. Esto nos sorprenderá menos si nos damos cuenta de que los tabúes primitivos, como las fantasías de la gente civilizada, son reflejos de procesos en esa parte de la mente que parece impermeable a la influencia de la civilización.

Los antropólogos se han referido principalmente a la reacción del medio para la mujer que menstrúa. Chadwick dice: "Los tabúes y supersticiones que rodean a las mujeres menstruantes muchas veces se hacen más graves respecto a las muchachas en el primer periodo menstrual. Éstas, *ignor* que las mujeres de más edad, eran consideradas como un grave peligro público".

De acuerdo a los datos antropológicos, todos los sucesos, creencias y restricciones relacionados con las mujeres durante la menstruación expresan la idea general de que éstas son peligrosas y sucias en ese momento. Chadwick observa que los poderes malignos atribuidos a las mujeres que están menstruando son idénticos a los atribuidos a las brujas en el *folklore*. Dicha autora cita un párrafo de la *Historia natural* de Plinio: "Las mujeres que están menstruando agostan las cosechas, marchitan los jardines, matan las semillas, hacen caer los frutos de los árboles, matan a las abejas y hacen malparir a las yeguas. Si tocan el vino lo transforman en vinagre; la leche se vuelve agria, etc.". \*

Los difundidos tabúes contra la cohabitación con las mujeres que están menstruando, la costumbre judía de los baños purificadores

<sup>1</sup> DALY, C. D.: *Dir. Menses in Complex. Imago*, vol. 14, 1928.

<sup>2</sup> CHADWICK, M.: *The psychological problems in menstruation*. New York: New & Ment. Dis. Pub. Co., 1932.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>4</sup> *Ibid.*

dores, el horror asociado con la visión de una mujer desnuda durante su menstruación, las semejanzas entre las ceremonias de los hechiceros y las angustias relacionadas con la menstruación, son muy significativos.

Teniendo en cuenta que los prejuicios contra las mujeres que están menstruando se encuentran en todas partes en la mente inconsciente de la gente, y que las mujeres en ese momento parecen dotadas de los mismos atributos que las brujas —odio, temor a la muerte, poderes mágicos, canibalismo y capacidad para envenenarse— comprenden los motivos de la madre para ocultar su menstruación. Sin duda teme la probable reacción de su hija contra ella.

Muchos autores subrayan la importancia de ilustrar a las muchachas acerca de la menstruación. Havelock Ellis<sup>1</sup> defiende vigorosamente este paso, y señala los malos efectos de la ignorancia que han sido observados por numerosos médicos.

Gran número de muchachas no son preparadas por sus madres o madres para la primera aparición del flujo menstrual, algunas veces con desastrosos resultados, tanto para la salud de su cuerpo como para la salud mental.

En un estudio de ciento veinticinco muchachas de las escuelas superiores americanas, la doctora Helen Kennedy (*Effects of high school work upon girls during adolescence*, *Pedagogical Seminary*, June, 1896) se refiere a la "vergüenza" que hace imposible a las madres e hijas hablar entre sí respecto a las funciones menstruales. "Treinta y seis muchachas de esta escuela llegaron al estado adulto sin un conocimiento de una fuente adecuada respecto al fenómeno que las transformaba en mujeres. Treinta y nueve probablemente no sabían mucho más, y aunque habían recibido ciertas informaciones no habían hablado libremente de la cuestión. Con las muchachas curiosas, interesadas, es posible que se haya salido del paso con algunas palabras acerca de los cuidados personales y una reprimenda por su curiosidad. Menos de la mitad de las muchachas pudieron hablar libremente con sus madres de esta importante cuestión.

Edmond de Goncourt, en *Chérie*<sup>2</sup>, describe el terror de su joven heroína al aparecer el primer período menstrual, para el cual jamás había sido preparada. Dicho autor afirma: "Es muy raro, en efecto, que las mujeres hablen de este acontecimiento. Las madres temen advertir a sus hijas, las hermanas mayores se niegan a tener confidencias con sus hermanas más pequeñas, y las institutrices son gene-

ralmente mudas con las muchachas que no tienen madres o hermanas."

Esta necesidad de una información está claramente justificada. Los responsables de la educación de las muchachas jóvenes cometen un grave pecado de omisión si son incapaces de explicar a las muchachas estos fenómenos. La experiencia psicoanalítica, sin embargo, muestra que las reacciones violentas a la aparición de la primera menstruación poco tienen que ver con la ignorancia intelectual. Esta ignorancia, como hemos dicho, es, en la mayor parte de los casos, el resultado de una represión: la muchacha tiene fuertes motivos más o menos conscientes para aislarse del conocimiento o para reprimirlo una vez obtenido. Los motivos emocionales responsables de la repulsa del conocimiento consciente se manifiestan también en otras formas.

La observación muestra que el horror al quedar sorprendida, las acusaciones contra la madre, la nerviosidad y otros síntomas son independientes del conocimiento intelectual. La acusación de la muchacha de que su madre no le ha informado acerca de la menstruación —que ya se encuentra en la pubertad así como en fases posteriores— puede derivar de diferentes fuentes. Muchas veces es un reproche que se refiere a otras situaciones en que su madre tuvo secretos, un reproche transferido desde cualquier otra causa a la menstruación. Con más frecuencia la muchacha reacciona con una violenta sensación de culpa a su propia curiosidad y al conocimiento de las cosas ocultas, hasta que ha conseguido rechazarlas, y su reproche "¿por qué no me dijiste nada de esto?" hace a la madre indirectamente responsable de este conocimiento culpable, ahora reprimido.

Como se comprende, no todas las muchachas reaccionan del mismo modo a esta nueva manifestación de su feminidad. Una muchacha joven que espera su menstruación en un medio de hermanas o amigas ya maduras, rara vez se siente "sorprendida". En este caso, el comienzo de su proceso es un signo bienvenido de los progresos largo tiempo deseados y que considera naturales. Otra muchacha en las mismas condiciones de ilustración y expectativa consciente puede reaccionar con excitación, ansias y represiones, que pueden ser muy intensas y dar lugar a manifestaciones neuróticas más complicadas. Havelock Ellis describe un intento de suicidio del siguiente modo:

Hace pocos años fue referido en la prensa francesa el caso de una muchacha de 15 años que se arrojó al Sena en Saint-Ouen. Fue salvada, y al ser conducida ante el Comisario de policía dijo que había sido atacada

<sup>1</sup> ELLIS, H.: *Studies in the psychology of sex*. New York, Random House, 1928, vol. 2, pt. 3, p. 64.

<sup>2</sup> Op. cit., p. 63.

por una "enfermedad desconocida" que le había sumido en la desesperación. Un discreto interrogatorio reveló que la enfermedad misteriosa era la que es común a todas las mujeres y la muchacha fue entregada a sus padres, que debían haber sido castigados<sup>1</sup>.

Se conocen algunos casos de intento de suicidio durante la menstruación, debido a que las muchachas se sentían atormentadas ante el terrible temor de una enfermedad dolorosa, a pesar de que habían sido ampliamente informadas. Más tarde discutiremos los motivos de tales reacciones.

A pesar de la diversidad de estas manifestaciones, la investigación revela elementos comunes en todas ellas; ansia, defensa contra el acontecimiento fisiológico, formas definidas de aceptarlo o negarlo, acusaciones a sí mismas o cargos contra los demás, y diversas fantasías que, sin embargo, tienen raíces comunes. La manifestación principal es la ansia, y la proximidad del estado adulto y de la sexualidad es experimentada como un peligro amenazador. Las formas en que esta ansia se manifiesta ejercen gran influencia sobre el proceso de la pubertad.

Durante la prepubertad, la menstruación es para muchas muchachas uno de los temas importantes para el "secreto". Las amigas pequeñas observan a las mayores con curiosidad y envidia, y las respetan, admirán y compadecen. Esta expectativa consciente cada vez mayor termina típicamente con una gran desilusión. La muchacha joven espera que al comenzar la menstruación su papel con respecto a su medio cambiará, y que ella misma experimentará alguna cosa nueva e importantísima. Por encima de todo espera ser reconocida como una mujer adulta y adquirir nuevos derechos. El estado adulto significa para ella libertarse de su incapacidad para obtener ciertas cosas, y sobre todo la desaparición de las restricciones y renuncias que ha tenido que sufrir por ser una niña y que le han sido impuestas por los adultos, especialmente por la madre. Esas restricciones están principalmente dirigidas contra las agresiones y actividades sexuales de la infancia. Sabemos que las primeras se intensifican durante la prepubertad, y que durante la pubertad la sexualidad se manifiesta también por aumentada tensión, aunque no como un objetivo definido. Sin embargo, la menstruación, ese importante signo de madurez, no da lugar a ese ventajoso cambio. Por el contrario, la agresividad de la muchacha se pone en violento conflicto con su sensación de culpabilidad, y la creciente onda de sexualidad

sólo conduce a una lucha más intensa contra la masturbación. Las muchachas jóvenes que han reaccionado a la primera menstruación con represiones, muchas veces admiten abiertamente que habían sido previamente informadas acerca de los hechos y que, sin embargo, han experimentado un sentimiento doloroso de ser sorprendidas. El elemento sorpresa es el sentimiento de desilusión que puede ser expresado así: "he aquí el tremendo y esperado suceso, y, sin embargo, nada ha cambiado en torno mío ni en mi interior".

Muchas madres acusadas de no haber informado a sus hijas nos dicen que no pudieron hablar claramente con ellas, no por su propia timidez, sino por la falta de voluntad de las muchachas para ser informadas por sus madres. Recordemos que la madre de Evelyn era una mujer tímida e inhibida, incapaz de discutir cuestiones sexuales con sus hijas, que por razones enraizadas en su propia psicología delegó en la hermana mayor la tarea de informar a Evelyn. Pero muchas madres más emancipadas y modernas han observado que sus hijas prefieren ser instruidas por sus amigas y hermanas. La causa de esta actitud nos parece clara. Durante la primera infancia de la muchacha, la menstruación de la madre es asociada con crueldad, falta de limpieza, malos olores y reacciones de disgusto. Todas estas emociones vuelven a movilizarse cuando la madre aborda el tema de la menstruación, y crean en la hija un sentimiento de repulsión hacia la madre.

Todas las observaciones hacen pensar que, aunque la muchacha tenga un conocimiento intelectual y haya sido perfectamente informada acerca de los aspectos biológicos del proceso, y a pesar de que ese proceso tenga el carácter de un deseo cumplido, la primera menstruación debe ser experimentada como un trauma. Se comprende que mucho depende de la edad de la muchacha, de su nivel de desarrollo psicológico, de su medio, etc. Según algunos educadores, la iniciación precoz de la menstruación, es decir, en una edad en que la muchacha joven es aún muy dependiente de su familia para el cuidado de su cuerpo, se siente como una nueva carga, como otro enfadoso deber impuesto por los adultos, como lo es el baño cotidiano, el cambio de la ropa interior, la regularidad de los movimientos del intestino, etc. La niña protesta violentamente contra estas nuevas exigencias, oculta las ropas sucias en los cajones de las mesas o en cualquier rincón de la casa, y rechaza ser importunada con las necesarias medidas higiénicas. Se siente también limitada en sus actividades normales, como los deportes: gimnasia, natación, etc. El hecho de que la menstruación sea un signo de que se aproxima el estado

<sup>1</sup> *Ibid.*

adulto tiene escaso efecto, y el conocimiento de que está a la cabeza de las otras muchachas es una pequeña compensación para sus molestias.

Tengo la impresión que cada fase de la pubertad tiene sus reacciones típicas a la menstruación. Si su primera aparición tiene lugar en un momento en que la muchacha no está aún psicológicamente más allá de la fase de la prepubertad, la hemorragia genital es considerada como si fuera una nueva función eliminadora. La muchacha joven se avergüenza extraordinariamente de este fenómeno, intenta ocultarlo, y cada vez que es descubierta tiene la sensación de haber sido sorprendida haciendo algo repugnante. Este concepto de la menstruación como algo sucio es un descendiente directo de la teoría de la cloaca, según la cual todo lo que procede de las aberturas inferiores del cuerpo es sucio y desagradable. La idea de la suciedad puede ser extendida en la fantasía a todo el cuerpo, y la muchacha se siente "sucia" y despreciada. Su relación consigo misma corresponde ahora a su antigua relación con la madre menstruante, mencionada antes, y a aquellos tabúes y supersticiones según los cuales una muchacha que está menstruando por primera vez es considerada como sucia en el más alto grado.

Esta actitud que relaciona la primera menstruación con funciones excretoras es particularmente fuerte en las muchachas que han sufrido enuresis o enteritis. Si se ven sorprendidas durante la noche por la humedad de la sangre, están seguras de que se han repetido sus antiguos trastornos; si observan manchas en su ropa interior durante el día, intentan combatir el mal con medidas dietéticas, etc.

Es un hecho bien conocido que muchas muchachas jóvenes, durante varios años de la infancia y algunas veces más allá de la pubertad, sufren de involuntarias descargas de pequeñas cantidades de orina cuando suben o bajan escaleras, trepan a las montañas, practican movimientos violentos y particularmente durante los accesos de risa. Este difundido y bien conocido síntoma de "vejiga débil" puede, en cierto grado, ser explicado por factores fisiológicos: muchos autores creen que el gobierno de la vejiga por los esfínteres es más débil en las mujeres que en los hombres. Psicológicamente, esta incontinencia puede tener efectos muy desagradables en las muchachas. Se sienten limitadas en su libertad de movimiento, y muchas veces renuncian a los placeres sociales porque temen manchar sus vestidos o las sillas durante un acceso de júbilo. Las muchachas jóvenes se quejan algunas veces de haber perdido el hábito de la risa franca ante el temor de orinarse.

Es difícil averiguar si estas alteraciones vesicales están determi-

nadas psicológicamente, pero, de todos modos, tienen repercusiones psicológicas muy importantes. La muchacha se niega a participar de los placeres de la vida y de todas las emociones agradables, justificando su renunciación por el temor a la incontinencia. En otras palabras, piensa que cualquier satisfacción debe ser pagada con esta desagradable pena. La antigua teoría infantil de que el muchacho tiene una especie de espita que puede cerrar, mientras la muchacha tiene sólo una abertura que es difícil gobernar, puede ser reactivada dando lugar a una nueva desvalorización de todo el organismo femenino. En estas circunstancias, la primera menstruación puede ser experimentada como una descarga ingobernable de líquidos del cuerpo. En la vida posterior, cuando estas muchachas han llegado a ser adultas, tendrán la tendencia a evitar los contactos sociales durante sus períodos, y justificarán esa actitud experimentando dolor y sentimiento de debilidad. Muchas veces sienten que tienen una hemorragia muy copiosa, intentan protegerse de ella usando varios paños, no tienen el valor de salir de casa, y utilizan la menstruación como un factor restrictivo de gran importancia en toda su vida. Así, en todos los períodos menstruales se repiten las dificultades que fueron experimentadas en otra época debido a la debilidad de los esfínteres.

Muchas mujeres tienen la costumbre de guardar cama durante sus períodos, aunque no tengan dolores que puedan servirles como pretexto. Ciento es que de ordinario tales mujeres pertenecen a clases sociales en que la holganza femenina es habitual. Pero en la mayor parte de los casos no es una simple manifestación de fastidio, ni un esfuerzo para prevenirse de lo que pueda suceder, aunque en muchas mujeres este último es el motivo consciente de su aislamiento voluntario. El verdadero motivo es el deseo de estas mujeres de huir de las reacciones de su medio (tabúes) y de sus agresiones intensificadas y peligros sexuales, así como evitar los conflictos con los demás, fáciles en esos momentos, etc. Este motivo general suele acompañarse de otros más específicos y personales. Durante su primera menstruación, esas mujeres fueron tratadas con particular ternura por sus familias, de ordinario por sus madres. La "pobre niña" fue rodeada de solicitudes cuidados, y la actitud de su familia le hizo creer que tenía derecho a una atención particular que le compensase de la crueldad de la naturaleza. Hay mujeres que admiten abiertamente que los días de su menstruación son los más pacíficos y felices. Gozan de una serenidad y tranquilidad completa, son cuidadas amorosamente, y se ven exentas de sus obligaciones habituales, incluida la atención a sus propios hijos; muchas veces, a la tenue luz de la habitación

templada, estas mujeres maduras se sienten como un niño en los brazos de su madre o en la cuna. Para tales mujeres, en contraste con las demás, estos días son días de una comprensión particularmente buena con sus madres. La experiencia infantil de haber recibido más tiernos cuidados de sus madres durante la enfermedad, o de haber tenido el derecho a satisfacer más caprichos durante esos días, se repite en estas mujeres adultas, y ahora, durante el "mal mensual", su relación con sus madres es más tierna.

Otras mujeres, aunque exigen cuidados especiales de quienes les rodean, tienen un humor agresivo e iracundo hacia sus propias madres o personas que las sustituyen. Estas mujeres, como antes hemos dicho, eran psicológicamente inmaduras cuando comenzaron a menstruar, estaban excesivamente unidas a sus madres en un modo infantil, o comenzaron a menstruar prematuramente. En la vida posterior, por un tipo de compulsión interna, repiten su conducta durante los siguientes períodos menstruales.

Las muchachas que tienen una predisposición para las neurosis obsesivas suelen considerar la menstruación como algo "asqueroso", pero en este caso no porque sean inmaduras. En las neuróticas obsesivas existe algo más profundo, que se manifiesta durante toda la vida. Son siempre extraordinariamente limpias, durante la menstruación prestan particular atención a sus cuerpos, especialmente a sus genitales, y están preocupadas de un modo obsesivo por la limpieza de estos órganos para no verlos manchados de sangre.

La idea de que la menstruación es algo asqueroso conduce muchas veces a una vergüenza excesiva. Durante los juicios criminales se ha observado que una mujer se presta más fácilmente a reconocer que ha cometido un crimen que a admitir que una mancha de sangre se debe a su propia menstruación. Sucede con frecuencia que las mujeres a las que se acusa basándose en que tienen sus ropas interiores teñidas de sangre, dudan de utilizar como coartada la propia menstruación.

*Río Leal*, una novela del gran escritor polaco Zeromski, refiere el episodio de un ataque ruso a una casa de campo durante una insurrección polaca. Un rebelde polaco herido es ocultado por la hija de la familia. Los soldados rusos encuentran manchas de sangre en la cama usada por el herido. Interrogada por los rusos, la muchacha, que está enamorada del rebelde, replica tranquilamente: "Es mi sangre".

El novelista, que tiene un profundo conocimiento del alma femenina, añade: "Después de haber pronunciado estas palabras heroicas y hecho este sacrificio sin precedentes por su amado, la mu-

chacha es consumida por la vergüenza. Tiene el sentimiento de que la sangre la inunda y de que va a ahogarse".

Es bien sabido que hasta las prostitutas profesionales no encuentran nada tan humillante y mortificante como el descubrir la menstruación ante los hombres.

La muchacha joven presenta muchas veces una actitud de negación absoluta para su primera menstruación. Se abstiene de referirse a ella, no cambia su modo de vivir, y niega la existencia de su indisposición menstrual. Muchas conservan esta actitud mucho tiempo y hasta dicen, de un modo desafiante, que la menstruación no les molesta para nada. En ocasiones, esta negativa va aún más lejos, y estas muchachas se dedican activamente a deportes, al baile, a la natación, etc., durante su menstruación. Este tipo de reacción es característico de las muchachas marimachos, que intentan expresar así su sentimiento de desafío: "Ciento es que no soy varón, pero no veo qué diferencia existe". Si esta tendencia se hace más fuerte, la muchacha se aleja de su femineidad cada vez más, se comporta constantemente como un muchacho, y si en el momento de la primera menstruación se halla aún en la fase de irresolución bisexual, la primera hemorragia puede ejercer paradójicamente una influencia negativa sobre su decisión final de ser una mujer.

Las muchachas que han adquirido cierto grado de madurez psicológica presentan para sus primeras menstruaciones una actitud completamente distinta.

Para comprender en su totalidad esta complicada reacción a un proceso biológico normal, debemos mantener constantemente ante nuestros ojos el cuadro completo de la pubertad. En el capítulo anterior hemos hablado de la vida afectiva de la joven, así como de la intensificada vulnerabilidad que es característica en ella. Hemos intentado explicar el narcisismo basándonos en el curso completo del desarrollo del individuo, y hemos aprendido que las exigencias más intensificadas de los impulsos sexuales, el conflicto entre el deseo de satisfacción y la resistencia a tal deseo, son elementos importantes en el cuadro considerado como un todo.

Está justificado esperar que, durante este periodo de la vida, cualquier experiencia —particularmente las experiencias que parecen importantes— excitará fácilmente toda la personalidad, y que las reacciones a ella derivarán de las diversas partes del todo psicológico. El yo narcisista de las muchachas jóvenes puede dar la bienvenida a la menstruación como un paso satisfactorio en el camino

hacia el estado adulto. Las fuerzas regresivas, que yacen en la profundidad, influyen, perturban y hasta paralizan muchas veces esta posición progresiva. Durante las primeras menstruaciones, las fuerzas sexuales toman posesión, en un grado mayor o menor, de la escena psíquica y encuentran poderosos aliados en los elementos conscientes, que ahora vuelven a surgir de la represión. Nos enfrentamos, pues, en este caso, como en las restantes funciones de la pubertad, con un conflicto entre fuerzas progresivas y regresivas. En este conflicto, la significación biológica de la menstruación es la faceta progresiva; las reacciones emotivas, la agresiva.

Ocupémonos nuevamente de cómo la joven, con su exaltado amor por sí misma, escucha las voces externas que confirmán su propia valoración, de cuán ansiosamente observa sus propias experiencias subjetivas, y no cómo intenta utilizar éstas para desarrollar la confianza en sí misma. Admira su propia capacidad intelectual, intenta fortalecerla, subraya su superioridad por una "actitud objetiva", y forja las armas para defenderse contra sus propias ansias.

La vida psíquica no es la única cosa que en esta fase del desarrollo recibe esa intensificada autoobservación e intenso amor. La muchacha joven considera a su propio cuerpo como el objeto de su amor, mucho más que el muchacho. Algunas veces la muchacha púber cambia las formas de su amor a sí misma; primero se deleita con la admiración que despierta su femineidad en quienes la rodean, y en esto el impulso a la rivalidad y de ser más hermosa que las otras muchachas (de ordinario más que determinadas muchachas) tiene máxima importancia para ella. Muchas veces, después de una fase caracterizada por la vanidad, el interés por los vestidos, fiestas y coqueteos, la muchacha se aparta completamente de este tipo de placer y se interesa por "cosas más importantes", tomando su ambición nuevas direcciones. La "huida de la femineidad" no siempre es en este caso la fuerza motivadora; muchas veces es un cierto sentimiento de hastío, un cansancio de este tipo de triunfos el que la conduce a buscar nuevas satisfacciones. El hombre de nuevas posibilidades de satisfacción narcisista induce a la muchacha a ascender por encima del vacío de su propia existencia y dirigirse a cosas mejores. Es notable, muchas veces, que en el curso de esta metamorfosis la muchacha comienza repentinamente a descuidarse físicamente, pierde su anterior encanto y muestra su desprecio por las cosas externas en su atavío, conducta, etc.

Este cambio brusco en la relación de la muchacha consigo misma, el desplazamiento de su interés desde las cuestiones físicas a las

espirituales, puede tener también lugar en una seriación inversa; repentinamente, después de un período de intensa espiritualización, la muchacha dedica más atención a su cuerpo, pero sólo desde el punto de vista de la "belleza" y del aspecto exterior. Las características sexuales secundarias (mamas y vello) atraen su atención al principio, y las acepta o las rechaza. Los esfuerzos para aplastarse el pecho y las tentativas de arrancar o cortar el vello pubiano son manifestaciones comunes de una actitud negativa. En esta fase púber narcisista, cuando el amor por su propio cuerpo aumenta en la muchacha, podemos observar un anhelo particular por lo que se refiere a su bienestar. La vulnerabilidad narcisista en relación al cuerpo como un todo, se expresa principalmente en la repulsa de aquello que puede destruir su integridad. Esta actitud adquirida en la primera infancia viene a constituir una parte permanente del inconsciente y se conserva muchos años. Durante toda su vida los individuos de ambos sexos reaccionan a las heridas de sus cuerpos de un modo que delata la influencia del "complejo de castración" infantil.

Debido a los estímulos sexuales, y especialmente a la hemorragia menstrual, los genitales vienen a ser el centro de una intranquila atención y de sentimientos de daño. Son concebidos como una parte del cuerpo que vuelve a adquirir especial importancia durante la menstruación por ser el asiento de la acrecentada tensión. Las reacciones a estos sentimientos son variadas: las heridas y otros procesos morbosos del cuerpo pueden más tarde movilizar las mismas reacciones en el inconsciente que la menstruación. Las particularidades en la conducta de muchas mujeres cuando sufren pequeñas heridas, hemorragias nasales, etc., ilustran este punto.

Las más primitivas de estas reacciones expresan el deseo a "curar" la parte del cuerpo que ahora se siente ha sufrido una "herida" —en este caso los genitales—, reconstituyendo el cuerpo intacto bien integrado, que se supone dañado durante la menstruación. Esta fantasía elemental centrada en torno a la reconstrucción del cuerpo tiene también un motivo más complicado. En nuestra opinión, es la repercusión de una fase definida de la infancia durante la cual la muchacha desea tener un órgano activo como el del muchacho. Sin embargo, sería falso aceptar que en este caso nos encontramos simplemente con una repetición compulsiva y una reviviscencia de los restos de antiguos recuerdos. Este deseo de la muchacha surge en la pubertad por las mismas razones que apareció en la infancia, bajo la presión de instintos sexuales activos y de impulsos a la masturbación. Por ello, las reacciones a la primera menstruación dependen de

modo muy notable de lo que ha ocurrido con respecto a la masturbación. La mayor parte de los observadores acepta que, al comenzar la primera menstruación, existe una intensificación de la excitabilidad sexual. Tiene mucha importancia saber si la muchacha, al comienzo de la menstruación, se masturbaba, o si ya había suspendido la masturbación bajo la presión de los sentimientos de culpa o si aún se esforzaba por prescindir de ese acto. La menstruación conduce a la muchacha a abandonar la masturbación, o, inversamente, la tensión biológicamente determinada que acompaña a este proceso le incita a masturbarse. El ansia y los sentimientos de culpa en el último caso dotan a las hemorragias con asociaciones de crueldad, sufrimiento y castigo, y movilizan las antiguas reacciones infantiles relacionadas con el problema genital, las diferencias anatómicas, etc.

Más tarde, las hemorragias mensuales causan muchas veces una repetición de esta conducta durante muchos años: las prácticas de la masturbación, muchas veces de un carácter compulsivo, ceden al comenzar la hemorragia (algunas veces poco antes), para reiniciarse en cuanto ésta cesa. También puede ocurrir el caso inverso, y la masturbación tan sólo tiene lugar durante las menstruaciones, hasta en los casos en que existe una vida sexual completamente satisfactoria.

Las reacciones anormales a las primeras menstruaciones son extraordinariamente variadas. Excitabilidad intensificada, sensación de molestia, mayor susceptibilidad a la fatiga y depresiones, son manifestaciones frecuentes de la pubertad considerada en su conjunto, que de ordinario aumentan durante la menstruación.

La tendencia a presentar estados de ansia, que se intensifican durante todo el periodo que precede al estado adulto, es particularmente fuerte en la época de la primera menstruación. Las muchachas, que antes estaban relativamente libres de esos estados de ansia, presentan ahora repentinamente dicho estado que, en un grado variable, se repite todos los meses. Esta ansia se manifiesta por tensión general e irritabilidad.

Si la muchacha joven tiene una predisposición neurótica, que todavía no se ha manifestado totalmente, y si todo el curso de su pubertad ha tenido lugar bajo el signo de conflictos internos no resueltos, su primera menstruación puede causar la explotación de una neurosis o de actividades morbosas, como en el caso de Evelyn. Muchas veces el ansia adquiere un carácter fóbico; el interés de la muchacha por su propio cuerpo puede dar lugar a hipocondría, y los sentimientos de culpa llegan a conducir a reacciones paranoides.

Generalmente, todo el proceso de la maduración se caracteriza

por una aumentada tensión interna, y toda la personalidad de la joven se vigoriza en la lucha por la liberación y el ajuste a la realidad, por una parte, y por el esfuerzo a dominar los instintos sexuales por otra. Como se comprende, la menstruación se ve también envuelta en esta lucha. Intensifica los problemas ya existentes y crea otros, y las manifestaciones psicológicas de que se acompaña corresponden a los estímulos existentes en el interior y en el exterior.

Existen también reacciones más directas a la experiencia fisiológica, que se refiere a la aceptación o rechazo. Pueden manifestarse ya durante el "periodo de expectativa", y en este caso son más bien simples inhibiciones funcionales defensivas. Conducen a un tipo de retención de la menstruación que, a pesar de todos los síntomas de madurez física y psicológica, comienza extraordinariamente tarde. En otros casos la menstruación se inicia y luego se interrumpe durante años. De ordinario es muy difícil influir sobre este trastorno funcional por tratamientos orgánicos, pero el tratamiento psicológico algunas veces lo vence con sorprendente rapidez. Tales éxitos terapéuticos no se presentan en todos los casos, ni el tratamiento es siempre eficaz en el mismo grado; nuestra experiencia en este campo nos proporciona pruebas convincentes de la naturaleza psicogénica de estos trastornos. La detención de la menstruación después de una sola aparición suele atribuirse a una "reacción de shock", provocada por el horror con que es recibida la primera hemorragia. El proceso orgánico que da lugar a esta violenta reacción física no ha sido aún descubierto. La experiencia analítica permite pensar que la amenorrea psicogénica que aparece tardíamente tiene muchas veces una estructura psicológica muy complicada, que deriva de muchas fuentes. Lo mismo podría decirse quizá de los acontecimientos de la pubertad. La reacción de shock inhibidor es también la expresión de un proceso que tiene muchas raíces.

Los dolores menstruales constituyen otra complicación del curso normal del desarrollo. Esta manifestación obedece a muchas causas, de las cuales unas son generales y otras individuales. La mayor parte de los autores que ha estudiado los procesos psicológicos que acompañan a tales dolores, los relaciona con fantasías de parto. Cierto es que este determinante está presente la mayor parte del tiempo, pero aun con la aplicación de la técnica psicoanalítica es difícil averiguar si los dolores se originan en las fantasías o viceversa. Una cierta motivación ingenua de los dolores me parece muy típica de la primera menstruación. La muchacha, aún muy joven, queda perturbada por este proceso fisiológico, y encuentra más con-

veniente considerarlo como una simple "enfermedad". Así puede escapar de la significación sexual del proceso y al mismo tiempo negar su contenido perturbador relacionado con el futuro. Para la niña el dolor es siempre el síntoma de la enfermedad, de la cual ella no es responsable, que le hace acreedora a cuidados amorosos, y que seguramente pasará pronto. Ahora su madre le asegura que "todo tendrá pronto un fin". El dolor es una especie de maniobra estratégica en el conflicto, y los procesos somáticos dan oportunidades suficientes para seguir este camino.

La experiencia de la primera menstruación como una "enfermedad" puede seguir un curso mucho más patológico. Así, en el caso antes descrito de Havelock Ellis, la muchacha quiso suicidarse por padecer una "enfermedad desconocida". ¿Podríamos realmente creer que una enfermedad, justamente por ser desconocida, pueda inducir a alguien a suicidarse, si no tiene una significación psicológica más profunda? El impulso al suicidio sólo puede haber sido el resultado de un antiguo y a tormentador conflicto psicológico, cuya solución se hizo más difícil al comenzar la menstruación. A los ojos de la muchacha, la menstruación puede quizás ser el cumplimiento de una amenaza subconsciente, y aumentar así su ansiedad en tal grado que ya no pueda vencerla. Ciertos estados de ánimo de tipo depresivo son extraordinariamente frecuentes durante la menstruación, y los intentos de suicidio pueden ser fácilmente la consecuencia de una depresión más profunda.

Dicha muchacha quizás pertenecía al grupo de mujeres que albergan fuertes impulsos sadistas, que sólo pueden ser gobernados hasta tanto que algún agente provocador hace imposible prolongar ese gobierno. Es un hecho bien conocido que los impulsos agresivos se intensifican durante la menstruación: las leyes de muchos países la consideran como una circunstancia atenuante de los delitos, y muchas veces se ha observado que la agresión intensificada puede volverse contra el mismo individuo y conducir al suicidio. Quizás la sangre misma tenga una acción incitante y provocadora, siendo también posible que, durante el periodo de expectativa, las muchachas se hayan imaginado que algo "terrible" podrá suceder a su cuerpo cuando crezcan. Para todas las muchachas, el futuro contiene muchos elementos misteriosos y terroríficos con respecto a su cuerpo, y sus ideas de expectativa muchas veces se transforman en ansias.

Hemos señalado que la menstruación es experimentada como una enfermedad hasta en los casos más simples. Así, la actitud de la

muchacha frente a la menstruación es un tipo de racionalización que despoja al proceso de sus misterios y de su significación profunda.

Otro intento extraordinariamente interesante para resolver el conflicto de la menstruación es de carácter anatómico. La hemorragia en este caso no se produce, como ocurre en la amenorrea, pero la influencia psicológica sobre el proceso fisiológico es tal que la hemorragia tiene lugar en otra parte del cuerpo. Hemos visto diversos casos de la llamada menstruación vicaria, en los que la hemorragia tenía lugar todos los meses o con intervalos irregulares, pero jamás en los genitales. Muchas veces se transfiere a partes del cuerpo muy alejadas de los genitales (nariz, mentón, etc.), y la elección del órgano sustituto suele ser psicológicamente determinada. Uno de los ejemplos más extraños que conozco es el de una paciente cuyo tratamiento psicoanalítico se inició cuando tenía 22 años, y que había sufrido amenorrea durante siete años. Cuando tenía 15 años tuvo una menstruación normal; más tarde sufrió hemorragias irregulares bajo la piel del lóbulo de una oreja, a las cuales reaccionaba siempre con las más violentas ansias hipocondriacas. Se imaginaba que tenía un cáncer, y que inevitablemente moriría a consecuencia de la úlcera hemorrágica que se formaba en el lóbulo de la oreja. Su caso fue diagnosticado como menstruación vicaria, y todos los tratamientos de los ginecólogos para establecer el ciclo menstrual normal fracasaron. Más tarde cesaron las hemorragias del lóbulo de la oreja, pero la menstruación siguió sin presentarse durante muchos años.

En el curso de su tratamiento psicoanalítico, la paciente desarrolló fantasías en la que la vagina no era considerada como un órgano, y todo lo que se refería a la femineidad se centraba en la columna vertebral. La muchacha se quejaba de dolores en el espíñazo, con intervalos casi periódicos, cuyo origen psicológico se manifestó en el análisis. Un día la enferma recibió un telegrama donde se le anunciaría que su hermana había tenido un niño. Al día siguiente se quejó de terribles dolores en la espina dorsal, y me dijo que había notado allí un bulto. La envié a un ginecólogo, quien propuso una operación. Más tarde el cirujano me dijo que había descubierto una lesión que jamás había observado en toda su práctica: la biopsia reveló gran número de quistes llenos de sangre en los tejidos alrededor de las vértebras, y la consistencia de la sangre demostró que eran de antigua y de nueva formación. No había duda de que se trataba de menstruaciones vicariantes, que,

en conformidad con las fantasías de la enferma, habían respetado los genitales, localizándose en la columna vertebral.

Es muy posible, sin embargo, que ciertos factores fisiológicos hayan intensificado e influido su vida fantástica, como siempre ocurre en la formación de un síntoma psicosomático.

En nuestra enferma, los componentes psicológicos del síntoma hemorragia del lóbulo de la oreja se confirmaron fácilmente, pero el proceso orgánico permaneció oscuro e hipotético. Ya en la primera infancia la paciente había acudido a la "desviación hacia la oreja", y en su lucha contra la masturbación acudía al recurso de "tirarse" de ella. Ciento es que los lóbulos de las orejas son utilizados para este fin, principalmente por los muchachos, mientras las muchachas prefieren el pelo, las uñas, etc., pero es imposible formular una regla general sobre esta cuestión. Es digno de notar que, durante su pubertad, nuestra enferma recurrió al mismo órgano, como sustituto de sus genitales, que había elegido durante su infancia, la oreja.

La pequeña Andrea, en la historia antes citada, también decía que prefería "sangrar todos los días de su nariz o de la arteria del pulso de su muñeca, de modo que pudiera verlo". En otras palabras proponía directa y conscientemente la menstruación vicaria para evitar la hemorragia genital.

Otras formas de perturbaciones menstruales serán expuestas más adelante.

A medida que la personalidad de la muchacha se desarrolla, cuando su adaptación a la realidad progresó y su actitud hacia su cuerpo se transforma, su valoración de los genitales sufre un cambio. Lo mismo que toda su personalidad oscila durante la pubertad entre la vanidad narcisista y los sentimientos de inferioridad, lo mismo como algunas veces admira ardientemente y otras critica con dureza su imagen tantas veces contemplada en el espejo, así su actitud hacia sus genitales durante este período está llena de contradicciones. Recordemos la doble valoración que hace la muchacha respecto al órgano genital —una "cloaca" y una "joya"—. Ahora la muchacha comienza a referirse a la conservación de este "tesoro" intacto. Esta posición narcisista positiva es su cinturón de castidad más sólido y seguro. Pero la exageración de esta actitud y la intensificación de sus ansias acerca de los genitales puede ser un síntoma de perturbación neurótica. Cuanto más narcisista sea la relación de la muchacha con su cuerpo, más violenta será la

reacción ansiosa, que algunas veces es transferida desde los genitales a otras partes del cuerpo, y se expresa en forma de la típica hipochondría de la pubertad.

Una manifestación de tal actitud narcisista es la excesiva estimación de la muchacha respecto a sí misma como un objeto sexual, que la conduce a creer que el hombre que un día la posea sexualmente recibirá un don extraordinario y particularmente deseable. Más tarde llega a comprender sencillamente que lo que poseía y era capaz de dar no era lo único en el mundo. Hasta la aproximación sin peligro por parte de un hombre puede dar lugar en tales muchachas a graves reacciones depresivas; sienten que caen de su pedestal de inaccesibilidad. Algunas veces aparecen estados de despersonalización y la muchacha mantiene que ya no es la misma, que se ha alejado de sí misma; y la opinión orgullosa que tenía respecto a ella se derrumba. La adolescencia, con su típica intensificación del narcisismo, crea una particular facilidad para tales reacciones.

En la muchacha de predisposición morbosa, el comienzo de la menstruación o la primera experiencia erótica relacionada con una fuerte excitación genital puede poner en libertad síntomas psicopáticos. Los cambios fisiológicos son interpretados como un "encantamiento", como algo producido por "alguna extraña maquinaria", etcétera. Para salvar su propia persona de la culpa y de la destrucción, la enferma transforma todo su cuerpo en el de alguna otra persona. En un caso observé que esa transformación consistía en una identificación con una muchacha que había sido sexualmente seducida y luego abandonada por el propio novio de la enferma. La excitación sexual de la enferma y la aproximación sexual del novio derrumbaron su aislamiento narcisista, así como la superestimación de su propia persona y de su hasta entonces "joya inalcanzable", movilizando así la reacción psicopática.

Esta valoración de los genitales como una "joya" es en parte el resultado de la educación, en parte resultado de la apreciación narcisista de la muchacha acerca de su propia feminidad durante la adolescencia, y por encima de todo se debe a la hipercompensación de todas las emociones relacionadas con el antiguo trauma genital.

Siempre he mantenido la teoría de que, aunque la diferencia anatómica tiene consecuencias importantes, la importancia de ella deriva de los procesos fisiológicos, particularmente de la excitación sexual subjetivamente sentida. Vemos, pues, que el interés de la muchacha joven por sus genitales aparece especialmente cuando la actividad de la masturbación y las sensaciones somáticas llevan su

atención en esa dirección. Sin este prerrequisito, su interés por la diferencia anatómica no da lugar a consecuencias psicológicas de gran alcance<sup>1</sup>. Durante la pubertad, como un resultado del crecimiento del cuerpo y del aumento de la excitación sexual fisiológicamente condicionado, este interés vuelve a despertarse, y se movilizan nuevamente las expresiones psicológicas del trauma genital. La ira, la vergüenza, la depresión, los sentimientos de inferioridad de la muchacha se presentan ahora en primer plano. A no ser que el trauma genital se haya intensificado notablemente por experiencias individuales, es dominado por las tendencias femeninas movilizadas por la primera menstruación. Los contenidos emotivos de un carácter francamente femenino toman el lugar del deseo del pene y la envidia del pene. Los temores de desfloración y violación, movilizados y fortalecidos por el comienzo de la menstruación, acompañan en este momento a las fantasías sexuales de la muchacha joven. La menstruación constituye una experiencia decisiva en este proceso de feminización.

La intensificación de la excitación sexual y la formación de numerosos fenómenos psicológicos relacionados con ella, están aún bajo el signo de la experiencia personal individual. La preparación interna para el placer sexual, que es el premio de la madurez, las oscuras advertencias de una experiencia dolorosa, los temores de desfloración y de violación, las tentativas de huida, los procesos defensivos, etc., son preliminares de la satisfacción del instinto sexual. Esta meta está biológicamente determinada y es idéntica para ambos sexos, pero la intensidad y el vigor del instinto es diferente en cada caso. Sólo en los métodos de lograrla, encontramos la completa diferenciación entre hombres y mujeres.

Cuando estudiamos los fenómenos psicológicos que acompañan a la primera menstruación, descubrimos que es difícil encontrar una muchacha joven que en ese momento no se enfrente en alguna forma con el problema de la función reproductiva. Durante la primera época del desarrollo de la muchacha debe hacer frente a la doble función de la hembra como criatura sexual y como servidora de la especie. En esta doble función la mujer tiende mucho más que el hombre hacia la dirección no individualista, es decir, su inclinación es en favor de la especie, en favor de las funciones reproductoras. Desde ahora, los problemas de la muchacha que ha de transformarse en mujer están claramente definidos: son un con-

flicto o una armonía de muchos elementos contradictorios. Además de las cuestiones de la masculinidad frente a la femineidad y de la actividad frente a la pasividad, quizás se plantea ahora la cuestión más complicada: la alternativa entre ser individuo y ser servidor de la especie. Cualquiera que sea la preparación psicológica de la muchacha para tomar sobre si esta última tarea, no hay duda de que con su primera menstruación la vida fantástica se dirige marcadamente hacia la función de la reproducción. Durante su menstruación, lo mismo que su reacción sea la del cumplimiento del deseo o la angustia, lo mismo que el fenómeno biológico aparezca como una promesa o una desilusión, el inconsciente de la muchacha muestra repetidamente los contenidos psicológicos resultantes de los procesos biológicos relacionados con la propagación. Queda planteada la cuestión de si la relación entre los dos es causal. El examen más atento revela casi siempre que estas fantasías que surgen durante la menstruación se remontan a un periodo precoz, en el que la relación causal no existe.

Las fantasías movilizadas por la primera menstruación expresan deseos y temores relacionados con el embarazo y el parto; en algunas muchachas son oscuros presentimientos inconscientes, en otras derivan de vagas informaciones dispersas recogidas en los secretos de los adultos; en esos casos se relacionan con un evidente conocimiento intelectual acerca de la significación fisiológica de la menstruación. El conocimiento desempeña un papel más importante en las condiciones de la educación moderna que cuando se trataba de la antigua educación de las muchachas jóvenes.

La relación entre el hecho fisiológico y las relaciones psicológicas tiene un alcance sorprendente. Aparte de las angustias y esperanzas movilizadas por la primera menstruación, las fantasías inconscientes de la muchacha sugieren que psicológicamente el proceso es investido con lo que es realmente su significación biológica, y que más tarde será conocida conscientemente: desilusión en la espera de un niño.

Los estados de ánimo depresivos que, como hemos visto, acompañan tan frecuentemente a la menstruación, suelen contener este elemento de desilusión. No los observamos antes del comienzo de la primera menstruación; algunas veces aparecen antes de la segunda, pero de ordinario las depresiones premenstruales sólo suelen establecerse después de algunos años. Esto puede explicarse por el hecho de que en el curso del ciclo menstrual las sensaciones somáticas premenstruales se repiten una y otra vez. Esta experiencia en-

<sup>1</sup> Deutrich, H.: *Op. cit.*

seña a las mujeres a ser sensibles a las fases preliminares del proceso orgánico. Aquí el paralelismo entre el proceso biológico y las reacciones psicológicas puede expresar una percepción íntima que se origina en la experiencia.

No se sabe bien por qué muchas mujeres sufren depresiones menstruales antes del periodo menstrual, y otras durante él. Muchas mujeres que sufren depresiones premenstruales refieren que al comenzar la hemorragia experimentan un sentimiento jubiloso de liberación. Olvidan de un mes a otro que su depresión periódica es causada por la aproximación de las reglas, y experimentan un gran alivio cuando el comienzo de la menstruación les proporciona una explicación racional de esta depresión. La mayor parte de estas mujeres ha conservado la expectativa propia de la pubertad de que alguna cosa terrible les va a suceder, y todos los meses quedan agradablemente sorprendidas cuando el acontecimiento que esperaban con tal ansiedad resulta ser el vulgar fenómeno fisiológico.

Las consecuencias de las influencias psicológicas de la primera infancia se presentarán en primer plano más tarde en todas las funciones reproductivas. El desarrollo de los primeros años, la identificación con objetos femeninos, especialmente la madre, la influencia del medio, etc., crean en la muchacha joven una disposición interna, que se manifestará cuando se produzca una provocación adecuada. La primera menstruación da a esta disposición interna una ocasión para surgir a la luz del día. Por tanto, las reacciones psíquicas relacionadas con el problema de las funciones reproductivas tienen siempre un carácter individual. Pero existe una cosa que es común a todas las mujeres: tengan o no preparación intelectual, posean conocimientos del fenómeno o sólo sospechas, la muchacha joven relaciona la menstruación con el parto. La ingenua e ignorante Andrea, al darse cuenta de la hemorragia, dijo anhelosamente: "Es ridículo, pero no puedo apartar el pensamiento de lo que sucede cuando se tiene un niño".

Muchas muchachas jóvenes creen que durante la menstruación deben evitar el contacto con los hombres; esta actitud se origina, en algunos casos, en la percepción de su excitabilidad sexual intensificada, y en otros es un antiguo prejuicio tradicional que ha ido pasando de generación en generación a través de la madre u otras mujeres; en fin, en ciertos casos expresa el temor inconsciente del embarazo que está íntimamente relacionado psicológicamente con la menstruación. El observador llega a darse cuenta de que la muchacha joven que sufre de graves estados de ansiedad y de síntomas

de preñez expresa únicamente su alarma de su propia excitación sexual que no puede comprender. El temor de haber quedado preñada por el uso del baño, por sentarse en una silla caliente, por un beso o un ardiente abrazo, es mucho más frecuente de lo que los no iniciados pueden esperar, y, paradójicamente, este temor no siempre es influido por la educación sexual o por la experiencia. El grado de conciencia o inconsciencia de estos temores dependen del conocimiento intelectual de la muchacha. Una muchacha educada sexualmente tiene síntomas inexplicables de embarazo después de un beso, porque en su inconsciente la excitación sentida durante el beso puede constituir el tema de una fantasía del embarazo, mientras una muchacha no informada cree ingenuamente que el beso ha causado su preñez. Un ejemplo interesante del temor al embarazo y de típicas reacciones a la primera menstruación me fue proporcionado por una muchacha de 14 años que tuve la oportunidad de observar durante su permanencia en el hospital. La mayor parte de los informes recogidos pertenece a los interrogatorios practicados en el hospital.

#### CASO DE MOLLY

La enferma, de 14 años, fue traída a la clínica por su madre. La joven se quejaba de diversos temores, especialmente del temor a desmayarse y del temor a morir. Evitaba salir a la calle, pues temía desmayarse y caer al suelo. Su temor se hacia también más intenso en una habitación cerrada, y la muchacha tenía que comprobar constantemente que podía abandonar esa habitación. Le era imposible permanecer sentada o quieta en la cama y se veía obligada a abrir las ventanas, a abrir la heladera, o a recorrer las habitaciones comiendo alguna manzana o bebiendo un vaso de leche. Su temor a morir era especialmente grande durante la noche; se mantenía despierta por el temor de morir durante el sueño. Temía contraer una enfermedad al corazón como una de sus amigas, que padecía de una enfermedad cardiaca-posttraumática. A veces, todas las cosas le parecían irreales, y se sentía como alejada de ellas. En otras ocasiones, cuando le rodeaba le parecía extraño, y se veía algunas veces en una isla del Pacífico, combatiendo con las tropas, etc. En las grandes aglomeraciones se sentía aislada, y como si fuera una figura irreal. Llegó a abstenerse de ir a la escuela, a los cinematógrafos, etc.

La muchacha es el cuarto de cinco hermanos. Su padre es descrito como un hombre muy riguroso y de mente muy estrecha. Critica el aspecto y conducta de sus hijos en todas las comidas. La madre es una mujer desgraciada, como lo expresa el hecho de haber tenido cuatro hijos en cuatro años. En ocasiones los padres pasan sin hablarse varias semanas, especialmente cuando la madre trata de defender a la enferma. Varias veces la

madre ha abandonado la casa durante tres o cuatro días, amenazando con no volver.

La hermana mayor de la enferma se ha casado con un actor, contra la voluntad de la madre; dos hermanos, también mayores que la enferma, tienen dificultades para adaptarse a su adolescencia, y uno de ellos ha huido del hogar.

La enferma es una muchachita agraciada. A la edad de trece años era una buena bailarina, pero suspendió sus lecciones por temor a trabajar en el teatro. Aunque tiene amigas, es fundamentalmente tímida. Ha escrito algunas poesías. En la adolescencia tuvo amistad íntima con una muchacha de dos años más que ella, que tenía que permanecer en su hogar la mayor parte del tiempo a consecuencia de una enfermedad cardíaca. Sentía muy gravemente los disgustos de la familia, y muchas veces creía que era su deber tomar sobre sus hombros las cargas de la madre. La muchacha pensó siempre que su padre no la quería tanto como a su hermana menor, salvo en un momento en que se rompió un brazo; el padre se había acercado ahora a su hija cuando comenzó a padecer de los "nervios". Las querellas entre los padres gravitaban pesadamente sobre ella, pero tenía la creencia de que su enfermedad les había reunido. Mientras todos los hermanos habían decidido que en el caso de divorcio permanecerían juntos con el padre o con la madre, la enferma era la única que deseaba estar sola con uno de ellos. Le placia pensar en los muchachos, pero temía salir con ellos, pues no podía defendirse, salvo con el rubor, y una muchacha de su escuela había quedado preñada. Prestó el mayor interés al embarazo y parto de su hermana mayor, y hace notar que su presente temor a la muerte comenzó en realidad cuando, en cuestión de ese nacimiento, oyó hablar de que algunas mujeres mueren en el parto.

Su actual enfermedad se manifestó después de que dos compañeras del colegio se desmayaron cuando la maestra contó en clase que durante la primera guerra se encontraron cadáveres en los depósitos de basura. Aunque ella no llegó a desmayarse, sintió el mareo, y sus fantasías se centraron en torno a la pérdida de la conciencia, que era descrita por una de las muchachas afectadas como algo terrible, y por otra como algo "maravilloso". Un estudio más detallado reveló que la paciente había tenido temores de desmayo y de muerte mucho antes. Un episodio que excitó tales síntomas se produjo cuando su hermana abandonó el hogar con el niño; teniendo éste dos meses. Durante las semanas anteriores, la enferma había prestado solicitos cuidados al niño, y esperaba que permanecería con ella. La mañana de la partida, el padre de la enferma acompañó a la hermana a la estación. La madre, que estaba extraordinariamente conmovida por la partida de su hija mayor y por una querella que tuvo con su marido, amenazó con marcharse de la casa y suicidarse. La enferma y su hermano impidieron que abandonara la casa. Al principio la madre se resistió, luego se desmayó, y los hijos tuvieron que llevarla hasta el lecho. Los pensamientos de la enferma están muy relacionados con la separación, el desmayo y la muerte.

La madre refiere que la enferma ha comenzado a menstruar varios

meses antes. Reaccionó de un modo embarazoso diciendo a su madre: "¿Qué es esto?"

La madre siente no saber a qué se refería, pues aunque había preparado a la muchacha para este acontecimiento, ésta no se había desarrollado físicamente, y la madre no esperaba que comenzara a menstruar. La enferma, acompañada de su hermana, fue a comprar algunos paños para la menstruación. Al encontrarse con un hombre en la calle, ella bajó la cabeza. En general actúa "desgastada consigo misma". Jamás ha sentido dolores durante sus períodos, pero la madre dice que es muy curioso que la enferma intente siempre tenazmente ocultar su menstruación. Una vez, al observar una mancha en la sábana, preguntó a la enferma si estaba menstruando. Cuando la muchacha lo negó, la madre quedó admirada de que su hermana de doce años hubiera comenzado a menstruar, pero pronto se dio cuenta de que la enferma mentía. Al comenzar su menstruación Milly dijo: "Alguna cosa me va a suceder ahora. Podré tener un niño."

La madre piensa que la hermana mayor fue demasiado franca al referirse a su preñez. Cuando Molly le hizo la observación antes citada, la hermana le replicó: "Para eso tendrías que vivir con un hombre."

La muchacha arguyó: "Estoy viviendo con dos hombres, mi padre y tu marido."

La enferma conoce todo lo que ocurrió durante el parto de la hermana. La hermana había ingresado en el hospital, fue ligeramente anestesiada, y fue necesario aplicarle el fórceps.

La madre se refiere algunas veces al carácter severo del padre. No permite a las muchachas salir después del crepúsculo, debido a que hay muchos soldados en la ciudad. Se han producido dos casos de violación y otras cosas semejantes que han sobresalido al pueblo.

La madre describe los síntomas de la muchacha como una terrible angustia que se produce cuando sale de la casa. Algunas veces le es imposible abandonar el lecho, donde parece encontrar su protección favorita. En ocasiones sale por la tarde a jugar con sus amigas en la calle, pero le es imposible alejarse mucho, y si se ve obligada a abandonar la inmediata vecindad es atacada de temblores. Teme mucho a los automóviles y a los tranvías. Una noche, estando la familia en un restaurante donde había mucho público, la muchacha tuvo que refugiarse en el tocador. No puede dormir y permanece despierta oyendo los ruidos e imaginándose que alguien quiere penetrar en la casa. Padece accesos de llanto que sobrevienen en cualquier momento; se forja ilusiones y escribe poesías y cuentos breves. Son de ordinario cuentos de espías y de crímenes misteriosos en los que ella misma, levemente disfrazada, es la heroína. Come frecuentemente, creyendo que la comida podrá evitar los desmayos, y es el temor a desmayarse el que constantemente le aqueja. La madre tiene la impresión de que la muchacha está muy celosa de su hermana menor. La madre se halla también enferma; teme salir sola, huye de los automóviles, y jocosamente dice a la enferma: "Vamos a salir para morir juntas."

La madre no da información alguna acerca de las querellas con su marido ni con respecto a los planes de separación o divorcio.

Nos detendremos en este lugar a explicar detalladamente los síntomas morbosos de esta muchacha. Su actitud hacia la menstruación eran tan típica que puede ser considerada normal, aunque más tarde haya sido atacada por una grave neurosis. Su repulsión y perturbación cuando dice: "¿Qué es esto?"; su "disgusto consigo misma", su tendencia a ocultar su menstruación a la madre todos los meses y hasta negar que la ha tenido, como si fuera algo malo y prohibido, su preferencia por ser auxiliada de la hermana y no de la madre, todas estas manifestaciones nos son perfectamente familiares. Nancy, por ejemplo, actuaba de igual modo antes de haber recibido la influencia beneficiosa de la psicoterapia. La observación de Molly: "Alguna cosa me va a suceder ahora. Podré tener un niño", representa la idea que llena la mente de muchas muchachas con esperanza y temor. Hemos observado que su réplica a la respuesta de la hermana "para eso tendrías que vivir con un hombre", fue "estoy viviendo con dos hombres, mi padre y tu marido". Esta réplica expresa una fantasía que permanece profundamente soterrada en el inconsciente de la mayor parte de las muchachas jóvenes, apareciendo tan sólo en la superficie después del tratamiento psicoanalítico. Poco sabemos acerca de las relaciones de Molly con sus padres. Lo poco que hemos sabido nos recuerda el caso de Andrea, quien deseaba unir a sus padres mediante su enfermedad y muerte. Molly nos recuerda también a Nancy; la hermana mayor de la muchacha estaba también preñada y más tarde parió un niño. Sabemos que en la pubertad la tendencia a la identificación está intensificada. Con frecuencia vemos esa tendencia en Molly. En sus desmayos se identifica con sus compañeras de escuela, en la naturaleza de sus síntomas con su madre, y en sus fantasías de embarazo posiblemente con su hermana mayor. Las muchachas jóvenes, cuya vida fantástica está llena de ideas de embarazo y parto, están particularmente inclinadas a identificarse con las mujeres preñadas, especialmente sus madres o hermanas. Si estas fantasías se acompañan, en grado considerable, de sentimientos de odio e impulsos agresivos, dan lugar a síntomas morbosos y temores a la muerte. La vida de la muchacha en tales casos, como ocurre en el de Molly, está caracterizada por acciones para eludir los peligros; toda sombra de un acercamiento sexual es sentido como una amenaza a la que reacciona con ansia o desmayos. Nos interesa particularmente la actitud de Molly respecto a la muerte, pues en los temores de las muchachas jóvenes descubrimos constantemente una íntima relación entre la idea de muerte y las ideas de embarazo y parto.

El padre de Molly vigilaba estrictamente la castidad de sus hijas mayores advirtiéndolas de los peligros de ser violadas y prohibiéndoles salir solas. Los problemas del embarazo y parto adquirieron una importancia real para Molly debido a su hermana. Oyó que las mujeres pueden morir durante el parto. Todas estas impresiones procedentes del exterior pueden movilizar las fantasías y ansias que llenan la mente de las muchachas jóvenes. Al comenzar la menstruación, las conexiones asociadoras entre la muerte y el parto están particularmente vigorizadas. Ciertamente es que los acontecimientos externos contribuyen a reavivar esta conexión, pero en realidad es más elemental y más primitiva. Es innato en la psique femenina relacionar la sangre, la concepción, el parto y la muerte. Algunos autores, basándose en el folklore y en los mitos, creen que la sangre constituye el lazo de unión entre la muerte y el parto.

Para la fácil comprensión de los fenómenos psicológicos que se van desarrollando en la vida de las mujeres en su papel de servidoras de la especie, es importante observar que los fundamentos de estas últimas experiencias se establecen en la pubertad y durante la primera menstruación. Si la predisposición psicológica existente en la pubertad se acompaña de experiencias externas, estas últimas pueden ser de extraordinaria importancia para el futuro. Por ejemplo, conocer la muerte de una mujer o tan sólo saber que ha estado en peligro de muerte durante el embarazo, puede producir una impresión traumática irreparable, que conduce a graves trastornos en el desarrollo de la muchacha hacia la maternidad. Si la muchacha joven tiene una fuerte tendencia a identificarse con tales mujeres, todas sus ideas relacionadas con la función reproductora, comenzando por el acto sexual, estarán impregnadas por el temor a la muerte. Molly nos da un ejemplo de tal temor a la muerte en relación con el embarazo y el parto. Ha utilizado su neurosis para huir de la amenaza de muerte, esquivando la vida. Los desmayos durante la pubertad expresan la fuga de la muchacha a los peligros de su abandono pasivo a ellos. Los ataques epileptiformes expresan su defensa motora agresiva frente a los mismos peligros, como ocurrió en el caso de Nancy.

Otra muchacha de 14 años fue atacada de una psicosis aguda al segundo día de su primera menstruación. Esta muchacha fue llevada a la clínica psiquiátrica de Viena bailando y riendo. Su cara estaba teñida de color, su cabello en desorden y se levantaba las ropas usando un lenguaje obsceno, repitiendo constantemente la palabra *Poliditik*. Cuando comenzó el tratamiento se observó que esta palabra alemana era una composición de las dos palabras ale-

manas *Polizei* (policía) y *dick* (grueso). Estas dos palabras simbolizaban sus ansias de la pubertad. *Polizei* se relacionaba con la idea prohibida y temida de prostitución, que en su país nativo estaba bajo la vigilancia de la policía; la segunda palabra se refería al peligro de embarazo —"quedarse gruesa"—. Es difícil imaginar una representación más gráfica del ansia típica que ataca a una muchacha en la pubertad, que esta palabra compuesta. Según su madre, la enferma había tenido siempre una tendencia a la soledad. Sin embargo, hasta que comenzó la menstruación parecía gozar de buena salud y asistía a la escuela regularmente, de modo que era posible hablar de un ataque agudo de psicosis y no de una psicosis crónica. En este caso la primera menstruación desempeñó el papel de agente provocador, sobrecargando la estructura psicológica de la muchacha hasta un límite en que la tolerancia fue vencida.

Todos los médicos modernos conocen el grado en que la función de la menstruación está sometida a influencias psicológicas, no sólo en la pubertad, sino también más tarde. El conocimiento de que dichos factores psicológicos pueden dar lugar a variados trastornos menstruales está cada vez más difundido.

Hace muchos años, siendo todavía estudiante, seguí con gran interés un caso que se refería a un problema de matrimonio. Un marido había pedido el divorcio y como toda razón expuso ante los tribunales el siguiente alegato: Debido a su profesión de comerciante debía viajar, y sólo volvía a su hogar con intervalos irregulares. En los dos años precedentes todas las veces que había vuelto encontraba a su mujer menstruando. A sus ojos esto era prueba suficiente de que ella ya no deseaba tener relaciones maritales con él, aunque la mujer aseguraba con toda sinceridad que era una simple coincidencia, una mala suerte de que no era responsable. Los psiquiatras rechazaron la teoría del marido, aunque ya era bien conocido que la menstruación puede ejercer una influencia enorme sobre la vida psicológica. Estaban dispuestos a admitir que los estados de ánimo pueden acelerar o retardar la menstruación durante un breve periodo, pero la enorme y repetida influencia atribuida a ellos por el marido parecía imposible a estos especialistas. La única persona dispuesta a aceptar la interpretación del marido fue el viejo juez, que tenía una aguda intuición y un amplio conocimiento de la naturaleza humana. Concedió el divorcio, y los acontecimientos siguientes demostraron que la teoría del marido era exacta.

Desde aquella época hemos aprendido mucho acerca de la influencia de las emociones sobre las funciones del cuerpo en general

y acerca de la psicología de la menstruación en particular. La menstruación es importante no sólo debido a su relación con la pubertad y con las dificultades de ese período, no sólo debido a que es la expresión de la madurez sexual y tiene una especial relación con la reproducción, no sólo debido a que es el centro de la psicología de esa fase del desarrollo, sino también debido a que es una hemorragia que moviliza muchas agresiones, ideas de autodestrucción y angustias.

Los trastornos menstruales representan el grupo más importante de perturbaciones genitales de las mujeres, y los más comunes. Los trastornos típicos casi "normales" son amenorrea, dismenorrea, irregularidades menstruales, como en el caso ahora descrito, hemorragias continuas, menstruación intermitente y vicariante, etc.

Hemos expuesto brevemente alguno de esos trastornos, principalmente los casos en que surgieron en relación con la primera menstruación. Nuestra experiencia es muy rica. Apenas hay una neurosis, una emoción, que no provoque una reacción más o menos marcada del aparato genital, y esto es más notable y más objetivamente aparente en las hemorragias mensuales. Sin embargo, no hay que olvidar que la menstruación es un proceso biológico donde las posibles perturbaciones orgánicas y hormónicas deben ser siempre tenidas en cuenta, y que el tratamiento de los trastornos menstruales debe siempre realizarse en colaboración con un ginecólogo. En numerosas publicaciones se han referido observaciones clínicas de diversos trastornos menstruales relacionados con influencias psicológicas. Tales observaciones no sólo han sido recogidas por los psicoanalistas y psiquiatras, sino también por investigadores que de ordinario atribuyen más importancia a los aspectos orgánicos del problema.

En nuestra discusión de la psicología de la pubertad femenina hemos dedicado particular atención a la primera menstruación. Nos hemos desviado de la cronología en nuestra exposición del desarrollo femenino para hacer una descripción completa de la psicología de los procesos menstruales.

En el curso de la vida de una mujer, los acontecimientos subjetivos relacionados con la primera menstruación tienen una tendencia a repetirse en las restantes menstruaciones, pero normalmente en una forma muy débil. Poco a poco, la mujer acepta el proceso fisiológico como tal, y su significación psicológica se va difuminando en un segundo plano. Como una consecuencia de esta transformación, el recuerdo de la primera menstruación muchas veces

se va borrando, y en ocasiones es sometido a una represión tan grande que puede producirse una amnesia respecto al fenómeno. En tales casos las mujeres nos refieren que sus menstruaciones han sido completamente normales, y que desde el principio las interpretaron como lo que realmente son, como un proceso biológico. El análisis revela de ordinario que tales declaraciones son falsas y se refieren no a la primera menstruación, sino a las posteriores. Las manifestaciones que acompañan a la primera experiencia pueden ser objeto de una falsificación similar, por ejemplo, en lo que se refiere al hecho del conocimiento o la sorpresa, a la forma en que el acontecimiento fue comunicado a la madre o a las amigas, etc. Este punto es ilustrado por la conducta de una enferma de 26 años al referirse a una carta que recibió de una amiga cuando tenía 16 años. La enferma se abstuvo de mencionar una postdata de dicha carta hasta que el análisis reveló lo que realmente había sucedido durante la primera menstruación. Esto era lo que la amiga escribía:

¿Todavía no lo tienes? ¡Eres una muchacha feliz! He comenzado a pensar que tú serás la única entre nosotras que no vas a tenerlo. A. dice que si deseas con toda tu fuerza que no suceda, no sucederá, pero por desgracia esto es raro.

En relación con esta postdata nuestra enferma recordó gradualmente que ella había sido la última, de su círculo de amigas, en tener la menstruación, y que había estado convencida, con gran satisfacción, de que jamás la tendría. Cuando su deseo parecía cumplirse, se sintió temerosa, pues comenzó a pensar que jamás sería amada por un hombre y que no podría tener hijos. Más tarde, teniendo 17 años, comenzó al fin a menstruar; estaba contenta, pero creía que su flujo era "demasiado escaso y demasiado pálido", y que en realidad, era aún diferente de las otras mujeres, lo mismo que había sido antes. Conservó esta sensación hasta su embarazo. Es difícil resolver si su "voluntad" inconsciente pudo retardar la menstruación, pero es seguro que durante su análisis intentó ocultar este importante dato por la falsificación inconsciente de sus recuerdos.

El motivo para olvidar y falsificar los acontecimientos relacionados con la primera menstruación es la repugnancia de las mujeres a admitir que dieron una significación psicológica profunda a acontecimientos que luego comprendieron mejor. "Es un proceso biológico", mantienen, y no quieren recordar el hecho de que cuando eran muchachas jóvenes pensaban de otro modo. Es natural que la gente se resista a la idea de que los procesos somáticos tengan significación psicológica.

## CAPÍTULO QUINTO

## EROTISMO: LA MUJER FEMENINA

EN condiciones normales podemos esperar que la adolescencia complete con buen resultado sus tareas específicas. Una de las más importantes es la de dominar las tendencias instintivas y colocarlas en una armónica relación con las exigencias del mundo exterior y del yo. Pero hasta en las condiciones más favorables, esta función de la adolescencia sólo es realizada en un grado limitado. El "término de la adolescencia" es, pues, un concepto relativo, y la fase que la representa varía notablemente según los individuos. Muchos rasgos adolescentes se mantienen en los años de madurez, especialmente en las mujeres.

Sobre todo, la pubertad de las muchachas no parece cumplir una de sus tareas biológicas: la vida sexual de la mujer permanece más inhibida que la del hombre. En el capítulo VI expondremos las causas de esta diferencia, y aquí nos contentaremos con hacer notar que nos hallamos ante factores biológicos y anatómicos específicos. El efecto de ellos se fortifica sin duda por la educación de las muchachas, es decir, por las influencias sociales, pero su papel, por importante que sea, siempre es secundario. Nuestra comprensión de la frigidez femenina, que muchas veces ha sido un problema de la investigación psicoanalítica, sólo puede ser completa cuando se toma en consideración el hecho de que existe una inhibición constitucional que no tiene paralelo en los hombres.

Las mujeres deben muchas de las más importantes e interesantes características de su vida psíquica a los procesos relacionados con esta inhibición. Se forman durante la adolescencia y estamos habituados a considerarlas como manifestaciones normales de esa fase de la vida.

Una de las consecuencias de la intensificación de la vida interna en las mujeres es, en nuestra opinión, su erotismo específico.

Hemos visto que el erotismo, que es una continuación directa de los ardientes ensueños de la muchacha joven, obtiene su vigor de las fuerzas instintivas que actúan en el inconsciente. Como consecuencia de un proceso de sublimación, la sexualidad de la mujer es más espiritualizada que la del hombre. La necesidad del erotismo

sublimado es tan inherente a la psique femenina que las muchachas jóvenes que niegan la necesidad de un ideal amoroso platónico y que prematuramente se entregan a la actividad sexual, reaccionan, de ordinario, con sentimientos de vacío y desilusión. Debido a esta experiencia están posteriormente más dispuestas a crear un desdoblamiento poco satisfactorio entre sexualidad y deseo erótico de un ideal amoroso. Existen muchas mujeres que durante toda su vida aspiran al amor erótico y a la experiencia de la *gran pasión*, hasta cuando son felices en su matrimonio y están satisfechas sexualmente.

Normalmente, las mujeres subordinan estrictamente la sensualidad a la condición de amar o desear amor. La fantasía sensual y el deseo de su cumplimiento pueden ser durante largo tiempo más satisfactorios que la realización, dando lugar más fácilmente a la felicidad, y así el adolescente continúa desdoblando el erotismo y la sexualidad. La capacidad gradual para formar los deseos eróticos, de tal modo que no nieguen la experiencia directa de la sexualidad o no impongan condiciones eróticas demasiado severas, es una de las metas del estado adulto de las mujeres y de la madurez sexual.

Este proceso de sublimación enriquece toda la vida afectiva erótica de la mujer, y da lugar a que individualmente sea más variada que la del hombre, pero pone en peligro su capacidad para la satisfacción individual directa. La inhibición constitucional de la sexualidad de la mujer es lo más difícil de vencer, pues, como un resultado de la sublimación, es más complicada (y las condiciones para su satisfacción más estrictas) que el deseo primitivo de dar fin a la tensión sexual, que caracteriza más comúnmente la sexualidad masculina.

Hemos demostrado que la intensificación del narcisismo es uno de los fenómenos más interesantes de la adolescencia. Señalamos que protege al yo joven de los sentimientos de debilidad, durante sus esfuerzos para dominar la realidad, así como del peligro de difundirse en identificaciones, y proporciona a ambos sexos la capacidad de autoobservación que es característica de este periodo de la vida.

En nuestro concepto, la continuación de la función del narcisismo más allá de la adolescencia es un rasgo específico y típico de la femineidad. La "mujer narcisista" o "el narcisismo femenino" ha venido a ser un tipo de perogrullada, y muchas veces es hasta un insulto. Parece, pues, necesario discutir este concepto.

La definición de Freud del narcisismo lo relaciona con la primaria

fase infantil del yo, durante la cual la libido, la energía afectiva, toma el yo como su objeto. Durante toda la vida del individuo, el yo continúa siendo el gran reservorio de esta energía, desde el cual se envían las emociones hacia los objetos externos. Los valores positivos del narcisismo ya han sido observados. El vigor del carácter está muchas veces relacionado con él; cuanto mayor sea la confianza en sí mismo y el respeto para sí mismo, tanto más fuerte es el carácter. Freud<sup>1</sup> atribuye al narcisismo del individuo una gran fuerza de atracción para las otras personas, y piensa que el encanto femenino deriva de esta cualidad narcisista, del amor a sí mismo, del deseo de ser amada. Mucha gente se inclina a explicar el hecho de que el narcisismo de la mujer sea más fuerte que el del hombre, basándose en su mortificación, referente a su inferioridad genital orgánica, que la mujer expresa pidiendo constantemente compensaciones por su amor propio ofendido. Esta hipótesis explica también por qué el narcisismo disminuye con la maternidad. En efecto, con la posesión de su hijo la mujer se siente compensada de las anteriores desventajas, y puede emplear su capacidad para amar a otras personas, especialmente a su hijo.

Aunque esta explicación contribuye en cierto grado a nuestra comprensión del narcisismo femenino, no pensamos que sea completa ni constituya el factor más esencial que hay que tener en cuenta. En nuestra opinión, la intensificación o conservación del narcisismo, que se fortificó durante la adolescencia, se debe a un conflicto entre las tendencias sexuales definidas y esa parte del yo que expresa el instinto de autoconservación. Como las tendencias sexuales de la mujer se dirigen hacia objetivos que son peligrosos para su yo, éste se defiende y fortifica su seguridad interna intensificando su amor a sí mismo, que entonces se manifiesta como "narcisismo". Los objetivos sexuales de la mujer son peligrosos para su yo, debido a que son de carácter masoquista, y el enigma del narcisismo femenino sólo puede ser resuelto si comprendemos el masoquismo femenino, el agresor en el conflicto interno. En todas las situaciones caracterizadas por tendencias masoquistas intensificadas, parece intervenir la reacción protectora narcisista. A este fin pasa desde la adolescencia al estado adulto de la mujer, y continúa desempeñando un papel positivo en la psique. Como veremos, la mayor parte de los tipos femeninos eróticos puede derivarse del juego entre narcisismo y masoquismo.

<sup>1</sup> FREUD, S.: *On narcissism. An introduction*. Collected Papers, vol. 4.

Los efectos del narcisismo varían en las mujeres. Pueden enriquecer o empobrecer su vida psicológica. En algunos casos realizan una función útil y contribuyen a la salud psíquica; en otros son un grave síntoma patológico. Ilustraremos estas variaciones mediante algunos ejemplos tomados de la obra *La guerra y la paz* de Tolstoi, en la que se describen varias mujeres "narcisistas" pertenecientes a un pequeño grupo social.

Por ejemplo, recordemos a la princesa Elena que está enamorada de sí misma y de su belleza. Tolstoi hace una espléndida descripción de ella.

La princesa sonríe. Mantiene la misma e invariable sonrisa con que ha entrado en el salón —la sonrisa de una mujer perfectamente bella—. Con un leve crujir de sus blancos vestidos, adornados con flores y hiedras, luciendo sus blancos hombros y su brillante cabello, reflejándose la luz en sus brillantes pisa entre los hombres que le abren camino, sin mirar a ninguno de ellos, pero sonriendo a todos, como si graciosamente les permitiese el privilegio de admirar su bella figura, sus hombros redondos, su espalda, su descote, que según la moda de aquellos días era muy amplio, y el rumor de la sala de baile parece despertarse cuando se dirige hacia A. P. Elena es tan hermosa que no sólo no muestra ningún rasgo de coquetería, sino que, por el contrario, parece temer a su indiscutible y victoriosa belleza. Descarada, pero es incapaz de disminuir el afecto que produce.

Los asistentes están oyendo una interesante narración.

Durante la narración ella se alza, dirigiendo una mirada hacia su bello y redondo brazo deformado por la presión de la mesa, y a su aún más hermoso seno, sobre el que brilla un collar de brillantes. De cuando en cuando se alisa los pliegues de su vestido, y siempre que la narración produce un efecto lanza una ojeada hacia A. P., adoptando al mismo tiempo la expresión que ve en el rostro de la dama de honor, para luego volver a ofrecer su radiante sonrisa.

El narcisismo de Elena es tan grande que, en su pasión por su belleza, siente que es natural y hasta fastidiosa la admiración de los demás. Una mujer bella menos narcisista que Elena depende más de las reacciones de las otras personas, y la admiración de que es objeto despierta siempre en ella la misma alegría, del mismo modo que ser amada siempre despierta una alegría en la mujer amante. El narcisismo se acompaña muchas veces de inseguridad y tensión, en la espera de la respuesta afirmativa del ambiente. El narcisismo de Elena se ha libertado notablemente de esta dependencia. No intenta obtener la aprobación social; su ajuste es tan completo

que simplemente adopta la expresión de otra persona importante, para luego volver a reincidir en su impersonal sonrisa. En el amor por sí misma no puede amar a ningún otro; las alegrías de la maternidad no son para ella una tentación; y el matrimonio sólo significa para ella la posición social y riqueza.

Vera, un carácter secundario en la novela, está aún más separada del mundo dentro de su narcisismo. Ni siquiera puede mostrar la sonrisa que Elena siempre tiene en sus labios, y cuyo triunfo le parece natural. Hasta cuando Vera sonríe, Tolstoi escribe:

La sonrisa no realza su belleza, como de ordinario ocurre; por el contrario, le da una expresión poco natural y por tanto desagradable. Vera tiene una buena presencia, no es necia, aprende rápidamente, está bien educada y tiene una agradable voz. Lo que ella dice es exacto y adecuado. Sin embargo... la hermosa Vera, que produce ese efecto desagradable e irritante a todos, sonríe, y, sin inmutarse por lo que han podido decirle, se dirige hacia el espejo para arreglar sus cabellos y sus vestidos. Al contemplar su hermoso rostro parece aún más fría y tranquila.

Mientras la sonrisa de Elena expresa la necesidad de contacto humano y despierta admiración, la sonrisa de Vera es una máscara estereotipada que despierta tan sólo irritación. Sus propias reflexiones ante el espejo es lo único que le interesa.

Cuando Natacha, el personaje que representa la bella muchacha femenina, hace su primera aparición en sociedad, es consumida por el deseo de causar gran impresión, y de ser admirada y amada por todos. Su necesidad narcisista de ser amada y su incapacidad para resistir el ardiente cortejo, aunque se trate de "un mal hombre", le conduce a cometer el trágico error a través del cual obtiene la completa madurez. El narcisismo de Natacha emana calor y voluntad de devolver amor por amor: "Natacha se enamora en el momento en que penetra en la sala de baile. No se enamora de alguien en particular, sino de todos."

Como todos los personajes de Tolstoi, Natacha ha sido tomada de la vida real. Las mujeres como ella son una viva refutación de la afirmación de Freud<sup>1</sup> de que una mujer femenina no ama, sino que se deja amar. El amor femenino, el núcleo de la "mujer femenina", es naturalmente pasivo-narcisista. Si este amor no es patológicamente deformado, puede compararse a un fuego que irradia calor. Debemos acercarnos a ese fuego, algunas veces removerlo; pero envía rayos de diversos tipos en muchas direcciones, y el

<sup>1</sup> Op. cit.

valor de sus hechos "pasivos" no es inferior al del amor más "activo".

Como otro rasgo de la femineidad hemos citado la fuerte tendencia hacia la pasividad y la intensificación del masoquismo. Si reemplazamos la expresión "giro hacia la pasividad" por "actividad dirigida hacia adentro", el término "pasividad femenina" adquiere un contenido más vital, y las ideas de inactividad, vacío e inmovilidad son eliminadas de su connotación. El término "actividad dirigida hacia adentro" indica una función, expresa alguna cosa positiva, y puede satisfacer a los feministas que muchas veces piensan que el término "pasividad femenina" tiene una significación despectiva.

El "masoquismo femenino" sigue el mismo camino que la "actividad dirigida hacia adentro". Por analogía podemos decir que la actividad dirigida hacia adentro de las mujeres es paralela a la intensificada actividad dirigida hacia afuera de los hombres. Y su masoquismo es paralelo a la agresión masculina, que acompaña a esta actividad, particularmente al final de la adolescencia. Para tranquilizar al lector anticiparemos nuestra exposición del masoquismo femenino señalando que carece de la crueldad, impulsos destructivos, sufrimiento y dolor, con que se manifiesta el masoquismo en las perversiones y neurosis.

Antes de describir nuestros tipos femenino-eróticos, esquematizaremos brevemente los elementos fundamentales de su estructura psicológica. Éstos son: primero, la vida instintiva, que en la mujer femenina tiene un carácter pasivo-masoquista (más tarde mostraremos la génesis y el desarrollo de la formación de este instinto); segundo, los componentes narcisistas del yo (la naturaleza y desarrollo del narcisismo femenino han sido ya estudiados); tercero, los precursores emocionales de las funciones reproductivas de la mujer, que existen en ella antes de que tenga lugar la maternidad.

El relativo peso de cada uno de estos elementos es influido por la historia infantil de cada mujer; especialmente por el resultado de sus esfuerzos para liberarse de los antiguos objetos durante la adolescencia. La elección de la mujer de los objetos amados está, en cierto grado, determinada por sus pasados lazos emotivos, y por su capacidad psicológica para la maternidad.

Un juego armónico de los elementos antes definidos caracterizan a la mujer femenina, cuyo rasgo predominante es el erotismo. La forma de este erotismo y los modos y medios en cuya virtud obtiene sus objetivos, dan la total personalidad a cada uno de los

tres tipos femeninos, cuyo matiz especial será descrito más adelante. Lo que es común a todos estos tipos es la facilidad para identificarse por el hombre, de modo que conduzca más fácilmente a la felicidad de ambos compañeros. El prerequisito narcisista de esta identificación es la afinidad psicológica, la semejanza de los yo. A la mujer corresponde la más amplia participación en la tarea del ajuste: deja la iniciativa al hombre, y por su propia necesidad renuncia a la originalidad, que experimenta a través de la identificación. Algunas de estas mujeres necesitan hiperestimar sus objetos, y sus métodos narcisistas de hacer feliz al hombre pueden expresarse en la fórmula: "es maravilloso y yo soy una parte de él".

Estas mujeres no sólo son las compañeras ideales para el hombre; si poseen en alto grado la cualidad femenina de la intuición son también colaboradoras ideales, que muchas veces inspiran a sus compañeros y se sienten más felices en este papel. Parecen ser fácilmente influyentes, se adaptan a sus compañeros y los comprenden. Son los colaboradores más amables y más carentes de agresividad, y desean permanecer en ese papel; no insisten en sus derechos —muy por el contrario—, son fáciles de tratar en cualquier forma, basta con amarlas. Sexualmente son fácilmente excitables y rara vez frígidas; pero precisamente en el campo sexual imponen condiciones narcisistas que deben ser absolutamente cumplidas. Exigen amor y deseo ardiente, encontrando en esto una compensación satisfactoria a la renunciación de sus tendencias activas.

Si tienen talento para alguna cosa conservan la capacidad de ser originales y productivas, pero sin intervenir en luchas de rivalidad. Se prestan siempre voluntariamente a renunciar a sus propias adquisiciones, sin el sentimiento de que sacrifican alguna cosa, y gozan con los triunfos de sus compañeros que muchas veces han inspirado. Tienen una extraordinaria necesidad de ser apoyadas cuando se entregan a alguna actividad dirigida hacia afuera, pero son absolutamente independientes en los pensamientos y sentimientos relacionados con su vida interna, es decir, en su actividad dirigida hacia adentro. Su capacidad para la identificación no es una expresión de pobreza interna, sino de riqueza interna.

Como es natural, tal actitud envuelve el peligro del sometimiento masoquista y de la pérdida de la propia personalidad. Si estos peligros logran ser evitados, encontramos aquí el tipo más complaciente de la "mujer femenina". Lo que es fascinante y enigmático en tales mujeres no es la parte de su personalidad que hemos descrito. La tendencia a la identificación, la recepción pasiva, la re-

nunciación masoquista en favor de los demás, los efectos de la intuición, son cualidades que hemos reconocido como típicas de la "mujer femenina". Su fascinación yace más bien en el mecanismo protector que desarrolla para anular los peligros antes mencionados. Estos mecanismos son confiados a las fuerzas narcisistas de la psique, y por paradójico que parezca, tan sólo los efectos de estas fuerzas dotan a tales mujeres de su completa personalidad. Recordemos que el narcisismo no sólo realiza una función negativa, hostil para el objeto externo. En la mujer sirve como un importante contrapeso del masoquismo, y realiza una función positiva. Desempeña el papel de guardián que la protege de la declinación pasivo-masoquista. El puesto elegido por ese guardián en la estructura psicológica determina la diferencia entre nuestro primero y nuestro segundo tipo femenino.

El primer tipo de personalidad femenina es la mujer que cuando es eróticamente deseada y apremiada tiene dificultades para negarse y es fácilmente conquistada. En este caso, el guardián no ha establecido su puesto en la puerta de entrada. El hombre se siente amado, goza a la mujer que psicológica y físicamente se le da, pero pronto descubre que sólo ha recibido una parte insignificante de sus sentimientos, que se halla ante una puerta cerrada, tras la cual se encuentran profundamente ocultos los tesoros psicológicos, que sólo pueden ser obtenidos con gran esfuerzo.

Como vemos, la armonía de este tipo está constituida por una relación característica entre las tendencias pasivo-masoquistas y el narcisismo femenino. Tras una valla protectora narcisista severamente guardada, existe una personalidad fuerte, y un mundo rico en actividad interna. Las primeras puertas del cercado permanecen abiertas, debido a que este tipo de mujer se siente segura tras de su valla protectora.

El segundo tipo de mujer femenina es la mujer cuyo guardián narcisista está apostado en la puerta de entrada de su vida erótica y afectiva. Es difícil de conquistar y defiende su personalidad física y psicológica, debido a que se da perfecta cuenta del peligro de la docilidad masoquista. Durante el período de luchas preliminares en el intento de vencerla, fortifica y asegura su posición, y dirige el amor y la valoración del hombre por cauces adecuados. Mediante su propia investigación enlaza sólidamente la vida del hombre a la suya. Después de que el guardián ha sido vencido y han quedado abiertas las puertas exteriores, todas las puertas interiores se abren sin reservas. El guardián narcisista ha visto que la perso-

nalidad de la mujer se conserva. Desde ahora su conducta será semejante a la del primer tipo de mujer femenina.

La integración de estas personalidades eróticas se aprecia en el hecho de que se comportan de la manera antes descrita, no sólo en su vida erótica, sino también en todos los restantes campos. En sus amistades con hombres y mujeres —y suelen tener muchos amigos gracias a su intuición y a su falta de sentimientos envidiosos y de otras formas de agresión— despliegan la misma actitud armónica, es decir, la protección narcisista de sus personalidades y la subordinación pasiva a los demás mediante la identificación. Se distinguen por su gran tolerancia. En su relación con los demás van más allá del principio de que para comprender algunas cosas es necesario perdonarla; para ellas comprender es no tener nada que perdonar. Lo que las distingue de muchos hombres y mujeres de otros tipos es que la envidia es ajena a ellas, y que tienen celos sólo hasta el grado normal de su erotismo. Quizá un dominio particularmente favorable de la envidia del pene contribuye a la formación de las personalidades de estas mujeres. De cualquier modo, mediante el amor y la intensificada confianza en sí misma vencen brillantemente la "mortificación narcisista" que, en opinión de muchos psicosanalistas, es consecuencia de la envidia del pene por las mujeres. Su masoquismo no necesita buscar protección en esa huida hacia la masculinidad, a la cual recurren otros tipos de mujeres, pues han creído para sí una posición bien defendida dentro de la femineidad. Me permito esta conjectura con respecto a la envidia del pene, aunque no considero a tal envidia como la fuente principal del narcisismo femenino. Tampoco considero a la envidia como una cualidad específicamente femenina.

La mujer aquí descrita es fácilmente influida, si bien conoce cómo expresar un tranquilo, pero firme veto. Si su compañero masculino o cualquier otra persona del ambiente pasa de sus límites en sus exigencias, aumentando su carga masoquista o yendo en contra de sus necesidades éticas o estéticas, ella rompe sus lazos a pesar de su devoción y tolerancia.

Parece que estos tipos de mujeres, particularmente el primero, tienen una capacidad tan grande para dar y recibir amor que, aunque experimenten desilusiones no se abstienen de buscar una nueva relación —bajo las mismas condiciones— de devoción identificadora.

Algunas veces producen la impresión de ser fácilmente accesibles. Pero con la experiencia, el observador psicológico aprende que con-

ductas idénticas en individuos distintos no siempre tienen igual significación. Un proverbio popular latino dice: *Si duae faciunt idem, non est idem*. Para el psicólogo los motivos más profundos son decisivos. Desde este punto de vista debemos establecer la diferencia entre las mujeres que "pueden ser fácilmente logradas" y nuestro tipo femenino. Las primeras, en oposición a las últimas, también pueden ser fácilmente abandonadas.

Es una antigua verdad, que no ha cambiado mucho a pesar de la transformación de nuestras normas de vida, que el deseo sexual del hombre se intensifica si tiene que vencer obstáculos antes de lograr la comisión sexual con la mujer. Lo mismo que en los tiempos prehistóricos, las mujeres quedan más satisfechas cuando conceden la intimidad sexual tan sólo después de un largo cortejo. En esta vieja y también nueva forma de relación se cumplen las dos condiciones del erotismo femenino, la condición masoquista, debido a que muchas mujeres desean ser conquistadas y esperan "su derrota" con gozosa excitación; la condición narcisista, debido a que esta lucha aumenta el deseo del hombre, que es tan satisfactorio para la mujer. Las condiciones sociales no tienen ninguna relación con esto. En dicho caso predomina el factor psicológico independientemente del orden social; sólo cambia su forma. En la Edad Media, cuando las mujeres estaban más sometidas socialmente, el amor caballeresco y los humildes servicios del caballero para su dama estaban muy difundidos. Y hasta en los países mahometanos se encuentran, uno al lado del otro, la fácil adquisición de la mujer como un objeto sexual, y los métodos de dificultar su conquista para aumentar su valor como un objeto de placer.

En nuestra cultura muchas mujeres renuncian a este galardón de ser conquistadas, por razones que muchas veces son contradictorias. La incapacidad tan sólo puede expresar una incapacidad infantil para suspender un placer inmediato en beneficio de otro mayor, pero tardío. Esas mujeres despliegan en toda su conducta una naturaleza infantil incontrolada. Otro motivo puede encontrarse en el hambre narcisista de la mujer que busca satisfacción en una serie continua de situaciones en que es deseada. Otro motivo puede ser también el deseo masoquista de ser humillada y abandonada. El impulso a romper sus cadenas, ser tan sexualmente libre como el hombre, hacer suya "cierta cantidad" del impulso activo del hombre para satisfacer impulsos agresivos en una continua infidelidad, todos ellos son motivos que emanan del componente masculino de la mujer y la conducen a una actividad erótica "libre" no

inhibida. Wittels<sup>1</sup> cita como ejemplos de esas mujeres androgíneas la perversa Mesalina y la hermosa Helena de Troya.

La "mujer primitiva", que cede feliz y sin conflictos a sus deseos sexuales, es tan desconocida para mí como lo es el "hombre primitivo". En la ficción encontramos algunas veces personajes que se aproximan a este tipo. Sin embargo, un examen más detenido nos muestra, por ejemplo, cuán compleja es la poliandrica Jaga, en *The Peasants* de Ladislas Reymont, y la sexualmente despreciable aunque maternal Verinea, en la novela de Seifulina.

La experiencia nos enseña que las manifestaciones de gran libertad sexual no se encuentran donde existe una femineidad armónica. Expresan confusión interna, lo mismo que, y algunas veces más que la abstinencia excesiva y la inhibición sexual. Nuestro concepto de la mujer femenina normal se construye no sobre tales manifestaciones, sino sobre el juego armónico de diversas fuerzas psicológicas; por tanto, nuestro tipo es bien diferente de los tipos que tan sólo son semejantes en apariencia.

La diferencia entre nuestros dos tipos de mujeres femeninas puede ser grande a pesar de su profunda semejanza. El primer tipo es más fácilmente sacudido, no sólo eróticamente, sino en todas sus emociones; suave y tolerante, tiene grandes exigencias, pero en todo momento está dispuesto a tomar el objeto amado tal como es, aceptándolo algunas veces sin hiperestimarlo, e identificándose con él. El peligro para esta mujer yace en su masoquismo, pues puede suceder que su guardián narcisista sea sobornado. Un tipo definido de hombre puede conseguir el soborno del guardián: ese hombre será muy erótico y narcisista, muy agresivo en su ardiente cortejo y en su deseo. Será tan seductor en su necesidad de posesión completa, y parece que tendrá tanto que dar, que la mujer no puede resistirle. Como tal hombre puede poseer muchas veces dones especiales y ser también capaz de estimular y mantener los intereses intelectuales de la mujer, consigue vencer su autodefensa narcisista, y entonces ella es la víctima de su propio masoquismo. En ese caso, se destruye su armonía interna; a no ser que consiga salvarla y reconstruir su muro narcisista, experimentará repetidamente su destino masoquista, permaneciendo ligada a un hombre del que no puede separarse, o cambiando de un objeto agresivo a otro. Se hará neurótica y cesará de ser una "mujer femenina" armónica.

El segundo tipo de mujer es menos masoquista, pero más intol-

<sup>1</sup> WITTELS, P.: *Die libidinöse Struktur des kriminellen Psychopathen*. Internat. Ztschr. f. Psychoanal. vol. 23, 1937.

lerante; sus exigencias son mayores, y asume el papel femenino pasivo tan sólo en condiciones definidas para alcanzar satisfacción narcisista. El peligro para esta mujer, en oposición al primer tipo, yace en el narcisismo. Sus excesivas demandas dan lugar al empobrecimiento de sus relaciones con el objeto y pueden fácilmente conducir a frustraciones y desilusiones.

Como es natural, la separación entre los dos tipos no siempre es tan neta. Existen muchos tipos de transición y hasta los más puros son en su mayor parte "tipos mixtos". Las formas de reacción divergen de las "típicas". Muchas veces la mujer más dulce, que se ha comportado de un modo completamente pasivo-femenino, repentinamente asume una actitud agresiva y vengativa cuando sufre un menoscabo en su narcisismo. Cuando el guardián narcisista de su masoquismo erótico falla, el masoquismo se transforma en sadismo, y se dirige más agresivamente contra su propio yo. Los suicidios de mujeres que han sufrido desilusiones amorosas se deben, de ordinario, no a la pérdida del objeto, sino al daño narcisista. Conozco una mujer que, debido a ese daño, lloró durante semanas día y noche, lamentando la pérdida de un hombre a quien ya había desvalorizado y que hacía largo tiempo había dejado de amar, como ella misma reconocía. He tenido también la oportunidad de estudiar una suave y agradable mujer que sin el más leve signo consciente de dolor amoroso mató a un hombre porque le infligió un daño narcisista. En el curso del juicio, que causó sensación, se pensó en motivos políticos, pues nadie podía comprender la importancia del daño narcisista para esta mujer.

Conocemos numerosos tipos femeninos que son psíquicamente firmes y maduros, aunque muestran rasgos muy adolescentes en su conducta. Las mujeres eróticas, muy sentimentales e impulsivas, consideran cada relación que dejan tras sí como un error, y durante su completa madurez se comportan como la muchacha adolescente que después de cada pasión piensa: "el otro hombre no era como yo pensaba, éste sí". Otras muestran una marcada fe en la duración y exclusividad de sus sentimientos y un deseo de "amor eterno". La exigencia narcisista "ámame exclusivamente y para siempre", se relaciona de ordinario con un temor de perder al amado, y en este temor yace la fuente de la satisfacción masoquista, que muchas veces degenera en celos atormentadores. Paradójicamente, la misma necesidad masoquista induce a una mujer con experiencia erótica a escribir a su amado: "Dame inseguridad, pues tan sólo ella puede dar valor a mi amor por ti." En muchas mujeres el sentimiento de

exclusividad causa ansiedad, y sólo pueden entregarse a una relación cuando comprenden que ambas partes son libres de romperla cuando el sentimiento no sea ya reciproco.

Las amantes más eróticas muchas veces son incapaces de mantener una relación armónica en condiciones prosaicas y vulgares, pues el amor sólo es posible para ellas como un éxtasis de admiración y de ser constantemente deseadas. Es difícil satisfacer esta necesidad narcisista en la lucha de la vida diaria. Las mujeres muy eróticas se niegan a contraer matrimonio, que implica una vida prosaica, si su posición social les capacita para ello, o tienen diferentes compañeros en rápida sucesión (artistas, etc.). Las mujeres con fuerte conciencia social y grandes deseos eróticos rompen una relación erótica poco satisfactoria de un modo diferente: inventan una ideología especial para ese fin, y declaran que una relación sexual en la que falta la intensidad de la experiencia erótica que ellas exigen es inmoral, y por tanto debe ser suspendida. El mismo tipo de mujeres, cuando estalla un conflicto entre sus deberes maternales y sus ansias eróticas, toman de ordinario la actitud racionalizadora de que es mejor para los niños que sus padres estén separados que vivir en una atmósfera "fria y sin amor".

En algún rincón de su corazón, todas las mujeres tienen una necesidad masoquista de experimentar los tormentos del deseo y los sufrimientos que causa el amor profundo. En el mismo rincón existe un deseo narcisista de obtener grandes pruebas del amor del compañero y de su espaciedad para el sacrificio. Cuando Eduardo de Inglaterra comunicó al mundo que había abandonado su trono por "la mujer que amo", sus palabras encontraron un eco curioso e inolvidable en los corazones de muchas mujeres entre 16 y 60 años. Esta profesión de amor despertó en ellas el anhelo de ser amadas. Lo que realmente les conmovió fue el anuncio del sacrificio que el rey voluntariamente hacia en bien de su amada. La mujer erótica desea tener un trono y una corona a sus pies, aun cuando su amante no lo posea. "Pero si los tuviera . . ."

Hemos dicho que la elección de la mujer de un objeto amado y su actitud hacia él están también determinadas por la forma en que se enfrentan con sus antiguos lazos sentimentales, y por el componente maternal de su psique. Nuestros dos tipos eligen uno de los dos modelos: el hombre hiperestimado, muy activo, y masculino, que corresponde al modelo del padre idealizado, y el joven que promete, que necesita que la mujer se identifique con él para aumentar la confianza en sí mismo. La última elección está de ordinario con-

dicionada por el componente maternal del erotismo femenino. Una cosa, sin embargo, debe ser subrayada aquí: cuanto más masoquistas (en el sentido femenino del término) sean las tendencias instintivas de la mujer, más se alejará su ideal erótico del hombre que necesita ayuda o está enfermo. Si la actitud masoquista de la mujer condicionada instintivamente coincide con el sacrificio consciente de su yo, es decir, si la piedad o cualquier forma de altruismo interviene en su relación con el hombre, queda fuertemente inhibida para la conmoción erótica. Se observa, con frecuencia, que hasta las mujeres más cordiales de este tipo deben hacer un gran esfuerzo para suprimir su repugnancia cuando su amante está enfermo y necesita sus cuidados. La mujer maternal-erótica, puede prestar mucha ayuda sin desviarse de su entusiasmo erótico, pero sólo en ciertas condiciones. Puede, por ejemplo, fomentar el desarrollo continuo del hombre en el sentido de una formación ideal común o de otros intereses, con tal de que ella crea en su fuerza. En esto difiere completamente de la mujer ambiciosa, que exige de un modo agresivo-activo que su compañero logre alguna cosa, y al hacerlo transfiera a él su propia ambición.

Estas dos formas de elección amorosa —una relación de hija a un padre ideal y una relación de madre a un hombre—, también tienen sus peligros. La primera está tan ligada con las condiciones infantiles que puede fácilmente presentar complicaciones neuróticas. Las mujeres que toda su vida permanecen eróticamente ligadas a un hombre al que han tenido que renunciar, y las mujeres que frecuentemente cambian sus objetos amados, muchas veces usan tan sólo dos formas diferentes de expresar sus profundos lazos con el padre. En oposición a las últimas, el don Juan femenino es más narcisista, no puede soportar la renunciación, y la niega cambiando sus objetos amados: "Soy amada a pesar de todas las cosas."

La mujer que es armónicamente erótica, que es más "femenina" y representa la máxima perfección de su Creador, declara muchas veces en el atardecer de su rica y feliz vida amorosa: "No siempre he sido fiel, pero en realidad sólo he amado una vez." Alguna fotografía arrugada en su álbum o una imagen en su recuerdo representa para ella una figura a la que en sus primeros años de juventud atribuyó su mayor ansia y capacidad para amar, y a cuyo través conserva inconscientemente su fidelidad para su primer objeto amado, su padre.

Existen dos fantasías conscientes muy sencillas de la muchacha joven normal, que se relacionan con el padre. En una se trata de un gran hombre, que merece un destino mejor, una víctima de la pro-

saica madre, que le ha obligado a una existencia gris para ganar el sustento. Ella, la hijita, sería un objeto más adecuado para él, aunque él debe renunciar dolorosamente a ella. En muchos ejemplos, una mujer psicológicamente sana puede tener como su primer objeto amado —un objeto al que muchas veces permanece ligada durante la vida— a un hombre no libre, muchas veces a un hombre casado, que despierta su amor y responde a él, pero no puede romper sus antiguos lazos. Tal hombre reproduce la situación descrita antes. La fantasía de su deseo amoroso lleno de dolor, y el sufrimiento de ella misma, en el que él participa, muchas veces constituyen motivos más fuertes para la fidelidad que la realización del amor.

La otra fantasía de las muchachas, que muchas veces ejerce gran influencia sobre la vida erótica de la mujer, se basa sobre la idea de que el padre ama a la madre como un objeto sexual, pero reserva a su hija lo mejor, su yo ideal. Ella es la que, según su opinión, le comprende y posee su alma. La mujer erótica que después de cada satisfacción sexual ansiosamente pregunta a su amado "¿me amas aún?", no hace esto por su educación, ni tampoco por el doble *standard* existente de la moralidad, de acuerdo al cual la mujer es desvalorizada cuando se da sexualmente. En realidad expresa el deseo de la muchacha pequeña de compartir las "cosas mejores" con su compañero, y su desvalorización de la sexualidad. En las mujeres neuróticas la idea de que los hombres hacen una división entre amor ideal y sexual conduce a la ansiedad y a la inhibición sexuales.

Existe otro tipo de amor adolescente que se continúa durante toda la vida en algunas mujeres, y que puede observarse en mujeres que están excepcionalmente adaptadas a la realidad. Por ejemplo, una mujer casada feliz, que ha tenido hijos y ejerce una carrera, y que es en todos los aspectos una persona adulta y madura, se ve constantemente complicada en un amor dolorosamente dichoso y platónico con algún hombre que es de ordinario para ella la figura del padre; por ejemplo, su superior jerárquico o una persona importante en el campo en que ella está interesada. Una mujer llamaba a este amor su "felicidad del domingo", pues tan sólo los domingos tenía tiempo para dedicarse a sus fantasías respecto a él.

En *Much Ado about Nothing* (Nada entre dos platos) (acto 2º, escena 1º) encontramos un interesante ejemplo de esa división en la vida sentimental de la satisfacción diaria y de la más importante de los domingos.

Don Pedro: ¿Me aceptáis, señora?

Beatriz: No, mi señor, a no ser que pueda tener otro para los

días de trabajo; su señoría es demasiado costosa para exhibirla todos los días.

La *maternidad* de la mujer erótica probablemente aparece en primer plano, en más alto grado, cuando el objeto amado elegido es un hombre joven que cuando está modelado según la figura del padre. Pero no siempre ocurre esto. La hija, especialmente si no tiene madre, frecuentemente desempeña el papel protector de ésta con respecto al padre. ¡Cómo le regaña cuando olvida su paraguas o se desvía de la dieta que el doctor le ha prescrito! ¡Y con qué placer escucha de sus labios las grandes proezas que ha realizado durante el día! Lo mismo se trate de un pobre diablo, que de un personaje público eminentemente, a sus ojos es siempre una figura importante. Del mismo modo, la mujer adulta erótico-maternal escucha a su compañero, e intenta conservar para sí la ilusión de su importancia, y para él el conocimiento de la fe que ella pone en su trabajo. La mujer repite esta conducta con respecto a su hijo. Madre e hijo necesitan tener fe en el futuro, el gran futuro del muchacho, y la mujer maternal sabe cómo dar a su hijo esa fe. Calma sus temores por las tareas que tiene que realizar, debido a que no exige que las realice. Tampoco le desvaloriza si logra sus objetivos tan sólo en un modesto grado. La mujer erótico-maternal tiene esta misma actitud de satisfacción para su marido.

En otro lugar intentaremos aclarar aún más el concepto de la maternidad, pero por el momento nos limitaremos a una breve definición. La mujer maternal, en su conducta respecto a su medio, revela la capacidad para subordinar sus intereses individuales a los de la especie. La especie está representada por el niño, pero la actitud maternal puede ser dirigida hacia otras personas o cosas. Este sentimiento es muy diferente de los otros tipos de amor; en las mujeres eróticas muchas veces contribuye sustancialmente a debilitar sus necesidades narcisistas en sus relaciones con los hombres.

Podemos esperar que la mujer erótico-maternal, como un resultado de su constitución, encuentre la mejor salida de sus sentimientos en la maternidad, pero no siempre ocurre así. La más femenina de todas las mujeres muchas veces es la que encuentra más dificultades en su maternidad. Surge un conflicto entre erotismo y maternidad, un conflicto muy agudo debido a que el erotismo puede usar muchos sentimientos maternales para sus propios fines, y rivalizar así con la maternidad real. Viceversa, la mujer puede dirigir hacia su hijo una parte tan grande de sus sentimientos de abnegación, de identificación y masoquistas, que su erotismo quede dañado.

El guardián narcisista que funciona de modo tan perfecto con respecto al hombre muchas veces fracasa con respecto al hijo, y la abnegación masoquista de la madre constituye un peligro para ella y más tarde para el hijo. El hecho de que las mujeres más femeninas, con toda su riqueza de sentimientos maternales, sean muchas veces incapaces de traer al mundo tantos hijos como ellas desean, probablemente salve su yo femenino. Tales mujeres, en sus relaciones con sus hijos, tampoco crean siempre esa armonía que desarrollan en las restantes situaciones de la vida. Su maternidad carece de un componente activo de un carácter definido —una maternidad sólida, amplia, en la que el amor por sus hijos sea más importante que el erotismo, y en la que el conflicto entre maternidad y amor se decida en favor de la primera. Por esa razón —y esto es lamentable— las mujeres erótico-maternales no tienen muchas veces hijos o se limitan a uno. Colocan todo su mundo afectivo tan rico a la disposición de su único hijo. Tales mujeres consiguen, después de muchos años, resolver el enigma de por qué sólo han tenido un hijo, aunque la maternidad sea a sus ojos el más alto valor. Se han identificado con su hijo hasta un grado tal, que la idea de tener otro, que pudiera rivalizar con él en el amor materno, les parece insopportable. Estas mujeres son muchas veces perspicaces y con suficiente experiencia para comprender que deberían evitar a su hijo la desfavorable situación de ser único, pero inconscientemente ceden ante la fuerza de su identificación con él, permaneciendo monógamas como madres, lo mismo que habían sido en las restantes relaciones.

Aquí surge una pregunta que se hace con monótona frecuencia: ¿es la mujer femenina poligama o monógama? Comencemos riñendo pleitesia a los factores sociales involucrados en esta cuestión. La sociedad humana ha creado la monogamia para satisfacer las necesidades de un orden social y de una organización económica. La monogamia ha sido impuesta para preservar a la especie, pues el niño, en oposición a las otras criaturas, necesita ayuda y protección durante largo tiempo después del nacimiento, y alguna forma de monogamia sostenida por la ley parece ofrecer la mayor garantía de esta protección. Así, la monogamia ha venido a ser una ley en las naciones más civilizadas y ha adquirido un carácter obligatorio. Si esta institución tiene también una base en la naturaleza humana es ya un problema psicológico. Sabemos de mujeres que se han desarrollado en condiciones sociales que les han liberado de la monogamia, mujeres que se han libertado de sus exigencias, y mujeres que, como consecuencia de su pasividad, han podido dejarla a un lado bajo la in-

fluencia de otras personas. Tenemos, pues, un rico material a nuestra disposición. Nuestra impresión es que la mujer femenina es generalmente monógama en la mayoría de los casos. Esta monogamia no requiere necesariamente la exclusividad del matrimonio ni limita la sexualidad a un objeto para toda la vida. Una mujer puede cambiar sus objetos amados muy frecuentemente, pero durante cada relación es absolutamente monógama y tiene una necesidad conservadora de continuar dicha relación el mayor tiempo posible. Esta conducta normal presume que no actúen tendencias perturbadoras en contra.

La explicación psicológica de este fenómeno parece clara. Basta remontarse un poco en el desarrollo de la mujer. Recordemos que hemos dejado a la muchacha púber en una situación triangular, y hemos expresado la esperanza de que más tarde anulará el triángulo sexualmente mixto, reflejo de la bisexualidad, en favor de la heterosexualidad. Esta fórmula ha sido establecida en bien de la simplicidad. Realmente, intervenga o no un factor bisexual constitucional en la creación de tal triángulo, este triángulo jamás podrá ser eliminado completamente. Las relaciones afectivas más profundas y más inextirpables con ambos padres participan en su formación. Existe otra relación, incluso más antigua y más duradera —la relación entre madre e hijo, que todo hombre o mujer conserva desde su nacimiento hasta la muerte. Es erróneo decir que la muchacha pequeña renuncia a esta primera relación materna en favor del padre. Gradualmente permite a éste que entre en la alianza, y transforma la reacción exclusiva madre-hijo en la relación triangular padres-hijo, y continúa esta última, lo mismo que la primera, aunque de una forma más débil y menos elemental, toda su vida. Tan sólo la parte principal cambia: una vez la madre otras el padre. La imposibilidad de extirpar las constelaciones afectivas se manifiesta en las ulteriores repeticiones.

En su relación con su propio hijo la mujer repite su propia historia madre-hijo, y busca continuar el proceso fisiológico regular en un nuevo triángulo.

Mientras espera la maternidad, inclusive antes de su comienzo, la mujer se prepara psicológicamente para el triángulo. Algunas veces esto se expresa directa y conscientemente en el deseo "quiero tener un hijo por él, con él". El papel del hombre en el triángulo queda aquí claramente definido desde el comienzo. Otras veces el deseo puede ser "quiero un niño", y entonces el hombre queda, en parte, en un segundo plano. Las mujeres femeninas normales incluyen siempre más o menos al hombre, y esto no sólo en el sentido físico,

pues la formación de un triángulo es una profunda necesidad para ellas. Esta necesidad muchas veces se afirma en las condiciones más inesperadas, y la incapacidad para satisfacerla puede perturbar considerablemente su relación con el hijo. Son frecuentes los casos de este tipo pero citaré tan sólo algunos notables ejemplos.

Uno de esos casos corresponde a una joven revolucionaria que llegó a un país donde la fórmula *pater incertus est* había venido a ser una convención social fundamental. Esta joven de mente liberal sufrió una grave depresión. Era psicológicamente incapaz de ser feliz como madre de su querido hijo, pues no podía saber su paternidad, es decir, faltaba el tercer miembro del triángulo. La muchacha se había educado en una familia reaccionaria, pero se apreciaba con claridad que se había libertado consciente e intelectualmente de su antigua dependencia. Pero en su vida emotiva e inconsciente era víctima de sus tendencias reaccionarias. Sólo la experiencia podrá mostrar el número de generaciones que deben transcurrir para producir un cambio en estas normas profundamente enraizadas.

Otro ejemplo es el de una joven que amaba tiernamente a su marido. Como consecuencia de una tuberculosis de los testículos, el marido quedó incapaz de engendrar hijos y la mujer se sintió extraordinariamente desilusionada en su deseo de maternidad. La pareja vivía en un país donde no era posible pensar en la adopción. Con pleno consentimiento del marido la mujer fue formando su mente a la idea de ser fecundada por otro hombre, pero para oscurecer la paternidad tuvo relaciones sexuales con dos hombres en el mismo período una vez con cada uno. Dijo a luz un niño hermoso y sano, pero, como en nuestro primer ejemplo, la mujer se sintió derrumbada por el sentimiento de que el padre del niño era para ella un concepto vacío. Debido a su sentimiento de culpa y a su resentimiento contra su marido, era incapaz de considerarlo como el padre de su hijo y le acusaba de no interesarse por él. La mujer afirmaba que el niño no tenía padre y que debía renunciar a él. Ni el embarazo tan esperado, ni la lactancia del niño, ni todos los numerosos lazos que unen a la madre y al hijo podían hacer maternal a esta madre, en tanto que no se llenara el vacío del padre en el triángulo. Tan sólo después de haber vencido sus propias dificultades emotivas y de haber aceptado a su marido como el padre del hijo, pudo llegar a ser una madre feliz.

Un ejemplo todavía más notable es el ofrecido por el siguiente caso de una mujer que era más neurótica. A la edad de 23 años se casó con un hombre de 43 años, de quien estaba enamorada. El matri-

monio era muy feliz, aunque durante los primeros seis meses la pareja no pudo tener relaciones sexuales completas. Inmediatamente después que éstas comenzaron, las reglas de la mujer se suspendieron, con gran alegría de ella y de su marido. Al cuarto mes de su supuesto embarazo, la mujer fue a pasar el verano con una parienta. Allí tuvo relaciones amorosas con un hombre joven, que tenía pocos años menos que ella. Se trataba de un asunto pasajero, sin particular pasión por su parte, que no despertó sentimientos conscientes de culpa. La mujer pensaba que este asunto no tenía importancia, pues al fin y al cabo estaba preñada. Su embarazo creaba en ella el sentimiento de que realmente "nada podía suceder ahora". Al volver después de sus vacaciones, sus relaciones sexuales con el marido fueron más satisfactorias aún que antes. Cuando pensaba estar en el sexto mes del embarazo consultó por primera vez a un tocólogo, y con gran sorpresa supo que su embarazo era sólo de dos meses. Este descubrimiento no produjo al matrimonio ningún disgusto, pues la mujer, en aquel momento estaba convencida de que su embarazo era el resultado de sus relaciones con el marido, especialmente de las que había tenido con él durante su periodo de infidelidad sexual. Tan sólo después del nacimiento del niño, durante el periodo de la lactancia, se le ocurrió que la paternidad del niño era insegura. Al principio se trataba tan sólo de una idea vaga, que le acosaba por un momento cuando contemplaba al niño y cuando se dedicaba a él con la máxima solicitud. Gradualmente su duda fue haciéndose cada vez mayor, y su alegría por su hijo se veía ensombrecida por el atormentador interrogante: "¿De quién es este niño?" Al cumplir el año, el niño había cesado de ser para ella su hijo. Era sólo un objeto con el que cumplía mecánicamente los deberes de una madre, pero al que no le unía ninguna relación emotiva, pues esta relación estaba perturbada por su cruel duda. Cada gesto del niño, cada sonrisa o grito no despertaban su alegría maternal, sino tan sólo el interrogante "¿de quién es este niño?" A todos los intentos de sus amigos para ayudarla a vencer este sentimiento ella replicaba: "¿Cómo puedo estar alegre con mi hijo cuando no tiene padre? Un niño debe tener padre."

Después de un largo esfuerzo psicológico, la mujer resolvió sentimentalmente aceptar a su marido como el padre de su hijo, lo hubiera o no procreado. Con la reconstitución del triángulo, la mujer aceptó la maternidad.

Las madres no casadas pueden ser sujetos particularmente apropiados para el estudio de los problemas psicológicos aquí planteados.

Las observaciones interesantes hechas por Beata Rank<sup>1</sup> y F. Clouthier<sup>2</sup> nos proporcionan notables ejemplos que confirman nuestros conceptos. Muchas de estas madres no casadas eliminan por motivos morbosos la paternidad desde el comienzo y destruyen el triángulo. Pero aquellas en que llega a establecer la maternidad normal, hasta en las condiciones externas (y de ordinario también internas), revelan más difíciles claramente la existencia de un triángulo. El niño sin padre, concebido muchas veces en condiciones que realmente hacen al padre *incertus*, tiene de todos modos, un "representante" paternal en la fantasía de la madre. El poder de este padre postizo puede ser tan grande que un padre real llega a carecer completamente de importancia.

La mujer femenina manifiesta esta situación triangular, profundamente condicionada y jamás dominada, en su exigencia de que el padre sea "cierto", y esta exigencia la hace monogama. Y como toda relación amorosa de la mujer femenina contiene el germen de un niño, debe asegurar y defender la monogamia hasta cuando cambia sus objetos amorosos. El hecho de que el papel del padre pueda ser atribuido a un hombre que realmente no lo sea, no cambia la situación psicológica, como hemos visto en dos de nuestros ejemplos.

Maria, la madre de Jesús, de acuerdo con la profunda necesidad humana de castidad en la maternidad, engendrará a su hijo por innaculada concepción. Pero la misma necesidad humana añade a José como la figura del padre.

Hemos estudiado conjuntamente dos tipos de la mujer femenina, pues, a pesar de ciertas diferencias, están muy relacionados entre sí. Existe también un *tercer* tipo que nosotros clasificaremos dentro de este grupo, aunque ciertos elementos nuevos le dan el carácter de un tipo fronterizo; más concretamente, contiene una mezcla de impulsos activos que generalmente atribuimos a la masculinidad. Las mujeres de este tipo poseen, en alto grado, las cualidades femeninas básicas de mayor valor —una tendencia pasiv-erótica hacia los hombres, vida interna intensificada, intuición, vida emotiva profunda y una tendencia a la fantasía. Pero también presentan otros rasgos que están ausentes en la femineidad típica. Su masoquismo, por ejemplo, no tiene la forma relativamente pura de una función de placer; se acompaña de numerosos elementos de

<sup>1</sup> RANK, B.: *Understanding of the unmarried mother*. Manuscrito no publicado.

<sup>2</sup> CLOTHIER, F.: *Psychological implications of unmarried parenthood*. Am. J. Orthopsychiat., Vol. 13 N° 2, 1943.

"masoquismo moral". Este tipo de masoquismo es mucho más grave, imperioso y agresivo contra el yo de la propia mujer que el masoquismo femenino, y se manifiesta por una mayor tendencia hacia los sentimientos de culpa conscientes e inconscientes. En consecuencia, las cualidades morales de este tercer tipo de mujer son más imperativas que en los otros dos tipos, y parece que es posible confiar en tales mujeres ética y socialmente. Esta diferencia es algunas veces tan sólo aparente.

La gama de diferencias caracterológicas individuales en nuestro tipo puramente femenino es muy grande. Su cordialidad y sensibilidad, su no agresividad, y el hecho de que rara vez provoca agresiones en los demás, crea alrededor de la mujer una atmósfera más tranquila y más armónica, disminuyendo su sentimiento de culpa y dejando sin ocupar, podríamos decir, sus facultades morales. Pero cuando surgen los conflictos que movilizan estas facultades morales, dichas mujeres se vuelven implacables, tanto para ellas mismas como para los demás. En cambio, puede ocurrir que las mujeres femeninas excesivamente tiernas y pasivas confien en el juicio de los demás, rechacen sus conocimientos intuitivos mejores, o subordinen sus propios juicios a sus necesidades eróticas.

En nuestro tercer tipo, las diferencias individuales son menos pronunciadas y el esquema de la personalidad total es más general y uniforme. El guardián narcisista es en este caso menos cuidadoso, pues el masoquismo moral ejerce la mayor parte del gobierno psicológico. En este tipo la combinación femenina básica del masoquismo y el narcisismo se conserva, pero los dos factores han perdido sus proporciones originales. La pasividad masoquista es menos marcada, pues el elemento moral de este masoquismo de las mujeres es más insistente y más activo. Tolera el elemento narcisista tan sólo en grado limitado, y principalmente en tanto que aumenta el respeto para ellas mismas. El deseo erótico de ser amada, que es otro aspecto de este narcisismo, queda reducido a un mínimo.

Las mujeres de este tipo aman con abandono femenino, pero se niegan al abandono erótico al precio narcisista, cuando sus exigencias de amor reciproco no son suficientemente satisfechas. En la forma puramente femenina, tienden hacia las fantasías eróticas y están llenas de ansias y esperanzas románticas, lo mismo que las mujeres de los otros dos tipos. Pero son más orgullosas y más intolerantes para los objetos de su inmediata relación afectiva, y sobre todo para sí mismas. Sus fantasías eróticas fácilmente dan lugar

a sentimientos de culpa, y con frecuencia se defienden contra tales fantasías. Esta tendencia a la culpa limita considerablemente su libertad erótica de movimientos.

El ansia social de estas mujeres es muy fuerte, y su sentido del deber exige que pongan sus cualidades femeninas al servicio de valores reales y sociales más bien que al servicio del erotismo. Son menos artísticas y estéticas, y su orientación es más ética que en los dos primeros tipos, aunque el nivel cultural sea el mismo. Son estrictamente monógamas, no sólo por una necesidad afectiva, sino porque siguen el mandato caracterológico de fidelidad. Al mismo tiempo son extraordinariamente sensibles a cualquier sospecha de infidelidad afectiva por parte de sus amantes o maridos, y son tan intolerantes para ellas como para los demás. Pero esto se debe más que a motivos morales, a motivos femeninos narcisistas. Sus exigencias ideales con respecto a los objetos amados son muy grandes, y no están inclinadas a moderar o a adaptar estas exigencias por una mayor estimación del objeto. Están dispuestas a adoptar una conducta completamente femenina, pero tan sólo con la condición de que la actividad del hombre y la meta de sus actividades corresponda a sus deseos y esperanzas. A este respecto no debemos confundirlas, sin embargo, con las mujeres masculino-ambiciosas, las cuales exigen que sus compañeros triunfen para satisfacer sus propias ambiciones.

Lo que el tipo que estamos describiendo espera de su compañero no es el triunfo externo, sino la prueba del vigor de su carácter. En los conflictos entre erotismo y ciertos valores como la religión, las obligaciones sociales, las exigencias éticas, eligen —en oposición a los otros tipos— los últimos. Si la elección es a favor del erotismo, lo desposeen de su felicidad amorosa por los subsiguientes sentimientos de culpa. Su entusiasmo erótico sólo puede ser encendido por valores morales, y es destruido por las acciones que ellas moralmente condenan. Su elección del objeto es de ordinario motivada por el deseo de complementar su propia personalidad, es decir, que están dispuestas a suspender gran parte de su actividad en favor del hombre si la actividad de éste en el amor y en el trabajo es suficiente para satisfacerlas. Rechazan completamente al hombre pasivo que se presta a desempeñar un papel subordinado. Estas mujeres rara vez corren el riesgo de someterse masoquísticamente a la agresión del hombre, aunque su interés sexual tiende fuertemente a esa dirección. Como es natural, las señales de alarma necesarias funcionan en ellas y les protegen de este peligro. Parece que el masoquismo

moral tiene suficiente poder para debilitar a su compañero erótico, el masoquismo femenino.

El objeto amado de tales mujeres suele tener las características de la persona en cuya imagen ellas formaron su yo ideal. De ordinario es el padre; en las familias donde la madre representa el ideal, éste se forma según su imagen, y el objeto es más tarde elegido de acuerdo a él. A pesar de que existe cierto peligro de homosexualidad inherente a su tipo, estas mujeres lo evitan completamente en su vida sexual. Sin embargo, tienen una marcada tendencia a violentas relaciones sublimadas con otras mujeres.

Las mujeres de este tipo son muy maternales, pero su maternidad es completamente diferente de la de los otros dos tipos. Es de una forma activa, que en condiciones normales da lugar a una familia numerosa. Estas madres suelen ser el centro del hogar, abandonan toda actividad externa al hombre con la condición de que sean ellas las que dirijan la educación de los hijos y den el tono a su casa. Su intuición femenina suele salvarlas de la actitud matricular, que podría conducir a los hijos a desvalorizar a su padre en favor de su madre. Desean apoyar la autoridad paternal, pero en este respecto muchas veces caen en conflicto: exigen que su marido muestre gran autoridad ante los hijos, pero al mismo tiempo, por su propia actividad inconsciente, privan a los padres de autoridad. En ciertos aspectos la relación de estas mujeres con sus hijos es diferente de la de los otros tipos. En el caso de un conflicto entre maternidad y erotismo suelen resolverlo más fácilmente que las otras mujeres en favor de sus hijos. Pero también exigen más de sus hijos, son más intolerantes con ellos, y desde sus primeros años muestran una gran angustia acerca de la formación de sus caracteres. Un notable ejemplo, aunque trivial, de la diferencia entre este tipo y los otros dos yace en sus reacciones a la masturbación de sus hijos. La simple mujer maternal del tipo femenino-pasivo siente, sin necesidad de la más leve explicación, que en la masturbación se enfrentan con un proceso normal, e intuitivamente consideran este problema como lo hace un educador moderno. Las mujeres de nuestro tercer tipo, a no ser que estén intelectualmente informadas, caen en la desesperación, y su intuición tan sólo da lugar a que se abstengan de infligir duras penas. Por las reprimendas bondadosas desarrollan en sus hijos un sentido de culpa, como un tipo de herencia familiar. Muchas veces se privan de la alegría que proporcionan los hijos al verse constantemente atormentadas por el hecho de que no hacen todo aquello que exige una educación consonante con sus ideales.

En los procesos de identificación difieren de los otros tipos en que tienen una tendencia a esperar que sean los demás los que se identifiquen con ellas, y no al contrario. Esto parece originarse en un deseo egotista de que los demás se adapten a sus deseos, pero sólo desde el punto de vista moral de que otros se adapten a sus exigencias ideales.

Fuera de su ambiente inmediato, al cual están unidas con fuertes lazos afectivos, y del cual se sienten responsables, no sólo desarrollan todas sus cualidades intuitivas, sino también son muy tolerantes. Defienden a los desvalidos y a todos los que necesitan ayuda, y en su caso no se trata de una reacción derivada de una agresión reprimida. Están real y fundamentalmente dispuestas a ayudar a los demás, debido a que su maternidad activa se extiende más allá del círculo de sus propios hijos. Dado que estas mujeres no están sometidas a las tensiones de la angustia y sentimientos de culpa, tienen una real capacidad interna para desarrollar todas las cualidades femeninas y maternales.

Su libertad erótica está expuesta a dos peligros completamente diferentes de aquellos a que están expuestos los dos tipos antes estudiados: el ideal ascético de estas mujeres puede efectivamente inhibir su experiencia sexual, y robarles los goces eróticos de que son perfectamente capaces. Hemos visto que, en oposición a este tipo, los tipos anteriores muestran una excesiva dependencia psicológica del erotismo.

Nos inclinamos a pensar que las diferencias entre los dos primeros y el tercer tipo de femineidad están en amplio grado determinadas por el medio. El tipo femenino-erótico es más frecuente en los países latinos y eslavos, mientras el tipo femenino-activo-moral es más característico de los países calvinistas con una tradición de austeridad. En los casos de deformaciones neuróticas de la personalidad o de neurosis, los tipos eróticos probablemente serán víctimas de histerismo, y el tipo moral de neurosis obsesiva. Hay que tener, pues, en cuenta los factores constitucionales en la formación de estos tipos. Particularmente por lo que se refiere a nuestro tercer tipo, la predisposición familiar a la neurosis obsesiva desempeña un importante papel. Pero, en oposición a su predisposición a la neurosis obsesiva, estas mujeres tienen una vida afectiva que por su entusiasmo y capacidad para las relaciones no ambivalentes positivas nos recuerda más bien la de las mujeres normales e histéricas. Los elementos neuróticos obsesivos en su personalidad nos hacen pensar en un sustrato fijo constitucional o en los efectos de la influencia

del ambiente. Sin embargo, son capaces de desarrollar una personalidad afectiva que es libre en alto grado de este sustrato.

Examinando más detenidamente todos estos tipos femeninos, nos encontramos, en primer término, ante la usual relación positiva de la mujer hacia su madre. Pero esta relación parece tener un carácter diferente en los tipos femenino-pasivos que en el más activo. En el último semeja a una reacción; sigue una fase de animosidad agresiva que se vence fácilmente. Su tendencia excesiva a los sentimientos de culpa revela sus impulsos agresivos aún existentes. La personalidad real de la madre parece tener aquí un gran efecto. De ordinario, la madre dominante muy activa provoca el odio de la hija y nutre en ella fuertes extorsiones para sí misma.

El tipo femenino pasivo presenta raras veces características correspondientes a una reacción. En este caso la ternura del amor original y la dependencia más pasiva con respecto a la madre parecen resistir a todos los períodos tormentosos del odio que deben esperarse en el desarrollo de todas las muchachas. Muchas mujeres de este tipo parecen tomar el partido de la madre contra el padre desde los primeros años. La común aflicción de ser olvidada por el padre, o la prematura pérdida de éste combinada con el tierno amor de la madre, crea una relación afectiva con ella que implica grandes peligros. La continuación de este primer lazo infantil hacia la madre puede conducir a una dependencia infantil pasiva respecto a ella. La tendencia a definidas formas de histerismo, particularmente con síntomas orgánicos, está relacionada con este tipo de relación con la madre<sup>1</sup>. Igualmente pertenecen a este caso ciertas formas de homosexualidad.

Si los peligros llegan a ser evitados en el curso del ulterior desarrollo, la relación completamente pasiva con la madre parece llevar a un resultado ideal; proporciona una contribución y quizás la condición básica para el desarrollo de la mujer femenina.

La observación parece demostrar que las mujeres normales femenino-pasivas, hasta en el completo estado adulto, revelan también ciertas tendencias al infantilismo, que muchas veces se manifiesta en la estructura del cuerpo, en la voz, en los gestos, etc., hasta cuando las funciones fisiológicas son normales. En oposición a ellas, las mujeres femenino-activas son más fuertes, con huesos más robustos que los otros tipos de mujeres femeninas, o con una anchura pelviana que nos recuerda su función reproductiva.

Durante sus estados de ánimo depresivos (a los cuales tienen una predisposición humana normal), los contenidos psicológicos asociados con sentimientos de culpa predominan en el tipo femenino-activo; el tipo femenino-pasivo está más dispuesto a los sentimientos de soledad y nostalgia; prefiere meditar y quedar absorbida en sí misma. Un residuo algo más evidente de los lazos con la madre se manifiesta en la forma de un impulso intensificado a comer. La naturaleza compulsiva de esta necesidad se revela en los frecuentes viajes a la heladera, o en la ingestión de grandes cantidades de dulces, que no pueden ser reemplazados por cigarrillos, ni siquiera en los casos de fumadoras apasionadas. Esta obsesión por el alimento permanece de ordinario dentro de proporciones normales, y puede ser vencida por la voluntad. Es interesante observar que en tales casos la depresión parece coincidir con signos del anhelo infantil por la madre, la primera que les dio el alimento.

Aunque todas ellas son capaces de amar, y en la mayor parte el amor heterosexual es una condición de su existencia, las mujeres femenino-pasivo-eróticas no se contentan tan sólo con *amar*, necesitan el éxtasis, los sufrimientos y el deleite de *tener amores*.

Los tipos descritos no deben ser confundidos con otros que, aunque semejantes en sus caracteres externos, son esencialmente diferentes.

Existen, por ejemplo, mujeres que sólo saben *tener amores* pero no *amar*; en otras palabras, tan sólo pueden experimentar el amor como un éxtasis de sentimiento, con una superestimación sin crítica, que no tiene nada que ver con el valor real del objeto. La felicidad consiste aquí en la satisfacción completa de los determinantes inconscientes de la relación amorosa, más que en el armónico amor objeto con su real superación de la ambivalencia. Tan pronto como el éxtasis ha pasado, el amor desaparece. Queda indiferencia u odio con respecto al hombre tan ardientemente amado antes. En parte para escapar de los sentimientos de culpa relacionados con el odio, en parte para remediar la pérdida, la mujer comienza a desvalorizar el objeto primeramente superestimado. Se trata, principalmente, de un proceso automático en el que todos los sentimientos y anhelos negativos hipercompensados y suprimidos por el éxtasis aparecen ahora en primer plano. Toda la primera felicidad amorosa es deformada en el recuerdo, y sólo se evoca la parte desagradable de la relación. El proceso intensivo de apasionamiento exagerado salta en la dirección opuesta, todas las buenas cualidades del objeto son negadas, y sus defectos son enor-

<sup>1</sup> Conn, S.: *Borderlines of psychiatry*. Harvard University Press, 1943.

memente exagerados. La mujer, que poco tiempo antes amaba ardientemente, se siente desilusionada, lo mismo que si el abandono ha partido de ella que si ha partido de él. El examen más detenido muestra que estas mujeres aman tan sólo a un fantasma, a un ideal ficticio al que temporalmente dan nombre real. Después de un periodo más o menos largo vuelven a experimentar el mismo entusiasmo amoroso por otro fantasma, que sufrirá el mismo destino. Estas mujeres son semejantes en su conducta al tipo que, impulsado por su hambre narcisista, ansian siempre ser ardientemente deseadas y experimentan el éxtasis amoroso. Ambos tipos de mujer son incapaces de amar, pero en el último tipo es su propia necesidad de ser amada la que le da la ilusión de amar. Esta mujer también parece estar mucho más perturbada en su vida afectiva que las otras.

En notable oposición con este tipo, nuestra mujer femenina, a pesar de su deseo de caer en el éxtasis de tener amores, tiene una gran capacidad para el amor real. En ella, a no ser que graves desilusiones ejerzan un efecto perturbador, el estado agudo de pasión se transforma de ordinario en amor. También es capaz de experimentar repetidamente éxtasis amorosos en relación a su objeto elegido, debido a que lo ama, siempre que sus condiciones eróticas queden cumplidas.

El tipo femenino-activo, aunque también es capaz del éxtasis amoroso, está dispuesto a elegir un compañero de acuerdo a las exigencias de su yo y al valor objetivo de su elección, su posición social, etc., y puede ser feliz y estar satisfecha con tal compañero. Los deseos instintivos, que en su caso quedan muchas veces frustrados, son fácilmente reprimidos.

Más o menos eróticas, más o menos dependientes del amor para su felicidad, las mujeres descritas aquí son el prototipo de la feminidad como un concepto psicológico. Llevan esta personalidad netamente definida en todas las situaciones de su vida, desde el amor sexual a las más altas sublimaciones. Encontramos estos tipos entre las sirvientas, cocineras, intitutrices, empleadas, e incluso en la iglesia. Son también capaces de las más espirituales sublimaciones. Las más pasivas desarrollan completamente su naturaleza profunda cuando se dedican a ocupaciones en las que ponen en juego su intuición, es decir, en los trabajos artísticos y psicológicos. También cumplen sus destinos cuando silenciosamente, en un segundo plano, inspiran a sus maridos, estimulándolos, alentándolos y comprendiéndolos.

Las más activas son, por su constitución psicológica, creadoras y organizadoras en todos los terrenos de la vida pacífica. La des-

trucción y preparación para la destrucción no es su campo de acción. Todas estas mujeres tienen un valor si desarrollan su peculiaridad femenina en el sentido antes descrito.

Difieren unas de otras de acuerdo a su educación, nacionalidad, religión, raza, y según el periodo en que viven. Pero su núcleo esencial permanece siempre el mismo. Encontramos este tipo de mujer hasta en los tiempos prehistóricos, como Autonoe, la intuitiva, en la que mora el sentimiento de lo que es justo y lo que es injusto, que es prudente y comprensiva, aunque le falte el vigor de la inteligencia, que es instrumento del hombre para adquirir el conocimiento.

Todas estas mujeres, mientras permanecen dentro de los límites normales de su estructura psicológica, muestran una aptitud sexual completa frente a sus compañeros, siempre que se cumplan ciertas y determinadas condiciones. Debido a su pasividad, en ellas, más que en cualquier otro tipo, el despertar de la respuesta orgástica depende ampliamente de la capacidad del hombre para hacer surgir la aptitud existente y vencer la inhibición normal. No se trata, sin embargo, de la ridicula y tantas veces mencionada pretensión, a la que aluden muchos sexólogos, de que el hombre aumente por su destreza la excitabilidad (en el sentido físico) erótica de la mujer. El camino hacia la mujer femenina como el objeto sexual hay que buscarlo en la psique, y habrá que tener en cuenta los cuatro factores fundamentales antes mencionados para cumplir sus condiciones. La inhibición, que puede ser fortalecida como una consecuencia de su narcisismo, el masoquismo, el lazo con los objetos primarios y la maternidad; y cada uno de esos cuatro factores, si está presente en un grado excesivo, puede ser una causa de frigidez. Especialmente en favor del factor últimamente nombrado, la mujer femenina muchas veces renuncia a la satisfacción orgástica sin sufrir en su salud psíquica. Pero aunque no se trate de la maternidad, muchas veces tolera su propia inhibición sexual sin perder su entusiasmo y armonía que todo lo abarca.

## PASIVIDAD FEMENINA

EN nuestro estudio precedente nos hemos referido repetidas veces a la pasividad femenina, a la que hemos hecho responsable de las sublimaciones femeninas específicas y de la naturaleza de la personalidad femenina. Freud<sup>1</sup> llega a discutir su afirmación inicial de que "masculino" es idéntico a "activo" y "femenino" a "pasivo". Señala que mientras en el mundo animal las agresiones que inician el acto sexual emanan de ordinario del macho, en algunas especies la actividad de éste se limita a la cópula, y en todas las restantes funciones las hembras son las más fuertes y más activas. Cita a este respecto el comportamiento muy discutido de varias hembras de arañas, que son pasivas en el acto sexual, pero extraordinariamente activas en los restantes procesos vitales.

Es interesante observar que el inconsciente del hombre considera a la araña como una "hembra masculina", y en los sueños y en el folklore sirve como símbolo de la mujer "fálica" o "masculina". Esto permite suponer que la conexión entre actividad y masculinidad está profundamente enraizada en nuestra vida mental.

No puede negarse que el mundo animal contiene ciertos ejemplos de hembras que también desempeñan un papel activo en el proceso de la cópula. Mencionaremos que la hembra de cierta especie de grillo (*Nemobius sylvestris*) es el único miembro activo, y asciende sobre el macho, que está extendido sin movimiento, reposando sobre el dorso. (Los machos de todos los restantes *Locustidae* son, sin embargo, extraordinariamente activos.) En varias especies de mariposas, el macho se acerca a la hembra muy activamente y toma posesión de ella de un modo agresivo, pero después de que la penetración ha tenido lugar, la pareja adquiere una posición complicada en la que el macho pende pasivamente de la hembra, que lo arrastra en su vuelo.

Entre los mamíferos, la actividad de la hembra también puede ser muy marcada en ciertos casos. El libro de Meisenheimer *Gesch-*

## PASIVIDAD FEMENINA

*lecht und Geschlechter* (*Sexo y especie*)<sup>1</sup> contiene observaciones, apoyadas en investigaciones detenidas, que frecuentemente señalan la actividad de la hembra. Al mismo libro pertenece, sin embargo, el párrafo siguiente: "En el proceso de la cópula, es el animal macho y su organismo los que despliegan actividad; el papel pasivo corresponde a la hembra. Sólo rara vez está invertida esta relación." Así, aunque los casos de actividad de la hembra son muy numerosos, constituyen únicamente excepciones a la regla general.

Si la "pasividad" sexual de la hembra es generalmente considerada como típica, aún queda por ver en qué grado las otras manifestaciones no sexuales de la vida de la mujer corresponden a esta conducta.

La teoría que he defendido hace ya largo tiempo<sup>2</sup> —de acuerdo a la cual la femineidad está ampliamente asociada con la pasividad y el masoquismo— ha sido confirmada en el curso de los años por las observaciones clínicas. Todas mis ideas sobre esta cuestión están basadas sobre la experiencia clínica, y la observación diaria de los animales ha fortalecido mi convicción de que mi teoría es correcta.

Examinada retrospectivamente, la evolución del acto sexual parece mostrar que la pasividad femenina en este acto se presenta en primer plano en el momento en que la fecundación externa es reemplazada por la fecundación interna. Pero durante largo tiempo esta pasividad no fue idéntica a la subordinación. El estímulo sexual procedía de la hembra, y durante un largo periodo en la evolución de las especies el momento de la cópula fue determinado por la hembra. Entre los mamíferos superiores, el macho busca a la hembra, es excitado por su proximidad a través de sus órganos sensoriales, e intenta conquistarla. La hembra, aunque ligada por las transformaciones evolutivas del estímulo sexual a la comunidad con el macho, ha conservado desde las primeras épocas una indiferencia inicial y una independencia con respecto a él. Al principio huye de su cortejo y tiene que ser gradualmente vencida o subyugada por él.

En el mundo animal el ritmo de la actividad sexual es determinado por la hembra. Así se aprecia claramente en aquellas especies en que las células reproductivas masculinas se desprenden después de que los óvulos han sido depositados. Este rasgo de la vida sexual

<sup>1</sup> MEISENHEIMER, J.: *Geschlecht und Geschlechter*. Jena, Fischer, 1921.

<sup>2</sup> DEUTSCH, H.: *The significance of masochism in the mental life of women*. Internat. J. Psycho-Analysis, vol. 11, 1930.

se conserva hasta en el organismo altamente desarrollado del mamífero.

El óvulo fecundado en el interior antes de que abandone el cuerpo de la madre goza de condiciones mucho más favorables para el desarrollo que el óvulo fecundado fuera, donde está expuesto a gran número de accidentes que pueden ser fatales. Como el organismo femenino no produce óvulos maduros continuamente, sino en periodo definidos, la actividad sexual del macho tiene que depender de estos períodos. En los animales superiores, la hembra tiene secreciones genitales en la época de la maduración del óvulo. Estas secreciones aumentan el impulso sexual del macho y su actividad destinada a conquistar la hembra; y es durante estos períodos, y sólo durante estos períodos, cuando la hembra es accesible al deseo del macho para la relación sexual. La complacencia de la hembra tiene un carácter pasivo-receptivo, aunque en esta fase presenta síntomas de aumentada excitación y agitación motora.

En la especie humana esta ley aún parece conservar algún valor. En este caso pueden reconocerse los últimos vestigios de la complacencia sexual ritmicamente aumentada de las mujeres. Pero, debido a las ulteriores transformaciones evolutivas, este antiguo ritmo ha desaparecido ahora casi completamente en la relación sexual de hombres y mujeres. La actividad sexual de las mujeres ya no sigue las alternativas de su propio ritmo o los mandatos de la función reproductiva. La mujer ha quedado subordinada a la voluntad sexual y al dominio del hombre. Al mismo tiempo, la sexualidad del varón ha seguido un camino opuesto en el desarrollo, y se ha hecho casi completamente independiente del ritmo femenino. ¿Cómo se ha llegado a esta paradójica situación? ¿Qué factores han dado lugar a este fenómeno, que es contrario a la vieja ley de que el ritmo de la actividad sexual de ambos sexos depende de la maduración del óvulo?

Según nuestra hipótesis, la diferenciación final de la especie humana, con el desplazamiento del centro de gravedad del cuerpo, el desarrollo de la postura erécta y la formación de apéndices prensiles poderosos, ha dado lugar a que el macho se haya liberado de su dependencia del ritmo femenino y pueda tomar posesión sexual de la hembra sin su consentimiento.

No hay exageración al decir que entre todas las criaturas vivientes, sólo el hombre, debido a sus apéndices prensiles, es capaz de la violación, en la completa significación de este término, es decir, de la posesión sexual de la hembra contra su voluntad. Cada vez

que veo alguno de los numerosos dibujos de las revistas que representan un mono antropomorfo, o a una criatura masculina poderosa semejante a un oso, con una mujer completamente inerme entre sus brazos, recuerdo mi antigua especulación favorita: así fue como el hombre primitivo tomó posesión de la mujer y la sometió a su deseo sexual. Es muy interesante que, en muchos mitos y fantasías, la posesión brutal sea interpretada como un acto cordial de salvación. Así, el mono con sus poderosos brazos, o el oso, salva a la muchacha del desastre que le amenaza, que en su mayor parte es de naturaleza sexual, y la amenaza procede de algún otro y no del salvador. En los sueños de las muchachas jóvenes la figura del poderoso y peludo animal humano aparece muchas veces no como un seductor, sino como un salvador de los peligros sexuales. Esta metamorfosis del seductor en un salvador revela el carácter de cumplimiento del deseo de los sueños y anhelos masoquistas de las muchachas, que reproducen la situación de la mujer primitiva conquistada.

Suponemos que el acto sexual, que originalmente era un acto de violencia, y que la mujer, más débil y más gastada por la función reproductora que el hombre, no podía resistir, fue transformándose gradualmente para ella en un acto placentero. La violenta penetración, el poderoso abrazo, quizás acompañado por cortejos y caricias, dio lugar al goce sexual de la mujer. Su dependencia del ritmo sexual quedó rota, y el acto placentero fue separado de la función reproductora. Si puede permitirse la ulterior especulación, sugeriré la hipótesis de que la poderosa presión por los brazos prensiles, combinada con la contrapresión defensiva, produjo fuertes sensaciones placenteras en todo el cuerpo de la mujer. La predisposición particular de la superficie de la piel femenina para ser agradablemente excitada quizás se origina de estas situaciones primitivas. La hipótesis psicoanalítica de que esta cualidad de la piel de la mujer puede ser explicada por la diferencia sexual anatómica, y corresponde a un transporte desde los órganos genitales, poco apropiados a todo el cuerpo, no contradice necesariamente mi hipótesis. Tal hipótesis es bellamente ilustrada por el mito griego de la seducción de Leda por Zeus. La historia del dios que asume la forma de un cisne y envuelve a la mujer con su plumaje, parece expresar el deseo femenino de sentir el poder del seductor en toda la superficie de su cuerpo.

Si mi hipótesis filogenética es correcta, el galanteo y la posesión de la hembra humana hacen intervenir la superficie de su cuerpo

antes de que intervenga su zona genital, mientras el macho ya está en un estado de excitación genital definida que le impulsa a una conducta activa o agresiva. Este desarrollo muy antiguo me parece el prototipo de una sensibilidad sexual definida que ha persistido hasta nuestros días. La necesidad más fuerte de caricias, característica de las mujeres, su necesidad del abrazo como un preludio o hasta como un preámbulo para la excitación sexual es, de acuerdo a este concepto, una cualidad femenina primitiva, quizás una continuación de la primitiva situación. Su deseo más desarrollado de contacto tiene un carácter completamente pasivo, que también desempeña un papel en la diferenciación de los sexos.

Esta conducta se repite en las funciones de las células sexuales: el óvulo es relativamente inmóvil, pasivamente expectante, mientras el espermatozoide es activo y móvil. En la conducta de la pareja durante su relación sexual continúa esta diferenciación entre lo masculino-activo y lo femenino-pasivo. La anatomía de los órganos sexuales no deja duda respecto al carácter de sus objetivos: el órgano masculino está hecho para la penetración activa, el femenino para la recepción pasiva. La objeción de que muchas y hasta la mayor parte de las mujeres normales despliegan un alto grado de actividad durante la relación sexual no refuta este concepto. Son hechos que parecen contradecir la ley natural, pero de todos modos de gran significación. Son formas secundarias de conducta, en su mayor parte determinadas psicológicamente. La protesta de la mujer contra su papel pasivo y su tendencia a la identificación pueden desempeñar un papel en esta conducta activa.

Hasta aquí la fisiología y la anatomía apoyan nuestro concepto. Nuestra tarea será averiguar hasta qué grado esta disposición orgánica se expresa en el cuadro psicológico total de la personalidad femenina. Hasta este momento, nuestro intento para defender el concepto de que la femineidad se caracteriza por la pasividad, sólo se refiere a las funciones sexuales. Sería suficiente señalar que el psicoanálisis ha demostrado la gran influencia que la sexualidad ejerce sobre las restantes manifestaciones de la vida; pero en realidad esta teoría jamás ha negado el hecho de que todos los fenómenos psíquicos son influidos por la educación, el medio social, las condiciones culturales y otros factores análogos. Tampoco debe ser olvidado que, aparte de los impulsos sexuales, el psicoanálisis tiene en cuenta otras importantes fuerzas psíquicas, cuyo poder muchas veces es mayor y más decisivo que el de la sexualidad. Por ejemplo, la interpretación analítica de los conflictos neuróticos está basada

sobre la aceptación de factores que directamente se oponen a los impulsos de la sexualidad, creándose así conflictos. En sus investigaciones sobre la psicología humana, el psicoanálisis jamás ha ignorado la interacción de las fuerzas internas psíquicas ni ha sido incapaz de observar el constante juego entre el mundo externo e interno.

De todos modos, aunque esté plenamente reconocido que esa posición de la mujer se halla sometida a influencias externas, me atrevería a decir que las identidades fundamentales "femenino-pasivo" y "masculino-activo" se aceptan por sí mismas en todas las culturas y razas conocidas, en diversas formas y en variadas proporciones cuantitativas. El interesante estudio antropológico de Margaret Mead<sup>1</sup> de una tribu primitiva en la que las mujeres desempeñan un papel activo y agresivo, mientras los hombres realizan las funciones sociales consideradas en otras partes como femeninas, no tiene más valor que el comportamiento sexual de diversas especies animales, en las que papeles de la pareja están invertidos. Tales excepciones no pueden cambiar el principio general, y podemos afirmar que este principio será válido hasta que consigamos influir sobre la constitución interna hormónica del cuerpo humano. Pero también entonces la anatomía de los sexos, que seguramente está menos sujeta a modificaciones, ejercerá su voto. La función reproductora tendrá que sufrir transformaciones radicales antes de que se abran nuevos caminos a la actividad femenina.

Los datos experimentales recogidos por los psicoanalistas muestran que con frecuencia las mujeres se oponen a esta característica impuesta por la naturaleza, y, a pesar de ciertas ventajas que obtienen de ella, despliegan muchas formas de conducta sugeridoras de que no están completamente contentas con su constitución. Nuestra tarea será descubrir cómo la personalidad de la mujer se desarrolla contra esta base constitucional, y qué caminos y medios tiene a su disposición para conservar su naturaleza femenina, y al mismo tiempo eliminar y dominar los peligros para el yo inherentes a la pasividad y al masoquismo.

Hemos visto que la mujer femenina encuentra estos medios en su propio yo. También hemos observado que la pasividad, aunque sea el atributo central de la femineidad, es un concepto relativo. Muchas tendencias activas pueden acompañar a esta pasividad, y esto no se opone a nuestra concepción de la mujer femenina. Tan sólo

<sup>1</sup> MEAD, M.: *Sex and temperament in three primitive societies*. New York: Morrow, 1935.

si los métodos de hacer frente a la pasividad que vemos usados por nuestras mujeres femeninas son ineficaces, la falta de satisfacción de las mujeres por su propia constitución aparece en primer plano. La expresión de esta falta de satisfacción, combinada con intentos para remediarla, da lugar al "complejo de la masculinidad" de las mujeres.

Durante largo tiempo la investigación psicoanalítica hizo responsable a este complejo de masculinidad de muchas manifestaciones típicas de la feminidad, y en consecuencia fue negada la significación independiente de muchos procesos psicológicos de las mujeres. Sus perfeccionamientos positivos fueron de ordinario interpretados como una sublimación de tendencias contenidas en este complejo, mientras cierto número de sus conflictos neuróticos y rasgos específicos del carácter femenino eran atribuidos a la falta de pene.

No hay duda de que la envidia al pene existe en la psique de las mujeres, y tiene gran influencia sobre el desarrollo de su personalidad. Pero la teoría que hace de la envidia al pene la base de sus conflictos más esenciales es insostenible. La envidia al pene es generalmente atribuida a la relación experimentada por la muchacha pequeña cuando por primera vez ve el órgano masculino. Incluso *a priori* parece improbable que un trauma de origen externo y accidental desempeñe un papel fundamental en la formación de la personalidad femenina. Como veremos más tarde, la envidia al pene no es el factor primario, sino secundario; es esencialmente debida no a fenómenos externos, sino a fenómenos internos, y si no nos hemos dado cuenta de esto antes ha sido porque hemos tomado la racionalización del trauma genital por el trauma mismo<sup>1</sup>.

Aunque la importancia de la envidia al pene no puede ser negada, una comprensión completa de la pasividad de las mujeres sólo puede ser obtenida mediante una investigación acerca del desarrollo de sus instintos sexuales y de su yo. En este lugar abordaremos la primera parte de esta labor, y estudiaremos la pasividad como una consecuencia del desarrollo instintivo de la muchacha en tanto que está determinado por su anatomía. Al hacer esto, debemos recordar que en todos los períodos del desarrollo del niño, cuando se suspende un tipo de satisfacción es siempre compensado por otro. Por ejemplo, cuando el niño suspende la satisfacción oral del pe-

<sup>1</sup> Según E. Jones, "La visión del pene del varón no es el único suceso traumático que cambia su vida, es sólo el último eslabón de una larga cadena". *Papers on Psychoanalysis*. London: Baillière, 1938, pág. 611.

riodo de la lactancia, la madre (o la que toma su lugar) asocia el nuevo método de alimentación con la ternura primeramente relacionada con la lactancia al pecho, y el placer de ser succionada es reemplazado por el de amamantar. Además, el niño obtiene ahora un placer de sus funciones excretoras. Durante este período el yo del niño crece y su interés no se limita a la satisfacción de sus instintos sexuales. Dispone de nuevas fuentes de placer —la conquista activa del mundo externo en todas sus formas, las nuevas relaciones con los objetos, etc. Así vemos que las posibilidades de satisfacción tienen dos fuentes — la satisfacción instintiva directa y la relación del niño con su medio, una relación que cada vez se hace más independiente de los instintos sexuales.

La fase última o fálica del desarrollo sexual del muchacho pequeño se concentra en torno a un órgano de cuya completa actividad puede gozar hasta que los temores y prohibiciones le obligan a renunciar a este placer. La inmensa importancia del temor a la castración en el hombre se debe a esta alta valoración de su órgano genital. No debe suponerse que esta valoración tenga un origen puramente narcisista. Es la energía dinámica, la necesidad fisiológicamente condicionada que se manifiesta en la masturbación, la que dota a ese órgano de su importancia, y hace de él el foco de intereses y temores del muchacho pequeño. Esta incitación no tiene sólo un carácter activo, también contiene tendencias agresivas infantiles más elementales. Éstas se expresan en toda la personalidad del muchacho durante este período. Su belicosidad, que a los ojos del observador adulto es una actividad perturbadora perfectamente inútil, constituye una expresión de su necesidad agresiva, en cuya satisfacción el muchacho normal se siente más feliz. Poco a poco traslada su actividad y agresión a otras fuerzas dentro de él. El impulso para ajustarse a la realidad, la sublimación activa y el desarrollo de su yo llenarán ahora varios años. No necesita compensación por su falta de satisfacción, pues tiene nuevas posibilidades de satisfacción en otros campos.

¿Qué ocurre a la muchacha? Las muchachas, como consecuencia de su aumentada incitación genital, necesitan un órgano en que pueda concentrarse esta incitación. El clítoris es la única parte de su aparato genital disponible para este propósito. De aquí que en las muchachas la fase fálica se denomine también "fase clitoridea". En este lugar podemos dar de lado el origen embrionario común de este órgano y el pene. Su estructura anatómica, su carácter tumescente, la inervación y erectibilidad hacen del clítoris un órgano

comparable al pene, pero esta comparación es desfavorable para el clítoris, pues este órgano carece de las cualidades penetrantes del pene.

Puede aceptarse que la excitación sexual de la muchacha pequeña es desde el comienzo menos activa e intensa que la del muchacho, o que la muchacha tiene un órgano inferior para alcanzar los mismos objetivos instintivos. En realidad parece que las dos suposiciones son correctas, y que los dos factores intervienen en el desarrollo sexual de la muchacha: por una parte, sus instintos son constitucionalmente menos activos y agresivos que los del muchacho; por otra parte, el psicoanálisis ha descubierto un número suficiente de componentes activo-agresivos en la vida fantástica de las muchachas pequeñas, que apoyan el concepto de que su órgano genital es un instrumento inadecuado para ellos. Aunque en algunos casos este órgano puede ser tocado y visto, su desarrollo es muchas veces tan rudimentario que apenas puede ser considerado como un órgano. Por tanto, la muchacha pequeña suele hallarse con frecuencia "sin órgano" en la fase fálica (clitoridea) de su desarrollo. Pero hasta las muchachas que tienen el clítoris más desarrollado pasan por un periodo de energía instintiva creciente y activamente dirigida para el cual este órgano es insuficiente. Esta insuficiencia constituye probablemente uno de los motivos que induce a las muchachas pequeñas a suspender la masturbación durante el periodo clitorideo de su infancia. La frecuente afirmación que las muchachas hacen en este periodo de que han tenido un pene, reconoce otras causas que no son la lactancia; aunque está basada sobre una falsa inferencia, el sentimiento que hay tras esa afirmación es real. Según muchas madres que son buenas observadoras de sus hijos, la referencia a la supuesta antigua posesión suele aparecer después de que la muchacha pequeña ha cesado de masturbarse. Sus oscuros recuerdos de la actividad del clítoris durante el periodo de masturbación parecen conducir a dotar al clítoris con el valor de un órgano adecuado que existió en el pasado<sup>1</sup>.

Nos vemos obligados a suponer que esta verdadera incapacidad del órgano para satisfacer los impulsos instintivos, activos y agresivos, debe tener consecuencias importantes. En primer lugar —en oposición a la conducta del muchacho— esos impulsos que necesitan un órgano activo quedan suspendidos. Por tanto, la insuficiencia del órgano puede ser considerada como una causa biológica

<sup>1</sup> El "pene ilusorio" de Rado parece derivar de esta fantasía. *Psychosyst.* Quart., vol. 2, 1915.

y fisiológica de las diferencias sexuales psicológicas. Si es así, se tratará de un fenómeno normal, y podemos esperar que sus consecuencias sigan un camino predeterminado que conduzca al ulterior desarrollo de la femineidad. Sin embargo, el material clínico de que disponemos muestra que este camino es en realidad extraordinariamente tortuoso. Mientras en las fases precedentes, cuando fracasa un método de satisfacción instintiva, es reemplazado automáticamente por otro, esta vez el proceso da lugar a muchas complicaciones, y para comprenderlo debe seguirse desde el comienzo. Las consecuencias de la inhibición, que ahora toman el lugar de los instintos activamente dirigidos, pueden ser dobles. Una consecuencia es el intento a vencer la inhibición, un intento en el que intervienen todas las reacciones que yacen dentro de la trama del complejo de castración femenino. La otra se encuentra en la línea del desarrollo femenino normal, que está de acuerdo con la predisposición constitucional de la muchacha, es decir, la actividad inhibida gira hacia la pasividad. El lugar del órgano activo es ocupado por otro pasivo-receptivo, la vagina. Este proceso se producirá más tarde, y lo más notable es que entre el giro hacia la pasividad y la completa eficacia del órgano correspondiente media un largo lapso, durante el cual la muchacha pequeña no tiene este órgano a su disposición. Por tanto, la muchacha pequeña se enfrenta, por segunda vez, con una falta de órgano: al principio carecía de un órgano activo, ahora carece de un órgano pasivo. Estos dos acontecimientos asociados producen el trauma genital. Como hemos visto, las consecuencias del primero pueden ser las manifestaciones del complejo de castración. La movilización de las tendencias regresivas sería la consecuencia del segundo. Las fantasías femeninas de la muchacha pequeña se centran sobre otros órganos pasivos, y reaparecen los componentes anal y oral de los instintos sexuales<sup>1</sup>. Las ansias y fantasías relacionadas con el parto y con los restantes contenidos sexuales se enlazan con funciones de la alimentación y de la excreción. Tales lazos se conservan en las mujeres ya adultas, y muchas veces dan lugar a síntomas somáticos histéricos relacionados con esas funciones. La vagina —un órgano completamente pasivo, receptivo—, espera un agente activo para ser un órgano funcionante excitante.

En el material psicológico reunido por los análisis de las mujeres adultas, particularmente neuróticas, encontramos expresiones

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*.

repetidas de la falta de un órgano, sentimientos de inferioridad, etc. Según mi concepto, la suposición de que estas quejas se deben a la falta de pene es unilateral. Su origen real es el hecho de que durante un periodo del desarrollo biológico, en el cual la insuficiencia de un órgano conduce a una transformación constitucionalmente pre-determinada de las tendencias activas en pasivas, no existe un órgano preparado para las últimas, en otras palabras, la muchacha pequeña continúa sin órgano en un sentido funcional. Su trauma genital con sus numerosas manifestaciones consiguientes se encuentra entre el Scila de no tener pene y el Caribdis de carecer de la sensibilidad de la vagina.

Podemos mantener la fe en el propósito de la naturaleza, y encontrar una significación más profunda en el hecho de que en el proceso del desarrollo de la muchacha tenga lugar algo que se parece a un corto circuito. Lógicamente este proceso se debe a la capacidad funcional de la vagina de interceptar los estímulos sexuales y preparar así el órgano femenino para sus futuras funciones. Pero, como hemos visto, no ocurre así. Cierta es que diversos autores defienden la opinión de que la vagina se manifiesta ya en la infancia. Josine Mueller<sup>1</sup>, por ejemplo, ha encontrado en su práctica algunos casos de evidente actividad vaginal en las niñas.

Según K. Horney<sup>2</sup>, nuestra incapacidad para percibir la existencia de la vagina en la infancia se debe más bien a una negación y represión de ella. Dicha autora acepta que las sensaciones vaginales y los contenidos psicológicos relacionados con ellas existen en la infancia. Es innegable que las fantasías de carácter masoquista-pasivo aparecen en una edad precoz, y, como Melanie Klein ha señalado<sup>3</sup>, se caracterizan por una crueldad particular. El destrozo del "interior" por la penetración de un cuerpo gigantesco, por la expulsión de un niño, se encuentra muchas veces en la vida fantástica de la niña pequeña. Pero yo creo que tales ideas no tienen nada que ver con las sensaciones vaginales. Las niñas las refieren a los órganos internos del cuerpo, es decir, al estómago e intestinos, y los caminos de penetración y expulsión están representados por la boca y el ano. La crueldad de estas fantasías corresponde a la intensidad de las agresiones dirigidas hacia el interior. Por lo tanto, lo que parece estar en preparación para la ulterior

femeineidad, durante la fase infantil, es pasividad y masoquismo; lo que se añade más tarde, si el desarrollo es favorable, es su elaboración correcta y el descubrimiento de la vagina como órgano funcional.

Puedo aclarar mi teoría acerca de que la vagina no es un órgano sexual funcionante en la infancia con un ejemplo demostrativo de que cuando la tensión de una necesidad se siente en un órgano, hasta en un órgano cuyos fines son pasivos y receptivos, se producen actos para satisfacer esta necesidad. Me refiero a las necesidades orales de los niños, y tengo presente no sólo la succión. Puede observarse que los niños cuyas necesidades orales no son suficientemente satisfechas se introducen toda clase de objetos en su boca —muchas veces de un modo frenético— estén o no hambrientos. Tales niños, si están saciados, protestarán vigorosamente contra cualquier tentativa de darles alimento, y, sin embargo, se introducen en la boca un chupete o cualquier otro objeto. Es sabido que los niños que son privados de esta satisfacción de la succión tienen un sueño alterado. La asociación de este impulso con el placer de comer no es la causa principal de su persistencia. El recién nacido introduce sus dedos en la boca antes de alimentarse, y la inquietud de los niños pequeños cuando se despiertan puede evitarse por algún tiempo tan sólo por la succión. Las observaciones personales me permiten suponer que los reproches de nuestros pacientes contra sus madres, y sus sentimientos de haber sido lastimados que se refieren al periodo del destete, no pueden relacionarse siempre ni únicamente con la negativa de sus madres de darles el pecho. Los niños a quien, debido a prejuicios de la educación, se les prohíbe firmemente la succión, están particularmente dispuestos a presentar reacciones a esta privación, que dura largo tiempo. La analogía de la boca es muy exacta, pues la función subsiguiente absorbente-receptiva de la vagina semeja mucho a la de la boca. Aunque en los niños vemos reacciones a la privación del acto de chupar, no encontramos signos de un impulso vaginal análogo, suficiente para impulsar a las niñas pequeñas a ciertas acciones, como la de introducirse objetos en su vagina, etc. Algunas veces observamos manifestaciones que parecen implicar sensaciones vaginales —manipulaciones, hasta introducción impulsiva de objetos en los genitales, etc. Pero un cuidadoso estudio de estas observaciones muestra que tales acciones no tienen nada de común con las sensaciones vaginales espontáneas, y que sus causas son de ordinario externas: parásitos, catarro de la vejiga, lavados o seducción directa. Las irri-

<sup>1</sup> MUELLER, J.: *A contribution to the problem of libidinal development of the genital phase in girls*. Internat. J. Psycho-Analysis, Vol. 13, 1932.

<sup>2</sup> HORNEY, K.: *The denial of the vaginal*. Internat. J. Psycho-Analysis, Vol. 14, 1933.

<sup>3</sup> KLEIN, M.: *The Psycho-Analysis of children*, London: Hogarth, 1932.

taciones agudas de la pared vaginal posterior a través del ano, como consecuencia de estreñimiento o de enemas, son muchas veces interpretadas erróneamente como irritaciones vaginales<sup>1</sup>.

Otra prueba de que la vagina no tiene función independiente durante la infancia la encontramos en el hecho de que hasta cuando las tendencias pasivo-masoquistas de la muchacha pequeña se manifiestan en actividades de masturbación, éstas quedan limitadas al clítoris. He podido confirmar las observaciones de Fenichel<sup>2</sup> a este respecto. Díjase que el clítoris ofrece sus servicios a las tendencias femeninas después de haber fracasado en su intento de servir a las tendencias activas. En muchas mujeres el clítoris conserva su función durante toda la vida, y con frecuencia la masturbación infantil del clítoris tiene particular importancia. Si la muchacha pequeña renuncia a toda función sexual como una consecuencia de su doble carencia de órgano durante el período de excitación, estará expuesta al peligro de perder su capacidad para obtener cualquier satisfacción sexual —el peligro de afanisis, como lo denomina E. Jones<sup>3</sup>.

El despertar de la vagina a un funcionamiento sexual completo depende totalmente de la actividad del hombre, y la ausencia de actividad vaginal espontánea constituye la base fisiológica de la pasividad femenina. La existencia del clítoris, que intercepta las excitaciones incapaces de llegar a la vagina, y el trauma genital crean entonces la base de una permanente inhibición sexual, es decir, de la frigidez<sup>4</sup>. La disposición adquirida en la infancia sería, pues, la responsable de gran número de mujeres fríidas. No hay ni que decir que el vencimiento de la inhibición depende de los sucesos psíquicos subsiguientes, y especialmente de los acontecimientos de la pubertad. Por ejemplo, una enfermedad neurótica es muchas veces responsable de una determinada incapacidad de la mujer para vencer su predisposición a la frigidez. En cambio, puede haber neurosis extraordinariamente graves que no disminuyen la sensibilidad sexual potencial; inversamente, existen mujeres psíquicamente sanas que

no han sido capaces de vencer su inhibición sexual, pero la toleran bien<sup>1</sup>. Es muy frecuente que en tales casos la energía sexual se desvíe hacia las funciones reproductivas, y la maternidad toma el lugar de la sexualidad. Es indiscutible que las limitaciones sociales respecto a la sexualidad femenina pueden intensificar la inhibición debida a la disposición.

Podemos ahora abandonar el problema correspondiente al origen de la pasividad femenina y dirigirnos a otro relacionado con él, la envidia del pene y sus consecuencias. Pero, como no creemos que pueda cargarse sobre él toda la responsabilidad de los sentimientos de envidia de las muchachas, debemos remontarnos un poco más lejos.

Creo que todo niño, cualquiera sea su sexo, en cualquier situación familiar, querido y mimado o descuidado y despreciado, único o con varios hermanos, reacciona con gran envidia al nacimiento de un hermano o hermana. Envidia todas las cosas: lo que el nuevo niño tiene y lo que no tiene. El muchacho pequeño no se da cuenta de que tiene una ventaja sobre su hermanita. Si su desarrollo está suficientemente avanzado, este descubrimiento despierta su temor, pues ya se halla envuelto en las ansias genitales. Si aún es pequeño y está interesado por la función urinaria, se da cuenta de que el nuevo niño carece de alguna cosa; reacciona con interés a su descubrimiento, pero su sentimiento principal es el de la envidia por el cariño, por los cuidados, por el alimento, etc., que recibe el recién venido. El nacimiento de un rival le hace experimentar un nuevo sentimiento o fortalece uno antiguo. Según sea su desarrollo, su envidia tiene un carácter oral y se dirige a los procesos alimenticios, o se refiere principalmente a las funciones excretoras y a los procedimientos para la limpieza.

La envidia de la muchacha pequeña es igualmente excitada por la rivalidad, y, como en el caso del muchacho, esta envidia se refiere a todas las cosas que el recién venido recibe, las posee o no ella. Existen también adultos que tienen envidia a lo que otros tienen, aunque ellos también lo tengan. Cuando la muchacha es aún muy pequeña no queda muy impresionada por el pene de su hermano menor. Se interesa más en sus procesos excretores, y suele comenzar a comportarse a este respecto como un niño pequeño para ser igual al intruso. Está celosa de los cuidados físicos que se le prestan, y se siente terriblemente ofendida debido a que su madre no aprecia el

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: Obj. cit. Domo mostrar mi agradecimiento al Dr. F. Clothier del New England Home for Little Wanderers, por haber puesto amablemente a mi disposición sus observaciones sobre gran número de niños. Tales observaciones muestran que la excesiva masturbación vaginal en las muchachas pequeñas es casi siempre consecuencia de una previa educación.

<sup>2</sup> FENICHEL, O.: *Weitere zur proceduren Pädagogik der Mädchen*. Internat. Zeitschr. f. Psychosomat., vol. 22, 1934.

<sup>3</sup> JONES, E.: *Early development of female sexuality*. — *Topics on psychoanalysis*, p. 118.

<sup>4</sup> DEUTSCH, H.: *The significance of masturbation in the mental life of women*.

mérito de que esté siempre limpia y de que en cambio adore tanto como a ella al pequeño súcio.

Como venganza se ensucia, y durante el resto de su vida puede conservar una parte de esta reacción —“poco importa que sea buena y que intente merecer elogios si nadie lo aprecia”.

Aparte de esta tendencia general a la envidia, la muchacha pequeña puede desarrollar una envidia del pene hasta cuando considera la posición del pene como una inferioridad del recién nacido, y esto sucede con frecuencia. He visto un caso de perversión —una mujer que sólo podía ser excitada sexualmente por hombres jorobados— que implicaba precisamente una valoración del pene como una anomalía. Las muchachas pequeñas, especialmente si no han tenido hermanos antes, suelen decir: “Oh, yo tengo eso!” o “Yo tengo uno”. Al hacer esto practican una pseudología consciente, y orgullosamente se niegan a admitir que carecen de alguna cosa. Muchas muchachas se imaginan que todos los niños pequeños tienen algo semejante a un pene, que ya no lo necesitarán cuando crezcan. Esta creencia es muy común y se utiliza algunas veces como un autoconsuelo cuando surge la envidia. En cambio, podemos observar que las muchachas pequeñas, de las que no podía esperarse un interés real genital, presentan síntomas de violenta envidia del pene. Se apoderan del órgano de un hermano o del compañero de juego, y con gran sentimiento expresan el deseo de quitárselo. Tal deseo es una expresión de envidia, pero no tiene la significación que adquirirá más tarde en el desarrollo de la muchacha; sólo expresa un envidioso deseo de la posesión, común a todos los niños, y lo extienden a todas las cosas que ven en los demás y que ellos no tienen. Ciento es, sin embargo, que hasta en esta fase precoz puede observarse en los niños diferencias caracterológicas. Estas reacciones envidiosas precoces determinan en parte la forma como la muchacha reaccionará posteriormente, en la fase clitoridea, al trauma genital. Como para la reacción caracterológica, dependerá en un alto grado de las influencias del medio, sobre todo de la preparación que hayan recibido respecto al nuevo niño que ha de venir, de la atmósfera del hogar, de la conducta de la madre respecto al niño, etc. En resumen, la influencia del medio sobre la formación del carácter desarrolla su efecto antes de que las nuevas impresiones comiencen a actuar. No debe olvidarse que todos los niños nacen con una disposición caracterológica específica.

La tendencia del niño a la envidia se expresa también independientemente del nacimiento de un hermano o hermana. Y los hijos

únicos manifiestan la envidia cada vez que el interés de las personas que les rodean, especialmente la madre, parece desviarse desde el niño a alguna otra cosa. No analizaremos aquí detenidamente las diferencias psicológicas entre el niño único y el que tiene hermanos o hermanas. Deseamos tan sólo señalar que la envidia, como una propiedad caracterológica de los niños de ambos sexos, se manifiesta precozmente, existan o no hermanos o hermanas, e independientemente del interés genital.

La diferencia anatómica sólo adquiere significación en esa fase del desarrollo de la muchacha en que sus genitales (es decir, su clítoris) adquieren importancia funcional. Recuerdo una observación de hace muchos años, más tarde confirmada por Jones<sup>1</sup>, Rado<sup>2</sup> y Lampl-de Groot<sup>3</sup>. Una niña de 18 meses presentaba una indiferencia completa ante la visión del pene; sólo más tarde, en el periodo de aumentado interés por sus propios genitales, desarrolló una fuerte reacción emotiva a ese fenómeno. Confirmé mi concepto de que en esta fase tienen lugar en la muchacha procesos con un efecto traumático, importando poco que las impresiones de fuera hayan producido o no una base real para el desarrollo de la envidia del pene.

Estos procesos internos crean en la muchacha un mayor interés por sus genitales y por los de las demás personas. La muchacha encuentra dos tipos de reacciones en el mundo externo: primero, la prohibición de su madre, que está particularmente alerta durante este periodo, y luego las acciones del hermano, primo o amiguito, que desea ver y sobre todo mostrar. En esta forma la niña descubre la diferencia, y en consecuencia desarrolla reacciones cuya intensidad y efecto dependerán de factores ya existentes. Estos son, por una parte, su desarrollo caracterológico, especialmente su disposición a la envidia, y por otra, el vigor del trauma genital, que a su vez depende de la intensidad del impulso sexual, de los procesos de masturbación, etc. La envidia del pene y sus consecuencias se desarrollan en el terreno así preparado.

Pero el proceso puede tener un orden opuesto, la percepción de la diferencia anatómica entre los sexos puede aumentar el interés de la muchacha por sus genitales e inducirla a excitantes investiga-

<sup>1</sup> JONES, T.: *Papers on Psychoanalysis*, pág. 162.

<sup>2</sup> RADO, S.: *Fear of castration in women*. *Psychoanalytic Quart.* 2: 421, 1933.

<sup>3</sup> LAMPL-DE GROOT, J.: *The resolution of the Oedipus complex in women*. *Internat. J. Psycho-Analyse*, 9: 337, 1925.

ciones respecto a ellos. La excitación en este caso ha sido preparada por procesos instintivos internos, pero es provocada desde el exterior, y así, desde el comienzo, aparece relacionada con la envidia del pene.

Más tarde el orden de los sucesos es confuso, y en el análisis de los adultos es imposible separar el trauma genital primario de la envidia del pene. Creo que esta confusión cronológica es responsable de la errónea teoría de que las dificultades en el desarrollo de la mujer son causadas por su envidia del pene. Esta teoría desplaza el interés desde la dificultad constitucional del desarrollo hacia una reacción afectiva y caracterológica secundaria a esa dificultad.

Resumamos brevemente nuestro análisis. En su desarrollo instintivo la muchacha pequeña encuentra una dificultad. Esta dificultad puede tener consecuencias normales generales o conducir a reacciones más individuales o anormales. Hemos discutido las primeras: contribuyen a la pasividad femenina normal y, como veremos más tarde, al masoquismo. Las últimas pueden tener un carácter perturbador, y ser un indicio de que la dificultad no ha sido dominada y tiene un efecto realmente traumático. Estas reacciones traumáticas son extraordinariamente variadas y las designamos colectivamente como complejo de castración femenino. La envidia del pene desempeñó un importante papel en él, como una de las formas en que el trauma se manifiesta; algunas veces esta envidia provoca el trauma, pero jamás es la causa primaria de él. El descubrimiento de la muchacha de su diferencia anatómica respecto a los muchachos es para ella la confirmación de una falta que ya sentía —su racionalización, por así decir. Da contenido real a un proceso interno proyectándolo en el mundo exterior. "Tal órgano existe" ella parece pensar, "por tanto es justo que yo sienta la falta de él". La envidia del pene dependerá, como hemos dicho, de la disposición caracterológica de la muchacha, y de las otras condiciones antes señaladas. También hemos admitido la posibilidad de un orden inverso.

Así, el conflicto interno es proyectado en la realidad, y por tanto todas las relaciones posteriores parecen ser causadas exclusivamente por el descubrimiento real del pene. Estamos familiarizados con tales racionalizaciones de muchas otras situaciones psicológicas. Probablemente, el descubrimiento del pene produce efectos intensos y duraderos; de cualquier modo es una experiencia real y provoca manifestaciones de envidia. La muchacha pequeña desea ahora conscientemente poseer el órgano, y da a su deseo un contenido real;

es una posición positiva que puede servir a varios fines (jugar, orientar)<sup>1</sup>. Pero la causa dinámica real de la envidia del pene yace más profundamente y es el prerrequisito a la experiencia real.

Aunque la envidia del pene tiene significación secundaria traumática, es un componente del alma femenina que aparece tan regularmente en el tratamiento analítico que debemos considerarlo como "normal". Sólo cuando es excesivo y tiene efectos perturbadores adquiere un carácter anormal. Tampoco permanece aislado en la estructura psíquica, muchas veces sólo por ellos aparece en primer plano, y en tales combinaciones viene a ser una parte o el centro del complejo de masculinidad femenina que estudiaremos más tarde.

<sup>1</sup> Horney, K.: *On the genesis of the castration complex*, Internat. J. Psycho-Analysis, vol. 5, 1924.

CAPÍTULO SEPTIMO  
MASOQUISMO FEMENINO

Nos hemos ocupado de la génesis de la pasividad femenina en tanto que está relacionada con el trauma genital y el destino de los instintos sexuales. Esta parte de nuestro análisis únicamente se ocupa de las tendencias sexuales de la mujer. Pero aunque atribuyamos tanto poder a la influencia de la sexualidad sobre la personalidad como un todo, "debemos recordar", como Freud<sup>1</sup> ha hecho, "que una mujer como individuo es un ser humano aparte de esto". De aquí que debamos examinar otras fuentes de la pasividad femenina. Metodológicamente, parece más sencillo discutir esas fuentes junto con el problema del masoquismo femenino. Estos problemas no son idénticos, pero los orígenes del masoquismo y de la pasividad están intimamente relacionados. Ambos son el resultado de la constitución femenina y de un mecanismo de reversión instintiva relacionado con ella, que desvía hacia adentro las energías dirigidas hacia el mundo exterior; y en tanto que se refiere a la actividad, tenemos que considerar la pasividad simplemente como un estado de inhibición.

Sabemos que la actividad y toda la vida instintiva del niño están fuertemente impregnadas con tendencias agresivas, y aceptamos que siempre que la actividad es inhibida, las tendencias agresivas sufren el mismo destino. Si fuerza no les permite permanecer en un estado de simple inhibición, continúan siendo activas, y sólo cambia su dirección. Esta agresión dirigida contra el propio yo conduciría a la peligrosa autodestrucción si el proceso no estuviera sometido a una transformación ulterior. Freud<sup>2</sup> acepta que el "desarrollo de fuertes impulsos masoquistas, tiene el efecto de ligar eróticamente las tendencias destructivas que se han dirigido hacia adentro". Esta suposición hipotética reposa sobre otra hipótesis, la de que tales impulsos masoquistas, estarían presentes desde el principio, antes del giro agresivo, y ahora se fortifican. No pretendo intentar la solución de este problema. Es posible que el juego entre

MASOQUISMO FEMENINO

narcisismo y masoquismo, que hemos invocado para explicar la psicología femenina, tenga una prehistoria, un periodo durante el cual el amor a sí mismo narcisista domina el impulso destructivo dirigido contra el yo, creando una disposición al masoquismo. En este proceso, el amor a sí mismo logra un triunfo completo, pues la mujer normal no muestra signos de una tendencia a infligirse dolores físicos y sufrimientos morales para obtener un placer de tales acciones. Sólo más tarde, en relación con el mundo de los objetos, y en diversos actos relacionados con las funciones reproductivas femeninas, se revela su tendencia a asociar el placer y el dolor.

Más tarde estudiaremos los acontecimientos psicológicos que fortifican esta tendencia femenina a la pasividad y al masoquismo. El mecanismo de la desviación desde lo activo a lo pasivo impregna, de todos modos, toda la vida instintiva de la mujer. Como un ejemplo de esto podemos citar el hecho de que en los *contemplativos* del sexo femenino esta perversión tiene el carácter pasivo exhibicionista de ser contemplada, mientras que la contemplación activa es más característica de los hombres.

Para evitar confusiones debemos diferenciar el masoquismo femenino del masoquismo "moral", que es una consecuencia del sentimiento de culpa inconsciente y sirve a las tendencias de auto-castigo y no al placer erótico<sup>3</sup>. Como es natural, los límites entre los dos son algunas veces inciertos y al apreciar las manifestaciones masoquistas femeninas podemos tomar en cuenta el elemento cuantitativo para poder establecer la diferenciación: un exceso de actitudes masoquistas, una manifiesta tendencia a sufrir sin compensación a través del amor, etc., nos hace sospechar la presencia del componente moral. Tampoco debemos confundir el masoquismo femenino con la perversión masoquista consciente.

Toda la vida humana se dirige a disminuir las aflicciones y los dolores, y la idea de que las mujeres, que constituyen la mayoría de la raza humana, sean masoquistas y busquen el dolor y el sufrimiento, tropieza naturalmente con el escepticismo y la oposición.

Una mujer normal, cuando oye decir que el masoquismo y la pasividad son elementos esenciales a su psicología, no hay duda que lo discutirá. Contra el cargo de la pasividad aducirá el hecho de que es activa durante todo el día y que no puede permanecer ociosa.

<sup>1</sup> FREUD, S.: *The psychology of women. New Introductory lectures on psychoanalysis*, p. 181.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 156.

<sup>3</sup> Freud se refiere al masoquismo "erótico" o "femenino", diferenciándolo del masoquismo "moral": *The economic problem in masochism. Collected Papers*, vol. 2.

Con igual energía se opondrá a la idea de que sea masoquista, declarando que tiene una voluntad fuerte y que no tolera sometimientos a la voluntad de cualquier hombre; la idea de que le agrada el sufrimiento y el dolor, y los busca, le parecerá absurda. Si se le dice que el masoquismo es parte de su sexualidad, podrá replicar que el dolor de la desfloración nubló su luna de miel, y que sólo su amor y ternura por su marido hizo tolerable este dolor. Una mujer moderna a quien se le diga que debe sufrir los dolores del parto sin recurrir a los modernos recursos de la anestesia, para someterse al mandato bíblico "parirás con dolor", rechazará seguramente con indignación esas propuestas. Los tocólogos nos dicen que las mujeres muchas veces quieren arrancarles la promesa de que harán todo lo posible para aliviar los grandes dolores del parto. En efecto, las palabras del médico constituyen una parte importante para aliviar la ansiedad de las mujeres respecto a ese acto. De su consciente repudio del dolor podemos inferir que su deseo de él, si es que existe, será inconsciente, y que la mujer se opone al sufrimiento. Si aceptamos un factor constitucional y anatómico como base del masoquismo femenino, nos enfrentaremos con el problema: ¿cómo puede la mujer administrar favorablemente sus tendencias masoquistas? Intentaremos seguir los caminos del ulterior desarrollo del masoquismo y de la pasividad para descubrir cómo acepta la mujer el masoquismo y lo asimila en la formación de su personalidad.

Recordemos la fase de la pubertad de las muchachas. En esta fase, como vimos, la muchacha joven es muy activa. Está relativamente libre de instintos sexuales, y en su actividad no descubrimos síntomas de repugnancia a la femineidad, ni formación de reacciones, ni signos de fuga hacia la masculinidad, etc. Una muchacha normal y sana intenta activamente conquistar su medio. En esto repite un esfuerzo iniciado en la primera infancia: el impulso hacia el ajuste, hacia el dominio de la realidad, un impulso particularmente potente y en la pubertad.

Hemos señalado ya que no consideramos los procesos de la maduración como simple producto de desarrollos instintivos o como soluciones de conflictos con esos desarrollos. Más bien, de acuerdo con muchos autores dentro de la escuela psicoanalítica y fuera de ella, aceptamos la existencia de "funciones primarias del yo, definidas como aquella organización de funciones integradas en cuya virtud percibimos, apreciamos y dominamos el medio"<sup>1</sup>. Hart-

mann nos incita a incluir "la totalidad de esas funciones, en tanto que individualmente o de un modo general actúan de hecho más allá del campo de los conflictos psíquicos", bajo el nombre provisional de "esfera libre de conflictos del yo"<sup>2</sup>.

Para aclarar nuestro concepto de la pasividad y masoquismo femenino será extraordinariamente útil la hipótesis de una tendencia activa en el yo, que actúa independientemente. A la luz de esta hipótesis, el ajuste no significa aceptación pasiva, sino colaboración activa, con el propósito de influir sobre el medio y transformarlo.

Es difícil para la teoría psicoanalítica imaginar las funciones del yo actuando fuera de la esfera de los conflictos instintivos. La libertad de las funciones del yo con respecto al medio parece ser extraordinariamente relativa. Toda nueva fase del desarrollo en la "esfera libre de conflictos del yo" está condicionada por los recuerdos de las primeras fases y por factores del medio. El individuo, pues, tiene dos problemas que resolver: debe libertarse repetidamente de las pasadas dependencias, y debe dominar las dificultades del mundo exterior. Estos problemas son difíciles, y el individuo puede fracasar en ambos; de ordinario están relacionados, y cuando uno no es resuelto, tampoco lo será el otro.

Observando esta lucha para la liberación del yo, nos damos cuenta de que el mundo objeto de la primera infancia, del que debe prescindirse poco a poco en cada nuevo impulso hacia la actividad, está representado por la madre. Aquí las diferencias del sexo no parecen desempeñar papel alguno. Los muchachos y las muchachas han recibido pasivamente de la madre la satisfacción de sus necesidades instintivas, y durante largo tiempo han dependido de su ayuda precisamente en las funciones del yo más activas. Alzarse del suelo, andar, tomar alimentos, conocer los peligros y la forma de evitarlos, todas estas cosas tienen lugar con la colaboración activa de la madre. La dependencia del niño respecto a ella, no sólo tiene por tanto un carácter libidinoso, sino que es también una consecuencia necesaria de largo periodo de impotencia. Desde el comienzo, los impulsos pasivos del yo están centripetamente dirigidos hacia la madre, mientras los activos huyen centrifugamente de ella. Si investigamos las influencias libidinosas y agresivas a que estos impulsos del yo están sujetos, descubriremos que existen relaciones

<sup>1</sup> HENBRICK, L: *Work and the pleasure principle*. Psychoanal. Quart. 22: 313, 1945.

muy complicadas, en las que los dos factores algunas veces se favorecen y otras se dificultan reciprocamente.

Como el niño se aparta con curiosidad creciente de la madre y de las dependencias infantiles en favor del ajuste activo a la realidad, esta realidad está representada cada vez más por el *padre*, y esto es válido lo mismo se trate de muchachos que de muchachas. La relación de los padres con los hijos es paralela a la de los niños respecto a los padres; la madre está más fuertemente ligada al niño en el periodo de su máxima impotencia; el padre comienza a mostrar gran interés por el niño cuando éste se hace susceptible a su influencia y muestra mayor interés por el mundo exterior.

Ningún lazo emocional desaparece sin acompañarse de sentimientos negativos, y en la vida afectiva primitiva del niño la dependencia es siempre idéntica al amor, y la lucha por la independencia se acompaña de la hostilidad. Esta lucha debe utilizar sentimientos negativos para vencer los lazos maternos y el temor de perder a la madre. Así, las ansias infantiles del periodo de lucha por la liberación deriva de dos fuentes: de la agresión que es utilizada para lograr esa liberación y del temor de perder a la madre.

En esta lucha tanto los muchachos como las muchachas se desvian desde la madre al padre. Ambos utilizan sentimientos negativos, es decir, hostilidad a la madre, como una fuerza motivadora para la liberación.

Es imposible para nosotros afirmar si los impulsos activos del yo son suficientes para la desviación del individuo desde la madre hacia la realidad cuando no se acompañan de fuerzas más profundas y más instintivas. Conocemos cierto número de motivos que inducen a los miembros de ambos sexos a alejarse de la madre: frustraciones, deseos, celos, restricción de la libertad sexual, la tendencia infantil a la agresión y la ambivalencia afectiva. En las muchachas surge un nuevo motivo de las reacciones emocionales relacionadas con el trauma genital, dado que desplazan su resentimiento y su propia inferioridad contra sus madres, y les hacen responsables de ella. Aunque no conocemos claramente el orden temporal de dichos fenómenos, podemos aceptar que todos estos motivos apoyan el impulso hacia la independencia y quizás son prerequisitos para este impulso.

¿Cuál es el propósito de la desviación hacia el padre? ¿Qué espera de él el muchacho o la muchacha? Principalmente una alianza contra la madre, en favor de la realidad. El padre es el representante de la realidad y del mundo exterior en el cual los niños desean

vivir como adultos. En oposición a él la madre está muy ligada por las antiguas satisfacciones infantiles, con la impotencia y la dependencia. Ser adulto significa alejarse de la madre.

El padre (o su sustituto) tiene una actitud afirmativa para el deseo de su hijo. Sabemos por experiencia que la falta de tal relación con el padre es extraordinariamente desfavorable para el muchacho. Una alianza masculina, no estorbada por complicaciones afectivas resultantes de la rivalidad por el amor de la madre, es bien recibida por ambas partes. Así, el padre apoya la precoz masculinidad de su hijo, y desde ahora ambos se entregan a una lucha, no para el amor de la madre, sino contra ella. Un tipo de arrogante condescendencia, una actitud de ligera desvalorización hacia ella, caracteriza al muchacho en las diversas fases activas de su vida, y, lo que es muy interesante, el padre suele intervenir voluntariamente en la alianza basada en esta actitud, pero si el padre es brutal para la madre o la maltrata, su hijo se niega a ser su aliado, y bajo la presión de los sentimientos de culpa, su alianza con la madre se fortifica. En tal caso el ajuste del muchacho a la realidad se frustra por un fortalecimiento del complejo de Edipo. Esto constituye la perturbación más peligrosa para su desarrollo, debido a que es la más duradera.

Una madre femenina y sensible ayuda a su hijo en el desplazamiento hacia la realidad antes descrito, y facilita su actividad y el desarrollo de su yo, aun cuando esto signifique su renunciación a su tierna unión con él.

Debemos considerar el destino del muchacho para obtener un conocimiento del destino de la muchacha. La relación hombre a hombre no siempre permanece armónica. El padre y el hijo emprenden acciones comunes en el mundo exterior, cuyo tipo depende del medio cultural: el padre, por razones de educación, para hacer a su hijo fuerte y varonil, el hijo para ser tan varonil como el padre. La limpia competencia con el padre es una salida natural de la agresividad del muchacho. Sin embargo, por esa época el muchacho debe sufrir una derrota en la lucha aún juguetona con su padre. En los casos normales transfiere la idea de la lucha rival a personas de igual o menor fortaleza, y su última tarea consistirá en vencer "al tirano" con la ayuda de sus hermanos (amigos). En la pubertad y en la adolescencia encontramos al muchacho normal entregado a la continuación de esas luchas, que ahora están dirigidas contra el padre y sus sustitutos.

La relación hijo-padre puede adquirir también un carácter más

pasivo. El muchacho acepta su derrota, y desea ser amado por su padre o establecer un compromiso. Los hijos que conservan su masculinidad, pero a través de su vida nunca aspiran a posiciones primarias sino sólo secundarias, en las que desean ser queridos y valorados por sus superiores como los mejores, son ejemplos de tal compromiso.

Cierto es que esas tendencias activas que emanan del yo son perturbadas o fomentadas por conflictos instintivos. Por ejemplo, la alianza con el padre, que se hace con el propósito de fortificar el yo, puede fácilmente conducir, si es perturbada por procesos instintivos, a un desarrollo pasivo-homosexual, etcétera.

Estudiemos ahora el caso de la muchacha. ¿Cómo afecta el medio su desplazamiento hacia el padre? En este caso la influencia de la madre es mucho más inhibidora que cuando se trata de un muchacho. La madre siente —y su sentimiento es apoyado por hechos objetivos— que la muchacha es más débil y necesita más ayuda que el muchacho, y que la muchacha no puede dirigir su impulso hacia la actividad sin exponerse a peligros. En resumen, la influencia inhibidora del medio se afirma sobre la base de la estructura *biológica* de la muchacha. La muchacha, como el muchacho, recurre al padre e intenta llevarlo en su ayuda. El proceso es más complicado y la solución más variada que en el caso del muchacho. El padre acepta muchas veces la demanda de su hijita, especialmente cuando no tiene un hijo varón. Es admisible que en esta intensificación de la actividad apoyada por el padre, la femineidad de la muchacha pequeña puede dañarse. Pero esto no parece que ocurra siempre. La razonable satisfacción de la necesidad de actividad y de liberación del tutelaje inhibidor de la madre, ofrece mejores perspectivas para las ulteriores sublimaciones y para el desarrollo de una tierna relación positiva con la madre, que es de suma importancia para la femineidad de la muchacha. En todas las fases del desarrollo, la inhibición de las tendencias normales en cualquier punto contiene el germen de perturbaciones posteriores. Consideraremos las conquistas de cada fase del desarrollo como adquisiciones para el futuro. La pubertad colocará estas adquisiciones en primer plano. Y una relación activa de la muchacha con el padre —si no ha sufrido alguna deformación en el intervalo— se manifestará también durante la pubertad en tendencias activas a la sublimación, que muchas veces tienen el carácter de identificación con el padre sin que ello signifique un peligro para el desarrollo de la femineidad.

Pero este desarrollo normal hacia la actividad puede sufrir diversas perturbaciones; consideraremos tan sólo las más frecuentes y típicas. La relación de la muchacha con el padre puede, por ejemplo, agotar todas las fuentes afectivas, que normalmente se dirigen hacia objetos heterosexuales cuando la muchacha alcanza la madurez sexual. La hiperestimación del padre desarrollada en esta relación activa sólo difícilmente puede ser transferida a otro hombre, al cual se harán demandas excesivamente elevadas. Esto complica la tarea de encontrar un objeto amado, y las demandas constantemente renovadas hechas al hombre pueden constituir un gran obstáculo a la felicidad en el amor y el matrimonio.

En otros casos se presenta, en una época precoz, un desdoblamiento del cual ya hemos hablado antes; las tendencias a la sublimación activa de la muchacha están unidas al padre, mientras sus fantasías sexuales adquieren un carácter extraordinariamente pasivo y masoquista. Es notable que muchas mujeres que conservan la actividad de su yo, y la utilizan con fines de sublimación, son extraordinariamente pasivas y masoquistas en su conducta sexual, permanecen eróticamente aisladas evitando todos los peligros, o caen víctimas de hombres brutales. Este desdoblamiento es muchas veces la consecuencia de una identificación con el padre, que más tarde se continúa en una sublimación favorable, en la cual el componente erótico femenino permanece al mismo nivel que el masoquismo infantil. La actitud de estas mujeres puede ser muy activa y masculina, y suelen desplegar una resistencia y agresividad particular en la lucha por la vida. Algunas veces esta actitud masculina es una reacción abortada, un intento de huir de la femineidad excesivamente masoquista. Pero la reacción no afecta a la total tendencia instintiva, y el impulso masoquista se repite en cada sentimiento femenino. La huida sólo puede lograrse en este caso cuando la femineidad se ha anulado completamente.

Este desdoblamiento comienza ya en la relación activa con el padre, antes mencionada. La corriente sensual, que permanece inconsciente, sólo en parte y gradualmente se une a ella. El objeto de las dos tendencias (activa y pasiva-masoquista) es el padre. El efecto psicológico es que la muchacha pequeña tiene dos padres —el "padre del día", con el cual su relación es consciente, y se subraya activamente, y el "padre de la noche", con todos los peligros de crudidad y seducción, y que moviliza ansiosas pesadillas. En la formación de la fantasía llamada novela de familia, este desdoblamiento

aparece en primer plano con especial claridad. La muchacha tiene un sentimiento, que es percibido con completa realidad, de que tiene dos padres. Uno es el padre real; la corriente masoquista, que era dirigida también hacia él, puede afirmarse conscientemente si ha sido desplazada al otro parente por la actividad fantástica. Algunas veces el desdoblamiento de la relación con el parente sólo aparece en la pubertad, cuando la vida afectiva es invadida por una tan poderosa corriente sensual, que la tierna relación con el parente y la activa identificación con él ya no pueden resistir los impulsos sensuales. Los últimos están desdoblados, y la relación normal entre las corrientes activa y pasiva no tiene lugar, obteniéndose, como resultado final, una masculinidad activa y un intensificado masoquismo.

Pero estas dificultades también pueden ser evitadas. Muchas veces esa relación con el parente se continúa desde la primera infancia; algunas veces sólo comienza con la madurez intelectual de la muchacha joven. Puede conducir a la felicidad y a la satisfacción, hasta cuando la capacidad erótica de la muchacha permanece exclusivamente fijada en la relación sublimada con el parente. La renuncia de la muchacha al cumplimiento erótico no debe ser juzgada por normas estereotipadas. La observación enseña que un lazo hija-parente fuertemente sublimado, no implica necesariamente una neurosis, ni sentimientos de frustración y privación, ni siquiera cuando daña la vida erótica de la muchacha. El cumplimiento de la meta positiva de la vida no está necesariamente relacionado con la sexualidad normal.

Tal relación con el parente con frecuencia es provocada por éste, y el motivo psicológico para mantenerla muchas veces yace en él. Algunas veces el parente desea que la hija reemplace al hijo que jamás ha tenido o que ha fracasado, y que herede sus valores espirituales; muchas veces el amor del hombre hacia su madre es transferido a la hija, y adquiere una forma satisfactoria con la condición de que la sublimación se logre completamente. Es muy interesante que tal relación se logra muchas veces con la tercera hija, especialmente si es también la más pequeña. Diriase que la relación del parente con la hija esquiva sus peligros y se libra del temor al incesto con las dos hijas mayores. La tercera —la Cenicienta— parece ser particularmente adecuada para la elección amorosa del parente, debido a su impotencia y aparente falta de peligro. La necesidad de salvar a la hija pequeña de las agresiones de la madre y de las hermanas mayo-

res, desempeña seguramente un papel. No examinaremos en este lugar los motivos más profundos de tal relación<sup>1</sup>.

Con frecuencia, el peligro de esta relación con el parente surge de que en ocasiones accede a la alianza exigida por la hija, y más tarde rompe repentinamente este lazo. El parente se da cuenta muchas veces, advertido por la madre, de que como su hija se aproxima a la madurez sexual tendrá intereses más femeninos, y el parente rechaza tener una comunión "activa" con ella. Muchas veces su propia ansiedad le impulsa a repudiar esa relación.

Otra forma de la actividad de la muchacha consiste en unirse con los muchachos; esto ocurrirá con más frecuencia si tiene hermanos. Es notable observar la facilidad con que el impulso a la actividad de los muchachos se desplaza en una dirección masoquista. Los muchachos admiten a la muchacha en sus juegos, como un igual, si ella permite ser golpeada de tiempo en tiempo y se presta a realizar actos exhibicionistas y humillantes. Se escuchan desesperados gritos y quejas llorosas; pronto es consolado el sufrimiento masoquista, y nuevamente comienzan los mismos juegos. Éste es un simple ejemplo de doble satisfacción. Puede pensarse que la muchacha pequeña acepta el sufrimiento para satisfacer su necesidad natural de actividad. Pero no es éste el caso: realmente ya se trata de una mujercita, en la cual los componentes activo y masoquista actúan paralelamente uno al lado del otro. Más tarde su yo no aceptará fácilmente este doble juego, y surgirán conflictos cuya solución constituirá una de las tareas más difíciles.

Hemos intentado seguir los caminos de la actividad femenina en aquellos casos en que, al parecer, proporcionan posibilidades especiales para el desarrollo. Son manifiestamente favorables para los fines de la actividad, pero no siempre para la armonía de la personalidad como un todo. No queremos decir que, en condiciones menos favorables, la actividad de la muchacha esté condenada a la extinción; sus formas son diferentes de las del muchacho, y su impulso carece del elemento violento y combativo. En oposición al desarrollo del muchacho, la actividad de la niña, en el camino hacia el ajuste de la realidad rompiendo los lazos con la madre, encuentra una inhibición del desarrollo de su yo impuesta por el mundo exterior.

Parece que todas las formas de actividad infantil, cualquiera sea

<sup>1</sup> Freud ha sometido a una profunda investigación psicoanalítica el papel de la tercera hija en: *Motiv der Fräuleinwahl*. *Grundzüge Schichten*, vol. 10, p. 241.

su origen, se acompañan de tendencias agresivas, y que el destino de las últimas constituye un factor decisivo en las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres. El muchacho que se libera de su dependencia de la madre, es más que activo: lucha por su posición activa, y así encuentra una salida para sus agresiones. Cuando madura física y psicológicamente, sus fuerzas activas y agresivas se distribuyen de un modo que fortifican el yo, y son aceptadas por la sociedad.

Sin embargo, por lo que se refiere a la muchacha, el medio ejerce una influencia inhibidora para sus agresiones y para su actividad. El efecto de esta inhibición depende de la intensidad de las influencias del medio y del vigor del impulso activo de la muchacha. En este caso, las fuerzas del mundo externo e interno actúan en la misma dirección, es decir, el impulso hacia la actividad en la mujer es más débil y la inhibición externa más fuerte. Especialmente los componentes agresivos son los inhibidos; el medio social no sólo los rechaza, sino también ofrece al yo de la mujer una especie de premio o soborno por renunciar a ellos. Para simplificar nuestra exposición, hemos dividido el medio del niño en dos partes: por una parte el mundo de la madre, que ama e inhibe a su hijo, y que, comenzando en un punto definido de su desarrollo, le condensa a la pasividad; por otra, el mundo combativo alentador de la actividad del padre. El proceso del desarrollo tiene lugar dentro de la situación triangular que encontramos constantemente. Hemos visto que los niños de ambos sexos piden al padre, como representante de la realidad, que les ayude a libertarse de la madre. Este requisito algunas veces es concedido a la muchacha por lo que se refiere a la actividad, pero jamás por lo que se refiere a la agresión. ¿Ha visto alguien a un padre que retoze y pelee con su hija de algún modo, salvo cariñosamente? ¿Impulsa a la hija hacia las luchas de la rivalidad? El soborno ofrecido a la muchacha pequeña por el padre, como representante del medio, es amor y ternura. Por su bien, ella renuncia a ulteriores intensificaciones de su actividad, y particularmente a sus agresiones.

En resumen, la muchacha suspende sus agresiones en parte como un resultado de su propia debilidad, en parte debido a los tabúes del medio, y principalmente debido al premio del amor concedido como compensación. En este caso llegamos a un desarrollo que repetidamente tiene lugar en la mujer: la actividad se hace pasividad, y se renuncia a la agresión para ser amada. En esta renunciación, las fuerzas agresivas que no son activamente gastadas deben encontrar una salida, y así lo hacen, dotando al estado pasivo de ser amada con un

carácter masoquista. Desde el principio hemos intentado explicar la pasividad femenina basándonos en la diferencia anatómica entre los sexos. La misma explicación se aplica al masoquismo femenino. La ausencia de un órgano activo provoca el giro hacia la pasividad y el masoquismo. Es digno de notar que los procesos en el yo y los instintos, los factores constitucionales, anatómicos y del ambiente, parecen intervenir juntos para producir la femineidad.

Hemos observado que hasta las sublimaciones activas más brillantes de las mujeres no les permiten libertarse totalmente de los impulsos masoquistas. Hemos mencionado el tipo activo-masculino, en el que las fuertes tendencias masoquistas están reprimidas o eliminadas. Más claramente, parece que el tipo femenino de sublimación de los impulsos masoquistas es más fácil que las formas activas. El tipo de mujer femenina estudiado en el capítulo anterior justifica esta conclusión. La mujer femenina está evidentemente mucho mejor preparada para gobernar su masoquismo femenino que lo está el tipo activo.

Nuestras observaciones parecen corregir algunas de las hipótesis psicoanalíticas referentes al desarrollo de las muchachas<sup>1</sup>. Las primeras observaciones psicoanalíticas del desarrollo de las muchachas pequeñas se ocuparon principalmente de sus instintos sexuales. Se encontró que, al desprenderse de la madre, la muchacha pequeña —la mujer en miniatura—, tiene una actitud erótica-pasiva hacia su padre, una actitud que constituye el núcleo del complejo de Edipo femenino. Pero hemos pasado por alto el hecho de que, contrariamente a nuestros previos conceptos, el primer giro de la muchacha hacia el padre tiene un carácter activo, no pasivo, y su actitud pasiva es únicamente un desarrollo secundario. El giro activo se debe a un proceso de crecimiento y ajuste a la realidad. En la pubertad este proceso se repite, y continúa durante un tiempo en la identificación casi regular con el padre en la pubertad.

Este brote de actividad de la muchacha coincide de ordinario con una actitud por parte del padre que ejerce una influencia inhibidora sobre su impulso activo. En esta función, el padre es un representante del medio, que más tarde ejercerá otra vez esta influencia inhibidora sobre la actividad de la muchacha y la llevará nuevamente a su papel pasivo constitucionalmente predeterminado. Esta actitud del padre contiene otro elemento de decisiva importancia en el desarrollo femenino. El padre aparece, sin ser cons-

<sup>1</sup> Favrin, S.: *Op. cit.*, p. 174.

ciente de ello, como un seductor, con ayuda de los componentes instintivos agresivos de la muchacha se transforman en masoquistas. El componente masoquista en la relación con el padre aparece en los juegos activos con él, que más tarde asumen un carácter cada vez más erótico. Basta observar el júbilo temeroso de la muchacha pequeña cuando el padre realiza con ella juegos acrobáticos, que muchas veces son dolorosos, cuando la arroja al aire o la pasea a horcajadas sobre sus hombros. Cuando esta seducción por parte del padre falta, la muchacha encontrará dificultades en su desarrollo femenino.

Nuestra teoría de la relación de la muchacha con la madre requiere también modificación. La actitud especialmente llena de odio que observamos en nuestras enfermas, representa, de ordinario, una intensificación neurótica de la hostilidad. En un desarrollo más normal, la separación de la madre tiene lugar gradualmente, paso por paso. El proceso es un conflicto entre adhesión y desunión; el último adquiere nuevos componentes de odio en la realidad ahora intensificada por el amor del padre, pero en los casos favorables el proceso termina con una relación positiva, tierna y de perdón, con la madre, y tal relación es uno de los prerequisitos más importantes para la armonía psicológica en la ulterior femineidad. Antes de que ésta sea alcanzada, la relación de la muchacha con la madre pasa por diversas fases, cada una de las cuales implica sus peligros. Para comprender estos debemos modificar considerablemente los conceptos aceptados de la relación pre-edípica y post-edípica con la madre. Existe únicamente una relación con la madre desde el nacimiento hasta la muerte, aunque sufra varios cambios de acuerdo con el desarrollo infantil.

Paradójicamente, la relación de la muchacha con la madre es más persistente y muchas veces más intensa y peligrosa que la del muchacho. La inhibición que la muchacha encuentra cuando se dirige hacia la realidad, la lleva nuevamente hasta su madre durante un período caracterizado por exigencias de afecto exaltadas y más infantiles. Esta regresión es muchas veces responsable de neurosis femeninas y de graves perturbaciones en la formación del carácter. La renovada aspiración de marchar hacia adelante agresivamente se carga de elementos masoquistas; inclina peligrosamente a la muchacha a adquirir una actitud pasivo-masoquista respecto a su madre, y probablemente la predispone a la homosexualidad más que su propia masculinidad. (Véase capítulo IX.)

Es un hecho notable que los tipos de neurosis que encontramos actualmente con mayor frecuencia revelan justamente esta relación

pasivo-masoquista infantil con la madre más claramente que lo hacen los tipos más antiguos, cuyo principal contenido era la dependencia de los lazos con el padre y el complejo de masculinidad. En los casos que ahora recordamos, la relación con el padre tenía con frecuencia la forma de una doble acusación. En primer término, el reproche de que no había ayudado suficientemente a la muchacha en su esfuerzo activo para libertarse de su madre; segundo —y este reproche tiene un carácter más erótico—, el padre era acusado de no haber sabido impedir con su amor la vuelta de la muchacha hacia su madre.

Esta relación regresiva con la madre implica peligros muy superiores a los que lleva envueltos la actitud masoquista hacia el padre. Podemos ahora comprender por qué la homosexualidad femenina es muchas veces repelida con pánico. El cumplimiento del deseo erótico significa no sólo volver a una formación infantil de la existencia, sino también a una profunda unión con la madre, una unión que es de un carácter profundamente regresivo, y que contiene la amenaza de psicosis hasta la muerte.

La regresión hacia la madre, que hemos considerado como un proceso normal, aunque no sin peligros, proporciona a la muchacha una oportunidad para su reconciliación con ella, y simultáneamente la de libertarse de sus agresiones, así como de su dependencia masoquista. La primera pubertad, durante la cual se repite este conflicto entre agresión y dependencia, nos da la mejor oportunidad para observar su desenvolvimiento.

La actitud pasivo-masoquista hacia el padre —es decir, hacia los hombres y hacia la vida como un todo— puede verse con particular claridad en la pubertad. Pero los analistas de los niños nos hablan también de la crueldad de las agresiones infantiles y de la interpretación sadista-masoquista de los niños respecto al coito. Las reconstrucciones de las fantasías infantiles en los análisis de los adultos confirman estas observaciones. No sabemos hasta qué grado los acontecimientos reales, como el haber sorprendido a los padres durante la cohabitación o haber observado los actos sexuales de los animales, contribuyen a esas fantasías, y hasta qué punto se trata de fantasías profundamente enraizadas, quizás condicionadas filogenéticamente. El psicoanálisis puede, por el momento, determinar tan sólo su existencia, no su génesis. De la observación cuidadosa del desarrollo de las muchachas pequeñas se tiene la impresión de que los sueños y temores referentes a la penetración del cuerpo —de

ordinario a través de los genitales— parece independiente de la observación real del coito.

La vida fantástica de las muchachas en la pubertad revela un inconfundible contenido masoquista. Las fantasías de las muchachas referentes a la violación muchas veces permanecen inconscientes, pero delatan su contenido en los sueños, en ocasiones con síntomas y muchas veces se acompañan de acciones de masturbación. En los sueños la violación es simbólica, el terrible macho con el cuchillo en la mano, el asaltante que penetra por la ventana, y el ladrón que roba un objeto de particular valor, son las figuras más típicas y que se repiten con mayor frecuencia en los sueños de las muchachas jóvenes. Están relacionadas con temor no con placer, y difieren así de los sueños de la pubertad de los muchachos, cuyo claro contenido sexual se revela por su efecto, la emisión seminal nocturna.

Las fantasías de violación masoquista consciente son, sin embargo, indudablemente eróticas, dado que están relacionadas con la masturbación. Son de un carácter menos genital que los sueños simbólicos e implican humillaciones; en efecto, en raros casos los genitales mismos constituyen el blanco del acto de violencia. En otros casos son menos crueles, y el ataque, así como el vencimiento de la voluntad de la muchacha, constituyen el elemento erótico. Muchas veces la fantasía se divide en dos actos: el primero, el acto masoquista, produce la tensión sexual, y el segundo, el acto amoroso, proporciona todas las delicias de ser amada y deseada. Estas fantasías se desvanecen al cesar la masturbación, y dan lugar a pasiones eróticas desprendidas directamente de la sexualidad. La tendencia masoquista se revela ahora únicamente en el ansia dolorosa y en el deseo de sufrir por el amante (muchas veces desconocido). El predominio del elemento narcisista en las fantasías eróticas es por sí mismo un triunfo sobre el elemento masoquista. Muchas mujeres conservan estas fantasías masoquistas hasta una edad avanzada. Tales mujeres están muy lejos de una perversión manifiesta; por el contrario, con frecuencia son extraordinariamente sensibles a cualquier dolor psíquico o físico. En estas mujeres predomina especialmente el deseo narcisista de ser amada y deseada por lo que se refiere a sus experiencias conscientemente buscadas.

Sabemos —muchas veces incluso sin una investigación analítica profunda— que las fantasías de violación son variantes de las fantasías de seducción que nos son tan familiares en los relatos falsos de las mujeres histéricas. Tanto las fantasías de violación como las de seducción son deliberadamente comunicadas a otras personas

como si fueran ciertas, y tienen el típico carácter pseudológico que encontramos en los embustes más románticos y fantásticos de la pubertad. Es decir, obtienen su apariencia de verdad porque bajo ellas se encuentra una experiencia real, pero reprimida. Las fantasías de violación son las que con frecuencia tienen tal verosimilitud que hasta los jueces de mayor experiencia quedan convencidos de la culpa de hombres inocentes, acusados de violación por mujeres histéricas. Mi propia experiencia respecto a las declaraciones de las mujeres blancas contra los negros, a quienes acusan de violación (muchas veces son sometidos a terribles penas como consecuencia de esas acusaciones), me ha convencido de que muchas historias fantásticas son inspiradas por los anhelos masoquistas de esas mujeres<sup>1</sup>. Freud<sup>2</sup> llama la atención sobre el hecho de que las histéricas muchas veces hablan de haber sido seducidas por sus padres, y que la misma fantasía de seducción envuelve algunas veces a las madres. Dicho autor piensa que la seducción por la madre —en oposición a la del padre— “tiene una base real, pues la madre, que tiene a sus cuidados el cuerpo de la niña, puede realmente haber dado lugar a sensaciones de placer en los genitales”.

Mis propias observaciones me hacen pensar que las fantasías relacionadas con el padre están basadas también en una seducción real. El carácter más cruel de estas fantasías se debe al hecho de que esta seducción tiene lugar en el momento del giro masoquista, cuando la actividad de la muchacha es inhibida por su cariño al padre. Ya hemos mencionado los juegos con el padre, que rebosan de un placer lleno de temores directamente experimentados, muy cercano al masoquismo.

Otra fantasía de violación muy frecuente es una especie de orgía masoquista dentro de una situación triangular. En esta fantasía característica, una figura femenina obliga a la muchacha a someterse a actos sexuales realizados por hombres a quien esa figura femenina incita. La figura femenina ata a la muchacha, la amordaza y prepara objetos calentándolos al rojo, para que sean aplicados por los hombres a los genitales de la muchacha. Algunas veces la figura femenina retiene cierto número de hombres para que uno después de otro abusen sexualmente de la muchacha. La compulsión por una mujer, desempeña papel principal en estas prácticas. Los elementos

<sup>1</sup> DOLLARD, J.: *Cast and crew in a Southern town*. Publicado por el Institute of Human Relations, Yale University Press, 1937.

<sup>2</sup> FREUD, S.: *The Psychology of women*. New Introductory lectures on psychoanalysis, p. 164.

superficiales de estas fantasías se comprenden fácilmente: el dolor disminuye el sentimiento de culpa producido por el placer, la violación libera a la muchacha de responsabilidad, la compulsión ejercida por la mujer, que representa a la madre, es un contrapeso a las prohibiciones de la última. Seguramente, toda función masoquista contiene un componente de masoquismo moral que sirve para satisfacer sentimientos de culpa. Pero la fuerza motivadora principal de todos esos métodos de obtener placer masoquista deriva de las necesidades eróticas de los componentes instintivos que han sido reprimidos, y que así se afirman, en esta forma manifiesta, en la vida fantástica. No hay duda de que tan sólo por la justificación del dolor y por la negación de la identidad del objeto pueden aparecer ante la conciencia estas fantasías.

Todo lo que tiene lugar en la pubertad es muy importante para nosotros, pues durante esta fase se establece la segunda piedra fundamental de la futura personalidad (la primera fue colocada en la infancia). De todos modos, los mismos motivos instintivos que actúan en la infancia vuelven a intervenir. Este periodo de la vida no puede escapar a la reaparición de los fantasmas, y por esa razón nos proporciona importantes conocimientos acerca de los primeros acontecimientos. Entre estos fantasmas se hallan las despertadas tendencias masoquistas que ahora, como veremos, ya no son advertencias inconscientes y oscuras, sino fantasías claramente definidas en íntimo contacto con la realidad. La tarea de la pubertad es llevar estas fantasías por caminos normales.

Las fantasías de violación y de seducción con su primitivo contenido sexual directamente relacionado con el cuerpo, son menos peligrosas que otras fantasías masoquistas, en su mayor parte inconscientes, que no actúan directamente hacia una evidente meta sexual. Si las fantasías de violación fueran directamente satisfechas, conducirían a la perversión, pero esto es extraordinariamente raro; se sabe que la perversión masoquista se encuentra menos frecuentemente en las mujeres que en los hombres. Cuando existe, su contenido es completamente diferente del de las fantasías de violación: su esencia es el deseo de ser maltratadas. Las mujeres con tales perversiones que he tenido la oportunidad de examinar mantienen que no sienten sensaciones placenteras cuando son maltratadas, y que si aceptan este trato, es en parte debido a razones profesionales económicas (si son prostitutas), y en parte para ofrecer el "sacrificio amoroso" a los amantes sadistas. Es interesante observar que el deseo masoquista se satisface aquí dando un rodeo, es decir, con la elección de un amante

sadista al que se toleran sus perversiones, mientras se rechaza la satisfacción directa. Un grupo algo más peligroso de fantasías sexuales son las fantasías de prostitución, especialmente en las grandes ciudades, basadas en observaciones excitantes hechas ocasionalmente en la vida callejera durante la noche. Los peligros de su conocimiento son particularmente grandes para las muchachas de aquellas capas sociales en que los motivos económicos, por ejemplo la pobreza, pueden servir como una racionalización, e incitan a la acción. Hemos tocado este punto al exponer el caso de Evelyn. Estudiaremos estas fantasías en relación con el masoquismo femenino, pues tal masoquismo suele servir como el tema principal de las fantasías de prostitución.

Dos factores son particularmente responsables de la formación de estas fantasías en la pubertad. El primero viene en las oscuras conmociones de la excitación sexual, y tiene más bien un carácter indefinido, no localizado genitalmente; el segundo se encuentra en la intensificación simultánea de las exigencias idealistas-narcisistas sobre el yo, que hemos descrito como características de la pubertad.

Como consecuencia de la tensión entre estas dos fuerzas que actúan en direcciones opuestas, surgen estados de ansiedad y fantasías de prostitución. Su existencia nos es conocida en varias formas. Algunas veces se abren camino en la conciencia y son confidencialmente comunicadas a otras personas; en otros casos son llevadas a la práctica, y su rareza y monotonía revelan los contenidos internos. Pero el mejor método de conocerlas es el psicoanálisis. Una vez que han sido reconocidas, pueden ser fácilmente desenmascaradas en manifestaciones menos directas. Existen varios tipos de fantasías de prostitución, especialmente en la pubertad. En uno de esos tipos encontramos un yo ideal extraordinariamente ascético y narcisista, mientras la sexualidad se concibe como algo extraordinariamente bajo y pecaminoso. El acto sexual se relaciona con la idea del sometimiento de la mujer al hombre — una idea cuyas raíces son tan profundas que resultan inaccesibles a cualquier corrección intelectual.

En este caso el yo ideal repudia toda libertad sexual, hasta la libertad de imaginarla. La percepción interna del instinto sexual es condenada por un áspero "eres una prostituta", y toda conmoción adquiere la forma de una admisión humillante masoquista, "soy una prostituta". Las fantasías de ese tipo tienen un carácter particularmente humillante. El simple hecho de que un hombre se acerque es considerado como un ataque sexual humillante, que se acompaña de la autoacusación "yo le he provocado" — una confesión de la vida fantástica inconsciente o consciente. Cuando esta actitud se establece,

o bien el yo ideal vence (lo que conduce a una forma ascética de la vida) o vence la fantasía de prostitución, que puede adquirir varias formas. Puede tener lugar en un matrimonio respetable, en el que la aproximación sexual del marido es experimentada como una degradación y humillación, o puede dar lugar al desempeño obsesivo de la prostitución acompañado por los más graves conflictos de sentimientos de culpa. Una mujer que observé manifestaba este desdoblamiento directamente llevando una vida estrictamente respetable interrumpida por lapsos durante los cuales necesitaba vagar por las calles, ofreciéndose a los transeúntes por una cantidad insignificante de dinero.

Otro tipo de fantasía engloba más o menos conscientemente a la madre. Según esta fantasía, la vida sexual de la madre no es para su propio placer, pues se trata de una mujer respetable, sino tan sólo en beneficio del padre. La muchacha engloba en su fantasía recuerdos de acontecimientos que han sugerido en ella, exacta o erróneamente, la idea de que los requerimientos eróticos del padre eran dolorosos y humillantes para su madre. Puede ser que la madre, como una reacción a un nuevo y no deseado embarazo, haya dicho sinceramente, o para excusarse ante sus hijas, alguna cosa que haya producido esa impresión, dejando su marca sobre la mente infantil de la muchacha. La muchacha resuelve, al menos en sus fantasías, no sufrir el destino de su madre. Desea gozar su sexualidad, no ser una mujer respetable como la madre, sino vivir libremente, ser una "prostituta". Aunque esta resolución se toma como una oposición a la forma de vivir de la madre, la identidad con ésta se afirma en el hecho de que la fantasía de prostitución contiene igualmente el elemento masoquista de sometimiento a la voluntad del hombre.

Otro tipo de fantasía parece ser el opuesto al precedente. En aquél, la madre respetable, desde el momento en que ha tenido niños, es decir, una vida sexual, es reducida a la condición de una prostituta, y la conciencia de la muchacha rechaza enérgicamente la identidad con ella. La desvalorización de la madre puede alcanzar el grado de un intenso odio; las fantasías de prostitución se movilizan contra ella, y frecuentemente se ponen en práctica. Sobre todo cuando la madre despreciada comienza a limitar la libertad de movimientos de la muchacha y a sentir temores acerca de su moralidad, la joven realiza actos que al principio son dirigidos únicamente contra aquélla, pero que en ciertas circunstancias se hacen muy peligrosos para la propia muchacha. El elemento masoquista en este caso es que las aventuras de la muchacha suelen ser muy poco satisfactorias

y la colocan en conflictos poco agradables con el mundo exterior. Muchas jóvenes trotacalles comienzan sus carreras después de una violenta lucha con sus madres. La identificación con la madre se afirma en estos casos inconscientemente.

Semejante a esta conducta es la de la muchacha que, exacta o erróneamente, se imagina que su madre era o es una prostituta. La muchacha construye su propia vida de una forma compulsiva, siguiendo el modelo de su madre. Se observa con frecuencia en muchachas que han sido adoptadas o educadas en hogares extraños. La ausencia de la madre real o la falta de conocimientos acerca de ella, alientan esta fantasía y conducen a la identificación con la madre desconocida imaginada.

Es digno de observar que una madre verdaderamente despreciable probablemente inducirá menos a la formación de fantasías de prostitución y a su realización que una versión imaginaria, completamente falta de realidad, de una madre despreciable. En el primer caso la hija puede conscientemente gobernar su vida negándose a parecerse a la madre, mientras en el último es un juguete de los motivos inconscientes que no pueden ser influidos por la voluntad.

Otros tipos de fantasías de prostitución están directamente relacionados con el padre. Por ejemplo, una hija que ha tenido una relación particularmente bien sublimada con su padre y ve esta relación interrumpida al llegar a la madurez sexual —el padre muchas veces es el responsable de tal ruptura—, se venga de un modo masoquista, y le es repetidamente infiel con otros hombres. El elemento masoquista está muchas veces oculto detrás de acciones agresivas. La muchacha se siente desvalorizada, pues ha sido rechazada por su padre, y ella continúa la desvalorización al reducirse al papel de un objeto sexual para cualquiera. La anterior participación, con su madre, en el amor del padre, en la que ella tomó la parte "mejor", la espiritual, dejando la parte sexual a su madre, se derrumba ahora, y el impulso sexual reprimido de la muchacha aparece en primer plano y es transferido a otros hombres. En muchos de estos casos la relación con el padre es muy cariñosa, particularmente cuando la muchacha es la más joven o una de las más jóvenes de varias hermanas. Al crecer pierde su posición privilegiada con respecto a su padre, y es tratada igual que sus otras hermanas. Se venga de esta infidelidad con infidelidad —"todos los hombres en lugar de un hombre". Desciende al papel sexual que ella primeramente atribuía a su madre. Este repudio del padre en la pubertad es un motivo frecuente, no sólo de las fantasías, sino también de acciones de ven-

ganza, cuyo contenido masoquista revela la relación primeramente reprimida con el padre.

La personalidad real del padre desempeña un papel particularmente importante en la pubertad. Paradójicamente, la promiscuidad sexual puede expresar la busca de un padre más estimable después de que el padre real ha sido desvalorizado. Es casi increíble la frecuencia con que una muchacha joven e inteligente, que antes poseía una mentalidad fuerte, se entrega al primer hombre que encuentra para volver a experimentar el repudio, y una y otra vez confía ingenuamente en amantes que apenas conoce, diciéndose a sí misma: "es un hombre admirable". Una muchacha que quedó preñada después de un encuentro casual, esperaba confiadamente que su amigo de un día volviera a ella al saber que se encontraba en dificultades. Al fin y al cabo su padre había acudido siempre que necesitaba su ayuda.

Los padres que son brutales para sus mujeres, o que beben excesivamente y colocan a sus hijos en un estado de constante angustia, probablemente fomentarán el triunfo de las tendencias ascéticas en sus hijas más que los padres que son pasivos y débiles para sus mujeres. Sólo si el padre brutal, como ocurre con frecuencia, oscila entre la brutalidad y la ternura respecto a sus hijas, fortificará sus lazos masoquistas, que ellas más tarde continuarán muchas veces con una promiscuidad sexual. El padre pasivo, que es incapaz de proteger a su hija en sus conflictos frecuentes con su madre durante la pubertad, provoca muchas veces más tendencias de venganza que el padre brutal. Es notable que muchas prostitutas callejeras han tenido esos padres pasivos.

Entre los múltiples determinantes de las fantasías de prostitución hemos enumerado tan sólo los más típicos. Aunque el medio cultural, el terreno psicológico, permanezca constante, las formas y métodos de realización de esas fantasías varían notablemente. Las hijas educadas severamente actúan de distinto modo que las muchachas proletarias. Encontramos las últimas en las organizaciones sociales, las primeras en la práctica privada y en los sanatorios; las últimas racionalizan su acción explicando que jamás fueron educadas de un modo adecuado, o aduciendo las dificultades económicas como la causa de sus perturbaciones; las primeras padecen una "neurosis".

Las fantasías de prostitución brevemente esquematizadas aquí pueden ser ricamente elaboradas, y entonces cada detalle corresponde a un contenido inconsciente. El secuestro, la permanencia forzosa en un burdel sin posibilidad de contacto con el mundo exterior, el

abuso sexual por diversos hombres de todos los tipos, la venta como mercancía en el mercado de esclavas blancas, los viajes por países extraños, la figura de una mujer perversa que de ordinario desempeña un papel importante presidiendo el mercado de las esclavas, y en fin, el "salvador", cuyo amor salva a la mujer caída —todo esto son condensaciones de cosas oídas o leídas combinadas con la vida psicológica de la muchacha y con sus ideas fantásticas acerca del sexo.

Quienes han investigado la vida de las prostitutas profesionales han quedado muchas veces sorprendidos al descubrir que su existencia es en gran parte reminiscencia de esas fantasías. Los embustes que las prostitutas cuentan a los hombres ingenuos coinciden literalmente con los contenidos de las fantasías de la pubertad. Al principio se encuentra, de ordinario, el hombre maravilloso que sedujo y abandonó a la muchacha o, en una versión más trágica, que ha perdido su vida. Es responsable de toda su miseria. Encontramos luego a la mujer perversa que ha hecho de ella una esclava, y no falta la envidia de las prostitutas viejas que hacen su vida miserable, etc. A los "parroquianos" más ingenuos les refieren historias de secuestros, de comercio de esclavas blancas, de prisiones crueles, etc. Estas "mentiras de prostituta" son, en efecto, ilusiones ordinarias forjadas conjuntamente por el parroquiano y la prostituta. Las prostitutas intuitivas o de gran experiencia saben cómo adaptar el contenido de sus mentiras a la psicología del parroquiano. El muchacho masoquista se identifica fácilmente con la muchacha "perseguida" y arde en ira contra la "bestia" culpable. Intenta salvarla y queda extraordinariamente desilusionado cuando la víctima no acepta su ofrecimiento. El sadista experimenta de un modo vicariante las atrocidades de las historias que le han sido referidas, y en su fantasía toma el papel del seductor; así puede permanecer libre de los sentimientos de culpa y de la responsabilidad de la perversión.

En este lugar nos interesa el problema de la prostitución desde el punto de vista psicológico. Seguramente, entre las prostitutas profesionales existen muchachas que son espiritual y moralmente débiles, que se han dedicado a esa profesión como la única solución de su problema social; les proporciona una oportunidad para ganar el sustento, y no atribuyen significación emocional a su "comercio". El hecho de que la sociedad lo condene no les molesta; de todos modos —y esto muchas veces no es tenido en consideración— el mundo de la prostitución es una comunidad con su propio código y sus miembros deben observar más o menos estrictamente ese código. Las exigencias morales de la sociedad no las inhiben, y la única

manera de influir sobre ellas es el castigo. Para muchas prostitutas este modo de vivir es simplemente una continuación del desarrollo moral que las condujo o las forzó en esa dirección desde el comienzo de su vida.

Hasta las leyes morales más simples carecen absolutamente de influencia sobre esas mujeres, pues estas sanciones son expresión de valores a los que ellas son ajenas. A sus ojos las leyes morales ocultan errores insostenibles, y están llenas de las exigencias más contradictorias. A la indignación moral, a cualquier intento para procurar que cambien su modo de vivir, reaccionan con cinismo. ¿Por qué aceptar esos propósitos moralistas si las normas sociales tangibles están representadas para ellas tan sólo por la policía y las autoridades a quienes odian y con quienes están en continua lucha? La promesa de felicidad dentro de un orden familiar no les tienta, pues, de acuerdo a sus ideas, la vida de familia es tan sólo una fuente de infelicidad o desilusión, o un terrible aburrimiento.

Su infantilismo psíquico hace de su mundo un mundo de niños, donde las instituciones sociales están personificadas por sus representantes, y sus sentimientos se dirigen contra esos representantes. Muchos autores que se han ocupado del problema creen que las prostitutas han "nacido" prostitutas, y para demostrarlo arguyen que siempre que una ramera es alejada de su medio y colocada en uno nuevo más favorable, vuelven a su anterior modo de vivir por su propio deseo e impulso. Concedemos que en estos casos existe un poderoso instinto que es más fuerte que cualquier otra cosa. Los motivos que aquí actúan son, como se comprende, psicológicos, pero son adquiridos, no innatos.

La siguiente historia de una prostituta constituye un buen ejemplo de racionalización social de una conducta determinada psicológicamente. Esta prostituta —llámemosla Ana— era una de las enfermas indeseables de la clínica psiquiátrica, a la que era enviada de tiempo en tiempo para ser tratada por ataques de furor. Estaba matriculada (como es costumbre en Europa), y se resistía casi siempre a los exámenes a que tales mujeres están obligadas, por existir regularmente una inspección policial. Sospechando que tuviera alguna enfermedad venérea fue sometida al examen médico. Pertenecía al tipo de "prostituta escandalosa", y en consecuencia fue sometida a la observación psiquiátrica. En su última hospitalización los médicos la temían, pues les odiaba con furor, pedía agresivamente el alta, luchaba con todos, y su conducta era tan desvergonzada que tuvo que ser aislada de las restantes pacientes. Sin embargo, era mucho más acce-

sible cuando se trataba de las enfermeras o de médicos del sexo femenino. Después de cierto tiempo conseguí lograr su confianza, y durante un periodo de tres años tuve entrevistas regulares con ella.

Era notable que su profesión no hubiera dejado huellas en el aspecto de Ana. Se trataba de una muchacha rubia con ojos inocentes azules, y una piel blanca transparente, a través de la cual podían verse, en algunos lugares, las venas azules, que daban a su rostro un encanto peculiar. La historia de su vida era muy típica. Procedía de una familia proletaria; su padre bebía, su madre estaba enferma, atormentada, prematuramente envejecida por el trabajo y las penas. Abandonada a sí misma, Ana fue alentada por los jóvenes de su vecindad para que ganase su sustento. Aunque más tarde se comportó en el hospital como una psicópata, no mostraba ningún síntoma psicopático. No parecía más patológica que el tipo medio de las muchachas. Se dedicó a la prostitución por motivos económicos, y rápidamente se adaptó a su profesión que constituyó todo su mundo. No tenía opinión moral sobre la cuestión de la prostitución, y su desprecio por el mundo exterior era sincero. Para ella el orden social estaba representado por hombres que ocupaban altas e importantes posiciones, y entre ellos nombraba a los médicos del hospital. Al ser preguntada por qué odiaba y despreciaba a esos hombres, respondía: "¿Por qué no? ¿No sabemos mejor que cualquier otra persona que estos hombres fácilmente se despojan de sus máscaras de gentileza, gobierno de sí mismos e importancia, y se comportan como bestias?... Estos hombres llegan a nosotras esperando obtenernos por unas monedas. Si encuentran la más leve resistencia illoquian y pordiosean, o estallan en un ataque de furor."

Es, pues, un mundo de hombres que simulan ternura y amor, y sólo se comportan como bestias. Y siempre que este mundo necesita imponer su autoridad sobre ella, Ana replica descargando toda su furia y desilusión. Siempre ha asociado a estos hombres con una situación en la que descendían al estado de animales. Ana fue prostituta por motivos económicos, pero ha practicado su profesión de acuerdo a su propio plan psicológicamente compulsivo. En otro tiempo quiso a su padre y respetó su autoridad paternal. Después de que fue testigo de escenas brutales, en las que el padre hacía proposiciones sexuales a su madre, comenzó a despreciar y a odiar a este hombre respetable; más tarde descargó su furia contra él —una furia que era impotente mientras todavía era niña— o contra otros hombres "respetables". Ya no creía en su respetabilidad, aun cuando se comportaran en la forma más correcta. Ana tuvo muchas oportu-

nidades de casarse, pero rechazó todas las proposiciones desalentadas por la vida familiar que había conocido en su infancia. En realidad continuaba en su profesión el papel masoquista de su madre, aunque ella no lo sospechaba.

Ana llevaba una doble vida, y mantenía que muchas prostitutas viven vidas semejantes en ciertos aspectos. Le gustaban los libros y la música, y se sentía atraída por una moralidad simplista, que aceptaba sin discutir, pero tal moralidad no existía para ella. Era agresiva tan sólo para los hombres "importantes"; para los hombres jóvenes, pobres y sin experiencia era cariñosa y dulce. Confidaba ciegamente en la enfermera jefe de nuestro departamento y también en mí durante algunos años, pero jamás fuimos capaces de ejercer la más leve influencia sobre su conducta. Jamás nos contó historias falsas, salvo una que narró a la enfermera y otra a mí. A la primera le habló de un niño que decía haber tenido, y preguntó a la enfermera si lo adoptaría si ella muriera. Le dio la dirección exacta donde podía encontrarlo y otros datos referentes a él. A mí me habló de un pequeño estuche con joyas que decía haber depositado en una caja de caudales; me comisionó para que pudiera retirarlo después de su muerte y empleara las joyas en obras de caridad. Ninguna de nosotras sabía el secreto particular que había confiado a la otra, pues Ana nos había pedido no revelarlo. Después de que Ana murió de tuberculosis se vio que estas historias eran pseudológicas. Muy característico era el hecho de que en tales mentiras el niño y las joyas procedían del hombre con quien tuvo la primera relación sexual como prostituta profesional. Según ella, este hombre la amaba y quería casarse, pero tenía una mujer y varios hijos.

Aunque el problema de la prostitución es un caso complejo y especial, y debe ser estudiado por los especialistas, expondremos algunos otros rasgos del fenómeno, pues tienen gran interés psicológico.

Uno de ellos es la relación entre la prostituta y su rufián. Si la conexión entre la prostitución (como fantasía y profesión) y las tendencias masoquistas es una construcción psicológica, esta relación demuestra que el masoquismo desempeña un gran papel en la vida de la prostituta. Generalmente no hay muchachas dedicadas a esa profesión que no tengan un "protector". Se han hecho ensayos para interpretar esta verdadera institución como una consecuencia de las condiciones sociales de la prostituta. La ramera es explotada inicuamente por la "madame". El "protector" (el rufián) la defiende contra los ataques que proceden del mundo exterior como un padre

o un hermano mayor. Pero él mismo la explota del modo más brutal, aumenta su trabajo para aumentar sus ingresos, se apodera de su dinero y la golpea y maltrata, mientras le ofrece los placeres del amor. La prostituta, frígida por profesión, experimenta los éxtasis amorosos más profundos después de una orgía masoquista con su brutal amante. Ella le cuida con la mayor ternura, como si fuera la madre, cuando está enfermo o en peligro; en suma, experimenta con él toda la felicidad del amor femenino. La única aberración en este caso es que tal felicidad tiene lugar en condiciones masoquistas.

Esta relación tiene rasgos que nos son familiares a todos. El hombre que protege a la muchacha de la mujer perversa, ¿no es él mismo que en la fantasía de las muchachas púberes les salva de las garras de la mala mujer, el caballero de la fábula que les libra del encantamiento de la bruja? Recordemos el reproche inconsciente de las muchachas jóvenes contra su padre por no haberlas salvado del poder de su madre. Sabemos que muchas veces este papel es atribuido también al hermano mayor, y que con frecuencia éste defiende realmente a su hermana pequeña cuando su madre quiere castigarla. ¿Y no es el orgullo de la muchacha ante sus amigas por la fuerza de su hermano mayor completamente semejante al orgullo que siente la prostituta por su musculoso, frívolo y "generoso" salvador? Por otra parte, ¿qué hermano mayor no ha sometido a su hermana menor a alguna agresión extraordinariamente humillante? ¿No han pasado todas las mujeres por una fase durante la cual han provocado inconscientemente estos malos tratos?

Otra figura presente en la vida afectiva de la prostituta es la "mujer perversa", a quien la muchacha está muchas veces unida por el más intenso odio y al mismo tiempo por indisolubles lazos de cariño. Los observadores que se han ocupado del problema de la prostitución muchas veces encuentran difícil comprender por qué esas muchachas son incapaces de libertarse de las garras de esas mujeres, hasta cuando se les da una oportunidad para ello. Lo que hace imposible esta liberación es el profundo lazo amoroso masoquista que existe entre la prostituta y su "madame". ¿Quién podría reconocer en estas escorias femeninas de la sociedad humana una variante de esa figura femenina ideal por quien la muchacha púber siente un salvaje amor, un amor extrañamente mezclado con dolor y placer, y por la cual desea sufrir y suspirar?

La obra *The spirit of youth and the city streets*<sup>1</sup>, de Jane

<sup>1</sup> ADDAMS, J.: *The spirit of youth and the city streets*. New York: Macmillan, 1930, pp. 37-43.

Addams, cuyos trabajos en favor del bienestar social son bien conocidos, contiene historias de mujeres que son ejemplos trágicos de ligadura amorosa masoquista. Su heroísmo está alimentado por la autodestrucción masoquista, su sacrificio amoroso deriva de instintos compulsivos, y sólo puede ser comprendido por la experiencia psicológica. Una historia se refiere a Molly, una muchacha casada con un delincuente habitual llamado Joe. Éste fue condenado a prisión por dos años. Molly le fue fiel durante un año, y luego decidió pedir el divorcio que obtuvo sin dificultad. Se casó con un hombre respetable y rico, se trasladó a una vivienda cómoda, y tuvo un hijo para el cual fue una buena madre. Todos sus sueños parecían haberse realizado. Un día, mientras paseaba con su hijo, supo que Joe había vuelto a su antigua vivienda y que estaba "muy dolorido" porque ella le había abandonado. Sin un momento de duda fue a buscárselo, y comenzó con él una vida de miseria y de humillación. Vivió en los más horribles ambientes, se trasladó de una casa a otra, y se vio condenada al ostracismo social. Joe no quiso volver a casarse, pero tuvo con ella algunos hijos ilegítimos. La muchacha afirmaba llena de felicidad: "Soy dichosa puesto que Joe está fuera de la jaula." Jamás expresó la más leve queja.

Otra muchacha encantadora llegó temblando a Hull House, con su rostro hinchado y sangriento por los golpes que había recibido. "Abusa de mí cuando bebe." Ésta era la única explicación que podía obtenerse de ella, y la consideraba como una excusa.

No estaba casada, no tenía hijos, y su hombre le pegaba tan violentamente que por dos veces estuvo en trance de muerte. Se le prometió ayudarla y retenerla durante algún tiempo en Hull House. Tan pronto como se restablecía insistía en ser dada de alta, diciendo que tenía que limpiar la habitación para Pierre, quien siempre estaba muy débil cuando volvía de sus borracheras. Nadie pudo disuadirla de que abandonara a su compañero. Estaba esclavizada por su masoquismo, la más fuerte de todas las formas del amor.

Muchos de los problemas psicológicos de que tienen que ocuparse las organizaciones sociales dedicadas a tales cuestiones están basados en estos lazos masoquistas. La mayor dificultad de estos problemas es que suelen ser mucho más inconscientes y mejor racionalizados que los casos trágicos citados por Jane Addams. Estas mujeres se ponen en relación con las organizaciones sociales tan sólo debido a graves complicaciones económicas. Su dependencia psíquica se oculta tras de la económica; todos los intentos para ayudarlas fracasan, pues aunque sean liberadas de su dependencia

externa, encuentran hábilmente la forma racionalizada de volver a caer bajo el poder del hombre brutal, débil o indescrable. Especialmente cuando interviene la infidelidad del hombre y la existencia de una querida, todos los esfuerzos de la obra social son vanos. Por una razón o por otra, hasta después de que la situación ha sido financieramente arreglada, hasta después de que el deseo al parecer sincero de la atormentada mujer para encontrar paz ha sido satisfecho, vuelven a aparecer una y otra vez las antiguas dificultades. El masoquismo femenino mal dirigido es un grave problema psicológico y muchas veces sociológico.

En tanto que consideramos los procesos aquí descritos como intensificaciones de estados psicológicos femeninos "normales", aceptamos que las mujeres están expuestas a graves peligros en su desarrollo. En este punto, sin embargo, debemos hacer algunas anticipaciones. Hemos examinado estos procesos como si fuera a través de una lente de aumento, y determinado sus propiedades típicas, que son inherentes a la disposición de la mujer, pero no hemos expuesto aún los métodos en virtud de los cuales el yo puede dominar los peligros que le amenazan.

El lector debe haberse dado cuenta ya de que la disposición masoquista en los casos aquí citados se acompaña de cierto número de procesos psicológicos, cuya existencia dota a esa disposición con su vitalidad y eficacia. Se activan recuerdos, se asimilan reminiscencias, se invocan diversas justificaciones inconscientes, se aducen numerosas impresiones individuales, y, sobre todo, se producen identificaciones como un motivo importante para la formación de fantasías y para las acciones reales. Todos estos elementos son unidos por fuerzas agresivas que están completamente fuera del "giro masoquista", mientras su participación muchas veces llega a ser el factor que elimina las dificultades.

Estos nuevos elementos son responsables de un "desbordamiento" de las tendencias masoquistas. Este desbordamiento puede tener lugar en diferentes condiciones. Las influencias directas del medio pueden contribuir a él, o pueden intervenir las experiencias que intensifican las tendencias agresivas; éstas pueden entonces dirigirse contra el propio yo del individuo. Hemos visto también el importante papel desempeñado por la identificación, y sabemos que este proceso es particularmente importante en la pubertad. Pero lo que más contribuye al desbordamiento del masoquismo femenino y le da su carácter autodestructivo es el masoquismo moral, es decir, la sensación de culpa y sus efectos. Se manifiesta aquí una diferencia

fundamental entre el hombre y la mujer. Cuando encontramos en un hombre una orientación femenina pasivo-masoquista siempre descubrimos fácilmente que surge de la presión de los sentimientos de culpa, y que su "masoquismo moral" adquiere carácter erótico femenino tan sólo secundariamente. Lo inverso ocurre en la mujer: en ella el masoquismo femenino es primario y el masoquismo moral secundario. El último navega entonces bajo la falsa bandera del erotismo y aparece como tal, pero se delata su carácter destructivo. Un clásico ejemplo es el de Molly, citado por Jane Addams, en el que sólo nos es permitido ver el poder del amor, y únicamente podemos conjeturar los efectos de una cruel sensación de culpa.

En los casos más moderados es aún más difícil trazar una línea neta. Los especialistas han intentado descubrir los motivos psicológicos secundarios que destrozan la vida de estas mujeres, pero no siempre es posible dominar estos motivos. La sujeción masoquista-erótica de las mujeres muestra extraordinarias variaciones en su intensidad, y en tanto que produce más satisfacción que dolor es difícil influir sobre ella. No nos ocuparemos en este lugar del problema de dominar el masoquismo femenino complicado con otros elementos (especialmente el masoquismo inoral) pues esto pertenece a la teoría de las neurosis.

Formulemos ahora claramente las preguntas que aún están sin respuesta. Hemos aceptado la presencia de un proceso inhibidor en el desarrollo de la mujer, y deseamos descubrir cómo ella puede emplear las energías psíquicas pasivo-masoquistas que moran en su yo, evitando al mismo tiempo los peligros para su personalidad.

Al ocuparnos de la pubertad hemos examinado en primer término los procesos que tienen lugar fuera de la esfera del desarrollo de los instintos. El yo humano está dotado de un amplio amor por sí mismo, que en condiciones relativamente normales basta para impedir la acción autodestructiva. Hemos visto que la pubertad es el periodo en que el amor a sí mismo narcisista está en su apogeo; también hemos asignado la intensificación y movilización del masoquismo femenino al mismo periodo. Parece que en el desarrollo normal, es decir, si los procesos no son excesivamente intensos, podemos contar con la capacidad del yo amante de sí mismo para escapar de todos los peligros existentes.

«Por qué medios logra el yo esto? El camino más simple y más directo es el método usado por las muchachas jóvenes normales. Subliman el instinto erótico llevando indirectamente el componente masoquista bajo el gobierno narcisista, y satisfaciéndolo sin peligro.

Se oponen a las fantasías de violación y masturbación con todas las armas contra la masturbación de que ellas disponen. Creo que la masturbación normal es automáticamente suspendida en la infancia y en la pubertad si el yo, absorbido en otros intereses externos, renuncia a la satisfacción del instinto. El yo se comporta como un educador que desvía al niño de los procedimientos de la masturbación con otras actividades más que por la amenaza de castigos. Esta desviación no siempre se logra —y entonces surgen todas las luchas contra la masturbación que, según hemos visto, son las principales responsables de las dificultades de la pubertad, y que dan lugar a conflictos neuróticos. No discutiremos en este lugar tales conflictos; tan sólo recordaremos los sueños angustiosos, los estados de ansia y otros varios síntomas temporales que nos recuerdan estas luchas hasta en condiciones normales.

La sublimación de la sexualidad en erotismo es un proceso que sobrepasa la adolescencia y es un componente permanente de la vida psicológica femenina. Hemos descrito uno de los típicos resultados de este proceso como una forma definida de una sublimación en la cual la distribución de las fuerzas entre el yo narcisistas y el masoquismo femenino conduce a la completa armonía. Hemos llamado a este proceso "intensificación de la vida interna" y "actividad dirigida hacia adentro". El requisito de este desarrollo armónico es que ningún componente psicológico que contribuya a él se halle en exceso, y particularmente que los sentimientos de culpa, el masoquismo moral, no ejerzan una influencia perturbadora. Parece que esta armonía depende en alto grado de la superación de un exceso de agresiones; sobre todo el odio y el temor de la muchacha hacia su madre deben ser reemplazados por un sentimiento de amor y de ternura.

Lo que las mujeres pertenecientes a nuestro tipo erótico obtienen mediante el amor, otras mujeres lo logran por caminos más tortuosos, más sociales. La facilidad para servir una causa o a un ser humano con amor y abnegación puede ser un reflejo del masoquismo femenino. En este caso, lo mismo que cuando toma un giro sexual directo, puede sobrepassar los límites normales: entonces la mujer se expone gustosamente a privaciones, sufrimientos y hasta a los peligros de morir. En su desprecio para los peligros que le amenazan, experimenta —igual que el tipo erótico de la mujer en su modo más normal— dos satisfacciones. El masoquismo asume el falso nombre de heroísmo, y el yo obtiene grandes ventajas de esta situación, particularmente la satisfacción de su amor a sí mismo.

Así, en ambos casos se crea una posibilidad de compromiso entre el daño a uno mismo y el amor a uno mismo, es decir, entre masoquismo y narcisismo.

Muchas veces la capacidad masoquista para el sacrificio es una máscara de impulsos sadistas que deben ser eludidos por el temor a perder el amor en el mundo exterior y por el temor a la sensación interna de culpa. Aquí ya no se trata de masoquismo femenino, aunque no es siempre fácil apreciar la diferencia. Muchas veces encontramos mujeres que han sido incapaces de obtener una superación armónica de su masoquismo, y que nos presentan caracteres neuróticos de un tipo definido. No pueden vivir sin satisfacción narcisista, pero toda forma de ésta, sea en amor o en ambición, se descarga a través de motivos masoquistas que hacen incapaz e inútil cualquier acto. Las mujeres confiesan su impotencia, se quejan de sus vanos esfuerzos para encontrar algo que les satisfaga en el amor o en la actividad. Externamente sus vidas no parecen neuróticas, ni directamente buscan el sufrimiento, lo que revelaría que su conducta era realmente masoquista. Por el contrario, como evitan todos los peligros masoquistas directos, sus vidas están vacías, sin contenido; su masoquismo se afirma en la forma de una renunciación a los valores positivos de la vida.

Otro tipo que encontramos frecuentemente es el de las mujeres que para evitar y para satisfacer sus deseos masoquistas utilizan métodos adquiridos en la adolescencia y que conservan en la madurez. Se dejan seducir por las ilusiones y sublimaciones del erotismo. Están inclinadas a tener un sueño prohibido o secreto que les permite olvidar y reprimir sus privaciones diarias. Son inducidas a tomar parte en movimientos ideológicos, muchas veces de una naturaleza abstracta, y se entregan a fantasías acerca de la importancia y magnitud de sus actividades, pero sólo sufren desilusiones repetidas. Como tales mujeres tienen muchas veces mentes de espíritu crítico, se comprende que en su conducta debe intervenir algún tipo de motivo inconsciente. Con mayor frecuencia el motivo es un masoquismo inconsciente que no ha sido normalmente asimilado, debido a su excesiva intensidad. En los hombres encontramos situaciones similares únicamente en la adolescencia o en los casos de grave neurosis. En las mujeres esto es posible, aunque simultáneamente exista una perfecta adaptación a la realidad; y sobre todo es mucho más general y frecuente. *La atracción ejercida por el sufrimiento es incomparablemente más fuerte para las mujeres que para los hombres.*

Las mujeres están muchas veces dispuestas a expresar la indignación más activa. Con frecuencia participan en violentas protestas anónimas y se unen a movimientos revolucionarios. La mayor parte del tiempo están inconscientemente protestando contra su propio destino. Se identifican con las clases socialmente oprimidas y pobres, y toman así una posición en contra del papel que desempeñan, que no juzgan satisfactorio. En muchas mujeres esto expresa un tipo de "protesta masculina" y su falta de satisfacción sublimada y socializada por su destino femenino. Si se tiene una oportunidad para observar a estas mujeres, y no se es engañado por el papel que desempeña el complejo de masculinidad, que puede ser grande, se aprecia que tienen pasados fuertemente masoquistas, y muchas veces han experimentado una tiranía masoquista real. En la historia infantil de estas mujeres encontramos padres tiránicos y su actividad sublimada está inconscientemente dirigida contra aquellos que oprimieron a sus madres y limitaron su propia libertad. Es interesante observar que las mujeres revolucionarias del movimiento antizarista, por ejemplo, eran muchas veces hijas de generales autoritarios o —y esto es sólo una aparente contradicción— de oficiales oprimidos de menor grado. Todas ellas se distinguen por su extraordinaria capacidad para el sacrificio y por su necesidad de sufrir por sus ideas. En su vida amorosa eran absolutamente ascéticas y no tenían intereses eróticos, pues habían dedicado toda su femineidad a la causa. En otros casos sufrian los tormentos del deseo y de la privación, pues su labor estaba de ordinario separada de la de sus amantes; algunas veces amaban devota y masoquisticamente a los propios directores del movimiento, y muchas veces tenían relaciones reales con ellos. En la conducta de las hijas de padres pasivamente tolerantes, la identificación con estos padres desempeña un papel, pues estas mujeres hacen suyas activamente las protestas reprimidas de sus progenitores. Precisamente tales mujeres suelen buscar y encontrar un "tirano" como amante, que les da lo que sus padres fueron incapaces de darles.

En algunas mujeres el masoquismo reprimido surge lejos de sus fuentes; otras expresan directamente un masoquismo que antes fueron incapaces de satisfacer. Este factor muy poderoso de la femineidad se afirma directamente en unos casos, dando un rodeo en otros, mediante amor erótico en algunos y bajo la máscara de masculinidad en otros. En este punto el examen psicológico se acerca inevitablemente a los juicios referentes a los valores. No es indiferente que la mujer emplee su exceso de masoquismo para la

prostitución o para el heroísmo, lo mismo que no es indiferente que un hombre, como resultado de sus exuberantes fuerzas activo-agresivas, llegue a ser un *gangster* o un héroe al servicio de una gran idea. No es lo mismo que el guardián narcisista, repeliendo el masoquismo, contribuya a la armonía interna de la mujer erótica o renuncie a la satisfacción directa permitiendo el sacrificio masoquista para un objetivo impersonal. En las mujeres cuya contribución a la sociedad son grandes se puede muchas veces observar la actuación armónica de los dos componentes en zonas alejadas del erotismo. Lo que choca, por ejemplo, en el diario de Vera Figner<sup>1</sup>, la revolucionaria rusa, es el hecho de que la palabra "yo" sea rara vez utilizada en un sentido egotista. Siempre representa una parte de un todo; la contribución personal se oculta modestamente tras el heroísmo del movimiento. El psicólogo no será engañado por su conocimiento de las fuentes y mecanismo de los fenómenos psicológicos y los apreciará según su valor social.

La dactilógrafo que respeta a su patrón cualquiera que sea, y que soporta sus peores modales alegando la necesidad de mantener su puesto, la mujer sensible que no puede abandonar a su marido brutal pues le ama "a pesar de" (realmente debido a) su brutalidad, y la mujer colaboradora activa e inteligente que dedica todos sus dones intuitivos a las producciones de su maestro, son felices en estos papeles y reprimen sus deseos eróticos. Las campesinas eslavas que permiten que sus maridos borrachos les peguen, y que con frecuencia declaran "ya no me ama pues ha dejado de pegarme", la heroína y la prostituta —todas ellas son felices o desgraciadas según la intensidad de su masoquismo femenino y el grado en que pueden utilizarlo y asimilarlo. La capacidad o incapacidad para esta asimilación determina que la mujer desarrolle una femineidad armónica, se haga neurótica, o forme una personalidad masoquista patológica.

En todos los ejemplos mencionados el límite entre "normal" y "patológico" no es fijo. Lo que es común a ambos es el hecho de que cualquiera sea la forma que pueda asumir el componente masoquista, permanece completamente *inconsciente*, como fuente o condición de placer. Hasta aquellas personas cuyo masoquismo está cuantitativamente lejos del límite normal no se dan cuenta de que provocan la situación masoquista o la toleran, debido a —no a pesar de— el sufrimiento que les proporciona.

<sup>1</sup> FIGNER, V.: *Nacht über Russland*. Berlin: Malik, 1928.

Las mujeres deben tener cierta cantidad de masoquismo en una de sus funciones, si han de adaptarse a la realidad, en la función reproductiva. Esta función, desde el comienzo al fin, hasta cuando sirve a los fines del placer, requiere tolerar considerable dolor. Los peligros inherentes al servicio que ha de prestar la mujer a la especie les obliga a asimilar su masoquismo femenino y sus ansias humanas. Esta asimilación parece estar en contra de la tendencia individual hacia el placer. En las funciones del aparato genital, dos intereses contradictorios, el del individuo que tiene el placer y el de la especie que implica dolor, deben unificarse. Pueden estar relacionados tan sólo si el dolor es dotado con el carácter de placer. Toda la preparación psicológica de la mujer para las funciones sexuales y reproductivas está relacionada con las ideas masoquistas<sup>2</sup>. En estas ideas el coito se asocia con el acto de la desfloración, y la desfloración con la violación y con la penetración dolorosa dentro del cuerpo. La capacidad sexual, la preparación psicológica afirmadora del placer para el acto sexual, obtiene sus componentes masoquistas de dos fuentes —una infantil, regresiva, que radica en la disposición, la otra *real*. La desfloración es realmente dolorosa e implica la destrucción de una parte del cuerpo. La fantasía de violación constituye tan sólo una exacerbación de la realidad. La aceptación del dolor asociado con el placer, o del placer asociado con el dolor, puede dar lugar a una relación tan íntima entre los dos que el placer sexual se haga dependiente del dolor. Así, la sexualidad femenina adquiere un carácter masoquista. En realidad, cierta cantidad de masoquismo, como preparación psicológica para la adaptación a las funciones sexuales, es necesaria en las mujeres, pero se comprende que de esta situación surge el peligro de "excesivo masoquismo" o de deformación patológica.

El segundo motivo para la asociación entre el dolor y el placer se deriva directamente de la función reproductiva. Todas las fantasías conscientes e inconscientes relacionadas con el parto, en todas sus fases, tiene un carácter doloroso y peligroso. En consecuencia, el deseo de tener un niño adquiere un carácter masoquista, aunque esté intimamente asociado con las fantasías. En este caso es también la *realidad* de los dolores del parto, y de todo el proceso cruento que significa, lo que da al masoquismo la función de ajuste a la realidad. Y aquí existe el mismo peligro de deformación patológica. El placer por el niño puede ser reemplazado por el dolor del parto

<sup>2</sup> DEUTSCH, H.: *The significance of masochism in the sexual life of women*.

y los sufrimientos de la maternidad, y de este modo toda la función reproductora adquiere un carácter masoquista anormal.

La relación de la mujer respecto a sus genitales, la cicatriz del trauma genital, los componentes emocionales del conjunto de castación femenino, del cual hablaremos más tarde, así como la menstruación contribuyen naturalmente al carácter masoquista de sus funciones sexuales.

Vemos, pues, que el masoquismo desempeña un doble papel en las funciones sexuales y reproductivas femeninas: por una parte ayuda al ajuste a la realidad, al consentir necesariamente el dolor; por otra parte, un exceso de masoquismo provoca naturalmente una defensa, y, huyendo de los peligros de un excesivo masoquismo, la mujer se aleja de sus tareas, de su femineidad. El masoquismo tendrá entonces el mismo efecto que una sensibilidad anormalmente intensificada al dolor, producida por excesivo amor a sí mismo. Esta sensibilidad moviliza una defensa, que puede dar lugar a todos los tipos de perturbaciones de las funciones femeninas. Así el temor al dolor puede derivar del excesivo masoquismo, o de la excesiva intolerancia narcisista del yo, que se niega a aceptar cualquier molestia. Cada uno de estos importantes factores de la psique, masoquismo y narcisismo, puede intervenir contra las exigencias de la función reproductiva. Por tanto, el destino de la mujer como sierva del masoquismo y del narcisismo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En este punto quiero defender mis investigaciones anteriores contra una falsa interpretación. K. Horney afirma que yo considero el masoquismo femenino como una "fuerza elemental en la vida mental femenina" y que, según mi concepto, "lo que la mujer desea especialmente es ser forzada y violada; lo que desea en la vida mental es ser humillada". Ciertamente que yo considero el masoquismo como una "fuerza elemental en la vida femenina" pero en mis anteriores estudios, y también en éste, he intentado mostrar que una de las tareas de la mujer es gobernar este masoquismo, llevarlo por los jueves cauces, y así protegerse contra esos peligros que Horney piensa que yo considero como el «síno "normal"» de la mujer. Véase K. Horney: *New ways of psychoanalysis*. New York: Norton, 1938, pág. 116.

## CAPÍTULO OCTAVO

LA MUJER "ACTIVA":  
EL COMPLEJO DE MASCULINIDAD

HEMOS intentado definir nuestro concepto de femineidad y lo hemos hecho en términos que parecen estar en oposición con varios fenómenos aceptados. Por tanto, nuestra definición sólo tendrá un valor cuando estos hechos hayan sido aclarados.

Uno de nuestros conceptos psicoanalíticos, que todavía parece que necesita ser aclarado, es el de complejo de la masculinidad en las mujeres, y el conocido y no por ello menos incitante y objetable concepto de la envidia al pene.

A la femineidad, tal como la hemos definido, atribuimos el papel de un núcleo que combina elementos biológicos, fisiológicos, anatómicos y psicológicos. Los factores orgánicos son relativamente constantes; los factores psicológicos varían con el individuo, según sus procesos internos y la influencia del medio.

Aunque la interacción de todos estos elementos dé lugar a grandes variaciones individuales, el núcleo cristaliza merced a sus efectos combinados. Forma la quintaesencia de la femineidad. Se añaden diversos y multiformes elementos nuevos, algunos de los cuales pueden figurar en el repertorio psíquico constante de la personalidad femenina. Otros fenómenos psíquicos surgen de conflictos, compromisos, mecanismos defensivos, etc., y pueden ser llamados "fenómenos marginales", debido a que se encuentran lejos del núcleo central, aunque son típicos y frecuentes. Si los componentes mentales fuera de la femineidad no están en relación armónica con el núcleo femenino, surgen conflictos insolubles que se manifiestan en forma de fenómenos neuróticos. Algunas veces un elemento secundario puede llegar a ocupar la posición central y dotar a la mujer de un carácter menos femenino, que, sin embargo, no es necesariamente anormal o patológico.

Hemos identificado ciertas tendencias con la femineidad. Si un rasgo que atribuimos a la femineidad se encuentra ocasionalmente en un hombre, se reconoce como femenino. Una pasividad relativamente grande, por ejemplo, presta al hombre un carácter femenino

como una consecuencia secundaria de los procesos psíquicos anormales.

Por lo que se refiere a las manifestaciones directas de la sexualidad, el principio de lo que puede ser llamado división del trabajo queda prescrito orgánicamente de un modo muy claro; es decir, la actividad es la participación del hombre, la pasividad la de la mujer. Debemos subrayar aquí que la pasividad no significa apatía o falta de energía sexual. Esta energía puede ser cuantitativamente muy grande. En ese caso se manifiesta en la intensidad de la capacidad pasivo-receptiva. Igual ocurre con el masoquismo: si encontramos intenso masoquismo en un hombre, lo atribuiremos correctamente a su sensación de culpa, y lo consideraremos como masoquismo moral. En oposición a esto, el masoquismo femenino es integrado en la personalidad de la mujer, es asimilado y es capaz de ser definitivamente sublimado, de modo que difícilmente surge como un factor independiente. Tan sólo cuando alcanza una excesiva intensidad puede ponerse en conflicto con el resto de la personalidad de la mujer y ser considerado como un fenómeno patológico.

Hemos concebido la realización de la femineidad como una consecuencia del "giro" de las fuerzas activo-agresivas. Para mayor claridad, y para evitar posibles confusiones, resumiremos brevemente nuestra idea de los procesos que aquí tienen lugar.

Nuestro concepto de la primera infancia de la muchacha rechaza la hipótesis psicoanalítica de que la muchacha joven en este periodo es masculina. La observación directa muestra que la muchacha, desde el comienzo, tiene pronunciados rasgos femeninos. De todos modos, existe una considerable semejanza entre los niños de ambos sexos: esto no se debe, sin embargo, a que ambos sean masculinos, sino al hecho de que la diferenciación definitiva tiene lugar más tarde. Esta identidad es pasiva y activa; el primer tipo predomina. Los niños de ambos sexos son amamantados al pecho de la madre, son enseñados a ser limpios, sus relaciones objetivas se limitan a una persona (la madre), tienen impulsos agresivos y se ajustan a la realidad por mecanismos similares.

La definitiva diferenciación de los sexos tiene lugar en la fase en que la aumentada actividad de los instintos del yo tropiezan con diferentes obstáculos en la muchacha y el muchacho. Y la tarea del muchacho es huir del componente agresivo y colocar en ese momento todas sus tendencias activas a la disposición del yo y a su ajuste a la realidad. Experimentando los trastornos y ansiedades de su desarrollo, el muchacho finalmente adquiere su actividad normal

en el mundo exterior. Sus tendencias agresivas e instintivas activamente genitales le muestran el camino, siendo ayudado por las medidas educativas, y por su propio impulso a dominar la realidad. Gradualmente se hace menos dependiente de sus impulsos instintivos. Paralelamente con su desarrollo instintivo se forma su yo, y si el resultado de su progreso es favorable puede dirigir sus fuerzas activas hacia el mundo exterior.

La misma tendencia a la actividad caracteriza también el yo de la muchacha pequeña. Pero en oposición a la situación del muchacho, las fuerzas activas y agresivas de la muchacha están sometidas a inhibiciones internas y externas. Todos los factores implicados —biológicos, constitucionales, anatómicos y del ambiente— se combinan para producir esta inhibición. En este lugar debemos corregir y ampliar nuestra exposición anterior: esta inhibición es tan sólo parcial. Muchas de las fuerzas activas y agresivas se conservan como componentes positivos de la vida mental femenina. De ordinario son armónicamente integradas en la estructura total hasta cuando les asignamos el carácter de masculinidad. En esta interpretación, el "núcleo femenino" es un producto de inhibición que se acompaña de cierto número de tendencias activas y agresivas no inhibidas. Para adquirir el equilibrio, debe construirse un sistema en el que estas tendencias no conduzcan a fenómenos anormales, sino a resultados normales y positivos. Esto significa que la actividad de la mujer adquiere un carácter anormal y perturbado si se pone en conflicto con el resto de su personalidad, es decir, con el núcleo femenino. Sólo entonces podemos hablar de complejo de masculinidad. Pero antes de discutir esto examinemos la actividad normal de la mujer. ¿Cuáles son sus fuentes y objetivos? Estamos particularmente interesados en la actividad del yo que se revela como una fuerza inherente al desarrollo psíquico.

Hemos visto antes que el aumentado impulso a dominar la realidad desempeña un papel extraordinariamente importante en el hecho de que los niños de ambos sexos se alejen de sus madres y se dirijan hacia sus padres. Hemos sabido que en el impulso del yo hacia el estado adulto, la identificación con la madre activa constituye un instrumento útil en el desarrollo de la muchacha hacia objetivos activos. La madre activa es para la muchacha pequeña el prototipo de las tendencias activas asociadas con la maternidad. La identificación con esta madre activa es expresada en buena parte en los juegos de las muchachas pequeñas, y aparece en su relación con sus hermanos más pequeños, con los animales, las

muñecas, etc. No podemos asegurar si se trata de un factor psicológico o biológico que lleve inherente, hasta en la infancia, algo semejante al instinto maternal. De todos modos, la actividad que apreciamos en la muchacha pequeña como un producto de su identificación con la madre activa adquiere una representación psicológica permanente, que presta a la mujer un carácter definido. En realidad existe siempre y se intensifica particularmente en la pubertad, siendo una manifestación de lo que hemos llamado el precursor de la maternidad. La naturaleza de esta actividad es muy característica, y su contenido va más allá de tener hijos, cuidarlos y educarlos; trátase de una actividad muy afín a esas actitudes en virtud de las cuales la muchacha pequeña se distingue del muchacho desde una época muy precoz. Los signos preliminares de la diferencia entre los sexos se aprecian claramente en los juegos de los niños. La actividad de los varones se dirige hacia afuera: los movimientos ambiciosos, la incorporación de nuevas cosas del exterior para construir, y algunas veces la destrucción de ellas, son características de los muchachos. La niña construye casas para colocar todas las cosas en orden dentro de ellas, cierra las puertas y conserva cuidadosamente lo que ha construido. Sus juegos tienen el carácter de la actividad constructora del nido, para colocar todas las cosas en orden y mantenerlas juntas.

Cuando esta forma de actividad adquiere el papel central en la trama de la personalidad, se desarrolla un tipo femenino que, en condiciones culturales adecuadas, es idéntico al de la madre activa "mandona". La naturaleza de la actividad de esta mujer no es necesariamente intelectual, sus aspiraciones personales no son particularmente ambiciosas ni rivales de las del hombre. Crea una atmósfera de fuerza y de seguridad en el propósito que la predispone al matriarcado.

Este tipo femenino está muy cercano al que hemos llamado erótico-activo. Difiere principalmente de este último en que los componentes erótico y pasivo son más débiles, pero estas mujeres, como nuestro tipo femenino, desarrollan, aparte de su mayor actividad hacia afuera, una actividad dirigida hacia adentro, que, sin embargo, sirve a otros objetivos que no son los eróticos. Debido a su actividad tienen un carácter maternal y están predispuestas, en condiciones sociales adecuadas, a tener muchos hijos o a crear sustitutivos en actividades que toman el lugar de la maternidad directa. Fundan hogares y guarderías de niños en una escala grande o pequeña, real o simbólica. Como una expresión de su actividad

dirigida hacia adentro poseen una profunda religiosidad, no siempre de carácter institucional. Tienen intereses culturales e ideológicos y sus valores son conservadores. De ordinario carecen de impetu revolucionario, pero son capaces de acciones decisivas en apoyo de sus valores, tal como son. En las familias con este tipo de madre reina una especie de matriarcado, pues la madre no sólo gobierna en el hogar, sino que también dirige el destino de sus parientes. En suma, trátase de la misma mujer que Bachofen, el descubridor de la institución del matriarcado, encontró en la primitiva historia humana<sup>1</sup>.

Aunque en la actualidad esta figura actúa en diferentes condiciones culturales, representa el mismo principio de la madre que tiene un profundo fundamento psicológico. Esta mujer es testigo del hecho de que aunque en el curso de la historia humana hayan sido reemplazadas diversas formas de vida y de organización social por otras nuevas, y hayan sido cambiadas las religiones, ideales y valores éticos, ciertos rasgos psíquicos del desarrollo del individuo han permanecido durante siglos sin ser influidos por todas esas transformaciones externas.

Estos rasgos se han combinado algunas veces en mitos, algunas veces en organizaciones culturales altamente diferenciadas; algunas de ellas han surgido, mientras otras han desaparecido para volver a reaparecer más tarde.

Las siguientes líneas pertenecen a la obra *Mutterrecht und Urreligion* ("Matriarcado y religión primitiva") de Bachofen.

Más antiguo que el prototipo masculino es la profetisa femenina; más constante y leal, de se más firme, es el alma femenina; la mujer, más débil que el hombre, es de todos modos capaz de elevarse algunas veces por encima de él; es más conservadora, particularmente en los cultos y en las ceremonias... Remontándose al prototipo de Deméter, la madre tierra, la representante mortal de la madre primitiva telúrica, su sacerdotisa, y como sacerdotisa hierofántica tiene a su cargo la administración de sus misterios. La primitividad religiosa de la maternidad conduce a la de la mujer mortal... Lo misterioso constituye la verdadera naturaleza de toda la religión, y siempre que la mujer desempeña un papel importante en el culto y en la vida muestra una preferencia por lo misterioso. Esto está

<sup>1</sup> BACHOFEN, J. J.: *Mutterrecht und Urreligion*. Leipzig: Koerner. No desramos sonar parte en la polémica sobre la exactitud histórica de las teorías de Bachofen. Puede discutirse si ha existido una "ginecocracia telúrica", con la madre a la cabeza del orden social, y quedan someridas, a la discusión las pruebas presentadas por Bachofen. Pero no hay duda de que esa figura puede existir en los mitos y en diversas fábulas más antiguas. Un interesante estudio de estos problemas débese a BEATA RANK: *Zur Rolle der Frau in der Entwicklung der menschlichen Geistlichkeit*. *Image*, vol. 10, 1924.

justificado por su disposición natural que indisolublemente relaciona lo sensual y lo suprasensual, por su íntimo parentesco con la vida de la naturaleza y con la materia, cuya muerte eterna despierta, por primera vez, en ella la necesidad de un pensamiento reconfortante.

Así Deméter, la madre, de acuerdo a Bachtold, se asocia con el cultivo y desarrollo de lo misterioso, lo sobrenatural, lo religioso, y se distingue por la aparición de sublimes figuras femeninas sacerdotales. La civilización ginecocrática consagra a la maternidad, y se caracteriza por una intensificación de lo místico, lo religioso y otros elementos similares; la mujer es en ella la severa guardiana de los misterios, de la ley y de la paz.

Este es el prototipo de la mujer activo-maternal que tiene una cualidad femenina primitiva en su espiritualidad. Esta cualidad constituye un puente entre ella y la mujer erótica-femenina dirigida hacia adentro, aun cuando las dos sean esencialmente diferentes.

Hagamos notar que nuestras clasificaciones tan sólo sirven a los fines de la exposición; cuando hablamos de tipos es siempre con la reserva de que los tipos puros casi no existen, y que en cada tipo real se puede encontrar siempre rasgos de otros tipos, algunas veces opuestos. Así, entre nuestros tipos activo-femeninos encontramos mujeres que, aunque pudieran servir de jefes de un matriarcado, despliegan tendencias que no pertenecen al tipo puro; en efecto, tales rasgos "impuros" se manifiestan algunas veces hasta en las mujeres del matriarcado de Bachtold. Hasta en el período de su dominación, la mujer, más débil que el hombre, despliega una inclinación, que surge de sus sentimientos de debilidad, a someter al sexo más fuerte a través de las influencias religiosas y de los valores morales. "Provisto de tales fuerzas, el sexo más débil está capacitado para emprender la lucha contra el más fuerte y para triunfar." Del mismo modo, sin ser conscientes de sus objetivos, los representantes modernos de este tipo de mujer presentan muchas veces tendencias que sirven para debilitar y esclavizar al hombre. No es casual que los maridos de tales mujeres, aunque vivan en una civilización patriarcal y tengan todos los derechos y deberes patriarcales, sean con frecuencia expulsados del papel de padres energéticos. Tampoco es casual que los hijos de estas mujeres, llenos de reverencia y admiración para sus madres activas y aceptando su orgullosa ideología, permanezcan pasivos, femeninos y dependientes de ellas. Parece que cuando la actividad de las mujeres sobrepasa cierto grado de intensidad, se acompaña de fuerzas que inhiben la

actividad de las personas que les rodean, haciéndose peligrosas especialmente para los miembros varones de la familia.

De modo análogo al primitivo matriarcado existen muchas familias en que las hijas no heredan los bienes materiales de la familia como en la sociedad primitiva, sino los bienes espirituales. Los hombres desarrollan sus actividades fuera del hogar, ganan el dinero necesario, se agotan en luchas rivales, mientras las mujeres —madres e hijas— cultivan los valores espirituales en los campos religioso, intelectual o artístico.

En tanto que su medio acepta a las mujeres maternal-activas en este papel, no están sometidas a las manifestaciones del complejo de masculinidad. Tan sólo cuando su actividad maternal es inhibida desde fuera se presentan reacciones que significan gran número de agresiones. Éstas se hallan muchas veces ocultas tras de estados de ánimo depresivos, o conducen a alteraciones de carácter que son contrarias a la abnegada maternidad.

De ordinario parece que, a pesar de su forma maternal —femenina—, la actividad de la mujer, si sobrepasa determinados límites, conduce a la renunciación de las experiencias femenino-eróticas o a la limitación de su capacidad para ellas.

Podría deducirse de esto, aunque no sea posible asegurarlo, que la aumentada actividad se desarrolla siempre a expensas de los otros elementos de feminidad; no hay duda de que frecuentemente la atracción sensual de la mujer maternal es desfavorablemente influída por su conducta activa. Pero en este caso, como en tantos otros, no debemos entregarnos a generalizaciones.

La predisposición a este tipo se funda, como hemos dicho, en la lograda identificación con una madre activa. Así, el giro hacia la pasividad asume una forma más suave, y la tendencia agresiva se encuadra en un tipo específico de actividad.

Hemos visto que la actividad de la prepubertad constituye una ofensiva que, independientemente de las tendencias instintivas sexuales, tiene por objeto la conquista de la realidad. Esta actividad intensificada puede durar aun después del giro hacia la pasividad de la muchacha, un proceso que tiene lugar en la pubertad. La mujer "colega" o "camarada", el tipo ambicioso o emprendedor, puede conservar su feminidad, con tal de que ni siquiera en su inconsciente la mujer haga depender su actividad de la condición de masculinidad. Algunas veces se comporta como la muchacha pequeña mencionada antes, e insiste en jugar con los muchachos como miembro igual a ellos, para ser vapuleada de cuando en cuando.

Más tarde la situación ocupa un lugar en la experiencia erótica consciente, y la flagelación pierde su significación literal.

Otra forma de actividad de la mujer deriva de su identificación activa con su padre, en la que ella renuncia a su papel femenino-erótico, y adquiere una sublimación satisfactoria; el hecho de no ser hombre no da lugar a sentimientos de inferioridad en esta situación. Aquí, el exceso de femineidad es un peligro: algunas veces se desprende de los elementos sublimados, y como hemos mencionado antes, adquiere un carácter hiperpasivo e hipermasoquista. En otros casos la satisfacción es obtenida dando un rodeo (por ejemplo, a través de la actividad profesional de un carácter maternal femenino, como la pedagogía, etc.). Esta identificación, que aparece en primer plano especialmente en la pubertad, como un eslabón en el desarrollo normal, puede ser también el punto de partida de complicaciones.

La conducta activo-erótica, la coquetería, por ejemplo, es parte del arsenal femenino, pero aunque parezca paradójico los límites entre lo activo y lo agresivo son en este caso muy cambiantes. La mujer femenino-erótica practica su arte de seducción de una manera inconsciente más pasiva. La coquetería provocativa activa se siente como una agresión. Circe y Lorelie llevan tan sólo la máscara de la femineidad, lo mismo que su representante moderna, la aventurera. Es interesante notar que, inversamente, también la agresión de la mujer puede constituir una huida y una máscara para los deseos instintivos profundamente femeninos que son peligrosos para ella, y que deben ser, por tanto, reprimidos. Y lo que es reprimido muchas veces vuelve a surgir en una forma trágica. Un claro ejemplo de esto es la figura de Carmen, la cigarrera española, inmortalizada en la ópera de Bizet. Probablemente basada sobre un personaje real, esta mujer es la heroína de numerosas narraciones populares (debiéndose la más conocida a Prosper Mérimée). Un infinito encanto narcisista femenino se atribuye siempre a ella, y en su virtud la cigarrera es capaz de apoderarse de los corazones masculinos para jugar con ellos de un modo cruel y sadista.

¿Cómo es posible que tanta crueldad y dureza de corazón no nos escandalice y no nos lleve a rechazar su fascinación? La razón es que al seguir su destino se aprecia constantemente que Carmen dirige el arma de sus agresiones no sólo contra los demás, sino también y principalmente contra ella, para satisfacer su cruel masoquismo. De un modo sadista goza con el tormento de los demás, y al mismo tiempo tiene el goce masoquista de su propio terror

pánico por el fatal desenlace que ella se prepara. En este goce clandestino anticipado yace todo el sutil poder del impulso masoquista. Cuán fácil y rápidamente podría haber muerto Carmen a manos del torero; pero ella elige para la lenta seducción un hombre pasivo e impotente. La huida y la reconciliación con el débil soldado y la seguridad del deseado fin atrae a Carmen como un niño es atraído por el cruel juego con una mosca a la que ha arrancado las alas. En este caso, la mosca es su propio corazón femenino que se quema en el deseo masoquista.

Muchas mujeres —mujeres femeninas— se conmueven profundamente por el destino de Carmen y —algunas veces entre suspiros— confiesan su identidad con ella. Sería un error pensar que se consideran iguales a ella en el encanto con que Carmen seduce a los hombres o en su frío sadismo. Lo que conmueve el inconsciente en estas mujeres es el masoquismo archifemenino trágicamente flagelado de Carmen.

En los círculos de "pensamiento moderno" parece predominar el concepto de que la pasividad de la mujer en las cuestiones sexuales está pasada de moda, y que ahora es la mujer la que elige el objeto y toma la iniciativa sexual. Tal conducta está contra las leyes biológicas y psicológicas. Quienes lo consideran como una expresión de evolución social son víctimas de una ilusión. Lo que ocurre no es, como tales individuos creen, la "liberación" de la mujer de un mal social que les condena a la pasividad. A la luz de la psicología esta inversión de papeles, que puede verse en muchos casos, surge del juego de dos ansias; las mujeres usan la actividad como un mecanismo de defensa contra el temor de su pasividad, lo mismo que Carmen utiliza su excesiva agresión contra el masoquismo. Los hombres escapan de la responsabilidad y del esfuerzo relacionado con el cortejo activo. Los aparentes progresos ocultan la perturbación neurótica de ambos sexos.

Cuando hablamos de actividad de la mujer muchas veces añadimos el adjetivo "masculino". Sin embargo, aceptamos la existencia de una actividad femenina, lo que parece ser una contradicción.

De todos modos, los dos conceptos están relacionados —debido a su génesis, a la historia de su desarrollo y a su afinidad con los componentes instintivos agresivos. Estos componentes conducen al muchacho en línea recta hacia la masculinidad; en la muchacha están sometidos a una inhibición. Las fuerzas activas que permanecen en la mujer, en condiciones definidas, revelan también su origen masculino, especialmente cuando se acompañan de fuertes tendencias agre-

sivas. Como hemos visto, la diferenciación final de los dos sexos, el masculino y el femenino, es precedida por una fase bisexual, que deja rastros más o menos marcados en ambos. Nuestras investigaciones psicoanalíticas muestran que, de ordinario, nos encontramos aquí con un proceso psicológico fundado o no sobre un factor biológico.

Esto nos lleva al complejo de masculinidad de la mujer.

En nuestro concepto, el complejo de masculinidad se caracteriza por el predominio de tendencias activas y agresivas que conducen a conflictos con el medio de la mujer, y sobre todo con el mundo interno femenino restante. Las diversas formas de esos conflictos determinan variados tipos. En su manifestación más primitiva, la masculinidad aparece como el enemigo directo de las tendencias femeninas, perturbando sus funciones. Tales perturbaciones se manifiestan especialmente en la vida afectiva, así como en todas las fases de la vida específicamente femenina (menstruación, embarazo, parto, etc.). Volvemos a encontrarnos ante un círculo vicioso: el temor a la femineidad moviliza las tendencias masculinas, que a su vez aumenta la perturbación. Como este temor se refiere principalmente a las funciones reproductoras, no es sorprendente que en la patología de éstas encontramos muchas veces manifestaciones del complejo de masculinidad. Desde un punto de vista terapéutico es importante darse cuenta de que el complejo de masculinidad muchas veces oculta no una protesta, sino un temor a las funciones femeninas.

Otra forma del conflicto entre femineidad y masculinidad se debe al hecho de que el interés psicológico de la mujer se dirija hacia objetivos para cuyo logro la femineidad se siente como algo perturbador, y es rechazada. Entonces puede desarrollarse un sentimiento de inferioridad que deriva de la percepción de que los componentes femeninos de la personalidad dificultan el logro de los objetivos deseados. En este caso, las manifestaciones del complejo de masculinidad pueden asumir un carácter más depresivo. La mujer siente su ineeficacia, y piensa que jamás logrará sus objetivos.

En otros casos, las fuerzas masculino-activas son en alto grado sublimadas, pero se cumple a expensas de los valores femeninos o en constantes conflictos con ellos. El ejemplo más sencillo de ese conflicto lo proporciona la madre que, después de cada triunfo obtenido en su actividad profesional, o después de cada situación que satisface su ambición, en lugar del sentimiento de satisfacción, es tormentada por sentimientos de culpa con respecto a sus hijos. Esta

categoria abarca también aquellas mujeres que constantemente oscilan entre dos tipos de deberes —el de mujer y madre por una parte, y el de la carrera profesional por otra— y no encuentran satisfacción en ninguno. El choque entre estos dos tipos de deberes reales suele ser causado por el desplazamiento de un conflicto emocional profundo hacia una situación de realidad. La mujer activa realmente transfiere a otros objetivos energías psíquicas que de otro modo hubiera gastado directamente en los objetos de su medio, particularmente en sus hijos. Inversamente, no todas sus energías psíquicas quedan disponibles para esos objetivos, pues, como mujer, las gasta emocionalmente en relaciones objetivas más directas.

Más complicado y velado es el complejo de masculinidad en aquellas mujeres que han conseguido brillantemente sublimar su actividad masculina sin darse cuenta del hecho de que han pagado un alto precio por ello en sus valores femeninos. La intelectualidad de la mujer es pagada en notable grado por la pérdida de cualidades femeninas de gran valor; se alimenta de la savia de la vida afectiva, dando lugar a un empobrecimiento de esa vida como un todo o en sus cualidades afectivas específicas. La mujer intelectual no es Autonoe, la prudente, que obtiene su prudencia de las profundas fuentes de la intuición, pues la intuición es el don de Dios a la mujer femenina; todo lo relacionado con la exploración y conocimiento, todas las formas y tipos de la aspiración cultural humana que requieren ser abordados de un modo estrictamente objetivo, son, con pocas excepciones, del dominio de la inteligencia masculina, de la fuerza espiritual del hombre, contra la cual la mujer rara vez puede competir. Todas las observaciones señalan el hecho de que la mujer intelectual está masculinizada; en ella, el cálido conocimiento intuitivo ha cedido su lugar al pensamiento frío e improductivo. A esa mujer pueden aplicársele especialmente las palabras de Goethe:

*Creedme, un individuo que filosofa  
es como una bestia en un campo árido;  
un mal espíritu la empuja en círculos,  
mientras que cerca existe una verde pradera.*

La "verde pradera" se refiere aquí a la afectividad femenina, y el "campo árido" a la intelectualidad filosofadora, a la cual es conducida la mujer por su complejo de masculinidad.

Podrían ser citados innumerosas tipos de mujeres intelectual-masculinas; mencionaremos uno de ellos particularmente, pues encontramos esta mujer con mucha frecuencia, y es muy interesante.

Una comparación de este tipo con otros tipos femeninos de mujeres pone de relieve su estructura psíquica. Estas mujeres reemplazan el cálido encanto de las mujeres femenino-eróticas por la lisonja. De ordinario no rivalizan con los hombres, pues son suficientemente inteligentes para darse cuenta de la limitación de su talento. Intentan lograr la superioridad sobre otras mujeres, muchas veces más inteligentes, intentando ser respetadas y apreciadas por los hombres como sus iguales. Les gusta mostrar su identificación con los hombres, pero, a diferencia de la mujer femenina, se proponen obtener esto no por simpatía intuitiva, sino por una especie de astuta captación de ideas masculinas y de una lisonjera apreciación de ellas. Su intelectualidad se mueve dentro de formas limitadas, muchas veces consiguen reproducir las proezas de los demás gracias a un talento formal (como críticas, oradoras, maestras, etc.). Explican su falta de productividad, de la cual no son conscientes, por inhibiciones de las cuales esperan libertarse.

El complejo de masculinidad de este tipo intelectual tiene de ordinario un origen específico: viene a ser indirectamente un resultado de la frustrada femineidad. Una comparación con la mujer activo-maternal aclarará este punto: la última es el tipo Démeter de mujer, cuya marcada relación madre-hija, la identificación con la madre activa, ha dotado toda su personalidad con su carácter específico. La mujer intelectual del tipo no femenino aquí expuesto no tiene madre en el sentido psicológico del término. Es, continuando nuestro paralelo mitológico, como Pallas Atenea, la mujer que nació de la cabeza de su padre. También difiere de la mujer activa, antes mencionada, en que la identificación con el padre puede desempeñar un papel por el hecho de que su propio yo ha quedado extraordinariamente empobrecido por la eliminación de la madre. Es interesante que la historia infantil de este tipo no muestra actitudes de rivalidad o de celos hacia sus hermanos, como podríamos esperar. Por el contrario, se alía con sus hermanos, como Pallas Atenea. Esta alianza suele ser motivada por celos a una hermana mayor o menor más mimada o más querida. Uniéndose a sus hermanos, este tipo de mujer adquiere superioridad sobre su hermana, y excluye a su madre, a sus hermanas y a su propia femineidad de su vida emocional.

Otros tipos activo-masculinos muestran el exceso de fuerzas activo-agresivas de un modo más directo. La bruja sadista montada en un escoba, provista de hierbas curativas, con un enorme bastón en su mano y un saco lleno de cosas misteriosas sobre su espalda, y muchas otras figuras de la mitología y del folklore, revelan clara-

mente la conexión entre agresión y masculinidad en la mujer. Esta conexión nos parece de decisiva importancia; nuestra concepción repetidamente expresada del desarrollo de la mujer implica que su masculinidad se origina en un exceso de fuerzas agresivas que no están sujetas a la inhibición, y que carecen de la posibilidad de una salida de que el hombre dispone. Por otra razón, la mujer masculina es también la mujer agresiva.

Ejemplos clásicos de personalidades activo-agresivas, que constantemente se esfuerzan por dar un propósito racional a su excesiva actividad, y jamás pueden adquirir paz, nos los proporcionan mujeres cuya conducta tiene un decidido carácter hipomaníaco. En un examen más detallado estas mujeres revelan la íntima conexión de la actividad con la agresión y la masculinidad. Sus constantes acciones y hazañas sirven a un doble fin: son expresión directa del exceso de fuerzas agresivas, para las cuales siempre buscan salida, y una manifestación de la negativa del elemento pasivo-femenino y de la ausencia de un órgano masculino.

Tuve oportunidad de observar, durante largo tiempo, una mujer cuya personalidad parecía muy extraña hasta que fue desenmascarada por el análisis<sup>1</sup>. Los muchos infortunios que jalónaron su vida no dejaron huellas sobre ella; esta mujer reaccionó a todos sus infortunios con filosófica superioridad, subrayando cada vez todas las buenas cosas de que aún disponía. No se trataba en este caso de apatía, pues tenía un temperamento exuberante, y se entregaba constantemente a nuevas amistades y aventuras amorosas, así como a estudios de nuevos temas, etc. Su indiferencia para su destino externo pudo ser observada en el curso de su tratamiento. Durante ese período fue abandonada por su marido y amante, perdió gran parte de su fortuna, y personalmente experimentó el trágico destino de la mujer a quien abandona su hijo ya adulto (esta mujer estaba fuertemente unida a su hijo), para unirse con otra mujer. Nada de esto pudo alterar su euforia; siempre encontraba inmediatamente la forma de despreciar lo que acababa de perder, o de crear inmediatamente valores sustitutos que cortaban de raíz la reacción a la pérdida y la negaban. El resultado era siempre: "en realidad yo no he perdido nada".

En esta enferma pude apreciar claramente cómo comenzó todo el mecanismo de negativa en relación con el nacimiento de su her-

<sup>1</sup> Devrient, H.: Zur Psychologie der manisch-depressiven Zustände, insbesondere der chronischen Hypomanie, *Internat. Ztschr. f. Psychoanal.*, vol. 19, 1933.

mano. Cuando este suceso tuvo lugar su conducta fue tan notable que toda su familia la recordaba. Por un breve periodo —la enferma era entonces una niña pequeña— presentó furiosas agresiones contra el recién nacido, seguidas por una fase en que ella declaró que tenía todas las cosas que sabía le serían negadas. Por algún tiempo su conducta fue pseudológica; contaba numerosas historias fantásticas, pretendiendo mostrar que realmente poseía todas las cosas que aspiraba a poseer. Por ejemplo, durante su clase de religión, dijo una vez que su padre le había dado el Monte Ararat, y que allí había construido una casa para su muñeca.

En los últimos años aceptó ciertos compromisos con la realidad. Mientras intentaba transformarla de acuerdo a sus deseos, lo hacía de un modo que le permitía negar constantemente sus privaciones, así como sus propias agresiones; pero ya no contó más embustes fantásticos. Tan sólo durante el tratamiento llegó a ser consciente del carácter morboso de sus esfuerzos para negar las frustraciones.

Hemos citado esta mujer neurótica como un ejemplo, debido a que su conducta sólo difiere en grado del de muchas mujeres sanas y equilibradas. Muchas de tales mujeres, sobresalientes por sus iniciativas e infatigables esfuerzos, y a quienes se deben importantes contribuciones para el bienestar de la humanidad gracias a su fuerza de voluntad y energía, se parecen mucho a mi enferma hipomaniaca. No citaré sus nombres por respeto a sus obras.

En su vida amorosa esas mujeres suelen sufrir grandes desilusiones. La hiperactividad y frecuentes cambios de objetivos, característicos de ellas, suelen manifestarse en sus campos masculinos. Eróticamente suelen ser mucho más estables, es decir, no cambian sus objetos amados, y el amor no desempeña un papel importante en sus vidas. Su elección del hombre es difícil, como consecuencia de su preferencia por los hombres pasivos, a quienes más tarde incitan furiosamente a ser activos, y a quienes persiguen con el eterno reproche de no ser suficientemente energéticos. Como Brunhilde, estas mujeres buscan vanamente un Siegfried que las haga femeninas, pero evitan a los hombres activos, y los pasivos difícilmente pueden ser Siegfrieds, especialmente en la atmósfera creada por estas mujeres. Sus relaciones con los hombres activos siempre terminan en conflictos en los que ambos compañeros se odian.

Otro tipo de mujer hiperactiva actúa también en el campo sexual. Del mismo modo que el primero cambia sus intereses no eróticos, el último cambia sus objetos amados. Encontramos también este tipo en la prostitución, y su naturaleza es en parte explicada

por el complejo de la masculinidad. El tipo de prostituta descrito en el capítulo anterior está, en oposición a este último tipo, determinado por el masoquismo.

En todos los grupos descritos hasta ahora las mujeres son tan inconscientes de su giro hacia la masculinidad como de su alejamiento de la femineidad. En algunos casos son de aspecto femenino y hasta intentan subrayar el hecho de que pertenecen al sexo femenino. Sus esfuerzos para ser femeninas son incesantes y vanos, lo mismo que sus esfuerzos para ser masculinas.

La observación psicológica muestra que ese alejamiento de la femineidad y giro hacia la masculinidad implica un proceso complicado, que con frecuencia tiene muchos determinantes<sup>1</sup>. La base de los conflictos y dificultades mentales que aquí surgen se halla en una disposición para ellos, creada por el proceso de desarrollo que hemos descrito.

Los motivos psicológicos de estos conflictos son extraordinariamente numerosos. Recordaremos algunos de ellos referentes al complejo de masculinidad. Una perturbación en la identificación con la madre desempeña ciertamente gran papel en el desarrollo hacia la femineidad. Lo más funesto no es la repulsa pura y simple de la madre, sino el conflicto entre rechazarla y unirse a ella. Por ejemplo, una muchacha en la pubertad, que está formando su vida ideal, puede rechazar completamente la identificación con su madre por un menosprecio consciente o inconsciente, y elegir un modelo distinto. Si la madre es excluida, para la formación del yo, en este periodo de la vida de la muchacha, el modelo será únicamente el padre. La personalidad afectiva de la muchacha puede aún formarse siguiendo el modelo de la madre, en parte como un resultado de la continuación de su identificación infantil con ella, en parte como un resultado de la rivalidad para el amor del padre. Esto conduce a un conflicto entre las dos identificaciones, que se resuelve favorablemente o crea una tensión interna, cuya resolución sólo es posible por la represión de un componente y el excesivo desarrollo del otro. Si la parte materna de la personalidad es la reprimida, la paterna, por reacción, se manifestará con gran intensidad para negar la otra; entonces nos encontraremos con una forma reactiva de masculinidad. Las mujeres con este tipo de masculinidad reprimen todos los gestos y expresiones emotivas femeninas, y hacen todo aquello que puede

<sup>1</sup> HORNIG, R.: *The flight from femininity*. Internat. J. Psycho-Analysis, 1926. El autor señala especialmente al complejo de Edipo como motivo de tal fuga.

parecer masculino. Tal represión puede empobrecer y devastar completamente la vida afectiva de la mujer, pues desprecia y rechaza todo lo emotivo. Algunas mujeres se jactan de esta frialdad como una prueba de vigor, y otras se quejan de ella sin darse cuenta de que su pobreza de sentimientos es un prerrequisito para el componente masculino de la psique que han aceptado.

Entre personas jóvenes de talento, que han triunfado intelectual o profesionalmente, se observa con frecuencia la aparición repentina del temor de que el papel femenino debe ser anulado y de que es necesario renunciar completamente a la satisfacción de los deseos femeninos en favor de la actividad. Este temor está algunas veces relacionado neuróticamente con el cuerpo, y puede ser expresado así: "Alguna cosa está mal en mi cuerpo, tengo vello como un hombre, mis genitales no son normales". Este sentimiento de que los genitales tienen un aspecto masculino expresa el deseo no satisfecho de ser amada y amar como mujer. A través de su percepción interna y de sus tendencias masculinas, la mujer se siente perturbada en su femineidad, y desplaza hacia su cuerpo la alteración psicológica. Se puede objetar que en este caso, como en muchos otros, la falta de satisfacción por el propio cuerpo expresa indirectamente la ausencia de un órgano masculino. Pero no es así. En efecto, no hay que dejar pasar por alto que aquí nos encontramos con un conflicto alimentado por dos partes, y que no ha tenido lugar una elección entre dos deseos: la muchacha desearía llanamente ser hombre, pero se niega a renunciar al cumplimiento de sus deseos femeninos, y viceversa.

En otros casos esta falta de armonía entre las dos identificaciones conduce a una separación; una parte de la personalidad, por ejemplo la parte afectiva permanece femenina, mientras la inteligencia, dirigida hacia la vida real, actúa en forma masculina. La parte femenina afectiva puede estar exclusivamente relacionada con la sexualidad y el erotismo, o puede englobar parte de las sublimaciones. Tal solución podrá conducir a una gran armonía, pero de ordinario la armonía se pierde cuando se hacen excesivas demandas a la vida afectivo-femenina o a la eficacia masculina.

Un ejemplo extraordinariamente claro de conflicto entre femineidad y masculinidad está representado por George Sand, la novelista francesa. Sus conflictos son tan típicos y tan claros que es un perfecto ejemplo de nuestros conceptos teóricos<sup>1</sup>.

George Sand ha fascinado siempre a los biógrafos de diversas

<sup>1</sup> Los siguientes párrafos son un resumen de un extenso ensayo ya publicado por la señora: *Elin Fannenschick-Sand, George Sand*. *Imago*, vol. 14, 1928.

nacionalidades y existe una amplia bibliografía respecto a ella. Elegeré de su vida tan sólo algunos hechos tan típicos que pueden servir para ilustrar nuestro problema.

Existen dos fotografías de George Sand que presentan un notable contraste.

En una vemos un tipo maternal de mujer, más bien fornido, que mantiene a sus hijos en su regazo; en la otra, un individuo masculino con traje de hombre, cabello corto y cigarro en la boca, debiendo tenerse en cuenta que George Sand vivió en una época en que las masculinización de las mujeres, que hoy vemos, no había tenido lugar, de modo que el aspecto de la fotografía es más notable que podría ser el mismo grado de masculinidad en una mujer actual. Estas dos fotografías indican un tipo de doble personalidad, un desdoblamiento, un conflicto entre tendencias masculinas y femeninas. Esta doble personalidad se expresa hasta en el nombre de la artista. Como mujer, su nombre era Aurore Dupin, y cuando se casó tomó el nombre de Madame Dudevant. Pero su nombre como escritora, que se hizo famoso, es el nombre masculino George Sand.

Es el tipo clásico de hombre-mujer, el extraño ser que parece llevar un alma masculina en un cuerpo femenino. El examen atento de su vida muestra que el complejo de masculinidad, hasta en su forma pura, es consecuencia de un intento infructuoso para una realización femenina de felicidad, la aspiración a la felicidad que se halla fuera de los límites de lo femenino. Veremos que esa frustración de lo femenino yacia profundamente oculta en sus experiencias infantiles. Debido a ello su femineidad jamás pudo alcanzar feliz cumplimiento.

Es sabido que George Sand, como mujer, tuvo una vida muy complicada y destruyó a muchos hombres. Como amantes elegía hombres femeninos. La gente hablaba con humorismo de "Monsieur Sand" y de "Madame de Musset". También es sabido que Chopin, una de sus víctimas amorosas, era de naturaleza femenina. Era natural que eligiera este tipo de amante, pues así podían equilibrarse los lados masculino y femenino. Está, pues, justificado decir que la masculina George Sand amaba hombres femeninos.

Cada una de las múltiples aventuras amorosas de George Sand terminó en la misma catástrofe: el hombre quedaba destruido —la masculinidad de George Sand prosperaba. Pero existía también algo dentro de ella que quedaba roto y destruido. Hemos dedicado particular atención a esta parte de su personalidad, pues en ella yace el secreto de su masculinidad en que intentamos penetrar.

Para abrir las puertas cerradas que conducen al secreto oculto de su destino tenemos dos llaves: sus voluminosos escritos autobiográficos<sup>1</sup>, y sus novelas. Por el momento no nos referiremos a sus ideas científicas, filosóficas y sociales, que se encuentran en el elevado plano de la intelectualidad masculina. Sainte-Beuve, Delatouche, Pierre Leroux, Lamennais, Flaubert, los hermanos Goncourt, Balzac, Delacroix y muchos otros la trataron como un igual.

Ahora bien, a pesar de su enorme intuición, que le lleva al nivel del genio, a pesar de su esfuerzo para comprenderse, la personalidad creadora de George Sand estaba desdoblada. Una parte nos la proporcionan sus obras autobiográficas, con datos de su vida consciente; la otra aparece en sus novelas, bajo diversos nombres de numerosos personajes, que delatan lo que estaba profundamente enraizado en su inconsciente.

En sus horas de creación artística George Sand caía en una especie de estado crepuscular, durante el cual rompía los lazos con la realidad y transfería a las novelas lo que ella experimentaba en su interior. Sus contemporáneos dicen que así solía estar horas y días, con una expresión de ofuscación, perdida en las experiencias de las heroínas de sus novelas. Soñaba y vagaba en sus sueños como lo había hecho siendo niña, y hasta cuando ya era una muchacha constituía un temor y un enigma para todos los que la contemplaban. George Sand dice que jamás experimentó lo que describe en sus novelas —hasta ese grado sus escritos estaban alejados de su existencia consciente. Las heroínas de sus novelas podían ser identificadas inmediatamente y en todos los casos, por quien conociera su vida, con George Sand; pero ella no se prestaba a reconocer esta identidad. Cuando estudié sus obras pude encontrar siempre el paralelismo entre la experiencia existente tras de sus obras autobiográficas y tras de sus novelas —entre la experiencia consciente en las primeras, y la experiencia inconsciente en las últimas.

Con la ayuda del método analítico intentaremos descubrir cómo las experiencias psíquicas no resueltas de la infancia de George Sand, reprimidas en su inconsciente, se repitieron compulsivamente en su experiencia adulta, y cómo los posteriores sucesos enigmáticos de su vida fueron fieles reproducciones de un modelo previamente grabado sobre sus emociones.

Ya antes de su nacimiento, una especial constelación familiar había determinado hasta cierto punto su destino. Su padre era

<sup>1</sup> *Journal intime* (póstumo). París: Calmann-Lévy, 1926. *Historie de ma vie* (3 vol.). París: Calmann-Lévy, 1926.

Maurice Dupin, hijo de Aurore de Saxe, y nieto del príncipe Maurice de Saxe, a quien debía su nombre. El príncipe Maurice era el hijo del rey polaco Frederik Augustus II y de la princesa Aurore Königsmark, a quien George Sand debía su nombre. Menciono esta genealogía para explicar el orgullo familiar, mostrado por la abuela de George Sand, la noble Madame Dupin. La madre de George Sand, en cambio, era de origen humilde, hija de un vendedor de pájaros de la ribera del Sena. La abuela Dupin transfirió totalmente la intensa unión que existió entre ella y su famoso padre, a su hijo. El joven Maurice era la reencarnación del viejo Maurice. Las exigencias afectivas que el padre no había satisfecho, serían satisfechas por el hijo. No es muy frecuente que las madres hagan estas peligrosas demandas a sus hijos. Las esperanzas de la madre debían ser satisfechas de dos modos: su orgullo por su hijo iba a ser satisfecho, así como su pretensión de ser la única que recibiera su cariño. La abuela Dupin, que poseía raros dones intelectuales, impulsó a su único hijo Maurice hacia el estudio, lo mismo que ella había educado y formado su propia inteligencia siguiendo el ejemplo paterno.

Los lazos intensos de cariño entre Madame Dupin y Maurice eran de una naturaleza intelectual, basados en una comunidad de intereses creados por el estudio. Esta relación fue terminada de un modo característico por el hijo: hizo un intento de libertarse y elegir una mujer que era el tipo opuesto a su madre. Esta mujer, Sophie, madre de George Sand, en oposición a la abuela aristocrática, era una plebeya, apenas sabía escribir gramaticalmente. Tipo de prostituta, era claramente la antítesis de Madame Dupin, esencia de la castidad sexual. Mientras la abuela era reservada y tenía el gobierno de sí misma, Sophie era indisciplinada y grosera. Mientras para Madame Dupin la maternidad era inconcebible sin el sacramento del matrimonio, Sophie tenía hijos ilegítimos.

Entre estas dos mujeres se desarrolló una lucha a vida o muerte, como podía surgir únicamente entre dos rivales en el amor de un hombre. Maurice se alzaba entre dos mujeres, unido a ambas. No podía renunciar a ninguna, pues correspondían a dos partes diferentes de su psique. Su necesidad de ternura le unía a su madre, y su sensualidad a Sophie. Toda su vida fue un sacrificio para este típico desdoblamiento, y la lucha rival de las dos mujeres para apoderarse del hombre fue más tarde transferida al hijo. Ambas mujeres, verdaderas furias, combatían para obtener el corazón del niño, como antes habían combatido por Maurice. La pequeña Aurore, era una criatura muy femenina, completamente normal. Como su abuela y

como su madre, deseaba ser el único objeto amado de su padre, y se entregó a la lucha rival con las otras dos mujeres. En su diario estas cosas no se mencionan, pues George Sand no era consciente de ellas; pero su inspiración artística, sus novelas, sus fantasías en los estados de ensueño, se relacionan directamente con estos acontecimientos.

Es muy común en las muchachas odiar a sus madres para ser los objetos amados de sus padres, pero al mismo tiempo intentan identificarse con sus madres y parecerse a ellas, precisamente para obtener el afecto de sus padres. Éste es el camino normal para llegar al estado adulto. Gradualmente el odio va desapareciendo, y la madre es conservada como modelo de la femineidad.

La estabilidad en la formación del carácter de una muchacha depende de si su yo ideal se ha desarrollado en armonía con el modelo padre-madre. En este punto la pobre Aurore fracasó completamente. Su personalidad no se desarrolló de modo armónico, y su yo ideal se derrumbó. Su infancia contiene dos madres: ambas amaban al padre y eran amadas a su vez por el padre. ¿Sobre cuál de los dos modelos tenía que crear su ideal la madre-mujer? ¿Cuál sería el modelo que le guiase en sus relaciones con los hombres? La abuela amaba a la pequeña Aurore como a su hijo, le llamaba "mi hijo", e insistía en que debía poseer las virtudes de un muchacho. Colocó a la pequeña Aurore en una posición desastrosa para su femineidad al declarar: "Soy igual a tu padre."

Pero para ser amada por el padre —así razonaba la abuela— Aurore debía ser igual a ella, a su abuela, a quien él honraba y consideraba como un ídolo. La otra mujer, pensaba la abuela, era la extraña y la enemiga, y sólo podía atraer su sensualidad.

En consecuencia, el trato de Aurore con los hombres fue modelado siguiendo el ejemplo del amor de la abuela por Maurice; su posición hacia los hombres era la de una madre para un muchacho que necesita su guía.

Por desgracia, la máquina psíquica es de tal clase que continúa su acción más allá del fin deseado; Aurore, que adoptó la relación madre-hijo en sus asuntos amorosos, debía, igual que su abuela, ser traicionada en favor de una prostituta. Éste es uno de los rasgos constantes de sus aventuras amorosas. El modelo se inició en los acontecimientos de su primera infancia, y sin modificar se repitió una y otra vez en sus experiencias subsiguientes.

La madre de Aurore odiaba a la abuela, y con sus constantes críticas comunicaba a su hija el mismo odio. La madre tenía el máximo desprecio por los aristocráticos valores feudales de la abuela,

por su gobierno de sí misma, por su distinción y por su orgullo: atribuía la gravedad de la abuela a frialdad de sentimientos. Y aquí, la tierna Sophie obtuvo la victoria. Todo el odio que Aurore sentía por su madre fue dirigido hacia la *bonne-maman*, como ella llamaba a su abuela. Y el problema de su sentimiento ambivalente fue resuelto de este modo: odio hacia la abuela y amor hacia la madre. Más tarde tuvo lugar una inversión: la abuela fue amada y la madre odiada, pues desilusionó a su hija. Esta desilusión fue el factor realmente desastroso en la vida de George Sand.

La lucha entre las dos mujeres terminó cuando Sophie abandonó la familia para ir a vivir a París. Dejó a Aurore, prometiéndole que pronto la llevaría a París. Aurore esperó impacientemente que la promesa fuera cumplida, y su *bonne-maman* descubrió que el corazón de la muchacha estaba más lejos de ella que antes. En un acceso de celos la abuela reveló a la muchacha, que entonces tenía 12 años, el pasado de la madre, a quien la niña aún quería, haciéndole comprender que había reanudado su anterior vida vergonzosa. La revelación de que su madre era una prostituta fue un acontecimiento fatal para la femineidad de la muchacha.

Desde entonces, Aurore careció de madre ideal, y su masculinidad, ya iniciada por su educación, fue fomentada. En su vida ulterior hizo esfuerzos apasionados, pero vanos, para restablecer su madre ideal, y salvar así su propia femineidad. Muchas veces ha sido planteada la siguiente pregunta: ¿Cómo es que las heroínas de George Sand son tan maternales y dulces, mientras ella era su antítesis? El hecho es que Aurore intentó adquirir en la ficción el ideal femenino y la madre modelo de que había sido privada en la vida real.

Otro recurso que empleó para salvar su femineidad fue afirmar, en nombre de la justicia social, el derecho de todas las mujeres a comportarse como su madre. Después de todo, los hombres no eran despreciados por su promiscuidad. Fue la primera feminista. Su programa concedía iguales derechos para las mujeres en todos los casos. Este programa surgió no sólo de la convicción lógica, respondió también a la necesidad de su corazón lastimado de hija. Su insistencia sobre los derechos legales de los hijos naturales está seguramente relacionada con el hecho de que había oido hablar a su celosa abuela del incierto parentesco de su hermano Hippolyte.

La *bonne-maman* no podía haber hecho nada mejor si su objeto era destruir el ideal materno de la muchacha. Pero fracasó en su deseo de ocupar, en el corazón de Aurore, el lugar de Sophie; por

el contrario, el odio inconsciente de la muchacha por su madre se dirigió ahora completamente contra su abuela. Todo lo que su abuela le ofrecía en el camino de los valores intelectuales fue lanzado por la borda. Desde entonces, Aurore se negó a estudiar, y se comportó como un muchacho malévolos, salvaje e indisciplinado. Se colocó frente a todas las cosas femeninas, se vistió de modo varonil, y por todos los medios intentó destruir su buena reputación como mujer. En fin, atrajo sobre sí misma la condena de la sociedad. La gente hablaba de ella como de una hechicera perversa y le acusaban de blasfemia y brujería.

Aurore recurre a esta huida hacia lo masculino y siempre que tiene una desilusión en el amor. Esta fue la segunda fuente de su masculinidad. La primera fue la identificación con su padre, el modelo del sistema educativo de su abuela. Esta identificación fue colocada al servicio de sus raros dones intelectuales, a los que debe el papel que desempeñó en la historia de la cultura, y quizás hasta un poco de inmortalidad. La segunda forma de su masculinidad contiene un maligno elemento sadista que reacciona a las desilusiones con odio y venganza. Mientras su intelectualidad en la vida ulterior le sirvió como una especie de refugio de las desilusiones amorosas, sus tendencias sadistas la llevaron al desastre. Ambas formas de masculinidad —en este caso determinadas por las experiencias personales infantiles— son muy comunes. En otros casos similares, el aumento de las tendencias masculinas en la mujer es una reacción a la femineidad desilusionada.

Hablando en términos generales, siempre que la masculinidad de la mujer no se eleva al plano de la actividad creadora, se asocia con reacciones sadistas intensificadas. George Sand, en una carta a Flaubert, dice que la importancia de la diferencia anatómica entre los sexos ha sido excesivamente valorada, y no tiene significación psicológica. ¡Pobre George Sand! Si hubiera sido capaz de comprender las causas de sus sufrimientos hubiera hablado de otro modo. Hubiera reconocido que el mal que hizo a los hombres fue simplemente una de las consecuencias de la diferencia anatómica. La masculinidad de la mujer recurre muchas veces a la agresividad debido a que carece de medios anatómicos para expresar el acto masculino activo. Por ello, el amor maternal de George Sand terminó en la destrucción sadista de sus amantes (Chopin, De Musset). Pero sus crueles actos eran seguidos por catastróficos ataques de remordimiento, una aniquiladora sensación de culpa, que creaba una terrible depresión y conducía a pensar en el suicidio.

Mi tesis es que las reacciones sadistas masculinas de George Sand y las desilusiones fueron del mismo tipo que sus primeras reacciones a la destrucción de la madre ideal llevada a cabo por la abuela. Intentaremos descubrir las pruebas de esto en sus propios escritos.

En su novela *La petite Fadette* describe una muchacha que es exactamente igual a la pequeña Aurore, según las narraciones hechas por su abuela. La pequeña Fadette actúa como un muchacho sadista y discute: "La nieta de la anciana Fadette era conocida en toda la región con el nombre de la pequeña Fadette, en parte debido a que estaba familiarizada con la nigromancia. Todos saben que Fadette o Farfadette es una maliciosa bruja."

A la edad de 10 años Fadette es abandonada por su madre, que permite a su hija ser una prostituta de los campamentos. A la edad de 10 años la madre de Aurore la abandonó para ir a París, donde llevó una vida relajada. Más tarde la abuela contó a su nieta que Sophie había conocido a su padre durante la guerra, cuando ella, siendo una prostituta, acompañaba al ejército. La abuela de Fadette conocía las hierbas medicinales, y era astuta en otras artes que enseñó a Fadette. La abuela de Fadette, en lugar de tomar el lugar de los padres, la trató de un modo áspero y sin cariño. La hostilidad del medio que rodeaba a Fadette era debida al hecho de que los vecinos transferían a la hija las culpas de la madre. Esto, declara Fadette-Aurore, es la causa de su malignidad.

Pero Fadette llega a ser una mujer dulce y bondadosa; la reacción sadista en ella se transforma en la actitud pasiva y amante de la mujer. La transformación tiene lugar cuando el amor de un hombre despierta su femineidad. Así, George Sand, en sus fantasías artísticas, satisface el deseo que la vida no le concedió. Su más profundo deseo era ser mujer. Puesto a prueba por el amor del hombre, este deseo jamás se realizó, pues en cada una de sus numerosas aventuras de amor, la compulsión psicológica que repetía su desilusión era más poderosa. Tan sólo en los sueños artísticos, George Sand realiza su femineidad abortada.

Se plantea la siguiente cuestión: ¿las relaciones de George Sand con los hombres fueron determinadas exclusivamente por sus relaciones con sus dos madres? Según el método psicoanalítico ¿no debemos tomar en consideración su relación con el padre?

Cuando Aurore era una niña, la escena contemporánea era dominada por una figura heroica, que se apoderaba de la imaginación de todos, Napoleón. La admiración de Aurore por Napoleón estaba mezclada con su deseo por su padre ausente, que al lado de Murat

encabezaba la marcha, hacia el sur, de los ejércitos franceses. Podemos ver, también hoy, que cualquier niño, cuyo padre se halle entre las fuerzas del ejército, por muy insignificante que sea su grado, se imagina que todo el destino de la guerra depende de su progenitor. Y Maurice de Saxe no era una figura insignificante en el ejército de Napoleón.

Cuando aparecían en el cielo destellos rojos, la madre de la pequeña Aurore decía: "Mira, allí tiene lugar una batalla, y no hay duda de que tu padre está en ella."

La pequeña Aurore construía una fortaleza con cuatro sillas y una vieja estufa. Con violentos gestos se dirigía hacia el invisible enemigo, oculto en bosques imaginarios, acumulaba cuerpos cruelmente mutilados en imaginarios campos de batalla, y luchaba victoriamente. Ocupaba el papel del héroe, el papel de Maurice de Saxe. George Sand, en su memoria, se da perfecta cuenta de su identificación con su padre siempre ausente. Cuando el objeto de nuestro amor se aleja, imitamos los rasgos del ausente para encontrar consuelo en nuestra pérdida. Así, la pequeña Aurore satisfacía sus impulsos sadistas en batallas imaginarias.

Estas batallas, en las que Aurore desempeñaba el papel de Maurice de Saxe, constituyeron la base final de su posterior masculinidad. Sus expresiones trágicas ulteriores con sus dos madres hicieron el resto.

La absorción en una vida imaginaria y una inclinación a la残酷 caracterizaron la infancia de George Sand. Empleaba todas las horas del día en su fortaleza, arrancando la paja de las sillas. Durante la noche permanecía despierta en la cama durante muchas horas tirando de los flecos de las cortinas. El ruido así producido era una especie de acompañamiento musical a sus fantasías. En la habitación cercana su madre decía: "Aurore está jugando ahora con los flecos".

Entre estas fantasías que la satisfacían, temores y opresiones la perturbaban, y un incidente vino a ser el foco de estas ansias infantiles.

Un polichinela —un clown vestido de rojo y oro— logra entrar en la soledad de la niña. Aurore recibió el regalo con una mezcla de sentimientos. El clown no podía ser conservado en la misma caja con la muñeca más querida, su hijita. La muchacha tenía el presentimiento de que algo terrible, algo siniestro, podría ocurrirle a la pequeña criatura femenina de esa íntima relación con el clown. Le colgó de la estufa, en el lado opuesto a su cama. Su mirada

masculina la perseguía hasta en sueños, y se despertaba gritando bañada en sudor. Soñaba que el clown prendía fuego a la casa y rodeado de llamas atacaba a ella y a su muñeca. Después de este sueño, la niña sufrió de pirofobia, es decir, terror a todas las cosas que se asocian con el fuego. Más tarde George Sand pensó que este terror era una experiencia que afligía a todos los niños en una forma u otra. La denominó la gran *souffrance morale*, la "angustia psíquica" de la infancia. También afirmaba —anticipando las experiencias del psicoanálisis— que estas ansias estaban en algún modo relacionadas con trastornos nerviosos típicamente femeninos, y que era necesario "encontrar un medio psíquico para combatir una causa psíquica". Cuando apoyaba su cabeza sobre el pecho de su criado Pierre, su temor se desvanecía. Pierre, a quien ella quería tiernamente, y cuya figura aparece con frecuencia en sus novelas, le sirvió como una especie de padre sustituto.

La pequeña Aurore combatía a sus enemigos militares desde su fortaleza de cuatro sillas, y mutilaba sus muñecas respetando tan sólo en las que eran irrompibles. Esta actitud continuó durante toda su vida. Los hombres a quienes amó fueron muñecas que debía destruir. Los mutiló, y ansiaba algún fuerte compañero que pudiera acompañarla en este juego de la vida. El polichinela de oro y carmesí, brillante como una llama e inspirador de terrores, parece que ha sido el único varón ante el cual George Sand se sintió completamente femenina.

Su padre volvía de las guerras de cuando en cuando, y era celosamente monopolizado por la sensual Sophie. Era un padre cariñoso, inclinado a mimar a la muchachita. La madre intervenía y pedía mayor severidad. La muchacha apasionada, en su gran necesidad de amor, parece haber sentido amargura ante cualquier forma de rechazo amoroso.

La contradicción era constante en George Sand; todas las cosas que comprendió y elaboró artísticamente con increíble intuición eran dejadas a un lado o negadas completamente por su mente consciente.

Por ejemplo describe su infancia como alegre, radiante y feliz. Sus verdaderos recuerdos, sin embargo, siempre contienen una nota de desilusión. Una caída de los brazos de su niñera, que hizo brotar su sangre; una canción de ramas cortadas de laureles, he aquí sus primeros recuerdos infantiles. Esta canción llenaba su pecho de indefinible tristeza, y más tarde sus ojos rebosaban de lágrimas al recordarla.

*Nous n'irons plus au bois,  
Les laurices sont coupés.  
(Ya no iremos al bosque  
Han cortado los laureles.)*

"Son excentricidades de mi infancia" —decía George Sand. "Jamás puedo desechar la impresión misteriosa que me provoca el recuerdo de esta canción."

Tales recuerdos infantiles, traumatismos cruentos o ramas cortadas, son duraderos, y crean reacciones depresivas durante toda la vida de la mujer, pues expresan simbólicamente el trauma genital no dominado. La pequeña Aurore admiraba cierto vestido blanco, y pensaba que era la cosa más hermosa del mundo. Su madre hizo una observación trivial. "El vestido está amarillento" —y desde entonces la muchachita quedó terriblemente triste, presa de una grave desilusión.

Tal reacción es común a los adultos y a los niños que han experimentado muchas desilusiones, que enfrentan cualquier situación preparados para una nueva desilusión. En tal caso es más agradable entregarse a fantasías, pues las fantasías satisfacen todos nuestros deseos. Así, desde la primera infancia, George Sand ahondó involuntariamente la sima entre su vida de los sueños y la realidad.

Cuando apenas tenía cuatro años fue proyectado un viaje a España. Allí volvería a ver a su heroico padre y recibiría su cariño. ¡Qué desilusión le esperaba! La aventura no correspondió a su esperanza. La muchachita se sintió más solitaria y abandonada que nunca. Como si fuera un muchacho, con un uniforme igual al de su padre, fue presentada por su abuela a Murat como "mi hijo". Desde entonces, la figura de Napoleón y de su padre se ligaron en su imaginación, de modo que Murat, representante de Napoleón, se funde con su padre para formar una figura heroica. En la vida posterior, una vez, su deseo de amar lo lleva a los brazos de un hombre paternal masculino. Sin embargo, intervino el desastroso poder de la compulsión inconsciente repetida. Michel, filósofo e historiador del arte, le llama "mi hijo". Michel era un hombre masculino y deseaba una mujer como compañera sexual. El episodio amoroso tenía que terminar en desilusión.

En España, ansiosa de cariño no satisfecho, abandonada a sus propios recursos, la muchachita, frente a un gran espejo, juega: unas veces es el padre, otras la madre; ahora se viste como un muchacho, luego como la elegante Sophie. Más tarde George Sand se

vio en estas dos formas cuando aprendió a contemplarse en el espejo de su propia alma dividida. Recuerda que intentaba llamar a alguien que pudiera comprenderla. La única réplica era el sonido vacío que retumbaba en las grandes salas del palacio de Murat. Su madre le explicó que eso era el eco. Y llena de gozo, la pequeña Aurore llamó a su nuevo amigo *Bonjour Echo*. Tal era su soledad hasta entonces, y toda su vida permaneció solitaria.

El viaje a España, que iba a ser un triunfo para su corazón infantil, tuvo un trágico epílogo. Su padre cayó del caballo, y fue llevado muerto a su hogar. Aurore, que tenía 4 años, quedó en un estado de abstracción, al parecer sin emociones. No aceptaba la muerte del padre como real, e impacientemente solía preguntar: "¿Cuándo volverá mi padre de la muerte?"

El deseo de recobrar al padre se expresa en una forma muy notable. Una figura imaginaria muy curiosa acompañó a George Sand toda su vida. Esta figura fue llamada Corambé en su fantasía, y era en realidad una deidad por ella creada, que ocupaba el centro de su gran sentimiento religioso. George Sand era extraordinariamente religiosa, aunque rechazara todas las instituciones religiosas existentes. Creía en la divina fuerza del amor, de la pasión erótica. Estaba llena de ansias hacia un ser sobrehumano, y además erigió altares a Eros, el dios del amor sexual. Consideró el amor como el más profundo acto de piedad. Mantenia estas dos creencias que coincidían en el terreno común del deseo jamás cumplido.

Corambé, el dios de George Sand, surgió cuando Aurore, que tenía 12 años, sola, abandonada por su madre, buscaba un objeto para su amor. En este periodo de deseo potencial no satisfecho para el amor, se resivía en todas las muchachas su deseo original hacia su padre. El deseo inconsciente es entonces dirigido hacia la adoración entusiasta de alguna figura heroica de la novela o de la realidad. Pero George Sand buscaba un ideal que la vida no podía proporcionarle. Su padre —como ella le vio en su imaginación infantil— sólo podía ser representado por un dios. Una noche, el ideal asumió el nombre de Corambé en sus sueños. George Sand declara que las letras de esta palabra se formaron ante los ojos de su mente. El nombre fue "el título de su novela y el dios de su culto". Corambé era el secreto de sus sueños, y durante largo tiempo su ideal religioso. Le construyó un altar y le ofreció sacrificios; su vida estaba llena por su constante presencia. Se hallaba al lado de ella observando su conducta, alegrándose o sufriendo con ella. Colocaba los regalos amorosos en su altar, pero Corambé jamás deseaba

sacrificios cruentos. Evidentemente le había prohibido entregarse a impulsos sadistas. Ella le contaba historias interminables, sueños y fantasías, pero Corambé no quería oír relatos de amor erótico. En las historias que ella contaba, hombres y mujeres aparecen siempre unidos tan sólo por lazos de amistad, simbolizando así su sexualidad reprimida.

Durante toda su vida el dios Corambé desempeñó el mismo papel. En su creación artística se hallaba en su pluma, en su tintero, era el objeto de su inspiración. Esta relación platónica con su dios se hizo más cálida y apasionada durante un éxtasis que tuvo. La rebelión de Aurore contra su abuela, después del desastroso desprecio de su madre, terminó siendo enviada la joven a un convento. Allí continuó siendo un "mal muchacho", al que se consideraba como un *diablo*. Un día, mientras jugaba cerca del cuadro de Ticiano que representa a Cristo moribundo, se sintió traspasada por la compasión, y experimentó un profundo dolor. Sintió un vértigo, y oyó una voz que gritaba "Tolle, lege", una alucinación reconocida por ella como tal. La muchacha experimentó un éxtasis perfecto. Sintió a Dios dentro de ella, latiendo en su corazón, circulando por sus venas. Fue inundada por el goce, Dios estaba en ella y ella estaba en él. La muchacha compara este milagro con la experiencia de Santa Teresa, salvo que con el dios Corambé, que era el padre, el hermano, la eternidad, jamás fue la esposa. Esto lo subraya perfectamente.

La historia del origen de Corambé es clara: el padre, tan ansiado, constituyó la figura ideal dotada de todas las virtudes que pueda conceder la imaginación. Era negado como objeto sexual, y la relación con él llegaba al plano de la creencia religiosa. El éxtasis experimentado y descrito por George Sand es un fenómeno con el que el psicoanálisis está muy familiarizado. Es una unión intensa e íntima con Dios el Padre, una forma sublimada —y casi puede decirse el polo opuesto— de unión sexual. La adoración religiosa de George Sand por Corambé es una continuación de su relación con el padre. En lugar de dar su amor a algún hombre de carne y hueso tal amor permaneció encadenado a sus sueños infantiles. La gran virtud de tal cumplimiento del deseo del divino Corambé parece radicar en que jamás le abandonó, y siempre estuvo a su lado. La palabra latina *coram*, significa "en presencia de". ¿No estudiaba George Sand asiduamente, por entonces, el latín? Pero el *-bé* no es claro. Intentaremos construir analíticamente este sufijo.

Cuando Aurore era pequeña y su padre estaba ausente, su

madre intentaba enseñarle el alfabeto. La pequeña mostraba aplicación y talento. Pero tenía una curiosa dificultad: la letra *be* no existía para ella. Durante largo tiempo se obstinaba en omitirla de la enumeración, y ni los ruegos ni los castigos podían corregir este error. "Quien dice *a* debe decir *b*", dice el proverbio. Sin embargo, cuando se le preguntaba por qué se negaba a escribir y leer la letra *b*, respondía con una curiosa obstinación. "Porque yo no conozco la *b*".

Me parece que la *b* reprimida en su infancia es idéntica a la *-bé* que posteriormente vino a ser el sufijo de *coram*. Toda la palabra significaría por tanto "en la presencia de *b*". Si la *b* reprimida en la infancia, se refiere al padre ausente, lo que ella difícilmente sabía en aquella época, se comprende con claridad por qué se dirigió a Corambé.

Esta unión con Corambé parece haber sido un gran obstáculo para su vida amorosa femenina. Todas sus aventuras amorosas, salvo la fracasada con Michel, tuvieron claramente el carácter de una relación madre-hijo. Su desastrosa aventura con De Musset es típica. Comenzó con una amistad, con la tierna unión de un muchacho de genio y una madre inspirada. Siempre le llamó "mi buen o mi mal niño". George Sand sentía que no había un peligro sexual con él, hasta que por bondad maternal cedió a sus lágrimas y accedió a su deseo sexual. De Musset fue siempre un "mimado de la madre" y su elección en el amor fue determinada por una unión neurótica con la madre.

Antes del viaje a Italia y de su famoso terrible epílogo en Venecia, ella le recibió de una manera maternal de las manos de la madre, con la promesa de vigilarle.

La primera fase de su relación siguió el modelo estereotipado. George Sand era la *bonne-maman*, cariñosa y solicita. En su papel de madre ella se abandonó completamente. Se identificó con el niño amado. Pero, de igual modo que la abuela fue separada de Maurice por una prostituta, así, en Venecia, De Musset comenzó a traicionar a la madre George con prostitutas. Él pretende que fue ella con su frialdad y con su interés por las cosas externas la que le impulsó a hacer esto. Ella lo niega. Ambos tenían razón. Ella hacia automáticamente todas las cosas de que él le acusaba, como resultado de una compulsión repetida. Él se comportó como un niño caprichoso e irritado que intenta atormentar a su madre. Cuando George cayó enferma, De Musset reaccionó como algunas veces reaccionan los niños; se sintió insultado y atacado. Luego llegó la

famosa noche de Venecia, cuando al lado del lecho de enfermo del delirante Alfred, George besó y abrazó al médico Pagello. Ella lo niega, pero su negativa es tan inaceptable como las acusaciones delirantes de Alfred, pues George Sand siguió algunas veces sus impulsos inconscientes tan ciegamente que no pueden sorprendernos las falsificaciones del recuerdo.

Cualquiera sea la verdad de este episodio, no puede ser simplemente el de una bondadosa madre en la relación madre-hijo. Su propia madre había cruelmente abandonado a George, y ella estaba obligada a abandonar y a producir, a su vez, desilusiones. La relación madre-hijo se revela claramente en una carta de De Musset que sólo admite una interpretación: "¿Piensas que eras mi amante? Tan sólo eras una madre. El cielo nos ha hecho el uno para el otro; sin embargo, nuestro abrazo era incestuoso."

En su deseo de amor, eternamente insatisfecho, George Sand pasa de un hombre a otro. Ninguna relación se logra, pues siempre encuentra un muchacho débil e infantil que necesita de ayuda. Lo que ella busca es el amor de un padre grande, fuerte, poderosamente divino. Este deseo tiene que ser reprimido y sublimado en forma de religión.

Su relación con Chopin fue una repetición de su relación con De Musset. Ayudó al muchacho tuberculoso tan sólo para ser atormentada, en su papel de madre, por sus celos apasionados. George Sand, en este caso, dedicó a él su corazón y alma amantes, pero, obediente a las siniestras exigencias de su inconsciente, rompió su frágil juguete. Buscando ardientemente al padre fuerte, encontró tan sólo el hijo débil; ella misma, desilusionada, desilusionaba a su vez; causó dolores, pero ella sufrió más amargamente.

El amor de toda mujer hacia un hombre se nutre de dos fuentes: su amor para su padre y su amor para su hijo, aun antes de que éste nazca. Estas dos formas de amor deben unirse y fluir hacia el mismo objeto. En el caso de George Sand ambas tendencias sufrieron grandes perturbaciones en su desarrollo. Sumergida desde sus primeros años en una vida de fantasía, mezcló las realidades del mundo externo con el contenido de su familia. Sus experiencias amorosas jamás pudieron libertarse completamente de esta ligadura. Todas las tendencias eran determinadas por los recuerdos infantiles, y únicamente podían conducir a la tragedia. Hasta su ensayo de salvar su femineidad por el matrimonio fracasó. Amó a su hijo Maurice como una madre, y, sin embargo, perturbó y com-

plicó esta relación por sus relaciones con hijos que no eran de su carne.

Deseando ardientemente la femineidad, cada nueva desilusión como mujer la llevó hacia la masculinidad. Era George Sand intelectualmente y "Piffœu" en sus emociones, Piffœu era el nombre que ella siempre se daba en su dolor inconsolable después de cada nueva pérdida de femineidad. *Bête mélancolique et abominable* (Bestia melancólica y abominable), así era como llamaba a su doble masculino a quien hacia responsable de su desdicha.

El desdoblamiento psíquico de George Sand puede verse en su vida amorosa y en sus sublimaciones. Aunque su personalidad intelectual era masculina, su obra creadora derivaba de otras fuentes que no eran sólo su inteligencia. Como novelista era femenino-intuitiva por excelencia; alcanzó al máximo la cualidad que hemos considerado característica de nuestro tipo femenino. En el giro de George Sand hacia sí misma, en su actividad dirigida hacia el interior, llegaba algunas veces hasta las fronteras de los estados crepusculares, y en sus novelas proyectaba sus propias experiencias psíquicas en figuras creadas según la imagen de su propio inconsciente.

Cuando descubrimos los componentes instintivos detrás de las sublimaciones, encontramos la confirmación de nuestro concepto referente a que su inteligencia ocultaba los componentes agresivo-masculinos, y su intuición poética, los pasivo-femeninos.

Para concluir recordaremos nuevamente las dos fotografías de Aurore-George Sand, antes mencionadas. Sugieren ciertamente el problema de la disposición bisexual, pero, de todos modos, nos inclinamos a considerar los motivos psicológicos como responsables del desdoblamiento de los componentes masculinos y femeninos. Cualesquieras puedan ser los hallazgos endocrinológicos del futuro, hemos visto, en el caso de George Sand, que su complejo de masculinidad era sólo una consecuencia de su frustrado impulso hacia la femineidad.

En George Sand hemos visto conflictos entre diferentes identificaciones, que no podían ser resueltos debido a la gravedad de las experiencias afectivas. En realidad, George Sand reaccionó a sus desilusiones amorosas huyendo hacia la masculinidad, pero las desilusiones mismas eran provocadas por su incapacidad para las experiencias femeninas.

Volvemos a enfrentarnos con un círculo vicioso. Una situación psíquica provoca la otra, y el orden se pierde gradualmente, de modo que la cuestión de si era masculina debido a que su femi-

neidad fue perturbada, o si su femineidad fue inadecuada debido a que se vio perturbada por una disposición masculina, carece en realidad de respuesta. Los psicoanalistas tienden a considerar el complejo de masculinidad o envidia del pene como la causa primaria de las dificultades psíquicas femeninas. Pero el examen de la vida de George Sand y de muchas otras vidas esencialmente semejantes, aunque menos fascinantes y menos ricas, muestran la inexactitud de esta hipótesis.

Pero si aceptamos que los seres humanos tienen orgánicamente disposiciones bisexuales, que mujeres y hombres se originan en una fuente primaria común, nos vemos obligados a concluir que en la economía psíquica del individuo los dos componentes, masculino y femenino, deben unirse para formar un todo armónico. El componente femenino predominará en las mujeres, y el masculino en los hombres. Cuando la armonía de las tendencias masculina y femenina se perturben en un individuo, surgirá un conflicto interno. Las fuentes de esta perturbación, como he intentado demostrar, son psicológicas.

La vida de una mujer bajo el choque del complejo de masculinidad no siempre es rica en desilusiones amorosas y en obras poéticas e intelectuales. En las mujeres que carecen de las dotes de George Sand la confusión de lo masculino y lo femenino asume formas más primitivas. La sublimación es reemplazada por agresión, y en sus relaciones con los hombres, tales mujeres usan el amor o la sexualidad instintiva como un pretexto para satisfacer sus agresiones e impulsos de venganza.

En muchas mujeres masculino-agresivas es el temor a los hombres, o el deseo de tomarse una anticipada venganza por la violación que esperan, lo que les conduce a una inversión agresiva de la situación normal; estas mujeres seducen, abusan y abandonan. Así escapan de la expectativa angustiosa y renuncian a la tierna y femenina satisfacción en favor de la masculinidad agresiva que imitan. Este estado mental conduce frecuentemente a la prostitución —no sólo en el sentido literal, sino también en el de la conducta psicológica—, lo mismo que una desilusión amorosa realmente experimentada y reprimida. Tales mujeres pueden seducir y desilusionar a un hombre tras de otro para tomar venganza de su propia desilusión. Siempre que encontramos la forma agresiva de la prostitución hallamos también otros signos de tendencias masculinas,

pero no debemos olvidar el tipo Carmen, que oculta su opuesto masoquista tras de sus agresiones.

En algunos de estos tipos de prostitutas, la masculinidad se manifiesta en la negación de la maternidad. Para ellas, como mujeres, la sexualidad tiene la misma significación que para los hombres, una descarga agradable sin la consecuencia de la maternidad. Esto no significa que la experiencia sexual de la mujer no siempre sirva inmediatamente a los fines del placer. Pero al subrayar la exclusividad del placer sexual, la negación activa del otro objetivo es, en las mujeres, masculina.

Esta valoración se expresa también en la actitud de los hombres, para quienes la prostituta significa lo opuesto de la madre. La experiencia sexual —emotiva de la prostituta, que es de ordinario frígida— se cambia por unas monedas, y en este caso sería un error explicar la codicia de la prostituta agresiva por motivos puramente económicos. El motivo económico es muchas veces primario, pero algunas veces, como en el caso del masoquista, es una realización de motivos sentimentales.

Volviendo a George Sand, tenemos ocasión de estudiar en ella otras formas de masculinidad. Su preferencia por los hombres jóvenes era totalmente personal y surgió de las experiencias de su infancia. Muchas mujeres eligen este tipo de relación no debido a la maternidad, como ocurría con George Sand, sino debido al deseo de ser varón, sentido en la pubertad. En tales mujeres la fantasía antes mencionada se afirma en esta realización. Probablemente así ocurría también con George Sand, y aumentaba sus otras motivaciones. Los disfraces de George Sand ante el espejo, personalizando unas veces un muchacho y otras una muchacha, nos proporcionan un ejemplo impresionante de esta doble naturaleza profundamente entrañada derivada de la bisexualidad, que busca la satisfacción en forma de juego.

Las mujeres que más tarde aman a hombres jóvenes dan a sus deseos de ser varones un carácter más grave a través de esta proyección. Mujeres muy femeninas y pasivas están inclinadas a conservar su deseo de masculinidad en esta forma. Al mismo tiempo suelen intentar, a través de esas selecciones eróticas, escapar del hombre masculino, particularmente peligroso para su masoquismo.

La vida mental es confusa, pues posee innumerables contenidos y sólo dispone de un número limitado de posibilidades de expresión. Por esa razón, cualquier suceso, acción y gesto puede expresar alguna cosa definida y su opuesto. Y como en la misma mujer pueden

aparecer, juntamente con la masculinidad más agresiva, las emociones femeninas más tiernas, el propósito de cada acción no siempre es claro.

En nuestra exposición del complejo de masculinidad hemos, pues, dejado a un lado la idea de la envidia del pene o el complejo de castración femenino. Examinaremos esta cuestión detalladamente.

En la terminología psicoanalítica, "el complejo de castración femenino" tiene una significación específica. Se refiere a los trastornos que derivan de la envidia al pene, los cuales demuestran que fundamentalmente las mujeres no renuncian al órgano masculino, y que sus ensayos para reprimir la envidia y deseo de su posesión quedan abortados. Los elementos reprimidos se manifiestan en diversas reacciones psíquicas, que en su conjunto constituyen el complejo de castración femenino. El material básico de este concepto ha sido proporcionado por Abraham<sup>1</sup> y más tarde por Freud<sup>2</sup> y van Ophuijsen<sup>3</sup>.

Abraham distingue dos tipos de reacción en las mujeres que no han dominado la envidia del pene: el tipo cumplimiento del deseo y el tipo revancha. La mujer del primer tipo es dominada por la fantasía inconsciente de que posee un pene e intenta asumir un papel masculino. En el curso de nuestra descripción de tipos hemos llamado la atención del lector hacia tales mujeres. Especialmente la mujer intelectual, con su típica hiperestimación de los valores intelectuales, cae dentro de esta categoría. Según Abraham, tales mujeres intentan realizar alguna cosa grande o masculina en el campo intelectual para compensar su falta de pene. El tipo vengador está lleno por el deseo de vengarse del hombre por sus ventajas. Numerosas dificultades de la vida erótica y diversos síntomas neuróticos son manifestaciones de esta actitud vindicativa. La descripción de Abraham de los diferentes tipos y el material sobre el que se basa su clasificación están por encima de la crítica, y la experiencia posterior ha confirmado ampliamente sus hallazgos. El mismo ha corregido su diferenciación algo rígida de los tipos cumplimiento del deseo y vindicativo subrayando el predominio de uno u otro componente en el mismo individuo.

<sup>1</sup> ABRAHAM, K.: *Manifestations of the female castration complex. Selected papers of K. Abraham*. London: Hogarth.

<sup>2</sup> FREUD, S.: *The taboo of virginity. Collected Papers*, vol. 4.

<sup>3</sup> OPHUIJSEN, J. H. W. VAN: *Contributions to the masculinity complex of women*. Internat. J. Psycho-Analysis, vol. 5, 1924.

Como los hallazgos de cualquier precursor, los de Abraham son en cierto grado unilaterales. En mi opinión ha subrayado excesivamente la envidia al pene en sus manifestaciones normales y neuróticas. Relaciona demasiado intimamente el deseo consciente e inconsciente de la mujer para desempeñar el papel del hombre con la fantasía que se refiere a la posesión de un órgano masculino.

Mi experiencia ulterior puede resumirse en el concepto de que los deseos masculinos de la mujer, y su dificultad para dominarlos, se deben a múltiples influencias psicológicas, en las que la envidia al pene debe desempeñar un papel, aunque no constituye una causa primaria. Aun cuando aceptamos la existencia de masculinidad latente en todas las mujeres, creemos que el desarrollo hacia la femineidad tiene lugar en virtud de un impulso constitucional. Las situaciones difíciles que deben ser resueltas en este camino pueden producir una predisposición para un efecto traumático, pero este efecto tiene lugar y dificulta el desarrollo hacia la femineidad tan sólo cuando las dificultades normales se acompañan de elementos particularmente agravantes. El trauma genital de la muchacha, el portentoso hecho de que en cierta fase de su desarrollo carece de un órgano adecuado para dar salida a las excitaciones internas, no puede ser la consecuencia de una experiencia externa. La mortificación narcisista, la envidia despertada por la experiencia real de ver el órgano masculino, deja una fuerte impresión, pero no puede hacerse responsable de todas las manifestaciones consiguientes positivas y negativas en el desarrollo femenino.

En nuestro concepto el trauma genital tiene una significación diferente. Es una inhibición del desarrollo biológicamente predeterminada, que abre el camino a la femineidad, y que al mismo tiempo crea una disposición traumática, como cualquier situación en que las fuerzas que actúan en direcciones opuestas tienen que combatir contra otras cosas. Nos referimos a los procesos descritos en el capítulo VI, procesos que se centran en torno al conflicto entre los impulsos instintivos y su inhibición. Esta fase del desarrollo y la "falta de un órgano" que lo caracteriza, crean una capacidad pre-disponente-traumática para la envidia al pene, así como para las experiencias subsiguientes que también son dominadas en el desarrollo normal.

La visión del órgano sexual masculino puede tener un efecto traumático, pero sólo en el caso de que haya sido precedida por una larga cadena de experiencias previas para crear este efecto, y que el proceso inhibidor haya encontrado dificultades. No es casual que la

envidia al pene se acompaña, de ordinario, de agresiones intensificadas. Estas agresiones, en nuestro concepto, se intensifican no como una consecuencia de la envidia al pene, sino como el resultado de la rabia y la excitación acumulada en el desarrollo anterior. Los motivos de estas emociones varían; pueden, por ejemplo, expresar sentimientos de envidia que antes estaban presentes. Una muchacha pequeña puede sentirse muy celosa de sus hermanas y hermanos, y el órgano "extra" del hermanito puede servir para desencadenar reacciones agresivas. La experiencia visual de la diferencia anatómica puede entonces dotar a estas reacciones de un carácter envidioso particular.

El hecho de que el muchacho posea un órgano que realmente puede ser tocado, y tenga así la posibilidad de transferir el proceso psicológico a un proceso material, real, crean en la muchacha un oscuro sentimiento de que el muchacho puede administrar sus impulsos y ansias sadistas y dominar mejor que ella la lucha contra la masturbación. La tendencia humana general a proyectar peligros internos fuera de uno mismo para dominarlos de un modo más eficaz, parece desempeñar también un papel en la valoración envidiosa del órgano masculino.

Las manifestaciones típicas que acompañan la envidia al pene son siempre las mismas: primero, la muchacha acusa a su madre (más rara vez a su padre) de haber sido engañada; segundo, se acusa a ella misma de haber destruido su pene por la masturbación; tercero, teme que esté oculto en el interior del cuerpo y espera ansiosamente (o llena de esperanzas) a que se desarrolle más tarde.

Sin embargo, debido a que la envidia al pene es por sí misma un acompañamiento a otros procesos, el predominio de uno u otro de sus componentes depende de la situación en su conjunto. Si las agresiones intensificadas están dirigidas contra la madre, la acusación es dirigida contra ella; si la muchacha espera pruebas de cariño de su padre que no le son dadas, o si él ha asumido la función punitiva, su resentimiento, sus protestas y las tendencias vindicativas serán dirigidas contra él.

Si la fantasía de la muchacha está preocupada con procesos que tienen lugar dentro del cuerpo (por ejemplo, si se interesa por la preñez de la madre), sus ideas con respecto al órgano sexual serán dirigidas hacia el interior del cuerpo; en otras palabras, presentará la usual fantasía cargada de ansia de que el pene está oculto en el interior. La reaparición de esta idea en la pubertad proporciona

muchas veces el motivo del deseo obsesivo de ser operada. Podemos suponer que la afirmación de Nancy de que "alguna cosa permanecía en su cuerpo después de su operación" se refería no sólo a la fantasía de preñez, sino también a un objeto aún más oscuro.

Una muchacha pequeña y dulce cuyas fantasías se dirigen hacia el cumplimiento en el futuro esperará también un ulterior cumplimiento de su envidia al pene.

Es característico que las muchachas con predisposición obsesivo-neurótica tiendan a presentar reacciones agresivas de envidia al pene, mientras las predisposiciones al histerismo tienen la esperanza de un desarrollo futuro; el desplazamiento de las fantasías deseadas hacia el futuro es en general un síntoma de histerismo. De la presencia de autoacusaciones es posible no sólo reconocer la influencia de la masturbación, sino también inferir una ulterior tendencia a reacciones de culpa.

De un modo o de otro, no hay mujer en la que no pueda descubrirse algunas huellas de trauma genital en la forma de envidia al pene. En algunas mujeres esas tendencias no son activas, en otras contribuyen a la formación del carácter y producen síntomas neuróticos.

El complejo de masculinidad y la envidia (o deseo) del pene no son conceptos idénticos, aunque se condicione naturalmente de modo reciproco. Una mujer adulta que por ambición o por otras razones alberga un deseo racionalizado consciente de masculinidad habrá sublimado desde hace largo tiempo el deseo de un órgano genital masculino activo. Sus acusaciones se dirigen entonces contra el orden social o contra su propia incapacidad para hazañas masculinas. No ocurre así con el deseo inconsciente de masculinidad: en este caso, hasta cuando no se engendra en la envidia al pene, se acompaña más o menos por un deseo inconsciente de poseer un órgano masculino. George Sand siempre estaba triste cuando recordaba la canción de las ramas de laurel o su caída de los brazos de la niñera. Ella misma quedaba sorprendida por la peculiaridad del alma humana que podía depender de tan triviales recuerdos. Hasta en las mujeres menos masculinas tales recuerdos sirven como centros en torno a los cuales se forma el complejo genital. Los acontecimientos que en muchas ocasiones refieren no han tenido lugar; los falsos recuerdos surgen de la necesidad de dar al trauma genital un contenido realista.

Existen también mujeres en las que el deseo del pene o el deseo de ser hombres adquiere una forma directa y primitiva. Se visten

como los hombres, actúan como ellos y combaten con o contra los hombres en lugar de dejarse amar; despliegan su deseo activo de castración para el otro sexo en una forma no velada, y en su caso no hay que buscar mucho para encontrar los signos de la envidia al pene. Las generaciones anteriores usaban el pelo corto como un signo de su "protesta masculina", aplastaban sus senos, y únicamente estaban interesadas por actividades que eran consideradas inconvenientes para el sexo femenino. Tales mujeres se habían alejado realmente de la femineidad, y constituyan un tipo en que era posible sospechar que el deseo de masculinidad estaba constitucionalmente determinado. Sus antiguos prototipos son las Amazonas; puede verse que la naturaleza de estas mujeres ha sido conservada a través de los siglos, y que afirman su existencia independientemente de los regímenes sociales. En nuestros días esta forma del complejo de masculinidad es extraordinariamente rara, pues las muchachas modernas pueden actuar y luchar en una forma mucho más razonable y socialmente aceptada.

Otra forma del deseo del pene parece paradójica, debido a que permanece dentro del terreno femenino. La cosa más femenina de una mujer es el deseo de un niño. Este deseo femenino puede, sin embargo, asumir una forma masculina si la mujer desea probar, mediante su hijo, que es capaz de crear alguna cosa por su propia actividad, y que el niño es un producto de su cuerpo engendrado únicamente por ella. Una fantasía que yo llamo "partenogenética" es la siguiente: "Tengo un niño únicamente mío, soy su madre y su padre. No necesito ni deseo un hombre para que engendre este niño." Esta fantasía suele surgir en la pubertad. El psicoanálisis revela que la vida fantástica de tales mujeres no se llena por el deseo maternal de un niño, sino que ellas desean compensar las ventajas somáticas por una proyección positiva de su cuerpo. En esto, el papel desempeñado por el hombre se reduce a un minímo insignificante. Tal deseo masculino en las mujeres se manifiesta en forma de variadas fantasías y acciones.

Es característico que esta fantasía llegue a ser un deseo completamente consciente en cierto tipo femenino que se esfuerza por la masculinidad. En ocasiones, aunque es raro, esta fantasía se realiza realmente cuando la mujer tiene un hijo con el primer hombre que se cruza en su camino; su papel se limita a fecundarla. Una mujer de este tipo atravesó el mar con la intención completamente consciente de ser fecundada por un desconocido, y realizó su proyecto. Otras mujeres muy inteligentes tienen relaciones sexuales con un

sirviente "para tener su propio y robusto hijo". Muchas madres no casadas tienen hijos debido a ese deseo inconsciente, que tiene el carácter de una compulsión<sup>1</sup>. Estas experiencias han demostrado que residuos de masculinidad, o el deseo de un órgano masculino, pueden tomar una forma femenina y hallarse ocultos tras la actitud más maternal, más femenina.

Una contribución interesante a esta fantasía se debe a Antoinette Bourignon, una monja que vivió en el siglo XVII. Bosquejó teorías religiosas científicas, según las cuales la humanidad se salvaría cuando las mujeres lograsen la capacidad de tener hijos por sí mismas, sin la intervención de los hombres. "Este estado de inocencia", escribe, "no es el de sexualidad, sino una especie de hermafroditismo" (*Cet état d'innocence n'est pas celui de l'osexualité, mais une sorte d'hermafroditisme*). Sus biógrafos refieren que esta monja solía asociar su actividad intelectual-productiva con dolores físicos que tenían el carácter de dolores de parto. "Sentía grandes dolores corporales y violentas contracciones semejantes a las de un parto" (*Elle ressentit de grandes douleurs corporelles et comme de pressantes tranchées d'un enfantement*)<sup>2</sup>.

En las mujeres sanas normales, el trauma orgánico crea una predisposición a ulteriores reacciones traumáticas. La antigua situación traumática en la que la mujer no tiene salida para desviar sus excitaciones, reaparece en todos los casos cuando aumenta la tensión entre el deseo y la capacidad de hacer alguna cosa cuando la mujer tiene que enfrentarse con difíciles conflictos internos o externos, o cuando se movilizan tendencias regresivas. A estas dificultades reacciona también con ansias e impotencia, por una parte, y con impulsos agresivos intensificados, por otra, y muestra claramente residuos de la envidia al pene.

Los fantasmas incompletamente dominados del pasado aparecen en todas estas situaciones en que la mujer cumple sus tareas biológicas y prepara su cuerpo para ellas. La pubertad, todas las funciones reproductivas y el climaterio, son las situaciones femeninas en que se moviliza el antiguo trauma y normalmente se domina. La naturaleza da a la mujer abundantes oportunidades para exorcizar estos fantasmas en la experiencia real y activa de la maternidad.

<sup>1</sup> DEUTSCH, H.: *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*.

<sup>2</sup> REINACH, S.: *Colles, mères et religieuses: une mystique au XVII<sup>e</sup> siècle*. Cit. por H. Deutsch, op. cit.

## CAPÍTULO NOVENO

## HOMOSEXUALIDAD

PODEMOS distinguir dos grupos de mujeres homosexuales. El primero comprende aquellos individuos que presentan pronunciados rasgos masculinos en la elección de los objetos, así como en todas las restantes manifestaciones de la vida. La estructura física de las mujeres que pertenecen a este grupo puede ser también más o menos masculina. En algunas, la estructura de los órganos sexuales tiene carácter hermafrodita. En otras nos encontramos con anormalidades más o menos marcadas de los caracteres sexuales secundarios. Tal masculinización puede afectar una gran parte de la estructura del cuerpo o sólo partes aisladas, como las cuerdas vocales, el desarrollo del vello, etc. Muchos casos tan sólo se caracterizan por la ausencia de ciertas características sexuales femeninas, por ejemplo las mamas. Aparte de tales causas orgánicas de su homosexualidad, dichas mujeres presentan muchos problemas psicológicos. Esto no es sorprendente, pues el veredicto biológico sólo se dicta durante la pubertad, mientras su educación y desarrollo previos han seguido las líneas de la femineidad.

El segundo grupo de mujeres homosexuales comprende aquellas que no muestran signos físicos de anormalidad, y cuyo cuerpo es completamente femenino. Las causas de su inversión son sin duda psicogénicas. En estos casos la pubertad es el periodo de la decisión sexual. La observación de las tendencias bisexuales en la pubertad ha permitido hacer algunos descubrimientos importantes. Se ha observado, por ejemplo, que el objeto homosexual elegido no siempre expresa masculinidad. La pasión típica de este periodo, el amor ardiente de las muchachas jóvenes hacia sus amigas, puede, a pesar de su carácter homosexual, tener un contenido completamente genuino. El amor puede también ser pronunciadamente masculino y las tendencias bisexuales encontrar refuerzos masculinos en diversas fuentes psicológicas (temor a la heterosexualidad, identificación con el padre, hermano, etc.).

La homosexualidad que se manifiesta en la vida ulterior es de ordinario una continuación de esas tendencias de la pubertad y permanece dentro de la trama de la femineidad o asume un carácter

más o menos masculino. Estas diferencias pueden ser predeterminadas ya antes de la pubertad. Pero, de ordinario, los cambios más grandes y decisivos tienen lugar en el momento de la maduración sexual. Una muchacha pequeña o una muchacha en la prepubertad puede expresar su violenta protesta contra su femineidad en la forma salvaje que se conoce con el nombre de marimacho, y, sin embargo, puede presentar la más tierna femineidad durante la pubertad. Inversamente, hasta las muchachas muy femeninas pueden, en ciertas circunstancias, capear las tormentas de la pubertad dirigiéndose hacia la masculinidad y eligiendo un objeto libidinoso femenino.

El concepto de que la homosexualidad femenina está en la mayoría de los casos determinada psicológicamente, recibe un apoyo en el hecho de que muchas mujeres, cuyo objeto amado sexual es del mismo sexo, no dan la impresión de que sus características psicológicas hayan sufrido cambios en la dirección de la masculinidad. Otro hecho digno de mención, que se refiere a la motivación psicológica compleja en la elección del objeto anormal, es que muchas mujeres, cuya total personalidad emotiva es masculina, eligen, de todos modos, hombres como sus objetos —muchas veces hombres muy masculinos—, e, inversamente, mujeres femeninas y pasivas eligen mujeres, algunas veces de una forma completamente exclusiva. Por otra parte, parece que las mujeres homosexuales, con una disposición estructural somática más bien marcadamente bisexual, suelen también mostrar definidos intereses masculinos, intentan seguir profesiones masculinas, subrayan su masculinidad y son masculinas en toda su vida afectiva. En este caso se acepta la existencia de un factor biológico, que se manifiesta en la dirección sexual; entonces la homosexualidad se explica por los procesos biológicos. Las características sexuales masculinas aisladas pueden, sin embargo, conducir fácilmente a la falsa deducción de que en estos casos la homosexualidad corresponde a un factor biológico, aunque en realidad se trata de una manifestación puramente psicológica. Este punto queda perfectamente ilustrado por los dos ejemplos siguientes.

Tuve ocasión de observar una mujer soltera de 30 años que gustaba llevar indumento masculino, seguía profesiones masculinas y admitía abiertamente su homosexualidad. Su estructura somática era femenina, salvo en su voz, que era como la de un hombre. El examen más detenido reveló que no existía una anormalidad orgánica responsable de la conducta masculina. Sus características voca-

les la llevaron a pensar, ya en su juventud, que debía haber sido varón, y que nadie podría amarla; ya cuando era niña había sido ridiculizada y había sufrido grandes desilusiones al comportarse como correspondía a su sexo. Despreciando y renunciando a su feminidad resolvió ser hombre; su homosexualidad expresaba no la existencia de un impulso orgánicamente determinado, sino una necesidad sentimental de amar, y al mismo tiempo pretendía evitar su inferioridad como mujer. Otro ejemplo es el caso de un legionario polaco de la primera guerra mundial, que, cuando fue herido, pudo descubrirse que era mujer, siendo entonces sometido a un tratamiento psiquiátrico. Esta muchacha de 18 años tenía pronunciadas características sexuales secundarias masculinas (bigote, carencia de mamas, etc.), y como la muchacha se sentía inferior como mujer, subrayaba su masculinidad y forjaba muchas fantasías acerca de hazañas heroicas que le podrían hacer famosa y compensarla de su falta de encantos femeninos. Se unió al ejército como enfermera; más tarde, acudiendo a ciertas estratagemas, consiguió ocultar su sexo y hacerse soldado. Al parecer, una vez que satisfizo su masculinidad, su naturaleza femenina se afirmó más fuertemente que antes pues se enamoró de otro soldado. Sus compañeros creían que era homosexual, pues ella —en aquella época “él”— no podía ocultar sus sentimientos eróticos. Las relaciones heterosexuales, que pudo seguir en su ulterior desarrollo, tuvieron un resultado favorable.

En estos dos casos —como en muchos otros— las características sexuales masculinas ejercen una fuerte influencia psicológica, sin ser la causa primaria de los sentimientos sexualmente masculinos. Estas mujeres se protegen de su inferioridad femenina subrayando la otra tendencia. Otras, por el contrario, niegan su masculinidad hasta cuando son impulsadas en esa dirección por su estructura biológica. Por lo que se refiere a este punto, es muy instructiva la siguiente observación personal de una mujer andrógina, cuyas tendencias homosexuales tenían una base somática perfectamente clara.

Se trataba de una muchacha de 25 años, de construcción delicada y características muy femeninas, pero con una voz profunda y abundante vello en la cara. Entre sus amigas su conducta era irreprochablemente femenina; se vestía coquetamente, y ensayó todos los procedimientos para eliminar el vello de su cara, quejándose muchas veces amargamente de su constitución orgánica. Miembro de una organización internacional, era muy eficaz y ejecutiva, des-

arrollando gran energía en el campo elegido, y en toda su conducta profesional, a pesar de sus protestas, revelaba un carácter absolutamente masculino-activo. Con gran sorpresa de todas las muchachas que le rodeaban se enamoró de una mujer casada y con hijos, de algunos años más que ella, y cuyo nivel mental estaba seguramente por debajo del de esta muchacha extraordinariamente inteligente. Su pasión se centró en torno a la fantasía de que la mujer que ella había elegido como objeto amado debía ser salvada de su marido, que era indigno de ella. La muchacha desplegó una colossal energía en su cortejo, sus intenciones de salvarla eran compulsivas, e intentó secuestrar a su amada mediante una estratagema. Esta conducta nos recuerda mucho ciertos tipos de hombres descritos por Freud<sup>1</sup>. Uno de estos individuos se entregó a una fantasía de salvación. El hombre eligió a una mujer despreciable como su objeto amado; estaba convencido de que su amada le necesitaba, y que por su amor debía salvarla de la prostitución. Freud describe también un tipo de hombre que sólo podía amar a las mujeres cuando otro hombre, de ordinario el marido, podía reclamarlas como de su propiedad.

La muchacha de cuyo caso estamos describiendo se enamoró de un modo que representaba una combinación de las tendencias eróticas de estos tipos de hombres: eligió a una mujer respetable como objeto amado, pero tenía que salvarla de su indigno marido.

En cierto momento su ardiente persecución se hizo pública, y el marido de la perseguida denunció al amante agresivo que quería perturbar su vida matrimonial intentando arrastrar a su mujer a las relaciones homosexuales. El epílogo fue inesperado. El caso despertó el interés de un conocido sexólogo, quien descubrió que la muchacha en cuestión era un hermafrodita verdadero, y consiguió transformarla en hombre por una operación. El buen resultado de la operación fue confirmado cuando la mujer a quien la “muchacha” había cortejado se divorció de su marido y se casó con el “nuevo hombre”, que logró fecundarla. Este nuevo hombre declaró que no tenía la menor idea de su peculiar estructura y que se consideraba como una mujer homosexual. Más tarde escribió y publicó un libro titulado *The girlhood years of a man*.

Freud publicó un ensayo titulado “Psicogénesis de un caso de homosexualidad en una mujer”<sup>2</sup> donde describe la historia amorosa de una joven casta que se enamoró de una prostituta de clase elevada,

<sup>1</sup> FREUD, S.: *Contributions to the psychology of love*. Collected Papers, vol. 4.

<sup>2</sup> Internat. J. Psycho-Analysis, vol. 1, 1920.

y que tenía las mismas aspiraciones de salvarla que dicho autor ha descrito en los hombres.

La conducta en nuestro caso me recuerda, en cierto grado, la de la enferma de Freud, cuya manera de amar era, según Freud, fuertemente masculina. Dicho autor deja sin responder a esta pregunta: la muchacha que describe *era homosexual como una consecuencia de su constitución, o la inversión había sido causada exclusivamente por los motivos psicológicos que Freud descubrió durante su análisis?*

Desde un punto de vista psicológico tendría gran interés saber si todo el desarrollo del hombre-mujer antes mencionado siguió una línea recta, o si la intensificación del impulso sexual en la pubertad fortaleció las tendencias masculinas —como ocurre con los muchachos— o si las influencias del medio y la suposición del enfermo de que era una mujer se manifestaron de alguna manera, a pesar de su constitución anatómica. Notemos que la persona en cuestión, aunque orgánicamente era un varón con abundante bozo, desplegaba muchas características femeninas en su conducta.

De los dos casos anteriormente descritos, concluiremos que los factores fisiológicos no son siempre total y directamente responsables de la conducta masculina y homosexual de las mujeres, y que los motivos psicológicos desempeñan cierto papel. Inversamente, de nuestro último caso se deduce que si nos encontramos con una conducta erótica en una mujer homosexual en la que la actividad y la agresión son predominantes, debemos tomar en consideración las causas psicológicas. Éstas pueden intervenir, aun cuando los signos orgánicos sean menos manifiestos que en el sensacional caso antes expuesto.

Los experimentos que ligan las funciones sexuales con los factores hormonales químicos, llaman más o menos nuestra atención en esta dirección. Ya no explicamos las manifestaciones de la bisexualidad por un hecho innato orgánico y fijo, sino por una predisposición, estimulada o inhibida por influencias hormonales, que actúan en una u otra dirección.

Durante los años de la pubertad, el destino de los impulsos sexuales queda decidido, y de ordinario el desarrollo de las características sexuales secundarias se combina con la orientación hacia el otro sexo. Esta decisión depende de influencias biológicas y psicológicas, y puede esperarse que nuestro conocimiento de la relación de los dos factores pueda algún día ser tan amplio y claro que no haya que discutir qué factor es el primario y cuál el secundario. En este lugar

nuestra tarea se reduce a investigar los procesos psicológicos que son de esperar en el desarrollo de la homosexualidad femenina, sin tener en cuenta que existan factores biológicos que contribuyan o hasta determinen el resultado final.

De todos modos, se sabe que la pubertad normal engloba una fase en la que el impulso sexual se dirige más o menos hacia ambos sexos. Esta fase es precedida por otra en la que el interés erótico del individuo parece dirigirse a su propio sexo más que al opuesto. Este estado de bisexualidad u homosexualidad puede extenderse más allá de la pubertad, y la inclinación hacia los individuos del mismo sexo puede permanecer predominante o hasta excluir la inclinación hacia los individuos del sexo contrario. En el primer caso las mujeres eligen para su asociación erótica unas veces individuos del mismo sexo y otras del sexo opuesto; en el último su elección es siempre completamente homosexual. Por tanto, la homosexualidad, en forma y contenido, aparece como una continuación de las experiencias de la pubertad, intensificadas y elaboradas.

Puede ser útil lanzar una mirada retrospectiva y recordar los procesos de la pubertad más importantes para nuestro tema. Hasta en la pubertad, el objeto que atrae el mayor interés emocional de la muchacha es otra muchacha, una especie de doble de su propio yo. Esta relación proporciona diversas ventajas a la débil personalidad de la muchacha que se está desarrollando, particularmente cierta protección contra los lazos demasiado fuertes con los miembros de su familia, especialmente la madre; de todos modos, su propio yo interno es fortalecido y se siente más seguro entre los adultos, como consecuencia de la asociación con su amiga. Esta relación es un ejemplo típico de elección amorosa narcisista, es decir, amar a un ser con el cual se identifica y con el cual el amor a sí misma puede ser satisfecho. El aprendizaje en común referente a las cosas prohibidas dota a estas relaciones de un carácter excitante, y el contenido de los secretos comunes les confiere carácter sexual.

La continuación de tales relaciones en la vida ulterior constituye la forma más ingenua y menos complicada de la homosexualidad femenina. La satisfacción de cambiar secretos y la curiosidad sexual se dirige hacia otros problemas, según el nivel cultural de las amigas. Los objetos pueden cambiar, pero la condición de esta relación permanece la misma. "Mi mejor amiga" es aquella a quien pueden ser confiados los más íntimos secretos, y de la cual se esperan análogas confidencias; las mujeres se alian con sus amigas frente a las otras personas, de ordinario frente a los miembros de su familia, y consi-

deran los triunfos y fracasos de sus amigas como si fueran propios, etcétera. Mediante la identificación, las mujeres pueden alegrarse por los triunfos de su alter ego, y así alivian la presión de sus sentimientos de inferioridad. Y también crean un pequeño mundo, representado por su amiga, que admira sus propios méritos, aunque sean modestos. En este intercambio de afecto y admiración, en este reciproco ajuste de las exigencias y en este alivio de los sentimientos de inferioridad, cometiendo juntas los pecados y concediéndose reciprocamente la absolución, encuentran satisfacción y seguridad. El elemento sexual de esta relación suele permanecer inconsciente, pero la mutua ternura muchas veces tiene un carácter erótico.

Esta unión de dos personas del mismo sexo puede adquirir diversas formas; la más mitigada es la más frecuente. No excluye una relación heterosexual, y tal amistad no siempre desaparece cuando las compañeras se casan. También entonces persiste en dicha relación el carácter propio de la pubertad. Muchas veces sorprende hasta qué punto mujeres discretas y bien educadas confiesan sin el menor embarazo, y con manifiesto placer, los detalles más íntimos de su vida de casada a su amiga. Si no hay nada excitante en esta relación, algunas veces —lo mismo que en la pubertad— provocan o inventan experiencias para gozar contándolas secretamente a su amiga.

Esta forma de homosexualidad más inocua es un rasgo infantil que afecta toda la personalidad o representa simplemente una inhibición parcial sin otras manifestaciones. Los otros componentes de la personalidad pueden ser más maduros.

La siguiente forma de homosexualidad significa también amor hacia una muchacha de la misma edad o de algunos años más. La relación de las dos muchachas propia de la avanzada pubertad se halla en un nivel más adulto y es más complicada que en la prepubertad y la primera pubertad; las manifestaciones son variadas, llenas de conflictos y ambivalencia. La relación puede tener el carácter de una amistad completamente sublimada, o su contenido puede ser tierno, erótico y algunas veces hasta abiertamente sexual. Esta relación entre dos muchachas de la misma edad que se continúa en la vida ulterior, siendo muchas veces extraordinariamente apasionada, suele tener lugar dentro de la trama de la bisexualidad no resuelta. La pregunta "¿soy un hombre o una mujer?" —la falta de resolución que hemos mencionado antes— continúa inconscientemente más tarde al preguntarse: "¿amaré a un hombre o a una mujer?" El antagonismo de estas tendencias que reciprocamente se excluyen termina en el predominio de una o en un compromiso. Los dos com-

ponentes pueden también subsistir con igual vigor en un individuo, y en este caso el conflicto continúa sin resolverse. Como consecuencia de esta falta de resolución interna, se mezclan varias tendencias. La rivalidad de fuerzas antagónicas puede conducir a un resultado en favor de la homosexualidad o de la heterosexualidad. El resultado normal o anormal representa un paralelogramo de varias fuerzas; la unidad es tan sólo aparente. La observación analítica muestra que esta unidad no expresa una verdadera decisión interna, un triunfo de uno de los dos componentes de la bisexualidad, sino que contiene fuerzas que sirven al otro componente. Si el resultado es normal, es decir, la heterosexualidad, se presentan inhibiciones o síntomas en los que el análisis descubre el componente homosexual reprimido, lo mismo que en la homosexualidad descubre los elementos heterosexuales.

Nuestros conocimientos psicológicos encuentran una ayuda en el hecho de que muchas mujeres manifiestamente homosexuales son muy introspectivas; esto les capacita para confirmar directamente los hallazgos laboriosos del psicoanálisis.

En otras mujeres cuya homosexualidad parece haber sido reprimida, y que sólo se manifiesta indirectamente por trastornos de su vida erótica heterosexual, el intento de abordar el problema de la homosexualidad tropieza con una resistencia que es extraordinariamente difícil de vencer. Estas mujeres insisten en que jamás han amado a otra persona del propio sexo, que odian a sus madres, que toda su vida han evitado la íntima asociación con sus hermanas y que siempre han sentido interés por los hombres, aunque de ordinario el resultado ha sido poco satisfactorio.

Gradualmente llegamos a saber por qué ocurre esto. Citaremos únicamente un caso especial como ejemplo: se trataba de una mujer que sentía ardientes celos por otra mujer de un tipo determinado, que al parecer se presentaba casualmente en la escena como rival, cada vez que la primera parecía seriamente interesada por un hombre, y de este modo le robaba repetidamente su relación heterosexual. El análisis reveló que el interés de la mujer por su rival era anterior a su interés por el hombre, que sólo servía como una desviación. En este caso, la atracción homosexual reprimida tomaba la forma de celos que daban lugar al interés pseudo-heterosexual. La aparición de las tendencias homosexuales reprimidas en forma de celos ha sido descrita por Freud<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> FREUD, S.: *Certain neurotic mechanisms in jealousy, paranoia and homosexuality*, Collected Papers, vol. 2.

En las formas menos reprimidas, la ternura amorosa se reconoce, pero se niega el componente sexual. El amor homosexual está de ordinario más apasionado y más violentamente ligado al objeto que el amor heterosexual, hasta cuando carece del deseo de satisfacción sexual directa. Esta forma de homosexualidad es mucho más frecuente entre las mujeres que entre los hombres; es menos notable y jamás se pone en conflicto con la ley, la cual, como la opinión pública, tiene más confianza en el carácter platónico de la homosexualidad femenina que en el de la masculina. La pasión se desarrolla, por así decir, dentro de las cuatro paredes, y, a pesar de su violencia, su aspecto sexual muchas veces permanece oculto permanentemente. La propensión de la mujer para sublimar su sexualidad en un erotismo de objetivo inhibido, se manifiesta especialmente en su homosexualidad.

Volviendo a la cuestión de la pubertad, recordaremos que en este periodo las tendencias homosexuales se dirigen hacia dos tipos de personas: una muchacha de la misma edad o algo mayor, y una mujer madura. El carácter de la última varía: en algunos casos es una áspera maestra, en otros una suave e idealizada figura superior. Ambos objetos elegidos tienen la misma atracción. Son concebidos como seres perfectos. Otras muchachas, sin embargo, se enamoran apasionadamente de una mujer sexualmente despreciable; éste era el caso, por ejemplo, de la enferma descrita por Freud. Estos tipos de elección amorosa continúan en la vida ulterior de diferentes formas.

El grado de conciencia e inconsciencia de la tendencia homosexual no es de decisiva importancia para determinar su intensidad u origen. Además, la perversión afecta muchas veces a mujeres que pueden fácilmente satisfacer deseos heterosexuales; sin embargo, o no tienen tales deseos, o la satisfacción de ellos, en lugar de producir felicidad, sólo intensifican su deseo por su propio sexo.

Nos hemos referido repetidamente a la disposición bisexual, y desde un punto de vista psicológico disponemos de suficientes pruebas de su existencia. En la pubertad esta disposición se manifiesta con mayor intensidad, pero muchas veces aparece al principio en una forma ingenua. En George Sand, por ejemplo, se manifiesta cuando, siendo una niña pequeña, desenvolvía su bisexualidad frente al espejo. Para transformar el juego en un fenómeno más serio, la bisexualidad constitucional debe combinarse con motivos psicológicos, que hacen imposible un resultado final favorable. El papel del desarrollo psicológico no es resolver completamente esta falta de resolución; su tarea es tan sólo distribuir cuantitativamente las ten-

cias bisexuales normales, y dirigir esos componentes que conducen a la homosexualidad hacia objetivos ventajosos para el individuo femenino y para su sexualidad normal. Hemos subrayado la importancia de una asociación favorable con una persona del mismo sexo, especialmente en las primeras fases de la pubertad. Esta asociación es importante, no sólo debido a que constituye un escudo protector contra un retorno regresivo a la madre, sino también debido a que el componente homosexual se desarrolla más favorablemente que cuando es reprimido o está ausente. En tal relación, el inútil exceso de las tendencias homosexuales puede ser mejor aprovechado. Esto tiene lugar en parte por su satisfacción, en parte por su sublimación, en parte por la manifestación de sentimientos ambivalentes relacionados con la madre, etc. La experiencia nos enseña que cierta actividad real constituye la mejor protección contra las excesivas fantasias, y por tanto también contra el desarrollo anormal de las tendencias homosexuales.

La bisexualidad innata como terreno biológico del triángulo adquiere una significación anormal únicamente si intervienen influencias desfavorables. Aquí no nos ocupamos de aquellas personas en las cuales, como en nuestro caso de hermafroditismo, los procesos fisiológicos han causado una desviación del desarrollo sexual. En cambio, dedicaremos nuestra atención a los motivos psicológicos que se han considerado responsables de la homosexualidad femenina. Hasta en la pubertad más normal, los deseos sexuales aún inconscientes de la muchacha en el triángulo psicológico oscilan entre los dos polos de la bisexualidad, entre la atracción y la repulsión. Perspectivas del cumplimiento del deseo son el polo de atracción; la frustración, la ansiedad y la movilización de los sentimientos de culpa son el polo de repulsión. Debido a la complejidad de todos los procesos psicológicos, la atracción y la repulsión no están igualmente distribuidas; actúan en ambas direcciones, y de aquí la constante ondulación que se expresa en la irresolución sexual antes descrita. Uno de los peores resultados posibles de esta ondulación es un estado de suspensión constante en un narcisismo sin objeto. Muchas de las perturbaciones afectivas que aparecen en la pubertad, como la insensibilidad, la despersonalización, etc., corresponden a esa falta de resolución ante una elección de objeto heterosexual y homosexual, y la consecuencia es una petrificación de la vida afectiva. Cuanto mayor sea el temor a las exigencias reales de la vida sexual, mayores serán los efectos de la falta de resolución interna, más elementos regresivos intervendrán en la vida emotiva, y más rasgos de los

antiguos lazos con los padres se encontrarán respecto a las personas que intervienen en el triángulo fantástico. En cualquier intento de comprender estas fantasías y deseos amorosos, la elección de los objetos amados dependerá de los lazos aún existentes e intensificados con los padres.

El vigor y el efecto continuado de este lazo dependerá sobre todo de los acontecimientos reales de la pubertad. En este período de la vida, el papel de los padres es aún muy real, y su transferencia a otras personas se presenta con regularidad. Recordemos las experiencias traumáticas de Helen y de Evelyn. Tales experiencias tuvieron lugar completamente dentro de la estructura de la familia. Así, uno de los polos antes mencionados es el padre o su sustituto. El otro, la madre o su sustituta. El destino subsiguiente del triángulo es determinado por la sensibilidad de la muchacha para la frustración amorosa, por su propensión para las fuertes reacciones de odio y su hipercCompensación por el amor, por sus temores hacia aquéllas o hacia ésta, por los elementos de erotismo en su ternura para sus padres y por los sentimientos de culpa en su hostilidad hacia ellos. En otras palabras, la suma total de estos sentimientos determinará el efecto de la atracción o repulsión de los dos polos. Las experiencias traumáticas de la pubertad, que constituyen el factor esencial para provocar la decisión sexual hacia la homosexualidad o heterosexualidad, dependen particularmente de sucesos dentro de la familia. Por ejemplo, el nacimiento de un nuevo niño durante la pubertad de la muchacha, puede tener fuertes efectos traumáticos. Ya hemos hecho notar otra situación traumática. El timido rechazo del padre para su hija que se está desarrollando. El fracaso de la relación sublimada entre los dos puede dañar profundamente a la muchacha, que, resentida, se aleja de su padre. Son posibles varios resultados en esta situación: en uno la muchacha provoca una lucha abierta con el padre por su conducta superficial; las fantasías de prostitución antes descritas se movilizan, y tiene lugar la promiscuidad sexual. Otra forma de alejarse del padre es una sublimación más intensa, frecuentemente sobre la base de intereses que antes compartieron, y respecto a los cuales la muchacha dice de un modo desafinante: "ya no te necesito, pues ahora puedo hacer lo que tú haces". Si esta identificación se refiere al terreno sexual, la desilusión de la muchacha respecto a su padre da lugar a tendencias homosexuales intensificadas.

La observación parece mostrar que el aumento del temor al padre durante la pubertad puede fortalecer los lazos masoquistas de la muchacha respecto a él. Este temor puede también eliminar el meca-

nismo de defensa descripto por A. Freud<sup>1</sup> como identificación con el agresor. La muchacha no teme ya al padre, pues ella es tan fuerte y masculina como él. Este tipo de identificación, resultante del temor, es un motivo frecuente para la homosexualidad. La amistad, antes sin peligro, de la muchacha con otra joven adquiere un carácter sádico-masoquista; en otros casos se cambia el objeto, la iniciativa de la elección sigue siendo del individuo agresivo, mientras la tendencia de la otra muchacha es someterse completamente a la alianza.

Algunas veces la relación sublimada de la muchacha con su padre lleva envuelto que desempeñe el papel de hijo. Cuando esta relación se derrumba, el papel de hijo es continuado con respecto a una mujer. En tales casos, la muchacha no sólo despliega toda la galantería de un muchacho enamorado de una mujer madura, sino que también dirige sus ambiciones al fin de ser admirada por la mujer, en lugar de ser admirada por sus padres.

Un rasgo típico de la homosexualidad femenina manifiesta es el intercambio de los papeles, hasta cuando uno de ellos es más activo y sadista y el otro más pasivo y masoquista. Debido a su gran facilidad para identificarse con los objetos amados del mismo sexo, las mujeres pueden desempeñar los dos papeles. Este hecho es uno de los motivos más poderosos de la homosexualidad femenina.

Frecuentemente, la relación homosexual tiene lugar en un triángulo compuesto exclusivamente de mujeres: la mujer homosexual suele permanecer fiel a una de sus dos compañeras, aunque cambia la otra. La observación de diversos casos ha demostrado que la muchacha homosexual desempeña el papel del compañero agresivo (de ordinario identificándose con el padre) con respecto a una de sus compañeras, y en un humilde y sumiso objeto (muchacho o muchacha) con respecto al otro.

Muchas veces hallamos parejas de muchachas que se llaman reciprocamente con nombres masculinos cariñosos, sin darse cuenta muchas veces de que en estas ternuras está presente el amor sexual. Tales relaciones no son ocultadas, especialmente cuando tienen lugar dentro de la trama de las sublimaciones comunes y sin una actividad sexual directa. El pre-requisito de la armonía en tales relaciones es el de que no se perturben por excesivos componentes sádico-masoquistas, pero de ordinario se produce esa perturbación.

Si la amiga conserva un carácter femenino, la muchacha homosexual desempeña los dos papeles muy fácilmente: se da a sí misma

<sup>1</sup> Op. cit.

todas las cualidades masculinas y simultáneamente goza de la esperanza, excitación, dependencia y devoción de su propia feminidad pasiva, proyectada ahora en la otra. En *Las cabezas transpuestas* Thomas Mann escribe:

Pero al fin y al cabo no son uno como Siva, que es vida y muerte, mundo y eternidad en la Madre, sino que aquí abajo se manifiestan como dos entidades; así son una para otra como imágenes. Mi sentimiento de cada una de ellas está fatigado de ella misma, y aunque cada uno se dé cuenta de que en suma todas las cosas se componen de aquello que no tienen, sus propias diferencias despiertan el interés reciproco.

Las diferencias y semejanzas, la no identidad y sin embargo la identidad, la casi doble experiencia de uno mismo, la liberación simultánea de una parte del yo y su conservación y seguridad en la posesión de la otra, se cuentan entre las atracciones de la experiencia homosexual.

El análisis muestra que las ardientes pasiones homosexuales de las muchachas jóvenes siguen muchas veces el mismo curso. Primero existe una fantasía amorosa heterosexual apasionada, que se frustra en cierto grado. La fantasía persiste, pero con dos modificaciones: la esperanza pasiva de ser deseada se hace un deseo activo, y la muchacha, en lugar de elegir un objeto masculino, se transforma en un hombre a través de la identificación. La muchacha pseudológica que se escribe a ella misma cartas amorosas apasionadas, y goza con ellas como si procedieran de un muchacho enamorado, no está muy lejos psicológicamente de la muchacha que escribe cartas amorosas a otra muchacha. Todos los actos individuales del homosexual expresan una esperanza heterosexual no cumplida. Cuanto más apasionada es la muchacha en su deseo narcisista de ser amada, más ardientemente será su activo cortejo de la "otra". Si su cortejo parece ser eficaz, se retrae, pues se supone que toda la acción tiene lugar dentro de la trama de una fantasía representada. La causa de esta forma de experiencia erótica yace en una desilusión heterosexual o más frecuentemente en el temor a la realización heterosexual y en la tendencia adolescente a experimentar las erupciones no directamente, sino a través de la identificación.

En *La vagabunda*, Colette describe bellamente esta relación:

Dos mujeres que se abrazan son un cuadro melancólico y enternecedor de dos debilidades; quizás buscan refugio reciproco en los brazos de la compañera para poder dormir, llorar, huir del hombre que es muchas

veces perverso, y gustar lo que es más deseado que cualquier placer, la felicidad amarga de sentirse similares, insignificantes, olvidadas.

Esta relación muchas veces se hace muy intensa con respecto a una hermana, particularmente si las dos hermanas se llevan poca edad, si sólo tienen hermanos o hermanas mayores o si su dependencia mutua es muy grande, debido a los conflictos entre sus padres. Este amor, que se acompaña probablemente de odio hipercompensado y de celos, muchas veces se continúa después de la pubertad, y es tan apasionado que puede conducir a complicaciones trágicas. He observado dos dobles suicidios de parejas de hermanas que estaban envueltas en un amor trágico manifiestamente sexual.

Diversas fantasías de salvación se encuentran en esas aventuras homosexuales. La "otra" sufre una esclavitud en la escuela o en la familia, lleva una vida indigna de ella, y debe ser libertada con la ayuda de la enamorada muchacha. Así, su propia tendencia revolucionaria a libertarse ella misma, encuentra expresión en la fantasía de salvar a su amiga.

Mujeres despreciables son muchas veces deseadas por muchachas jóvenes debido a una especie de curiosidad malsana; en tales amores las fantasías de prostitución de la muchacha se realizan por la identificación con la amada. Muchachas en edad escolar pasean ante las casas mal reputadas con el corazón palpitante; la atracción de las mujeres que allí se alojan, conocidas tan sólo a distancia, puede ser muy poderosa. Como es natural, tales juegos eróticos inmaduros pueden estabilizarse y ser permanentes.

Estudiando este problema, nuestro hallazgo más notable ha sido que las tendencias masculinas en una mujer no son siempre, ni siquiera en la mayoría de los casos, responsables de su homosexualidad. Se puede esperar que los motivos psicológicos que conducen a la formación del complejo masculino puedan también proporcionar el motivo de la homosexualidad. Pero la cuestión de si en los casos de marcada conducta activo-masculina no intervienen también factores biológicos debe quedar sin respuesta. En la gran mayoría de los casos, sin embargo, ni la masculinidad biológica ni la psicológica son el único motivo de la homosexualidad, hasta cuando las apariencias parecen apoyar este concepto.

Existe una forma de homosexualidad en la que la masculinidad es particularmente ostentosa. Nos referimos a la mujer activa que intenta seducir a otras mujeres prometiéndoles maravillosas satisfacciones. "Intenta una vez conmigo", suelen decir estas mujeres a su

objeto amado. "Ningún hombre del mundo podrá darte lo que yo puedo."

Tales mujeres insisten en que jamás han desilusionado a nadie sexualmente. Se comportan como varones, aunque su objetivo no es en realidad masculino. Dirigen cuidadosamente sus atenciones a aquellas mujeres que inconscientemente desean el tipo de satisfacción que una mujer activa es realmente más capaz de dar que un hombre. Sus palabras "ningún hombre" se refieren inconscientemente a ciertas prácticas en las que las mamás desempeñan un importante papel. En esta forma de homosexualidad el gesto masculino es tan sólo un medio de cortejo y un pretexto, pues el objetivo sexual que se desea excluye completamente el sexo masculino.

Este tipo de homosexualidad, en el que no se desea al hombre, parece ser más accesible a la investigación analítica, pues muchas veces está relacionado con perturbaciones neuróticas, mientras las formas masculinas ofrecen menos oportunidades para el tratamiento psiquiátrico, dado que la mayor parte de las mujeres aceptan el hecho de su inversión y no desean ser curadas.

Una mujer que se sometió al tratamiento psicoanalítico por trastornos neuróticos, presentaba un cuadro de inversión manifiesta aunque no practicada. Se daba perfecta cuenta de que su capacidad erótica y fantasías sexuales eran de carácter homosexual; indiscutiblemente se excitaba sexualmente cuando abrazaba o besaba a ciertas mujeres de quienes estaba enamorada. Su relación con estas mujeres era monógama y fiel, pero puramente platónica, hasta cuando sabía que estas mujeres tenían tendencias pervertidas como ella. Aunque sea imposible decir que fuera atraída por un tipo definido de mujer, no era en modo alguno del tipo masculino; nuestra enferma era rubia y muy femenina. No sentía hostilidad hacia el sexo opuesto, tenía algunos amigos varones y no le gustaba ser cortejada por los hombres. Movida por la simpatía, se casó con un hombre de aspecto masculino, y tuvo varios hijos con él; sus sentimientos para ellos, aunque no excesivamente cálidos, eran de todos modos maternales.

No podía saber por qué su homosexualidad no era más activa e impulsiva; sólo sabía que tenía fuertes inhibiciones contra ella, que racionalizaba aduciendo la timidez social, las obligaciones familiares y el temor a ser subyugada psíquicamente. Estos sentimientos amorosos por las mujeres se remontaban a su pubertad, en que comenzaron con una forma típicamente adolescente, dirigiéndose hacia las maestras u otras personas semejantes. No podemos afirmar si estas personas se distinguían por una particular severidad; de todos mo-

dos la enferma era dominada por dos sentimientos —un sentimiento de ser amparada y, por otra parte, un sentimiento de temor al individuo en cuestión. Jamás se enamoró realmente de un hombre; al principio se sintió atraída por su marido, debido a que veía en él una personalidad particularmente activa y masculina. Pero quedó desilusionada desde el principio, pues, según decía, no había correspondido a sus esperanzas. Carecía de pasión sexual, y permanecía pasivo en situaciones en que ella esperaba fuera dominante.

Durante muchos años esta mujer sufrió depresiones y sentimientos de ansia de un contenido particular; no tenía el valor de asumir la actitud autoritaria correspondiente hacia las mujeres que estaban a su servicio. Esperaba que sus sirvientas trabajasen, y quedaba confundida cuando no obedecían a sus exigencias, pero era incapaz de darles órdenes y menos de reprenderlas. En estas situaciones se sentía vencida por sentimientos de timidez y de ansiedad en la presencia de la persona a quien debía regañar. Todo cambio de sirvientas, y la consiguiente anticipación de contacto con una mujer nueva, intensificaba grandemente sus ansias y sus conflictos. En estas situaciones reprochaba conscientemente a su marido por su falta de celo para protegerla y apoyarla. Muchas mujeres, aun cuando no sean homosexuales, tienen esas mismas dificultades con sus sirvientas. Esas dificultades siempre indican un conflicto no resuelto con la madre. Éste era, como veremos, el caso de nuestra enferma.

Las depresiones de nuestra enferma se hicieron cada vez más frecuentes en los últimos años y se asociaron con ideas de suicidio. Ya había cometido una serie de tentativas, y la última le había llevado a las puertas de la muerte.

Aunque esta enferma era dominada por marcadas tendencias sadistas, su personalidad consciente era más bien de carácter de reacción. Era amable y gentil, pero mostraba inequívocos rasgos obsesivo-neuróticos, como un exagerado decoro y corrección. Su relación con su psicoanalista fue muy marcada, y durante un largo periodo no reveló nada, salvo ternura, respeto y sentimiento de seguridad. Era feliz, y sentía como si al fin hubiera encontrado una especie de madre comprensiva que podía darle todo lo que su propia madre le negó. Su madre había sido una persona fría, a quien la enferma odió toda su vida. Después de la muerte de la madre (ocurrida varios años antes de que comenzara el análisis), la enferma tuvo una grave depresión durante la cual cometió una de sus tentativas de suicidio.

Durante su tratamiento ha tenido graves ataques de depresión.

Siempre se acompañan de característicos sueños que revelan datos bien definidos. Sin descubrir estos sueños en detalle diré que contienen prácticamente todo lo que referimos al simbolismo uterino; se trataba de sueños de cavidades y grutas oscuras, por las que la enferma se arrastraba; sueños de lugares plácidos y sin luz, donde se sentía cómoda y gozaba de un sentimiento de paz y tranquilidad. Estos sueños aparecían en la época en que estaba obsesionada por un deseo consciente de muerte. Nuestra enferma afirmaba repetidamente que si no hubiese sido por su confianza en el psicoanálisis nada le hubiera librado de atentar contra su vida. Un cuadro onírico especial reaparecía en estos sueños: la enferma se veía como un niño pequeño fajado con trapos y vendas. Con estos sueños como guía fue posible hacer revivir dos recuerdos que hasta entonces habían permanecido subconscientes. Uno se refería a un incidente que se produjo inmediatamente después de su última tentativa de suicidio (con veneno). Se despertó de un profundo estado inconsciente, estando aún atada a la camilla, y al ver al doctor inclinándose sobre ella con una amable sonrisa se dio cuenta de que le había salvado la vida (así era en efecto); entonces pensó: "Esta vez me ha salvado, pero al fin y al cabo no puede darme una ayuda real."

El otro recuerdo se refiere a una peligrosa operación a que su madre había sido sometida. La enferma recordaba haber visto a su madre —vendada como ella estaba después de su última tentativa de suicidio— transportada en una camilla a la sala de operaciones.

Gradualmente surgieron a la superficie los recuerdos infantiles que dieron acceso al odio hacia su madre, hasta entonces reprimido por la paciente. Estos recuerdos se remontaban a la época entre los cuatro y seis años, cuando se masturbaba en un grado alarmante, al menos en opinión de su madre. No podemos determinar si su masturbación realmente excedía del grado normal, ni tampoco conocemos el contenido de las fantasías que presumiblemente acompañaban su masturbación. Pero el hecho es que, según lo que cuenta la enferma, la madre recurrió al siguiente método. Ató las manos y los pies de la muchacha, y le colocó una faja que daba vueltas a la cama. Entonces, poniéndose en pie al lado de ella dijo: "¡Ahora juega si puedes!"

Esto provocó dos reacciones en la muchacha: una fue la rabia ingobernable contra su madre, y sólo las ligaduras impidieron la descarga de la actividad motora. La otra fue una intensa excitación sexual, que la muchacha intentó satisfacer frotando sus nalgas con-

tra las ropas de la cama, sin importarle la presencia de la madre, o quizás dirigiéndose contra ella.

El elemento más terrible en esa escena fue para ella el hecho de que su padre, advertido por su madre, fue testigo pasivo, y no ofreció su ayuda a su hijita, a pesar de su tierna afición por ella.

Después de este incidente nuestra enferma suspendió la masturbación, y con esta renuncia reprimió largo tiempo su sexualidad. Simultáneamente reprimió su odio por su madre, que en realidad jamás había encontrado completa expresión.

No creo que la escena con su madre fuera traumática en el sentido de causar la actitud homosexual posterior de la enferma. Muchas obras científicas sobre perversión tienden erróneamente a atribuir significación causal a tales incidentes. En nuestra opinión, en esa escena se concentraron todas las tendencias que tuvieron una influencia determinante sobre la vida sexual de nuestra enferma. Su reproche de que su madre le prohibía masturbarse seguramente hubiera estado presente aunque no se hubiera producido la escena referida. La reacción de odio contra su madre, de acuerdo con la constitución agresiva de la enferma, se ve también en otras situaciones infantiles, así como en el reproche de que su padre no la protegió de su madre. Pero en esa escena llegaron a un punto máximo estas tendencias, y vino a ser el prototipo de ulteriores acontecimientos.

Desde esta época todas las excitaciones sexuales eran asociadas con la prohibición de la madre y con impulsos agresivos más intensos contra ella. Toda la personalidad psíquica de nuestra enferma resistía estos impulsos de odio, y, como una reacción a ellos, se despertó en la muchacha una intensa sensación de culpa respecto a su madre, que condujo a la transformación del odio en amor masoquista para ella. Esto explica el temor de "esclavizarse" de la enferma con que se disculpa de su incapacidad para tener relaciones amorosas homosexuales. En efecto, tiene el temor de quedar unida masoquisticamente a su madre. También se aprecia claramente por qué teme a las mujeres que están a su servicio y por qué echa en cara a su marido que no la proteja adecuadamente. La asociación interna entre el incidente infantil, la operación de la madre y sus propias tentativas de suicidio se manifiesta claramente en sus sueños. Sus sentimientos de que el amable doctor que ha salvado su vida era de todos modos incapaz de ayudarla, dan expresión a su desilusión respecto al padre, que ella jamás pudo vencer.

Contrariamente a nuestras suposiciones, esta mujer manifiesta-

mente homosexual no presentaba ningún rasgo de complejo de masculinidad. Realmente, durante la pubertad pasó por una fase en la que presentó signos indiscutibles de una marcada propensión hacia las actividades de carácter masculino. Tenía predilección por problemas que para su generación eran desusados en una muchacha de su clase. Este elemento de masculinidad fue, pues —y permaneció durante toda su vida—, brillantemente sublimado. Su identificación con su padre tiene una importante relación con sus intereses intelectuales, pero no desempeñó ningún papel en sus perversas inclinaciones.

Como resultado del tratamiento, la enferma fue liberada de sus ansias, que ella misma consideraba "pecaminosas", y también pudo vencer su grave neurosis. Sus estados de depresión cesaron completamente, y llegó a ser una persona feliz. El deseo de muerte, que siempre acompañó a su constante sentimiento de soledad y de deseo insatisfecho, desapareció. Encontró su felicidad en una relación amorosa, ahora no inhibida, con una mujer. Esta relación tuvo una forma indiscutiblemente relacionada con las funciones de la primera infancia. En esta relación no apareció el contraste varón-hembra. El contraste esencial era el de la actividad y la pasividad. Con la comprensión consciente de su situación, las dos mujeres se entregaron a una relación madre-hijo, en la que unas veces una y otras veces otra desempeñaba el papel de la madre, un juego con dobles papeles, por así decir. Se tenía la impresión de que la sensación de felicidad radicaba en la posibilidad de sentirse capaz de desempeñar ambos papeles. En la satisfacción sexual buscada en este amor intervenía principalmente la boca y los genitales externos. No hay ni qué decir que la experiencia está muy por debajo de lo que el psicoanálisis exige de la personalidad del adulto; en efecto, en tales sustitutos infantiles de satisfacción sexual, el análisis ve el peligro y no la cura de los procesos neuróticos. Pero algunas veces el objetivo terapéutico sólo puede ser logrado mediante un compromiso. En este caso, el tratamiento analítico no condujo a que la enferma renunciara a la homosexualidad y se dirigiera hacia los hombres; por tanto, la meta real no fue alcanzada. Pero se logró llevar a esta mujer infeliz, que estaba siempre a las puertas del suicidio, a un punto donde, al dominar su temor y su hostilidad hacia la madre, pudo obtener la ternura y la satisfacción sexual. Fue imposible una solución mejor de los fatales lazos con la madre.

Comprendemos el curso del proceso desarrollado en nuestra

enferma: después de una fase de irresolución sexual, durante la cual se prestó a amar a un hombre si era suficientemente fuerte para salvarla del peligro representado por su madre, abandonó esta esperanza. Todos los hombres eran tan débiles como su padre (su marido, su médico sonriente); tenía que permanecer en un estado de odio asesino contra su madre y castigarse con la muerte. Tan sólo podría ser feliz si conseguía la reconciliación con su madre. Tal reconciliación únicamente era posible a través de un complicado proceso regresivo, remontándose a aquella fase de su vida en que su madre —como primer objeto amado de la niña— era aún amada y satisfacía sus deseos. El odio de la enferma se transformó en una profunda ansia por su madre, que encontró expresión en el simbolismo de la muerte (los sueños y tentativas de suicidio de la enferma) y en el amor homosexual. En la realización de este amor, los incidentes que dieron lugar al odio por su madre tenían que ser examinados retrospectivamente: la madre que le prohibió la satisfacción sexual por la masturbación no tenía ahora que prohibirla, antes bien, debía aprobarla, contribuyendo activamente a ella. Las negativas pasadas de la madre y los severos castigos tenían que ser sustituidos por la subsiguiente satisfacción, tanto en la experiencia pasiva que la madre facilitaba, en lugar de prohibirla, como en la experiencia activa, en la que la enferma misma asumía el papel de madre.

En tal relación puede alcanzarse la máxima satisfacción de la homosexualidad. La observación muchas veces oída a las niñas pequeñas —"vosotros soy pequeños y yo soy grande"— puede ser realizada en una situación que permita a la niña hacer a su madre todo lo que ésta le hizo a ella.

La forma que la actividad homosexual asume en los casos como el de nuestra enferma depende de la fase del desarrollo en que es determinada la relación con la madre. Si el objeto es borrar el trauma genital y satisfacer la envidia del pene, se desarrolla una actividad fálica, y la relación homosexual tendrá un carácter masculino. Si en cambio la renovación de la relación madre-hijo es más infantil —como en el caso de nuestra enferma— la actividad será localizada a aquellas zonas del cuerpo relacionadas con la satisfacción de los impulsos instintivos de la primera infancia. La predilección de la zona oral en las actividades sexuales de las mujeres homosexuales descansa en esta relación con la madre.

La mayor parte de los investigadores han pasado por alto la frecuencia con que la homosexualidad femenina asume esta forma,

forma que puede referirse a un deseo reprimido hacia la madre. Estas mujeres se hallan con sus objetos amados homosexuales en una relación madre-hijo más o menos conscientemente reconocida. Dormir juntas intimamente abrazadas, succionar los pezones de la compañera, sentir las excitaciones masturbatorias genitales y anales, dedicarse intensamente a las prácticas reciprocas cuníngües —son las formas de satisfacción buscadas por este tipo de homosexual.

Una mujer que observé en un tratamiento psicoanalítico dividía este doble papel entre dos tipos de objetos. Un tipo, representado por una muchacha joven, pobre e insignificante, desempeñaba el papel del niño; el otro papel era desempeñado por una mujer de más edad, muy energética y autoritaria, con quien la enferma desempeñaba el papel de muchacha pequeña, impotente. El último tipo de relación comenzó cuando la enferma, que era muy activa y profesionalmente ambiciosa, entabló una sublimada relación con otra mujer. Permaneció durante corto tiempo en una actitud apenas notable de rivalidad, y luego comenzó a declinar en su labor de una forma claramente neurótica, de modo que vino a ocupar una posición subordinada en relación con la mujer en cuestión. En efecto, habiendo comenzado por colaborar en los trabajos técnicos con la mujer de más edad, terminó por desempeñar el papel de secretaria, aunque quizás tenía más talento que la antigua compañera. Si fueron hechas proposiciones sexuales durante su colaboración, la otra mujer siempre desempeñó el papel de seductor activo.

He aquí la historia de esta mujer. Tenía muchos hermanos y dos hermanas, de los cuales sólo uno, de cuatro años más que ella, desempeñó un papel en su vida. Cuando sólo tenía nueve meses, su madre tuvo otra niña, a la que dio el pecho al mismo tiempo que a ella. Durante largo tiempo la primera permaneció en una relación rival con esta hermana, a la cual, ya en la infancia, dio precedencia como consecuencia de una hipercompensación. Siendo niña oyó decir que cuando existe una ligera diferencia de edad y un notable parecido entre las hermanas, como el que existía entre ella y la suya, sólo una puede casarse y tener hijos. Por tanto, se abstuvo del papel femenino en favor de su hermana, y en la adolescencia, cuando sus padres se divorciaron después del nacimiento del último hijo, ella renunció a vivir con el padre para que viviera su hermana, y permaneció con su madre.

Ya en una edad temprana presentó formación de reacciones

sobre la base de tendencias agresivas, que, habiendo surgido antes del nacimiento de la siguiente hermana (cuando tenía seis años), hacían pensar en una neurosis obsesiva, si bien no llegaron a desarrollarse en alto grado.

Durante el embarazo de su madre, la niña se reprochaba amargamente no ser tan cariñosa para su madre y para el niño esperado como era su hermana menor, la cual, según ella creía, rezaba por las noches en favor de su hermana y del niño.

Sus reacciones agresivas se referían principalmente a su madre preñada y al niño todavía no nacido. La vida de esta mujer estuvo siempre bajo la presión de los sentimientos de culpa, y la formación de su carácter se debió a sus ensayos para compensar, por afecto, su odio asesino hacia su madre y el niño.

Durante los dos siguientes embarazos de la madre —de los que nacieron niñas— se presentó la misma reacción, y la situación psíquica de la muchacha tan sólo cambió al nacer su hermana más pequeña, cuando ella tenía doce años. Antes, en su primera infancia, pensó siempre que su padre era un hombre misterioso, extraño y fuerte, en cuya presencia no se podía ser timido ni tener miedo; pero su actitud cambió gradualmente cuando el padre, por padecer de una enfermedad del corazón, se vio finalmente incapacitado para el trabajo. La familia se vio, pues, envuelta en dificultades materiales, y esto indujo a la muchacha a tomar sobre sí el papel del padre. Por entonces presentaba fantasías en las que escalaba altas posiciones y mantenía a su familia. En realidad se entregó a trabajos duros y más tarde realizó esas fantasías.

A pesar de la identificación con su padre, y a pesar de que envidiara la masculinidad de su hermano, su actitud en la época en que nació la hermana más pequeña era completamente femenina. Le placía desempeñar el papel de "madrecita" y reclamaba al niño recién nacido para ella. En esta situación se comportaba exactamente como cualquier muchacha normal. Su relación con su padre era normal en aquella época. Despues de haberle destronado de su posición suprema e inalcanzable, pudo vencer su intenso temor y tuvo por él un tierno cariño.

Con este giro hacia el padre experimentó nuevas dificultades. Su sensación de culpa hacia su madre, resultante de la rivalidad con ella por el amor del padre, era una carga demasiado fuerte. Y así renunció —como había renunciado a la rivalidad con su hermana menor— a tal rivalidad y nuevamente, esta vez de modo definitivo, se dirigió hacia su madre.

La homosexualidad de esta mujer tiene una variada determinación psicológica. Negaba, igual que la otra enferma, su odio infantil para su madre y su envidia al recién nacido, reexperimentando las antiguas situaciones que, sin duda, aun sobrevivían en sus sentimientos, y, en oposición a su verdadera naturaleza en el pasado, eran dotadas de un carácter de satisfacción. En sus experiencias sexuales con mujeres de más edad que ella, asumía el papel del niño que reexperimenta las delicias de ser amado por su madre y alimentado en el pecho de ésta. Su actitud pasiva y sumisa hacia estas mujeres de más edad aún llevaba las huellas de su antigua relación, cargada de pecado, con su madre.

Sus relaciones eróticas con mujeres más jóvenes le daban una oportunidad para satisfacer otros deseos. El tipo de relación que tenía con las muchachas jóvenes correspondía no sólo a la parte activa de la relación original madre-hijo, en la que ella presentaba típicamente identificación con la madre que cría el hijo, sino que empleaba muy claramente nuevos elementos tomados de la época de su pubertad, cuando nació su hermana más pequeña. La muchacha fue siempre un sustituto de su hermana menor, para la cual realmente, asumió durante toda la vida un papel maternal como una sublimación, pero se encontraba en una relación homosexual no sublimada con su objeto amado, otra muchacha de la misma edad que su hermana pequeña. En esta relación a veces era la madre que amamanta a su hijo, y a veces el niño que es amamantado. En tal experiencia sexual fue capaz de transformar el odio a su madre en amor, pues recibía el pecho de la madre; al mismo tiempo que podía ser la madre activa que amamanta, y por tanto transformaba la agresión contra su madre en actividad.

En estas dos historias<sup>1</sup> brevemente bosquejadas de homosexualidad femenina, observamos que la aberración estaba causada no por predisposición biológica, sino por acontecimientos infantiles. En vista de la profunda intimidad de la relación madre-hijo, no podemos sorprendernos al encontrar que el deseo hacia la madre, fortificado por una sensación de culpa, puede dominar en la vida afectiva de la mujer y ejercer una influencia sobre sus deseos sexuales. En el primero de nuestros dos casos, el ansia hacia la madre se asociaba con un deseo de muerte. La transformación de este deseo en satisfacción sexual constituyó la salvación de nuestra enferma al protegerla contra la destrucción.

<sup>1</sup> Véase DEUTSCH, H.: *On female homosexuality*. Psycho-Analytic Quart. vol. 1, 1932.

Hemos elegido estos dos casos entre muchos otros. Examinando las experiencias recogidas por los especialistas en el campo sexual, quedamos sorprendidos por su marcada tendencia a explicar la inversión por causas puramente biológicas, sin tener en cuenta los motivos psicológicos más profundos. Especialmente, el motivo constituido por los lazos con la madre parece haber sido omitido por la mayoría de los autores. Por ejemplo, una de las mujeres que Havelock Ellis menciona, refiere que tuvo sus primeras experiencias eróticas, a la edad de 16 años, con una mujer.

Me sentí como un niño huérfano que repentinamente posee una madre, y comencé entonces a tener menos antagonismos hacia los adultos; y el primer respeto que he sentido por lo que ellos dicen... Mi amor para ella era perfectamente puro, y pienso que era simplemente maternal. Jamás despertó en mí el menor sentimiento que yo pueda considerar como sexual. Me gustaba que me acariciara, y algunas veces me sostendría en sus brazos o me depositaba en su regazo. En el momento de acostarme solía venir a decirme buenas noches y a besarme en la boca<sup>1</sup>.

En otro lugar esta muchacha declara que sintió sus primeras sensaciones sexuales a la misma edad (16 años) en relación con su maestra. De toda su biografía se desprende que intentaba eliminar los componentes sexuales de sus relaciones eróticas con las mujeres, en tanto que podía, aunque más tarde fue manifiestamente homosexual.

Otra de las mujeres de Havelock Ellis fue estimulada en sus primeros sentimientos amorosos por una maestra:

El rostro de la maestra parecía muy bello, pero triste, y ella pensaba en su maestra continuamente, aunque no tuvo ningún contacto personal con ella.

El amor de la muchacha era dirigido principalmente a mujeres de más edad que ella, y

los sentimientos evocados eran sentimientos de piedad, compasión y ternura hacia una persona que parecía muy triste y muy deprimida. Esta cualidad o combinación de cualidades siempre era la incitante en mi propio caso<sup>2</sup>.

La primera de las mujeres de Havelock Ellis tenía los sentimientos de odio más violentos hacia su madre durante toda su infancia, principalmente por sus resentimientos de ser una muchacha.

<sup>1</sup> ELLIS, H.: *Op. cit.*, vol. 1, pt. 4, p. 238.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 277.

Transfirió este odio a todo el mundo, y se reconcilió con la humanidad tan sólo a través del amor erótico con una mujer maternal. La segunda mujer relacionaba su amor con sentimientos de compasión, que manifiestamente subordinaba a su sensación de culpa.

Esta profunda relación inconsciente con la madre se expresa muchas veces en los poemas y escritos autobiográficos de mujeres homosexuales; su deseo doloroso y tierno de amor femenino rara vez asume un carácter masculino.

Aunque atribuyamos un carácter primario a estos lazos con la madre y defendamos el concepto de que en gran número de mujeres homosexuales predomina el impulso a la unión con la madre, la experiencia analítica nos enseña que este lazo primario debe ser fortificado por otros elementos para actuar tan poderosa y directamente sobre la vida adulta de la mujer. Estos nuevos elementos obtienen su fuerza decisiva durante la pubertad. En la situación triangular, la atracción de la madre y el deseo eterno de la muchacha que le lleva hacia ella deben ser más fuertes que las exigencias biológicas de la heterosexualidad. La influencia favorable o desfavorable del padre afecta siempre, durante la pubertad, los lazos originales con la madre. Su amor puede ser rechazado por la muchacha como resultado del temor; su desilusión respecto al padre o a la incapacidad de éste para satisfacerla pueden influir sobre su necesidad de amor en favor de los primeros lazos con la madre. Su sensación de culpa y su necesidad de reconciliarse con su madre fortifican la atracción del campo magnético de la madre, volviendo a usar nuestra anterior analogía.

Experiencias más amplias han puesto en duda el concepto frecuentemente defendido por los psicoanalistas de que la relación infantil de la muchacha con su madre termina en odio, y que la ulterior unión se compone de un pequeño remanente de amor y odio hipercompensado. Unos versos de la novela *Hijos y amantes* de H. Lawrence expresan una profunda verdad:

*Un hijo es mi hijo basta que se casa  
Pero mi hija es mi hija toda su vida*

Tan sólo si este amor se acompaña de un exceso de elementos regresivos infantiles o componentes de odio, surgirá el peligro de una formación patológica del cariño por la madre que conduce a la homosexualidad. En otro caso, es una ventaja para la vida de la mujer.

## CAPÍTULO X

## LA INFLUENCIA DEL MEDIO

El ajuste a la realidad es el objeto principal de toda educación, incluyendo la terapéutica psicoanalítica. La capacidad del individuo para el ajuste presume cierto grado de satisfacción con el medio, y esto a su vez depende de su estado afectivo. El puente entre el medio y el individuo, desde el comienzo de su vida, es su relación afectiva con su medio. La aceptación de la realidad es determinada por el amor y la necesidad de protección, por una parte, y por el temor al castigo y al aislamiento afectivo por otra. La historia del desarrollo nos permite conocer los caminos y medios en cuya virtud el individuo aprende a dominar sus agresiones primitivas contra el medio, y sus temores a él, mediante el "amor". Los componentes agresivos del amor nos son familiares, y los celos, la rivalidad y el odio al rival acompañan al ser humano desde su cuna a la sepultura. Los objetos de estas emociones cambian, y el campo donde los conflictos sentimentales tienen lugar se extienden gradualmente. Las relaciones del individuo con su medio cultural siempre reproducen más o menos esta relación con el primer medio de su infancia, en la forma de una nueva edición corregida por las influencias externas.

En nuestra estructura social construida durante siglos, la familia constituye el primer medio del individuo, y prefigura su más extensa socialización ulterior. Los sentimientos de rivalidad y competencia, que muchas veces son considerados como debidos a las condiciones culturales, pueden florecer ya dentro de la trama de la familia en las relaciones entre sus miembros. Estos sentimientos aparecen de un modo tan regular y universal que está justificado considerarlos como parte de la constitución natural del hombre. Son característicos no sólo de la naturaleza humana, los animales domésticos los presentan con inconfundible claridad. Un perro ataca furiosamente a otro no sólo para privarle de los huesos que le sirven de alimento, sino también cuando siente que su dueño se muestra menos cariñoso para él que para su rival. No llega a ver el alimento que se coloca ante él —el alimento que satisface su instinto de conservación— cuando aprecia que su rival obtiene el

placer de ser mimado. En los animales menos degenerados como consecuencia de la domesticidad, puede también observarse la disposición a tales relaciones. Una observación detenida de las relaciones tranquilas entre las vacas en una pradera muestra que esos animales, en ciertas circunstancias, manifiestan un comportamiento que puede ser perfectamente comparado al del hombre. Por ejemplo, cuando se lamen mutuamente la piel, este acto sirve a alguna necesidad fisiológica, pero no hay duda de que también se producen sensaciones agradables. En relación con ellas, el grupo de vacas revela características que nos recuerdan a la conducta humana.

La atmósfera familiar en que los niños viven intensifica la inclinación hacia la rivalidad envidiosa. Para completar el ajuste a la realidad, el adolescente utiliza los medios y la fuerza con que la naturaleza le ha dotado, pero éstos deben ser moldeados por la educación, para que en la sociedad humana no se produzcan perturbaciones por las agresiones excesivas, ni tampoco impotencias debidas a las inhibiciones. Muchas fuerzas instintivas vencen la influencia de la educación; con frecuencia las exigencias de determinados medios sociales son demasiado severas, y la capacidad del individuo joven para adaptarse a su medio y dominarlo es insuficiente. Los sentimientos de inferioridad, la impotencia y el temor por una parte, y la intensificación de las fuerzas agresivas por otra, pueden superar el límite de tolerancia del individuo, y en ese caso se pone en conflicto consigo mismo o con la sociedad. Los conflictos psíquicos que constantemente acompañan su desarrollo, y que se mantienen en equilibrio en ciertas condiciones, pueden intensificarse cuando se enfrentan excesivas exigencias del medio. La armonía interna del individuo es destruida y se hace neurótico, pues las exigencias culturales son demasiado grandes para él. La cuestión de si el individuo es demasiado débil o el medio demasiado riguroso, me recuerda la pregunta bien conocida de si lo primero fue la gallina o el huevo. Lo mismo puede decirse de las agresiones, de la rivalidad y de todos los males humanos que se intensifican por elementos excitantes en las condiciones de la vida. Nos referiremos en este lugar a la mayor dificultad para satisfacer las diversas necesidades instintivas y las aspiraciones del yo, como una consecuencia de mayores obstáculos internos o externos a la sublimación, etcétera.

Como es natural, cada medio cultural crea sus propias formas de expresión para los procesos psíquicos invariables del hombre, y afecta los diversos componentes de su estructura psíquica en una

forma específica. Esto conduce a diferencias culturales, raciales y nacionales. Pueden ser consideradas como la fachada tras de la cual se ocultan los diversos componentes eternos profundamente enraizados, tan sólo cuantitativamente diferenciados, de la vida psíquica. Los factores culturales pueden, de todos modos, ser tan poderosos que modifiquen profundamente la conducta humana e influyan sobre las manifestaciones instintivas más profundas biológicamente condicionadas. Pueden imprimir su forma sobre la constitución orgánica y determinar no sólo la frecuencia e intensidad de las neurosis, sino también sus formas clínicas. Así, el hecho bien conocido de que ciertos tipos de neurosis dominen en un país, mientras en otros son frecuentes otros tipos, puede ser explicado por diferencias culturales. Además, se ha observado que los diversos períodos de la historia se han caracterizado por el predominio de una u otra enfermedad psíquica; cambios en este respecto pueden ser observados dentro de intervalos de tiempo relativamente cortos. Por ejemplo, los casos de histerismo dramático rico en síntomas fueron extraordinariamente raros a partir del año 1930, pero antes de estallar la guerra actual comenzaron a ser más frecuentes.

No hay duda de que la rivalidad entre los individuos y todo lo que esta rivalidad origina es mucho más marcado en el sistema social individualista. Puede esperarse que la organización colectivista de la sociedad podrá debilitar el espíritu de competencia, que domina con intolerable fuerza en las relaciones entre los individuos y entre los individuos y la sociedad. Tal organización transformaría la rivalidad individual en rivalidad de grupos mucho más tolerable. La formación de grupos nos ofrece mejor protección contra el excesivo desarrollo de los sentimientos individuales que las organizaciones puramente individualistas. Una nueva forma de la sociedad podría también dar lugar a una disminución en el número e intensidad de nuestras neurosis. En la actualidad, los datos referentes a los países cuya experiencia podría permitirnos un juicio más exacto sobre esta cuestión son aún incompletos.

Tampoco puede negarse que, aparte de usar la mayor sumisión de la mujer —una sumisión que deriva de su pasividad— para su propio instinto sexual, el hombre ha obtenido ventajas sociales de su debilidad física y de su menor capacidad para la lucha activa. El mejor ejemplo lo encontramos en los países capitalistas europeos donde el trabajo industrial de la mujer ha sido cruel y agresivamente explotado. La doctrina materialista considera al sistema económico como responsable de esta explotación de la mujer, pero

descuida completamente su predisposición, no siempre consciente, para aceptar pasivamente este sistema. En el curso de los últimos años la protesta contra la desigualdad social y política de los sexos ha perdido mucho de su impetu, pues las exigencias de las mujeres se han hecho gradualmente muy corrientes en los países democráticos. Nuestra tarea futura será organizar la igualdad social de tal modo que sean tomadas en consideración las diferencias biológicas y psicológicas de los sexos. Es tentador emprender un estudio psicoanalítico cultural e histórico de las mujeres e investigar las condiciones en que se manifiestan los diversos componentes de su vida psíquica. Sin embargo, aquí nos ocuparemos tan sólo de los hechos de que en parte hemos sido testigos, y que nos han dado una oportunidad para observar el efecto de los cambios sociales sobre las reacciones psíquicas de la mujer.

Cuando se considera la diferencia entre los sexos en su relación con la igualdad social, deben ser estudiados, en primer término, los problemas sexuales. Es aún muy pronto para apreciar los resultados de la vida sexual de la mujer y para justificar la poligamia en las sociedades colectivistas, pues los datos referentes a esas cuestiones son muy contradictorios. Estudiaremos, sin embargo, desde el punto de vista psicoanalítico, aquellos datos que nos parecen más importantes.

En *Caminos del amor*, Alexandra Kollontay, la eminentísima figura política rusa, examina la esencia del problema que aquí nos interesa. Aunque no sea una gran obra literaria, es un importante documento cultural e histórico, pues expresa fielmente las ideas de las mujeres y muchachas rusas en el primer período de la revolución rusa. Nos permite conocer ciertos procesos psicológicos, y al mismo tiempo nos muestra el efecto que han tenido los rápidos cambios culturales sobre estos procesos. La autora, que ocupó una importante posición durante los movimientos revolucionarios rusos, tuvo la oportunidad de estudiar las historias de muchas mujeres. Aunque los casos que describe son presentados en forma novelesca, se aprecia que están basados sobre la experiencia directa de una persona que ha intentado ser objetiva. Lo que da a este libro un particular valor es el hecho de que plantea problemas actuales sin expresar un deseo de resolverlos. La misma autora no parece estar segura de si los conflictos que describe son simples tragedias femeninas individuales o la consecuencia de los movimientos sociales. Ni juzga ni condena; aunque la autora tiene fe en la grandeza y

capacidad creadora de la revolución, no se atreve a establecer juicios sobre las nuevas formas del amor y de la vida que acaban de surgir.

Describe la vida de tres generaciones. Sus personajes principales son tres mujeres, que tienen fe fanática en los progresos revolucionarios y que dedican su vida al servicio de sus ideales sociales. Según el período en que vivieron, pertenecieron a los diferentes partidos políticos con diferentes programas y métodos de organización, pero las tres deseaban ardientemente la liberación del pueblo ruso, y sus vidas están llenas de una actividad abnegada en apoyo de su ideal. Sus reacciones afectivas no tienen ninguna relación con el torbellino de las luchas de partido. Lo que las separa, el campo en que son incapaces de marchar paralelamente, es el erotismo, la zona de la vida que yace fuera de sus tareas sociales, el área femenina personal. Cada una de ellas defiende el modo de abordar estos problemas contra la forma como lo abordan los demás, e intenta explicar las diferencias entre ellas por las diferencias entre las generaciones. A los ojos de la más joven, la mayor es reaccionaria; la hija es víctima de la indignación moral de la madre, quien comienza a dudar de si misma y se pregunta, en su desesperación, si, debido a sus creencias pasadas de moda, es realmente incapaz de comprender la nueva moralidad de su hija. Se considera impotente contra el abuso fatal del término "prejuicios burgueses", pues esto la confunde, y tiene que plantearse a sí misma la pregunta de si no estará llena de prejuicios.

Sabe que se encuentra en una situación similar con respecto a su propia madre, tiene el mismo sentimiento de que es más avanzada que ella, y piensa que la generación anterior estaba llena de "prejuicios".

Someteremos las historias de estas mujeres a un breve análisis psicológico para llegar a una mejor comprensión de los problemas que ellas mismas tienen.

En primer término intentaremos averiguar hasta qué grado la incomprendición entre las tres generaciones se debe al hecho de que las influencias del medio han modelado diferentemente su psicología.

Los conflictos reciprocos son descritos por aquella que por representar la generación intermedia sufre la presión por ambas partes. Olga Sergueievna Vaselovskaya es la hija de María Stepanovna Olshevich, cuyo retrato claramente nos traza. Según su descripción, María era una típica trabajadora intelectual del año 90, autora de libros de ciencia popular e infatigable luchadora en favor

de la educación del pueblo. Gozaba de gran respeto entre las figuras políticas liberales de su época. Aunque no participó en el movimiento revolucionario subterráneo, prestó servicios de mucho valor para él. En sus conceptos teóricos estaba muy cerca de los Narodniks, el partido popular revolucionario del año 80. Toda su personalidad era grave e inspiraba respeto. Hablaba poco y concisamente y fumaba cigarrillos. Vestía sencillamente y no de acuerdo a la moda, pero seguía comportándose como una dama, pues cuidaba sus manos y usaba un anillo de oro con un rubí. Su aspecto era muy diferente del tipo desaliñado de las mujeres revolucionarias "ilegales".

Olga supo de su severa y concienzuda madre que había tenido en su juventud desilusiones amorosas. Esta experiencia dio lugar al firme código moral que ella se había formado. Despreciaba y condenaba todo lo que no estaba de acuerdo a este código y a todos los que no sentían y pensaban como ella acerca de las cuestiones de moralidad sexual. Surgió el conflicto entre madre e hija, no debido a sus diferencias políticas, sino como consecuencia de sus diferentes conceptos de la moralidad, especialmente con respecto a sus propias experiencias amorosas. María Stepanovna había sido siempre progresiva en su vida personal; al principio se libertó de la dependencia de sus padres, se casó contra su voluntad, y más tarde, cuando se enamoró de otro hombre, rompió las cadenas de su matrimonio y de la maternidad. Durante todas sus vicisitudes trabajó infatigablemente y con férrea determinación por la causa de la educación popular. Aunque su primer matrimonio la condenó a cierto grado de pasividad, su situación cambió completamente en su segundo matrimonio. Serguei Ivanovich, su segundo marido, era un intelectual ruso, idealista completamente inútil en todas las cuestiones prácticas, que hablaba con emoción de la miseria de los campesinos y de la necesidad de lograr su mejoramiento. La hija de él y de María, Olga, se refiere al padre de un modo desaprobatorio, llamándole "aquel héroe chejoviano". Este idealista descendió poco a poco hasta quedar en una dependencia absolutamente pasiva respecto a su energética y activa mujer, vino a ser un sombrío revolucionario bajo su influencia, la acompañó en el exilio y la ayudó en su obra. Al mismo tiempo fue decayendo espiritualmente, engordó y se entregó a la bebida. Su vida matrimonial con María terminó cuando su orgullosa mujer le sorprendió en *flagrante delito* con Ariska, la lechera, y supo que ésta había quedado preñada. Como es natural, María hizo lo que ordenaba su código moral: abandonó a su marido llevándose a su hija Olga, y

sin cuidarse de su reino personal continuó trabajando por la causa. Aunque más tarde afirmó que había amado a Serguei y le había sido fiel, jamás desplegó afectividad en su matrimonio. Olga conoció esta historia directamente de su madre, a quien ella siempre respetaba y admiraba.

Los liberales rusos no pueden menos que aprobar la conducta de María, pues para satisfacer sus deseos de libertad abandonó a su primer marido y a sus dos hijos. Al hacer esto expresaba aquella filosofía liberalista que coloca los derechos del individuo por encima de las convenciones sociales, y pide la liberación de la mujer de las cadenas del matrimonio burgués monógamo, en favor de la elección erótica libre, aunque al mismo tiempo mantiene aún la institución del matrimonio. En Europa Occidental y en Norteamérica esta ideología era generalmente aceptada en la época en que María era una precursora en Rusia. La Nora de Ibsen constituye su expresión literaria. Así, el destino personal de María Stepanovna refleja en cierto grado las direcciones libertarias contemporáneas que ella defendía.

El análisis psicológico más detenido de la personalidad de María muestra que estaba dotada de una naturaleza energética y de una individualidad rebelde exuberante. Debia transformar su energía en actividad, con un trabajo infatigable al servicio de la sociedad. El matrimonio de la Nora de Ibsen se derrumba debido a que ella cree que tiene deberes para sí misma, y la misma convicción determinó la conducta de María Stepanovna. Este tipo de mujer de mente abierta, aunque indulgente para toda transgresión social, es de una absoluta intolerancia cuando un principio personal está en discusión. Al seguir el curso de su vida tenemos la impresión de que desea subordinar sus sentimientos a sus ideales. No sabemos si experimentó el sentimiento humano de celos cuando descubrió la aventura de Serguei. Probablemente lo suprimió rápidamente, y su código moral determinó su conducta siguiendo su norma ideal. Así, lo que podríamos denominar frío egoísmo, automortificación narcisista e intolerancia para el objeto amado en personalidades menos idealistas y orgullosas, se excusa y hasta admira en su caso.

Mujeres como María Stepanovna nos son familiares, pues han aparecido en diferentes períodos históricos. Cuando no subordinan su vida afectiva personal a la revolución social, actúan del mismo modo en favor de la religión o de alguna otra ideología conservadora o revolucionaria. Dios estaba muy alejado de las mujeres rusas del círculo de María, pues su religión era la moralidad per-

sonal y la revolución; todo lo que la revolución exige es sagrado y los deseos individuales deben ser subordinados a ella.

Maria Stepanovna y las mujeres semejantes jamás están libres de los dogmas y de los sistemas, hasta en cuestiones puramente personales. Obtienen de sí mismas y del medio la inspiración y fortaleza para llevar a cabo su sistema. Es una cuestión de importancia secundaria que el sistema sea conservador o revolucionario. Estas mujeres son extraordinariamente fieles a sus ideales, hasta frente a la muerte. Sus propias relaciones afectivas representan también ideales, y permanecen leales a sus emociones. Maria permaneció fiel a su marido debido a que en otro tiempo sintió amor por él, y hasta entonces su amor sirvió un ideal de libertad. Es muy difícil saber si tales mujeres tienen cálidas emociones al principio, aunque más tarde, al ser absorbidas por actividades sociales y religiosas o de otro tipo, se vean privadas de gran parte de ese ardor, o si desde el comienzo son incapaces de sentimientos violentos, y por tanto adaptan fácilmente sus exigencias eróticas a sus ideales. La atmósfera erótica que les rodea es de ordinario helada, la armonía con un hombre se obtiene tan sólo por los medios utilizados por Maria, es decir, a través de la común devoción a alguna cosa impersonal.

En la relación amorosa de Maria existía una característica que encontramos frecuentemente. Es el tipo de mujer activa, quizás excepcionalmente activa, que elige como objeto amado un hombre pasivo, de ordinario femenino, que puede fácilmente utilizar como instrumento para sus propias ideas. De ordinario, la personalidad del hombre se derrumba; en su subsiguiente "protesta masculina" comienza a odiar a la mujer por la que ha tenido un culto, y dirige su necesidad erótica a un ser inferior que muestra respeto y admiración por su débil masculinidad. Esto es lo que sucedió al marido de Maria Stepanovna, la mujer intolerante, activa revolucionaria, que, como tipo psicológico, puede ser encontrado en diferentes épocas históricas y en muchos medios y condiciones sociales. Tan sólo el contenido de los principios, la fachada adaptada al medio, es la que cambia según el ambiente y el periodo. Pero ella es siempre la misma. La tierna simpatía, la identificación amorosa con su marido, la cordialidad maternal hacia sus hijos, cualidades que aunque necesarias pueden conducir a descuidar los principios, suelen ser ajenas a ellas. Algunas veces tales mujeres están dotadas de un grado de erotismo que les acerca a uno de los tipos de mujeres femeninas antes descritos; en ocasiones están rodeadas de numerosos hijos y semejan nuestro tipo matriarcal activo; pero con más fre-

cuencia su afectividad se destina a valores alejados de los puramente sentimentales y personales.

No sabemos por qué Maria fue ese tipo de mujer o qué factores contribuyeron a su desarrollo. Pero gran parte de la vida de su hija Olga se aprecia más claramente por nuestro conocimiento de la madre.

Olga Sergueievna jamás intervino directamente en el movimiento feminista. En realidad, Maria Stepanovna no estaba directamente interesada en la emancipación de la mujer. Pedía iguales derechos para todos, y para sí misma como mujer, pero su actividad social se dirigía a los ideales sexualmente indiferenciados y sobre todo a la educación popular. Su hija Olga ocupó una posición sobresaliente en la república soviética y fue una organizadora extraordinariamente eficaz. El nuevo postulado de esta mujer es el "amor libre". Mientras el ideal de la madre era un matrimonio de amor libremente contraído, el ideal de Olga es libertarse de los lazos convencionales del matrimonio. Siendo todavía una muchacha se interesó por las ideas revolucionarias y por los estudios de los problemas sociales. Fue influida en esta dirección por la atmósfera de su hogar, y en su pubertad no sufrió el destino usual de las muchachas de la clase media que se hacen revolucionarias como una protesta contra su ambiente. Lejos de oponerse a los ideales revolucionarios de Olga, Maria Stepanovna se sintió orgullosa cuando su hija de 16 años fue detenida como revolucionaria. Pero Olga sufrió una revolución personal, en el curso de la cual se libera de la influencia de la madre y adopta ideas políticas y morales más radicales. Mientras la madre era una narodnik, Olga es marxista por la influencia de un bolchevique. Contra los consejos de la madre vivirá "de acuerdo al principio", como ella dice, en un matrimonio libre con el camarada C. de más edad, que asume el papel de su guía político y educador.

No es sorprendente que Olga ame a un hombre de mucha más edad que ella y se abandone a su influencia. En este respecto es igual a todas las muchachas adolescentes, cualesquiera sean las condiciones sociales en que viven, aunque en su concepto de "amor libre" expresa el nuevo orden social. Debe recordarse que después de que sus padres se separaron, Olga fue una muchacha sin padre. Según la información de la madre y quizás en sus propios recuerdos, el padre es para su hija un ser débil, pasivo, desvalorizado, y la muchacha elige su objeto amado en oposición a él.

Después de que C. es deportado y alejado de ella, la joven acep-

ta un cargo como institutriz en el hogar de M., un ingeniero casado. No le place, lo encuentra falso de ideas y de un nivel intelectual inferior al de ella. El marido se siente feliz en su matrimonio como una "frágil muñeca envuelta en encajes y pieles" y tiene cinco hijos sanos con ella. Olga se aburre en esta atmósfera de satisfacción y de felicidad familiar. El amor del hombre por su mimada mujer enfurece a Olga, quien se divierte haciendo sufrir a la atractiva dama con su conducta agresiva. Habla mucho acerca de la vida del exilio, de la gran tarea que enfrentan los revolucionarios, de sus sufrimientos por sus ideales, y expresa su desprecio por la saciada felicidad de la burguesía. Más tarde reconoce que su odio por la feliz pareja era tan intenso y consciente que hasta pensó hacer algo que diera lugar a que la policía invadiera la casa de esta pacífica familia.

Estamos muy familiarizados con este tipo de conducta, cualquiera sea el medio social. En nuestro orden social, democrático, las muchachas adolescentes protestan también contra la insoportable atmósfera de sus hogares, reprochan a sus padres el ser conservadores, encuentran su relación matrimonial "positivista" y desagradable, y expresan su protesta en varias formas según su nivel cultural. Algunas veces su protesta adquiere una forma más elevada, y se unen a grupos revolucionarios; en otros casos demuestran su liberación del medio del hogar por el "amor libre", que no siempre se deriva de una necesidad interna y no siempre se acompaña de sentimientos de felicidad. Si no se consigue reprimir esta actitud adolescente, se repite, en la siguiente oportunidad, en otro medio. Las muchachas de las clases pobres, que son testigos de los conflictos familiares en un grado excesivo, son colocadas en hogares de adopción. Muchos informes recogidos en las organizaciones sociales dedicadas a estos fines nos recuerdan la experiencia de Olga en la casa del ingeniero. Las muchachas cuyas historias han sido recogidas en estas instituciones, transfieren sus conflictos con sus padres a los hogares de adopción, se enfurecen por la armonía de la vida matrimonial que allí reina, seducen a sus padres adoptivos, y, de acuerdo a la ocasión, acusan falsamente a estos hombres de intentar seducirlas.

Olga se enamoró apasionadamente del odiado y despreciado M., y destruyó minuciosamente su matrimonio. Pero Olga misma se coloca en un conflicto, cuyos motivos son claros para ella. Este conflicto surge del hecho de que ama a dos hombres, M. y C., y no quiere prescindir de uno de ellos en beneficio del otro. Por ser bolchevique, la muchacha desprecia al burgués M., aunque el más

leve signo de indiferencia por su parte le causa intenso dolor, y cuando él intenta poseerla, ella se entrega de modo natural. Al mismo tiempo, la muchacha piensa con la mayor ternura y deseo en su primer amante, que ahora vive en el destierro. Su alma le necesita, espiritualmente está mucho más cerca de él; sin él su vida sería fría y vacía. Se dirige a su madre para lograr consejo y ayuda y, como era de esperar, su madre exige que se separe de uno de los dos hombres. La moralidad monógama de María, orientada totalmente hacia el amor por un hombre, no puede comprender ni aprobar este conflicto. Así, Olga permanece suspendida en un triángulo amoroso entre un amor "terrenal" y otro "celestial", incapaz de elegir entre los dos. La incapacidad para lograr una decisión sentimental de tal conflicto se presenta frecuentemente y la atribuimos a un carácter neurótico. Estamos muy familiarizados con el desdoblamiento entre amor sensual y espiritual en los hombres, pero también se presenta en las mujeres, como muestra el caso de Olga. Cuando Olga queda preñada de M., su madre piensa que este hecho provocará la decisión de la hija. Pero Olga reacciona al consejo de su madre de una manera que aclara notablemente su complicada situación: cuanto más se acerca su madre al nuevo amante más unida se siente Olga con el antiguo. A sus ojos parece que su madre y M. forman una alianza burguesa-liberal contra el campo proletario, al cual ella y C. pertenecen.

No continuaremos nuestro análisis psicológico del conflicto de Olga. Lo que nos interesa es que ella misma, con la más profunda convicción, intenta dar a su problema puramente erótico y psicológico una explicación sociológica, y considera su desacuerdo con la madre como una consecuencia de pertenecer a diferentes generaciones. El único factor en su caso que, en nuestra opinión, puede ser considerado como indicio de una influencia del ambiente, es que Olga, cuando derrumba un matrimonio y simultáneamente mantiene relaciones con dos hombres, no presenta inhibiciones que surjan de un sistema de ética social. La muchacha no tiene sentimientos de culpa social, debido a que sus exigencias ideales, condicionadas por su filosofía, están de acuerdo con las ideas morales dominantes. Vive en un medio que justifica el amor simultáneo por varios hombres, y ya no reconoce los derechos del matrimonio como una institución. En este respecto está en oposición a su madre y refleja un conflicto entre dos generaciones. Pero la génesis y solución de tal conflicto nada tienen que ver con el medio social ni en Olga ni en nuestras neuróticas. El triángulo de Olga se derrumba por razones

psicológicas, pues ni el burgués M. ni el marxista C. desean compartir la mujer que aman con otro hombre. Ambos se separaron, M. ocupó un buen cargo, C. ingresó en la Guardia Blanca, al parecer por una necesidad de revancha como cualquier burgués reaccionario.

En la vida ulterior Olga salva los restos de su cordialidad emotiva de la desilusión y de la falta de amor, y, continuando su actividad en favor de la "causa", satisface la lujuria personal en una relación amorosa serena. Vive formando un matrimonio libre con cierto camarada R., mucho más joven que ella, enfermizo y pasivo. Olga le describe como su discípulo; todos saben que ella es muy superior a él, y que en todas las cosas ella es para él la máxima autoridad. La mujer tiene una posición responsable en una organización industrial, se entrega completamente a su obra y es tan respetada como su madre lo fue.

También tiene otra característica común con su madre: después de vanos esfuerzos por encontrar otra forma de amor diferente a la que su madre conoce, ella, como muchas mujeres que viven en condiciones sociales completamente diferentes, termina por identificarse completamente con su madre; asume un papel activo director respecto a su compañero. En una forma quizás menos trivial y más trágica, su destino es una repetición exacta del de su madre —y ella experimenta este destino en una "incomprensión" para la generación más joven. Esta incomprensión es profundamente psicológica, y tanto la confusa Olga como las mujeres semejantes intentan explicarla por diferencias sociales e ideológicas. "Podréis increparme", grita con desesperación, "si soy retrógrada es que las nuevas condiciones han dado a luz una nueva psicología".

Podemos explicar a esta mujer, tan eficaz e inteligente, dedicada a su gran causa, y sin embargo tan confundida: "No, esas nuevas condiciones tan sólo son una nueva envoltura de la antigua psicología."

Olga tiene una hija, Genia, que nos da un destello de la "nueva psicología" de la tercera generación. Después de varios años de permanecer separada de su hija, Olga, ahora casada, la recibe en su hogar. Por la falta de viviendas, la madre, la hija y el padrastro, en un espíritu de adaptación realista, consideran natural vivir juntos en una sola habitación. Genia es fuerte, energética, y trabaja infatigablemente para la causa. Olga la considera como camarada, al lado de ella no se comporta como la madre, sino como una amiga. Un día descubre que Genia y su compañero, el camarada R., tienen relaciones sexuales. El tema del incesto, transferido en este caso a la

hijastra o el padrastro, se repite en diversas culturas, en épocas muy separadas, en los mitos antiguos y en los dramas modernos.

La reacción de Olga a este descubrimiento es la que podía esperarse. Olga, desesperada, se siente herida en su amor por R., pero sobre todo se halla horrorizada por el acto de su hija. Lo que le parece más repugnante e intolerable es la actitud de Genia, su frialdad y su convicción de su derecho para hacer lo que hizo, un derecho que defiende con fríos argumentos intelectuales. No muestra signo alguno de arrepentimiento o de compasión por su madre, y mucho menos amor o pasión que pueda excusar su relación con R.; tampoco manifiesta el más leve deseo de salir de esta situación. Por el contrario, acusa a su madre de ser retrógrada y de falta de comprensión. Genia extiende la filosofía marxista de la abolición de la propiedad privada al amor, y arguye que el camarada R. no es posesión privada de su madre, y que él y ella, Genia, tienen el derecho de dar libre expresión a sus impulsos.

Genia está preñada, y Olga no duda de que el camarada R. es el responsable. La hija, con una tranquilidad que parece cinica a la madre reaccionaria, declara que no sabe quién es el padre del niño, porque ha tenido relaciones sexuales con otro hombre.

Más alarmante e incomprensible para Olga es la abierta confesión de Genia de que jamás ha amado a un hombre. Cuenta a su madre que ha tenido relaciones sexuales con varios hombres cuando era aún muy joven e iba al frente a llevar regalos a los soldados. No ha sentido la necesidad física de hacer esto, pero le ha proporcionado un tipo de placer fácil y sin conflicto, que no ha implicado responsabilidad alguna para ella. Si se hubiera vendido como una prostituta o hubiera sido violada sería otra cosa. Pero como ha actuado por su propia voluntad, y esos actos le gustaron en aquel momento, el problema, en su opinión, está completamente fuera del campo de cualquier juicio moral. Genia aduce el típico argumento que tan frecuentemente se oye en las muchachas adolescentes modernas: "Si yo fuera un muchacho de 20 años y tuviera relaciones sexuales con mujeres en el frente de guerra, ¿quién podría objetarlo?"

¿No tiene ella los mismos derechos que un hombre? ¿Ha desconocido por acaso sus deberes para con la sociedad? ¿Ha olvidado sus responsabilidades para el partido? ¿No es ésta la única medida y criterio moral? El que haya tenido relaciones sexuales con muchos hombres es cuestión sin importancia. Ha quedado preñada y piensa que no es aconsejable traer hijos al mundo en este período

de lucha. La nueva ley permite los abortos. Genia se siente libre de culpa en el fondo de su corazón. No piensa que su madre sufre, que Andrey (el camarada R.) quedará perplejo, y que un embarazo tiene significación psicológica. Valora todas las relaciones humanas desde el punto de vista de los derechos de la propiedad económica, y considera erróneo reclamar los derechos de propiedad privada en las relaciones amorosas. Olga intenta aún subrayar la intensidad de su amor y de sus sufrimientos como factores que justifican su indignación, pero Genia no siente amor ni sufrimiento, no experimenta ni arrepentimiento ni felicidad. Tiene la tranquila convicción de que tiene el derecho de buscar su placer siempre que quiera. No presenta el menor signo de cordialidad ni la más elemental consideración para otro ser humano. En realidad, el pasivo Andrey es sólo un macho para ella. Su unión con él es una consecuencia de vivir en una sola habitación, y por su debilidad constituye un objeto para sus cuidados protectores. Tampoco ama a su otro amante Abrasha, pero éste tiene cierto poder sobre ella; Genia debe obedecerle, no puede hacer otra cosa, y la atracción que él ejerce se debe al hecho de que la muchacha siente que debe someterse a su voluntad.

Sin embargo, según las propias palabras de Genia, ella no es tan incapaz de abrigar sentimientos como supone. Ama a su madre a su modo y sufre cuando descubre que Olga es tan "reaccionaria". También ama a los hombres de un modo especial: por ejemplo a Lenin, por quien ella haría el sacrificio de su vida. También ama al camarada Gerasim, el secretario del partido, con quien no tiene relaciones personales y que es su superior en las cuestiones del partido. La muchacha le obedece hasta en los casos en que no tiene razón. ¿No es curioso que esta Genia, superior, fría y activa, sólo hable de amor en relación con los hombres a que está sometida?

Si consideramos a Genia como un producto de su tiempo, como la "nueva femineidad" de los años siguientes a 1920, descubriremos que, a pesar de todos los aspectos de lo contrario, la muchacha confirma una teoría de la femineidad que ella rechazaría por considerarla reaccionaria: la teoría de que el sometimiento del sexo femenino, que se repite una y otra vez en la historia humana, deriva de una tendencia femenina característica a someterse a las normas y exigencias de la moralidad que predomina. En cuestiones de amor, esta muchacha revolucionaria, energética y de clara visión es, sin sospecharlo, un objeto pasivo, que automáticamente sucumbe a las influencias que actúan sobre ella en la forma de la "nueva ideología".

Se somete, casi como un reflejo, al poder sugestivo de lo nuevo, sin darse cuenta de que representa la acción de los gobernantes sobre los gobernados.

Es erróneo pensar que, debido a que han sido rotas las cadenas del orden social burgués, Genia es ahora un "ser humano libre" en el sentido sexual así como en el sentido político social. La muchacha subraya explícitamente la diferencia moral entre sus acciones y la promiscuidad de una prostituta. Esta última se entrega por dinero, mientras Genia tan sólo por placer. Así, ella somete sus acciones a la valoración moral que es propia de su generación. El hecho de que no ame a sus objetos sexuales y que no busque la felicidad del amor, no le parece un defecto; por el contrario, Genia se jacta con cierto orgullo de su promiscuidad sexual que considera como "libertad". Sabe que es incapaz de amar, pero considera su entusiasmo por las ideas y por la forma de ponerlas en prácticas como factores compensadores. La espiritualización de la vida sexual, ciertas cualidades espirituales y el carácter individual del objeto amado no son prerequisitos en la relación amorosa de Genia. El erotismo femenino, el amor monógamo, del cual hemos hablado, constituye para Genia una especie de cuento de hadas que tiene su origen en determinados estados de cultura y que depende aún de ellos.

En realidad, el tipo de la vida amorosa de Genia no es tan nuevo para nosotros como a ella y a sus camaradas les parece. Hemos observado conductas semejantes en condiciones políticas y sociales muy diferentes. Por ejemplo, conocemos mujeres polígamas fríidas que constantemente cambian sus objetos amorosos, como Genia lo hace. Y mujeres que por determinadas razones psicológicas tienen la constante necesidad de algo nuevo en sus experiencias sexuales para protegerse del embotamiento debido a la habituación. Otras son impulsadas a nuevas experiencias amorosas por la rápida declinación de sus emociones, y otras huyen de algunos lazos inconscientes cambiando frecuentemente de relaciones, sin ser capaces de satisfacer su deseo. El número de motivaciones es grande, y de ordinario deriva de fuentes psíquicas profundas. Éste no parece ser el caso de Genia, pues en ella se tiene la impresión de que su vida sexual está completamente separada de su alma. Se parece a aquellas mujeres y muchachas cuyas acciones sexuales poco tienen que ver con la sexualidad considerada como experiencia erótica y sensual. Debido a que sus emociones no están ligadas a los actos sexuales, no existe un límite cuantitativo para su poligamia. Genia

—ga que, aparte de la monogamia exigida por la sociedad burguesa que ella odia, exista también una monogamia libre psicológicamente justificada. Esto es debido a que afectivamente es incapaz de tal relación. La muchacha racionaliza su incapacidad con la ayuda de una ideología social. Piensa que obedece al nuevo orden de libertad sexual revolucionaria, y en esto tiene cierta razón. Pero Genia no se da cuenta de la presencia de causas individuales personales, profundamente enraizadas, que le obligan a aceptar incondicionalmente las nuevas órdenes.

Para comprender los motivos particulares de Genia debemos echar una ojeada a la historia de su vida. Las pocas cosas que sabemos acerca de ella bastan para formarnos cierta idea. Fue una niña sin padre, y desde la primera infancia se vio también privada de una tierna atmósfera maternal. Vivió durante algún tiempo con su abuela fría y obediente a sus deberes, y más tarde, como nos dice Olga, con varios "amigos". Estos amigos eran seguramente revolucionarios que empleaban todo el ardor de sus sentimientos en la causa que defendían. ¿Cuál de ellos tuvo el tiempo o la voluntad necesaria para prestar atención a una cosa tan falta de importancia como la vida sentimental de una chicuela? Así, este aspecto de su vida fue sin duda descuidado, y tan sólo aprendió a amar a los "ideales", no a los seres vivos. La muchacha insiste en que ama a su madre, pero con un tipo infantil de amor, que fácilmente considera a aquella como la persona que proporciona todas las cosas necesarias y constituye el prototipo ideal, pero que es incapaz de tener en cuenta los sentimientos y sufrimientos de la madre. Las protestas de Genia de que ama a los hombres nos recuerdan mucho a las pasiones típicas de las muchachas adolescentes narcisistas que enlazan sus deseos con un objeto sin realmente amarlo. El duque de las fantasías amorosas de María Bashkirtsev desempeña psicológicamente el mismo papel que Lenin o el camarada Gerasim desempeñan para Genia. En este tipo de elección amorosa las diferencias del nivel intelectual no son psicológicamente importantes. Ahora y entonces Genia despliega una conducta muy femenina: tiene intensos sentimientos para los hombres tan sólo cuando puede subordinarse a su poder superior.

Consideramos a Genia como una personalidad afectivamente perturbada, que llega a un sentimiento superior a través de la racionalización ideológico-social de sus acciones neuróticas o instintivas. Su impulso sexual no está, pues, libre de las cadenas por el cambio de las exigencias culturales; ni es una personalidad que haya cam-

biado por influencias sociales. Lo que ella representa es el efecto de una ideología sobre procesos psíquicos predeterminados principalmente inconscientes en una personalidad con una vida afectiva inmadura y por tanto perturbada.

Sin embargo, la movilización y el fortalecimiento de tales reacciones, sobre todo la liberación de Genia de todos los sentimientos de culpa, se debe a las condiciones sociales. El problema de las habitaciones, el deseo ardiente de hacer alguna cosa por la causa, la falta de tiempo para las relaciones afectivas, en resumen, la atmósfera especial de revolución, han creado numerosas Genias. Tenemos la impresión de que pueden ser encontradas más frecuentemente en ciertos círculos intelectuales; quizás son el producto de una generación que, hasta en un medio menos radical, considera el trabajo, los ideales y la intelectualidad como compensaciones de la debilidad y oscuridad de su vida emotiva.

Maria Stepanovna, Olga Sergueievna y Genia utilizan su ideología social para ocultar y racionalizar sus motivos puramente individuales, de un modo que muchas veces es útil para la humanidad. En María, el deseo de liberación individual y la creencia en los derechos de la mujer para la autodeterminación se funden en un ideal social que ocupa el lugar de las cálidas emociones amorosas. Olga considera el desdoblamiento neurótico en sus sentimientos amorosos como una expresión de libertad, y se permite, sin darle importancia, satisfacer sus agresiones contra las demás mujeres sin experimentar sentimientos sociales de culpa, pues considera sus acciones como las de un combatiente por el progreso. Genia, la más infantil de las tres, la que retrocede más hacia el pasado en su vida afectiva, aparece, paradójicamente, como el exponente de lo que se supone es el máximo paso hacia la emancipación de la mujer<sup>1</sup>.

Los problemas psicológicos individuales no son siempre tan manifiestos como en estas representantes de tres generaciones de mujeres. Pero podemos decir que la relación entre los factores psicológicos y las direcciones culturales y sociales pueden dar lugar a hechos que

1. El término infantil es usado en este caso en un sentido puramente psicológico y no implica el establecimiento de un valor social. En ciertas condiciones, un tipo de conducta que deriva de formas psicológicamente infantiles, como la rebeldía contra la autoridad, puede estar más adaptada a la realidad y ser más racional que la supuesta conducta "adulta", que se adapta a las exigencias de la sociedad. Los individuos inmaduros están muchas veces en la vanguardia del desarrollo social, y el progreso comienza por los individuos no satisfactorios que luchan por la realidad. El hecho de que su esfuerzo pueda yacer en sus propios almas y que proyecte las causas de ello en el mundo exterior, no afecta el valor social de sus acciones.

tienen la apariencia de estar determinados exclusivamente por influencias del medio. Algunas veces el elemento social es usado como un sustituto de las tendencias psíquicas reprimidas, muchas veces hasta en oposición directa a ellas. En otros casos, la ideología por la cual la mujer lucha sirve como una racionalización de sus propias acciones; muchas veces la mujer intenta francamente adaptar su forma de vivir a los ideales sociales existentes, sin una verdadera necesidad psicológica de hacerlo así.

En la descripción de Alejandra Kollontay de sus mujeres existen dos circunstancias que hay que tener presentes. En primer lugar, es notable que los hombres con quienes sus heroínas unen sus vidas son débiles, subordinadas e inferiores a esas mujeres. ¿Se trata de una simple coincidencia? En segundo lugar, la actitud de estas mujeres hacia la maternidad es peculiar. María se lleva a su hijita cuando abandona a su marido, sin preguntarse si tiene o no derecho para educar a la niña sin un padre. Olga rechaza vigorosamente la idea de abortar, pero se separa de su hija para tener la libertad de intervenir en la causa. Genia se somete al aborto sin mostrar el más leve signo de la reacción femenina normal a esta experiencia. No tiene tiempo para dar a luz un niño ni para cuidarlo. Así es como las actitudes se han ido transformando en el curso de las tres generaciones. ¿Es esto progreso? ¿Ha dado este progreso mayor libertad y potencialidad de felicidad a las mujeres? ¿O esa libertad se ha obtenido al precio de ser incapaz de experimentar la más intensa felicidad femenina?

Debemos hacer notar que en el curso de las últimas décadas la posición de la revolución rusa respecto al matrimonio y a la maternidad ha sufrido cambios profundos. Hace ya muchos años que la promiscuidad y los divorcios frecuentes han sido mal mirados en la Unión Soviética. Los abortos han sido prohibidos, y la constitución y muchas reglamentaciones locales se cuidan de la seguridad de las madres y de los hijos. La última década ha sido testigo de una marcada dirección hacia la más estricta monogamia y respeto por la vida familiar.

He utilizado el libro de Alejandra Kollontay como un ejemplo, pues se presta para presentar nuestro problema. Los archivos de nuestras instituciones sociales contienen innumerables historias de mujeres que han transferido sus conflictos psicológicos a las condiciones sociales del medio. Muchas veces la máscara social es tan convincente que se intenta encontrar una solución social del problema. Resultados satisfactorios son obtenidos frecuentemente en

breve tiempo, pero el componente psicológico se muestra pronto más poderoso, y proporciona la chispa para un nuevo y renovado conflicto con el medio. María, Olga y Genia, que pertenecen a tres generaciones, coexisten en cualquier generación; varían sus personalidades subrayando unas veces uno, otras veces otro de los componentes psicológicos, según las influencias internas o externas. Estos tres tipos de mujeres quizás no son tan diferentes entre sí como se supone. Tan sólo en su forma de resolver los problemas que no tienen época, estas representantes de las diferentes generaciones parecen haber sido en parte influidas por la estructura social.

La mujer rusa que ha pasado por el fuego de la revolución ha libertado ampliamente su actividad de las cadenas sociales, y continúa combatiendo al lado de su compañero en defensa de objetivos comunes. La mujer americana ha alcanzado su meta social por los medios más pacíficos del progreso democrático. Pero la feminidad de ambas emprende su lucha silenciosa en un frente completamente distinto, al igual que en todas las mujeres cualquiera sea la raza, el color, la lengua o la cultura.

Dirijámos ahora nuestra atención a los hechos que podemos observar más directamente. Estamos viviendo en un momento de movimientos sociales que pueden dar lugar a transformaciones rápidas de la conducta humana.

Recordaremos que en el intervalo entre las dos guerras mundiales la opinión americana fue perturbada por ciertos notables fenómenos en los individuos jóvenes de ambos sexos. Estos fenómenos no sólo se relacionaban con el aumento de las fuerzas agresivas y con la insopportable competencia, que difficilmente dejaba respirar en los tiempos de la última generación. Otras manifestaciones más regresivas de esta agitada rivalidad nos perturbaban todavía más. Aparte de la hiper-aumentada actividad intelectual y deportiva, que servía a los fines de la rivalidad, se observaba entre los individuos jóvenes una terrible carencia de sentimientos y una notable superficialidad. No podemos desechar la idea de que los hombres jóvenes, a pesar de su hiperactividad, tenían una aumentada tendencia hacia la pasividad, mientras el inconfundible aumento de actividad de las mujeres jóvenes y su tendencia hacia la masculinización eran acompañados por la misma inercia emotiva presentada por los muchachos. Mientras la hiperactividad del muchacho delataba, en su carácter hipercompensador, la pasividad y vacuidad afectiva oculta tras ella, la masculinización de las muchachas expresaba desgraciadamente no sólo su consciente emancipación social, sino también su empobrecida

vida emotiva, resultante del desarrollo de su inteligencia. El proceso típico de intelectualización, que hemos observado como una manifestación temporal de la adolescencia, era desplegado por ambos sexos en un grado mayor que antes y durante una época posterior a la pubertad. Carecemos de información adecuada acerca de las causas de esta conducta, pero vemos que este cuadro psicológico se ha transformado completamente por la guerra. Ciento es que las observaciones reunidas desde la ruptura de las hostilidades sólo pueden ser apreciadas superficialmente.

En nuestros intentos para comprender la transformación psíquica de los individuos, especialmente de los jóvenes, debemos tener presente que la guerra es una situación de necesidad, y, como todas esas situaciones, abre todos los reservorios del temor en el alma humana. Cuanto más aguda e inesperada sea la necesidad, más profundamente aterroriza la mente, lo mismo que los fenómenos naturales repentinos, el trueno y el relámpago, movilizan los temores de un niño. Hasta en el caso de que el temor sea brillantemente dominado y las reacciones del individuo a la guerra parezcan racionales y lógicas, su existencia no debe ser desconocida.

Los métodos de vencer el temor son varios; debemos distinguir las reacciones individuales de los fenómenos de la masa. Gradualmente, en el curso del tiempo, las formas de reacción individual se combinan también formando fenómenos de la masa. Uno de los métodos de dominar el temor, que se aplica en tiempo de guerra a los individuos y las masas, es la participación activa en los sucesos. La realidad obliga a todos a recurrir, *nolens volens*, a esos métodos, y los jóvenes de ambos sexos están sometidos a la misma compulsión. El escepticismo intelectual y la dureza de sentimientos están bajo dos fuegos: las exigencias de la realidad objetiva y la necesidad subjetiva de combatir los temores intensificados. Esta necesidad conduce a una movilización psicológica general.

Dentro de esta trama de las manifestaciones generales de la masa encontramos fenómenos más individuales. Especialmente en las mujeres, que están menos sometidas a la presión externa que los hombres, pueden observarse los métodos más individuales de adaptarse a la situación. En algunas mujeres la superación activa del temor tiene un carácter más bien obsesivo, y en otras posee un carácter más histérico. En el primer caso, bajo la presión de las ansias internas movilizadas, así como de los sucesos externos, se intensifica la sensación de culpa, y la necesidad de sufrir y de sacrificarse por la causa general se expresa en diversas formas —por ejemplo, en el abandono de

actividades anteriormente satisfactorias y en la aceptación de ocupaciones difíciles directamente relacionadas con la guerra. Muchas veces el sacrificio por la guerra debe estar relacionado con peligros inmediatos, y la elección de la ocupación es determinada por este deseo. La abnegación y la subordinación de este tipo femenino están más allá de todo elogio. Los informes recibidos del teatro de la guerra muestran que este tipo de mujeres que participaron activamente en ella resalta sobre las demás. Lograron de un modo particularmente notable la superación del temor por la actividad dirigida a un fin, y así encontraron alivio de los sentimientos de culpa.

Las formas histéricas de dominar el temor son más variadas. En este caso el sacrificio desempeña un importante papel, pero asume un carácter de un deslumbramiento extático más consciente. En las muchachas muy jóvenes este deseo de sacrificarse implica graves peligros sexuales; el hecho de que un soldado joven deba realmente enfrentar la muerte conmueve profundamente la imaginación calenturienta de tales muchachas. Sienten que deben dar al hombre, ya dedicado a la muerte en su fantasía, todo lo que pueda aumentar los "últimos goces de la vida". Sus temores personales se intensifican por los motivos generales del temor inherente a la atmósfera de guerra, y en ellas la superación del temor por la actividad se extiende a varios campos incluyendo la sexualidad. Esta actividad implica de ordinario un aflojamiento de los lazos con las personas que antes ejercían autoridad sobre ellas, y crea una tendencia a la rebelión, especialmente contra la madre. He observado algunas muchachas que abandonaron sus hogares en un acceso de rabia cuando sus madres les objetaron que habían interrumpido sus trabajos escolares para dedicarse a fatigosas y muchas veces poco importantes "actividades de la guerra". La guerra les da una oportunidad bien racionalizada para satisfacer la tendencia a la fuga, que ya preexistía en algunos casos.

Al observar las reacciones femeninas en la guerra debemos establecer la diferencia entre las que tienen lugar en la retaguardia no peligrosa y las que se presentan cerca de la zona de batalla. En el primer caso, la guerra es principalmente experimentada en la fantasía, y a no ser que el choque de las condiciones externas produzca un ajuste a la realidad, tienen lugar actitudes extrañas del tipo que hemos mencionado al ocuparnos de la pubertad. Las muchachas jóvenes de este tipo utilizan la guerra como una racionalización, y realizan fantasías que de otro modo serían reprimidas. Por fortuna, también pueden observarse los tipos opuestos de conducta; muchas

muchachas jóvenes que antes dejaban pasar la vida sin sentir interés particular por la comunidad, se han "despertado" gracias a la guerra, y han desempeñado actividades dirigidas a un fin en un trabajo de importancia para la producción bélica. Pero hasta en estos últimos casos se pasa muchas veces el límite de la necesidad real, y se suspende una ocupación satisfactoria y útil en cuanto las dificultades internas y externas no necesitan ser dominadas. En esta situación, la congregación de los trabajadores en sus trabajos, que el gobierno de los Estados Unidos estableció, constituyó una medida digna de tenerse en cuenta.

Cuanto más cerca está el peligro, más activa es la participación en la guerra, y no sólo como un método para dominar el temor. En todas las guerras las mujeres desempeñan una actividad cuando sus hijos, maridos y hogares están amenazados; debido a que muchas veces utilizan los mismos métodos, con frecuencia confundimos los diferentes objetivos psicológicos que persiguen. La actividad de las mujeres en los países conmovidos por la guerra es movilizada por los más profundos instintos protectores maternales; sus métodos tienen muchas veces que presentar una máscara masculina para manifestarse. En 1812, las campesinas rusas combatían al lado de sus maridos en las guerrillas, llevando muchas veces trajes de hombres, como actualmente ocurre. Nada sabían acerca de los principios de igualdad, y después de la guerra quizás volvieron a decirse con tristeza: "ya no me quiere, pues ya no me pega".

La psicología de las mujeres que voluntariamente se exponen a los peligros inmediatos de la guerra es diferente. El deseo activo de dominar los peligros tiene un carácter mucho más personal, y cuanto más cerca está el peligro, más activos son los métodos para dominar el temor. Testigos oculares refieren que estas acciones adquieren muchas veces un intenso carácter hipomaniaco. En tales casos las mujeres son repentinamente víctimas de estados de angustia y de depresión, especialmente cuando se produce un descanso en su actividad profesional; esto proporciona con frecuencia un motivo para beber y para abandonar repentinamente las inhibiciones sexuales. Se ha exagerado, sin duda, la promiscuidad de las mujeres que trabajan en las zonas de guerra, pero esto no es absolutamente falso. Los motivos para ello son numerosos y asientan profundamente. Muchas mujeres son impulsadas a buscar "experiencias" debido a su inquietud y temor; en otras es su frívola e indiferente actitud la que les lleva a anular repentinamente sus propias inhibiciones sexuales. Estas mujeres creen que es "parte de su labor" comportarse como

los hombres en todas las cosas, es decir, beber, ser groseras, y no tener prejuicios sexuales. Nos recuerdan a Genia, que tuvo frecuentes relaciones sexuales con los soldados no por necesidad sexual, sino por su deseo de igualdad.

En resumen, el constante conocimiento de su participación activa y directa en la guerra ha venido a ser una necesidad psicológica tanto para la muchacha como para la mujer más madura. Esta participación responde unas veces simplemente a la adaptación a la realidad, otras al sentido de culpa, y algunas al sentimiento narcisista de darse importancia. En las muchachas jóvenes, la actividad de la guerra lanza muchas veces a su torbellino todas las fantasías de la pubertad. Todos los temores de esta fase del desarrollo femenino —el temor a la experiencia sexual, el temor a los peligros inherentes a la función reproductiva, la angustia causada por los sentimientos de culpa y la incapacidad personal— se funden ahora para formar un temor a la guerra que todo lo absorbe.

El temor no sólo se apodera de ellas, sino de todos los seres humanos; algunos se dan cuenta de ello, otros lo rechazan. Para muchos es un temor a la muerte justificado por la realidad, para otros es tan sólo una llamada del destino, una provocación del temor a la muerte que siempre acecha en el alma humana, reprimido y puesto para un futuro distante. La necesidad intensificada de actividad en todos los casos favorece la superación racional de este temor.

Siguiendo estos métodos activos de dominar el temor, observamos simultáneamente un mayor número de hechos que indican un fortalecimiento de las fuerzas regresivas en la actual atmósfera de necesidad urgente. Las mujeres adultas reexperimentan su adolescencia en todas sus formas; las madres maduras —especialmente después de que han sido obligadas a separarse de sus hijos— llenan su vida fantástica con los mismos contenidos que sus hijas adolescentes. Durante las horas de soledad evocan minuciosamente el mero del héroe que tiene una muerte heroica sobre el campo de batalla, y este sueño masoquista, propio de las muchachas, está completamente separado de sus ocupaciones realistas muchas veces muy absorbentes. Este héroe es ahora el hijo ausente. Conozco un caso de una mujer de 50 años, quien, después de que su hijo ingresó en el ejército, presentó una forma grave de agorafobia, en la que repitió todos sus temores de la pubertad. Cuando era muchacha sufrió, durante cierto tiempo, un terror típico por los espacios abiertos, y permanecía en el hogar para protegerse de la realización de determinados deseos. El peligro que le amenazaba ahora era el de seguir a su hijo si escuchaba

su deseo interno, que su yo adulto rechazaba como absurdo. Durante 35 años había permanecido libre de ese temor incluso cuando se separaba de su hijo, y tan sólo la tensión de la guerra movilizó esta emoción adolescente.

Las muchachas y mujeres que no se entregan a esta actividad, debido a que siempre fueron particularmente pasivas o a que están paralizadas por los temores de la guerra, sienten aún más estos peligros. Recurren a la protección de sus hogares sin tomar parte en las actividades de la guerra, o su participación adquiere el carácter de pasividad completa y de devoción. Se ven expuestas especialmente a los peligros sexuales, pues son incapaces de echar sobre sus hombros las cargas de la responsabilidad. De sus filas proceden muchas de las madres involuntarias de la guerra que poco a poco han venido a constituir uno de nuestros problemas actuales.

Debemos dedicar atención especial a las madres de la guerra como un problema psicológico. En muchos casos el factor responsable es la psicología de guerra del hombre. Según los datos de testigos visuales, la capacidad sexual de los soldados es particularmente fuerte inmediatamente antes de entrar en acción, durante las preparaciones intensas o durante los momentos de calma en la batalla. Una observación que se confirma en muchas fuentes sugiere que frente al peligro inminente de muerte se despierta en el hombre la necesidad de asegurar su propia inmortalidad, y en él, aunque inconscientemente, el acto sexual responde a la función reproductiva. "Tú eres yo también ahora. Tú eres todo lo que quedará de mí", dice Robert Jordan en *Por quién doblan las campanas* de Hemingway, y estas palabras simbólicas son realmente experimentadas por muchos que se creen condenados a muerte. En los períodos de aumentada tensión los seres humanos tienen tendencia a experimentar la realidad en una manera más primitiva, es decir, no sólo objetivamente, sino también simbólicamente. El método simbólico de vencer a la muerte conduce a los embarazos conscientemente no deseados, pero muy realistas, pues las mujeres, al simpatizar con este deseo inconsciente del hombre, aceptan su propósito no expresado y se dejan fecundar por el "soldado desconocido". No son seducidas debido a su propia excitación sexual, sino para servir al deseo de vida de los demás. Este motivo desempeña también un enorme papel en muchas jóvenes esposas y muchachas no casadas que quieren quedar preñadas de sus maridos o amantes antes de que ingresen en el ejército. El deseo de continuar la relación con el hombre que se aleja y de asegurar un futuro común es ciertamente un factor en su conducta, pero el peligro de muerte,

que aumenta el deseo de una continuación de la vida, es un factor mucho más fuerte aunque inconsciente.

En la atmósfera de la guerra, el hombre, poseido por temores de aniquilamiento, experimenta su propia proyección física y espiritual en la mujer, a través del acto sexual, mucho más fuertemente que en otras épocas, y este sentimiento se manifiesta en su impulso inconsciente a engendrar un hijo. Los hombres introspectivos se hacen más tarde conscientes de este impulso y nos proporcionan datos acerca de lo que de otro modo sólo podríamos conocer a través de los escritores creadores o de los locos.

A este respecto es interesante recordar la descripción de Strindberg de sus propias experiencias. En un acceso de celos patológicos se ve inundado en una forma negativa por el mismo sentimiento que el héroe de Hemingway y nuestros soldados de hoy experimentan en una forma positiva. Cree que en su experiencia sexual con quien según él piensa no le es fiel, le ha sido arrebatada parte de su alma. Cae en la desesperación, pues ha mezclado su sangre con la de ella y le ha dado sus propios impulsos. Desea recuperarlos y reclama esa parte de sí mismo sin la cual no podría ya vivir. Parece que las gentes mentalmente sanas se encuentran en ciertas condiciones sometidas a las mismas emociones que Strindberg experimenta en la locura. Al prepararse psicológicamente para la muerte llaman en su ayuda a todos los dioses de la vida. En las mujeres, el deseo de continuar su relación sexual con su compañero en un hijo está siempre presente, y no sólo en los tiempos de guerra. Las ideas de muerte y de nueva vida implícitas en el acto de la propagación están también profundamente arraigadas en el alma femenina. Ahora bien, esta disposición innata se acompaña de su identificación con el hombre —particularmente cuando la relación amorosa es buena— y la apelación a los dioses de la vida se manifiesta por numerosos embarazos, que tienen lugar en las condiciones más desfavorables, contra la voluntad consciente de la propia mujer.

Otro motivo frecuente de la maternidad de la guerra se deriva, no de la necesidad de amar de la mujer, sino de sus dudas acerca de este amor. Los matrimonios se concertan rápidamente para silenciar estas dudas. La mujer espera que el nuevo niño fortalecerá una relación establecida sobre bases inseguras, mientras su sentimiento moral inconsciente exige que dé al hombre que va a enfrentarse con una vida dura y peligrosa toda clase de consuelos y seguridades. Los azares de la guerra y la importancia que el hombre adquiere en ella

transfiguran la relación, y esto, junto con la piedad, esa prueba de amor autoimpuesta, facilita la tarea de la mujer.

En general, todas las formas de reacción a las necesidades de la guerra hacen uso de todos los medios de que el individuo dispone. Tan sólo debido a que los procesos son idénticos en muchos individuos se produce un fenómeno de masa.

En esta guerra hemos sabido hasta qué punto el papel de muchas mujeres en la sociedad depende del medio. Las mujeres han abandonado sus hogares en masa; en los diversos servicios de la guerra, uniformadas o no, han sido lanzadas en la máquina de la lucha, y su actuación ha sido buena y muchas veces distinguida. Pero incluso hoy, después de un tiempo relativamente corto, se observa un deseo por el "hogar" en esas mujeres que desempeñan su cargo tan sólo en tanto que están inspiradas por el entusiasmo ideológico o se ven obligadas a trabajar por motivos económicos. Pero aun cuando esté presente un fuerte motivo sentimental para servir a la causa, las mujeres tienen una necesidad cada vez mayor de experiencias afectivas directas más personales, en cuya atmósfera desempeñan su papel femenino pasivo y en la que son más creadoras que en las actividades de la guerra que han emprendido por necesidad.

La rivalidad no se ha apoderado aún completamente de la mujer. Los motivos eróticos y tiernos todavía la dominan más que los agresivos. La ambición de las mujeres que se han unido al ejército, como la de las muchachas adolescentes, toma la forma de "cuando veo lo bien que yo hago esto, me amará más que a las otras". Un dibujo humorístico que representa a una muchacha de uniforme diciendo a su instructor: "Míreme, ¿no es verdad que es precioso?", expresa un hecho real en una forma ingenua.

Otro efecto del medio guerrero sobre las mujeres podría causar recelos si no fuera de carácter temporal: el equilibrio afectivo de la vida de la mujer fracasa cuando su obra supera a sus emociones. Cuando son muy activas, las mujeres no parecen administrar correctamente sus capacidades afectivas. Su sentimiento se empobrece en vez de enriquecerse en sus relaciones objetivas directas más personales.

No debemos ser cegados por esta última y "normal" actividad intensificada de la guerra propia de las mujeres. Nos alegra su eficacia y capacidad, pero no debemos dejar pasar por alto el hecho de que muchas cosas que nos impresionan como "actividad" no derivan siempre de fuerzas activas. En el ajuste activo a la realidad y en el trabajo activo al servicio de ideologías patrióticas y sociales, las sugerencias externas y la autosugestión desempeñan muchas veces un

papel decisivo. Existe una aceptación pasiva del estado de ánimo general. El motivo pasivo y masoquista muchas veces oculta el hecho activo sirve aún al "núcleo femenino primitivo".

No hay duda de que muchas mujeres utilizan la oportunidad de ser masculinas, una oportunidad creada por la guerra, para la satisfacción de sus deseos a este respecto. El uniforme y los trajes de faena son un símbolo de masculinidad, no sólo para las mujeres, sino también para los hombres; para éstos en la proporción en que se sienten realmente pasivos y femeninos, para aquéllas en proporción a sus tendencias activas y masculinas. En los hombres, esto es una reacción a determinados peligros internos; en muchas mujeres el uniforme sirve para un doble fin: satisfacción de su propio complejo de masculinidad, y protección contra prejuicios sociales, con respecto a los cuales se sienten mejor defendidas cuando tienen un aspecto más masculino.

Las predicciones, especialmente en los períodos de rápidos e inesperados movimientos, suelen resultar falsas; por tanto nos abstendremos de hacerlas, y tan sólo meditaremos sobre los posibles fenómenos de la postguerra en el campo de la psicología femenina. Para esto puede ayudarnos nuestra experiencia personal en el pasado.

Como testigo directo de los acontecimientos europeos después de la primera guerra mundial, aprecié la forma en que las diferencias sexuales se expresaron en aquella época. No hablaremos aquí del aumento de las tendencias pasivo-femeninas de los hombres. La masculinización de las mujeres fue inconfundiblemente expresada por su invasión de las profesiones masculinas, los cambios en su aspecto, trajes, peinados, etc. y por sus energéticos intentos para dar a su estructura corporal un carácter más masculino. Las curas de adelgazamiento, que muchas veces adquirieron formas extrañas y algunas veces terminaron con la muerte, fueron utilizadas para combatir la constitución física propia de las mujeres. Las actividades deportivas, la mayor intelectualización, el sistema del hijo único, tan difundido en la clase media europea, fueron las formas visibles en que se manifestó el alejamiento de la femineidad. A no ser que nuestra observación sea errónea, aquellas mujeres que activamente participaron en el esfuerzo de la guerra no se vieron arrastradas en esa dirección. La proletaria y la pequeña burguesa, que realmente reemplazaron a los hombres en los duros trabajos de las fábricas, en los ferrocarriles, etc., devolvieron sus pesadas tareas a los hombres con un sentimiento de alivio, y se reintegraron al hogar. Parece que también en estas

capas sociales, a pesar de la mayor miseria y de la desocupación, el número de nacimientos se elevó después de la guerra.

En los Estados Unidos, durante la contienda última, un número incomparablemente mayor de mujeres se ha dedicado a las ocupaciones de la guerra. Como una consecuencia de ella, todo el mundo femenino ha sentido mayor interés por los problemas de la comunidad y ha sido capaz de participar más completamente que hasta ahora lo había hecho en las actividades masculinas. El complejo de masculinidad, se hará menos odioso, pues el conflicto neurótico será reemplazado por una mejor sublimación, menos obstaculizada desde fuera. Pero la mayoría de las mujeres a quien la guerra ha hecho más activas, volverá lo más rápida y energicamente posible a su posición básica conservadora propia de la experiencia femenina, siempre dominante, cualesquiera sean los movimientos sociales y culturales. Las formas externas de esta experiencia se adaptarán a los cambios sociales, y en la actualidad no pueden predarse.

Aunque reconocemos la importancia de los factores sociales, aceptamos que ciertas manifestaciones psíquicas femeninas son constantes, y sólo están sometidas a las influencias culturales en el sentido de que unas veces un aspecto, otras veces otro, se intensifica. La primitiva y femenina Autonoe, la fecunda Deméter, Pallas Atenea, sin madre, la Amazona androgina, son creaciones de la fantasía mitológica; sin embargo, parece que han existido realmente en todas las sociedades. Estos prototipos de la psique femenina se repiten constantemente, siempre los mismos, aunque siempre diferentes, de acuerdo a su cultura, su raza y al grado del desarrollo histórico de su sociedad. La fachada puede cambiar, pero el núcleo femenino permanece invariable a través de todas las tormentas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAM, K.: *Außereinflüsse auf den weiblichen Kastrationskomplex*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 7, 1921. *Manifestations of the female castration complex*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 7, 1922.
- ABRAHAM, J.: *The spirit of youth and the city streets*. New York: Macmillan, 1930.
- AILLEUR, R.: *Sadism in women*. "Psychoanal. Rev.", 20: 437, 1933.
- BACCHETTI, J. J.: *Mutterrecht und Urvölker*. Leipzig: Koerner.
- BILLET, M.: *A contribution to the psychology of menstruation*. "Psychoanal. Quart.", vol. 6, 1937.
- BASILISKIOPP, M.: *Journal of a young artist*. New York: Cawelti, 1919.
- BENECKE, T. and RUMMELHOFER, R. B.: *The sexual cycle in women*. "Psychoanal. Med. Monog.", vol. 3, Washington, D. C.: National Research Council, 1942.
- BENOIT, S.: *Junior miss*. New York: Random House, 1941.
- BENNETT, S.: *Die brutale Psychologie der Pubertät*. "Imago", vol. 13, 1927.
- BILES, P.: *The adolescent personality*. New York: Appleton-Century, 1941.
- BONAPARTE, M.: *Femininität, Maternitität und Weiblichkeit*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 21, 1931. *Passivity, motherhood and femininity*. Internat. J. Psycho-Analyse, vol. 16, 1931.
- BORCHFELD, P.: *The castration complex in women*. "Psychoanal. Rev.", vol. 11, 1924.
- BRIELLEY, M.: *Some problems of integration in women*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 8, 1932.
- *Specific determinants in femininity development*. Ibid., vol. 17, 1934.
- BROUT, M. W.: *An analysis of the psychological development of a female, with special reference to bisexuality*. "Psychoanal. Rev.", vol. 30, 1943.
- BUCKNER, A. F.: *Emotional problems of adolescence: The child's reactions*. Chicago: "Univ. Chicago Press", 1939.
- BRUNSWIK, R. M.: *Die Analyse eines Eifersuchtsanfalls*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 14, 1923. *The analysis of a case of jealousy*. "J. Nerv. & Ment. Dis.", 79: 1, 111, 1929.
- *The preoedipal phase of the libido development*. "Psychoanal. Quart.", vol. 3, 1940.
- *To be accepted in*. Ibid., vol. 12, 1943.
- BÜHLER, C.: *Das Seelenleben des Jugendlichen*. Jena, 1912.
- CHAUWICK, M.: *The psychological problems in menstruation*. New York: "Nerv. & Ment. Dis. Pub. Co.", 1932.
- [CHICAGO] INSTITUTE FOR PSYCHOANALYSIS: *Growing up in a world at war*. Chicago: Institute for Psychoanalysis, 1942.
- *Women in wartime*. Chicago: Institute for Psychoanalysis, 1943.
- CLAYHORN, F.: *Psychological implications of unmarried parenthood*. "Am. J. Orthopsychiat.", vol. 13, n° 2, 1943.
- CONN, S.: *Borderlines of psychiatry*. Cambridge, Mass.: "Harvard Univ. Press" 1943.

- COLBERT (seud.): *La vagabonde* (ed. 42). Paris: Ollendorf, 1911.
- DALY, C. D.: *Der Menstruationskomplex. "Imago"*, vol. 14, 1928, *The menstruation complex in literature*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 4, 1935.
- DEUTSCH, H.: *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*. Vienna: "Internat. Psychoanal. Verlag", 1927.
- *Psychologie des Weibes in den Funktionen der Fortpflanzung*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 11, 1921. *The psychology of women in relation to the functions of reproduction*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 6, 1921.
  - *Der feminine Masochismus und seine Beziehung zur Frigidität*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 16, 1930. *The significance of masochism in the sexual life of women*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 6, 1923.
  - *Über die Weiblichkeit*. "Imago", vol. 19, 1931.
  - *Über die weibliche Homosexualität*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 18, 1932. *On female homosexuality*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 1, 1932.
  - *Mütterlichkeit und Sexualität*. "Imago", vol. 19, 1933. *Motherhood and sexuality*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 2, 1933.
  - *Ein Frauenschicksal*. George Sand. "Imago", vol. 14, 1928.
  - *Über die pathologische Lüge (pseudologique phantastique)*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 8, 1922.
  - *Zur Psychologie der manisch-depressiven Zustände, insbesondere der chronischen Hypnoten*. Ibid., vol. 19, 1933.
  - *Über bestimmte Widerstandsformen*. Ibid., vol. 24, 1939. *A discussion of certain forms of resistance*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 20, 1939.
  - *Über einen Typus der Pseudodiffertivität — "als ob"*. Ibid., vol. 20, 1934. *Some forms of emotional disturbance and their relationship to schizophrenia*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 11, 1942.
- DOLLARD, J.: *Cafe and class in a southern town*. "Public, for Institute of Human Relations." New Haven, Conn., Yale Univ. Press, 1937.
- DOOLEY, L.: *Psychoanalysis of the character and genius of Emily Bronte*. "Psychanal. Rev.", vol. 17, 1930.
- EGLER, J. N.: *Über hysterische Erscheinungen am Uterus*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 9, 1921.
- ESSLER, K.: *On certain problems of female sexual deviancy*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 4, 1935.
- ELLEN, H.: *Studies in the psychology of sex*. New York: Random House, 1928. vol. 1, pt. 4; vol. 2, pt. 3.
- FEMMEL, O.: *Weiters zur präpubertären Phase des Mädchens*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 20, 1934.
- *Zur Ökonomie der Pseudologie phantastica*. Ibid., vol. 24, 1939.
- FREUNDEL, S.: *Male and female: Psychoanalytic reflections on the "theory of genitality" and on secondary and tertiary sex differences*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 1, 1934.
- *Masculine and feminine*. "Psychanal. Rev.", vol. 17, 1930.
- FRIESEN, V.: *Nacht über Rundland*. Berlin: Malik, 1928.
- FREUD-LEDERER, A. (vod): *In erwartung der Menstruation*. "Ztschr. f. Psychoanal. Forstg.", supp. Menstruation, vol. 5, 1931.

## BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, A.: *Das Ich und die Abwehrmechanismen*. Vienna: "Internat. Psychoanal." Verlag, 1936. *The ego and the mechanisms of defense*. London: Hogarth, 1937.
- FREUD, S.: *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. "Gesammelte Schriften", vol. 3. *Three contributions to the theory of sex*. New York: "Nerv. & Ment. Pub. Co.", 1910.
- *Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 6, 1920. "Gesammelte Schriften", vol. 1. *The psychogenesis of a case of female homosexuality*. Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 1, 1920.
  - *Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens*. "Gesammelte Schriften", vol. 1. *The taboos of virginity: Contribution to the psychology of love*. "Collected Papers" vol. 4.
  - *Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoie und Homosexualität*. "Gesammelte Schriften", vol. 1. *Certain neurotic mechanisms in jealousy, paranoia and homosexuality*. "Collected Papers", vol. 2.
  - *Einige psychische Folgen der anatomischen Geschlechtsunterschiede*. "Gesammelte Schriften", vol. 11. *Some psychological consequences of the anatomical distinction between the sexes*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 8, 1927.
  - *Der Ich und das Es*. "Gesammelte Schriften", vol. 6. *The ego and the id*. London: Hogarth, 1927.
  - *Introductory lectures on psychoanalysis*. Transl. by Joan Rivière. London: Allen & Unwin, 1929.
  - *Über die weibliche Sexualität*. "Gesammelte Schriften", vol. 12. *Concerning the sexuality of women*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 1, 1932.
  - *Psychology of women*. In: *New introductory lecture on psychoanalysis*. New York: Norton, 1933.
  - *Zur Einführung des Narzissmus*. "Gesammelte Schriften", vol. 4. *On narcissism: An introduction*. "Collected Papers", vol. 4.
  - *The economic problem in matricinity*. "Collected Papers", vol. 2.
  - *Motiv der Kästchenwahl*. "Gesammelte Schriften", vol. 10.
- FRIEGLANDER, K.: *Charlotte Brontë, zur Frage des manisch-lärmlichen Charakters*. "Imago", vol. 26, 1941.
- HANS-KRÜGER, F.: *Über Klimakterium und Perimenopausal*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 19, 1935.
- HÄRNIK, I.: *Schicksale des Narzissmus bei Mann und Weib*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 9, 1925. *The various developments undergone by narcissism in men and women*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 3, 1924.
- HARTMANN, H.: *Ich-Psychologie und Anpassungsprobleme*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", 24, 1939.
- HAYWARD, E. P.: *Types of female castration reaction*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 12, 1943.
- HENDRICK, I.: *Work and the pleasure principle*. "Psychanalyt. Quart.", vol. 12, 1943.
- HITZIGMANN, E. AND BERGLIN, E.: *Frigidity in women: Its characteristics and treatment*. New York: "Nerv. & Ment. Dis. Pub. Co.", 1936.
- HORNKE, K.: *Zur Genese des weiblichen Extraktionskomplexes*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 9, 1923. *On the genesis of the castration complex in women*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 1, 1924.
- *Flucht aus der Weiblichkeit*. "Internat. Ztschr. f. Psychoanal.", vol. 12, 1926. *The flight from womanhood*. "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 7, 1926.
  - *New ways in psychoanalysis*. New York, Norton, 1939.

- *Die prämenstruellen Verstimmungen.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 3, 1931.
- *Die Angst vor der Frau.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 18, 1932. *The dread of woman.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 13, 1932.
- *Die Verleugnung der Vagina.* Ibid., vol. 19, 1933. *The denial of the vagina.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 14, 1933.
- *The overvaluation of love: A study of a common present-day type.* "Psychoanalytic Quart.", vol. 3, 1934.
- *The problem of feminine masochism.* "Psychoanalytic Rev.", vol. 22, 1935.
- [HUG-HELLMUTH, H.]: *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens* (ed. 2). Wien, 1921. A young girl's diary. New York: Schuster, 1921. (Publ. anonymously.)
- JACOBSON, E.: *Wege der weiblichen Über-Ich-Bildung.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 23, 1937.
- JONES, E.: *Notes on Abraham, K. (see above).* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 3, 1922.
- *The early development of female sexuality; Early female sexuality.* In: "Papers on psychoanalysis". London: Ballière, 1938.
- KLEIN, M.: *Introduction to child analysis.* London: Hogarth, 1932.
- *The psychoanalysis of children.* London: Hogarth, 1932.
- KNIGHT, R. P.: *Functional disturbances in the sexual life of women.* "Bull. Menninger Clin.", vol. 7, 1943.
- KOLLANTAY, A.: *Wege der Liebe.* Berlin: Malik, 1927.
- LAMPE-DE GROOT, J.: *Zu den Problemen der Weiblichkeit.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 19, 1933. *Problems of femininity.* "Psychoanalytic Quart.", vol. 2, 1933.
- *Zur Entwicklungsgeschichte des Oedipuskomplexes der Frau.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 8, 1927. *The evolution of the Oedipus complex in women.* "Internat. J. Psycho-Analyse", 9: 332, 1928.
- LAURENCE, D. H.: *Sons and lovers.* New York: Random House, 1923.
- LEWIN, B. D.: *Katzenmieren, Meusen und weiblicher Über-Ich.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. vol. 16, 1930.
- LORAND, S.: *Contribution to the problem of vaginal orgasm.* "Internat. J. Psycho-Analyse" vol. 15, 1939.
- MANN, T.: *The transposed heads.* New York: Knopf, 1941.
- MEAD, M.: *Sex and temperament in three primitive societies.* New York: Morrow, 1935.
- MEISENHEIMER, J.: *Geschlecht und Geschlechter.* Jena: Fischer, 1921.
- MENG, H.: *Über Pubertät und Pubertätsentwicklung.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", suppl. Menstruation, vol. 5, 1931.
- MENNINGER, K. A.: *Psychogenetic influences on the appearance of the menstrual period.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 22, 1941.
- MICHAELIS, K.: *Das Kind.* Transl. from the Danish by M. Mann. Berlin: Axel Juncker.
- MUELLER, J.: *Ein Beitrag zur Frage der Libididentwicklung des Mädchens in der genitalen Phase.* Internat. Zeitschr. f. Psychoanal., vol. 17, 1931. *A contribution to the problem of libidinal development in the genital phase in girls.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 13, 1932.
- MUELLER-BRAUNSCHWEIG, C.: *Zur Genese des weiblichen Über-Ichs.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 12, 1926. *The genesis of the feminine super ego.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 7, 1926.

- NUNNIGEN, H.: *Lebsterke und Leblosigkeit.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 24, 1939. *Ego strength and ego "weakness".* "Am. Imago", vol. 3, 1942.
- ORHUIJSEN, J. H. W. VAN: *Beiträge zum Männlichkeitsskomplex der Frau.* "Internat. Zeitschr. f. ärztl. Psychoanal.", vol. 4, 1916-18. *Contributions to the masculinity complex in women.* "Internat. J. Psycho-Analyse", 1 vol. 1, 1924.
- PAYN, S. M.: *Zur Auffassung der Weiblichkeit.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 22, 1934 (transl. from lecture, Nov. 28, 1934, British Psychological Society, Medical Section).
- PFEFFER, E.: *Menstruation und Aufklärung.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 1, 1931.
- PEPAL, K.: *Wie es bei Hani war.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 1, 1931.
- PLASS-BARTLETT: *Das Weib.* Berlin: Neufeld, 1917.
- RAGO, S.: *Eine ängstliche Mutter.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 13, 1927. *An anxious mother: A contribution to the analysis of the ego.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 9, 1928.
- *Fear of castration in women.* "Psychoanalytic Quart.", vol. 2, 1933. *Die Kastrationsangst des Weibes.* Vienna: "Internat. Psychoanal. Verlag", 1934.
- *A critical examination of the concept of bisexuality.* "Psychuum, Med.", vol. 2, n° 4, 1940.
- RANK, R.: *Zur Rolle d. Frau in der Entwicklung der menschlichen Gesellschaft.* "Imago", vol. 19, 1924.
- RANTZ, O.: *Die "Mutter von Ephesus": Ein Deutungsvorversuch der Fabel von der treulichen Witwe.* "Internat. Zeitschr. f. ärztl. Psychoanal.", vol. 1, 1915.
- REICH, A.: *A contribution to the psychoanalysis of extreme submissiveness in women.* "Psychoanalytic Quart.", vol. 9, 1946.
- REYMOND, L.: *The peasants.* New York: Knopf, 1922-23.
- RICHERMAN, J.: *A psychological factor in the aetiology of recurrent uteri, lactation of the prepuce and vaginismus.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 7, 1926.
- RIMMER, C.: *A psychoanalytical note on Jane Austen.* "Psychoanalytic Quart.", vol. 1, 1936.
- RIVIÈRE, J.: *Weiblichkeit als Maske.* "Internat. Zeitschr. f. Psycho-Analyse", vol. 11, 1929.
- *Womanliness as a masquerade.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 10, 1929.
- RÖTTER, L.: *Zur Psychologie der Weiblichen Sexualität.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 20, 1934.
- SEIDIS, H.: *Über einen Anteil bei der Bildung des weiblichen Über-Ichs.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 14, 1928. *One of the major factors in the formation of the super-ego in women.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 10, 1929.
- SEIDLER, R. DE: *Le complexe de Jocasta.* "Internat. Zeitschr. f. Psychoanal.", vol. 6, 1920.
- SCHEINKEN, C.: *Menstruationsangst.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 3, 1931.
- SCHEMMERING, M.: *Psychoanalytic notes on Menstruation.* "Zeitschr. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 3, 1931.
- SEARLE, M. N.: *A note on the relation between physical and psychical differences in boys and girls.* "Internat. J. Psycho-Analyse", vol. 19, 1935.
- SEIDLINA, L.: *Verlasse.* Berlin: Malik, 1921.
- SPERLICH, S.: *Zwei Menstruations.* "Internat. Zeitschr. f. ärztl. Psychoanal.", vol. 2, 1914.

- THOMPSON, C.: *The rôle of women in this culture*. "J. Biol. & Path. Interpersonal Relations", vol. 4, n.º 1, 1941.
- TOLSTOI, L.: *War and peace*. Transl. by Louise and Aylmer-Maude. New York: Simon & Schuster, 1942.
- VORWÄHL, H.: *Erwartung und Eintreffen der Menstruation im Seelischen der Mädchen*. "Zeitsch. f. Psychoanal. Paedag.", vol. 3, 1931.
- WAPPEN, F.: *The Song of Bernadette*. New York: Viking, 1942.
- WILLIAMS, F. F.: *Adolescence*. New York: Farrar & Rinehart, 1930.
- WINTERSTEIN, A.: *Die pubertätsreichen der Mädchen und ihre Spuren im Märchen*. "Imago", vol. 14, 1928.
- WITTELA, F.: *Mona Lisa und weibliche Schönheit: Eine Studie über Biosexualität*. "Imago", vol. 20, 1934. *Mona Lisa and feminine beauty: A study in bisexuality*. "Internat. J. Psycho-Analys.", vol. 15, 1934.
- *Der psychologische Inhalt von Männlich und Weiblich*. "Imago", vol. 20, 1934.
- *A type of woman a three-fold love life*. "Internat. J. Psycho-Analys.", vol. 16, 1933. *Frauen mit dreigeteiltem Liebesleben*. "Internat. Ztsch. f. Psychoanal.", vol. 22, 1936.
- *Die libidinöse Struktur des kriminellen Psychopten*. Ibid., vol. 23, 1937.
- ZARISKY, C. B.: *Emotion and conduct in adolescence*. New York: Appleton-Century, 1940.
- ZEMOISKI, E.: *Witwe rückt (Faithful river)*. London: Kolib, 1940.

## ÍNDICE DE TEMAS Y NOMBRES PROPIOS

- Abraham, K., 292.
- Activar, madres, 261 ss.
- Actividad, 197, 227 ss., 261 ss.
- de las mujeres en la relación sexual, 208.
- impulso de la — en la pubertad, 19, 114.
- Véase también Pasividad.
- Actores masculinos, tipos, 235, 259, 297, 330.
- Addams, J., 249, 252.
- Adolescencia, 93, 145.
- definición de la, 93 ss.
- fin de la, 177.
- sentimiento de soledad en la, 98 ss., 113 ss.
- Véase también Pubertad.
- Adolescentes, tipos, 127.
- Agorafobia, 120.
- Agresivos, impulsos, 162, 227 ss., 268 ss., 270.
- Véase también Masoquismo.
- Amazona, tipo, 296, 316.
- Ambiciosos, tipos, 199, 261.
- Amenorrea, 161, 162, 173.
- Anacrónica, conducta, 29.
- Anal, fase, 11.
- Andróginos, tipos, 187, 199.
- Anorexia nerviosa, 33.
- Autoconfianza, 99 ss., 110, 112, 114, 117.
- Autismo, 201, 269, 350.
- Ascéticos, tipos, 127, 244.
- Bachofen, J., 268 ss.
- Bashkirtseff, M., 100, 122, 124, 338.
- Benedek, T., 146.
- Benazz, S., 23.
- Biosexualidad, 45, 89 ss., 93, 116, 117, 298, 304 ss., 308.
- virginal, 290, 291, 299, 302, 307.
- en la relación triangular, 45, 99.
- Blin, P., 46, 89.
- Bourignon, A., 197.
- Brunswick, R. M., 117.
- Cambios del amor, 326 ss.
- Canción de Bernadette, La, 40.
- Carmen, tipo, 266, 290.
- Casos, 11.
- Dorothy, 102, 106.
- Evelyn, 48, 59.
- Helen, 86, 87.
- Molly, 169, 171.
- Nancy, 67, 78.
- Centración, complejo de, 16, 147, 211 ss., 222, 218, 229 ss.
- Véase también Genital, trauma y Pene, Envidia del.
- Consciente, 212.
- Circe, 264.
- Clísterio, 18 ss., 174, 237.
- Clitoris, 213 ss., 219, 220.
- Cloaca, teoría, 118, 114, 164.
- Véase también Genitales.
- Closter, F., 197, 211.
- Cobb, S., 202.
- Coler, 310.
- Contemplativos, 223.
- Corambé, 281 ss.
- Cultural, influencia, 324 ss.
- Chadwick, M., 149.
- Chopin, F., 280, 288.
- Daly, C. D., 149.
- Defensa, mecanismos de, 22, 34, 142.
- Deméter, tipo, 263 ss., 270, 310.
- Depresivos, estados de ánimo, 64 ss., 114 ss.
- en mujeres femeninas, 203.
- en mujeres maternales, 267.
- menstrual, 167 ss.
- Desvaloración, tendencia a la, 91, 112, 114.
- Véase también Padre, lazos con él: Ideal,

objeto; Identificación; Madre, lazos con la. Disenservyes, 174. Dollard, J., 219. Dos muchachas, amistad entre, 22, 27, 39 n., 69 s., 93, 98 s., 119, 103. Dulcinea, tipo, 148. Edipo, período, 43, 86, 93. Edipo, complejo, 116, 225, 233. Elección de objeto, 98, 101, 124, 182, 188 s., 199, 207, 318. Ellis, H., 110, 151, 162, 321 s. Eróticos, tipos, 164 ss., 253. Erosismo, 118, 142, 144, 177, 201, 213, 255, 306, 337. Espiritualización, 140, 178, 317. Fálica, fate, 13, 16, 24, 213. Fantasías, 128, 159. ambiciones, 107, 109. bisexual, 261. de coito, 237, 237. de embarazo, 28, 83, 84, 99, 167, 172, 205. exhibicionista, 100 s. facilidad de las mujeres para las, 137. ideológicas-sociales, 102. Maternales-pasivas, 216, 237, 238. Maternales, 128. parthenogénicas, 236 s. de parto, 84, 161, 167, 172, 211, 217. de prostitución, 28, 62, 91, 241 ss., 248, 311. de salvación, 209, 301, 311. Fántasias de seducción, 238 s. de violación, 84, 258 s., 257. Femeninas, mujeres, 177, 201, 211, 235, 266 s., 330. capacidad de adaptación de las, 131. Feminidad, 48, 219, 293, 341. huiles de la, 138, 126, 273, 296. "nueva", 136. Fenichel, O., 125, 218. Figner, V., 256. Filogenética, hipótesis, 209. Flaubert, G., 276, 280. Freud, A., 22, 93, 110, 309. Freud, S., 11. sobre complejo de castración femenina, 292. sobre fantasías de salvación, 301.

mbre homossexualidad femenina, 101, 105. sobre lazos con la madre, 129. sobre lazo con el padre, 233, 235, 239. sobre narcisismo, 173 s., 181. sobre pasividad en el desarrollo de las muchachas, 18 s. sobre pureza femenina, 206, 224. sobre personalidad múltiple, 139. Frigidez, 177, 207, 218, 337. Fuga del hogar, 47, 43, 126, 242 s. Genital, trauma, 147, 166, 212, 213, 220 s., 218, 239, 291 s., 317. Véase también Castración; complejo de Pene; envidia del. Genitales, doble valoración de los, 117, 164 s. Goeth, 269. Genovart, E. de, 150. Guerra, efectos de la, 111, 342 s. Guerra, madre de la, 138, 246 s. Guerra y la Paz, La, 42 s., 180 s. Hartmann, H., 227. Hemingway, E., 347 s. Hendrick, I., 226. Hija-padre, relación, 230 s., 235. Hijo-padre, relación, 228 s. Hijo y amantes, 522. Homossexuales, tipos, 298 ss. Homosexualidad, 298, 322. en la adolescencia, 120. componentes de la fase bisexual, 89. y los lazos regresivos con la madre, 236 s., 316 s. peligro de la — en la primera pubertad, 42. como resultado de la ansiedad sexual, 30. Höfner, K., 216, 223, 238, 275. Hug-Hellmuth, H., 27. Ilson, 329. Ideal, objeto, 41, 18, 93, 99, 108. Identificación, 20 s., 21, 29, 36, 39, 38, 95 s., 98. en el aflojamiento de los antiguos lazos, 95. fuerte tendencia a la — en las mujeres, 129 s., 162 s., 309. con la madre, 137, 168, 200, 273, 278. con el padre, 266, 309.

peligros de la múltiple o prematura, 27 s., 61, 98, 178. en los tipos femeninos, 201. Infantil conducta, 319 s. Infantil, dependencia, 28, 29 s., 34, 93, 114, 121, 227. Infantilismo psíquico, 21. Inseguridad, 63, 128, 180. Intellectuales, tipos, 140, 269, 292, 319. Intellectualización, 110 s., 141, 349. Intuición femenina, 135 s., 133 ss., 181, 269. Jones, E., 212, 218, 221. Junior, Miss, 23. Journal of a young artist, 100 s. Klein, M., 147, 216. Rollantay, A., 326 s. Lampi-de Groot, J., 221. Letancia, período de, 17, 83, 115, 147. Lawrence, D. H., 322. Leda, 209. Loreley, 266. Madre, lazos con la, 20, 32, 35, 38, 43, 44, 86, 117. en el desarrollo de la actividad femenina, 273, 278. Lawrence, D. H., 322. factor en la monogamia, 194. y homosexualidad, 120, 236 s., 316, 320 s. inhibidores de los impulsos activos, 227 s. nuevas formas de los — en la adolescencia, 116. peligros de los — en la prepubertad, 21. regresivos, 31, 126, 131, 202, 313. en los tipos obsesivos, 202. Mann, T., 310. Marimacho, 29 s., 37 s., 63, 92, 157, 299. Masculina, mujer, 206. Masculinidad, complejo, 126, 197, 212, 219, 237, 311, 315, 348 s. Masoquismo, 224, 258. fundamental en la feminidad, 179, 182 s., 185, 189, 198, 207. moral, 198, 223, 239, 251, 253, 260, 267. peligros de 187, 201, 218. en la prepubertad, 28. Masquistas, tipos, 249 s. Masturbación, 27, 18. actitud de los tipos femeninos hacia la, 200. y fantasía de violación, 238. formas ocultas de la, 118. lucha contra la, 91, 112, 213, 294, 317. y menstruación, 159 s. en los muchachos, 714. suspensión de la faz cloridada, 214. vaginal, 217 s. Maternales, mujeres, 27, 190, 192 s., 200, 261. Maternidad, 128 s., 175, 182. complejo de la, 144. Matrascado, 263 s. Mead, M., 207. Meisenheimer, J., 207. Menstruación, 25, 31, 83, 61, 146, 178, 278. declaraciones acerca de la, 149 s. dedos, 161. impulsos agresivos, 161 s. significación biológica, 167. "sorpresa" en la, 147 s. tabú, 149 s., 114 s. vicariante, 161 s., 175. Mérimée, P., 266. Michaelis, K., 43. Monogamia, 193, 197, 338, 340. Mueller, J., 216. Múltiple personalidad, tipo, 129, 131. Musset, A. de, 275, 288, 287 s. Nada entre dos platos, 191. Narcisismo, 178 s. como contrapeso del masoquismo, 184 s., 198, 225. doble papel del, 93. e inhibición sexual, 205. intensificado en la adolescencia, 98 s., 164, 252. e intuición, 234. y lazos con la madre, 117. y función reproductiva, 218. vulnerabilidad en el, 117, 119, 189 s. Niña, La, 43 s. Nera (de Ilson), 328. Nunberg, H., 98. Obsesivos, tipos, 156, 201, 295. Operaciones, deseo de, 14 s., 295.

Ophuijsen, J. H. W. van, 291.  
 Oral, fase, 15.

Padre, lazos con el, 20.  
 cambio a los —, desde los lazos con la madre, 52, 45, 120, 154, 228 s.  
 desilusión en los, 398.  
 en las fantasías de prostitución, 243.  
 como fuentes de actividad en la mujer, 266.  
 influencia de los —, en las relaciones de las muchachas con los muchachos, 93.  
 en las neurosis, 237.  
 peligro de los —, en la prepubertad, 21.  
 como primera relación amorosa, 190.  
 regresivos, 121.

Pallas Atenea, 310.

Pandilla, 46, 60, 63 s., 92, 108.

Pasividad, 129, 136 s., 181, 211, 225, 260, 267.  
 aumento de la —, en la prepubertad, 18 s.  
 como causa de sumisión, 323.  
 como defensa de la agresividad, 34.  
 teoría de la, 206, 223.

Pasivos, tipos, 140.

Paternidad, 194 s.

Perseus, *The*, 187.

Pose, envidia del, 185, 212, 218 s., 219, 290 s., 297, 317.

Petite Fadette, *La*, 281.

Plinio, 149.

Por qué doblan las campanas, 346 s.

Preedipítico, fase 31 s., 45.

Prepubertad, 11-35.  
 actividad en la, 226, 233.  
 definición de la, 17 s.  
 ofensiva en la, 19, 30, 34 s., 97, 269.  
 tensa de la, 119.

Prostitución, 245 s., 270, 290.

Pseudología, 25, 122 s., 239, 310.  
 Véase también Fantasías.

Pubertad, 91, 143.  
 importancia en la formación de la personalidad, 240.  
 como nueva edición del problema infantil, 17.  
 rechazo del padre, en la, 243.  
 como revolución psicológica, 16-17.  
 tareas de la, 46.

tendencias homosexuales en la, 306.  
 vida fantástica en la, 238.  
 vulnerabilidad de la, 82, 114, 117.  
 Véase también Adolescencia.

Radio, S., 214, 221.

Rank, B., 197, 263.

Reinach, S., 297.

Reproductivas, funciones, 144 s., 156 s., 173, 182, 217 s., 268, 297.

Revolucionarios, tipos, 211.

Reymont, L., 187.

Rubenstein, B. B., 146.

Rusa, Revolución, 326, 341.

Sadismo, 188.

Sadismo-masoquismo, 28 s.

Sand, G., 274, 290, 291, 295, 307.

Secreto, 24 s., 39, 60, 83, 93, 152.

Seducción.  
 por la madre, 239.  
 por el padre, 236.

Seguridad, falsa, 67, 108.

Seifulina, I., 187.

Sexual, ritmo, 207 s.

Sirvientas, dificultades con las, 313.

Solteras, madres, 196.

Strindberg, 347.

Super-yo, 112.

Tolstoy, L., 42, 180.

Triangular, situación, 42 s., 60 s., 79 s.  
 factor en la monogamia, 174 s.  
 en la fantasía, 239.

lazos de la madre en la, 322.  
 con los padres, 107, 108.  
 de la primera pubertad, 87.

Vagabonde, *La*, 310.

Vagina, 215.

Verines, 187.

Violación, 208.

Véase también Fantasías.

Werfel, F., 40.

Wittels, F., 187.

Yo, 227, 229, 241, 252, 260, 278.

Zeromski, S., 116.

## ÍNDICE

	Pág.
Prólogo, por STANLEY COBS	7
Prefacio	9
Capítulo	
I.—Prepubertad	15
II.—Primera pubertad	36
III.—Pubertad y adolescencia	95
IV.—Menstruación	146
V.—Erotismo: la mujer femenina	177
VI.—Pasividad femenina	206
VII.—Masoquismo femenino	224
VIII.—La mujer "activa": El complejo de masculinidad	259
IX.—Homosexualidad	298
X.—La influencia del medio	323
Bibliografía	351
Índice de temas y nombres propios	357

ESTE LIBRO  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN ARTES GRÁFICAS  
BARTOLOMÉ U. CHIESINO S. A.  
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA  
BUENOS AIRES  
EL DÍA 5 DE AGOSTO  
DE 1977

LA EDICIÓN CONSTA  
DE 4.000 EJEMPLARES

El estudio de la mujer es una tarea superior al hombre. La doctora Helene Deutsch se ha dedicado a tal estudio durante treinta años, parte de este tiempo trabajando al lado del gran Sigmund Freud. Sus conclusiones están resumidas en un análisis freudiano eruditó y técnico, dirigido a los médicos profesionales, pero de gran interés general. Con estas palabras *Times* —el famoso semanario neoyorkino— iniciaba los elogios que los críticos de todos los sectores tributaron unánimemente al primer volumen de la obra de la doctora Deutsch. Tan entusiastas alogios aseguraron desde entonces a este libro un lugar permanente entre los libros que estudian y consultan no solo los investigadores profesionales de la psicología, sino también los lectores profanos, atraídos por el problema de la personalidad humana. La consecuencia es que *La psicología de la mujer* ha alcanzado amplia difusión internacional. En la primera parte este estudio trata del desarrollo psicológico de la mujer joven desde la infancia a la adolescencia, deteniéndose especialmente en la preadolescencia, fase previa no muy estudiada en la literatura psicoanalítica. La importancia de tal punto de vista se subraya en el comentario del *Journal of the American Medical Association*: "este libro no sólo interesaría al psiquiatra, al psicólogo, al médico y al estudiante, sino que puede ser leído con comprensión y provecho por las madres y las jóvenes que esperan llegar a ser madres". Agotadas varias ediciones de este libro, la Editorial Losada, vuelve a presentarlo al público que tan buena acogida le ha dispensado.